

00484

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MÉXICO.
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO.

VIOLENCIA Y REVOLUCIÓN EN GUATEMALA.
1954-1972

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE :

DOCTOR EN SOCIOLOGÍA

P R E S E N T A:

CARLOS FIGUEROA IBARRA.

Ciudad Universitaria

Junio 2000

279715.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

<u>I. Introducción.</u>	1
<u>II. Capítulo I. De Violencias y Rebeliones.</u>	19
1. Introducción.	
2. Violencia y Transformación Social.	
a. Naturaleza de la Violencia y su relación con la Política.	
b. Violencia y Práxis Transformadora.	
c. Dos Preguntas acerca de Guatemala.	
3. Agravios y Rebeliones.	
a. Teorizando las Rebeliones.	
b. Historizando las Rebeliones.	
c. Las Rebeliones: Causas Estructurales y Causas Desencadenantes.	
4. La Multitud en la Historia.	
a. Élite y Muchedumbre.	
b. Élite y Transiciones.	
c. Masas y Transformación Social.	
5. Una Conclusión probablemente útil para Guatemala.	
<u>III. Capítulo II. La Tragedia que Sembró la Tempestad.</u>	69
1. Introducción.	
2. Entre la Derrota y el Terror, junio de 1954.	
3. El Sueño Restaurador de La Contrarrevolución de 1954.	
a. La Nostalgia Reaccionaria.	
b. La Inevitable Modernidad.	
4. Las Enseñanzas de la Derrota, la autocrítica del PGT en 1955.	
a. ¿El Ocaso de la Revolución Burguesa?	
b. Hacia un Nuevo Tipo de Revolución.	

5. Conclusiones tentativas sobre una polémica inconclusa.

IV. Capítulo III. Violencia Reaccionaria y Violencia Revolucionaria 128

1. Introducción.

2. Años de *Liberación* y Resurrección.

a. Los dilemas de la *liberación*.

b. Agazapados y acechantes.

3. Caminos de rebelión.

a. La Línea de la Conciliación Nacional.

b. Por el Sendero de la Guerra.

4. La Rebelión Militar de Noviembre de 1960.

5. Conclusiones.

V. Capítulo IV. Los Sueños de Marzo 196

1. Introducción.

2. Modernización Económica, Dictadura Militar.

a. Integración Económica y Modernización.

b. Gobiernos Civiles, Rotaciones Electorales, Terror y Poder Militar.

3. ¿Revolución en la Revolución?

a. Las Rupturas Guevarianas.

b. Ancladas Tradiciones y Nuevos Paradigmas.

4. Las Revueltas de 1962.

a. Concuá

b. Marzo y Abril.

<u>VI. Capítulo V. Guerrilleros de la Libertad.</u>	270
1. Introducción	
2. Auge y Declive Guerrillero.	
a. Cultura Partidaria y Cultura Guerrillera.	
b. Trotskismo y Revolución.	
c. La Gran Ofensiva.	
c.1. La Estrella Fulminante de Turcios Lima.	
c.2. <i>El Cráter</i> .	
c.3. Elecciones y Revolución: El Preámbulo del Cisma.	
c.4. Los Dividendos del Terror.	
c.5. La Conferencia de la OLAS.	
3. Las grandes síntesis.	
a. Guerra y Política: La Manzana de la Discordia.	
b. El Documento de Marzo.	
c. Las FAR: El Negro Preludio del Amanecer.	
<u>VII. Capítulo VI. Reflexiones Finales Sobre un Período Inconcluso.</u>	379
<u>VIII. Personajes, Nombres, Sobrenombres y Seudónimos.</u>	405
<u>IX. Siglas, Organizaciones e Instituciones.</u>	418
<u>VIII. Bibliografía y Fuentes Documentales.</u>	421

INTRODUCCION.

El trabajo que con estas líneas se inicia, tiene pretensiones de objetividad, no así de neutralidad. En efecto, no es esta investigación hecha por alguien cuya vida ha sido ajena al tema sobre el cual versan las páginas que siguen. En rigor, tal como lo dicta el lugar común, la neutralidad valorativa no existe en ciencias sociales. Pero en este caso, biografía, emociones e ideología del autor están comprometidos en este trabajo. La vida misma del que estas líneas escribe, fue indeleble y a veces brutalmente marcada, por los acontecimientos cuya explicación se busca en el mismo. No pocos de los personajes que aparecen en sus páginas fueron conocidos por el autor y con algunos de ellos, pese a la diferencia de edades, hasta tuvo una suerte de amistad. Con más de uno tuvo trato sin saber que tiempo después lo vería muerto y ensangrentado en las páginas de algún diario. Por lo demás, el autor compartió y sigue compartiendo los ideales de justicia e igualdad, que animaron a muchos hombres y mujeres a involucrarse en una empresa que les podía costar la vida y en la cual de hecho la perdieron. Finalmente, este trabajo tiene la pretensión de convertirse en una de las fuentes que usen las nuevas generaciones, al menos la parte de ellas que se adhiera a la voluntad de construcción de una sociedad justa e igualitaria.

En lo que se refiere a la búsqueda de objetividad, el autor puede decir que ha tratado de dilucidar para el caso guatemalteco, “de manera fría y racional” la importancia objetiva de la violencia en la política, tal como Barrington Moore lo requirió alguna vez al analizar los casos de otras sociedades. El visualizar fría y racionalmente a la violencia, no convierte a este trabajo en una apología de la violencia. En la mayor parte de los casos, la violencia, aún la que tiene propósitos liberadores, deja una estela de luto humano y dolorosos desgarramientos. No puede por ello el autor compartir el optimismo de Frantz Fanon, en su decisivo libro *Los Condenados de la Tierra*, cuando escribió acerca del efecto catártico y purificador del ejercicio de la violencia por parte del oprimido.

Sin embargo, independientemente de las condenas morales y las rotundas afirmaciones a favor de la solución pacífica de los conflictos, el hecho cierto es que la convivencia humana ha vivido y sigue viviendo la violencia como un hecho cotidiano y creciente. La política misma tiene fronteras difusas con la violencia, puesto que ambos fenómenos tienen que ver con actos de poder. Es cierto que en determinadas

circunstancias, la violencia se ha convertido en una inevitabilidad histórica que incluso ha generado resultados positivos para las sociedades en las cuales se ha observado. Sin embargo, no puede soslayarse que en ciertas sociedades, los actos de poder que hacen uso de la fuerza física o amenazan con hacerlo -definición mínima de violencia-, se han convertido en un hecho recurrente, en una suerte de hábito, costumbre o tradición, y por ello mismo se han cristalizado en una cultura política, aquella que en las páginas de esta investigación hemos denominado *la cultura del terror*. Ambas situaciones, de manera más perceptible la última, se han observado en el caso de la sociedad guatemalteca.

Desde antes de 1954, cuando comenzó la escalada de la violencia política en Guatemala, ya más de alguien advertía que en éste país el terror, la represión, y la convulsión política que generaban los actos de resistencia, resultaban ser algo fuera de lo común, aun en una región como la latinoamericana plagada de dictaduras y de violencia. No en balde, expresó alguna vez el intelectual guatemalteco Alfonso Orantes en un celebrado aforismo, que “el guatemalteco tenía tres caminos: encierro, destierro y entierro” (Cardoza y Aragón, 1955, p. 52). Y desde su exilio en la Argentina, poco después del derrocamiento del gobierno de Arbenz en 1954, el político y escritor Manuel Galich en su libro *Por Qué Lucha Guatemala*, hizo un recuento de los hechos de violencia que había vivido el país desde su emancipación con respecto a España: 3 revoluciones, 16 alzamientos armados, 2 cuartelazos, 3 golpes de estado, más de 100 conatos subversivos (la mitad de ellos realizados contra los gobiernos de la década revolucionaria) y finalmente la intervención estadounidense con motivo de la contrarrevolución de 1954 (Galich, 1994, p. 23). Acaso no imaginaba Galich, que en las sucesivas décadas y hasta 1996, más de 150 mil guatemaltecos perecerían y otros 45 mil serían desaparecidos como consecuencia del conflicto interno desatado con el derrocamiento del gobierno revolucionario en 1954.

El historiador y el sociólogo, en general el científico social, cuando un hecho social es recurrente y su repetición adquiere proporciones notables, busca sus causalidades y regularidades. En este trabajo tal búsqueda ha partido del criterio de que la violencia es expresión de una relación social y por tanto es ésta relación social su explicación más profunda. Contrariamente a lo que se expresa como un lugar común, la violencia es un atributo humano. No puede ser imputada a lo innato, ni tampoco a lo tecnológico. Es algo que emana de las relaciones sociales -de clase, género, etnia, nacionalidad, raza, religión,

territorio etc.,- que han establecido los seres humanos desde el momento en que dichas relaciones expresaron diferencias e intereses contrapuestos. En la búsqueda de las causalidades de la conducta humana en lo social, los sociólogos han propuesto diversas respuestas. Vilfredo Pareto, por ejemplo, dijo en algún momento que los orígenes de las acciones humanas se encontraban en los sentimientos y cabe pensar en que estos se encontraban en la sustancia que lo hacía dividir a los pueblos en “belicosos o pacíficos por naturaleza” (Pareto, 1987, 143, 163-218).

No es ésta la explicación que en este trabajo se adopta en la búsqueda de las causas más profundas de la violencia en Guatemala. No existen pueblos que por naturaleza sean pacíficos o belicosos. Existen sociedades cuyas estructuras de relaciones sociales y políticas se convierten en fuente de conflicto permanente, conflicto que conduce a situaciones de violencia. La condición humana es de naturaleza social y es en este terreno en donde debe buscarse la explicación última de las acciones humanas. Como lo dijera Marx en sus célebres *Tesis Sobre Feuerbach*: “...la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en realidad, el conjunto de las relaciones sociales”. He aquí uno de los criterios teóricos que han guiado a esta investigación.

Por ello mismo la violencia es planteada como una opción política de los distintos actores sociales que se enfrentan entre sí en una determinada coyuntura, pero solamente como expresión de un grado de libertad que se inscribe en el marco de condiciones determinadas. Una opción que solamente lo es, si se concibe como algo que es en gran medida determinado independientemente de las voluntades, sino más bien por el desenvolvimiento de la sociedad en la cual los seres humanos inscriben su acción. La violencia para mantener un orden establecido, o para destruirlo, puede ser decidida por seres que en su vida cotidiana muestran una naturaleza apacible y equilibrada. Ciertamente la violencia también puede ser ejecutada por individuos que muestran una psicopatología previa a una guerra o producto de la misma. Pero esta enfermedad no puede ser sindicada como la causa más profunda de la violencia en una sociedad. Las raíces más profundas se encuentran en la naturaleza de las relaciones sociales en las cuales se inscriben los individuos y los grupos humanos.

En este trabajo se parte de la premisa de que la violencia ascendente en la historia de la sociedad guatemalteca, fue el resultado de una sociedad cuya organización y formas de

dominación fueron el caldo de cultivo de feroces enfrentamientos. También se intenta examinar las causas más profundas de la existencia de una *cultura del terror* como cultura política dominante en Guatemala, partiendo del criterio de que ésta fue el resultado de una determinada manera de organización de la sociedad (lo social), su permanencia en el tiempo (lo histórico) y su efecto acumulativo con el transcurso de este último (lo cultural). La colonia con su orden sustentado en el trabajo forzado y el aterrorizamiento de los indios, las *dictaduras del orden* (conservadoras) con su esfuerzo por darle continuidad al orden colonial, y posteriormente las *dictaduras del progreso* (liberales) con la acentuación de la expropiación de masas rurales indígenas, constituyen bases imprescindibles para explicar esa cultura política sustentada en la intolerancia y en la búsqueda de la eliminación del oponente. Fue esta cultura política organizada institucionalmente en las dictaduras unipersonales del período oligárquico, en la transitoria dictadura *liberacionista*¹ encabezada por el “caudillo” anticomunista Carlos Castillo Armas y finalmente en la dictadura militar, el orden que contribuyó decisivamente a que a partir de la década de los sesenta, un sector político y social se planteara la lucha armada como el medio indispensable para aniquilarlo.

El autor ha intentado en otro lugar (Figueroa Ibarra, 1991), ofrecer esta explicación del terrorismo de estado como un fenómeno de carácter estructural en la gestión estatal en Guatemala. Al ensayar una explicación de la violencia que viene “desde arriba” y ofrecer una de carácter “relacional”, paulatinamente se sintió tentado a intentar un estudio de su contraparte, esto es la violencia que “viene desde abajo”. La violencia como *acto de dominio* casi siempre se ve acompañada de la violencia como *acto de resistencia*, y ambas constituyen la dialéctica ascendente de la violencia en general. Con la salvedad de que no debe tenerse una visión mecánica de los procesos de violencia, cabe esperar que cuanto más enconado sea el conflicto que emana de las relaciones sociales y políticas, cuanto mayor sea la resistencia de aquellos que ocupan una situación subalterna en una sociedad, mayor será la violencia que provenga del estado.

¹ Como también se aclarará en alguno de los capítulos de este trabajo, con el término de *liberacionista* se denominó en Guatemala durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX, a los partidarios del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), la organización contrarrevolucionaria usada por los Estados Unidos para crear la desestabilización que culminó en la contrarrevolución de 1954. Posteriormente el MLN se convirtió en un partido político ultraderechista, y sus partidarios y simpatizantes también fueron llamados de la misma manera

Fue ésta dinámica social la que se generó a partir de 1954, cuando el derrocamiento del gobierno de Arbenz canceló la oportunidad histórica de dismantelar de una manera pacífica y democrática, los conflictos acumulados a lo largo de toda la historia de la región geográfica y demográfica, que con el tiempo adquirió el nombre de Guatemala. Por ello mismo, el período analizado en las páginas que siguen, arranca de aquellos trágicos días en los cuales las fuerzas anticomunistas patrocinadas por el gobierno de los Estados Unidos de América, lograron una victoria pírrica. Una victoria que habría de significar a la sociedad guatemalteca casi medio siglo de enconado conflicto, un gran costo político y social y una enorme cuota de dolor humano. La organización de la expoliación y la dominación, una suerte de combinación de las prácticas heredadas de la colonia, la revolución liberal y el capitalismo moderno constituyeron la *causalidad estructural* del espíritu de rebelión que paulatinamente fue creciendo en la sociedad guatemalteca. Fraudes electorales evidentes, acciones gubernamentales agraviantes y acciones represivas innecesarias constituyeron su *causalidad coyuntural o desencadenante*. Y en este último orden de los factores de la rebelión, la revolución cubana contribuyó decisivamente al clima subjetivo en el cual se habría de fraguar la lucha guerrillera en el país. En este trabajo se sostiene que, además de *causas estructurales y desencadenantes*, las rebeliones tienen una *historicidad*.

De la misma manera en que hemos desechado una condición humana en abstracto, tampoco es posible plantearse las causas de la rebelión en una esencia humana al margen de la historia. En el caso guatemalteco, la lucha guerrillera es inexplicable sin esa sociedad civil que se fue construyendo –principalmente en el área urbana pero no por ello ausente en el campo- durante los diez años de la revolución iniciada en 1944. Empezando por la misma clase dominante (finqueros, industriales, comerciantes y financieros), y continuando con los trabajadores urbanos y rurales, campesinos, estudiantes, mujeres, intelectuales, los más diversos sectores de la sociedad sufrieron un proceso de organización y politización como nunca antes se había observado. La nostalgia reaccionaria que acompañó a buena parte de los impulsores de la contrarrevolución de 1954, tuvo que bregar con esa realidad inédita que hizo una quimera la restauración de la paz dictatorial del Estado oligárquico. Estudiantes forjados al calor de la lucha contra la dictadura, sindicalistas crecidos en el proceso de reorganización del movimiento obrero desarticulado por la contrarrevolución, agraristas y campesinos agraviados por la contrarreforma agraria decretada por el

anticomunismo triunfante, profesionales universitarios e intelectuales asfixiados por el oscurantismo reaccionario que implicó el triunfo *liberacionista*, familias enteras que se habían adherido a la causa revolucionaria desde 1944, dirigencias y bases sociales urbanas y rurales de los partidos revolucionarios disueltos por el régimen contrarrevolucionario. He aquí el núcleo duro de la guerrilla de los años sesenta y buena parte de la que se desarrolló en las décadas siguientes.

Al pretender este trabajo dilucidar los rasgos de la violencia de “los de abajo”, también se parte del criterio metodológico de que sus características estructurales y su actuación, resultan indispensables en la interpretación del devenir de una sociedad. Cabe reiterar la argumentación de lo indispensable que resulta en el análisis sociológico e histórico, la visualización de la actuación de “los de abajo” en lo que se refiere al período reconstruido en esta disertación. Es opinión del autor que ninguna explicación que privilegia la actuación y motivaciones de “los de arriba”, como elemento explicatorio sustantivo del devenir social, llega a la raíz de los acontecimientos sociales y políticos. Estado y sociedad se transforman como producto de las interrelaciones, a menudo de carácter conflictivo y oposicional, entre Estado y sociedad civil, entre clases dominantes y clases subalternas, entre gobernantes y gobernados, **entre opresores y oprimidos**. Postulado como recurso metodológico de carácter explicativo desde el principio de este trabajo, sus distintos capítulos han tratado de ilustrarlo en los distintos períodos abordados en ellos.

Es necesario advertir que la argumentación con respecto a un tema tan controversial y espinoso, como lo es el rol positivo que la violencia puede desempeñar en un determinado momento histórico de una sociedad determinada, queda insuficientemente argumentado para el caso guatemalteco en este ensayo, puesto que este trabajo no aborda en su totalidad toda una época (la segunda mitad del siglo XX en Guatemala), sino solamente un período inconcluso, aquel que llega hasta principios de los años setenta. Solamente un análisis detenido de la totalidad de dicha época podría sustentar una opinión definitiva sobre los saldos de la violencia. Pero puede decirse que Guatemala no fue una excepción en relación al planteamiento general de que los movimientos, luchas, explosiones o períodos sostenidos de violencia, en suma las presiones que vienen desde abajo rara vez consiguen sus objetivos más elevados, pero con frecuencia cambian al

Estado y la sociedad en la que actúan en un sentido que es positivo, aunque no sea por el cual lucharon.

Inicialmente se había planteado llevar la investigación hasta el fin del conflicto armado en 1996. La empresa resultó ser mucho más trabajosa de lo que se esperaba. Como se explica en el capítulo sexto, la minuciosidad que exigió la reconstrucción de los períodos precedentes a la década de los ochenta, ponía al autor, por las premuras propias de una disertación, en el riesgo de hacer descender la calidad del análisis y reconstrucción de ésta última década, la cual es mucho más rica en acontecimientos y también mucho más compleja en lo que se refiere a causas y efectos que las precedentes.

En el período que abarca este ensayo, el cual concluye con el fin del primer ciclo de la experiencia guerrillera, los saldos de la violencia resultan desoladores. Sin embargo, a finales del siglo XX, cuando después de un largo conflicto político que involucró a amplios sectores urbanos y rurales, ladinos e indígenas, en acciones de resistencia pacífica y violenta, legal y clandestina, puede concluirse tranquilamente que la sociedad guatemalteca de fin de siglo acaso no habría sido posible sin todas estas acciones. Las propias vicisitudes de la guerra durante las casi cuatro décadas que duró, los acuerdos de paz de 1996, pese a que son solamente un pacto que el tiempo dirá en que medida fue cumplido, cambiaron irreversiblemente a la sociedad guatemalteca. Es muy probable que el balance final de casi cuatro décadas de violencia política sea magro pero sustancial: Guatemala no se convirtió en lo que los sueños revolucionarios ansiaban, pero su fisonomía fue transformada notablemente como resultado del conflicto. He aquí una conclusión que solamente se deja planteada puesto que este ensayo termina con unas reflexiones finales acerca de un período inconcluso.

Una vez planteados los hilos conductores que engarzan a los distintos capítulos de este trabajo, cabe esbozar brevemente el contenido de cada uno de ellos. En el capítulo primero se intenta argumentar en un plano teórico y general los temas vertebrales que guían a la investigación: naturaleza y saldos de la violencia, causalidades de la rebelión, multitud e historia. Las conclusiones a las cuales se llega en este capítulo ya han sido resumidas en las páginas precedentes de esta introducción. En el capítulo segundo se han reconstruido las vicisitudes de la catástrofe ocurrida en junio de 1954. No es esta parte una mera reproducción de trabajos que sobre el tema ya se han hecho (por ejemplo el de

Gleijeses o bien el de Schlesinger y Kinzer),² sino se trata de una reconstrucción en la cual el uso de fuentes secundarias se complementa con el de fuentes primarias (documentos y entrevistas a algunos de los protagonistas del suceso) y cuyo cometido es el de ilustrar con la coyuntura de 1954, el rol que esta cumplió en la generación de la violencia con cometidos revolucionarios. En dicho capítulo también se hace un análisis del legado que no pudo dismantelar la década revolucionaria y el cual con su permanencia y relativa restauración constituyó uno de los sustratos de la rebelión armada observada en la década siguiente. Finalmente se analizan los efectos ideológicos que tuvo la derrota de 1954 en las elaboraciones de algunos de los intelectuales revolucionarios más connotados del momento, así como en la del partido que se constituyó a partir de aquel momento y hasta el final del período analizado, en el eje de la izquierda revolucionaria guatemalteca, el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT).

En el capítulo tercero se ha intentado reconstruir todo el período de resurrección de la izquierda revolucionaria en la clandestinidad. Un análisis de la personalidad política del líder anticomunista Castillo Armas, se convierte en uno de los elementos por medio de los cuales se pretende demostrar que la restauración plena, que siempre ha sido una imposibilidad en cualquier sociedad, también lo fue en la sociedad guatemalteca. Las luchas populares y las acciones de resistencia antidictatorial, observadas en el segundo lustro de los años cincuenta, ilustran la aseveración de que si bien el gobierno revolucionario fue dismantelado y se instituyó un régimen reaccionario, los efectos de la década revolucionaria en lo que se refiere a la sociedad civil, no pudieron ser totalmente desarticulados. En este capítulo se ha logrado reconstruir con fuentes de primera mano, un hecho significativo en la historia contemporánea guatemalteca, del cual el autor solamente conoce versiones parciales o inexactas. Nos referimos a la rebelión militar del 13 de noviembre de 1960. El análisis de tal rebelión nos muestra sus virtudes, pero sobre todo las limitaciones que tuvo desde su gestación. Limitaciones que hacen exagerada la afirmación que ya es un lugar común, cuando se habla o escribe de la lucha armada revolucionaria en Guatemala: que es esta rebelión la que marca el inicio de dicha lucha.

En el capítulo cuarto se le da continuidad al análisis del Estado y la sociedad guatemalteca que se inició en el capítulo segundo. El cometido de esta empresa es ofrecer

² Schlesinger y Kinzer (1987); Gleijeses (1991).

al lector un esbozo del contexto social y político en el cual surge la guerrilla revolucionaria guatemalteca. Se busca también ofrecer al lector un panorama general de las clases y capas sociales que complementa el cuadro de los conflictos ya planteados en el mencionado capítulo segundo. Todo ello, para poder sustentar la tentativa analítica de los sectores sociales en los cuales se sustentó el movimiento revolucionario y guerrillero de la década de los sesenta. Por lo demás esta parte de la investigación persigue dar cumplimiento al famoso aforismo de Antonio Gramsci, quien en sus *Cuadernos de la Cárcel* dijo que "...la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para subrayar un aspecto característico" (Gramsci, 1975b, p. 46). En este capítulo también se analizan dos hechos sustanciales en la historia de las rebeliones y de la violencia como *acto de resistencia* en la sociedad guatemalteca: la rebelión de masas urbanas de marzo y abril de 1962 y las vicisitudes políticas, ideológicas y organizativas de la primera tentativa guerrillera en Guatemala, la que convencionalmente se ha llamado la tentativa guerrillera de Concuá, ocurrida en marzo del mismo año de 1962.

El capítulo quinto continua con los esfuerzos del capítulo precedente, en la reconstrucción y análisis de una historia en gran medida olvidada por las nuevas generaciones de guatemaltecos. En este sentido, el autor de este trabajo se autoconceptúa como un mero pionero de un esfuerzo cuyos primeros pasos se han empezado a dar. La historia del movimiento revolucionario y guerrillero es una historia de clandestinidad, de un submundo ignorado -por las propias reglas de la conspiratividad- por la inmensa mayoría de la población, de héroes anónimos y olvidados que hasta ahora, cuando el conflicto armado ha terminado, empiezan a ser rescatados del olvido. Un elemento fundamental del análisis de esta historia constituye el conflicto creciente entre dos culturas políticas que el autor ha denominado la *cultura partidaria* y la *cultura guerrillera*, contradicción que finalmente terminaría en la ruptura política en 1967. El capítulo termina con la reconstrucción y el análisis de lo que el autor denomina "las grandes síntesis", con lo cual alude a las grandes elaboraciones políticas e ideológicas, que hicieron los distintos segmentos del movimiento revolucionario, las cuales serán decisivas en la práctica de la violencia revolucionaria en el ciclo guerrillero de fines de los años setenta, los ochenta y noventa del siglo XX.

Finalmente, este ensayo termina con un breve capítulo final en el que se plantean las consideraciones generales y finales sobre el período y sus vicisitudes.

Puede decirse que este trabajo tiene tres planos. En el primero de ellos el autor ha intentado hacer una interpretación del Estado, la sociedad y el movimiento guerrillero durante el período trabajado. Estado y sociedad organizados de tal manera que se convierten en una ecuación social generadora de violencia por excelencia, crecimiento de clases medias y marginalidades en el área urbana, una nueva sociedad civil creada durante la década revolucionaria y que no fue desarticulada por el oscurantismo reaccionario que se restauró en 1954, oscilaciones en relación al programa revolucionario (revolución para hacer la democracia o democracia para hacer la revolución), surgimiento de una nueva cultura política en el seno de la izquierda revolucionaria guatemalteca (la *cultura guerrillera*), conflicto creciente de esta nueva cultura política con la que se había constituido en el seno de la izquierda en la década revolucionaria (la *cultura partidaria*), discernimiento de las causas *históricas, estructurales y desencadenantes* en la rebelión creciente que se empezó a observar a principios de los años sesenta, inevitabilidad de la lucha armada, por tanto inexistencia de una vía pacífica y democrática como algo que en palabras de Moore sería “una posibilidad suprimida”, la distinción entre una *rebelión de masas* y una rebelión armada, tales son planteadas de manera somera, algunas de las propuestas interpretativas del fenómeno analizado.

Un segundo plano de este trabajo ha sido especialmente trabajoso: la reconstrucción factual de los hechos sucedidos. Ello fue una necesidad puesto que además del esfuerzo interpretativo, el autor tuvo que hacer investigación de hechos en la medida en que ésta ha sido hecha de manera escasa. Esto ha puesto este trabajo ante dos riesgos que ha asumido de manera plenamente conciente. El primero de ellos es el que este trabajo sea visto unilateralmente como mera crónica de acontecimientos. El segundo es el del gazapo histórico para expresarlo de manera coloquial. En la medida en que le fue posible el autor buscó corroborar datos que le parecían dudosos, nombres de personajes que no era seguro que correspondieran a la realidad, cifras, acontecimientos, fechas. El fin del conflicto armado en diciembre de 1996 ha posibilitado la publicación de testimonios, memorias, biografías, novelas de distinta calidad cuyo objetivo es la lucha guerrillera en sus distintos momentos. Pero todos estos libros tienen más bien un carácter testimonial y no el de una

reconstrucción histórica. Sin embargo, los datos en ellos contenidos, facilitaron la tarea del autor, pero no disminuyeron el riesgo de la inexactitud, atribuible en este caso a sus fuentes. Para lograrla, en la medida en que esto le fue posible, el autor se ha valido además de estos trabajos precedentes, de una colección de documentos clandestinos acopiados a lo largo de muchos años y los cuales, fácil es imaginar la razón, no son fácilmente asequibles. Además, como el propio lector lo comprobará, este trabajo ha hecho un uso intensivo de la entrevista a protagonistas, participantes, podríamos decir sin exagerar, sobrevivientes, de los hechos reconstruidos. Por ello mismo, y porque el lenguaje no es sino la expresión de una mentalidad, el autor no vaciló en transcribir en no pocas ocasiones, la manera incluso coloquial de expresarse de algunos de éstos protagonistas o sobrevivientes del primer ciclo guerrillero en Guatemala.

La insurgencia guatemalteca ha sido analizada como parte de un fenómeno que se extiende a nivel latinoamericano, tal cual es el enfoque de los dos libros de Timothy P. Wickham-Crowley (1991; 1992). El primero de ellos está más enfocado a las posibilidades insurreccionales de las poblaciones rurales, particularmente los campesinos, razón por la cual las referencias a las guerrillas en Guatemala se hacen en dicho contexto. En el segundo, el tema ya es la interrelación entre la guerrilla y el campesinado como su posible base social. El acercamiento sigue siendo a nivel latinoamericano por lo que las referencias a la insurgencia guatemalteca siguen estando en el mismo nivel general que en el texto anterior. En los mismos términos podemos hablar del libro de Daniel Pereyra, el cual es una apretada síntesis de los movimientos guerrilleros observados en diferentes países latinoamericanos, desde la época colonial hasta el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el estado de Chiapas en México. Puede imaginarse la brevedad y generalidad con la cual es tratada la guerrilla guatemalteca en el capítulo IV, el cual por lo demás no solamente está centrado en el caso guatemalteco sino centroamericano en general.

Una perspectiva a nivel centroamericano de la guerra de guerrillas puede encontrarse en el texto de Saul Landau (1993), acerca del cual podría decirse que el lector podría esperar mayor detenimiento puesto que se enfoca en los países centroamericanos en los cuales la insurgencia adquirió decisiva relevancia. No obstante, el libro de Landau es una obra ligera, casi podría decirse que ubicada en un nivel periodístico que relata

acontecimientos. Mucho mayor nivel analítico tiene el libro de Yvon Le Bot –además de que está dedicado exclusivamente al caso guatemalteco- el cual articula en su análisis a la guerrilla con la dimensión étnica de la gran rebelión de fines de los setenta y principios de los ochenta. Por ello mismo es una fuente fundamental para analizar el segundo ciclo guerrillero en Guatemala, aquel que comenzó en la década de los setenta y concluyó con el acuerdo paz de 1996, período que excede a aquel que es reconstruido y analizado en este ensayo. Otro libro dedicado a la insurgencia guatemalteca es el de David Stoll (1993), cuyo título *Between Two Armies*, evidencia desde el principio que el autor pretende equiparar al ejército gubernamental con la guerrilla (la tesis de los dos demonios) en lo que se refiere a la generación de violencia y aterrizamiento de una población indígena que se encuentra victimizada por los dos bandos en pugna. Se diluye así el hecho histórico ineludible (confirmada por los informes sobre la verdad histórica), de que fueron ejército y policías los causantes de la inmensa mayoría (85 y 95%) de las violaciones a los derechos humanos en Guatemala. También se diluye el hecho indiscutible de que la guerrilla guatemalteca fue el medio a través del cual una parte notable del campesinado indígena evidenció su rebelión. Haciendo a un lado diferencias de enfoque, el libro de Stoll también se centra en el segundo ciclo guerrillero.

El período analizado y reconstruido, y el nivel de acercamiento con respecto al mismo, hacen de este ensayo uno diferente de los que en los párrafos anteriores se ha mencionado. Sin olvidar el precepto gramsciano ya mencionado, el autor ha pretendido internarse en las interioridades de las organizaciones insurgentes. Conflictos, diferencias ideológicas, personalidades, acciones y a veces hasta sentimientos de los protagonistas son mencionados en las páginas de esta obra. La anécdota juega un papel importante pero se ha hecho uso de ella para ilustrar fenómenos sociales. Para ello, como ya se ha dicho, el autor se ha valido del testimonio de los participantes que sobrevivieron. Constituyendo en sí mismo un legado precioso para el historiador y el sociólogo, como fuente, el testimonio tiene en sí grandes dificultades en el momento de ser trabajado. No fueron pocas las ocasiones en las cuales el autor se encontró con dos versiones distintas, sobre un mismo hecho, relatadas por dos de sus participantes.

Y es que la memoria es -aparte de la honestidad de la persona que ofrece el testimonio-, circunstancial, emocional, ideológica y también está fuertemente determinada

por la personalidad del que evoca. Un mismo hecho puede ser recordado de manera distinta según el momento en el que se encuentra aquel que recuerda, según las emociones que le despierta el hecho evocado, según la perspectiva ideológica que se tenga en el momento de recordar. Una personalidad egocéntrica recordará todos los hechos vividos por ella como determinados por su actuación y girando en torno a ella misma. El autor intentó superar estos problemas haciendo cruces de informaciones, repreguntando, contrastando versiones, confirmándolas o descartándolas con el uso de documentos y fuentes periodísticas. Y hubo más de una ocasión, en la que finalmente se decidió por aquella que resultaba más creíble sin que eso necesariamente significara que descartaba absolutamente aquellas que le parecieron menos creíbles.

Un tercer plano, igualmente trabajoso, fue el rescate de algunos de los personajes que se vieron involucrados en la lucha guerrillera y en general al movimiento revolucionario. Aquí el trabajo pasó de la tentativa de interpretación histórica o sociológica al de la semblanza, la cual en algunas ocasiones ilustró a dicha interpretación. No pocos de los personajes mencionados en este trabajo tuvieron un final aciago, el tiempo los fue sepultando en el olvido o en el vago recuerdo de aquellos que los conocieron. En este trabajo se procura rescatarlos de la noche de los tiempos, no solamente por justicia histórica, sino también porque es convicción del autor de que los procesos históricos y sociales tienen rostros, biografías personales, sueños y afanes y por supuesto mucha grandeza y miseria humana. En las páginas de este trabajo el autor se encontrará a aproximadamente unos 600 personajes que participaron plenamente en los dramáticos acontecimientos aquí consignados y analizados, que se convirtieron en referencia paradigmática para muchos de los protagonistas o bien que por su papel en la política mundial estuvieron de alguna manera relacionados con los hechos en el período estudiado. El lector los puede encontrar en el índice onomástico que se ha elaborado a efecto de facilitarle la tarea que implica el toparse con el estadista o el líder connotado, o bien con un modesto artesano o campesino cuyo recuerdo se ha perdido en la oscuridad de los tiempos.

En la línea de la objetividad, no ha sido propósito de este ensayo hacer una apología de algunos de los hombres o mujeres que son mencionados en el mismo. Los movimientos revolucionarios están constituidos o son dirigidos por seres de carne y hueso y por tanto expuestos a todas las pasiones humanas, una de ellas el afán protagónico y de

mando. Generosidad en la entrega a la lucha y al ideal, mezquindad en la pugna interna por el poder, audacia y coraje en el enfrentamiento a un enemigo superior militarmente, resentimiento social e ira acumulados, modestia en la autopercepción, ambiciones, oportunismo y sueños de grandeza, lealtades ejemplares e infames traiciones, adhesión racional a la violencia, adicción irracional a la misma. Todo ello puede encontrar el investigador cuando empieza a escarbar en la vida íntima del submundo de la clandestinidad.

El autor tiene agradecimiento a muchas personas en la realización de este trabajo. Sin su concurso desinteresado el mismo no hubiese sido posible. Empezando por las diversas personas que accedieron a brindarme su tiempo y contarme su historia. Si el lector revisa la parte dedicada a la bibliografía y fuentes documentales usadas en este trabajo, podrá saber quienes son y que fue lo que hicieron. La mayor parte de ellas fueron consultadas y se les dio a leer al menos la parte del trabajo en la que aparecían mencionadas. Con ello tuvieron oportunidad de corroborar o corregir su versión de los acontecimientos. Una versión distinta de este trabajo fue leída por el asesor inicial del mismo, Carlos Vilas. Sus comentarios hicieron que el autor no realizara las modificaciones que él planteaba, ~~sino reformulara la investigación en su totalidad.~~ Todavía tuvo oportunidad Carlos Vilas, antes de viajar a su natal Argentina, de leer la versión cruda de tres de los seis capítulos que constituyen este trabajo y hacerle llegar al autor sus observaciones, las cuales fueron tomadas en consideración.

La asesoría que Alfredo Guerra Borges dio al autor en todo el proceso de investigación fue de invaluable utilidad. Empezando por el talento de Alfredo en el terreno académico. Pero el autor también se benefició de una afortunada coincidencia, además de ser un prestigiado economista, el asesor académico fue también una personalidad notable dentro del movimiento revolucionario guatemalteco. Así, puedo decir que la asesoría de Alfredo Guerra Borges, comenzó cuando ni siquiera este ensayo había sido concebido como propósito. Recuerdo particularmente las pláticas que sostuvimos en 1979, cuando ambos ejercíamos la docencia en la Escuela de Ciencia Política de la Universidad de San Carlos de Guatemala y ya veíamos venir los tiempos ominosos que nos llevaron a muchos guatemaltecos al exilio. En aquellos días, en la intimidad que me dispensaba, acaso por ser yo hijo de un camarada de su generación, Alfredo me hablaba de lo que él consideraba

como la mejor parte de su vida, de aquella cuando fue un militante profesionalmente entregado a la causa revolucionaria. En los años siguientes, la conversación continuó. En algún seminario organizado por él, en la mesa de su casa y al lado de su esposa Elsa, en un evento organizado por Arturo Arias en la Universidad de Texas en Austin, en las butacas de un avión que nos traía de regreso de Nueva Orleans. Posteriormente cuando empecé a escribir este trabajo, la asesoría se fue formalizando hasta convertirse en sesiones de discusión sobre los diversos temas que la investigación involucraba y sobre los manuscritos que yo le presentaba. El asesor académico que me pidió precisiones y sugirió modificaciones, se confundió con el protagonista que emitió opiniones y me dio su versión de los hechos analizados en el trabajo. Obviamente, seguramente Alfredo Guerra Borges no comparte todas las interpretaciones u opiniones que están presentes en este ensayo. Ni tampoco será responsable de sus deficiencias.

Pero el autor tiene motivos de agradecimiento con otras personas. En primer lugar con José Alberto Cardoza, más conocido en el submundo de la clandestinidad como *Mario Sánchez*. El *maestro Juan*, como muchos de sus amigos lo llamamos, dirigente y luchador revolucionario de toda la vida, invirtió una enorme cantidad de su tiempo en darme su testimonio, en leer las primeras versiones de los distintos capítulos de este trabajo, en entregarme verbalmente y por escrito sus opiniones, las cuales en no pocas ocasiones expresaron divergencias con mis planteamientos. Nació así una invaluable amistad con alguien con quien el autor tuvo en el pasado divergencias políticas.

En realidad este ensayo no ha sido escrito en soledad: el autor buscó intencionalmente recabar la opinión de militantes revolucionarios y ex combatientes, cuyas opiniones fueron en un momento divergentes, si no es que antagónicas con las del autor. El propósito fue entender una lógica y una argumentación que en el pasado descartó de entrada al calor de las pasiones políticas. Mario Robles Villatoro, el que fuera alguna vez el *comandante Juan* de las Fuerzas Armadas Rebeldes fue un caso notable entre varios de ellos. Buena parte de la lógica de la *cultura guerrillera* y de la acerva crítica a la postura del Partido Guatemalteco del Trabajo, organización a la que perteneció el autor, la pude obtener de sus labios. Los mapas de localización de los frentes guerrilleros que en este trabajo el lector podrá encontrar, fueron elaborados por él en base a su propia experiencia o mediante la conversación con ex combatientes de las diversas organizaciones guerrilleras.

Pero no fue Mario el único caso. También lo fue la entrevista con Adolfo Gilly, notable figura representativa de la corriente *posadista* del trotskismo. O bien la discusión con el comandante *César Montes* (Julio César Macías Mayora) y los razonamientos escuchados por el autor de parte de los comandantes *Pablo Monsanto* (Jorge Soto García) y *Gaspar Ilom* (Rodrigo Asturias Amado). Obviamente el autor tiene que poner en el haber de la imposibilidad de la neutralidad valorativa, su trayectoria política y su postura ideológica, particularmente relevantes en la investigación de un tema como aquel sobre el cual versa este trabajo. Trayectoria y postura acaso fueron atavismos insoslayables y probablemente influyeron en la interpretación. El autor solo puede decir en su favor que siempre estuvo en guardia con respecto a este sesgo y buscó eludirlo.

También el autor tuvo la fortuna de contar con la lectura y opinión, sobre los capítulos segundo y tercero de cuatro personas, que vivieron total o parcialmente el período que en ellos se trata. José Alberto Cardoza, José Manuel Fortuny, Alfredo Guerra Borges y Oscar Edmundo Palma, todos ellos miembros de la comisión política o del comité central del PGT en la época de Arbenz y en los años que le sucedieron, leyeron el manuscrito y me sugirieron enmiendas. Al igual que lo que sucedió con los lectores de las versiones preliminares de los capítulos posteriores, ~~el autor pudo constatar que en muchas ocasiones~~ las opiniones de éstos, sus versiones de los hechos e interpretaciones de los mismos, fueron distintas y hasta excluyentes y contradictorias.

En relación a los capítulos cuarto y quinto, se contó con similares beneficios puesto que los mismos fueron leídos y criticados por algunos protagonistas o participantes de los acontecimientos allí relatados y analizados. Julio César Macías Mayora, más conocido como *César Montes*, leyó la versión inicial y me expresó enfáticamente sus coincidencias y sus desacuerdos. Muy probablemente no hayamos llegado a un acuerdo. El autor contó también para estos capítulos con la ayuda invaluable y desinteresada de Mario Robles Villatoro. También con la de Oscar Arturo Pérez (ex dirigente estudiantil y ex combatiente de las FAR) y Guillermo Paz Cárcamo (también ex combatiente de las FAR y actualmente sociólogo), quienes desde Finlandia y Costa Rica respectivamente, me hicieron llegar a través del correo electrónico su versión de los hechos y su opinión sobre el borrador inicial de dichos capítulos. A el *Patojo* Paz especialmente le agradezco el que me haya hecho llegar extensos testimonios de su experiencia, así como invaluable reflexiones sobre la

misma. Los dos capítulos referidos también fueron leídos por otro veterano de los años sesenta y actualmente sociólogo, Carlos Sarti Castañeda.

Estos también fueron conocidos por el ex integrante del grupo operativo conocido como *Los Bravos*, sobreviviente del *Frente Guerrillero Edgar Ibarra*, y hoy economista y politólogo, Carlos López García (*Pizarrón*), así como también por la militante revolucionaria y meritoria antropóloga, Aura Marina Arriola, a quienes también agradezco sus opiniones. Edgar Ruano Najarro y Arturo Taracena Arriola, en un tiempo militantes revolucionarios y actualmente historiadores acuciosos, también sugirieron modificaciones a la versión inicial. Es necesario decir que comparto con ellos el interés por la reconstrucción histórica del movimiento revolucionario en la década de los sesenta, y que ambos también están escribiendo sobre el tema. El teniente coronel e ingeniero, Carlos Paz Tejada, jefe de las fuerzas armadas de Guatemala durante el gobierno de Arévalo, conspirador revolucionario en el segundo lustro de la década de los cincuenta, y jefe de la tentativa guerrillera de Concuá, leyó los capítulos tercero y cuarto, en particular la parte referida a los sucesos de Concuá, y sugirió modificaciones puntuales. Finalmente quiero agradecer a Yolanda Colom, ex militante del EGP y de *Octubre Revolucionario*, su implacable crítica a una versión inicial, resumida y muy distinta que escribí sobre la insurgencia en Guatemala.

El autor también recibió opiniones que fueron tomadas en cuenta, en particular de los capítulos primero, cuarto y quinto, de sus colegas reunidos en torno a un seminario de discusión sobre violencia que se reunió entre 1997 y 1999, en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. En particular mis agradecimientos a Raquel Sosa, Fabiola Ezcárzaga, Irene Sánchez y Martín Linares.

Acaso sea innecesario expresar, pero es necesario evitar el pecar por omisión. que no tengo palabras de gratitud para todos los que me ayudaron, pero que asumo la responsabilidad plena por el contenido de este trabajo y las deficiencias que éste pudiera tener.

Este trabajo no hubiese sido posible de no ser porque quien lo escribió, contó con el espacio académico para realizarlo en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, particularmente en el área de Estudios

Latinoamericanos. Agradezco particularmente al director del ICSH, Maestro Roberto Vélez Pliego, el estímulo que siempre ha prodigado a investigaciones como la que ahora se presenta.

Finalmente, pero no por ello menos importante que todo lo demás, agradezco a mi familia más cercana, Lisett y mis hijos Camila y Sebastián, el entorno y estabilidad emocional que me han brindado durante todo este tiempo. Sin ellos aun con toda la ayuda con la que conté, acaso este trabajo no hubiese sido posible.

Carlos Figueroa Ibarra.

Puebla, 16 de septiembre de 1999.

CAPITULO PRIMERO.

DE VIOLENCIAS Y REBELIONES.

Ojalá, Critón, el pueblo fuese capaz de cometer los mayores males, porque de esta manera sería también capaz de cometer los más grandes bienes. Esto sería una gran fortuna, pero no puede ni lo uno ni lo otro; porque no depende de él hacer a los hombres sabios o insensatos. El pueblo juzga y obra a la ventura.

Platón. Critón o del deber.

1. Introducción.

El trabajo que con estas líneas empieza, pretende responder para el caso guatemalteco preguntas que se han planteado para otros ámbitos, diversos estudiosos de las ciencias sociales. El cometido de este capítulo es plantearlas desde un principio, puesto que las mismas guiarán a la investigación entera y su exposición. Pretendiendo aquella rastrear las concepciones y las prácticas que animaron a la insurgencia revolucionaria guatemalteca, el constatar que el rol de la violencia fue un elemento vertebral del pensamiento político de la misma, nos obliga desde el principio a preguntarnos en los términos más generales acerca de la naturaleza de la misma, esto es con respecto a sus causas y modalidades. Es esta cuestión general, el basamento sobre el cual

se asentarán las tres preguntas generales que vertebrarán a la investigación cuya exposición estamos iniciando.

Una primera cuestión que asalta a todo aquel que intenta buscar las relaciones entre violencia y transformación social, es la referida a los frutos que ha arrojado la primera con respecto a la segunda. Las dimensiones del dolor humano cada vez que analizamos la violencia política son tan grandes, la condena moral es tan fácil, que la búsqueda de la objetividad, en la medida que es posible, en las ciencias sociales impone la pregunta descarnada: ¿ha ejercido la violencia un papel positivo para el desarrollo de la humanidad?. La pregunta se antoja provocadora, en tanto que es un lugar común el responderla enfáticamente de manera negativa. También forma parte de las buenas costumbres que aún aquellos que ejercen la violencia para conseguir un fin político, la respondan en medio de lamentaciones: sólo las ideologías más extremas, como por ejemplo el fascismo (Bourderon, 1981, pp.77, 115; Payne, 1982, p.15; Fernández y Rodríguez, 1996, pp. 7, 12) han hecho exaltadas apologías de la violencia. En pocas palabras, se trata de explorar si en la historia humana la violencia ha tenido consecuencias necesariamente negativas y si en determinado momento se vuelve una realidad ineludible, independientemente de que es un fenómeno deplorable en si mismo.

En el caso guatemalteco, estas cuestiones no tienen un carácter ocioso, sino todo lo contrario. El movimiento revolucionario en Guatemala, postuló desde fines de los años cincuenta y principios de los sesenta, que el cambio revolucionario a través de la violencia, probablemente era la única manera de resolver las seculares injusticias y opresiones, que la sociedad guatemalteca acumulaba desde el pasado colonial. Si esto necesariamente era cierto y si al final la previsión se cumplió, o en que medida se cumplió, es algo que solamente se puede responder al analizar el proceso político guatemalteco la segunda mitad del siglo XX en su conjunto. Y la respuesta necesariamente tiene que partir de una reflexión con respecto a una experiencia que con mucho trasciende a la pequeña Guatemala, por más que el examen de ésta sirva para enriquecer el conocimiento que arroja la primera.

Los beneficios de la comparación son obvios: ya Dankwart A. Rustow ha dicho (1970, p. 349) que la comparación es "el más cercano sustituto del laboratorio para un cientista social". Al final del siglo XX, puede uno preguntarse si no sólo la izquierda revolucionaria guatemalteca

sino la de buena parte de América Latina, encontró un campo fértil para la violencia en un subcontinente del cual en los setentas se decía, que en él la democracia era un *estado de excepción* y por tanto despertaba un pesimismo explicable en materia de perspectivas democráticas. Que ésta excepcionalidad fue un factor que alentó a la lucha armada se puede empezar a vislumbrar cuando se observa a un estudioso estadounidense, Robert R. Kaufman, preguntarse a mediados de los ochenta: "¿Acaso los conflictos sociopolíticos ligados a los esfuerzos para consolidar dichos modelos (de desarrollo) entrañan ciclos ineludibles de frágiles gobiernos civiles seguidos por períodos prolongados de autoritarismo militar "exclusionista"?... Nuestro análisis deriva de una perspectiva político-económica que, si bien deja alguna cabida para la esperanza, no tiene en cambio mucho lugar para el optimismo." Norbert Lechner en los setenta, hablando en términos generales, concluía que el Estado en América Latina era más dominación que hegemonía (Lechner, 1977, p.23, 68-69). Régis Debray poco antes, sometiendo a crítica la teoría del foco, partía de una conclusión parecida para sustentar de nueva cuenta una versión revisada de la necesidad de la lucha armada en América Latina (Debray, 1975a, Vol. I, pp. 151-152).

El estudio de la insurgencia o de las insurgencias en Guatemala, obviamente no sólo es el exámen de las expectativas revolucionarias convertidas en línea política, es decir no solamente es la investigación de la naturaleza de la transformación social que el movimiento revolucionario persiguió, ni tampoco solamente el camino que se trazó para lograr dichas transformaciones. Este aspecto de la investigación es esencial para conocer a los distintos destacamentos de hombres y mujeres, que durante la segunda mitad del siglo XX estuvieron dispuestos incluso hasta ofrendar sus vidas, para lograr una revolución política y social en el país. Sin embargo es insuficiente: para conocer a cualquier insurgencia también es necesaria la investigación de las razones por las cuales, además de las vanguardias revolucionarias, hubo masas a su lado que sin un conocimiento profundo de una doctrina revolucionaria cualquiera, estuvieron también dispuestas a alzarse y a hacer uso de la violencia para lograr erradicar la situación que las agraviaba.

En el caso guatemalteco, es importante resaltar que pese a enfrentarse las insurgencias a un Estado, que en América Latina se volvió paradigmático en cuanto a las cantidades y calidades de terror que estaba dispuesto a realizar -para mantener una determinada manera de organización

de privilegios, jerarquías e injusticias-, dicha insurgencia resurgió una y otra vez de sus cenizas para convertirse en un “interlocutor” privilegiado de la dictadura y de la clase dominante guatemalteca. Si el terrorismo de estado fue un fenómeno creciente y cada vez más sofisticado en la Guatemala de la segunda mitad del siglo XX, y si también ese crecimiento y sofisticación no impidieron dos grandes oleadas de sublevación, que incluso llegó a convertir a los pueblos indígenas en actores fundamentales en la vida política nacional, cabe preguntarse entonces acerca de las razones o causas económico-sociales, político-ideológicas, culturales y aún de naturaleza coyuntural, que posibilitaron las sucesivas rebeliones. Esto nos lleva al planteamiento de una segunda pregunta ¿Cuales son las causas que en determinados momentos llevan a enormes segmentos de la población humana, a romper con algo tan preciado como es la vida cotidiana, y a rebelarse con todas las trágicas consecuencias que casi siempre ello implica?

La pregunta, hecha a propósito de una investigación sobre la insurgencia guatemalteca, es válida para todas las insurgencias, entre ellas las de América Latina: en qué momentos y circunstancias, estas insurgencias revolucionarias fueron exitosas en lo que se refiere al despertar ~~las sublevaciones de masas que sus sueños imaginaban.~~ ¿Por qué *Sendero Luminoso* se volvió un fenómeno de masas y la guerrilla del Che Guevara en Bolivia fue una trágica expedición a la soledad? (Debray, 1975b; Taibo II, 1996).

Las revoluciones o situaciones revolucionarias, los motines y rebeliones, son momentos por esencia colectivos. Son aquellos instantes en los cuales la vida de los individuos deja de ser plenamente suya y la voluntad se convierte en algo que los trasciende. Como veremos más adelante, son estos los momentos luminosos en los cuales para el analista el papel protagónico de las masas se convierte en algo transparente. Pero la rebelión humana en cualquiera de sus formas es algo extraordinario y mucho más lo es la revolución, por lo que acaso sea ello un motivo más al por qué en la historia se han enfatizado tanto el rol de las personalidades o las élites. La pregunta cae por su propio peso y es una de larga data entre historiadores y sociólogos: ¿son los héroes o las multitudes los que hacen la historia en el sentido de crear situaciones políticas y sociales nuevas? Esta cuestión puede parecer una arcaica simpleza a la cual se puede responder con una verdad de perogrullo. Pero acaso no lo sea tanto, si nos detenemos a examinar la visión

que no pocos politólogos y sociólogos aún tienen de las transiciones políticas que se han observado en el último cuarto de siglo.

En una región que como la centroamericana, observó una participación tan diáfana de masas enardecidas que buscaban el cambio, no es posible estar de acuerdo con las interpretaciones que tienden a privilegiar el rol de las élites y aún de las personalidades en las transformaciones políticas y sociales. El caso guatemalteco resulta un ejemplo de cómo buena parte de los sucesos que se observaron en los últimos cincuenta años no hubiesen sido posibles sin las explosiones masivas de descontento en las calles, sin los alzamientos en los montes y los llanos, sin las insurgencias y sus personalidades sustentadas en movimientos que cambiaron las relaciones de fuerza y con ello crearon situaciones nuevas. Más aún, el exámen de la historia de la propia insurgencia guatemalteca revela que, como suele suceder, cuando no se asentó en amplios segmentos sociales, su actuación corrió el peligro de la intrascendencia.

2. Violencia y transformación social.

En el umbral del siglo XXI la humanidad vive una situación paradójica: el repudio a la violencia es casi tan generalizado como el imperio de ella en la vida cotidiana de casi todo el planeta. El balance cruento del siglo XX que horroriza al hombre o mujer común, se ha convertido en un saludable alejamiento, al menos declarativo, de las situaciones de violencia. Y sin embargo, ésta se abre paso de las maneras más diversas, a través de las guerras por fronteras entre países, de los conflictos religiosos, étnicos y raciales, de las confrontaciones que ha implicado la expansión del narcotráfico, de los millones de actos cotidianos de la delincuencia, de la expansión de una cultura de la violencia en los barrios bajos de las grandes y medias ciudades, de los actos que resultan de la política en su sentido estricto llevada al terreno de las armas, y sobre todo, de esa violencia silenciosa que acaso sea la más cruenta y que ha sido llamada "violencia estructural", violencia "indirecta" o como "modo de vida" (Sánchez Vázquez, 1980, p. 435). Es decir, aquella que emana de las relaciones que establecen los seres humanos en un régimen social sustentado en la desigualdad social o explotación. A fines del siglo XX, esa

violencia silenciosa mantiene durmiendo en las calles a 200 millones de niños, obliga a trabajar a otros 100 y prostituye a un millón más y mata a 25 mil diariamente a consecuencia del sarampión, difteria, neumonía y desnutrición. Mantiene en la miseria a 800 millones de personas, en el analfabetismo a 1,000 millones, sin servicios de salud a 1,500 y finalmente mata diariamente de hambre a 35 mil (Lage, 1996).

La violencia que observamos a fines del siglo XX, el siglo que en términos cuantitativos ha sido el más violento por la capacidad mortífera que ha alcanzado la tecnología militar¹, hace pensar que sea loable, y hasta cuestión de sobrevivencia, la búsqueda constante de la paz y de las soluciones negociadas a los conflictos. Pero al mismo tiempo confirma que la violencia es hasta ahora, un factor insoslayable y casi siempre presente en la vida humana. La voluntad por la paz no debe llevar al investigador a la mojigatería que niega que en determinados momentos, la violencia se convierte en una *necesidad* en el sentido de ineludibilidad histórica. Otro asunto es que esa ineludibilidad histórica se traduzca en ocasiones en un monstruoso costo en vidas humanas, que al final rinde beneficios políticos y sociales que no son los que se esperaban.

a. Naturaleza de la Violencia y su Relación con la Política.

Ya San Agustín decía en *La Ciudad de Dios*, que la guerra no era solamente asunto de maldad humana sino en todo caso materia de política porque hasta "los que quieren perturbar la paz en que viven, no es porque aborrecen la paz, sino por tenerla a su albedrío. No quieren, pues, que deje de haber paz, sino que haya la que ellos desean" (San Agustín, 1994, p.479).

En el momento de estudiar a la insurgencia, o a su contraparte (el terrorismo de estado), conviene tener presente el anterior precepto agustiniano, para no convertir el análisis científico en condena moral o incurrir en una interpretación subjetivista de la violencia. La violencia política ha tenido protagonistas que ciertamente son expresión de una psicopatología y ésta, en no pocas ocasiones ha sido resultado a su vez de un contexto de violencia. Conviene entonces, al estudiar

Además de las dos guerras mundiales, el siglo XX ha presenciado desde la segunda posguerra más de 250 guerras, golpes de estado, revoluciones que han costado la vida a más de 30 millones de personas, han implicado un promedio de 12 conflictos bélicos al año y solamente 22 días de paz real (Genovés, 1991, p. 176)

un fenómeno como el que este trabajo pretende investigar, el partir del criterio de que la violencia no solamente es un asunto de elección, sino también algo que se impone a la voluntad de los actores sociales que se enfrentan. Aun cuando fuera certera la afirmación que Barrington Moore ha renunciado a comprobar, de que "una de las fuentes duraderas y seguras de satisfacción humana es hacer sufrir a otros hombres", tal fuente de satisfacción tendría su explicación en lo social y no en lo individual.

Al preguntarse cuando y cómo surgió la violencia el conocido investigador de la misma, Santiago Genovés, parte correctamente del criterio de que las raíces de ésta no pueden buscarse en lo innato humano sino en lo cultural (Genovés, 1991, p. 83). Criticando a diversos autores (entre ellos a Desmond Morris), Genovés considera que la transposición de lo animal a lo humano

-tan preciada por la lógica del darwinismo social-, no son científicamente sustentables, puesto que la violencia no existe en el primer ámbito y sí en el segundo: los animales no atacan sino comen (p.111). Desde una perspectiva marxista, Adolfo Sánchez Vázquez arriba a la misma conclusión: la violencia es un atributo humano, "sólo el hombre puede ser violento" porque sólo él ejerce la praxis transformadora (1980, p.428). La violencia es entonces, un fenómeno propiamente humano cuyas condiciones surgen cuando el ser humano se va apartando de lo propiamente animal, es decir cuando empieza a surgir la cultura, específicamente hace unos 7 mil años, con el surgimiento de la agricultura (pp. 71, 72). Definida la violencia en términos generales, como la acción compulsiva que a menudo implica el uso abierto de la fuerza física (Genovés, 1991, p.116) para imponer la voluntad de quien la ejerce por encima de la de aquel sobre quien es ejercida, aquella es concebida por Genovés, como algo que es producto de las dos grandes revoluciones tecnológicas que ha conocido la humanidad: la revolución agrícola inicia la violencia institucionalizada y generalizada mientras que la revolución industrial la llevará a sus máximas consecuencias (p.71).

Pareciendo plausible la anterior aseveración, podría agregarse sin embargo, que no es la tecnología en sí misma la que genera la violencia como parte institucionalizada y generalizada de la vida cotidiana del ser humano. Más bien podría pensarse que son las relaciones sociales de dominación y explotación que se van construyendo a partir de dicha tecnología, las que van a

crear el espacio social para la violencia². Con el surgimiento de las diferenciaciones sociales y de la opresión, que puede expresarse a través de diversas formas (de clase, género, étnica, nacional, racial, religiosa, territorial), también va surgiendo la *política* el ámbito en el cual todas estas diferenciaciones se expresan en voluntades de dominación o resistencia a la misma. Más aún, puede decirse que aun aquellas formas de violencia que no son estrictamente políticas, están determinadas en última instancia por los conflictos que generan las relaciones sociales asentadas en la desigualdad y la dominación.

La política por tanto es un ámbito al que la violencia está estrechamente vinculada, puesto que la misma noción de poder -capacidad de imponer la propia voluntad a otro merced a una correlación de fuerzas-, casi la implica. No es casual entonces que aquellos que parten de la concepción de que la violencia es expresión de relaciones sociales, la definan como un vínculo por el cual "uno de los términos realiza su poder acumulado" (Izaguirre, 1997, p.3). Fue ésta identificación, precisamente una de las aportaciones cardinales de Maquiavelo en *El Príncipe*, cuando sin hipocrecía rompió el vínculo entre moral y política y recomendó la violencia como un factor esencial en la obtención y la conservación del poder: "...la principal causa para perder el poder es desdeñar el arte de la guerra, y la primera para alcanzarlo profesar dicha arte" (Maquiavelo, s/f, p.35). Las múltiples referencias de Maquiavelo en *El Príncipe* al uso de la violencia para cumplir con el objetivo esencial del poder una vez adquirido -su conservación-, le ganaron una fama que raya en la vulgaridad, como lo evidencia la connotación que hoy tiene el vocablo "maquiavélico". En realidad, Maquiavelo sólo expresó de manera franca lo que había sido y ha seguido siendo la experiencia del poder político. Como bien lo dijo Victor Hugo en *Los Miserables*: "Maquiavelo no es un genio malo, ni un demonio, ni un escritor vil y miserable; no es sino el hecho." No en balde, un humanista como Tomás Moro imaginó en *Utopía*, una sociedad en la que no sólo la propiedad privada, la desigualdad y la intolerancia habían desaparecido, sino también el culto a la guerra. En varios pasajes que harían sonreír al realista y pragmático Maquiavelo, Moro dirá que los utópicos "tienen a la guerra por cosa bestial... y, al

En adelante, cuando hablemos de relaciones sociales entenderemos el conjunto de vínculos que establecen los seres humanos en las distintas esferas de la vida social como clases, como etnias, como género, como agentes productivos, como gobernantes y gobernados etc.,

revés de la mayor parte de los pueblos, estiman que no hay cosa más despreciable que la gloria guerrera." (Moro, 1996, p. 67).

Pero la utopía imaginada por Moro no es más que el retrato inverso de lo que la sociedad inglesa y la europea del siglo XV y XVI ya estaban viviendo: la violencia arrasante de la acumulación originaria, las leyes represivas contra los menesterosos que aquella estaba creando, la intolerancia religiosa, y por supuesto, la violencia como expresión predilecta de la política. Un siglo después de la ejecución de Moro, la asociación de la violencia y la política será nuevamente plasmada en la esfera del pensamiento y la ideología con Hobbes en el *Leviatán*. Desde la óptica de la violencia, la obra de Hobbes es un síntoma además de una brillante sistematización. El Estado hobbesiano no es más que la concentración de la violencia que en el *estado natural* ejercían los hombres entre sí motivados por la competencia, la desconfianza y la búsqueda de gloria (Hobbes, 1990, p.102). El tránsito del *estado natural* al *estado civil* no es más que la delegación a través de un pacto, de la capacidad de los hombres para matarse entre sí como consecuencia de su igualdad (Cap. XIII) y libertad absoluta (Cap. XIV), a un *ser artificial* (el soberano, p. 141) que concentrará el poder disperso y anárquico y se convertirá en el único que ejercerá legítimamente la violencia para poder conservar la paz pública.

Sin llegar a las conclusiones absolutistas de Hobbes, sin tampoco compartir su pesimismo acerca de la condición humana, John Locke coincide con él en la necesidad inevitable de un Estado Civil. En Locke el Estado o sociedad civil (la acepción de éste último término no tiene todavía la que después tendrá), surge para garantizar la justicia en contra de las transgresiones a la ley natural esencial: el que nadie tiene derecho de dañar a otro en su vida, propiedad y libertad. No es el *estado natural* uno de guerra como lo retrata Hobbes, por lo tanto lo que en éste es la regla en Locke es la excepción. Para controlar estas anomalías y garantizar que las penas y condenas sean equilibradas es que aparece el poder civil o político, o Estado. Pero en Locke, aún cuando el poder político no surge para controlar la violencia de todos contra todos, su definición del mismo lleva implícita la idea de la violencia: "... el derecho de hacer leyes que esten sancionadas con la pena capital, y en su consecuencia, de las sancionadas con penas menos graves, para la reglamentación y protección de la propiedad." (Locke, 1990, p.6).

Tampoco Montesquieu comparte la idea hobbesiana del estado natural como uno de guerra de todos contra todos: es más bien la debilidad y la timidez dentro de la igualdad que supone aquel estado, el que lleva a los hombres a unirse para protegerse mutuamente (Montesquieu, 1984, p.36). La transición del *estado natural* al *estado civil* hace que los hombres pierdan su sentido de debilidad pero también el de la igualdad: éste es el momento en el que surge el *estado de guerra*. Las leyes, cuyo espíritu persigue captar Montesquieu en su clásico libro, persiguen controlar el *estado de guerra* que surge entre las naciones por un lado y entre los particulares por el otro, cuando las sociedades se instauran (ibid., p.37). Los libros IX y X del volumen Y *Del Espíritu de las Leyes* se dedicarán en específico a examinar regularidades y regulaciones del primer tipo de guerra, mientras diversos capítulos de los restantes libros lo harán con respecto a la segunda. Rousseau en *El Contrato Social*, también desechará las premisas hobbesianas y postulará que en el *estado natural* no puede existir la guerra de hombre a hombre. puesto que no existe la propiedad constante y en el "estado social" tampoco, puesto que todo está bajo la autoridad de las leyes y el derecho no nace de la fuerza, sino ésta última se usa para garantizar al primero (Rousseau, 1969, pp. 5, 7, 28). Esa idea está articulada a otras dos diferencias de Rousseau con Hobbes: la soberanía no se delega sino permanece en el cuerpo entero (el pueblo); el contrato social no sirve para someter a un pueblo a sus jefes (p. 31) sino para crear una fuerza común que proteja a los bienes y personas de cada asociado sin que ello implique la pérdida de la libertad natural sino su cambio a una de calidad civil (pp. 9, 12).

La sumaria revisión que se ha hecho de la aproximación de la violencia de algunos de los clásicos del pensamiento político, no es un ejercicio intelectual gratuito. Para los propósitos de ésta investigación, sirve para resaltar el hecho de que en pensamiento y acción, la política y la violencia -sean práctica de dominación o de resistencia- han caminado de la mano. De todos los planteamientos revisados anteriormente, el espíritu absolutista del hobbesiano tiene la ventaja de destacar sin ambages algo que tres siglos y medio después, Max Weber reconocerá francamente: que el Estado no es más que una "relación de *dominación* de hombres sobre hombres, que se sostiene por medio de la violencia legítima..."(Weber, 1984, p.84). El Estado moderno, agregará páginas después, es una asociación de dominación con carácter institucional, que exitosamente ha *monopolizado* la violencia física legítima como medio de dominación en un territorio

determinado (ibid., p.92; 1974, p.45). Como lo afirma Weber, al ser cristalización de relaciones sociales y por tanto de correlaciones de fuerza, el Estado es violencia en acto o potencial. Esto se revela en la afirmación de Bobbio de que en la democracia -la que dicho sea de paso es común visualizarla como la forma menos violenta del ejercicio del poder- cada cual acepta reglas del juego preestablecidas de común acuerdo, de las que "la principal es la que permite resolver los conflictos que de vez en vez surgen sin recurrir a la violencia recíproca." (Bobbio, 1996, p. 215). Robert Dahl en su ya clásico *La Poliarquía*, también evidencia la asociación entre violencia y política en la postulación de los axiomas que rigen a los gobiernos que toleran a la oposición (Poliarquías): la tolerancia o la supresión de la oposición es algo que está vinculado al costo político que pueda tener para el gobierno el suprimir o tolerar a la primera. Para Dahl, "en la medida en que el precio de la supresión exceda al precio de la tolerancia, mayores son las oportunidades de que se dé un régimen competitivo." (Dahl, 1993, p. 24).

b. Violencia y Práxis Transformadora.

Efectivamente, aunque no son lo mismo, violencia y política tienen fronteras difusas y a menudo son esferas entrelazadas. Ambas han tenido un papel fundamental en el desenvolvimiento histórico humano, aun cuando finalmente como bien lo dice Engels en el *Anti-Dühring*, el poder y la violencia no son más que un medio, mientras que lo económico es el fin (Engels, 1968, p.152-153). Puede aceptarse en términos generales la afirmación engelsiana, diciendo que la violencia y la dominación no se explican en sí mismas, sino más bien como el medio para defender intereses de naturaleza grupal, que la violencia en última instancia no es causa sino efecto. Pero el énfasis en lo económico que pone Engels en su polémica -con el objeto de resaltar la metodología del materialismo histórico-, nos pone en la orilla de varios reduccionismos: el de lo económico como único motor del desenvolvimiento histórico, el de lo económico como única vía de agregación de individuos en grupos con intereses, y el de lo económico como algo que se diferencia tajantemente de lo político.

Con respecto a esto último, puede decirse que no es ésta la perspectiva de Marx, sobre todo si se recuerda cómo al analizar la acumulación originaria, postula que en ella la violencia

puede convertirse en una potencia económica (Marx, 1972, p. 639). También es preciso dialectizar la relación entre política y economía, y en lo que se refiere a nuestro tema, entre violencia y economía, con lo que la relación causa-efecto que Engels postula (p.176) tiene un doble sentido. Finalmente, siendo la violencia en la política o en la vida cotidiana expresión de contradicciones emanadas de las relaciones sociales, no es posible reducir éstas al ámbito de lo económico por mucho que en los conflictos religiosos, étnicos o políticos en ocasiones los intereses de clase se encuentren íntimamente entrelazados con aquellos.

La política condensa la heterogeneidad social y por tanto los intereses contrapuestos, y el Estado como parte de la política, no es ajeno a esa síntesis. El Estado es expresión de una determinada correlación de fuerzas entre las distintas clases y grupos sociales, en la cual existe una hegemonía de uno o varios de esas clases o grupos. Esa hegemonía se expresa a través de lo público y es a través de lo público que se legitima, en palabras de Weber, el monopolio de la violencia. Si el Estado es el monopolio de la violencia legitimada como medio de dominación, es posible pensar que en determinadas circunstancias la resistencia a esa dominación se exprese a través de la disputa de dicho monopolio. Es a esto a lo que se referían Marx (Ibid.,) y Engels (1968, p. 177) cuando afirmaron que la violencia "era la comadrona de toda vieja sociedad que se encontraba grávida de una nueva".

Si las relaciones sociales que se han gestado en la historia humana están vinculadas inextricablemente a la violencia, si la política que condensa todo ese conjunto de relaciones sociales también se encuentra en la misma situación, todo ello implica la posibilidad de la legitimación de la violencia como medio de transformación social. El orden injusto se encuentra asentado en una correlación de fuerzas en la cual forma parte indispensable, la violencia en acto o potencial (Sánchez Vázquez, 1980, p. 434). Desde esta perspectiva, "la violencia también desempeña otro papel en la historia, un papel revolucionario" (Engels, 1968, p.177). En realidad, desde una perspectiva marxista, lo esencial no es la violencia física sino la praxis social entendida como actividad transformadora de un conjunto de relaciones sociales y por ello la primera solamente es un medio de la segunda (Sánchez Vázquez, 1968, p. 431). La praxis, entendida como una relación sujeto-objeto en el que el primero transforma al segundo y con ello se transforma así mismo, es violencia desde un sentido amplio, puesto que toda transformación

violenta la legalidad interna del objeto de la praxis (pp. 427-430). En el caso de la praxis que busca transformar un orden de relaciones sociales, la praxis social encuentra que su objeto es sujeto también, que no ofrece una resistencia pasiva a la transformación, sino más bien activa, una antipraxis (p. 429, 430) que bastante a menudo se expresa a través de la violencia. La violencia conservadora transita a un momento activo que justifica aun más la necesidad de la violencia para poder transformar el orden establecido. En realidad, tanto una como otra violencia no tienen como objetivo los seres corpóreos o físicos sino a lo que representan: su ser social constituido por las relaciones sociales, políticas y económicas que encarnan (p.432). En palabras de Marx serían las personas "en cuanto *personificación de categorías económicas, como representates de determinados intereses y relaciones de clase*", como objetivación de relaciones de las que socialmente son criaturas (Marx, 1972, p.XV).

Esta brevísima síntesis de la concepción marxista de la violencia resulta indispensable en la exposición no solamente porque expresa algunos de los supuestos teóricos de los cuales parte el investigador, sino también porque es esencial en la investigación de las insurgencias en América Latina. Aunque al hablar de éstas hay que partir del hecho de su heterogeneidad ideológica, puede decirse que en dicha concepción se encuentra la fundamentación filosófica de la praxis política de buena parte de ellas. Las insurgencias armadas en América Latina, en la medida en que no solamente fueron motines o alzamientos espontáneos, de manera más o menos desarrollada, implícita o explícitamente, han presentado un programa revolucionario. La conciencia de la envergadura programática ha sido una de las causas de la elección de la violencia como medio revolucionario. En el caso guatemalteco, como lo veremos en cada uno de los capítulos que suceden a éste, la violencia revolucionaria tuvo sus asideros ideológicos en la concepción reseñada anteriormente, pero también tuvo otros dos condicionantes. El primero de ellos tuvo un carácter objetivo en el sentido de que existió independientemente de la voluntad insurgente: nos referimos a la contrarrevolución de 1954 y a la dictadura militar que se fue estructurando a partir de ese año. El segundo de ellos fue un estado de ánimo que se articuló a la concepción ideológica antes mencionada: el entusiasmo revolucionario que despertó la revolución cubana no solamente por su sentido, sino también por su experiencia en lo que concierne a la lucha armada. El impacto fue tan grande, que como lo ha reconocido una de las

personalidades más lúcidas de la insurgencia guatemalteca, la adhesión a la idea de la lucha armada se convirtió para aquella en un criterio ideológico con "rango de programa" (Payeras, 1991, p. 87).

El planteamiento de la violencia como algo que en ocasiones resulta indispensable para lograr un nuevo orden social, superior al anterior en justicia y desarrollo es algo que no solamente se constriñe al pensamiento marxista. Que tales planteamientos provengan de Marx, Engels y Lenin en el augurio de una sociedad en tránsito al comunismo no extraña mucho, aunque si genera un poco de sorpresa que lo haga un sociólogo que política y metodológicamente es adverso al marxismo, como lo es Barrington Moore. En su libro que ya se considera un clásico del tema, *Los Orígenes Sociales de la Dictadura y la Democracia* (1991), Moore rechaza el exaltamiento de la violencia, lo que no le impide la "apreciación fría, racional de la importancia objetiva de la violencia en la política." (p.362). A diferencia del marxismo, en el cual el dividendo de la violencia pueden ser las formas más progresivas de convivencia humana -y en la época del capitalismo una sociedad en la que la explotación ha desaparecido-, en Moore tal dividendo en no pocas ocasiones ha sido la modernización, entendida como instauración de la democracia occidental y la industrialización. "La violencia revolucionaria -postula Moore- puede contribuir tanto como la reforma pacífica al establecimiento de una sociedad relativamente libre" (Ibid, p.27). Con todas las reservas del caso, T.R. Gurr, acaso más distante del marxismo que el propio Moore, también ha aseverado que la "...violencia política a veces ha conducido a la creación de nuevas y más satisfactorias comunidades políticas." (1971, p.3).

Al menos esto ha resultado así en los casos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, en la que hechos violentos son elemento sustancial en la explicación de las democracias que allí funcionan (Moore, 1991, pp.27, 94, 100). Refiriéndose a Inglaterra, Moore dice que "la violencia de los siglos XVII y XVIII -abierta y revolucionaria en el primero, más disimulada y legal, pero no por eso menos violenta, en el segundo- habrían preparado el camino para la transición pacífica del XIX" (p.33). Hablando de Francia, la afirmación es igualmente contundente: "es muy difícil negar que, si Francia debía entrar en el mundo moderno por la puerta democrática, no podía menos que pasar por los fuegos de la Revolución, también en sus aspectos violentos y radicales."(p.94). Finalmente, para concluir con la revisión de las tres democracias del primer

mundo que se consideran paradigmáticas, nuestro autor dirá que "la Guerra Civil americana fue la última ofensiva revolucionaria por parte de lo que se puede llamar legítimamente democracia capitalista urbana o burguesa... Si el esclavismo tenía que desaparecer de la sociedad norteamericana, era necesaria la fuerza." (pp.99-100 y 104).

Por distintos motivos, Moore ve en las élites rurales y los campesinos obstáculos a la modernización en sus ámbitos político (democracia) y económico (industrialización): "sin burguesía no hay democracia" (p.339). Es ésta apreciación la que sustenta a buena parte de todo su edificio interpretativo: en los tres países antes mencionados la modernización se explica por la ausencia o débil presencia de grandes agrarios y sus respectivos proyectos de sociedad. Así, en estos tres países las revoluciones (guerra civil inglesa, la revolución francesa y la guerra civil americana) barrieron con los obstáculos políticos para la instauración democrática (El absolutismo inglés, la aristocracia francesa y los esclavistas sureños) (p.346). En aquellos países en los cuales un desfavorable correlación de fuerzas para los sectores emergentes de la burguesía, impidió la erradicación por medio de la violencia revolucionaria de aquellas élites rurales y se observó una alianza subordinada (p.354) de los intereses comerciales e industriales con las clases altas rurales, el resultado fue una modernización conservadora expresada en una industrialización hecha en un contexto autoritario que resulta ser en buena parte una explicación del fascismo (Alemania y Japón). Que ese fenómeno tan deplorable como lo es la violencia política puede tener, en la visión de Moore, frutos a la larga beneficiosos, lo evidencia su balance del proceso social en la India: por diversas razones, entre ellas la influencia del pensamiento de la resistencia pacífica de Ghandi, la violencia no tuvo un acto de presencia significativa en el camino de la modernización en dicho país (la burguesía emergente no propició una ruptura con los factores del atraso, élites rurales y campesinos) y el costo social ha sido aún más elevado en vidas que si se hubiese observado tal ruptura. En la India el precio del cambio pacífico (p. 311) ha sido la instauración de una democracia a la cual la miseria profunda desvirtúa esencialmente (p. 329).

c. Dos Preguntas Acerca de Guatemala.

Al finalizar este epígrafe, acaso sea necesario recapitular los motivos de la revisión que hemos hecho y reiterar algunas conclusiones que pueden servir de respuesta a la primera gran pregunta planteada al inicio de éste capítulo. Siendo el propósito de éste trabajo explorar las causalidades y regularidades de un fenómeno asociado a la violencia, en este caso las insurgencias revolucionarias en Guatemala, era necesario explicitar la concepción teórica con respecto a la violencia que anima a este trabajo. Esta última es un atributo humano que no puede ser imputado a lo innato ni tampoco a lo tecnológico, sino es algo que emana de las relaciones sociales que han establecido los seres humanos desde el momento en que las mismas expresaron diferencias e intereses contrapuestos. La revisión que hemos hecho de algunos de los pensadores políticos más relevantes, nos ha servido para constatar la anterior conclusión: la asociación de la política con la violencia revela su naturaleza social puesto que como hemos dicho antes, la primera no es sino la síntesis de la multiplicidad de las relaciones sociales. La asociación de la política y la violencia por parte de los pensadores de la política, no es sino la expresión en el terreno de la filosofía y la ideología de algo que está presente en la objetividad de la interacción humana.

¿Acaso es esta última reflexión una abstracción innecesaria para los fines de este trabajo? No lo es, puesto que expresa un presupuesto metodológico que el investigador considera necesario para la investigación de cualquier clase de violencia y en particular de la violencia política: en ella los actores que se enfrentan (sean las agencias del terror del Estado o los rebeldes que también cometen actos de violencia) no son sino expresiones de las relaciones sociales que originan la violencia. Conviene tener presente este hecho -si se quiere mantener la objetividad en el análisis-, en el momento en el que se analiza un fenómeno en el que ha habido tanto drama humano como es el proceso político guatemalteco en la segunda mitad del siglo XX.

El apetito de objetividad también surge como necesidad, cuando se examina la relación entre violencia y transformación social. En esta materia el investigador tiene que apartarse de la lamentación y asumir el planteamiento de Moore en el sentido de apreciar "fría, racionalmente" la importancia objetiva de la violencia en la política. En tanto que la violencia no es sino expresión de relaciones sociales -que son relaciones de poder-, dicha violencia se convierte en un fenómeno muchas veces inevitable cuando grupos humanos se enfrentan para mantener o

cambiar una determinada situación social. No es difícil entonces, que la transformación social esté asociada a la violencia más inaudita o para decirlo de manera más precisa, que en la mayoría de las transformaciones ésta se vuelva una realidad inevitable. Tal ha sido el sentido de buena parte de la historia humana y nada indica que el género humano se ha desembarazado de tal designio. Que la transformación social camine en sentidos insospechados por aquellos que la anhelaban, es otro cantar. El balance de las guerras civiles centroamericanas de las últimas décadas, en particular la de la observada en Guatemala, necesariamente debe hacerse tomando en cuenta todo lo anterior.

Las anteriores reflexiones tampoco son ociosas para los propósitos de este trabajo, sino tienen que ver con dos preguntas que la investigación debe responder para el caso guatemalteco las cuales son derivadas de la primera de las tres preguntas generales que articularán al trabajo en su totalidad. La primera de ellas se vincula con la relación de necesidad que puede existir entre violencia y transformación social: ¿era inevitable el sendero de violencia por el que la dialéctica Estado-insurgencia hizo transitar a la sociedad guatemalteca? La segunda -que emerge de los saldos de una guerra que duró más de tres décadas y media-, articula las dimensiones de violencia, transformación social y costo humano: ¿expresa el caso guatemalteco que existen situaciones históricas en las que incluso una mínima transformación social implica una enorme cuota de violencia y dolor humano?

3. Agravios y rebeliones.

A lo largo de su historia, la insurgencia guatemalteca atravesó por periodos a menudo prolongados de incubación. Sin embargo, tuvo también momentos de expansión en los cuales se articuló a una disposición de amplios sectores sociales a subvertir el orden establecido. Visualizando la historia política de Guatemala en el largo período que va de 1954 a 1996, puede decirse que ésta observó dos momentos de auge insurgente que forman parte esencial de su explicación.

El primer momento abarca de 1962 a 1967, lapso en el cual la insurgencia pudo agregar a su proyecto a diversos sectores de las clases medias y populares urbanas y en menor medida rurales lo que hizo que su accionar fuera políticamente relevante. Pese a lo significativo que fue

el efecto político de la acción insurgente, ésta no tuvo un verdadero carácter de masas en la medida en que el campesinado indígena no participó en el alzamiento. Es durante el período que va de 1979 a 1982, cuando la actividad insurgente adquiere una relevancia inédita puesto que a su proyecto se agrega un levantamiento indígena de grandes proporciones que ocasiona un estremecimiento estatal notable en el país.

Es por ello que el estudio de la insurgencia guatemalteca, implica no solamente el de sus percepciones ideológicas y logros organizativos, sino también la respuesta a la segunda gran interrogante planteada líneas atrás. Las rebeliones de gran envergadura y las revoluciones no forman parte de la normalidad de las sociedades sino todo lo contrario: se necesita un articulado complejo de coincidentes factores estructurales y coyunturales para que una masa significativa de población se decida a romper la cotidianidad de su vida, la certeza acerca de ella aún en un contexto miserable y opresivo, y adquiera la *voluntad de preservación* que es observable sobre todo en los amotinamientos y explosiones aisladas de cólera popular, o bien la *voluntad de transformación* que es detectable en las rebeliones con proyecto o revoluciones sociales. Acaso sea en la distinción entre estos dos tipos de voluntades, en donde radique la diferencia que se ha establecido entre los motines y las rebeliones (Martínez Peláez, 1985, p. 126): en los primeros la lógica que los anima tiene que ver con una "conducta defensiva y direccional positiva, restauradora del equilibrio interno del sujeto, orientada a "devolver el golpe" sobre quien interpreta que lo ha dañado" (Izaguirre, 1997, p.4)³. Además, los motines son explosiones espontáneas y locales en comparación con las rebeliones que involucran a grandes segmentos geográficos de un país. Por otra parte, a diferencia de las rebeliones, los motines no involucran ningún plan de acción ni programa transformador del orden existente (ibid.,). Cuando este programa transformador pasa de lo regional a lo nacional, la rebelión se convierte en movimiento

Izaguirre en su trabajo suscribe la distinción que hace otra estudiosa, Elina Aguilar, en la cual la voluntad de preservación debe ser llamada agresión la cual sería distinta de la violencia que se refiere a un "vínculo de poder, a un lazo social que se basa en la fuerza... jerárquico y desigual" (Izaguirre. Ibid. p. 4). Independientemente de que esta distinción de categorías pretenden diferenciar las acciones de los opresores de las de los oprimidos, en este trabajo englobaremos como violencia ambos tipos de acciones - pese a nuestra coincidencia en su diferenciación- congruentemente con la definición de violencia dada en el primer epígrafe de este capítulo.

revolucionario y eventualmente, en revolución triunfante. La revolución, decía Lenin⁴, es producto de una *situación revolucionaria*, caracterizada por aquel momento en el que "los de arriba" ya no pueden seguir gobernando como antes, porque "los de abajo" ya no pueden seguir viviendo como antes. Famoso aforismo que retrataba "el momento de viraje" en el que las condiciones objetivas (miseria, opresión) se conjugaban con las subjetivas (espíritu de rebelión espontáneo o conciente) dando como resultado una **crisis nacional general**. Este último concepto nos resulta especialmente provechoso para distinguir a la rebelión de la revolución: si bien todas las revoluciones necesitan de la rebelión, no todas las rebeliones son revolución. La revolución implica una "crisis nacional general", lo que significa que la rebelión no solamente desestabiliza el orden establecido en una zona de un país determinado, sino afecta notablemente la estabilidad política de la sociedad en su conjunto, aun cuando el escenario de la crisis esté geográficamente localizado. **Error! Marcador no definido.**

a. Teorizando las Rebeliones.

Independientemente de las anteriores distinciones -útiles para esta investigación-, reducir el debate de la violencia política que viene *desde abajo* (finalmente esta investigación es acerca de ello), al papel que puede tener la miseria en los levantamientos populares como en un momento se hizo con respecto al alzamiento neozapatista de 1994 en México (por ejemplo Aguilar Camín, 1996) es de entrada empobrecerlo. La miseria es el caldo de cultivo más favorable para el motín, la rebelión o la revolución, pero nunca es el factor único de estos hechos. Como bien lo dice Moore (1991, pp. 91, 184, 367), ni los sufrimientos más atroces, ni la miseria ni la explotación masiva, son suficientes para crear estallidos revolucionarios o situaciones revolucionarias: " Hay demasiados mecanismos sociales y psicológicos potentes que pueden reprimir a los seres humanos para que expresen agravio moral por su situación, y muchas veces incluso para que lo sientan. No hay garantía de que la explotación o el simple sufrimiento humano vayan a producir, de alguna manera su propio antídoto." (1996, p. 432). La miseria, la

⁴ La concepción de Lenin con respecto a la rebelión y revolución, dispersa en sus múltiples trabajos, puede verse en las recopilaciones de sus escritos militares que llevan por título *La Lucha Armada* (1977).

explotación o la opresión, solamente informan al investigador de una parte de las *causas estructurales* de la rebelión, no de todas ellas ni de las causas *coyunturales o desencadenantes* (Martínez Peláez, 1985, p. 25), que son las que resultan sumamente útiles para pasar de lo general a lo particular en el análisis de motines, rebeliones y revoluciones. El que el campesinado indio y chino padezcan situaciones de miseria similares, pero que sus respectivas historias en lo referente a la obediencia y la rebelión sean distintas, nos lleva necesariamente a ése ámbito particular y éste último, a la búsqueda de la especificidad de las sociedades en las cuales se inscriben ambos campesinados. El que en el distrito de Uttar Pradesh en la India, el comer los granos recogidos y limpiados de los excrementos de animales (Ibid., p. 298), se haya convertido en una costumbre de los miserables campesinos y no en un factor de la rebelión, resulta ser un indicio dramático de que para ésta última suceda tienen que conjugarse muchos hechos más allá de la miseria.

La respuesta al por qué la gente en ocasiones se rebela debe partir pues de los condicionantes más generales de la obediencia y la rebelión (Moore, 1996). En un nivel menos abstracto, obediencia y rebelión deben vincularse con el tipo de sociedad en el que están inscritas. Como bien lo dice Moore hablando de las rebeliones campesinas: "Antes de fijarse en el campesinado, es necesario fijarse en la sociedad entera" (1991, p.370). No pueden equipararse en este nivel del análisis, las rebeliones campesinas de la edad media, con los levantamientos obreros que inauguró el advenimiento del capitalismo. O en el caso guatemalteco, no pueden equipararse los constantes amotinamientos indígenas del período Colonial, con los motines o rebeliones que durante el siglo XX se han observado. Finalmente, en este descenso de lo abstracto a lo concreto, obediencia y rebelión tienen que asociarse a las características más específicas de la sociedad en las que se inscriben, y esta especificación a menudo no solamente incluye lo nacional, sino también lo regional.

Por tanto, los motivos de la rebelión y la obediencia no pueden sustraerse de la realidad social y el momento histórico en los cuales el alzamiento y la sumisión se observan. Lo que los seres humanos esperan recibir o conciben como una calidad mínima de vida, es en palabras de Marx al referirse al valor de la fuerza de trabajo, "un elemento histórico moral" (Marx, 1972.

Obras Militares Escogidas de Lenin (s/f), así como el ya clásico trabajo de A. Neuberger (1973).

Tomo I, p. 124), constituido además de las *necesidades naturales* por las formas culturales en las cuales estas necesidades se satisfacen. Extendiendo el elemento *histórico moral* de la reproducción de la fuerza de trabajo en su sentido estricto, al de la reproducción de las condiciones generales de existencia de los seres humanos, se puede arribar a la conclusión de que las expectativas de ellos, de sus parámetros de lo que es agravio tolerable o intolerable, de lo que puede originar una cólera social y por tanto, romper a través de un estallido la cotidianidad social, es algo que sólo analíticamente se puede sustraer de su contexto histórico y social. Por ello, la aseveración de Moore anteriormente citada de que antes de estudiar al que se rebela hay que estudiar a la sociedad en la cual se da la rebelión, es una premisa insoslayable en esta investigación. Que la rebelión (en el sentido general que aquí le estamos dando al término) sintetiza a la sociedad en la que se observa, es algo que para el caso guatemalteco Martínez Peláez advirtió en su *Motines de Indios* (p.10): "...la violencia manifestada en los momentos críticos se está generando y acumulando todos los días en la entraña de la existencia "normal"."

Hechas las anteriores precisiones es posible abordar desde el punto de vista más general y abstracto la rebelión y la obediencia. Entre todos los estudiosos que han abordado el problema, dos lo han hecho de una manera que resulta útil para este trabajo: Ted Robert Gurr en *Why Men Rebel* (1971) y Barrington Moore en *La Injusticia: Bases Sociales de la Obediencia y la Rebelión* (1996). Después de aceptar la existencia de una *naturaleza humana innata* (p. 20), Moore renuncia a su investigación pues concluye que la única que podemos observar es aquella que han modificado y moldeado los imperativos de la vida social (p. 26) lo cual nos economiza la tarea de refutar la idea de la *naturaleza humana abstracta*. No obstante ello, en general, existen tres elementos sustanciales que para Moore rompen los códigos morales que posibilitan la convivencia social (el "contrato social implícito") y pueden ser factores disruptivos del orden establecido.

El primero de ellos tiene que ver con las relaciones entre gobernantes y gobernados, y específicamente con las condiciones que mantienen la autoridad y la subordinación: cuando se rompen las reglas existentes para la selección de las autoridades en un momento en que éstas son todavía vistas como funcionales y cuando el gobernante no cumple con las funciones para las cuales le fue otorgada la autoridad (protección, paz, orden y seguridad material para los

subordinados). El segundo es el relativo a la división del trabajo, es decir a la adscripción de grupos humanos, dentro de una sociedad, al cumplimiento de determinado tipo de funciones. Esta adscripción puede generar sentimientos de agravio moral o de injusticia, si a aquellos a los cuales se les confina en las funciones más humildes o desagradables sienten ofendido su *areté* (el sentido innato de la propia excelencia) (p.46), si por alguna razón se inconforman con el verse obligados a cumplir dichas funciones, si los derechos de propiedad que están ligados a dicha división del trabajo se ven violentados (el caso de campesinos y artesanos arrasados por las crisis comerciales), o si en ese concierto social algún grupo se dedica a holgar y su holganza no está legitimada. Finalmente, la distribución de bienes y servicios es otro motivo de agravio y rebelión: sobre todo cuando esta distribución está sustentada en una desigualdad extrema o si ésta no se encuentra debidamente legitimada por las capacidades o funciones de los privilegiados (Moore, 1996, Cap. I). Al final (pp.442-449), Moore agregará que en el surgimiento de los patrones de condena al régimen existente, también se observará un incremento de la sociedad en la producción de bienes y servicios de tal manera que la erradicación de la miseria y la liberación, no sean solamente ideas ilusorias puesto que pobreza u opresión salen de los linderos de la inevitabilidad (p. 465); o bien el agravamiento acelerado del sufrimiento de las clases bajas de tal manera que éstas no tengan tiempo de acostumbrarse al nuevo estadio de la miseria. Con lo que la rebelión en muchas ocasiones más que expresión de un apetito de futuro, es una nostalgia del pasado: "De estos hechos cabe concluir que los manantiales de la libertad humana no están tan sólo donde los vió Marx, en las aspiraciones de las clases ascendientes a conquistar el poder, sino tal vez aun más en los gemidos agónicos de una clase que la ola del progreso está a punto de arrollar." (1991, p. 407).

Pero si la rebelión tiene sus condiciones, también las cuenta la obediencia, y probablemente más efectivas, si partimos del hecho de que lo anómico en una sociedad es la insubordinación y no el acatamiento. El mecanismo de obediencia más poderoso es aquel que se sustenta en la propia aceptación del rol que se desempeña en la sociedad, de los bienes materiales y espirituales a los cuales se tiene derecho, y la manera en que se es visto y estimado en la sociedad. Esta aceptación puede tener un contenido *ascético* (Ibid., pp. 60-64) si el sufrimiento se concibe como un estadio necesario para el tránsito hacia uno superior que es su contrario, o bien

uno de carácter *fatalista* cuando el sufrimiento y la injusticia son aceptados como su contrario, como una suerte de justicia que repara las faltas o pecados cometidos en esta vida o en vidas anteriores (el caso de los *intocables* en la India). Cuando la obediencia no se sustenta en la aceptación ascética o fatalista, entonces se sustenta en el terror (la expresión límite de esta obediencia se observa en los campos de concentración). El terror moldea conductas, crea identificaciones con el opresor y búsqueda de diferenciaciones, entre aquellos que están sometidos al primero (ambas conductas provocadas por el deseo de escapar al castigo), y finalmente furias contra aquellos que se rebelan por el temor a las represalias consecuentes (pp.72-83).

Deslindándose de los análisis que buscan las raíces de la violencia política en la naturaleza humana innata (p. IX), o en las personalidades desajustadas, estúpidas o desviadas de los revolucionarios (p.31), Ted Robert Gurr (1971) no abandona por ello la pretensión de una explicación de carácter general para la violencia y la rebelión como lo demuestran sus referencias a hechos distantes entre sí por tiempo y espacio, y al que explícite que su modelo para explicar la violencia política incorpora variables psicológicas y sociales (p. 12)⁵. La pieza clave del planteamiento de Gurr radica en su categoría de *privación relativa* (Relative Deprivation) que denota la tensión que se desarrolla por una discrepancia entre lo que "debe ser" y lo que "es" la satisfacción colectiva de valores, la cual dispone a los hombres a la violencia (p.23). La *privación relativa* es una categoría que expresa la falta de acceso de parte de un grupo humano a determinado tipo de valores (privación) la cual provoca frustración (p.32), la que a su vez provoca un potencial para la violencia colectiva (función de la extensión e intensidad de descontento compartido entre los miembros de una sociedad) y con ello el potencial para la violencia política (cuando el descontento colectivo recae sobre el sistema político) (p.8).

La privación es relativa porque es producto de la interrelación de dos variables: las *expectativas de valor* (bienes y condiciones vida a los cuales la gente piensa que tiene derecho) y las *capacidades de valor* (bienes y condiciones de vida a los cuales la gente piensa que es capaz de conseguir y conservar). Así, la *privación relativa* sería la discrepancia que perciben los actores

Acaso sea por ello que Walton (1984, pp. 3, 14) descarte la teoría de la privación relativa y que desde su perspectiva ésta extrapole verdades presuntas de la psicología individual al plano social.

entre sus *expectativas de valor* y sus *capacidades de valor* (p.24). Cuando Gurr habla de valores no solamente tiene en mente los valores propiamente materiales (valores de bienestar), aun cuando en su libro llega a la conclusión que estos son acaso los más importantes para la gente (pp. 60-70), sino también los valores de poder (capacidad de influencia y de autonomía) y los valores interpersonales (status) (pp. 25-26). A partir de estas dos variables, Gurr construye tres patrones de *privación relativa*: cuando las expectativas de valor se mantienen constantes pero las capacidades disminuyen las sociedades se enfrentan a una *privación creciente*, cuando las expectativas crecen y las capacidades se mantienen constantes surgen la *privación aspiracional* y finalmente cuando las expectativas crecen pero las capacidades disminuyen se observa una *privación progresiva* (pp. 47, 51, 52). Aun cuando estas discrepancias son las que provocan la cólera en la población, el modelo de Gurr se va haciendo más complejo en la medida en que va introduciendo nuevas variables como factores condicionantes de los estallidos de violencia política: exposición a nuevos modos de vida, nuevas ideologías, desequilibrios visibles (cap. 4), existencia en una sociedad de justificaciones psicoculturales de la violencia, politización del descontento, la legitimidad del sistema político (cap.6), justificaciones doctrinales y productividad de la violencia, comunicación de símbolos agresivos (Cap. 7), efectividad represiva hacia la disidencia (Cap. 8), capacidad de la disidencia para crear su propia violencia y apoyo institucional (Cap. 9).

b. Historizando las rebeliones.

El problema que al analista le plantean este tipo de explicaciones generales acerca de la obediencia y la rebelión, es que su nivel de abstracción también convierte en abstractos sus condicionantes sociales. Decir que los seres humanos pueden rebelarse si se rompen las reglas del contrato social, si la división del trabajo o la distribución de los bienes resultan agraviantes no informa de los rasgos de la sociedad que originan a aquellas, es decir, de sus factores estructurales y coyunturales. Otro tanto podemos decir del concepto de *privación relativa*, el cual puede arribar a la reflexión de la condición humana en abstracto a partir de las expectativas y

capacidades de los individuos. No en balde, Moore inevitablemente tiene que partir en su reflexión acerca de la naturaleza humana innata aun cuando acto seguido descarte la posibilidad de llegar a conocerla. Y que Gurr tenga que partir en su análisis de la existencia de ciertas uniformidades básicas de carácter mental y social (p.IX), así como del hallazgo de los neurofisiólogos de dos grandes "sistemas apetitivos", uno de los cuales provee a los seres humanos de los sentimientos de satisfacción, amor y elación, mientras que el otro motiva las sensaciones de ansiedad, terror, depresión y rabia (p.22). La existencia de una naturaleza humana innata, como el mismo Moore lo admite, es algo difícil si no imposible de determinar puesto que un rasgo de su esencialidad es lo social. Los sentimientos de privación, que llevan a la frustración y de allí a la agresión están determinados cultural y socialmente: lo que en una sociedad o comunidad puede provocar rabia e insubordinación, en otra puede ser visto con indiferencia.

Por todo lo anterior, en este trabajo la subjetividad humana no es despreciada sino *contextualizada*. Las pasiones humanas son vistas como algo que no puede ser desligado de las relaciones sociales que los seres humanos establecen en el momento de convivir en las distintas esferas sociales (economía, política, ideología, cultura), por lo que la subjetividad no es sino la expresión a través del individuo de lo social. Así, en lugar de hacer de los sentimientos de privación, frustración o ira el punto de partida del análisis de la obediencia y de la rebelión, estos se convierten en un elemento que está determinado por la interacción de las distintas estructuras sociales (Estado, clases, etnias, economía nacional y global) (Walton, 1984, p.14).

Y si la subjetividad humana debe ser contextualizada, también debe ser *relativizada* puesto que sociedades distintas tendrán que observar necesariamente factores sociales distintos como elementos causales de las rebeliones. No en balde ha existido el reclamo de que "para revoluciones en nuevos estados, nuevos conceptos y nuevas teorías deben ser elaborados" y que inclusive se haya sostenido, que el subdesarrollo y la dependencia en el tercer mundo, son condiciones suficientes como para pensar que las revoluciones que allí se observen tendrán diferentes atributos (Ibid., p. 4). Independientemente de que este punto específico pueda ser discutible o no, lo que sí resulta plausible es el reclamo de la especificidad en el análisis de las rebeliones y obediencia. Volvemos aquí al punto que líneas atrás se ha empezado a esbozar.

El que en una sociedad determinada, determinados grupos humanos decidan rebelarse o no se atrevan nunca a hacerlo depende de la articulación de factores ideológicos, culturales, económico-sociales y políticos. De la misma manera, las reivindicaciones de aquellos que se rebelan, las causas que los impelan a hacerlo, también dependerán de las características del Estado, de las tradiciones culturales, de las formas en que se ha organizado la producción, de las características de las ciudades y la forma de organización de las aldeas, de la influencia de las ideologías y del rol de la nación en el contexto mundial. Para decirlo con palabras de Moore (1996, p.431): "La capacidad de las sociedades humanas para reconocer las causas del sufrimiento humano y hacer algo al respecto, cambia con el tiempo, y contribuye a producir cambios en los principios de la desigualdad social o en la evaluación de las diferentes tareas o funciones".

He aquí la razón por la cual Hobsbawm (1974) desde fines de los años cincuenta del presente siglo advirtió que había una diferencia sustancial entre los "rebeldes primitivos" y las formas más modernas de cuestionamiento del orden establecido, es decir aquellas que partieron de las revoluciones norteamericanas y francesas y que expresaron su ideología en términos de racionalismo secular y no de religión tradicional (p. 191). El movimiento obrero moderno se distinguió de los rebeldes primitivos entre otros hechos porque su ideología dominante, el socialismo en sus diversas variantes, era el último y más extremado descendiente del racionalismo y porque las mismas clases trabajadoras estuvieron menos influenciadas por las religiones tradicionales: la forma característica del movimiento obrero "moderno" es secular (pp. 191, 192). De la misma manera George Rudé (1989) creyó conveniente desde mediados de los sesenta, distinguir entre el comportamiento rebelde de la multitud preindustrial y los movimientos de masas del capitalismo moderno. Hobsbawm subtituló su trabajo como "Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX". Pero a diferencia de Rudé en el cual la distinción de las rebeliones se asienta en la diferencia entre sociedades de antes y después de la revolución industrial (en lo económico) y de la revolución francesa (en lo político), en Hobsbawm su reflexión parte, a excepción de su capítulo sobre la turba urbana, de anacronías o arcaísmos injertados en sociedades en franco tránsito al capitalismo, desarrollo que rompe los equilibrios tradicionales, genera fenómenos disruptivos en aquellas regiones en las

cuales la sociedad es "tenazmente" tradicional y con un fuerte contenido precapitalista (p.42). Los bandoleros sociales, la Mafía (Caps. II y III), los milenarismos lazaretistas de Toscana meridional, los anarquistas andaluces y los campesinos sicilianos (Caps. IV-VI) son movimientos de resistencia de hombres y mujeres "prepolíticos" que buscan como adaptarse a la vida y a las luchas de la sociedad moderna (pp. 11, 12) y otro tanto puede decirse en el ámbito urbano con respecto las sectas obreras cristianas observadas en Gran Bretaña fundamentalmente en el siglo XIX (p. 225). En todos estos casos, la rebelión y las formas arcaicas que asume están determinadas por el atraso regional ante el avance capitalista, sea porque se trata de zonas rurales deprimidas y precapitalistas, sea porque se trata de zonas urbanas rápidamente industrializadas con masas trabajadoras menos familiarizadas con un estilo de vida rápidamente impuesto (p. 191): el arcaísmo y anacronismo en la rebelión expresa el desarrollo desigual del capitalismo y por tanto la heterogeneidad estructural y cultural de una sociedad en transición.

Pero la naturaleza de las rebeliones no solamente está determinada por la violencia que genera la disolución de las viejas formas sociales, políticas y culturales por una economía emergente y rampante con todos sus correlatos políticos y culturales, sino también por el carácter global de las sociedades. He aquí por qué Rudé insiste en la necesidad de distinguir la naturaleza de los protagonistas, los métodos usados y los objetivos de las rebeliones en las sociedades preindustriales de aquellas en las cuales el capitalismo ya es una realidad plenamente instaurada.

En la sociedad industrial los disturbios tienden a tomar la forma de huelgas o disputas laborales, reuniones públicas masivas, manifestaciones dirigidas por organizaciones políticas y sus objetivos tienden a ser definidos y racionales y sus protagonistas generalmente son trabajadores asalariados u obreros industriales (Op. cit., p.13). En las sociedades preindustriales la revuelta para hacerse justicia inmediata y por mano propia más que la huelga fue lo característico. En las urbes, los alzados destruían maquinaria, saqueaban y destruían las viviendas de quienes eran responsabilizados de los agravios, invadían mercados y panaderías, establecían la *taxation populaire* (fijación popular de precios), mientras en el área rural las acciones eran enfocadas hacia los campos de los señores que eran incendiados, los graneros asaltados, los cercos y barreras de portazgos destruidos (p. 246) o bien los recaudadores de impuestos asesinados (Porshnev, 1978, Cap. I; Mousnier, 1976, parte I). En casi todos los casos sus

objetivos estaban reducidos al enemigo inmediato, el acaparador, el tendero, el recaudador de impuestos, el señor feudal más próximo (p. 249) salvo en situaciones de gran conmoción global como sucedió con los levantamientos campesinos de 1789 en Francia, los cuales se articularon con la gran revolución y con ello la rebelión contra lo inmediato transitó hacia el asalto al sistema feudal mismo (p. 107).

La explicación de la diferencia radica en los efectos de la revolución industrial que paulatinamente fue sustituyendo al artesano confinado en su pequeño taller doméstico (p. 73), por un proletariado industrial aglutinado en grandes centros de trabajo y con ello proclive a la organización reivindicativa o inclusive política de carácter nacional como sucedió con el cartismo inglés entre 1838 y 1848 (cap. XII). La industrialización fue creando centros urbanos más significativos e imprimió sus rasgos al conjunto de las sociedades. Sin embargo, existe un hecho político y cultural que será decisivo en la distinción que hoy mencionamos: la revolución francesa y la nueva concepción del mundo que ella trajo. Los derechos del hombre, la soberanía popular, las ideas de libertad y ciudadanía habrían de imprimirle un rasgo político esencialmente distinto a los movimientos sociales y rebeliones modernas (pp. 38 y 241).

c. Las rebeliones: causas estructurales y causas desencadenantes.

Si bien los rasgos esenciales de las sociedades (su naturaleza), o bien su carácter abigarrado o heterogéneo, explican las *formas* de la rebelión, la investigación de sus *causas* también remite a múltiples factores. "La multitud puede levantarse -ha escrito Rudé- porque está hambrienta o teme estarlo, porque tiene una profunda aflicción social, porque busca una reforma inmediata o el milenio o porque quiere destruir a un enemigo o aclamar a un "héroe". Pero rara vez lo hace por una sola de estas razones" (p.224). Además, si las causas pueden buscarse en una multiplicidad de factores, a éstos últimos hay que dividirlos, lo hemos dicho antes, en aquellos que tienen *carácter estructural* y en los que actúan como *desencadenantes*. Los primeros pueden ser de la más diversa naturaleza -no solamente económica-, y generalmente informan de la naturaleza de la sociedad en la que se da la rebelión; los segundos no son sino coyunturas, hechos casuales, contingenciales, que únicamente funcionan como detonantes de la rebelión.

Veamos algunos ejemplos del primer tipo de causas. Las grandes rebeliones campesinas y plebeyas urbanas en el siglo XVII -incluida la revuelta campesina de 1636-37 calificada como la más extensa en la historia de Francia- fueron esencialmente antifiscales (Porshnev, 1978, pp.50. 72), aun cuando tuvieron entre sus factores desencadenantes, el agravamiento de la miseria y los abusos de una soldadesca rapaz acantonada en las aldeas provocadas por la guerra de los treinta años. El que las sublevaciones tanto en el campo como en la ciudad, hayan tenido un contenido cada vez menos antiseñorial y cada vez más en contra del tesoro de la corona (p. 116-117) es reflejo del debilitamiento de la nobleza feudal y el fortalecimiento del Estado dirigido por Richelieu y Mazarino lo cual prefigura ya al Absolutismo y explica según Porshnev el origen profundo del levantamiento de la *Fronde* (Ibid., Parte II). Vistas de esta manera las sublevaciones campesinas y plebeyas urbanas no tienen ya un estricto contenido antifeudal pero tampoco son los motines y rebeliones que provocan el avance destructor de un capitalismo industrial sobre campesinos y artesanos. La Rusia de los siglos XVI y XVII con una enorme extensión territorial y una baja densidad territorial, era proclive a lo que Mousnier llama el desarraigo esto es, el desplazamiento de enormes contingentes de población que huían de las guerras, epidemias, exigencias de carácter feudal. Por ello no había en Rusia fuertes comunidades territoriales que circunscribieran localmente a las revueltas y éstas podían desplegarse en "vastos espacios de centenares de kilómetros y masas poco diferenciadas" (1976, p.145). Si a lo anterior le unimos un empeoramiento de las condiciones de vida de los campesinos sujetos a obligaciones serviles así como de los *pomeschiks* (servidores del estado remunerados con tierras por varias generaciones) como consecuencia de guerras prolongadas y crisis económicas, así como condiciones deprimidas en las ciudades para comerciantes y artesanos debido al alto precio de los transportes, multiplicidad de tasas y peajes, baja masa monetaria que hacía que unos gramos de plata o cobre tuviesen gran capacidad de compra en un contexto en el que los impuestos del Estado y rentas señoriales se cobraban en moneda (p.156), y finalmente, una crisis de legitimidad política derivada de que el Zar Boris Godunov no lo había sido por cuna sino por elección (pp.143, 159), podemos contar con un cuadro sucinto que explica las rebeliones rurales en el siglo XVII. Fueron campesinos evadidos, siervos fugitivos, población que se desplazaba más allá del alcance del Estado en un territorio inabarcable, los cuales después de

destruir cosechas, destruir las casas y asesinado a los señores, se unían a las gavillas de bandidos dirigidas por *atamanes* y *esaules*. Fue este tipo de población la que constituyó junto a artesanos y mercaderes a las huestes del cosaco Stenka Razin quien se sublevó en 1667. Es éste el conjunto de *causas estructurales* que explican las revueltas mientras que sus hechos *desencadenantes* son las lluvias torrenciales y las heladas del verano de 1601 con la consiguiente hambruna, las malas cosechas de 1660 unidas a una cada vez más grande afluencia de fugitivos, la inflación del cobre que azotó a Moscú en 1662 y el relativo éxito de la rebelión del cosaco Us en 1665 (pp. 163, 195).

Similares análisis se pueden hacer de las revueltas francesas e inglesas rurales durante el siglo XVIII. Casi todas ellas fueron "revueltas del hambre" en las cuales la opresión campesina por las relaciones serviles en el caso francés, o bien la miseria de las masas rurales asalariadas en el caso inglés (p.40) era el marco estructural que crujía con la coyuntura desencadenante de las malas cosechas, escasez y por tanto elevación de precios de productos alimenticios (Rudé, Op. Cit., pp. 30, 44). Tanto en Francia como en Inglaterra parte de las coyunturas desencadenantes, ~~fueron abruptas subidas de precios después de décadas de comida relativamente barata (pp.45)~~ en un escenario que haría a Gurr hablar de un típico caso de "privación progresiva". En las ciudades las causas fueron más variadas: crisis financieras, severidad en los castigos, sistemas de reclutamiento, defensa de un líder, pugnas religiosas, importación de mano de obra, pero este cuadro que da Rudé más bien parece referirse a los hechos desencadenantes pues en lo que se refiere a las "causas subyacentes" aparece el hambre y la hostilidad de los pobres urbanos contra los ricos (p.68).

Al analizar las revueltas de los esclavos en el sur de los Estados Unidos (Aptheker, 1978) lo primero que salta a la vista son las condiciones estructurales en su existencia, las que pueden ser comparadas con la esclavitud en el Caribe inglés (Williams, 1975). Como bien lo ha destacado Williams, la esclavitud en el Caribe inglés (puede decirse lo mismo del francés y del español) y en los estados sureños de la unión americana, estaba vinculada a una dinámica de acumulación capitalista a nivel mundial. El esclavo veía así su vida sumida en la compulsión de un régimen de trabajo intrínsecamente opresivo pero que lo era aún más por las urgencias productivas de un mercado capitalista a nivel mundial: a la miseria en la vida cotidiana se unía el

terror como mecanismo extraeconómico para intensificar la producción, el racismo para justificar la crueldad y la religión para lograr la sumisión (Aptheker, Cap. 3). La mutilación de miembros, los azotes interminables, la separación de las familias y los castigos que terminaban en el asesinato, finalmente originaban la respuesta necesaria que iba desde la rebelión individual (evasión, suicidio, morosidad) (Cap. 6) hasta la de carácter colectivo (principalmente la conspiración y la rebelión) (p. 4). El aumento de las proporciones de la población negra en relación a la blanca, la industrialización y urbanización que dificultaban el control de los esclavos, y las depresiones económicas (p. 123) fueron otros factores condicionantes de las rebeliones de esclavos. Pero aparte de estos hechos que se derivaban de la dinámica estructural misma del esclavismo, encontraremos hechos desencadenantes: rumores acerca de leyes abolicionistas, la revolución antiesclavista victoriosa en Santo Domingo, la guerra civil estadounidense (Cap. 4).

A los anteriores ejemplos pueden agregarse muchos otros que harían la lista interminable. Acaso sirva nada más agregar algunos brochazos a efecto de no caer en la tentación de identificar lo "estructural" con la miseria. La manera en que se organizó la aldea parece ser una de las causas por las cuales habiendo similares miserias en China y en la India, las rebeliones se observaron frecuentemente en una y estuvieron casi ausentes en la otra. En China la aldea careció de la cohesividad que se observó en la India o en Japón. La enorme cantidad de población facilitó la ausencia de cooperación en el momento del trabajo, la ausencia de grupos con solidaridades férreas y endógenas (como las castas en la India) y la existencia de una concepción individualista del trabajo. A lo anterior hay que agregar las debilidades en los lazos que ataban al campesinado con las clases altas rurales y el régimen vigente (La *gentry* no desempeñaba ningún papel en el ciclo agrícola y el Estado no hacía nada por los campesinos) (Moore, 1991, pp.173-178).

La ausencia de un poder central fuerte, o el "vacío estatal", no solamente en China facilitó la rebelión, sino también es un factor explicativo de la violencia en Colombia (González, 1996) y del crecimiento vertiginoso de *Sendero Luminoso* en el Perú, no solamente en las alejadas áreas rurales (Escarzaga, 1996) sino también en la propia Lima (Balbi, 1995). En la exitosa labor de *Sendero Luminoso* no solamente se encuentra el hecho de que Ayacucho haya sido la segunda provincia más miserable del Perú (Castañeda, 1993, p. 120), ni que los resultados de la reforma

agraria del velasquismo hayan sido insuficientes o peor aún, revertidos, sino también el resentimiento étnico de un *cholaje* (Escarzaga, 1996, pp. 21-28, 139-153) que se encontraba en tierra de nadie pero que al mismo tiempo fue el vínculo natural entre una intelectualidad mestiza provinciana y las comunidades indígenas. No fue solamente la agudización de los conflictos del capitalismo y el consiguiente agravamiento de las privaciones de obreros y campesinos como consecuencia de la guerra, lo que explica a la revolución rusa (Moore, 1996, Cap. X), sino también el enorme grado de concentración de trabajadores industriales en fábricas gigantescas, el cual ya desde fines del siglo XIX era superior al de Alemania (Wolf, 1985, pp. 112, 113). No solamente es la existencia de conflictos sociales derivados del desarrollo capitalista y agravados por la dependencia, el subdesarrollo y el colonialismo, lo que explican las rebeliones Huk en Filipinas o Mau Mau en Kenya (Walton, 1984, Caps. 2, 4) o en Argelia y Viet Nam (Wolf, 1985, pp.287-338; 221-286) o en China (Moore, 1991, Loc. Cit.), sino la presencia evidente de un poder extranjero invasor agravante de la identidad nacional y consolidador de desigualdades e injusticias. Las fuerzas del Partido Comunista Chino, al borde del agotamiento después de las dos guerras civiles revolucionarias (1924-1927/1927-1936) se multiplicaron por diez después de la invasión japonesa; la Liga de los Comunistas de Yugoslavia pasó de 6 mil miembros en 1940 a dirigir un ejército de medio millón de efectivos al término de la guerra contra los nazis (Debray, 1975a, Vol I, p. 91).

El agravio imperial fue un elemento de agregación de fuerzas que lograría el FSLN en Nicaragua entre 1978 y 1979, pero la rebelión de amplios sectores populares en los cascos urbanos no se hubiese dado si el gangsterismo de Somoza no hubiese mostrado su peor cara durante los aciagos días del terremoto de 1972 (Castañeda, 1993, p.106) y si la dictadura no hubiese cometido el error de asesinar al líder opositor Chamorro en enero de 1978 (Lozano, 1985, p.16; Mires, 1988, p. 422-425). En Nicaragua, al igual que en Cuba, en República Dominicana o en Haití, la personificación de los múltiples agravios en la figura del dictador, fue un factor que facilitó enormemente la labor revolucionaria de los sandinistas. Finalmente, no es solamente la miseria de las mayorías lo que explica a la revolución cubana (entre las 20 repúblicas latinoamericanas, Cuba ocupaba el quinto lugar en el ingreso anual per cápita, entre tercero y cuarto por esperanza de vida y cuarto por número de doctores por cada mil habitantes)

(Goldenberg citado por Wolf, *Ibid.*, p.354), ni el casi medio millón de cortadores de caña desocupados en los tiempos muertos de la zafra (Rodríguez, 1979, pp. 38-42) sino la conjunción, sobre todo en la zona oriental del país, de los proletarios de la caña, de una masa de campesinos pobres amenazados constantemente por la expropiación de parte de las grandes sociedades azucareras (Debray, 1975, Vol. I, p. 118), con un nacionalismo agraviado por el expansionismo estadounidense después del final de la segunda guerra de independencia en 1898, lo que a su vez explica la existencia de una pequeña burguesía revolucionaria notablemente beligerante (Debray, *Ibid.*, pp. 58-60; Rodríguez, *Ibid.*, p. 348). La dictadura de Batista, tuvo el mérito de encarnar todos estos agravios, fue odiada no solamente por su carácter excluyente y represivo sino porque también representaba lo espurio e injurioso de lo que después fue significativamente llamada la "seudorepública" o la "falsa soberanía" (Rodríguez, *Ibid.*, p. 29).

-0-

Cabe terminar este epígrafe con una consideración metodológica que será de esencial importancia para interpretar las insurgencias y las sublevaciones en la Guatemala de la segunda mitad del siglo XX. Como correctamente lo considera Walton (*op. cit.*, pp. 15-18) concebir a las rebeliones campesinas como exclusivamente tales es un enfoque unilateral. A menos que sean motines aislados, la mayoría de las rebeliones campesinas en el siglo XX se han dado en un contexto de agitación nacional que incluye de manera importante a las ciudades. Y lo que es cierto para el siglo XX también lo advierte Mousnier en las rebeliones campesinas en Europa Occidental durante el siglo XVII (*Op. cit.*, p.9), y otro tanto hace Porshnev cuando habla de las alianzas entre campesinos y plebe urbana en las revueltas francesas del mismo siglo (*Loc. Cit.*) Pese a ciertos pasajes en su libro que han motivado la crítica de Walton (*Ibid.*, p. 18), en el análisis de Wolf sobre las rebeliones campesinas en el siglo XX (desde México hasta Viet Nam, pasando por Rusia, Argelia o Cuba), se advierte que éstas llegaron a adquirir el rango de revoluciones, precisamente porque estuvieron articuladas a significativos movimientos de rebelión en las ciudades, porque establecieron alianzas explícitas o implícitas con otras clases entre ellas las urbanas. La gran oleada revolucionaria observada en Guatemala entre 1979 y 1982.

pese a que su significación la debe a la inédita presencia de masas campesinas indígenas, no escapa tampoco, como lo veremos en los capítulos venideros, a la anterior consideración.

4. La Multitud en la Historia.

No es casual la alusión a la ya clásica obra de Rudé con la que se comienza este epígrafe. Alude a lo que será uno de los presupuestos metodológicos que animan a este trabajo. El libro de Rudé comienza precisamente con un reproche a los historiadores, puesto que según él, ningún hecho histórico ha sido ignorado tan concienzudamente por ellos como la muchedumbre (p.11). Porshnev (1978, pp. 2-3) agrega que la historia de las épocas pasadas no tiene sustentos científicos si se soslaya la importancia primordial de los movimientos populares masivos, "fuerza subterránea y gigantesca" que ha determinado a Estados, religiones, sistemas de moral, leyes e ideas.

Esta investigación parte de este reproche y de su consecuente aplicación metodológica. ~~Por tanto, se sustenta en el principio inverso, al que postuló como filosofía de la historia el gran~~ historiador británico Thomas Carlyle, cuando dijo que la historia universal en el fondo no era sino "la Historia de los Grandes Hombres que aquí trabajaron." Fueron los jefes de los hombres, agregará Carlyle, "los forjadores, los moldes y, en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha ejecutado o logrado la humanidad. Todo lo que vemos en la tierra es resultado material, realización práctica, encarnación de Pensamientos surgidos en los Grandes Hombres. El alma universal puede ser considerada *su* historia." (Carlyle, 1982, p.3). Contrariamente a lo que pensó Carlyle, el desenvolvimiento social -y la historia no es más que la sociedad desplegada en el tiempo-, está determinada en gran medida por la correlación de fuerzas entre las clases dirigentes y las subalternas, aun cuando el rol de éstas últimas en el peor de los casos no sea sino el "ser como son". Hace tiempo que el principio de Carlyle no es aceptado sino con rubor, pero el pasar la determinación de los hechos sociales de los héroes a las élites sigue teniendo gran actualidad. En esta investigación se parte del presupuesto de que si no se analizan las relaciones de poder y de producción y los rasgos de los grupos sociales que se articulan en dichas relaciones, las

acciones de las élites y sus notables, la naturaleza misma del Estado, quedan sin explicación. **¡Error! Marcador no definido.**

a. Élite y Muchedumbre.

El desprecio a la muchedumbre, masa o pueblo, como factores determinantes de historia o peor aún, como causante de los hechos más deleznable, tiene una larguísima tradición. Shakespeare en *Hamlet*, pone en labios de Claudio el rey usurpador el desdén por una multitud fanática que ama al príncipe de Dinamarca, "la multitud que elige con los ojos y no con la razón". Y Platón en sus *Diálogos* (1993, p.22) hace decir a Sócrates "Pero, mi querido Critón, ¿debemos hacer tanto aprecio de la opinión del pueblo? ¿No basta que las personas más racionales, las únicas que debemos tener en cuenta, sepan de que manera han pasado las cosas?". Hay en la reflexión socrática que lo ha de conducir de manera rigurosamente lógica a la decisión de tomar la cicuta, el mismo elitismo que Platón convertirá en filosofía política en *La República*: que la sociedad está jerarquizada por la composición de los hombres que ha determinado el dios que los ha formado, y que los hombres de oro son los llamados a ser los gobernantes mientras que los de plata guerreros serán y finalmente los de bronce y hierro no serán sino labradores y artesanos (1993, pp. 492-493). El gobernar es una ciencia (p.500) que está destinada a la parte minoritaria de la sociedad (los filósofos), es decir aquella élite que tiene la facultad de conocer la esencia de las cosas, acercarse al mundo de lo inteligible de lo cual las apariencias no son sino pálidos reflejos, mundo cuya cúspide es la idea de bien (pp. 528, 532, 549, 553).

El elitismo de Platón marcará las reflexiones políticas de pensadores que van de Hobbes, Locke a Montesquieu y hasta el mismo Rousseau (con respecto a Rousseau véase Sartori, 1991, Vol.1, pp. 116. 205). Aún así, el desdén platónico colocaba al *demos* en el plano de la intrascendencia. La revolución francesa parece haber recrudescido la visión del pueblo no como algo intrascendente, sino como turba o populacho fuente de las acciones políticas más bajas, visión que aparece en buena parte de los pensadores políticos. Así, Burke considera a las "clases inferiores" una "cochina multitud" compuesta en 1789 como una "banda de crueles rufianes y asesinos" y el historiador francés Taine verá a la muchedumbre de aquel mismo año como la "hez

de la sociedad", a los insurgentes de octubre "vagabundos, ladrones, mendigos y prostitutas", a los asaltantes del palacio de las Tullerías en 1792 "matones y aventureros sedientos de sangre" (Rudé, Op. Cit., p. 16). El psicólogo social Gustave Le Bon se inclinará por una visión abstracta de la muchedumbre como irracional, voluble, destructiva y tendiente a reversiones hacia conductas animales (Ibid., p.18). La transformación del pueblo en turba verá su expresión literaria aún en el Víctor Hugo de *Los Miserables* (Libro Décimo, Cap. II) quien hará una distinción entre la *insurrección* y el *motín*, la cual dependerá de la conducta y fines de los sublevados, los cuales dependiendo de ello actuarán como pueblo o como populacho.

Acaso la raíz ideológica del desdén elitista sea el desprestigio mismo de la democracia como forma de gobierno, durante más dos mil años (Sartori, 1991, Vol.2, p.357). A diferencia de su creciente popularidad como concepto y forma de gobierno observada desde principios del siglo XIX, lo que ha provocado su multivocidad (Ibid., Vol.1, p. 21), a la democracia le sucedía lo que hoy le sucede a la dictadura: había perdido cualquier connotación elogiosa y era un sinónimo de bajas pasiones, anarquía o como Aristoteles la calificó, forma degenerativa de la república. La democracia es pues un viejo concepto pero una realidad política relativamente reciente: basta recordar con Macpherson (1994, pp. 64, 142) cómo aún en los países calificados como paradigmas democráticos (Estados Unidos, Francia, Alemania, Gran Bretaña) el sufragio universal no fue una realidad sino hasta bien entrado el siglo XX. Y cómo el concepto mismo ha ido evolucionando desde una visión liberal limitada de protección del individuo frente al Estado (Mill y Bentham), a una de idealismo moral como desarrollo humano (Stuart Mill), hasta el modelo de pluralismo elitista de equilibrio (Schumpeter) que es el actualmente imperante (Ibid., Caps. II, III, IV). Precisamente es el hecho de que éste último modelo sea el hegemónico, el que probablemente ha retroalimentado la visión elitista del desarrollo histórico y social que el anterior desprestigio de la democracia había ya creado. No escapa del campo elitista la definición general de democracia moderna que podemos construir en base a diferentes autores⁶ en el sentido de que ésta es el conjunto de reglas, valores e instituciones que garantizan la igualdad política del ciudadano a través del poder depositado esencialmente en los funcionarios electos, el sufragio

⁶ Dahl op. cit., Bobbio op.cit., Sartori op.cit., Macpherson op. cit., Cerroni 1991., Schmitter y Karl 1991.

universal, la solución no violenta a los conflictos inevitables en la sociedad, el pluralismo político y por tanto la rotación electoral, el rendimientto de cuentas de los gobernantes frente a los gobernados, la división de poderes, las libertades políticas y civiles y el respeto a los derechos humanos.

El pluralismo democrático de élites y su inevitabilidad es precisamente la fuente del razonamiento de Dahl (op. cit.,) cuando concibe a la democracia como "un sistema ideal" y a la *poliarquía* es decir el sistema de élites que compiten por el poder, como lo real. Anteriormente esta inevitabilidad también había sido planteada por Mosca con su "ley de la clase gobernante" (todas las sociedades políticas están destinadas a ser controladas por una minoría) y por Michels cuando cuestionó la posibilidad misma de la democracia al postular "la ley de hierro de la oligarquía" (toda organización política al crecer en complejidad aumenta también el poder del liderazgo, por lo que tiende a ser oligárquica) (Sartori, 1991, Vol 1, pp.190-193). Con su erudita obra, Sartori pretende romper la dramática conclusión de Michels en el sentido de que la democracia es algo imposible, o bien los rubores de Dahl al distinguir la democracia como "lo ideal" de la poliarquía como "lo real" (distinción que le parece errónea, p. 26). Acaso la falla fundamental dice Sartori, radique en que la democracia representativa -que es una democracia vertical por la distancia que hay entre gobernantes y gobernados-, se encuentre sin un *sustento valorativo*: los *ideales* de la democracia han seguido siendo en gran parte lo que eran en el siglo IV antes de Cristo, lo que significa que la *deontología* (el deber ser) democrática y su axiología están asentados en una democracia horizontal, la griega (Ibid., p. 215). En lo esencial, todo el sentido de la obra de Sartori (al menos en su volumen I), es la argumentación de por qué la democracia debe ser un *sistema selectivo* de minorías elegidas competitivamente en base al mérito (pp.217-220). La democracia es una democracia de élite y no hay razón en avergonzarse de ello, he allí el razonamiento del que parte toda su argumentación a favor de la democracia representativa en contraposición de la directa o participativa, de la vertical en relación a la horizontal, de la gobernante con respecto a la gobernada. Más aún, Sartori sustenta en gran medida su razonamiento en todo su esfuerzo por desaparecer al "pueblo" como una realidad efectiva: para él, "pueblo" es simplemente una abstracción que existe realmente en el momento

electoral, ni siquiera millones de manifestantes serían "el pueblo" sino simplemente una minoría, una élite (p.120).

b. Élités y Transiciones.

Si la política (no solamente la democracia) está relacionada con la estructuración jerárquica de las colectividades humanas, es decir si necesariamente tiene una dimensión vertical (p. 167), tal conclusión se convierte en premisa necesaria cuando se analizan las transiciones políticas en general y particularmente las transiciones a la democracia: generalmente son obra de las élites políticas. En su clásico texto ya citado páginas atrás (1993), Dahl comienza por concebir tres posibles caminos hacia la poliarquía: a. la liberalización precede la representación (las élites se diferencian políticamente y posteriormente amplían la participación del resto de la población a través del sufragio universal). b. La representación precede a la liberalización (la participación de amplios sectores sucede antes del surgimiento de una diferenciación de fuerzas políticas). c. la vía rápida o revolucionaria (de forma repentina se instauro el sufragio universal y el pluralismo político) (pp. 41-43). Para Dahl es el primer camino (el que comienza por la diferenciación de élites) no solamente el que se ha mostrado más viable en las democracias más antiguas y estabilizadas, sino también el preferible, puesto que implica una educación en el pluralismo político que se puede llevar posteriormente de las élites al resto de la sociedad: "Los otros dos caminos son mucho más peligrosos y por lo mismo llegar a un sistema viable de seguridad mutua, es en el mejor de los casos un asunto difícil. Cuanto mayor sea el número de personas y disparidad de intereses en juego, más difícil será el cometido y exigirá mucho más tiempo." (p. 44). Más aún, de los tres caminos, el revolucionario, es el más peligroso: "No parecen existir muchos casos claros, si es que hay alguno, en que el atajo se haya seguido con éxito." (ibid.,)

Independientemente de que habría que analizar con detenimiento caso por caso a cada uno de los países que Dahl ubica como parte del modelo evolutivo (p.48)⁶, para ver el rol

⁶ Inexplicablemente Costa Rica es ubicado por Dahl en el casillero evolutivo, cuando la guerra civil de 1948 es un elemento sustancial en la explicación de su régimen político.

desempeñado por las luchas sociales en la transición -tarea que excede los objetivos de este trabajo- el caso es que para él, las poliarquías estables y cuasipoliarquías son más factibles por procesos evolutivos que por revolucionarios (p.50).

La anterior idea es compartida por otros teóricos de la transición democrática. En un libro (1994) que es una referencia indispensable en la ciencia política y la sociología estadounidense que trata el tema de la transición democrática, Samuel P. Huntington asevera que "La historia nos dice que las revoluciones armadas casi nunca han producido regímenes democráticos" (p. 159). Como hemos visto páginas atrás, la relación entre violencia y democracia no puede descartarse tan fácilmente y el mismo Huntington lo asevera cuando nos dice que "casi todas las democratizaciones entre 1974 y 1990 implicaron alguna violencia, aunque su nivel general no fuera alto" (p. 177). Sin embargo, no es ese el punto a debatir -finalmente la presencia de la muchedumbre en la historia y sus efectos políticos transformadores no se reducen a las revoluciones violentas-, sino el que las élites y su conducta sean el elemento explicativo sustancial de un proceso político. El punto de partida es el mismo: "La experiencia histórica sugiere que la democratización avanza más fácilmente si la competencia se expande antes que la participación" repite Huntington citando a Dahl (p. 109). Lo que ha sido la experiencia histórica se convierte en el escenario más deseable en el presente y el futuro: Rustow está en lo correcto cuando afirma que la "creación de la democracia requiere que las élites lleguen a un consenso en relación con los procedimientos y las reglas del juego" (p. 45). El núcleo de los procesos de democratización está formado por las negociaciones y los compromisos entre las élites políticas, por lo que las creencias y las acciones de éstas élites son la variable más inmediata y significativa de tales procesos (p.45, 154). El elitismo de Huntington lo lleva a colindar con los terrenos arcaicos de Carlyle: aunque en la tercera ola de la democratización había condiciones para la creación de la democracia, "solamente líderes políticos que desearan correr el riesgo de la democracia la harían posible" (p. 106). Las transiciones democráticas son obra sustancial de las élites y sus campeones, nuevos héroes cuyas acciones son decisivas en el curso de los acontecimientos. He aquí algunos de ellos: Ronald Reagan, Juan Pablo II ("El logotipo de la tercera ola pudo haber sido muy bien un crucifijo impreso en el signo del dólar")(p. 87), Mijail

Gorbachov, de Klerk, el rey Juan Carlos y Adolfo Suárez y también, entre otros, Nelson Mandela (pp. 99, 105).

Lo discutible en la visión reseñada no es la mención del rol que desempeñan personalidades ni la inevitable división entre dirigentes y dirigidos, sino que el énfasis explicativo se encuentre en las personalidades y las élites. Los movimientos de masas, las manifestaciones callejeras, las huelgas, las invasiones campesinas, luchas guerrilleras, motines e insurrecciones se convierten en una suerte de telón de fondo en lugar de ser uno de los elementos esenciales de la explicación de los procesos políticos, puesto que crean la correlación de fuerzas que explicará las decisiones políticas de las personalidades y las élites. El mismo Huntington advierte que prácticamente en todos los países que observaron transiciones democráticas, una táctica importante fue la de las manifestaciones de masas, marchas, huelgas contra el régimen, ciclos de protesta y represión como los observados en Polonia, Checoslovaquia, Uruguay (p. 144) o en Chile con sus manifestaciones mensuales de protesta, en Alemania oriental con las manifestaciones semanales de Leipzig, al igual que en Sudáfrica, Corea, Brasil.(p.187).

El problema estriba pues, no en que se ignoren las acciones de las personalidades o élites. o que se haga lo mismo con las acciones de masas que expresan el rol de la sociedad civil - particularmente el de sus sectores populares- en una transición política, sino en cuales de los dos tipos de acción social se pone el acento. Al menos en tres de sus cuatro modelos de transición democrática (excluimos por irrelevante a nuestra argumentación, y por insultante, el de la intervención, ejemplificada en las invasiones a Granada y a Panamá), Huntington no ignora las acciones que vienen de los sectores subalternos. Pero sea en el caso de que la transición se dé por transformación, traspaso o reemplazo, el rol fundamental lo tienen las élites. Así, en las transiciones por "transformación", los que están en el poder en los regímenes autoritarios desempeñan el "papel decisivo" en el desmantelamiento del régimen autoritario y la instauración democrática (p. 120); en los "traspasos" la élite en el poder se encuentra dividida (conservadores y reformistas) por lo que la transición es producto de una negociación y acuerdo entre la parte reformista de la élite en el poder y aquella otra que encabeza a la oposición (p. 143); en los "reemplazos" es donde con mayor claridad se ven a las movilizaciones masivas "que piden y al final fuerzan un cambio de régimen", sin embargo según Huntington estos hechos de masas

(manifestaciones, protestas y huelgas) se observaron en sólo 6 de los 35 casos analizados por el autor (p. 138). Por lo demás, aún en estos casos vemos una negociación entre élites similar a la de los traspasos, con la diferencia de que en éste caso, la élite reformista es muy débil frente a la conservadora: la transición depende de la fuerza que acumule la élite opositora a efecto de producir el derrocamiento (p. 136).

En una perspectiva que se aleja del reduccionismo elitista de Huntington, Karl y Schmitter (1991) han construido un modelo para clasificar los "modos de transición" a la democracia en Latinoamérica y Europa oriental y meridional. Aun cuando no son reacios a registrar el rol de las masas en las transiciones, su tipología (transiciones por pacto, imposición, reforma y revolución) hace una división tajante entre las transiciones protagonizadas por élites (pacto, imposición) y aquellas en las cuales las masas tienen el rol protagónico (reforma y revolución) (p. 275). Cuando se observa los casos contemplados en su modelo, puede concluirse que las actuaciones de las élites se encuentran presentes en buena parte de los casos que ellos ubican como ejemplos del rol protagónico de las masas, y viceversa, las acciones de masas también se encuentran en casos que ellos encasillan como "elitistas". Más aún, de los 38 casos ubicados en su modelo de cuatro esquinas, 22 (58%) están más emparentados con los tipos elitistas que con los que tienen una presencia de masas (p. 276). En la mayoría de los procesos políticos, las élites actúan en base a correlaciones de fuerzas constituídas en gran medida por la forma en que se comportan las masas, de tal manera que si se intenta una taxonomía de las transiciones, el problema no radica en si existe presencia de masas en el proceso, sino más bien en el grado y la forma en que ésta presencia se manifiesta.

En un libro que es una suerte de síntesis de discusiones y trabajos presentados en tres volúmenes precedentes -y que también en su momento se convirtió en un texto de gran utilidad práctica- O'Donnell y Schmitter (1994), han planteado una visión de la transición que contempla a lo que ellos llaman la "resurrección de la sociedad civil", como un elemento integrante de tal transición. Más aún, en determinado momento llegan a ver al levantamiento popular cumpliendo un papel decisivo al "empujar la transición a un paso más adelante que lo de otra manera habría ocurrido." (p. 91). Pero para O'Donnell y Schmitter esta resurrección de la sociedad civil y su expresión más radical, los levantamientos populares, tienen un carácter efímero y pueden tener

efectos contraproducentes como incrementar el peligro de una "anulación autoritaria de la partida" (metáfora de la transición como juego de ajedrez) u ocasionar un "desencanto" que después se convierte en un problema persistente para la consolidación de la democracia política (pp. 90, 91, 112).

En la concepción de O'Donnell y Schmitter la transición es sobre todo una delicada partida de ajedrez jugada por élites (los "duros" y los "blandos" del régimen autoritario, más las cúpulas opositoras) que preferiblemente mediante pactos van resolviendo los obstáculos más graves del proceso: el poder de los militares dentro del gobierno (momento militar); el del compromiso de competir de acuerdo a las reglas de la democracia política por parte de las élites partidarias (momento político), lo que implica un acuerdo para no propiciar golpes militares o la movilización de las masas (p. 69); y finalmente el "momento económico" que no es sino la consecución de "un pacto social y económico" mediante el cual las organizaciones sociales se restringen, al menos temporalmente, en levantar sus demandas o en hacerlo de manera irreal y desproporcionada (pp. 76-78). La resurrección de la sociedad civil es vista por los autores no como uno de los factores determinantes en la transición, sino como una de las variables que complican su escenario, es motivada en un principio por los gestos de valentía de individuos ejemplares (p. 80), se empieza a observar una vez que comienza la "apertura" o liberalización (la cual esta determinada por las predisposiciones, cálculos y pactos de la élite)(p. 79) y generalmente tiene la forma de una U invertida (p. 47), lo que quiere decir que tiene fases ascendente y descendente que la convierten en un actor temporal o circunstancial de la transición.

Acaso por ello un académico estadounidense, Gerardo Munck (1991), exprese en un trabajo dedicado a movimientos sociales y democracia en América Latina una crítica que expresa lo que de manera implícita se ha dicho líneas atrás: las teorías de la democracia desde Huntington a Dahl pasando por O'Donnell y Schmitter se sustentan en un prejuicio implícito que los inclina hacia el orden y la estabilidad, por lo que reduce la democracia a un fruto de largo plazo producto de las contiendas entre élites, las cuales son previas a una expansión controlada de la arena política que incluye a sectores más amplios de la población. Para Munck tales procesos son transiciones conservadoras que resultan en gobiernos sin condiciones para resolver los problemas que manifiesta el capitalismo "pobre", que limitan la amplitud de alternativas políticas que

pueden escoger los líderes de las nuevas democracias, y que por ello las condenan al fracaso. Así, "la única democracia probablemente segura es aquella que está apoyada en una movilización de la sociedad civil más grande de lo que se ha observado en las democracias occidentales. La Democracia es fruto de varios factores. La forma del Estado, el rol de los partidos políticos y el perfil de las constituciones son fundamentales. Pero también es igualmente indispensable la presión de la sociedad civil, en la forma de los movimientos sociales. La movilización masiva, mientras que es amenazante a la democracia en ciertos contextos, en la forma de movimientos sociales, es un arma para ella." (p. 15). La conclusión de todo el razonamiento es que los movimientos sociales más que una amenaza a la democracia pueden constituir su soporte.

c. Masas y Transformación Social.

La afirmación de Munck es plausible, pero no es eso lo que resulta de mayor importancia para este trabajo sino su afirmación de que la presencia de los movimientos sociales, determina en gran medida al régimen político y el tipo de democracia que se observe. Han sido las movilizaciones de masas, las rebeliones, las confrontaciones inclusive violentas, las mismas insurgencias electorales que ocasionan vuelcos notables a los contextos políticos y que evidencian un proceso de agitación social previo al momento electoral, las que explican buena parte de los hechos de las transiciones. Las acciones colectivas que vienen desde abajo son particularmente evidentes en los procesos revolucionarios, hechos de masas por definición. Fue teniendo como telón de fondo la toma de la Bastilla, que la Asamblea Constituyente decidió el 4 de agosto de 1789 emitir el conjunto de decretos que firmaron lo que ha sido llamado por especialistas "el certificado de defunción del *ancien regime*" Siendo la mayoría de los miembros de dicha Asamblea parte del orden que disolvían, Moore no se resiste al sarcasmo: "Permitaseme insistir en que no se trató de un arranque de generosidad espontánea. La Asamblea actuó con un puñal al pecho: los desórdenes populares." (1991, p.73).

Los ejemplos latinoamericanos no faltan: la revolución que destruyó el orden oligáquico del porfirismo fue un hecho político sustentado en la fuerza de los peones acasillados, campesinos, trabajadores rurales y obreros urbanos (Wolf, 1985, pp.15-76; Mires, 1988. Cap.

3); fue una revolución asentada en los sectores populares urbanos y una parte del ejército y que después incorporó al campesinado, lo que destruyó en la Guatemala de 1944 un orden oligárquico que tenía tres cuartos de siglo de duración (Galich, 1985; Gleijeses, 1991); la revolución boliviana de 1952 fue posible porque tuvo entre sus actores principales a los pobres de las ciudades, los campesinos, los trabajadores sindicalmente organizados, a la fuerza política del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) (Mires, *ibid.*, p. 256) y a los mineros con un papel relevante (Zavaleta, 1974); una amplia alianza de la pequeña burguesía revolucionaria cubana, clase obrera, masas rurales de la sierra con un sector de la burguesía azucarera explican el triunfo de la revolución cubana en 1959 (Winocur, 1979); el triunfo revolucionario sandinista no se hubiese dado sin las insurrecciones de Masaya, León, Estelí, Chinandega y Managua que fueron protagonizadas por los miles de "expulsados del campo y de la ciudad" que había originado la modernización somocista (Mires, 419-420).

Pero las revoluciones son los momentos estelares de la muchedumbre en la historia. Por definición son los instantes en los cuales la masa se convierte en protagonista y por lo tanto, resulta ineludible la constatación de los efectos de su participación. Usar las victorias de la revolución para sustentar el punto que venimos arguyendo es el expediente más sencillo. Pero también el más débil: han sido las revoluciones hechos excepcionales y aislados que no necesariamente constituyen la normalidad de los procesos sociales y políticos. Sin embargo, aún en las derrotas o en los frutos que nunca llegaron, pueden encontrarse los elementos para desafiar a una visión elitista del devenir social.

Este es el motivo por el cual un autor que no se caracteriza por ser complaciente con la izquierda, Jorge G. Castañeda, empieza su libro (1993, p.3) explicando a sus lectores las razones por las cuales decidió escribir sobre una corriente política a la cual el mundo de la posguerra fría ha vuelto "inexistente o irrelevante" (*sic*). Su explicación resulta reveladora. Aunque rara vez ha conquistado el poder y mucho menos lo ha conservado o hecho mucho con él, dice Castañeda, la izquierda en sus diferentes matices ideológicos (populismo, comunismo, castrismo, político-militar) y en sus expresiones sociales (izquierda intelectual o en movimientos populares) ha ejercido una enorme influencia en la forma en que América Latina es en la actualidad: son sus luchas, presiones y provocaciones lo que en parte han creado el precario grado de democracia y

bienestar social que existen en la región (p.4). Fueron las amenazas del comunismo y de revuelta generalizada acentuadas por la gran depresión de 1929, las que explican en América Latina los grandes reformas incluyentes de los treinta y cuarenta: salario mínimo, contrato colectivo, seguridad social y obras públicas (p.449).

Si las revoluciones o los populismos en América Latina son inexplicables sin el concurso de una fuerza de masas, en buena parte de los casos también lo es la democracia realmente existente. Fue un alzamiento de masas urbanas y militares lo que puso fin en El Salvador de 1944 a la dictadura de Hernández Martínez (Rouquié, 1994, p. 180), la misma que se había estrenado con el aplastamiento sangriento y a un costo aproximado de entre 10 y 30 mil vidas de la insurrección de 1932 (Anderson, 1982, pp. 200-203). El caso argentino a partir del derrocamiento de Perón en 1955 es un diáfano ejemplo de todo lo que hemos venido diciendo: desde aquel año y hasta 1973 el empeñamiento en marginar al peronismo de la lucha electoral, lo que significaba el intentar construir una estabilidad estatal haciendo a un lado a un enorme sector de masas politizadas y actuantes (entre la tercera parte y la mitad de la masa de ciudadanos argentinos), provocó una enorme inestabilidad política plasmada en que ninguno de los tres gobiernos constitucionales pudo completar su período y que los cuatro gobiernos militares fracasaron en sus objetivos políticos (Cavarozzi, 1994, pp. 36-44). La crisis final de las dictaduras militares que terminaría reinstalando a Perón en el gobierno, comenzó con el alzamiento insurreccional de fuerte contenido obrero de 1969 en Córdoba (conocido como el "cordobazo"), al cual sucedió un auge de movilizaciones sociales entre aquel año y 1973, una radicalización que pasaba por el cuestionamiento a los líderes sindicales tradicionales y un segundo "cordobazo" en 1971 que fue mucho más clasista e insurreccional que el primero. Para 1972 los militares argentinos enfrentaban un clima de crisis y terminaron llamando a elecciones sin proscripciones para evitar una explosión social incontrolable; en realidad se buscaba el menor de los males y después de años de exclusión el peronismo se fue convirtiendo en "un riesgo tolerable, y hasta deseable" (Kauffman, 1994, p. 159; Rouquié, 1994, pp.190-191; Cavarozzi, 1994, pp. 58, 62-63).

Aún en el Brasil, que presenta, en el proceso de desmantelamiento de la dictadura militar, relativamente pocos episodios de alzamientos populares, la dinámica confrontación-negociación

entre la dictadura y la oposición es "un factor destacado" en el hecho de que las "élites militares y capitalistas" hayan ampliado la gama de formas de acción política "aceptables" (Kauffman, *ibid.*). El caso peruano muestra que las acciones de masas son determinantes en la vida política de los últimos 40 años; fue el temor a una confrontación social que hacía prever a los militares peruanos la posibilidad de una desintegración política e inclusive un desenlace revolucionario lo que les hizo dar los golpes de estado de 1962 y 1968 (Cotler, 1994, p.227). De igual manera tanto en 1963 como en 1977, los militares decidieron abandonar el gobierno y devolverlo a los civiles en un contexto de una movilización política generalizada que aisló a la dictadura militar (*Ibid.*, pp. 231-232). El proceso había comenzado en 1973 cuando los sindicatos comenzaron una escalada de movilizaciones y huelgas expresada en el hecho de que entre 1968 y 1972 hubo un promedio de 373 huelgas, mientras que entre 1973 y 1975 tal promedio ascendería a 712 (Philip Mauceri citado por Escarzaga, 1997, p. 49). El derrocamiento de Velasco Alvarado por Morales Bermúdez en 1975 no sería ajeno a este auge popular, pero el segundo gobierno militar sufriría similar destino: desde la huelga nacional de julio de 1977 el gobierno militar se vería asediado por el movimiento popular manifiesto en que en los siguientes treinta meses la CGTP convocaría a tres huelgas nacionales, dos de ellas exitosas, la última frustrada pero con iguales efectos en el deterioro del régimen militar (Escarzaga, *Ibid.*, pp. 50, 63; Gorriti, 1990, p. 20). Finalmente, independientemente de que *Sendero Luminoso* no despierte muchas simpatías en la mayoría de los analistas, para bien o para mal, ¿Quién podría negar que desde mayo de 1980 cuando comenzó lo que esta organización llamó "guerra revolucionaria", la vida política y social del Perú, el mismo desenvolvimiento del Estado peruano, ha quedado marcado por esa sublevación de campesinos indios, cholos rurales y urbanos y miserables de la ciudad?

En Venezuela fue una sublevación popular la que en enero de 1958 derrocó a la dictadura de Pérez Jiménez y creó un nuevo escenario político cuyo proceso se concretaría en el Pacto de Punto Fijo, acuerdo que es visto por muchos analistas como el pacto fundacional de la democracia venezolana. Más aún, la rebelión de enero de 1958 evidenció un estado de ánimo insurreccional de vastos sectores de la población venezolana que habría de alargarse por varios años y haría a algunos ilusionarse con una suerte de repetición de la experiencia cubana, alentó a otros la esperanza en un golpe de estado revolucionario que inaugurara un proceso democrático

nacional y finalmente a otros más las esperanzas en una revolución agraria antiimperialista (Debray, 1975a, Vol. II, Cap. I). Independientemente de lo realistas que fueran las anteriores posturas, lo que resulta indudable es que es un estado de ánimo proclive a la sublevación, sobre todo en los cascos urbanos, lo que marcará al desenvolvimiento del Estado y la sociedad venezolana al menos entre 1958 y 1964.

El proceso político chileno -haciendo a un lado toda la trayectoria de luchas sociales que culminó con el triunfo de la Unidad Popular en 1970- estará condicionado a partir de 1973 por el objetivo de la dictadura pinochetista de destruir todo el tejido de organizaciones políticas y sociales que se había construido años atrás y que es la explicación de que el gobierno de Allende fuese una realidad. Esto es lo que afirma Garretón (1994, pp. 160-161), un autor que difícilmente calificaría como radical, el cual agrega que a partir de 1983, en el clima de una crisis financiera y de desencanto de las clases medias, las organizaciones populares que sobrevivieron al terror o que resurgieron a pesar de éste, protagonizaron los "paros nacionales" que convocaron a una enorme cantidad de seguidores, así las clases populares pudieron expresarse en una forma masiva y prolongada (p. 172). Después de diez años de suprimir los movimientos sociales por medios militares, la dictadura encabezada por Pinochet enfrentó la aparición pública de la oposición, sus nuevos agrupamientos con raíces más profundas, la irrupción de un movimiento masivo de descontento y protesta, hechos que provocaron la rápida erosión del bloque de apoyo dictatorial, inquietud en las filas del ejército y obligaron a Pinochet a ensayar por primera vez una solución política (Ibid., pp. 172, 180). Es en este clima que surge el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, guerrilla principalmente urbana que está muy lejos de ser un aparato militar sin apoyo de masas, y que junto a las distintas movilizaciones sociales se convierte en un elemento explicativo de los ritmos y vicisitudes de la transición pactada al gobierno civil y democrático.

Brevemente -porque parcialmente será el objeto de los capítulos venideros y porque casi es una obviedad- diremos que la transición democrática en Centroamérica dista mucho de ser el exclusivo acuerdo de las élites del gobierno y las opositoras. En términos regionales, la Centroamérica de hoy sería impensable si no hubiese triunfado la revolución sandinista en 1979, por lo que la interpretación elitista no es exacta aún en Honduras en donde no se vivió sino una *crisis derivada*, no se presenció directamente una eclosión revolucionaria y por ello se observó

un proceso *transformista* que terminó por dismantelar a la dictadura militar (Figueroa Ibarra, 1994b, pp. 24-25). Es éste el sentido general del proceso de modernización política en Centroamérica: la revolución nicaraguense y las situaciones revolucionarias en El Salvador y Guatemala terminaron siendo la base fundamental de la transición de la dictadura militar a los regímenes democráticos (Figueroa Ibarra, 1994a; 1996). Finalmente, casi es un lugar común decir que la transición democrática en México arranca con el movimiento de masas de 1968 que culminó en la matanza de Tlatelolco (Middlebrook, 1994, p. 191); la reforma política de 1977 que permitió un mayor espacio a los partidos de oposición, no se explicaría sin los efectos de 1968 (de hecho desde el gobierno de Echeverría se empezó a hablar de una "apertura"), sin las repercusiones políticas de la represión de la manifestación de junio de 1971, sin las guerrillas encabezadas por Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, y sin la creciente influencia de los movimientos opositores entre los marginales urbanos, campesinos, obreros y estudiantes universitarios (Ibid., p. 193). El largo proceso que abarcará más de tres décadas, incluye hechos como la irrupción de la sociedad civil en la ciudad de México después del terremoto de 1985, el movimiento estudiantil encabezado por el CEU entre 1986 y 1987, la insurgencia electoral que culminó con el presumible triunfo de la oposición en 1988, la nueva situación política que creó la sublevación campesina e indígena que encabezó el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en enero de 1994, y finalmente el deterioro gubernamental después de la crisis económica observada a partir de diciembre de ese mismo año.

5. Una Conclusión Probablemente Útil para Guatemala.

El examen de todos los hechos anteriormente mencionados nos lleva a una conclusión que puede tener alguna generalidad: los movimientos, luchas, explosiones o periodos sostenidos de violencia, en suma las presiones que vienen desde abajo rara vez consiguen sus objetivos más elevados, pero con frecuencia cambian el Estado y la sociedad en la que actúan en un sentido que es positivo, aunque no sea por el cual lucharon. Es decir, "triunfan rotundamente en una empresa que nunca buscaron realizar" (Castañeda, 1993, p.4). Los casos en que ésta paradoja aparece de una manera más diáfana están en la Centroamérica de las últimas dos décadas del siglo XX, pero

no están exentos de una interpretación similar las luchas políticas y sociales que contribuyeron a generar a los populismos de los treinta y los cuarenta, buena parte de las luchas guerrilleras latinoamericanas de los sesenta y los setenta, el neozapatismo en el México finisecular.

Gramsci abarcó esta situación a través de la categoría de *revolución pasiva*, la cual según algunos autores (Kanoussi y Mena, 1984) es vertebral en los *Cuadernos de la Cárcel*. La *revolución pasiva* es sintetizada por Gramsci como aquella situación en la cual la tesis necesita vigorizarse ante la presencia amenazante de la antítesis, lo cual logra mediante la asimilación de ésta última mediante la primera. Llevada esta situación del plano abstracto de la filosofía al más concreto de la política, la revolución pasiva no es más que una "revolución-restauración" (Gramsci, 1975, p. 186). El que Gramsci haya elaborado su pensamiento en un contexto del reflujo provocado por el avance del fascismo, no alejó de su horizonte a la revolución socialista, por lo que su acercamiento al concepto no deja de estar cargado peyorativamente. Un teórico latinoamericano, René Zavaleta (1986, p. 42), hablando de la *mediación* retrató el espíritu del proceso conceptualizado por Gramsci, cuando dijo que aquella era "la transformación de la furia del oprimido en parte del programa del opresor".

Desde una perspectiva teórica distinta, y acaso por ello diferenciada ideológicamente, Walton (1984, Cap. I) advierte este proceso de asimilación-transformación, pero no necesariamente le otorga una connotación reaccionaria. Descontento con el hecho de que muchos académicos otorgan el rango de revolución (es decir hecho transformador) solamente a los grandes cambios y catastróficos momentos de ruptura, que rápidamente transforman social y políticamente a las sociedades, Walton propone la categoría de "Revuelta Nacional", como aquellos movimientos revolucionarios que no pueden ser calificados de revoluciones en el sentido convencional del término, pero que tampoco pueden ser minusvaluados como asonadas o insurrecciones transitorias, porque además de ser parte de prolongadas luchas, intermitentemente violentas, que van más allá de una repercusión local e involucran amplias movilizaciones de clase o status, su poderío impone al Estado respuestas políticas, logradas a través de la negociación que obtiene concesiones, las cuales tienen efectos transformadores a nivel político y social. El fenómeno revolucionario no solamente involucra así a revoluciones triunfantes o a movilizaciones sociales que están buscando reestructuraciones o cambios, sino también a la

reacción y la "transformación" del Estado frente a los levantamientos de clase y por tanto la interacción de las fuerzas confrontadas.

Este "triunfar en algo que no se persiguió lograr", esta suerte de transformaciones que no fueron las deseadas o soñadas, que no son sino el resultado mismo de una correlación de fuerzas que parte de una acumulación política que abarca desde las zonas geográficas "en control", las porciones sociales en que se influye, el ámbito internacional que apoya a cada una de las partes, resultará de esencial importancia para la evaluación de treinta y seis años de guerra en Guatemala. Tal evaluación es tan ambigua que provoca todavía discusiones con respecto a quien fue el triunfador en la contienda que costó cientos de miles de vidas, lleva a la constatación de que la utopía que guió a las insurgencias durante cuatro décadas estas más lejos que nunca, y sin embargo también lleva a la paradójica constatación de que la Guatemala que surgió de toda la confrontación es enormemente distinta de aquella que la originó.

CAPÍTULO SEGUNDO.

LA TRAGEDIA QUE SEMBRÓ LA TEMPESTAD.

Nuestra lucha empieza...

Luis Cardoza y Aragón. La Revolución Guatemalteca.

1. Introducción.

A mediados del año de 1955, los sueños revolucionarios que se iniciaron con la alborada de 1944 habían terminado. Un año había transcurrido desde los aciagos días en los cuales, una traición del alto mando del ejército guatemalteco al presidente Jacobo Arbenz Guzmán, provocó el derrocamiento de su gobierno (1951-1954) y la dispersión de las fuerzas políticas que lo habían apoyado. Como ya lo han demostrado varias investigaciones (Gordon, 1971; Schlesinger y Kinzer, 1987; Gleijeses, 1991), no fue dicha traición el factor causal primordial en la derrota revolucionaria, menos aún lo fue la invasión de Guatemala por Honduras que la sedición reaccionaria local protagonizaba, sino la conspiración del gobierno estadounidense contra un pequeño país y contra una notable revolución que se fué aislando merced a la creciente guerra fría.

Muchos datos sustentan que en el derrocamiento de Arbenz fueron factores sustanciales el ultraconservadurismo de la oligarquía guatemalteca y el anticomunismo rampante en el mundo de la segunda posguerra. Allí está, como cómico ejemplo anecdótico de lo segundo, el poema que publicó en la revista *Times* cuatro semanas después del triunfo reaccionario, Betty Jane Peurifoy, la esposa del embajador de Washington en Guatemala, John E. Peurifoy, el cual lo

retrata pistola al cinto, "poderosamente optimista porque la tierra de Guatemala ya no es más comunista" (B.J. Peurifoy en Fried, Gettleman, Levenson and Peckham ed., 1983, p.70). También pueden verse el testimonio rendido poco después por dicho embajador ante el Comité Selecto sobre La Agresión Comunista de la Cámara de Representantes de su país (Peurifoy, 1983, pp.69-77), o el discurso que con motivo de los acontecimientos difundió por radio y Televisión en Estados Unidos John Foster Dulles, Secretario de Estado de Eisenhower (Dulles, 1983, pp. 77-80), en los cuales Guatemala es retratada como una cabeza de playa soviética.

Las tradiciones de terror represivo acumuladas en el país desde la colonia, se desplegaron en éste clima de paranoia anticomunista. En 1955 podía ya estimarse que la primer ola de terror de la Guatemala del siglo XX, la que se observó con la contrarrevolución de 1954, había dejado un saldo de aproximadamente 3,000 muertos, (Haerneck/Sánchez, 1984, p.265). La Constitución de 1945 y el Código de Trabajo instaurados por la revolución había sido derogados, la Confederación General de Trabajadores de Guatemala (CGTG), la Confederación Nacional Campesina (CNC) y las demás organizaciones sociales nacidas al cobijo de la primavera democrática habían sido desmanteladas, la reforma agraria impulsada por el régimen de Arbenz era un recuerdo porque los miles de campesinos beneficiados había tenido que devolver las tierras a sus antiguos propietarios, el terror imperaba a través del Comité Nacional de Defensa contra el Comunismo que institucionalizaba la cacería de brujas (CP/PGT, 1955, p.58; Gleijeses, 1991, pp. 381-386).

En medio de aquel contexto, un pequeño cuadernillo, de apenas poco más de 10 centímetros de largo por 8 de ancho, de papel muy delgado, empezó a circular en algunos círculos urbanos y rurales en aquellos meses de 1955. En la contraportada el cuadernillo tenía un anuncio de la Asociación General de Agricultores, a la sazón la más importante organización de los agroexportadores, en la que expresaba su apoyo a la política "de equitativa protección del capital y el trabajo" propiciada por el Coronel Carlos Castillo Armas y expresaba su confianza en que la Honorable Asamblea Constituyente (la que estaba plasmando la reaccionaria constitución de la contrarrevolución) tomara en cuenta la experiencia del pasado y legislara para devolver la armonía entre "esos fundamentales factores de la producción". En la portada, dicho cuadernillo presentaba una sobria propaganda de la "Leche de Magnesita de Phillips". El

cuadernillo había sido impreso en el taller de un impresor comunista español exiliado en la ciudad de México (GB/F, 9/97), y después de algunas peripecias pasado clandestinamente por el río Suchiate en unas redes similares a las que se usaban para transportar fruta (C/F, 8/97). Era una imitación de un folleto publicitario de tal producto para enmascarar su verdadero contenido, porque dos páginas adelante el cuadernillo lo revelaba: una declaración de la Comisión Política del Comité Central del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) que llevando el título de "La intervención norteamericana en Guatemala y el derrocamiento del régimen democrático" (CP/PGT, 1955), sería popularmente conocida como *el documento de la magnesia*.

El *documento de la magnesia* sería recordado a lo largo de muchos años por la militancia del PGT, puesto que era un análisis crítico y autocrítico de la revolución de 1944 y del rol que en ella jugaron los comunistas guatemaltecos, que para el momento representaban a la izquierda revolucionaria en el país. Hoy, a más de cuatro décadas de haber sido escrito y distribuido desde la clandestinidad, el "documento de la magnesia" adquiere una notable importancia simbólica, puesto que revelaría la que acaso sería una de las cualidades más significativas de la izquierda revolucionaria guatemalteca: su tenacidad para resurgir de las cenizas de la derrota. Pero el documento también tendría una importancia adicional, acaso más elevada, puesto que el análisis de las causas de la derrota llevaba al PGT a plantearse la conquista del poder para desarrollar una nueva revolución, que ya no sería aquella que había sido derrotada. Acaso sin saberlo, sus redactores iniciaban el sendero dramático que habría de caminar el movimiento revolucionario guatemalteco durante las siguientes cuatro décadas.

2. Entre la Derrota y el Terror, junio de 1954.

El domingo 27 de junio de 1954, a las 9 de la noche, la ciudad de Guatemala y todos aquellos rincones del país hasta donde la radio alcanzaba, fueron estremecidos por el último discurso del presidente Jacobo Arbenz. Su voz cansada -por los relatos que del hecho existen podría decirse deprimida-, anunció que para salvar las conquistas de la revolución de octubre de 1944, renunciaba a su cargo y delegaba sus funciones en el jefe de las Fuerzas Armadas, coronel Carlos Enrique Díaz. Terminaba así la agonía de un régimen que empezó a vislumbrarse desde el 29 de enero de ese año cuando el gobierno revolucionario anunció por diversos medios de

comunicación la existencia de un complot internacional para derrocarlo que tenía en el Somozato en Nicaragua a uno de sus principales actores (Toriello, 1976, p. 105).

La denuncia todavía no se dirigía contra Estados Unidos, debido a que una entrevista del representante guatemalteco en Washington y después canciller Guillermo Toriello con el Presidente Eisenhower, hizo alentar una falsa esperanza en una salida negociada al conflicto. Pero la suerte de Guatemala ya estaba echada, el Departamento de Estado y la CIA ya habían comenzado la conspiración de un costo de 6 millones de dólares según alguien ha estimado (Toriello, op.cit., p. 214). La misma culminaría en junio y julio de ese año con el triunfo de la contrarrevolución. Desde diciembre de 1953, el flamante embajador Peurifoy había cenado en la casa presidencial con el matrimonio Arbenz y había exigido que cesara la influencia de los comunistas en su gobierno (Fortuny en Flores, 1994, p. 215). Los ejemplos que dió aquella noche de tal influencia eran muy débiles: Waldemar Barrios Klee, jefe de sección de tierras en el Departamento Agrario Nacional (F/F, 4/98), Alfonso Solórzano, director del seguro social (Solórzano no era miembro del PGT) y María Jeréz de Fortuny, la esposa del secretario general del PGT José Manuel Fortuny, la cual en ese momento era secretaria general en el citado departamento Agrario; el embajador también mencionó a Carlos Alvarado Jerez, director de la Radio Nacional (Foreign Service Dispatch, 12/53). Fortuny no se encontraba en ese momento en el país, supuestamente había viajado a la URSS para asistir al aniversario de la revolución bolchevique, pero en realidad el contenido esencial de su misión era otra: arreglar secretamente la compra de armas a Checoslovaquia (Fortuny en Flores, 1994, p. 223), un 25% de las cuales subrepticamente sería utilizado para armar a las organizaciones populares en caso esto fuese necesario (F/F, 11/97). Fortuny era asesor de gran estima para Arbenz -mejor ejemplo que los anteriores de la alegada influencia comunista-; si él hubiese estado en Guatemala en el momento en que Estados Unidos pidió al gobierno guatemalteco el beneplácito para Peurifoy, pese a la extremadamente difícil situación habría aconsejado al presidente negarlo: el prestigio de Peurifoy era negro, venía de Grecia donde había participado en el golpe reaccionario que restituyó a la monarquía, y que también buscaba aniquilar la fuerza de los comunistas griegos.¹

F/F, 11/97; Fried, Gettleman, Levenson and Peckenham ed., 1983, p. 69

En marzo de 1954, se había realizado la X Conferencia Interamericana de la OEA en la cual con el voto en contra de Guatemala y las abstenciones de México y Argentina, y con la ayuda entusiasta de los cancilleres de las dictaduras de Trujillo, Somoza, Gálvez (el sucesor de Carias en Honduras) y Batista, se aprobó una resolución en la que se contemplaba una acción concertada e intervencionista en caso de que alguno de los países miembros se viera amenazado por el comunismo. La dedicatoria a Guatemala era evidente y presagiaba la creación de un clima internacional para la intervención (Toriello, op. cit., Cap. VI). La victoria Estadounidense fue ambigua, como lo reconoció en 1955 el analista anticomunista Daniel James, cuando tras constatar que la mayoría de los países habían votado a favor de la propuesta por temor a las represalias del imperio (Bolivia por ejemplo tenía pendiente un millonario crédito) y registrar el entusiasmo con que fue recibido el discurso del canciller Toriello, llegó a la conclusión de que "Guatemala, y no los Estados Unidos, fue quien salió robustecida de Caracas" (James, 1955, p. 222).

Pero la victoria moral de Guatemala (registrada también por Toriello en los libros que después escribió sobre el hecho) no sirvió de mucho para detener el clima de deterioro político que inundaba al régimen. En mayo, el gobierno de Honduras canceló el *exequatur* a tres cónsules guatemaltecos en tres localidades, Puerto Cortés, Copán y San Pedro Sula, debido a que su ideología violaba las instituciones hondureñas. Como este hecho coincidió con la gran huelga de los trabajadores de la United Fruit Company (UFCO) en la costa Norte de Honduras, quedó en el ambiente que el gobierno hondureño responsabilizaba al guatemalteco de este hecho (Toriello, 1976, Cap. VII). Ese mismo mes el Departamento de Estado denunciaba la llegada a Guatemala el día 15, de un embarque de armas provenientes de los "países comunistas", una fina maniobra de inteligencia puesto que ya se dijo que la transacción de armas provenientes de Checoslovaquia había sido un secreto de Estado, de Arbenz y posteriormente Alfonso Martínez Estévez (Director del Departamento Agrario Nacional) con el secretariado del comité central del PGT. El fin de la compra, que la socialista Checoslovaquia vendió al contado (Fortuny en Flores, 1994, p. 224), era entregar una parte de dichas armas a las organizaciones populares (suficientes, en cálculos de Fortuny, para armar a unos 3 mil hombres) pensando en una defensa armada del gobierno revolucionario (F/F, 11/97). La denuncia estadounidense echaba por tierra el

laborioso plan, y obligó a una explicación oficial que consistió en decir una verdad a medias: las armas compradas en un país que no se había negado a venderlas como lo habían venido haciendo los Estados Unidos, eran para el ejército. La otra parte de la verdad era que una parte de las armas se escondería en la finca *El Cajón*, propiedad del presidente Arbenz, a efecto de poder armar a civiles partidarios del gobierno revolucionario (AGB/F, 6/99).

El 20 y el 21 de mayo, Estados Unidos firmó un pacto de ayuda militar con Honduras y Nicaragua respectivamente y estableció puente aéreo para suministrar armas a ambos países. Nicaragua había roto relaciones diplomáticas con Guatemala un día antes y Honduras rechazaría un pacto de amistad y no agresión propuesto por aquella el día 27 (Cardoza y Aragón, 1955, pp. 113-114). La solicitud de Estados Unidos para una reunión de consulta de la OEA para el 28 de junio hizo pensar a muchos de que la sanción legal para una intervención estaba a la orden del día (Toriello, *Ibid.*, pp. 181-199).

Para ese momento la invasión ya había comenzado. Desde el 17 de junio en la noche un puñado de mercenarios, entre 250 y 300 hombres a lo sumo (Hurtado Aguilar, 1956 p. 181; Del Valle Matheu, 1956, p. 138; Gleijeses, 1991, p. 320)², pagados por la CIA y encabezados por el coronel Carlos Castillo Armas, penetró en el territorio guatemalteco por el departamento de Chiquimula. De tal manera que aquel domingo 27 de junio cuando Arbenz renunció, se llevaban prácticamente 10 días de escaramuzas, ametrallamiento desde los aviones P-47 -procedentes de Honduras y Nicaragua (Toriello, 1976, p. 216)-, sobre las ciudades de Guatemala, Chiquimula y Zacapa, y sobre todo de desmoronamiento de la lealtad del alto mando del ejército para con Arbenz, advertible desde el 8 de junio cuando la oficialidad le entregó un cuestionario al presidente: de las 20 preguntas que muestra un artículo periodístico transcrito en una fuente anticomunista, *El Libro Negro del Comunismo en Guatemala*, casi la mitad tenían que ver directamente con el comunismo y el resto lo hacía de manera indirecta (CPPCISAI., s/f. pp.173-180). La noche del sábado 26, un desmoralizado presidente se reunió con el secretariado del PGT a instancias de éste último y a través de Fortuny, quien para ese momento ya había dejado la

² Las fuentes anticomunistas coinciden en la cifra anteriormente mencionada. Fortuny recuerda que en realidad los invasores fueron entre 650 y 700 de los cuales 200 eran guatemaltecos y el resto mercenarios nicaraguenses, hondureños y dominicanos. Debe haber sido esta la información con la que contaba el gobierno de Arbenz en el momento de la invasión. (F/F, 4/98)

secretaría general. El gobierno revolucionario se estaba desmoronando, no en balde el comité central del PGT se había reunido ese día para resolver, entre otros puntos, las medidas de seguridad a tomar (C/F, 8/97). Con gran esfuerzo, ese mismo día Fortuny había convencido a Arbenz de que pospusiera su renuncia a efecto de que él se comunicara con la dirección de su partido y se reuniera con la máxima dirigencia comunista en la noche (F/F, 11/97). Fue aquella una dramática reunión; la dirigencia del PGT trató de convencer a Arbenz de que no todo estaba perdido, que aún era posible movilizar población, convencer a los militares que pudieran seguir siendo leales al presidente y de esa manera combatir y derrotar con las armas a traidores y mercenarios (Ibid.). En recuerdos de otro de los participantes en aquella reunión, Alfredo Guerra Borges, Arbenz dijo "Miren mis amigos, me están presionando para que ilegalice al PGT. Yo no lo haré" (AGB/F, 6/99). Si damos crédito a la autocrítica del PGT de junio de 1955, la dirigencia comunista planteaba correctamente -los hechos lo demostraron- que debido a su gran prestigio, una renuncia del presidente desmoralizaría a todas las fuerzas sociales y políticas de la revolución y que entonces todo estaría perdido; la única salida era la inmediata y pública destitución de los jefes militares golpistas, formación de un nuevo mando con los militares de alta y baja que fueran leales y proceder sin dilación a armar a los obreros y campesinos (CP/PGT, 1955, p. 32).

Dos posturas básicas ante la crisis habían empezado a perfilarse en el seno de las fuerzas revolucionarias las cuales estaban constituidas básicamente, además del PGT, por los restantes integrantes del Frente Democrático Nacional: el Partido de Acción Revolucionaria (PAR) encabezado por Julio Estrada de la Hoz, el Partido de la Revolución Guatemalteca (PRG) dirigido por Augusto Charnaud McDonald y el Partido Renovación Nacional (PRN) que contaba entre sus dirigentes visibles a Jaime Díaz Rozzotto. Además, en el FDN estaba la Confederación General de Trabajadores de Guatemala (CGTG) dirigida por el comunista Víctor Manuel Gutiérrez y la Confederación Nacional Campesina de Guatemala (CNCG) a cuyo frente se encontraba el dirigente del PAR, Leonardo Castillo Flores; éstas dos últimas organizaciones sociales aglutinaban a 100 mil trabajadores y 200 mil campesinos respectivamente (Cardoza y Aragón, 1955, pp. 98, 165; James, 1955, p. 11). La primera postura, la del "paso atrás", estaba representada por los partidos revolucionarios de corte pequeñoburgués: se trataba al principio de

romper el vínculo con el PGT, inclusive ilegalizarlo y al final, la de considerar la renuncia del presidente para aplacar al imperio. Según el testimonio del dirigente de uno de estos partidos (Díaz Rozzotto, 1958, p. 292), en la noche del 27 de junio en reunión con Arbenz los directivos de estos partidos, todos aceptaron (excepto Díaz Rozzotto), la necesidad de la renuncia planteada por éste con la esperanza de que de esa manera se salvarían las conquistas de la revolución, sustituyendo a Arbenz por un militar fiel a los postulados de la revolución iniciada en 1944. De todas maneras, no había forma de disuadir al presidente, puesto que éste ya había grabado horas antes el discurso de renuncia que difundiría la radio (Del Valle Matheu, 1956, pp. 25-26).

La otra postura, la de que Arbenz no debería renunciar, sino combatir, la planteó el PGT en aquella reunión del sábado 26. Desde la mañana cuando el presidente se había reunido con dirigentes sindicales comunistas el planteamiento se le había hecho. La situación inclusive en el plano familiar era difícil para Arbenz, la influyente esposa del presidente, María, había interrumpido tal reunión con un exabrupto pidiéndole a su esposo pensar en su familia, no hacerle caso a los comunistas (C/F, 8/97). En la reunión de la noche del sábado 26, el presidente ~~aceptó la propuesta del PGT. A la mañana siguiente, en medio de los rumores callejeros que~~ daban por un hecho la renuncia del ministro de obras públicas y antiguo compañero de armas del presidente, Carlos Aldana Sandoval -se había asilado el sábado 26-³, Arbenz volvió a cambiar de opinión. El presidente había tenido una entrevista con el coronel Díaz, quien le advirtió que el ejército atacaría el palacio nacional a las 5 de la tarde si no renunciaba (Glejeses, op. cit., p. 348). Si se quería salvar algo de la revolución, la renuncia era inevitable y así se lo expresó Arbenz a Fortuny, al menos el ejército sí confiaba en Carlos Enrique Díaz agregó el presidente (F/F, 11/97).

El presidente, generosa aunque falsamente esperanzado, prefería renunciar a ver destruida totalmente la obra revolucionaria. Este era el cálculo de Arbenz según lo confirma el testimonio de su antiguo compañero de armas, el teniente coronel en situación de retiro, Armando Diéguez Pílon. Este último se dirigió la noche del domingo 27 al chalet *Pomona*, la residencia particular

³ Según Cardoza (C/F, 2/98) el sábado 26 de junio en la mañana, Arbenz le comunicó al PGT que el asilo de Aldana Sandoval se debía a que se había descubierto que estaba complotando contra el régimen revolucionario. Guerra Borges recuerda que se supo que agentes de la CIA habían acompañando a Aldana Sandoval en el momento en que se asiló.

del ya depuesto presidente, a solidarizarse con su amigo. Lo encontró sumido en la soledad y la depresión en la sala de la casa; no había nadie con él, excepto su esposa María y alguno que otro empleado. La estampida había comenzado ya. Momentos antes en la Casa Presidencial, un sombrío canciller Guillermo Toriello le había dicho, “esto ya se fregó Armando”. Después de media hora de conversación y de lamentación de los sucesos, Arbenz acompañó a Diéguez Pilon a la puerta y le dijo “ojalá no se pierda lo que hemos querido hacer por Guatemala” (ADP/F, 5/98).

Que la esperanza puesta en la renuncia para salvar a la revolución era dudosa y que ésta última desarticularía y desmoralizaría a las fuerzas revolucionarias se empezó a ver desde el día siguiente. El lunes 28 Arbenz se asiló en la embajada de México (Cardoza y Aragón, op. cit., p. 182) y buena parte de la dirigencia revolucionaria empezó a hacer lo mismo en ésa y otras embajadas. El martes 29 a medio día, el sustituto de Arbenz, el coronel Díaz, estaba haciendo lo propio. Ni gozaba de la confianza de Peurifoy ni tampoco estaba dispuesto a aceptar el requerimiento del embajador de fusilar a 25 comunistas de una lista que éste le había presentado (Fortuny en Flores, 1994, p. 244). La desmoralización y desarticulación tuvo un escenario representativo la noche del 27 de junio en el local de la CGTG.

Más de medio millar de trabajadores estaban esperando noticias cuando en la radio empezó a oírse el discurso de Arbenz. Según recuerda José Alberto Cardoza (después conocido en los años de la guerra como *Mario Sánchez*), en ese momento diputado comunista y vicesecretario general de la CGTG, los trabajadores estaban esperando alguna noticia con respecto a iniciar la resistencia. La idea expresada después por Cardoza y Aragón en *La Revolución Guatemalteca* (p. 186) de que Arbenz debería haberse ido a las montañas y de allí iniciar la resistencia a los golpistas, parece haber surgido del testimonio que le rindió José Alberto Cardoza a su llegada a México en calidad de exiliado: además de armas para defender a la revolución, ésta era una de las expectativas que flotaban en el ambiente ésa noche en la CGTG. Cuando la voz cansada del presidente anunció su renuncia, el medio millar de trabajadores prorrumpieron en gritos indignados y sollozos; Santiago Quintanilla, dirigente del sindicato de Artes Gráficas, veterano del aplastamiento de la sedición reaccionaria del 18 de julio de 1949, gritó insultos contra el presidente: “Arbenz nos ha traicionado” dijo al empezar un discurso que

quedó inconcluso porque empezó a llorar. Iguales gritos profirieron un grupo de exiliados dominicanos entre ellos Félix Servio Doucoudray y el linotipista negro Julio Raúl Durán (C/F, 8/97). En el desolado local del PGT, dos militantes hacían guardia solitaria con un solo fusil, uno de ellos, salvadoreño, lloraba desconsoladamente.⁴

Las posibilidades de derrotar a la fuerza de mercenarios comandados por Castillo Armas, entre los cuales había nicaraguenses, hondureños, salvadoreños, dominicanos y cubanos además de guatemaltecos (CP/PGT, 1955, p. 5) estaban sustentadas. Medianamente avituallados (Fortuny los recuerda armados con metralletas dominicanas de un alcance de 50 metros)(F/F, 4/98), eran sin embargo poco numerosos y no necesariamente tenían una alta moral de combate. Diversos testimonios se tienen de que amplios sectores de la población estaban en disposición de repetir lo sucedido el 20 de octubre de 1944 y el 18 de julio de 1949. Campesinos recogieron las armas y municiones tiradas en paracaídas por los contrarrevolucionarios en diversas zonas del país (Chicacao y Concepción por ejemplo), y las entregaron a las autoridades civiles y militares a instancias de sus dirigentes.⁵ Fortuny recuerda haber visto esas armas: fusiles soviéticos de la época de la guerra civil española y cartuchos envejecidos, probablemente donados por la dictadura franquista a los invasores (F/F, 4/98). También fueron campesinos los que empezaron a construir retenes en carreteras, y organizaciones campesinas locales empezaron a llenar las oficinas de la CGTG y de la CNCG pidiendo armas; dirigentes sindicales y miembros de los comités agrarios ejercían el control y vigilancia en los poblados rurales (Gleijeses, 1991, p. 324, 326). Pese a que los invasores contaron con apoyo en el interior del país, la población no se les unió con los brazos abiertos feliz de "haber sido liberada del comunismo", como objetivamente lo reconoció un analista anticomunista (Schneider, 1959, p. 300). La imagen que nos deja el anticomunista mexicano Jorge Prieto Laurens, de miles de hombres incorporándose en Esquipulas, Chiquimula, Zacapa, y Gualán al "Ejército de la Liberación" al grito de "Dios, Patria, Libertad" no pasa de ser una lírica exageración (CPPCISAL, s/f, p 7). Los hechos indican todo lo contrario.

⁴ Este último hecho fue contado al autor por padre, Carlos Alberto Figueroa, militante del PGT desde 1951 hasta el día en que fue asesinado, 6 de junio de 1980

⁵ Cardoza y Aragón 1955, Toriello, 1976; Guillén, 1991; CP/PGT, 1955; C.F. 2/98, F.F. 4/98

Un ejemplo dramático de lo anterior lo revela el caso de la goleta "Siesta Trujillo" que pretendió desembarcar a uno 20 0 30 partidarios de la "Liberación" en Puerto Barrios (el hecho es escuetamente mencionado por Cardoza y Aragón, op. cit., p. 176). Al parecer el plan de los invasores era tomar el puerto enfrentando mínima o ninguna resistencia y se hallaba coordinado con el avance de un contingente proveniente de la frontera con Honduras (esto último en Gleijeses, op. cit., p. 327). El gobierno de Guatemala había decidido replegar al ejército de las zonas fronterizas para evitar un incidente internacional que diera pretexto a una intervención directa de los Estados Unidos (Toriello, 1976, p.214). Fuera esto aplicable al caso de Puerto Barrios o no, el caso es que no fue el ejército sino la población la que le hizo frente a los *liberacionistas* el 21 de junio. Los trabajadores muellersos, las vendedoras de comida, comerciantes, en general gente que vivía del movimiento de los muelles, detectaron con la facilidad de la experiencia cotidiana que la goleta no era una embarcación usual, además que de acuerdo con las fuentes anticomunistas ésta había encallado por la impericia del piloto (CPPCISAL, s/f, pp. 157, 158, 163-168). Buena parte de ellos se dirigieron a la comandancia, tomaron las escasas armas que allí se encontraban y junto a la policía del puerto (Gleijeses, op. cit., p. 327) recibieron a balazos a los invasores. Después de una refriega, fueron repelidos y dispersados. A excepción de 6 *liberacionistas*, que pudieron huir y esconderse entre los pantanos y selvas aledañas (ibid., p. 158) el resto fue capturado, juzgado sumariamente y fusilado (C/F, 8/97). Entre los que dirigieron toda la operación se encontraba el comunista salvadoreño y miembro del comité central del PGT, Virgilio Guerra, quien asesoraba a los muellersos del puerto. También participó Ildefonso Veras, ex-alcalde de Puerto Barrios, a la sazón también militante comunista, y su esposa, Haydée Godoy, una notoria lideresa del PAR que también era ya miembro del PGT, así como Luis Humberto Chinchilla, en ese momento alcalde de Puerto Barrios y presidente del Comité de Defensa de la Soberanía Nacional del citado puerto (ibid., p. 167) y muellersos como Herminio Duque y José Domingo Segura. Entre los fusilados se encontraba un conocido maestro de educación física en la época de Ubico, excampeón centroamericano de box y dueño de una fábrica de hielo en Puerto Barrios, Raúl Lorenzana (ibid.). Años después veremos a su hijo, también de nombre Raúl, actuar al frente del más famoso escuadrón de la muerte en la década de los sesenta, la "Mano Blanca".

Una participación de población civil parecida encontramos en los libros del coronel César Augusto Silva Girón (Silva, 1987a; 1987b). En junio de 1954, al entonces teniente Silva le fue encomendada la defensa de Gualán, un pequeño poblado ubicado en el oriental departamento de Zacapa que contaba con una guarnición de 30 hombres. De los conmovedores relatos del coronel Silva podemos deducir varios hechos: la población civil pidió armas en la base militar de Zacapa y en Gualán, y estaba en disposición de repeler el ataque *liberacionista*, la moral de combate de los invasores era baja puesto que usando un gran talento militar, el teniente Silva los logró derrotar pese a su superioridad numérica⁶; el mando superior en Zacapa ya había traicionado a Arbenz el 19 de junio cuando comenzó la batalla de Gualán. El testimonio de Silva revela que el destacamento militar de El Florido, Chiquimula, frontera con Honduras, no presentó ninguna resistencia al invasor (1987a, p. 31); puede conjeturarse que ello se debía al deseo gubernamental de evitar incidentes fronterizos. Pero hechos similares ocurrieron en Jocotán y Camotán, dos poblados estratégicos ya bastante alejados de la frontera en donde se hubiese podido aniquilar a los invasores. Allí el capitán Jorge Jiménez al mando de dos pelotones de fusileros se rindió sin combatir, por lo que los liberacionistas pudieron avanzar hasta tomar la ciudad de Chiquimula (pp. 38-39). Al final de los acontecimientos, los altos oficiales fueron condecorados por el bando triunfador y el teniente Silva fue objeto de atentados a su vida, persecución, encarcelamiento durante largos meses y finalmente tuvo que salir al exilio. Reincorporado al ejército, todavía participó a fines de los cincuenta en la batida a la efímera guerrilla derechista de la sierra de las minas encabezada por Raúl Lorenzana (Ruano, 1996), pero siempre fue objeto de desconfianza por parte de sus superiores hasta su retiro a fines de los setenta (Silva, 1987b, Caps. IX-XVI).

La toma de Chiquimula el 23 de junio tampoco tuvo un carácter épico, de acuerdo con el informe presentado por un miembro del comité central del PGT, Octavio Reyes, a quien después veremos luchar y morir en el primer brote guerrillero en 1962. Reyes, junto a dos cuadros más del PGT (Florencio Méndez y Wenceslao Cordón) (C/F, 2/98) fue enviado a Chiquimula para

En uno de sus libros, Silva dice que los invasores eran 800 (1987a, p. 98), en el otro afirma que la superioridad era de tres a uno (1987b, p.95) de donde se deduce que los atacantes contaban con 300 efectivos (esta es la misma cifra que da el PGT en CP/PGT, 1955, p. 31). Aunque como vimos, otras fuentes dicen que los mercenarios eran a lo sumo 300, es probable que Silva esté tomando en cuenta a la población organizada por el comisario militar, el cual era partidario de los invasores

ayudar en la organización de los contingentes campesinos que deberían combatir al lado del ejército en la defensa de la ciudad. A los campesinos les fueron dados fusiles defectuosos y parque envejecido por parte de los oficiales y luego subrepticamente en la noche, las tropas se replegaron a Zacapa dejando a aquellos listos para ser el objeto de una carnicería. Cuando Octavio Reyes y sus acompañantes se percataron de la situación al amanecer, se trasladaron a Zacapa para averiguar lo ocurrido, la respuesta de los militares fue su encarcelamiento en el cuartel. Lograron escapar de su cautiverio uno o dos días después, por lo que Reyes pudo informar de los hechos al partido y al presidente (Flores, 1994, p. 233). Chiquimula fue tomada por los *liberacionistas* sin que las tropas al mando del teniente coronel Jorge Hernández presentaran ninguna resistencia y si hubo un combate de horas fue porque unas docenas de campesinos, sabemos ya en que condiciones armados, resistieron hasta que fueron derrotados, capturados y fusilados (Gleijeses, op. cit., p. 334).

La traición de los coroneles Víctor M. León, jefe de operaciones en toda el area⁷, Miguel Angel Solares Arévalo, Enrique Ruíz García, Eduardo Llerena Muller, Juan Martínez, Pablo Díaz, José Barzanallana, Bernardo Ordóñez y Jorge Hernández (Silva, 1987a, pp. 32-33, 39) posibilitó el avance del contingente invasor, el cual no hubiese tenido la menor oportunidad si el ejército guatemalteco lo hubiese enfrentado, con 2 mil efectivos apostados en la zona y superior armamento, y hubiese armado a los 2 mil campesinos de la región que querían combatir (Silva, 1987b, p. 77). Pero la traición de los mandos en Zacapa solamente era parte de la simulación de lealtad a Arbenz por parte de los altos mandos en la capital. Esta ya ha sido ampliamente documentada (Gleijeses, 1991, Caps. 13, 14) como para detenerse en ella, basta decir que Arbenz sufrió la traición de su ministro de la defensa, coronel José Angel Sánchez, de su jefe de estado mayor del ejército, coronel Enrique Parinello de León, de su ministro de obras públicas Carlos Aldana Sandoval, de otros altos oficiales como el jefe del Cuartel General, Rubén González Siguí y el ministro sin cartera Elfego H. Monzón. La deslealtad de Díaz (el jefe de las fuerzas Armadas) y la del "centenario" de Arbenz, coronel Anselmo Getellá, han sido refutadas por

⁷ Víctor Manuel Gutiérrez le hizo saber al presidente de la conducta sospechosa de Víctor M. León, pero este rechazó lo que consideró un infundio, "es mi compadre, dijo Arbenz, y además le acabo de dar una casa" (C/F, 2/98).

Fortuny (F/F, 4/98) quien los considera a ambos simplemente como impotentes para detener la ola reaccionaria.

La represión a las organizaciones populares ya había comenzado antes de la renuncia de Arbenz; parte de la Guardia Civil (policía nacional), que ya no controlaba su jefe el coronel Rogelio Cruz Wer, la había empezado a ejercer. Una vez renunciado y asilado el presidente, y Díaz en camino a ser desplazado de su fugaz paso por la presidencia, la represión se incrementó. La dirigencia de la CGTG, la CNCG, el Sindicato de Acción y Mejoramiento de los Ferrocarrileros (organización de 5 mil miembros, 3 mil de los cuales eran bastante beligerantes) todavía se reunieron el lunes 28 para redactar un pronunciamiento en el cual daban su apoyo condicionado a Díaz; tuvieron que suspender abruptamente la sesión y escapar cuando fueron avisados que el ejército estaba ocupando el local del SAMF y se dirigía a ocupar los de la CNC y la CGTG (C/F, 8/97). El terror anticomunista empezó a desplegar su manto. En él había motivaciones de clase pues buscaba aniquilar dirigencias y todo el tejido social reivindicativo que se había formado en los diez años de revolución. Se dirigió con saña hacia los campesinos beneficiados por la reforma agraria, pero todavía con mayor saña hacia aquellos que habían sido beneficiados en el marco de excesos en la expropiación (Ibid.,)⁸. Cientos de campesinos huyeron de sus tierras recién otorgadas y se escondieron en las montañas (Cardoza y Aragón, 1955; Toriello, 1976)⁹.

Pero el terror reaccionario también buscaba venganza ante las acciones represivas o defensivas que el gobierno revolucionario y población civil tomaron contra los invasores o activistas derechistas. Así en Tiquisate, departamento de Escuintla (en un lugar hoy conocido como parcelamiento Nueva Concepción) la represión fue particularmente cruenta y cientos de

⁸ Efectivamente hubo expropiaciones y ocupaciones en tierras que no eran afectables. Tanto fue esto así, que Arbenz convocó al Palacio Nacional a las organizaciones del Frente Democrático Nacional y publicamente censuró estos excesos. Más aún, en esa reunión reprendió públicamente al dirigente del PGT Carlos Manuel Pellecer y al dirigente de la CNCG, Leonardo Castillo Flores (C/F, 8/97).

⁹ El autor ha corroborado este hecho con el testimonio de la señora Jacoba Siam, después una admirable organizadora y activista del Grupo de Apoyo Mutuo (GAM; su hija fue desaparecida a principios de los ochenta). Su padre, uno de los beneficiados por la reforma agraria, tuvo que esconderse con su familia en la selva para escapar a la acción anticomunista. Entrevista del autor con la señora Jacoba Siam, ciudad de Guatemala, julio de 1997 (JS/F, 7/97)

campesinos, trabajadores y activistas fueron detenidos y no pocos de ellos asesinados. Casi un mes después del triunfo *liberacionista*, un tal Domingo Guirola, corresponsal en Tiquisate de un medio noticioso, informaba que habían en la “detenciones de esta localidad 438 comunistas agrarios... promotores del asesinato de la mejor gente de este poblado” (CPPCISAL, s/f, p. 168). Es fácil vincular este hecho con la captura y posterior asesinato de 17 rebeldes que en los días de la invasión tomaron el cuerpo de policía de Tiquisate. El coronel Terencio Guillén Corletto, en aquel momento gobernador de Escuintla, pagaría con ocho años de cárcel tal hecho (Guillén, 1991, pp. 121-122). También hay que recordar que en Tiquisate se encontraba buena parte de las tierras de la UFCO que fueron afectadas por la reforma agraria: el 56% de las tierras expropiadas en Escuintla le pertenecían (Piedrasanta Arandi, 1971, p. 57). El analista objetivo no podrá sino reconocer que de parte de las fuerzas represivas al servicio del régimen revolucionario, hubo innegables hechos de crueldad en la represión a los invasores. En éstos tuvo un papel muy destacado el jefe de la Guardia Civil, coronel Rogelio Cruz Wer. Las fuentes anticomunistas lo señalan como uno de los conductores de hechos represivos violatorios de los derechos humanos, por ejemplo el asesinato del jefe de los invasores en la batalla de Gualán, coronel Juan Francisco Chajón Chúa (CPPCISAL, 1954, cap. VI).¹⁰

La masacre de dirigentes y activistas del sindicato de la United Fruit Company (STUFCO) en Morales, Izabal, pudo haber tenido el mismo contenido de haber sido, como lo piensan algunos, la represalia por los sucesos de la goleta "Siesta Trujillo". Habiendo tomado Morales las fuerzas mercenarias al mando del después jefe policiaco de la dictadura, Rosendo Pérez, la población fue reunida en la plaza del pueblo. Allí fueron conducidos aproximadamente dos decenas de dirigentes y activistas del STUFCO (Toriello, op. cit., p. 215, dice que entre estas personas habían además empleados del gobierno y funcionarios de la reforma agraria), entre ellos su secretario general y diputado del PAR, el sindicalista negro Alaric Benett. Benett había viajado a Morales para reunirse con sus compañeros alarmado por la situación y preocupado de que pensarán que en los momentos cruciales no estaba con ellos; el viaje lo hizo ante el

¹⁰ Cruz Wer tuvo un triste fin. Aislado del resto de los exiliados por las historias tenebrosas que lo acompañaban, abandonado por sus familiares debido a su alcoholismo, solicitó ser trasladado de México a Cuba, en donde en un momento solicitó ser incorporado a un entrenamiento guerrillero. Terminó suicidándose en los años sesenta (C/F, 4/98).

desacuerdo del secretario general de la CGTG y miembro del comité central del PGT, Víctor Manuel Gutiérrez, puesto que éste lo quería presente en el congreso en momentos que eran de extrema gravedad. El acuerdo al que llegó con Gutiérrez y Cardoza fue ir y regresar inmediatamente. Nunca lo hizo, porque después de resistir al embate de los invasores, éstos al mando de Rosendo Pérez tomaron el pueblo. Este había sido jefe de caporales de la bananera (había abandonado tales funciones para unirse a los invasores) y por ello conocía a los sindicalistas. Así, ignorando los ruegos de la madre de Bennett que hincada y abrazada a sus rodillas pedía clemencia, descargó su metralleta en la cara del dirigente sindical. Acto seguido y ante la mirada aterrorizada de la población, entre la cual había gente de la base sindical que informó después de los sucesos, fusiló a los demás miembros del sindicato capturados, así como otros simpatizantes del gobierno, y los enterró en una fosa común¹¹. Comenzó la persecución contra dirigentes medios del SETUFCO y activistas destacados, buena parte de aquellos que pudieron evadirla lo hicieron porque se internaron en Honduras (C/F, 8/97). Fue este clima de cruenta represión que Haydée Godoy, Ildefonso Veras y su familia, así como otros muellersos ~~iniciaron un dramático periplo -se supo después- que duró varias semanas por las selvas de Izabal~~ hacia Belice, con el objetivo de llegar a México; en los acontecimientos de la goleta "Siesta Trujillo" puede encontrarse la explicación de su desesperada opción.

Además de Tiquisate, la ciudad de Escuintla fue en donde se observaron las más vigorosas redadas. No era esto una casualidad, si se da por cierto la afirmación hecha por analistas anticomunistas de que en esa ciudad y en el departamento entero, el PGT tenía una de sus plazas fuertes (James. op. cit., p. 59, 108; Schneider, 1959, pp. 114, 115). Francisco Hernández Álvarez, fundador del PGT y su responsable político en Escuintla, sobreviviría a las torturas y el encarcelamiento, y relataría los dramáticos acontecimientos en ese lugar. Las redadas fueron tan masivas que las cárceles de Escuintla se saturaron y el hacinamiento de los detenidos en los separos provocó la muerte de varios de ellos por asfixia. Los presos apretadamente parados sostenían en vilo a los desvanecidos por el sofocante calor costeño y la

¹¹ Víctor Manuel Gutiérrez da cuenta del hecho en su *Breve Historia del Movimiento Sindical en Guatemala* (s/e, 1956, p. 74) y proporciona una lista de 6 personas asesinadas. Rosendo Pérez también terminaría sus días violentamente. Fue asesinado por un subordinado suyo en la policía contrarrevolucionaria, harto éste último por los abusos de su jefe. (Galich, 1956, p. 95)

aglomeración, hasta que el cansancio los hacía bajarlos y de esa manera morían (C/F, 8/97). La cacería de brujas alcanzó proporciones masivas al extremo de que James, a quien no se le puede achacar exageración en ese punto, afirma en su libro que "unos 2,000 comunistas fueron detenidos en los primeros días de la *junta* anticomunista" (p. 11). Desde unas semanas antes la "Voz de la Liberación", radio clandestina como fue reputada por la población (en realidad transmitía desde Nicaragua)(Gleijeses, op. cit., p.295), había empezado a exhortar a sus escuchas a controlar a los vecinos, identificar comunistas y marcar con una cruz sus casas o bien hacer listas de denuncias (C/F, 8/97). Según lo afirma Cardoza, tres años después y en base a informes que habían ido recabando de parte de la militancia y simpatizantes, en el PGT se calculaba en 3 mil la cifra de muertos y desaparecidos (Ibid.). Acaso nunca sea posible conocer la cifra exacta.

Al finalizar el mes de junio, las embajadas de México, Argentina, Chile, Ecuador y El Salvador estaban llenas de funcionarios y dirigentes revolucionarios asilados. En lo que se refiere a los comunistas solamente siete miembros del comité central permanecieron en el país y en actividad clandestina. Fueron ellos el secretario general Bernardo Alvarado Monzón, su esposa Irma Chávez ("Chicoca"), Mario Silva Jonama, José Luis Ramos, Carlos René Valle, Francisco Hernández Alvarez y Efraín Villatoro. Para el día 30 Cardoza, Octavio Reyes, Fortuny y el diputado comunista César Montenegro Paniagua se encontraban ya asilados en la embajada de México, Guerra Borges estaba asilado en la de Chile, Víctor Manuel Gutiérrez y Carlos Manuel Pellecer en la de Argentina (C/F, 8/97; GB/F, 9/97; F/F, 11/97). Virgilio Guerra había salido del país poco días antes de la renuncia de Arbenz como igual lo hizo Oscar Edmundo Palma (OEP/F, 2/98; C/F, 2/98). Antonio Ardón salió huyendo a su natal Honduras donde fue readmitido por el Partido Comunista de Honduras (C/F, 2/98). Huberto Alvarado y el dirigente medio Carlos Alvarado Jerez, se refugiaron en la embajada de Ecuador. El sastre Max Salazar se escondió usando apoyos familiares; como conocía la región fronteriza pudo pasar a México y salvó la vida, pero desde entonces se retiró de la política. Igual destino tuvo Felix Osorio. El dirigente campesino Pedro Fernández también logró evadir la acción anticomunista; la experiencia debe haber sido demasiado traumatizante para él, además de que su disposición a asumir tareas de dirigente estaba en entredicho: ya había sido sustituido en el comité central por el dirigente de

Escuintla, Manuel Sánchez. Como quiera que haya sido, el que fuera miembro del comité central terminó siendo un predicador evangélico en la costa sur del país. (C/F, 8/97).

La estampida completa su dramatismo, si se constata que la mayoría de las dirigencias de los otros partidos revolucionarios también estaban asilados así como los exilados políticos de distintos lugares del mundo que se habían refugiado en el país. En la embajada argentina se produjo un encuentro que probablemente sería decisivo para la historia futura del país: el joven dirigente del Frente Universitario Democrático (FUD) y cuadro medio del PGT, Ricardo Ramírez, convivió unos días en dicho refugio con el médico argentino Ernesto Guevara e iniciaron una amistad de toda la vida (Castañeda, 1997, p. 104). Con el tiempo, Ricardo Ramírez se convertirá en el comandante *Rolando Morán* del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) y el logotipo de dicha organización guerrillera será el rostro del Che captado por la famosa fotografía de Alberto Korda. En general todos los partidos revolucionarios y organizaciones sociales quedaron desarticulados por la caída de Arbenz y la consecuente ola de terror anticomunista. Buena parte de la militancia del PGT, como sucedió con la de los demás partidos revolucionarios, fue capturada, asesinada o se dispersó sin que en aquellos primeros momentos pudiese la dirigencia escasa que permanecía en la clandestinidad darles una opción inmediata de resistencia. Sin embargo como lo veremos después, fue el único de los partidos del FDN que pudo con el tiempo rearticularse e iniciar la resistencia a la dictadura. Con la ironía que lo caracteriza, a más de cuarenta años de distancia, el comandante guerrillero *César Montes* le diría al autor “la liberación llegó con el cometido de acabar con el partido comunista, y acabó con todos los partidos menos con el comunista” (CM/F, 7/97).

Decir que las fuerzas "liberacionistas" se reducían a los 250 o 300 hombres pagados que entraron por Honduras, sería adulterar la historia. Además de los sectores oligárquicos, las cúpulas políticas ultraderechistas y la iglesia católica, el anticomunismo contó con apoyo de ciertos sectores populares. Diversos datos pueden dar una idea de tal apoyo: Silva Girón habla de 200 hombres organizados que apoyaban al jefe de comisionados militares de Gualán; Cardoza menciona que en ciertas regiones de Zacapa, Chiquimula y Santa Rosa, Alta Verapaz y Sacatepéquez, una abusiva aplicación del decreto 900 de reforma agraria provocó una reacción contrarrevolucionaria de campesinos medios y ricos (C/F, 2/98); Fortuny agrega a estos abusos

los observados en Escuintla y en Jalapa (F/F, 4/98). En la capital, las vendedoras del mercado central dirigidas por Concha Estévez ("Las locatarias" que veremos al lado del gobierno en la revuelta de 1962), fueron activas anticomunistas junto a una parte de los estudiantes universitarios (James, op.cit., p. 200 ; Schneider, op. cit., p. 303). Estas mujeres junto a otros sectores anticomunistas, formaron la multitud que frente a la embajada de México el martes 29 de junio exigía que sacaran a "los comunistas" (los más de 300 personas asiladas allí) en el contexto de un espíritu de linchamiento (C/F, 8/97). Entre los activos anticomunistas también pueden contarse al Comité de Trabajadores Anticomunistas dirigidos por Oscar H. Luna, al Comité Cívico Nacional encabezado por Luis Valladares Aycinena, un Comité Anticomunista de Estudiantes de Ciencias Comerciales (James, op. cit., 199, 200, 206) todos ellos de escasa convocatoria. Jorge Mario García Laguardia, en aquel entonces dirigente estudiantil revolucionario recuerda en cambio como en la universidad, el estudiantado anticomunista agrupado en el Comité de Estudiantes Anticomunistas de Guatemala (CEGUA) era la mayoría y con una dirigencia sumamente calificada: Mario Sandoval Alarcón, Leonel Sisniega Otero, Mario Alvarado Rubio, Jorge Skinner Kleé y Carlos Recinos (GL/F, 3/98), todos ellos después figuras prominentes del anticomunismo y de las dictaduras militares. Las fuentes anticomunistas (CPPCISAL, s/f; Hurtado Aguilar, 1956) muestran también el poder convocante de la iglesia católica con el arzobispo Mariano Rossell y Arellano al frente, en una campaña fructífera en la que las banderas anticomunistas y católicas se unían.

El conjunto de las fuerzas revolucionarias no estaba preparado para un vuelco en la situación como el que se observó entre mayo y junio de 1954. Entre todas ellas, acaso el PGT debería haber sido el más advertido con respecto a un cambio abrupto en la situación por su textura ideológica. Aunque partidario de una revolución que propiciara el desarrollo capitalista democrático, éste sabía que una revolución siempre entraña la posibilidad de la violencia. En su autocrítica de 1955 (CP/PGT, 1955), expresó que nunca había tenido confianza en buena parte de los altos jefes militares, que había presionado a Arbenz para que distribuyese armas en el seno de los trabajadores y campesinos, pero que finalmente no lo hizo tan diligentemente como lo ameritaba la situación y se dejó arrastrar por la confianza de Arbenz en el ejército. Será este el tema de una gran controversia que afectará al PGT en las siguientes décadas. Desde su derecha se

le responsabilizará de la caída de Arbenz por su mera presencia. La opinión ultraderechista de James ("si Arbenz no hubiese sido amigo de los comunistas, no hubiese existido problema comunista en Guatemala")(Op. cit., p. 9) será compartida por sectores revolucionarios no comunistas. A su izquierda la crítica partirá de que no hizo lo necesario para defender con las armas a la revolución (Cardoza y Aragón, 1955, pp. 138-211).

Un hecho parece ser cierto. El PGT no se preparó para un eventual paso a la clandestinidad; aun cuando vio con claridad la actuación del sector reaccionario del ejército, confió en el carácter democrático de éste como institución (GB/F, 9/97; C/F, 8/97), la razón de ello pudo haber estribado en que durante todo el período de Arbenz el ejército no reprimió a los comunistas ni a los integrantes del movimiento popular (GB/F, 9/97). La imprevisión del PGT se volvió parte de un malentendido o bien de llevar a extremos cándidos una línea. Una anécdota puede servir para fundamentar lo anterior. Cuando la persecución anticomunista se había empezado a desatar en Sololá, el responsable político del PGT en dicho departamento, un campesino indígena, llegó a informar de la situación al partido. Al preguntársele si había escondido toda la documentación partidaria que sería letal información en manos del enemigo, el dirigente medio respondió que pese a que Jorge Alvarado (hermano del ya secretario general Bernardo Alvarado Monzón) había llegado con esa orientación y con la de que los militantes deberían resguardarse, él no lo había aceptado puesto que la línea que defendía el partido era su existencia legal amparada por la constitución. "No vamos a ser nosotros los que vamos a tomar la iniciativa de pasar a la ilegalidad", agregó el ingenuo dirigente del cual nunca se supo más. Es más que probable que haya sido capturado y asesinado por los *liberacionistas* (C/F, 8/97).

Pero además de prepararse para la clandestinidad y para una fase de lucha en medio de una contrarrevolución victoriosa, pareciera ser que cualquiera de las medidas que después se sugirieron no tenían muchas perspectivas. En una visión crítica de la autocrítica de 1955, su principal redactor Alfredo Guerra Borges, asevera que un reparto de armas y entrenamiento en ellas antes de que la crisis se declarase hubiese precipitado el golpe derechista (GB/F, 9/97). En esto la experiencia parece confirmar sus palabras: es difícil que una revolución se profundice o logre superar el complot reaccionario si no cuenta con las fuerzas armadas o una parte de ellas. Cuatro décadas después, Fortuny, uno de los críticos de la autocrítica desde que ésta fue

formulada en 1955, sigue siendo escéptico. Según él, el imperio tenía cinco alternativas para destrozarse a la revolución: que la invasión fuese exitosa en relación al apoyo de la población; en su defecto, la traición de los mandos de Zacapa; si esto no hubiese resultado, la traición del alto mando militar en la ciudad (ambas opciones sucedieron); pero aún si ninguna de las alternativas anteriores hubiese funcionado, el que se hubiese cerrado el suministro de petróleo que venía desde El Salvador habría hecho caer al gobierno en una semana. Finalmente en el hipotético caso de que ninguna de las opciones hubiese sido exitosa, la invasión de *marines* habría arrasado al ejército fácilmente (F/F, 11/97). En los dos capítulos más críticos de su libro (pp. 177-200), Cardoza y Aragón resume varias alternativas a la renuncia sin gloria del presidente: Arbenz pudo haber armado al pueblo, haberlo enfrentado al ejército o a la parte reaccionaria de éste; pudo haberse retirado hacia los departamentos fronterizos con México e iniciar una guerra de resistencia que pudo haber contado con el apoyo de cientos de voluntarios guatemaltecos, mexicanos, latinoamericanos; pudo haberse ido hacia las montañas y desde allí iniciar la resistencia guerrillera; pudo haber aprovechado los efectivos de la guardia civil (la policía nacional) y con ellos enfrentar al ejército golpista. Además de estas opciones, que pudieron ser más o menos realistas, el autor se ha encontrado con propuestas disparatadas como las que relata un entrevistador relativamente reciente de Díaz Rozzotto (Mejía/Díaz Rozzotto, 1995, p. 13): que el gobierno guatemalteco le declarara la guerra a Honduras para que fuera la ONU y no la OEA la que interviniese. Si se hubiese o no podido evitar el derrocamiento del régimen revolucionario, parece que será una discusión sin fin. El escepticismo del autor de la investigación más exhaustiva que hasta ahora se ha hecho sobre el período revolucionario (Glejeses, op. cit., Cap. 13) resulta plausible cuatro décadas después de los trágicos acontecimientos. En el contexto mundial que se vivía y con la ubicación geográfica del país, sin una alianza como la que después se observará entre Cuba y la Unión Soviética (basta ver la crisis de los misiles en 1962), sin contar con un ejército que no era criatura revolucionaria como después lo veremos en la misma Cuba y en Nicaragua, la revolución guatemalteca con Arbenz al frente pudo haber ensayado una resistencia armada de incalculables efectos políticos, pero con una productividad meramente simbólica (Cardoza y Aragón, op. cit., p. 165).

En 1954 el problema de las fuerzas armadas era ya mucho más complejo. Ya no era tan simple sobornar a un alto oficial del ejército para que estuviera anuente a repartir armas en la población, como sucedió con los 75 mil dólares que recibió el coronel Gabino Santizo en julio de 1949 con motivo de la rebelión provocada por la muerte de Arana (GB/F, 9/97; Gleijeses, op. cit., p. 68). En 1949 la revolución no se había profundizado ni sus transformaciones eran protagonizadas abiertamente por los comunistas, ni por tanto se enfrentaba a una orquestada conspiración estadounidense que ponía a temblar al alto mando del ejército. También era imposible en Guatemala repetir un escenario similar al español entre 1936-1939, puesto que lo más probable hubiese sido una inmolación de unos cuantos miles de civiles mal armados y no entrenados al enfrentarse a un ejército de 6,200 efectivos medianamente profesionalizados y superiormente armados. Además, por más que la moral combativa fuese elevada en ciertos sectores de la población rural, en la capital al menos no parece haber sucedido lo mismo (Gleijeses, op. cit., p.342). De igual manera puede hablarse de una hipotética y precursora guerrilla enmontañada dirigida por Arbenz en 1954: como se analizará en los capítulos siguientes una guerrilla implica un conjunto de condiciones que de no existir lleva a una muerte segura o a un rotundo fracaso político a sus integrantes. Fortuny asevera con razón (F/F, 11/97) que los 600 o 700 malamente armados integrantes de la Guardia Civil dirigida por el coronel Rogelio Cruz Wer, no habrían podido enfrentarse al ejército aún en el caso de que hubiesen sido enteramente leales. El absurdo escenario de declararle la guerra a Honduras, solamente hubiese servido de pretexto para una invasión estadounidense que de esa manera habría estrenado el acuerdo militar de ayuda mutua citado páginas atrás.

Estar de acuerdo en que la renuncia de Arbenz fue la peor de las opciones no implica que alguna de las otras hubiese resultado victoriosa. He aquí la dimensión trágica de la Guatemala de 1954. La única fuerza que por su cohesión y honestidad hubiese podido dirigir una resistencia popular armada a la contrarrevolución se vio atrapada entre una situación complejísima -guerra fría, debilidad militar, traición del ejército, vacilación de los aliados- y una clara inexperiencia. El PGT era en 1954 un partido de apenas cinco años de vida con una dirigencia que en su núcleo fundamental (excepto Fortuny y Cardoza) no llegaba a los treinta años o en el mejor de los casos apenas los sobrepasaba (Véase Schneider, 1959, 102-110; GB/F, 9/97). Lo logrado por

el PGT en apenas cinco años y con una dirección joven e inexperta, resulta para el analista de fin de siglo, sencillamente asombroso. No se necesita consultar apologistas de izquierda para llegar a dicha conclusión. Basta con leer la acuciosa investigación de un investigador probablemente vinculado a la CIA, Ronald M. Schneider (1959), para ver las reales dimensiones de lo logrado por un partido que comenzó teniendo 41 miembros y terminó el período con cuatro o cinco mil⁹. La objeción de Cardoza y Aragón al argumento de la juventud de la dirigencia comunista (no es un problema de juventud "sino de principios", op.cit., p. 15), se antoja de carácter literario. De todos modos, como se verá más adelante, en el momento de surgir las divergencias entre los revolucionarios guatemaltecos con respecto a qué revolución hacer y cómo pensar la violencia en la misma, estos días de junio de 1954 volverán a ser esgrimidos por los adversarios del PGT una y otra vez.

3. El Sueño Restaurador de La Contrarrevolución de 1954.

Nos hemos extendido en la reconstrucción de la derrota de 1954, en recordar la violencia observada en aquellos días, y en destacar la inmensa cantidad de recursos puestos por la Casa Blanca al servicio de los contrarrevolucionarios, por dos razones al menos. La primera de ellas estriba en que la historia de Guatemala en la segunda mitad del siglo XX, arranca de este cruento acontecimiento y resulta inexplicable sin él. La segunda, el constatar una vez más el encarnizamiento con que fue destruido, lo que nos lleva a pensar que el proceso que se había empezado a desenvolver en 1944 y que fue interrumpido en 1954, implicaba una transformación política y social verdaderamente profunda. Parece esto una obviedad, pero solamente lo es si se olvida que no pocos analistas han visto por encima del hombro a la revolución iniciada en 1944. En el prólogo al libro de Toriello que hemos estado citando (p. 7), Cardoza y Aragón habla del derrocamiento del ubiquismo y agrega: "Se inicia así lo que con optimismo y exageración evidente llamamos "La Revolución de Octubre". No es la única referencia escéptica que podemos

⁹ Con respecto a las cifras las fuentes arrojan datos diversos. James habla de 3.000 a 4,500. Schneider menciona a 4,000, Cardoza (C/F, 8/97) habla de 5,000. Guerra Borges estima en la misma cifra el número de militantes comunistas (GB/F,9/97), igual cantidad estima otro miembro del comité central de la época (Oscar Edmundo Palma) (OEP/F, 2/98), mientras que Fortuny (F/F, 11/97) menciona a 2,000, pero Gleijeses estima en 5.000 la cifra de miembros del partido y cita a Fortuny como fuente (p. 195).

encontrar en el gran escritor guatemalteco; en otros escritos agrega que "una revolución que no se defiende no es una revolución". Tampoco está sólo en sus reticencias; lo acompañó por un tiempo la analista estadounidense Susan Jonas quien en uno de sus libros (1981) entrecomilla la palabra revolución para referirse a la década revolucionaria en Guatemala. Iguales entrecomillados aunados a una franca actitud peyorativa, se pueden encontrar en el sociólogo guatemalteco Carlos Guzmán Bockler (1975, pp. 210-227).

El derrocamiento de Arbenz y la despiadada represión que le siguió podría tener una explicación en la tradición oscurantista reaccionaria de la clase dominante guatemalteca, ferozmente reacia hasta con respecto a las más tímidas reformas. Pero no resulta tan convincente tal explicación en la actitud del gobierno de los Estados Unidos de América. La Casa Blanca soportó en la misma década de los cincuenta, las medidas transformadoras de la revolución boliviana. Como bien lo han afirmado protagonistas y analistas (Fortuny en Flores, op. cit., Cap. XVI; Gleijeses, op. cit., Cap. 14) la transformación social no solamente era profunda por las medidas en sí mismas, sino también por quiénes estaban entre sus más destacados impulsores. ~~Medidas revolucionarias e impulsores más decididos hicieron agonizar al mundo oligárquico~~ previo a la revolución que se inició en 1944. El que el modelo oligárquico-dependiente exportador reproducido por la dictadura unipersonal pretendiera ser sustituido por un capitalismo moderno e independiente que tuviera en la república democrática su expresión política, ya implica una revolución. Rubrica su carácter revolucionario el que ésta transformación en sus diez años de existencia, comenzara siendo un fenómeno urbano con una participación popular moderada (Al decir de Lázaro Cárdenas "una revolución urbana en un país rural") (Cardoza y Aragón, 1955, p. 73) y terminara siendo un hecho que involucró a grandes masas rurales y urbanas con una creciente participación.

a. La Nostalgia Reaccionaria.

Al hablar de la restauración en Francia, Gramsci dijo alguna vez que tal término era solamente una expresión metafórica. En realidad la restauración del antiguo régimen no existía, puesto que muchos de los cambios que la revolución había originado eran irreversibles por más que la clase revolucionaria hubiese sido desplazada del poder (Gramsci, 1975, p. 94). Como

veremos páginas adelante, esto fue lo que pudo haber sucedido en Guatemala después de 1954: volver al pasado se volvió imposible para las fuerzas contrarrevolucionarias. El mundo y el país habían cambiado desde aquellos días en que Ubico, y luego Ponce Vaides, fueron desplazados del poder por una pequeña burguesía urbana revolucionaria. Pero los *liberacionistas* triunfantes no lo vieron así, y su proyecto fue un simple retorno al mundo que la revolución había hecho sucumbir. La simpleza reaccionaria no dejó de ser percibida por los cronistas y analistas anticomunistas estadounidenses.

En 1955 Daniel James puso una nota sombría al regocijo que le provocó la derrota de "la conspiración comunista contra Guatemala". James constató la pobreza ideológica de los manifiestos de Castillo Armas de febrero de 1954. Para James, hacer del anticomunismo el contenido único de la ideología contrarrevolucionaria no era políticamente productivo: "Estaba en duda, después de la caída de Arbenz, si las grandes masas de indios de Guatemala aceptarían, de buena gana, símbolos (Dios, Patria, Libertad, CFI) en lugar de la tierra que ahora poseen o si las ladinas masas anticlericales se adherirían a gente cuyos pronunciamientos parecían implicar el retorno de la Iglesia al poder político después de ocho décadas". Para el analista estadounidense, los anticomunistas deberían ser sensibles a los problemas sociales después de diez años de política de "extrema izquierda", deberían retormarse las banderas más sólidas de la Revolución de Octubre: capitalismo moderno, reforma agraria, libre enseñanza compulsoria, derecho del trabajador a organizarse y las libertades individuales. En uno de los escasos momentos de lucidez en su libro, James escribió una frase premonitoria: estaba por verse si Guatemala podría alcanzar un gran futuro o "si los intransigentes del *ubiquismo*¹² intentarán una vez más detener la marcha del progreso y de la democracia y precipitar a Guatemala otra vez en una nueva era de guerra a muerte" (Op. cit., p. 213-214).

Cuatro años después, otro investigador estadounidense de posición anticomunista, Schneider, hizo similares comentarios. En su meritoria obra acerca de las actividades del PGT (1959), Schneider constató la tradición oscurantista de la oligarquía guatemalteca: según él, el abuso del término comunista para calificar cualquier oposición a la dictadura ubiquista habría sido uno de los factores que hicieron atractivo el comunismo entre estudiantes y trabajadores (p.

Partidarios del derrocado dictador Jorge Ubico.

26). Además, la "tradicional "élite" económica, social y política" (básicamente la oligarquía cafetalera), muy pronto empezó a oponerse al primer presidente de la década revolucionaria, Juan José Arévalo (1945-1951), cuyo programa "esencialmente moderado" fue considerado por dicha élite como radical o comunista (p. 36).

Este oscurantismo reaccionario estimulado por el discurso anticomunista de la guerra fría, fue el que impuso su proyecto en 1954. La clase dominante guatemalteca, compuesta fundamentalmente por la oligarquía agroexportadora (núcleo esencial de la misma eran los cafetaleros) arrastró tras de sí a otros sectores de dicha clase, como veremos más adelante. Aunque existió el Partido de Unificación Anticomunista (PUA), los grandes exportadores estaban agrupados sobre todo en la Asociación General de Agricultores (AGA) y fueron enemigos intransigentes de los regímenes revolucionarios. Pero la burguesía más moderna (comerciantes e industriales) agrupados en la Cámara de Comercio e Industria de Guatemala (CCIG) y la Asociación General de Industriales (AGIG), pese a verse beneficiadas por las medidas modernizadoras de la revolución no la apoyaron. Fuertemente enraizados familiar e ideológicamente con los grandes agroexportadores, a veces ellos mismos también terratenientes, se opusieron a la reforma agraria, participaron de la paranoia anticomunista y repudiaron el proceso organizativo de campesinos y trabajadores (Gleijeses, op.cit., p. 209). Sectores tradicionales y modernos de la clase dominante guatemalteca añoraban el mundo oligárquico con su estado dictatorial de hombre fuerte, paz política sustentada en una sociedad civil desarticulada o prácticamente inexistente, y sobre todo asentada en la cultura del racismo y la expoliación de la fuerza de trabajo. Para el analista guatemalteco los planteamientos de James citados anteriormente, resultan por lo anterior, de una ingenuidad enorme. No había lugar para soluciones intermedias para el conjunto de fuerzas que conspiraron contra los regímenes de Arévalo y de Arbenz. Por ello es que los Estados Unidos no pudieron reemplazar a éste último con un gobierno moderado de centro, aunque lo hubiesen querido. "Los únicos guatemaltecos que habían estado dispuestos a derrocar (a Arbenz), los únicos guatemaltecos que no estaban manchados por colaborar con su régimen, fueron aquellos que amargamente se opusieron a toda reforma social. Sacar a Arbenz era regresarlos a ellos al poder" (Ibid., p. 381).

Qué fue lo que existía antes de 1944 y qué fue lo que quedó de ello después de 1954, es fundamental evaluarlo para sustentar el carácter revolucionario de dicha década. El mundo oligárquico tan añorado por la parte mayoritaria de la clase dominante estaba asentado en tres pilares: la dictadura articulada en torno al hombre fuerte, el racismo frente al indio y la agroexportación sustentada en el trabajo forzado y el latifundismo. Los dos primeros factores eran los mecanismos políticos e ideológicos reproductores del tercero. Pero éste último era la razón de ser de los otros dos, por lo que el análisis debe empezarse en éste punto.

No es necesario abundar mucho, para los propósitos de este trabajo, con respecto a los orígenes del latifundismo agroexportador. Baste decir que con la expansión de las ciudades europeas que la revolución industrial provocó, los cambios en la calidad de vida que el movimiento obrero en dicho continente empezó a provocar, los efectos poblacionales que la fiebre de oro provocó en la costa oeste de los Estados Unidos (Halperin Donghi, 1969, cap.4), un nuevo contexto internacional favoreció la expansión del mercado mundial y en lo que nos atañe, la expansión del mercado para la primarioexportación. En el caso guatemalteco, el producto que se convirtió en el eje de la articulación del país con el capitalismo mundial fue el café. En 1870, un año antes de la revolución liberal, Guatemala exportó 113,000 quintales y para la década siguiente el incremento de las exportaciones fue de 150% (Parke Young, 1958, pp. 140-143; Mosk, 1958, pp. 164-168). A fines de la década, la situación será ya la que caracterizará al país durante los siguientes 150 años: entre 85 y 92% de las exportaciones guatemaltecas estará constituida por el café (Mosk, 1958, pp.169-170). Ni siquiera la introducción del banano como un segundo producto de exportación a principios del siglo XX, alteró el panorama anteriormente descrito: en 1929 el 76.6% de las exportaciones fueron café, mientras el banano alcanzó solamente el 12.9% (Bulmer Thomas, 1989, p.41). Casi el 90% de las exportaciones del país giraron en torno a estos dos productos y las condiciones de trabajo de los peones de las compañías bananeras fueron una brutal combinación de la explotación asalariada con la opresión servil presente en las fincas cafetaleras (Figueroa Ibarra, 1989, pp. 293-323).

El latifundio heredado por la colonia (Martínez Pelaez, 1981, pp. 144-161) se expandió merced a la compulsión agroexportadora. El colosal reparto agrario propiciado por las dictaduras liberales es evidente con la cifra que nos da Guerra Borges: entre 1870 y 1920 la oligarquía

agroexportadora se expandería y consolidaría con el reparto de casi 27,000 caballerías (Guerra Borges, 1969). La revolución liberal y en particular el gran reparto agrario que la primera implicó, modelaron a la sociedad guatemalteca tal como ésta existía en la década de los veinte. El proceso amplió a la oligarquía terrateniente que se había estructurado durante la época colonial, creó a la masa de mozos colonos y a la de campesinos minifundistas que fueron sometidos al trabajo forzado a través del reglamento de jornaleros (1877), la ley de vagancia (1878) y el boleto de vialidad. Los mandamientos -así llamadas las disposiciones que creaban las tandas de trabajadores forzados para las fincas cafetaleras- no se suprimirían sino hasta 1945. El latifundio sobre el que se asentó la sociedad oligárquica era de agricultura extensiva. Según un ilustrado autor de la época -será ésta la realidad con la cual se enfrentará la revolución iniciada en 1944-, a fines de 1931 solamente 10 millones de acres (el 32%), de los casi 31 que constituían la superficie de la república, podían considerarse cultivables (Rodríguez Cerna, 1931). De esos 10 millones de superficie cultivable, solamente dos millones y medio (el 25%) era cultivado. El mismo autor daba otro indicador del uso extensivo de la tierra al decir que de la superficie contenida en 6,728 fincas -una muestra altamente signifactiva-, la cual ascendía a 3.800,000 manzanas (1 manzana: 7 mil metros cuadrados), permanecían sin cultivo 1.522,222, lo que constituía el 41% del total. Excluyendo a los bosques de ese 41%, en rigor sólo el 14% (539,655) eran cultivado (Ibid., p. 49). La oligarquía puede muy bien encarnarse en los 120 latifundistas que dominaban la agroexportación. Algunos de ellos tenían tan grandes posesiones, que las mismas abarcaban distintos departamentos de la república. Cálculos aseguraban que el 75% de las tierras estaban en poder de los grandes terratenientes, mientras que solamente el 25% restante estaba en manos de "medianos terratenientes" y "pequeños propietarios campesinos".¹⁰ Las fincas cafetaleras en manos de alemanes (alrededor del 10% del total), producían en 1913

Estas afirmaciones fueron hechas por los delegados guatemaltecos, Luis Villagrán y Alfredo Toledo, (ambos miembros del primer partido comunista en Guatemala), en la Conferencia Sindical Latinoamericana de Montevideo, en mayo de 1929. Según ellos, Carlos Herrera (a la sazón ya expresidente de la república) tenía propiedades que "iban desde la Antigua hasta Escuintla" y que comprendían entre 3 y 4 mil kilómetros cuadrados de extensión. Véase Fragmentos de un Informe en Correspondencia Sudamericana nos. 12, 13, 24, 2a. época, mayo de 1929, pp. 55-60. Esta revista era órgano del Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. Será citado en adelante como Villagrán y Toledo, Fragmentos de un Informe.

más de las dos terceras partes del café guatemalteco. Desde fines del siglo XIX y hasta 1942 cuando Ubico las expropió en el contexto de la segunda guerra mundial, las Plantagen-Gesellschaften (sociedades anónimas de plantación) poseían ya en fincas cafetaleras aproximadamente 2,300 kilómetros. (Wagner, 1987, pp. 100 y 102).

En la sociedad oligárquica la industria propiamente dicha (la fabril) se reducía a la Cervecería Centroamericana y la fábrica de Cementos Novella en la ciudad de Guatemala; a la industria textil de algodón y lana de Cantel, localidad cercana a la ciudad de Quezaltenango y a la fábrica de telas de casimir, ubicada en el entonces departamento de Amatitlán. Además de estos centros fabriles, lo que en la tercera década del siglo XX se llamaba industria era una multitud de pequeños y medianos talleres artesanales, algunos de ellos subsumidos formalmente a capitales de cierta magnitud, dedicados a la producción de ebanistería, carpintería, jarciería y cordelería, telas y mantas, confitería, colchonería, imaginería, tejidos de punto, puros y cigarrillos, hielo, refrescos gaseosos (Rodríguez Cerna, op. cit., p. 66), herrería, sastrería, plomería, talabartería, calderería, panadería y repostería además de una buena cantidad de población que se dedicaba a la albañilería (Villagrán y Toledo, Fragmentos de un informe, no. 14). Un boceto de la clase obrera guatemalteca puede hacerse a partir de los anteriores datos.

Sin embargo, existían en ese momento otros centros de actividad económica, que agrupaban a la población en relaciones de trabajo que trascendían los límites artesanales. Uno de ellos eran las actividades ferrocarrileras en manos de la International Railroad of Central America (IRCA), empresa íntimamente asociada a la bananera United Fruit Company (UFCO). Otros centros de agrupación de masas trabajadoras en actividades no fabriles pero tampoco artesanales, eran la industria eléctrica, el correo, telégrafos, teléfonos. Además se encontraban las plantaciones bananera, los ingenios azucareros y beneficios de café, las fincas azucareras, algodóneras y de chicle (Ibid.).

Un factor esencial de poder en la sociedad oligárquica fue el imperialismo estadounidense. Este se afianzó desde los años veinte, al consolidar nuevos contratos las inversiones que ya tenía y al desplazar a Alemania de actividades en las cuales ésta era hegemónica. Así, por ejemplo, en lo referente a la exportación de café, en esos años Estados Unidos se convirtió en el principal comprador (60%) dejando en un lugar secundario a Alemania.

Holanda, Suecia e Inglaterra (40%) (Ibid.). Por su parte, Guatemala compraba la mayor parte de sus artículos de importación a Estados Unidos; en éste aspecto, Alemania ocupaba el segundo lugar entre 1926 y 1930 (ibid., pp. 121-123). Después de que con motivo de la primera guerra mundial, Estrada Cabrera expropió a los alemanes la industria eléctrica, los estadounidenses lograron que Orellana, a través del contrato del 4 de mayo de 1922, concediera el monopolio a la Electric Bond and Share (Wagner, 1987, p. 120; Bauer Paiz, 1956). Con ello se completaba el control de la infraestructura guatemalteca (puertos, ferrocarriles, comunicaciones, electricidad) por las inversiones estadounidenses. Ese control había comenzado con los contratos ferrocarrileros de principios de siglo que fueron refrendados por otro que contemplaba tal control hasta fines del siglo XX (Bauer Paiz, 1956, pp. 104-188). En los años veinte, la UFCO consolidó también su poder en Guatemala. Habiendo iniciado sus operaciones en 1901, a través de sucesivos y leoninos contratos la frutera fue extendiendo paulatinamente su control de extensas porciones del territorio nacional, más medio millón de acres en total (Ibid., pp. 188-366; Gleijeses, op. cit., p. 90). A excepción del Banco de Occidente (de origen cafetalero) y del Banco Central de carácter estatal, el capital estadounidense controlaba directa o indirectamente a los demás bancos del país (Villagrán y Toledo, Fragmentos de un informe, no.14).

Con éstos hechos podemos empezar a retratar lo que hemos llamado el mundo oligárquico que se fue construyendo desde el último tercio del siglo XIX: Producción agroexportadora asentada esencialmente en el gran latifundio y básicamente en el café, una clase dominante predominantemente oligárquica y una minúscula burguesía adherida a ella por lazos familiares, económicos, políticos e ideológicos, arrinconamiento de las grandes masas de campesinos indígenas en las peores y más escarpadas tierras del territorio nacional merced al despojo agrario, constitución del eje lati-minifundio (Guzmán Bockler y Herbert, 1970; Martínez Peláez, 1970, pp. 168,169; Figueroa Ibarra, 1980, cap. 1), recrudecimiento del trabajo forzado (Martínez Peláez, 1970, pp. 512, 513, 588, 589), presencia imperialista a través de la compañía bananera y control de la banca e infraestructura del país, una clase obrera constituida por un pequeño sector urbano fabril minúsculo y entrelazado con una significativa masa artesana organizada en gremios y mutualismo, una masa proletaria rural que aparecía diafánamente sobre todo en los campos bananeros. Y todos estos sectores asalariados sometidos en su vida cotidiana.

a la impronta de una sociedad que seguía girando en torno al trabajo forzado de marcado carácter servil.

El otro pilar del mundo oligárquico fue la dictadura de carácter unipersonal que se fue construyendo como hábito político desde el inicio de la vida independiente. Con la transformación esencial que le impuso la revolución liberal de 1871, esa dictadura continuaría hasta que el derrocamiento de Ubico en 1944 y el inicio de la década revolucionaria le infringió un golpe mortal. La violencia que es intrínseca a todo Estado y que a menudo acompaña a la política (se ha fundamentado esta aseveración en el capítulo I de este trabajo), tuvo en la sociedad guatemalteca sus expresiones más extremas y perversas en un proceso de constitución estatal que empieza en la colonia. Desde aquel momento y a lo largo del siglo XIX se fue constituyendo lo que en otro lado he llamado la cultura del terror (Figueroa Ibarra, 1991, Cap. III), que tiene sus bases en la violencia con que se tiene que gobernar toda sociedad sustentada en el trabajo forzado, en el hábito de expoliación que éste genera, y en el desprecio a la vida del oprimido cuando éste es considerado de raza inferior. Es el caso guatemalteco un ejemplo notable de lo acertado que puede ser la conocida fórmula de Moore y que hemos citado en el capítulo anterior: "sin burguesía no hay democracia". En el trabajo forzado, en el hábito expoliativo y en el racismo pueden acaso encontrarse las causas sociales de las feroces dictaduras guatemaltecas de los primeros 120 años de su vida después de la independencia. En 1954, Cardoza y Aragón recordó la frase pronunciada por Alfonso Orantes en los funerales del escultor Rafael Yela Gunther, cuando dijo que "el guatemalteco tenía tres caminos: encierro, destierro o entierro" (1955, p.52). En una de sus usuales y finas ironías había dicho que la "historia de Guatemala es, por desgracia, la de sus dictaduras y la de los guatemaltecos pugnando por respirar"(p. 47).

Las dictaduras que observaremos a partir de la revolución liberal de 1871, compartieron muchos rasgos con las precedentes pero presentaron una diferencia esencial: fueron apoyadas e implantaron el proyecto político, económico y social de la oligarquía cafetalera que la dinámica del mercado mundial había hecho aparecer en el país desde mediados de siglo. Por toda la obra modernizadora que ello implicó, tal como el desarrollo de la infraestructura necesaria para la agroexportación, establecimiento de un Estado laico y las reformas que éste necesitó (García

Laguardia, 1972) tales dictaduras no fueron reproductoras del orden sino del progreso (Figueroa Ibarra, 1991, Cap. III).

Las dictaduras del Estado Oligárquico, se irguieron sobre sociedades rurales, de cascos urbanos reducidos ¹¹, con clases subalternas generalmente pasivas o protagonistas de alzamientos esporádicos: los gobernantes tuvieron más en mente el control de las posibles guerras civiles provocadas por sus adversarios dentro de la oligarquía o las guerras con sus países vecinos que el levantamiento de dichas clases subalternas. Fueron éstos rasgos que compartieron con sus congéneres de la región centroamericana (Burgues, 1972; Pozas y del Cid 1989; Argueta, 1989; Ramírez, 1983; Wheelock, 1980). En mayor o menor medida en cada uno de los casos centroamericanos, pero de manera acusada en los de Guatemala y El Salvador, la lógica de la dominación política no fue sino la extensión de la lógica de la opresión del latifundio. El dictador era el gran hacendado que látigo en mano administraba la gran hacienda que era el país; y sus habitantes, sobre todo en las áreas rurales, eran más peones que ciudadanos. Es tan acusada esta extensión de la lógica de la finca al Estado, que la revolución de 1944 ha sido interpretado ~~como la ruptura de la forma finquera del Estado (Tischler, 1997). El poder político estaba~~ estructurado en torno a la figura de un hombre fuerte, que se apoyaba en un aparato militar arcaico que no actuaba como entidad corporativa. Como lo demuestra la larga dictadura de Manuel Estrada Cabrera (1898-1920), el dictador no necesariamente era un militar (lo que ya dice mucho del ejército que lo apoyaba); dirigía la implantación de una política que reproducía los intereses de una oligarquía agroexportadora cuyo poder se asentaba en lo fundamental en el dominio de la tierra, aun cuando como vimos, sería incompleto el esbozo que se hace si no incluyéramos a los enclaves y/o intereses norteamericanos. Apoyado en un aparato militar y o policiaco y en una rústica maquinaria política (el arcaico partido que lo apoyaba en las casi

Es discutible la afirmación del censo de 1921 cuando planteaba que de los dos millones de habitantes que tenía el país, el 66% podía ser considerado población rural (aproximadamente 1 300.000 personas). Tomando en cuenta que en dicho censo un poblado de dos mil personas era considerado un casco urbano, la gran mayoría de las casi 700 mil personas consideradas como población urbana no deber haberlo sido. La capital del país solamente tenía a fines de los años veinte, 150 mil habitantes y una extensión de 49 kilómetros cuadrados; las otras ciudades significativas, Quetzaltenango y La Antigua, tenían 30 y 10 mil habitantes respectivamente. Otras ciudades como Escuintla, Cobán y Zacapa deben haber estado debajo de la última cifra (Rodríguez Cerna, op. cit., pp. 78 y 82).

siempre fraudulentas reelecciones), el dictador se imponía a toda la sociedad incluyendo a sus sectores más privilegiados.

La dominación de las dictaduras unipersonales del período oligárquico, no solamente era reproducida por una correlación de fuerzas internas (oligarquía-ejército-policía política/masas rurales y urbanas iletradas, desorganizadas y atemorizadas en una sociedad predominante agraria y rural), sino también por la sanción que los Estados Unidos de América otorgaban a dichas dictaduras. Poderoso puntal para éstas dictaduras fue la lógica de la dominación norteamericana, que requirió gobiernos alineados y estables en el período de su primera fase de asentamiento imperial (segunda mitad del siglo XIX y dos o tres primeras décadas del siglo XX) (Krehm, 1949), o que buscó estabilidad en su traspatio más cercano durante los años de la gran crisis mundial y después durante la segunda guerra mundial. La política exterior Estadounidense durante la guerra fría auspiciará más que a las viejas dictaduras, a las nuevas que ya estarán articuladas en torno a las fuerzas armadas (Tapia, 1988; Martz, 1988).

El correlato necesario para el mantenimiento de todo lo que se ha descrito y analizado fue, como siempre, el terror y el oscurantismo. En una sociedad que era sostenida por el trabajo forzado de los indios, el oscurantismo empezaba por un desprecio a éstos que combinaba el racismo con un temor que rayaba en la paranoia. Desde la sociedad colonial el refrán criollo que rezaba "...aparte somos nosotros y aparte los naturales..." (Martínez Peláez, 1981, p.19) era la premisa segregacionista que regía a la sociedad guatemalteca; el indio era haragán, vicioso, conformista, desconfiado, reacio a la civilización, abusivo (Ibid., pp. 217-242). A fines del siglo XVIII, el cabildo de San Miguel recomendaba para indios y mulatos jornadas de sol a sol y "el único y más eficaz remedio" ante sus posibles desobediencias: "el castigo del azote, por ser este el que más temen, pues es el único que tienen por afrenta..." Y un hacendado en 1797 polemizaba con alguien en la Gaceta de Guatemala, retándolo a que visitase su hacienda para que se diera cuenta de cómo los indios eran perros, no eran hombres sino "micos, o peores que micos". "Yo soy hacendado, le protesto a Vuestra Merced que quisiera ser verdugo -agregaba el virulento criollo- ...el único medio de adelantar algo con estos bribones es el cuero, y todo lo demás es perdedera de tiempo..."(Pinto Soria, 1986, pp.153, 154). Más de 120 años después, el látigo para la bribonería y ociosidad del indio seguía siendo recomendado hasta por la

intelectualidad oligárquica: la raza aborígen era "cobarde, triste, fanática y cruel... mas cerca de la bestia que del hombre... para los indios solamente hay una ley: el látigo" (Gleijeses, op. cit., p. 12). Los viejos prejuicios criollos eran una verdad aceptada por la inmensa mayoría de ladinos; pero ese desprecio se combinaba con el temor a que un día se levantaran e invadiendo las ciudades y poblados los pasaran a deguello. Entre otras cosas el miedo nacía del hecho de que esos bribones, haraganes y estúpidos seres -sin cuyo trabajo, dicho sea de paso, no se explicaba la opulencia oligárquica-, eran sencillamente la mayoría de los guatemaltecos: entre 1870 y 1950 la población guatemalteca pasó de poco más de un millón a casi dos y medio de personas y la población indígena osciló en el período de 70 a 50% del total (Lowell y Lutz, 1992, p.7). Después de la insurrección de 1932 en El Salvador, la paranoia racista se acompañó de la anticomunista (Anderson, 1983; Taracena, 1984; Figueroa Ibarra, 1989).

El discurso inaugural de Ubico al asumir la presidencia, publicado en el diario El Imparcial del 14 de febrero de 1931 (texto transcrito en Palomo de Lewin, 1975, p. 202), sintetiza el brutal autoritarismo oligárquico: "Una de las formas hipócritas de la vagancia, ha sido entre nosotros, el hábito de ocuparse de la política." Brutalidad corroborada por una de las frases habituales del dictador, "Yo no tengo amigos sino enemigos domesticados" (Samayoa Chinchilla, 1950, p. 62). En realidad Ubico solamente le daba continuidad al paternalismo despótico del dictador en el Estado oligárquico. Era la misma forma de gobernar que hacía del caudillo liberal del siglo XIX, Justo Rufino Barrios, azotar con un fuste la mesa en la que se reunía con su gabinete y espetarle al ministro que le había recordado la constitución: "Esta es la constitución con que yo gobierno" (Burgess, 1972, p. 204). La Constitución de 1879 se había hecho por ello al molde del gobernante al decir del patricio liberal Lorenzo Montúfar: una Constitución que fuera una jaula muy grande con hilos de seda, "con una puerta muy vasta para que el león pudiese entrar y salir sin reventar los hilos..." Aun así, recordaba un ya alejado Montúfar, "El león no sale de la jaula por la vasta puerta. Tiene placer en destrozar los hilos de seda" (García Laguardia, 1972, p. 248). Hermosa metáfora para el autoritarismo sin límites del dictador en el periodo oligárquico.

Los límites para el disenso eran estrechísimos o más bien no existían. En 1920 la fracción conservadora de la oligarquía se había adherido al ideal unionista de factura liberal para disfrazar

su lucha antidictatorial (Arévalo Martínez 1945; Figueroa Ibarra, 1976). En las postrimerías de Ubico hasta una elección de reina de los estudiantes era vista con suspicacia por la dictadura (Galich, 1985) y el título de la obra de Manuel Galich acerca de la rebelión de 1944 es reveladora: *Del Pánico al Ataque*. El mundo oligárquico no permitía ni ideas, ni conductas, ni acciones, ni relaciones sociales y políticas, que no fueran las que los prejuicios coloniales y decimonónicos sancionaban como buenas costumbres. La cultura del terror, es decir aquella cultura política que se sustenta en la intolerancia hacia la diferencia y que concibe la solución a los diferendos solamente a través de la eliminación del otro, era un producto social que reproducía a su vez ampliadamente la miseria material y espiritual de aquella sociedad. Todo esto fue lo que la revolución de 1944 hirió mortalmente en sus diez años de existencia.

b. La Inevitable Modernidad.

La tragedia de 1954 acaso haya que buscarla en la forma en que empezó la revolución. Producto de una sociedad como la que de manera breve acabamos de bosquejar, la revolución se inició con un levantamiento cívico-militar que tuvo su escenario fundamental en la ciudad de Guatemala y que no refundó al ejército. Cuando se habla de la revolución de 1944, es solamente una convención para significar el inicio de un proceso que empezó siendo como bien lo dijera Cárdenas "una revolución urbana en un país rural". La rebelión involucró a sectores populares urbanos dirigidos por profesionales universitarios y estudiantes que apoyaron a una pequeña parte del ejército en una sublevación que derrocó al sucesor de Ubico, el general Ponce Vaides. La revolución guatemalteca empezó por ello de manera distinta a la revolución boliviana en la cual el ejército fue desarticulado por una sublevación con una significativa participación proletaria y campesina. Todavía mayor fue la diferencia entre la revolución guatemalteca y las que posteriormente se observaron en Cuba y Nicaragua, en las cuales los ejércitos gubernamentales de ambos países fueron derrotados política y militarmente y desaparecieron para dar paso a ejércitos revolucionarios. He aquí el origen del problema que las fuerzas revolucionarias no pudieron resolver en 1954, como tampoco lo pudo hacer el peronismo en la Argentina de 1955, ni los seguidores de Allende en el proceso que culminó con el derrocamiento de la Unidad Popular en 1973.

Pero esta ausencia original no impidió el que en los diez años que siguieron a 1944, el proceso revolucionario fuera ascendiendo en participación popular, en profundización de sus medidas y hasta en la radicalización de sus protagonistas. El Estado oligárquico fue desmantelado y sustituido por un régimen democrático, la sociedad civil virtualmente inexistente del período anterior a 1944 fue sustituida por el surgimiento de masivas organizaciones de trabajadores, campesinos, jóvenes, mujeres, intelectuales, pacifistas, estudiantes: en un país de 3.200,000 personas, la CGTG y la CNCG organizaron a aproximadamente 300 mil. A la virtualmente inexistente vida política del período oligárquico, le sucedió un dinámico proceso que involucró a diversos partidos políticos y a una lucha escenificada en las calles y campos, sindicatos y partidos, sociedad civil y Estado. Al oscurantismo reinante en la gran finca que había sido el país, le siguió la autonomía universitaria, el arribo de exiliados de distintos países que participaron activamente en su vida política e intelectual, el regreso de exiliados guatemaltecos como Luis Cardoza y Aragón, Ernesto Capuano, Alfonso Solórzano, Alfonso Orantes, Miguel y Jorge García Granados ¹² y la visita de figuras literarias como Pablo Neruda, Nicolás Guillén o Juan Marinello, o bien personalidades políticas como el diputado cubano Salvador García Agüero y más aún el mexicano Vicente Lombardo Toledano, que dejaron una marca notable en la conciencia de cientos de jóvenes urbanos.

El prestigio adquirido por la URSS después de la segunda guerra mundial, los primeros indicios de su recuperación extensiva después del conflicto, hizo que aún las fuerzas políticas no marxistas tuvieran el socialismo en su horizonte (Schneider, op. cit., Cap. 9) y fue un factor no despreciable en el proceso de crecimiento vertiginoso del Partido Comunista de Guatemala, después Partido Guatemalteco del Trabajo. El PGT también aprovechó su diligencia en la aplicación de la reforma agraria como lo demuestra el hecho de que su militancia se duplicó en los primeros ocho meses de 1953 (Ibid., p. 203). Haciendo un lado el tremendismo anticomunista propio de la guerra fría que impregna toda la obra de Schneider, hay que conceder

El caso de los García Granados, descendientes del patricio liberal, es interesante. Miguel, hombre de indudable vocación revolucionaria, había sido aviador del lado republicano en la guerra civil española (Solórzano, 1980) y Jorge, según Dionisio Encinas le confió a Cardoza, había simpatizado con el PCM durante su exilio en México (C.F., 2:98). Este último jugó posteriormente un papel destacado en la ONU en el momento de la fundación del estado de Israel (Varios, 1967).

que el PGT tuvo una influencia mucho mayor que lo que su propio tamaño y presencia en el gobierno y en el Estado podrían suponer. En ello influyó el prestigio de la URSS y del socialismo ya apuntados, pero también el hecho de que con sus cuatro o cinco mil miembros -monto cuantitativo mucho menor que el del PAR o el PRG-, el PGT no contaba con adherentes sino con militantes organizados en células y con una disciplina que era una mezcla del leninismo con el stalinismo. Militancia disciplinada, monolíticamente articulada en torno a su comité central y una autovigilancia constante para aplastar cualquier forma de corrupción, elevaron el prestigio de los comunistas e hicieron que Arbenz fuera confiando cada vez más en ellos. Un ejemplo de la intensidad del compromiso militante en el PGT es la labor de sus 4 diputados: mientras el resto de sus colegas participaban en un promedio de 1.7 comisiones del congreso, los diputados comunistas lo hacían en 4, mientras que dos de ellos, Víctor Manuel Gutiérrez y Carlos Manuel Pellecer participaban en 5 (Ibid., p. 209). El presidente deploraba el oportunismo y las rencillas internas de los demás partidos de la revolución y valoraba altamente el desinterés personalista de la dirigencia y la militancia del PGT. Son estos hechos en los cuales coinciden analistas anticomunistas (James, op. cit.; Schneider, op. cit.; Del Valle Natheu, 1956. p. 64) o aquellos que simpatizan con la revolución (Cardoza, 1955; Gleijeses, op. cit.)

Entre los actos transformadores de la revolución hay que agregar la Constitución de 1945, el Código Laboral, el régimen de seguridad social, la autonomía universitaria, la construcción de la hidroeléctrica para romper el monopolio norteamericano de la Electric Bond And Share, la construcción de la carretera al Atlántico y del Puerto de Santo Tomás para romper el monopolio de la International Railroad of Central America (IRCA), el fomento a la producción industrial, el desarrollo del capital comercial y financiero, la introducción y relativo desarrollo del algodón (el cual desde ese momento se agregará como rubro de agroexportación al café y el banano)¹³, el aceite de citronela y el té de limón, las leyes de arrendamiento forzoso en el período de Arévalo y después el decreto 900 de reforma agraria emitido en 1952 durante el gobierno de Arbenz. La sociedad oligárquica había heredado a la revolución, de acuerdo a los datos censales de

¹³ Este hecho no impediría el que en 1954 casi el 91% de las exportaciones fuera café y banano, si bien es cierto que la participación del primero de los productos bajó relativamente de importancia (Bulmer Thomas, 1989, p. 169)

principios de los años cincuenta, un latifundio notable: el 2% de las fincas poseían el 72% de la superficie cultivable del país. En sus 18 meses de aplicación el gobierno revolucionario repartió más de un millón de manzanas de tierra que beneficiaron a más de 138,000 familias campesinas (Paredes Moreira, 1963). Hasta un autor que incluso en algunos de sus escritos es escéptico con respecto a los alcances de la revolución (Torres Rivas), ha compartido la opinión de Paredes Moreira (uno de los primeros sino es que el primer estudioso de la reforma agraria arbencista), en el sentido de que en tres años de aplicación de la reforma agraria, se habría destruido el eje de la estructura terrateniente (Torres Rivas, 1974, p.80). A lo anterior hay que agregar que un resultado derivado de la reforma agraria hubiesen sido la modernización tecnológica de la agricultura, el desarrollo de la negociación salarial en el campo (ambos hechos debidos a la elevación de los salarios agrícolas provocados por la contracción de la oferta de trabajo a su vez debida a la reforma agraria) y el desmantelamiento de las relaciones patriarcales y autoritarias que se observaban en el latifundio. En suma, se hubiese sustituido al latifundismo agroexportador no solamente por un capitalismo nacionalista, sino también por uno moderno y democrático ¹⁴.

~~La enumeración de los hechos que demuestran la fuerza transformadora de la revolución~~
 no se hacen con el fin de tratar de nueva cuenta un período de la historia guatemalteca que ha sido muy estudiado, sino para apuntalar la idea de cuán vano fue el apetito restaurador de la contrarrevolución encabezada por Carlos Castillo Armas. La sociedad guatemalteca, al menos en sus cascos urbanos, tenía una autopercepción notablemente distinta de la que había tenido (si es que la había tenido), durante la sociedad oligárquica. El terror anticomunista ya no reinó sobre una sociedad civil primitiva y gelatinosa para usar la bien conocida expresión de Gramsci, sino que tuvo que emplear toda su energía para destruir la que se había construido en el período revolucionario. Y la quema de libros marxistas o supuestamente marxistas, de obras literarias de comunistas o supuestos comunistas, que se hizo en la plaza central después de su exhibición (como prueba de la conspiración comunista), ya no pudo restaurar plenamente el oscurantismo oligárquico. Para confirmar en la historia de Guatemala una idea ya expresada en el capítulo anterior (que la historia social no es primordialmente la de las élites o personalidades), la

Estas sugerentes ideas fueron expuestas al autor por Alfredo Guerra Borges en una entrevista previa a la que hemos estado citando.

presencia de un movimiento popular principalmente urbano (trabajadores y estudiantes) que se fue rearticulando después de 1954, con una cultura política e inclusive relaciones internacionales heredadas del período revolucionario, creó una correlación de fuerzas distinta a la del período oligárquico.

Pese a su voluntad restauradora, el gobierno de Castillo Armas tuvo que recurrir a hechos inconcebibles para Estrada Cabrera o Ubico: la negociación, la concesión y la demagogia. Basta ver el capítulo final de la obra de Del Valle Matheu para constatar que la dominación contrarrevolucionaria precisaba de un nuevo discurso: el gobierno promueve la riqueza para que haya más que distribuir, construye carreteras a un ritmo superior al de los gobiernos revolucionarios, la nueva constitución incorpora todas las conquistas sociales que ya existían y muchas más, el nuevo gobierno "es más acorde con la necesidad guatemalteca" y el logro del bienestar de los pueblos (1956, pp. 154-156).

Demagogias aparte, el régimen contrarrevolucionario fue diligente en su voluntad restauradora. Aproximadamente tres semanas después del derrocamiento de Arbenz emitió el decreto 31 que permitía la revisión de las expropiaciones hechas por el decreto 900 y se prohibía cualquier expropiación ulterior. El decreto 57 restituía las fincas nacionales repartidas al Estado y disolvía las cooperativas que funcionaban en las mismas (Piedrasanta Arandi, op. cit., p. 62; Villacorta Escobar, 1973, p.49). En agosto se emitió el decreto 48 que disolvía a la CGTG, CNCG, PAR; PRG; PGT, PRN, Federación Sindical de Guatemala, los sindicatos ferrocarrilero, de maestros y bananero en Tiquisate, a la Alianza de la Juventud Democrática, Frente Universitario Democrático, Grupo Saker-Ti (artistas e intelectuales), Alianza Femenina Guatemalteca (Toriello, op. cit., p. 245). Así, se devolvían las tierras expropiadas a la oligarquía local y al imperio, y se pretendía destruir el tejido social acumulado en los diez años de revolución. La derogación de la Constitución de 1945 y del Código de Trabajo, la penalización de la lucha por la paz y la creación del Comité Nacional de Defensa contra el Comunismo (decreto 59) (CP/PGT, 1955, p. 58), instauraban el régimen dictatorial que buscaría reprimir cualquier intento de reorganización de la sociedad civil construida al cobijo del régimen revolucionario.

Pero ciertos elementos de la modernidad eran inevitables y con ello imposible el regreso al mundo oligárquico. Los proyectos modernizadores del régimen revolucionario que no atentaban contra la lógica expoliativa de la clase dominante fueron mantenidos. Continuó el desarrollo de la infraestructura física pensada por el gobierno de Arbenz en función de la independencia económica del país tales como el proyecto hidroeléctrico, la carretera al Atlántico, el puerto de Santo Tomás. También se sostuvo la búsqueda de diversificación de las exportaciones pues no sólo se consolidó la producción y exportación algodonera sino también de esa época data el nacimiento del azúcar como producto de exportación, hecho que se consolidará con el bloqueo a la revolución cubana a principios de los sesenta. Puede decirse que entre 1954 y el momento en que se firma el primer tratado de integración centroamericana (1958), la economía guatemalteca vivió un período de inercia en relación a las partes del proyecto revolucionario que fueron incorporadas al proyecto reaccionario. Hoy podemos ver ese período como uno de transición ¹⁵, entre la etapa de los diez años del ensayo frustrado del *capitalismo nacional y democrático* y la tentativa del modelo de *sustitución de importaciones* que se observará en la década de los sesenta.

Guatemala vivirá en esos años como en toda América Latina (Cueva. 1977, cap. 10), el agotamiento del boom que provocaría en las economías latinoamericanas la segunda guerra mundial. Si en 1954 el valor de las exportaciones de café ascendía a poco más de 74 millones de dólares, en 1956 llegaría a poco más de 89 para llegar a 1960 a un valor inferior aún que el de 1954 (70.8). Igual situación puede observarse en el caso del banano, el cual por diversas razones (disminución del consumo en Estados Unidos, plaga de Panamá, la competencia de la producción ecuatoriana) (Bulmer Thomas, 1989, p.201) bajaría de poco más de 20 millones de dólares a 14.7 en 1958. La recuperación en 1960 (17.3 millones) no invalida la tendencia decreciente de este cultivo que junto al café constituían en la Centroamérica de 1954, con excepción de Nicaragua, la fuente del 80% de todas las divisas generadas (Bulmer Thomas, 1989, p.200). La crisis es todavía mayor si se observan las tendencias de los términos netos del intercambio durante el segundo lustro de la década de los cincuenta. Tomando a 1970 como año base, puede concluirse que el año más favorable sería 1954 con 159.0; no se volvería a alcanzar ese nivel ni siquiera en los sesenta que en

Entrevista del autor con el economista Rómulo Caballeros, junio de 1995

general fueron buenos años para la agroexportación (el índice osciló entre 95 y 100) para no hablar de los setenta, en los cuales el comportamiento fue oscilante con una tendencia a la baja (a excepción del año 1977 en los cuales el índice sobrepasó los 100). A partir de ese año el deterioro de los términos del intercambio será creciente hasta llegar a 1984, año en el cual índice llegó a 48.8. Será ésta situación la que motivará a los países centroamericanos y en particular a Guatemala a intentar la diversificación de la agroexportación. Con mayor o menor éxito, cada uno de los países centroamericanos, Guatemala entre ellos, logra incorporar el algodón, la carne y el azúcar a la lista de sus principales exportaciones.

Tampoco en la esfera de la política la contrarrevolución pudo efectuar una simple vuelta al pasado. Al derrocar al ubiquismo, la revolución desapareció irremediamente al eje de la dictadura oligárquica, el *dictador* mismo. En el contexto de la ausencia de un consolidado sistema de partidos políticos (AGB/F, 6/99), ese vacío paulatinamente lo fue llenando el ejército como institución, como lo empezaría a demostrar el hecho de que a fines de los años cuarenta, dos figuras militares (Arana y Arbenz) capitalizaran la aglutinación de fuerzas en torno a los dos proyectos antagónicos, entre los cuales se debatía la interrupción o profundización del proceso revolucionario. Lúcidamente Cardoza y Aragón recordaba en 1954 que a partir de la asunción de Arévalo a la Presidencia, el militarismo guatemalteco se fortaleció como nunca (1955, p.49): la hegemonía militar empollaba las candidaturas presidenciales y la "oportunidad para un civil se hallaba en los cuernos de la luna" (Ibid.). Si la nostalgia reaccionaria añoraba "los tiempos de don Jorge", la inevitable modernidad fue imponiendo la dictadura militar. Al desplazar a la oligarquía del poder y eliminar la figura del dictador, la pequeña burguesía se encontró con el hecho de que el ejército era la institución determinante en la estabilidad política del nuevo Estado. Las fuerzas armadas se convirtieron en el tigre dormido al que había que mantener amodorrado con prebendas y lisonjas, mientras que las fuerzas sociales desplazadas por la revolución, con los mismos métodos procuraban despertarlo para que de un zarpazo acabara con aquella.

La década revolucionaria inició así la práctica de hacer del ejército la arena decisiva en la lucha política. El régimen de Arévalo logró salir victorioso en aquella contienda pues sorteó aproximadamente 30 complotos contrarrevolucionarios sin que el ejército como institución se sublevara, aun cuando segmentos de éste si lo hicieron. Conciente de dicha situación el gobierno de

Arbenz propició una política hacia las fuerzas armadas que tenía tres direcciones: las recompensas económicas, el monopolio de las armas y la inviolabilidad ideológica (Glejeses, op. cit., pp. 202). Diversos testimonios (Cardoza y Aragón, 1955, p. 48; Silva Girón, 1987, p. 27; Glejeses, op. cit., p. 200-202) dan una idea del primero de los tres: presentes a los oficiales, sus esposas y sus hijos para sus respectivos cumpleaños enviados por la primera dama, crecimiento de los salarios de la oficialidad militar a un ritmo mucho mayor que el de los empleados públicos civiles o de los trabajadores de cuello azul, comisariatos para que la primera pudiera adquirir bienes importados a bajos precios, viáticos generosos y puestos burocráticos bien pagados, casas concedidas con créditos blandos o prácticamente regaladas, becas al extranjero, vacaciones y descansos muy bien pagados, condecoraciones, vistosos uniformes y costosos vehículos.

Si se tiene en cuenta lo dicho en el epígrafe anterior no es necesario abundar en las otras dos direcciones de la política arbenzista hacia el ejército. Las tres en su conjunto evidencian la complejidad de la cuestión de las armas en el momento de la contrarrevolución de 1954. El ejército fue dibujándose cada vez más como la encarnación del poder político delegado por la burguesía, el imperio y las fuerzas políticas de la derecha guatemalteca. Así, si antes de 1944, el ejército había sido el instrumento del *dictador*, después de la contrarrevolución "se convertiría en la novia de la clase alta" (Glejeses, 1991, p.386). Así continuaría en los cuatro años siguientes a la caída del gobierno de Jacobo Arbenz y el triunfo de la revolución cubana en 1959. La radicalización de ésta y su transformación en revolución socialista, habría de consolidar la enorme cuota de poder político acumulado por el ejército guatemalteco: la contrarrevolución no podría ya restaurar a la vieja dictadura oligárquica, en su lugar emergería la moderna dictadura militar. Pero estamos hablando de hechos que con mucho rebasan a la sociedad guatemalteca. El surgimiento de la dictadura militar guatemalteca, en efecto no solamente tuvo sus raíces en la historia del país. A la guerra fría que ya se había declarado al terminar la segunda conflagración mundial, se agregaba ahora el triunfo del comunismo en un lugar de América Latina. Como es bastante conocido, la revolución cubana habría de modificar la política de Washington hacia América Latina. Surgirían la *Alianza para el Progreso* y la *doctrina de seguridad nacional* (Tapia, 1980; Martz, 1988), en realidad las dos caras de una política contrainsurgente que habría de pensar a los militares latinoamericanos como sus actores principales. En el caso de Guatemala, esta política general fue darle continuidad en un

nuevo contexto y nuevos recursos, a una que se había iniciado con la desestabilización y derrocamiento del gobierno de Arbenz y que tendría su punto culminante con el golpe de estado de 1963 como veremos en un próximo capítulo. En este golpe, el ejército ya aparece como un cuerpo organizado que actúa como una corporación de expresa voluntad contrainsurgente (Torres Rivas, 1987, Cap. IV). La aparición de la insurgencia provocó una transformación en el Estado: el ejército fue ya su columna vertebral y el depositario del poder de la clase dominante guatemalteca. A esto alude la metáfora; **Error! Marcador no definido.** de Gleijeses en las páginas finales de la obra que aquí hemos citado: "Gradualmente, al ejército le crecieron bigotes y se le desarrollaron fuertes músculos" (p. 386).

La dictadura militar ya no se asentaba sobre sociedades rurales en las cuales los cascos urbanos eran apenas una metáfora, tal como sucedía con la dictadura unipersonal del periodo oligárquico. Siendo minoritarias todavía las poblaciones urbanas, éstas crecieron significativamente desde fines de los años cincuenta: del 30 al 39% del total entre 1950 y 1980, mientras que solamente la capital pasó durante el mismo período del 11 al 21% de la población total (Vilas, 1994, p. 68). Nos encontramos también con una creciente masa de proletariado y semiproletariado rural, éste último con fronteras muy difusas con el resto del campesinado (Figueroa Ibarra, 1980). La sociedad civil se había vuelto más compleja al calor de la modernización de la que hemos hablado en páginas anteriores.

4. Las Enseñanzas de la Derrota, la autocrítica del PGT en 1955.

En la clandestinidad, en el exilio, la derrota de 1954 se convirtió en el referente básico de la reflexión de la izquierda revolucionaria guatemalteca. Cuatro décadas después, el analista vislumbra al menos dos grandes temas en los cuales el pensamiento revolucionario se empieza a encaminar hacia una ruptura con las ideas predominantes en los años recién pasados. El primero de ellos es el del tipo de revolución por la cual luchan los revolucionarios guatemaltecos. El segundo es el que se refiere a la violencia como medio revolucionario.

El proceso iniciado en octubre de 1944 había generado esperanzas en el naciente marxismo guatemalteco en una vía no armada hacia la transformación de la sociedad. En efecto, la línea aprobada en el II Congreso del PGT, celebrado en diciembre de 1952, planteaba como objetivos

principales "inmediatos" la lucha por la paz mundial, el mantenimiento y consolidación del régimen democrático en Guatemala, el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores, la liberación de los campesinos de la opresión feudal, el desarrollo económico y político independiente de Guatemala (Alvarado, 1994, p.25), todos ellos objetivos posibles de alcanzar en el marco de la legalidad y a través del *Frente Democrático Nacional* (la alianza política con los otros partidos que apoyaban al proceso revolucionario inaugurado en 1944) y "forjando una firme alianza obrero-campesina".

El objetivo estratégico del PGT, de acuerdo a los lineamientos del II Congreso, era el de luchar por una cada vez mayor amplitud del gobierno hasta llegar a uno integrado por la clase obrera, los campesinos, el sector patriótico de la burguesía nacional y la pequeña burguesía, pero en el cual la clase obrera por "su conciencia política, nivel organizativo y futuro histórico" debía conquistar la hegemonía y la dirección. Esta era la piedra angular que podría llevar al objetivo final del PGT que era una sociedad socialista en la que la explotación no existiría (Alvarado, 1994, pp. 24, 25). La confianza en el gradual predominio del socialismo sobre el capitalismo a escala mundial estaba detrás de esta perspectiva en la cual el socialismo en Guatemala se veía como un hecho posible solamente a un muy largo plazo. Lo inmediato de la revolución era la alianza de la clase obrera y el campesinado con la burguesía progresista para poder construir una sociedad moderna y democrática en el contexto del capitalismo.

La contrarrevolución de 1954 creó las condiciones para una modificación de tales perspectivas. La revolución comenzó a ser concebida como un hecho de ruptura violenta con el orden establecido y como una transformación que expresaría la franca hegemonía de la clase obrera en alianza con el campesinado. Estas ideas se verían reforzadas a partir de 1959 cuando el triunfo de la revolución cubana demostró que era posible la conquista del poder a través de la lucha armada y la instauración de un proceso revolucionario que transitara al socialismo desembarazándose rápidamente de la burguesía. Así, en la contrarrevolución de 1954 y en la revolución cubana en 1959, podrán encontrarse los grandes hechos que trazarán el derrotero ideológico de la revolución guatemalteca hasta fines de los ochenta.

a. ¿El Ocaso de la Revolución Burguesa?

La intelectualidad revolucionaria guatemalteca produjo en el segundo lustro de los cincuenta, obras en las cuales la reflexión sobre lo sucedido empezó a marcar también lo que se pensaba que en adelante debía suceder. Es importante detenernos en algunos autores puesto que las ideas que elaboraron a partir de la infamia de 1954 se convertirían en parte del acervo ideológico de la izquierda revolucionaria guatemalteca, e inclusive a pesar de algunos de ellos, en parte de la fundamentación de la idea de la violencia revolucionaria.

Obras que se convierten en referencia indispensable son *La Batalla de Guatemala* de Guillermo Toriello (1954) que tendría una versión actualizada y aumentada en 1976 con *Tras la Cortina de Banano*, *La Revolución Guatemalteca* de Cardoza y Aragón (1955), *Cómo Opera el Capital Yanqui en Centroamérica* de Alfonso Bauer Paiz (1956), *Por Qué Lucha Guatemala* de Manuel Galich (1956), *Operación Guatemala \$OK\$* (1954) y su continuación en *Operación Centroamérica L\$OK\$L* de Raúl Osegueda (1958) y finalmente *El Carácter de la Revolución Guatemalteca* de Jaime Díaz Rozzotto (1958). En todos estos autores se observa una coincidencia con respecto a las motivaciones de la actuación de la Casa Blanca en el derrocamiento de Arbenz: el levantar al fantasma del comunismo no fue más que un pretexto para poder derrocar a un régimen que perseguía la independencia económica y la soberanía política. Por tanto, no fue la acción del comunismo auspiciado desde Moscú lo que provocó la intervención imperialista, sino la defensa de los intereses de la United Fruit Co., La presencia de John Foster Dulles en el departamento de Estado y de Allen Dulles al frente de la CIA, ambos hermanos vinculados a la UFCo., confirmaba la anterior aseveración.

Pero además de éste común punto de partida, el análisis de la intelectualidad revolucionaria expresada en dichos autores, compartía otro rasgo: la revolución guatemalteca había afectado los intereses de "los grandes feudales". los partidos conservadores, la Iglesia Católica y todos ellos se habían aliado al imperialismo a efecto de hacer triunfar la contrarrevolución. Guatemala era vista como un país sumido en la dominación imperialista y feudal hasta antes de 1944. Había sido esa alianza feudal-imperialista la que había restablecido su orden en 1954. El imperialismo Estadounidense se expresaba concretamente en los tres grandes monopolios que dominaban la economía del país: la United Fruit Co., en primerísimo lugar, la Electric Bond and Share y la

International Railways of Central America (Bauer Paiz, 1956, p. 59). Los feudales no eran sino los grandes latifundistas agroexportadores, principalmente cafetaleros. La usanza del movimiento comunista internacional de la época, de llamar "feudales" a lo que después la sociología latinoamericana de los sesenta empezó a llamar "oligarquía" o "vieja burguesía", impregnaba la visión hasta de autores como Bauer Paiz, Galich o Toriello que ni eran marxistas ni afectos al comunismo. La perseverancia en la explotación, los resabios del trabajo forzado y las formas combinadas de salario y pago en especie le daba sustento a la caracterización feudal que todos ellos hacían de una oligarquía, que ciertamente compartía estos rasgos con una producción orientada hacia la ganancia (rasgo capitalista por excelencia) y hacia el mercado mundial.

Haciendo a un lado las anteriores coincidencias, podemos entrar a las especificidades en el análisis. Osegueda, Toriello, Bauer Paiz y Galich hacían énfasis en la dominación imperialista. En Osegueda, la intervención de 1954 no era sino la continuación de una larga lista de intervenciones Estadounidenses e inglesas en América Latina cuyo recuento podemos ver sobre todo en su libro dedicado a Centroamérica (1958); la obra de Galich y de Toriello, al igual que la de Osegueda, ~~indudablemente están marcadas por su experiencia como cancilleres de la revolución guatemalteca:~~ todos ellos fueron testigos en sus respectivas gestiones de cómo la sombra del imperio se cernía ineluctablemente sobre la pequeña Guatemala y tendía un cerco internacional marcado por la obsecuencia, salvo honrosas excepciones, de los demás países latinoamericanos. Los tres concluyeron su trabajo con una expresión de carácter antiimperialista, acaso moderada y romántica en Osegueda ("retornemos a Bolívar y a Valle", 1958, pp. 179-189), indudablemente radical en Galich, Bauer Paiz y Toriello. Es en ese antiimperialismo que podremos ver acaso la razón más profunda de la posterior afición de los tres últimos por la revolución cubana, en la cual la soberanía frente al imperio es tan importante como la lucha por el socialismo¹⁶. Tanto Galich como Bauer Paiz sustentaron sus libros en una larga exposición de la historia de los monopolios imperialistas en Guatemala, y Galich terminó con un epígrafe que lleva por título "¿Otra Estrella

¹⁶ Tampoco es una casualidad que los tres hayan escogido a Cuba para vivir su exilio. Galich murió allí en 1984 y Toriello en 1997. Bauer Paiz vivió en Cuba desde principios de los setenta hasta poco después del triunfo de la revolución nicaraguense, cuando se trasladó a la patria de Sandino y se incorporó a otra revolución fuertemente marcada por el antiimperialismo. Por lo demás, salvo Osegueda, todos los autores que hemos analizado terminaron militando o siendo muy cercanos al movimiento revolucionario.

entre las Barras?" (1956, p. 370). En su perspectiva, será para salir de esa situación por la cual luchará Guatemala.

En la obra de Bauer Paiz el recuento empírico de las ignominias imperialistas fue llevado mucho más allá que en la obra de Galich. *Cómo Opera el Capital Yanqui en Centroamérica* es una erudita exposición sustentada en una enorme cantidad de datos con respecto al saqueo de Guatemala por parte del capital imperialista durante la primera mitad del siglo XX. Acaso la voluminosa obra pueda sintetizarse en un sólo párrafo: "De los capítulos anteriores se desprende que la UFCO obtiene del país cantidades enormes... que su dilatado feudo (de más de 200,000 hectáreas) sólo está cultivado en una extensión menor del 10 por ciento de las tierras que detenta, que la gran empresa agrícola que explota es monocultivista; que impide el desarrollo económico del país por medio del dominio que ejerce sobre la vías de comunicación ferroviarias, marítimas, radio-telegráficas y servicios portuarios; que mantiene métodos atrasados de producción y prácticas semif feudales en sus relaciones de trabajo; que en vez de estimular el empleo sigue una política sistemática de desocupación; y, por último, que la United Fruit Company exporta de Guatemala todos los fondos que obtiene de sus pingues ganancias." (1956, p. 331). Siguiendo la línea de los partidos revolucionarios de la pequeña burguesía, Bauer Paiz vió como alternativa a la contrarrevolución, para decirlo de manera paradójica, la restauración de la revolución interrumpida: democracia que fortalezca la política antiimperialista y antifeudal que se planteó la revolución de 1944 y transformación del país en uno de carácter capitalista, moderno y próspero, dueño de sus riquezas (p. 17, 18). El programa que abrazaba Bauer Paiz en 1956 era "en síntesis... la transformación política y social de Guatemala por medio de una nueva democracia que, garantizando las libertades individuales, luche contra la desigualdad económica propia del régimen capitalista." El carácter democrático del programa, concluía nuestro autor, trascendía las fronteras patrias para "tender un abrazo de solidaridad a los pueblos del mundo que se enfrentan a la explotación extranjera" (p. 23).

El antiimperialismo y democratismo radical de Bauer Paiz con el tiempo lo llevaría a las filas del movimiento revolucionario que empezaba a dibujarse en los años que escribió su obra. La consecuencia con ese ideario lo fue alejando de lo que fue quedando de los partidos que citó a propósito del programa revolucionario, y lo fue acercando hacia las posturas del partido que no

mencionó y en el cual nunca militó, el PGT. En el segundo lustro de los cincuenta dos intelectuales, Cardoza y Aragón y Díaz Rozzotto, llevaron su análisis más allá del punto hasta donde lo había dejado Bauer Paíz. A la radicalización antiimperialista se agregaba ahora otra de carácter distinto: la conclusión de que para transformar revolucionariamente a Guatemala no sólo no había que contar con la burguesía moderna sino luchar contra ella. En la obra que hemos citado innumerables veces páginas atrás, Cardoza y Aragón llegó a la conclusión de que uno de los errores de la revolución guatemalteca había sido ése precisamente. En la visión de Cardoza y Aragón, en la de Díaz Rozzotto, y en la del PGT del momento inmediatamente posterior a la contrarrevolución, la gesta revolucionaria había sido producto de una alianza de clases en la cual la burguesía nacional y/o moderna había encabezado la lucha que derrotó a los "grandes feudales". La alianza de éstos últimos con el imperialismo a su vez explicaba la contrarrevolución de 1954: "El meollo del problema, explicaba Cardoza y Aragón en 1955, se centra y se concentra en la incapacidad de la burguesía nacional -de la burguesía progresista- para dirigir una revolución democrática-burguesa, y aún una evolución, en la etapa actual del imperialismo." (1955, p. 11). Peor aún, la fuerza más consecuente con el proceso revolucionario, los comunistas del PGT, había caído en la ilusión de que la burguesía podía actuar en la línea doctrinaria y de lucha del proletariado lo que explicaba por qué la dirigencia comunista había tenido más "arbitrarismo que principios" (p. 13, 15); ésta se había dejado dirigir precisamente por un hombre que ya era parte de la gran burguesía algodonera (p. 187) en un momento en el que la burguesía estaba descompuesta en todo el mundo: angustiada por el viraje revolucionario mundial su oportunismo la llevaba a cambiar la independencia nacional por unos cuantos dólares (p. 149, 160).

Brillante y hermosamente escrito, el libro de Cardoza y Aragón agregó al radicalismo antiimperialista una idea más que el triunfo y desenvolvimiento de la revolución cubana a partir de 1959 habría de asentar en el firmamento de las ideas del movimiento revolucionario guatemalteco: la revolución debería ser dirigida por el proletariado guatemalteco aliado al campesinado y no debería confiar ciegamente en el apoyo de la burguesía, aunque ésta fuese modernizante y progresista. No tan explícito como Díaz Rozzotto en este punto, su crítica asentada en un análisis marxista de las clases sociales fundamentaba para el caso guatemalteco una conclusión que en abstracto, y muchas veces inconsecuentemente, se repetía en el movimiento comunista

latinoamericano. Pero unido a este planteamiento, o para decirlo con más precisión, derivado del mismo, Cardoza y Aragón se adentraba en la cuestión de las armas y la violencia revolucionaria como ya se ha visto en páginas anteriores.

El análisis de Díaz Rozzotto pisaba terrenos similares a los que se adentró Cardoza y Aragón, aun cuando observaba diferencias insoslayables. En la obra de Cardoza y Aragón el marxismo no aparece de manera doctrinaria, mientras que en el de Díaz Rozzotto el marxismo-leninismo de los comunistas es bastante notorio. En 1958 vemos al antaño Secretario General de la Presidencia y dirigente máximo de uno de los partidos de la pequeña burguesía revolucionaria, Redención Nacional, abrazándolo con notable conocimiento para la época. También el lector atento puede deducir de lo dicho en muchas páginas de su obra, que el autor es militante del PGT. Al decir de Cardoza inclusive había terminado un curso en la escuela superior de cuadros del PCUS (C/F, 2/98), versión que es corregida por Guerra Borges al afirmar que Díaz Rozzotto estuvo haciendo estudios de filosofía dentro del sistema universitario soviético (AGB/F, 6/99). El subtítulo del libro -tesis de doctorado en filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México- *El Carácter de la Revolución Guatemalteca* era revelador del sentido entero de su discurso filosófico político: "El Ocaso de la Revolución Democrática-Burguesa Corriente." En efecto, al igual que Cardoza y Aragón, desde la introducción advertía que "el hecho de que el conjunto del sistema mundial del imperialismo se encuentre maduro para la revolución socialista no significa que en todos los países esta revolución sea inminente". Al contrario, existían países en los cuales las supervivencias feudales obligaban a "revoluciones burguesas populares de tipo especial susceptibles de convertirse en revoluciones socialistas" puesto que la lucha antifeudal iba íntimamente unida a la lucha antiimperialista: la revolución democrática burguesa era por ello inoperante por sí sola. Todo lo anterior, unido a la distribución de las clases, la composición de las fuerzas motrices de la revolución hacían que la burguesía hubiese perdido la hegemonía de la revolución democrática burguesa. ésta ya le correspondía al proletariado (p. 19).

A partir de esta aseveración de carácter general, Díaz Rozzotto erguía su análisis de lo sucedido en los diez años de la revolución guatemalteca: el fracaso de ésta no era más que la manifestación en un caso específico de una tendencia mundial. El gran problema de la revolución guatemalteca había sido que en ella el liderato había sido de la "burguesía revolucionaria" y el que

la clase obrera confió en ella (p. 146), pese a que era ésta última la que empujaba hacia adelante la transformación política y social (p. 166). Pero la crítica de la revolución de Díaz Rozzotto iba mucho más allá de donde la dejó Cardoza y Aragón: mientras éste último no escatimaba elogios para el presidente Arévalo, Díaz Rozzotto se dedicaba a demoler el ciertamente vago e inconsistente discurso de aquél con respecto al "socialismo espiritual" (Cap. III); mientras el resto de los autores aquí mencionados destacaban las bondades de la Constitución de 1945, nuestro autor acometía concienzudamente la labor de resaltar las limitaciones burguesas de la misma (Cap. II). En esta crítica marxista a una Constitución burguesa, Díaz Rozzotto llegó a conclusiones novedosas o premonitorios aciertos, como lo revela su análisis de las "nacionalidades guatemaltecas" (los distintos grupos étnicos de origen maya), las cuales según él deberían regirse por la "autonomía regional" como lo estaban por la constitución de la Republica Popular de China (p.51)¹⁷.

En la crítica de Díaz Rozzotto había ya un distanciamiento con respecto a la revolución abortada. No se advertía como en los textos de Galich, Toriello o Bauer Paíz, aún en Cardoza y Aragón, una añoranza por lo perdido, sino más bien una urgencia por construir una nueva ~~revolución, aquella en la que el proletariado y su partido tendrían la dirección,~~ "Por todos lados que busquemos las grietas del Partido Guatemalteco del Trabajo durante su etapa de legalidad, nos saldrá al paso la influencia burguesa" (p. 180), la nueva revolución no sólo eliminaría tal influencia sino también contaría con la participación activa protagónica del campesinado, otra de las ausencias en la revolución burguesa (p. 215). La revolución de 1944 había opuesto a los grandes feudales aliados al imperialismo con una amplia gama de clases encabezada por la burguesía revolucionaria, democrática u "octubrista", pero en el propio campo de la burguesía existía un sector proimperialista (p. 236) que tenía contradicciones antagónicas con la "octubrista". Es el conjunto de todas estas contradicciones y vacilaciones, las que finalmente explican la renuncia de Arbenz. Criticando injustamente a Cardoza y Aragón -a quien imputa interpretar la renuncia de Arbenz solamente en el marco de la personalidad-, Díaz Rozzotto llegó a la conclusión de que la causa fundamental de la renuncia no radica en la personalidad de Arbenz, "Nosotros no podemos ver la

En una época en que el análisis marxista de Guatemala hipertrofiaba la cuestión de las clases e ignoraba la identidad étnica, o como lo hizo Cardoza y Aragón en la obra citada, se limitaba a exaltar el sufrimiento del indio guatemalteco, las páginas de Díaz Rozzotto dedicadas a la cuestión étnica tienen un verdadero carácter precursor.

renuncia como el resultado del personalismo, es, más bien, la culminación de un proceso político; no es un error exclusivo de Arbenz, sino la claudicación de una clase." (p. 289). La claudicación de la burguesía como clase revolucionaria, el ocaso de la revolución burguesa. En realidad Cardoza y Aragón había esbozado mínimamente la misma interpretación (he aquí por qué la injusticia antes mencionada): "Es muy simplista la explicación que se empeña en tirar por la borda sólo al presidente Arbenz y cargarle toda la culpa, sin tomar en cuenta los aspectos sociológicos generales" dirá para atenuar un tanto la severa crítica al derrocado presidente (1955, p. 192).

Que la burguesía guatemalteca no tenía ningún interés en ningún tipo de revolución era una conclusión acertada de parte de los que arribaron a ella. En el caso de Guatemala la fórmula de Moore "sin burguesía no hay democracia" era certera como lo hemos visto páginas atrás, pero había que complementarla: tampoco con ella la había... Por ello no resulta del todo exacto decir que la burguesía había traicionado a la revolución en el peor de los casos o vacilado fatalmente en el mejor de los mismos como aseveraba el PGT en el documento de "la magnesita", coincidiendo con los análisis de Cardoza y Aragón y Díaz Rozzotto. Buena parte de la conclusión certera partía de una premisa equívoca: la revolución guatemalteca había sido propiciada por la burguesía nacional, modernizante, democrática u "octubrista" como distintos textos y autores la llaman.

En realidad, como ya se empieza a fundamentar (Tischler, 1997), la burguesía guatemalteca por las razones apuntadas páginas atrás nunca apoyó a los gobiernos revolucionarios. La anécdota de Fortuny (F/F, 11/97) que retrata al gerente de la cervecería propiedad de la familia Castillo (a la sazón parte de la burguesía industrial más conspicua del país) y a un comerciante conocido, ambos felicitando al entonces secretario general del PGT por los resultados de la reforma agraria (sus empresas estaban boyantes por un aumento significativo de las ventas), pero al mismo tiempo negándose a extenderle a Arbenz de manera personal tal felicitación, tiene un inmenso valor sociológico. La burguesía industrial y comercial gozaba de los frutos de la revolución pero no se comprometía con ella. Más aún, la veía con los lentes del anticomunismo ultramontano que le había puesto la oligarquía.

Con la sencillez de quien constata un hecho más allá de esquemas doctrinarios, en el exordio escrito en 1994 para la edición facsimilar de *La Revolución Guatemalteca*, Bauer Paiz critica a Cardoza y Aragón en lo que es la piedra angular de su análisis: en realidad la revolución

fue dirigida por la pequeña burguesía en alianza con sectores obreros, campesinos, intelectuales y burgueses progresistas. Esta última categoría "burgueses progresistas" retrata lo que en realidad sucedió: fueron individualidades de la burguesía (los Fanjul, Bouscayrol, Brol, Toriello) los que apoyaron el proceso. No hubo en los partidos revolucionarios representantes de la burguesía guatemalteca agrega Bauer Paiz, por lo que nada justifica la aseveración de Cardoza y Aragón de que "la burguesía dominaba a todos los partidos". En efecto, como clase la burguesía fue enemiga de la revolución guatemalteca; fue la pequeña burguesía urbana (en gran medida intelectual) la que encabezó a todos los partidos del Frente Democrático Nacional (y en esto hay que incluir al PGT). Es precisamente este desplazamiento de la oligarquía por la pequeña burguesía lo que le dió al proceso la radicalidad que fue tomando y el carácter revolucionario que finalmente adquirió. Solamente en un sentido más general -el sentido de las transformaciones revolucionarias y sus frutos-, podría hablarse de un contenido burgués de la revolución iniciada en 1944. Lo curioso es que es éste equívoco una de las causas del menosprecio al proceso de 1944-1954 que hemos constatado páginas atrás en algunos analistas. El mismo equívoco que llevó a buena parte del movimiento revolucionario a disminuir en sus discursos y polémicas el trascendental significado de la revolución de 1944: el acontecimiento político y social más importante de la historia del siglo XX en Guatemala.

b. Hacia un Nuevo Tipo de Revolución.

"Nuestra lucha empieza" escribió Cardoza y Aragón en el último párrafo de *La Revolución Guatemalteca*. La frase anunciaba una nueva fase de acumulación de fuerzas para la revolución pero también, como se deducía de su crítica de la burguesía guatemalteca, un nuevo tipo de revolución. Escrito aún antes de que la cp del comité central del PGT difundiera "La Intervención Norteamericana en Guatemala y el Derrocamiento del Régimen Democrático" (CP/PGT, 1955) (el "*documento de la magnesita*"), el libro de Cardoza y Aragón mostraba fuertes coincidencias con el análisis autocrítico del PGT. En el prólogo el escritor guatemalteco relataba que estando ya en pruebas su obra había recibido el documento con la auto crítica mencionada (p. 12). En efecto, aún antes de que empezara a distribuirse se lo había dado en sus propias manos quien fuera su principal redactor, Alfredo Guerra Borges (AGB/F, 11/97), el talentoso y joven dirigente comunista, reputado

entre sus compañeros como "el principal escritor político del partido" (F/F, 11/97). La autocrítica del PGT de 1955 acaso fue la fuente principal de inspiración de Díaz Rozzotto y curiosamente como veremos en el próximo capítulo, aún cuando sus premisas y conclusiones habían sido semiolvidadas por sus propios suscriptores en una fecha tan cercana como 1958, las mismas marcaron el derrotero ideológico del PGT desde el inicio de la década de los sesenta.

La autocrítica del PGT fue parte de un proceso de reflexión que se inició poco después del derrocamiento de Arbenz. Según recuerda José Alberto Cardoza (C/F, 8/97), en el México de 1954 se encontraban además de los primeros miembros del comité central del PGT que arribaron exiliados, otros dirigentes comunistas latinoamericanos. Los hermanos Machado de Venezuela, entre ellos Gustavo el principal dirigente comunista de Venezuela, los cubanos que venían también huyendo de Guatemala, Severo Aguirre del Cristo y José Morera, pero también Joaquín Ordoqui, Lázaro Peña y Ladislao González Carvajal exiliados por el batistato; los mexicanos Dionisio Encina, Concepción Pérez y Juan Pablo Sáenz (el primero de ellos en aquel momento secretario general del PCM). Fue este grupo de personas, el cual de manera informal y a instancias de Encinas comenzó a reunirse para evaluar la derrota. La situación del PGT era bastante incómoda entre los demás partidos latinoamericanos, tanto Cardoza como Guerra Borges y Fortuny (C/F, 8/97; GB/F, 9/97; F/F, 11/97) recuerdan que el partido guatemalteco era visto con menosprecio pues lo responsabilizaban en gran medida por la derrota. Fue en ese contexto en el cual algunos de los mencionados realizaron una reunión de evaluación de manera extraoficial (C/F, 8/97). Al individualizar las responsabilidades Fortuny resultaba, en sus propias palabras, el más satanizado. No solamente había redactado la renuncia de Arbenz sin la autorización de su partido, sino había dejado la responsabilidad de secretario general del mismo poco antes de la derrota, lo cual resultaba algo impensable de acuerdo a los cánones de la época. No fue extraño que sus compañeros latinoamericanos, especialmente Ordoqui, se hubiesen ensañando con el ex secretario general (C/F, 8/97) ¹⁸. Pero además de Fortuny, quien recibía las mayores críticas era *Alejandro*, seudónimo de Severo Aguirre, quien había sido la eminencia gris del PGT durante buena parte del período de

¹⁸ Ordoqui terminó sus días en la desgracia política. Después del triunfo de la revolución cubana fue acusado de mantener relaciones impropias con agentes del batistato en México (F/F, 11/97; OEP/F, 2/98; C/F, 10/97). Siendo ya un anticomunista a ultranza, el antaño miembro de la cp del PGT, Carlos Manuel

Arbenz. Cuadro destacado del Partido Socialista Popular (el partido comunista cubano), un partido considerado como paradigma por los bisoños dirigentes del PGT, la autoridad moral de Severo Aguirre fue muy grande en todo el tiempo en que discretamente vivió en Guatemala¹⁹. "Si hubiese habido alguna controversia entre Severo y yo, el secretario general del PGT, mis compañeros de partido sin duda lo hubieran apoyado a él" recordaba Fortuny 43 años más tarde (F/F, 11/97).

Alfredo Guerra Borges finalmente arribó a México en mayo de 1955, después de un largo periplo que incluyó un hostil recibimiento en Panamá, Lima y en el Chile que gobernaba el presidente Ibañez, una invitación a comer en la casa presidencial en Quito con un amistoso y solidario presidente Velasco Ibarra. Para ese momento ya se encontraban allí otros dirigentes del PGT entre ellos Víctor Manuel Gutiérrez, José Alberto Cardoza y Mario Silva Jonama quien clandestinamente había ingresado a México para reponer su salud. Entre mayo y junio de 1955, Guerra Borges, Silva Jonama y Severo Aguirre prepararon el documento de autocrítica y lo discutieron con los otros miembros de la cp en un taller de aparatos ortopédicos -allí trabajaba el poeta y miembro del PGT Rafael Sosa-, situado en la calle de Medellín de la ciudad de México. Fortuny participó marginalmente pues se encontraba separado de sus funciones de dirección merced a la sanción de que había sido objeto en medio de la complejidad de los acontecimientos ocurridos un año antes. El clima político de la derrota explica el contenido del documento, recordó Guerra Borges más de cuatro décadas después, "a excepción de Silva Jonama, varios de nosotros pensábamos que si hubiésemos resistido la intervención hubiese sido derrotada y habríamos podido instalar un gobierno más amplio y democrático, con un mayor peso político de la clase obrera. ¡puros sueños!". Severo Aguirre puso énfasis en las responsabilidades de Arbenz y en la discusión

Pellecer, escribió una novela, *Útiles Después de Muertos*, en la que presenta a Ordoqui y a su esposa Edith como víctimas de una intriga de carácter personal.

* Su discreción fue tan grande que pudo salir del país junto a su esposa haciendo uso del aeropuerto de Guatemala. Severo Aguirre del Cristo llegó a ser al triunfo de la revolución cubana, un destacado dirigente de la misma, como lo revela el que haya sido embajador ante la Unión Soviética. En 1989 presidía la Asamblea Nacional Popular y era miembro del Consejo de Estado. Es por ello que es posible encontrar su rastro pues en calidad de miembro de dicho Consejo, aparece razonando su voto a favor del fusilamiento de Arnoldo Ochoa, Antonio de la Guardia, Jorge Martínez y Amado Padrón en el libro que contiene buena parte de las minutas del juicio que por narcotráfico y corrupción se les siguió a esos dirigentes y a otros miembros del Ministerio del Interior de Cuba. Murió en la década de los noventa. Véase *s/a*, *Indicacion de Cuba*. Editora Política. La Habana 1989.

Cardoza recalcó en el error del partido de haber confiado en "un miembro de la burguesía como era el presidente" (GB/F,9/97).

La declaración no tenía una línea dedicada a la *insurrección armada* o a lo que después sería llamada la *guerra popular revolucionaria*. Por lo tanto, no era en rigor un documento de línea militar revolucionaria; pero la enumeración de lo que la comisión política del PGT llamaba "las enseñanzas que ha dejado el derrocamiento del régimen democrático", perfilaban una vía y un programa de la revolución que sólo eran posibles a través de una ruptura violenta del orden establecido. Más aun cuando el programa revolucionario que se dibujaba se tendría que impulsar en lucha contra una dictadura dirigida por anticomunistas. En efecto, el PGT llegaba en el *documento de la magnesita* a conclusiones en las que era posible deducir que la vía de la revolución pasaba por la ruptura del orden establecido, el desplazamiento de las clases en el poder y la abolición del tipo de Estado frente al cual se enfrentaban la izquierda revolucionaria y las clases populares. Es decir, todos ellos hechos políticos posibles, a través de una revolución en la que la violencia era ineludible.

La primera enseñanza de la derrota, según la cp, era que la clase obrera, en alianza con el campesinado, y no la burguesía, era la clase dirigente en la lucha por la liberación nacional, la cual se concretaba en una *revolución democrática, antifeudal y antiimperialista*. La segunda enseñanza consistía en que para el éxito de tal revolución era necesaria la formación de un gobierno de nuevo tipo, un gobierno de "liberación nacional integrado por la clase obrera, los campesinos, la pequeña burguesía y la burguesía nacional, es decir, la burguesía que no está aliada al imperialismo". La tercera enseñanza que había que tener en cuenta es que una revolución que perseguía el bienestar popular y la ampliación y el fortalecimiento de la democracia tendría que minar las bases económicas del poder reaccionario, lo cual implicaba la eliminación de la dominación de los monopolios y la realización de una *revolución agraria antifeudal*. La cuarta enseñanza era relativa a la Constitución de la república y a las libertades democráticas: la Constitución de 1945 había amarrado las manos de las fuerzas democráticas para realizar transformaciones sociales y para reprimir a los enemigos de la revolución de 1944, por lo que la futura revolución solamente podría ser garantizada a través de una *dictadura revolucionaria democrática* de las fuerzas populares y progresistas. La quinta enseñanza era relativa al ejército: la traición del ejército al proceso

revolucionaria de 1944-1954 demostraba que la *dictadura democrática revolucionaria* solo sería posible si se transformaba al ejército y se le acompañaba del pueblo en armas, a través de las milicias populares y los destacamentos obreros y campesinos. La sexta enseñanza se refería a la solidaridad internacional y a la Organización de las Naciones Unidas. Tanto la ONU como la OEA habían demostrado en la coyuntura contrarrevolucionaria, ser organismos en manos del imperialismo. Solamente la solidaridad de los pueblos en contra del imperialismo, de la Unión Soviética y del campo socialista eran confiables. Finalmente, la última enseñanza era referida a la unidad de las fuerzas democráticas y revolucionarias, base indispensable para el triunfo de la lucha antifeudal y antiimperialista del pueblo guatemalteco (CP/PGT, 1955, pp.36-43).

La autocrítica que se deducía de tales enseñanzas era clara: el PGT había confiado demasiado en una burguesía nacional que al final había capitulado ante el imperialismo, no había sido lo suficientemente enérgico denunciando la traición de la alta oficialidad del ejército, ni en relación a la distribución de las armas a los sectores populares para defender a la revolución, ni tampoco en propiciar una ruptura de los oficiales leales con los traidores, no había sido enjundioso ~~en propalar su propio programa de clase por temor a caer en provocaciones, no había trabajado lo~~ suficiente como para poder construir de manera sólida la alianza obrera-campesina, había descuidado su trabajo ideológico (Ibid., pp. 30-46).

Resulta obvio, aunque en el documento citado no se haga explícito, que lo que se llamó "la vía violenta de la revolución" era posible de ser deducida de la autocrítica del PGT y de las enseñanzas que ellos habían extraído de la contrarrevolución. Una revolución antifeudal y antiimperialista, que instaurara un nuevo tipo de gobierno en el que el proletariado era la clase hegemónica, que se constituiría en una dictadura democrática revolucionaria y que reestructuraría al ejército y lo acompañaría de milicias populares no era posible hacerlo por la vía electoral. Sobre todo, insistamos en este punto, porque el Estado al que los revolucionarios se enfrentaban era una dictadura que ya se perfilaba como militar.

La conclusión es ya un lugar común en la izquierda guatemalteca: fue el derrocamiento de Arbenz y la instauración de un régimen dictatorial lo que sembró la violenta tempestad de cuatro décadas en Guatemala.

5. Conclusiones tentativas sobre una polémica inconclusa.

En el libro que ya hemos citado, Bauer Paiz hizo un balance inicial de los dos primeros años de gobierno contrarrevolucionario. Acusaba recibo y transcribía un informe que le había enviado el Frente Universitario Democrático, o lo que de él quedaba en la clandestinidad. El FUD denunciaba una feroz persecución de los dirigentes políticos y populares, la búsqueda de asilo de la mayor parte de la dirigencia estudiantil, la captura y el encarcelamiento de aproximadamente 20 mil personas al extremo de que se habían tenido que habilitar casas particulares para que sirvieran de prisiones, la disolución de organismos culturales como la escuela de bellas artes y el ballet nacional, la anulación en la práctica de la autonomía universitaria (1956, pp. 372-374). Fuera preciso o exagerado el informe del FUD, un hecho resulta indiscutible: la contrarrevolución fue un acto de violencia política de grandes magnitudes. La cancelación a través de la violencia, de un proceso político que además de contenido revolucionario tenía carácter democrático se convirtió así en una de las bases legitimadoras para la violencia que tenía propósitos revolucionarios. He aquí el primer punto de una polémica que se observó entre derecha e izquierda guatemalteca durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX: ¿Quién y cuando comenzó la violencia política contemporánea en Guatemala? La derecha responderá que fue en 1949 cuando el coronel Arana fue asesinado en el puente de La Gloria. La izquierda responderá a su vez, con mayor fundamento, que fue la ruptura violenta de la democracia en 1954 la que destapó la caja de Pandora. El homicidio premeditado o accidental (acaso nunca se sepa la verdad) en el momento de la captura de un coronel que ya estaba encabezando un golpe de carácter reaccionario, no es equiparable a un hecho que ocasionó la muerte de miles de personas, el encarcelamiento de muchos miles más y lo más importante, la instauración de una dictadura que en lugar de atenuarse se fue militarizando aún más e incrementando su carácter represivo.

Las otras polémicas tienen que ver con la propia historia de la izquierda. ¿Fue posible en 1954 derrotar a la intervención norteamericana o el régimen de Arbenz caminó a su destino fatal como el héroe de las tragedias griegas? Si el problema se plantea en relación al puñado de mercenarios que penetraron al país por la frontera hondureña el problema es de fácil solución: la derrota de la contrarrevolución hubiese sido relativamente fácil. Pero si como hemos visto páginas

atrás, el problema involucraba un enfrentamiento con las fuerzas armadas, y éstas ya estaban minadas moralmente por el imperio quien a su vez estaba decidido a aplastar a un enemigo notablemente inferior, acaso también la respuesta sea de fácil resolución. Esgrimir el ejemplo de Cuba después de 1959 no es plausible, puesto que la revolución cubana al igual que la nicaraguense tenía resuelta desde el principio el problema de las fuerzas armadas.

¿Era realista la caracterización de la revolución que el PGT elaboró y difundió en 1955? Si el problema estriba en el rol de la burguesía en el contexto de una revolución, la historia misma nos ofrece una fácil respuesta. La burguesía guatemalteca -hablamos de aquella que por su modernidad se diferenciaba de la oligarquía-, como clase nunca se entusiasmó por una revolución que buscaba desarrollar el capitalismo por medios democráticos y con justicia social. Menos lo iba a hacer con una revolución que intentaría modernizar al capitalismo guatemalteco con la perspectiva, así fuera lejana, del socialismo en el horizonte. De los miembros del comité central que conocieron el "documento de la magnesita" fue Fortuny el que hizo objeciones en relación a la visualización de la burguesía: ni había apoyado como clase a la revolución y definitivamente sería rotunda enemiga de la transformación social que planteaba el PGT. Toda esta crítica a la burguesía venía, según lo recuerda más de cuatro décadas después, de la crítica que hizo Stalin a las burguesías en el contexto del XIX Congreso del PCUS (F/F, 4/98). Arbenz mismo se sintió lastimado por el análisis del PGT; en lo individual se le imputaban las vacilaciones que llevaron a la derrota, en lo social era colocado como representante de una clase que "había traicionado a la revolución" (F/F, 11/97).

Si el problema radica en que la revolución antiimperialista, agraria y popular era la única alternativa a la situación que creó la contrarrevolución, el problema se vuelve más complejo. Un dirigente comunista como Cardoza, posteriormente vinculado estrechamente a la línea de la lucha armada, ha recordado décadas después las vacilaciones que sintió en el momento en que se discutía y aprobaba la autocrítica de 1955, "No estuve de acuerdo en que la única salida para el pueblo guatemalteco para disfrutar de sus libertades y derechos era la revolución. Veía esa solución como algo muy lejano" (C/F, 8/97). Las vacilaciones de Cardoza no era gratuitas, los caminos que escogen los seres humanos en su actuación política y social no necesariamente están determinados de manera fatal, sino también son el fruto de opciones. He aquí el sentido sociológico de lo que Barrington Moore (1996) ha llamado "las posibilidades suprimidas". ¿Que hubiese sucedido si el

movimiento revolucionario en los sesenta hubiese podido optar por una salida democrática en lugar de encaminarse por la senda revolucionaria?

La pregunta puede parecer herética pero desde el punto de vista sociológico resulta válida. Aún cuando la respuesta definitiva, permanezca siempre en la oscuridad.

CAPÍTULO TERCERO

VIOLENCIA REACCIONARIA, VIOLENCIA REVOLUCIONARIA.

Hacer hincapié en los horrores de la violencia revolucionaria olvidando la de los tiempos "normales" es pura hipocresía partidista.

Equiparar la violencia de quienes resisten a la opresión con la violencia de los opresores es ya no poco engañoso.

Barrington Moore. Los Orígenes Sociales de la Dictadura y la Democracia.

1. Introducción.

En los primeros meses de 1960, según recuerda José Alberto Cardoza, la secretaria de organización del PGT estimaba en 600 el número de sus miembros en todo el país (C/F, 8/97). No era mucho, si tal cifra se contrastaba con los varios miles que los comunistas contabilizaban en los últimos días del régimen de Arbenz. Era una cantidad significativa, si tal número se contextualizaba con las circunstancias represivas en las que vivía la izquierda marxista guatemalteca. Entre 1954 y 1960 el PGT había tenido que habituarse a vivir en la clandestinidad, enfrentándose a un régimen que hacia del anticomunismo radical la razón principal de su definición y que no vacilaba en declarar su adhesión a la violencia si de reprimir comunistas se trataba. "Somos el partido de la violencia organizada" había declarado Mario Sandoval Alarcón, el principal dirigente de los *liberacionistas* organizados en el partido Movimiento Democrático Nacionalista (MDN), después convertido en el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), el poderoso partido

ultraderechista en las décadas siguientes. Que tal declaración no era una simple balandronada, lo mostraba el que la misma había sido hecha en el contexto de la represión sangrienta de la manifestación estudiantil de junio de 1956, la que había dejado un saldo de tres estudiantes asesinados (Alvarado, 1994, p. 37). El clima represivo había tenido continuidad, salvo relativos recesos como el observado en los primeros meses del gobierno de Miguel Ydígoras Fuentes (1958-1963) que no desvirtuaban el carácter autoritario que había adquirido el Estado desde 1954. En ese ambiente represivo, el PGT celebró en la clandestinidad su III congreso entre el 20 y 22 de mayo de 1960 (Ibid., p. 43). La celebración del III congreso recuerda Guerra Borges, fue expresión de un gran logro reorganizativo (GB/F, 9/97); del mismo escribiría Huberto Alvarado, después secretario general, que se había celebrado “cuando el PGT estaba reconstruido en lo fundamental” (p. 44). El congreso aprobó entre otras resoluciones una que tenía que ver con el uso de la violencia revolucionaria: el partido, planteaba la resolución, “estaría en disposición de utilizar cualquier forma de lucha en consonancia con la situación concreta”. En tanto que las clases reaccionarias estaban aorillando al pueblo hacia la violencia, sobre tales sectores recaería “toda la responsabilidad de la violencia en los casos en que el pueblo se ve obligado a hacer uso de ella para abrirle paso a la revolución”; el partido debería adoptar medidas concretas para estar preparado en lo fundamental para tomar parte en la lucha. “cualesquiera que sean las formas que ésta adopte” (Ibid.).

La resolución mencionada estaba expresada en términos muy generales y acaso declarativos. En realidad el III congreso, recuerda Guerra Borges, no implicaba una ruptura con todo lo que se venía elaborando como línea política desde unos años atrás. “Si alguna mención hay con respecto a las diversas formas de lucha, eran frases, satisfacciones a los que tenían planteamientos armados” (GB/F, 9/97). En realidad, agrega Oscar Edmundo Palma a la sazón miembro del comité central, al referirse a la línea de las distintas formas de lucha aprobada por el congreso: “muchos compañeros se emocionaron con lo sucedido en Cuba. otros tenían dudas pero no las expresaban, se empezó a observar una especie de mimetismo, de doble discurso, es decir declarar un discurso en el que no creían” (OEP/E, 2/98). Es probable que una parte del PGT haya tenido esta actitud, pero no hay que olvidar que otra parte, sobre todo la gran mayoría de la Juventud Patriótica del Trabajo ya

empezaba a tomar en serio la posibilidad de la lucha armada como consecuencia del ejemplo cubano. No era lo mismo hablar de lucha armada antes o después de enero de 1959.

Si en una parte del partido las referencias del III congreso “a las distintas formas de lucha” fueron asimiladas de manera declarativa, en la Unión Soviética dicha resolución (después calificada de tímida por el PGT y por sus críticos) fue tomada en serio y con preocupación. Poco tiempo después del congreso, José Alberto Cardoza salió para Moscú en un viaje para resolver problemas de salud pero que se aprovechó para darle la comisión de informar al PCUS los resultados del mismo. Esta misión incluía el entregar a la dirigencia soviética una copia del informe aprobado, misión que Cardoza cumplió cabalmente. Después de varias semanas de espera, de manera inesperada fue abordado por el legendario Luis Carlos Prestes, en el comedor del hotel donde de manera protocolaria se hospedaban las dirigencias comunistas visitantes. El *Caballero de la Esperanza*, el comunista y militar que se había visto involucrado en luchas armadas en su natal Brasil le pedía una entrevista. Para Cardoza aquello era un honor que ni imaginaba. “Puede ser en tu habitación o en la mía” le dijo un interesadísimo Prestes. En la entrevista posterior el dirigente del PGT advirtió desde el principio el motivo de su interés: de manera indebida tenía en sus manos el informe que el primero había entregado a los soviéticos. El dirigente brasileño comenzó su discurso felicitando al PGT, por la realización de una actividad, “extraordinaria en las circunstancias de clandestinidad”, la cual implicaba que el partido se había reorganizado después de la derrota; inmediatamente después comenzó a expresar lo que era su preocupación: “la línea que ustedes aprobaron lo mismo sirve para impulsar la lucha armada que para impulsar una que no lo sea, y yo preferiría que fuera esta segunda opción”.

Como hombre que había tenido una no desdeñable experiencia en lucha armada, Prestes aseveraba que ésta no era imposible pero que necesitaba de muchas condiciones que no estaba seguro existieran en Guatemala : “ustedes viven en un país pequeño, con una clase obrera también pequeña, un país campesino poco politizado. Deben pensarlo mejor y llegar a otras conclusiones. Esta es una opinión de alguien que de la lucha armada conoce bastante y te pido que se la transmitas a los compañeros”. La opinión de Prestes no estaba

aislada; más aún, el analista puede conjeturar que el dirigente brasileño podría haber sido un enviado de la dirigencia soviética, porque pocos días después el referente del PCUS para Guatemala, el capitán del ejército soviético y héroe de la segunda guerra mundial, Vladimir Tijmenev¹, llevó a Cardoza a una entrevista con Boris Ponomariov, miembro del secretariado del PCUS y miembro suplente de su comité central. Con Tijmenev como traductor, Ponomariov expresó a Cardoza de una manera diplomática la misma preocupación, hablándole de la situación cubana. “Cuba se había adelantado a sus propias condiciones reales, dijo Ponomariov, y ahora tendría que enfrentar las consecuencias y la URSS también pues no la podemos dejar sola”. Es muy probable que se refiriera al apoyo político y económico que la Unión Soviética tendría que dar a Cuba en el contexto de su enfrentamiento con los Estados Unidos. Después Tijmenev le expresó a Cardoza de manera franca, acaso brutalmente, lo que de manera sutil Ponomariov le había expresado a Cardoza: “el experimento de ustedes puede fracasar, el PCUS no apoya esa experiencia que nace del entusiasmo que está provocando la revolución cubana. Guatemala no tiene las condiciones que el marxismo-leninismo estipula para hacer triunfar una revolución socialista la lucha armada y además esa lucha va a tener un costo económico que la Unión Soviética no está en capacidad de cubrir, sobre todo si llega a triunfar la revolución” (C/F, 10/97).

Contrariamente a lo que difundía el mito ultraderechista del “oro rojo de Moscú”, los datos que puede recabar el investigador ofrecen una visión opuesta. La Unión Soviética, a diferencia de Cuba, no vio con entusiasmo la proliferación de la idea de la lucha armada en América Latina. Al parecer desde septiembre de 1963, cuando se publicó el artículo “La guerra de guerrillas: un método”, los soviéticos consideraban a su autor, Ernesto *Che* Guevara, como un “ultrarrevolucionario que raya en el aventurerismo” (Castañeda, 1997, pp. 296-298). Podría esto deberse a que su visión era la de la gran potencia absorta en su desarrollo interno y el del llamado campo socialista y en su disputa con occidente y principalmente los Estados Unidos. Oscar Edmundo Palma, representante

¹ En su biografía del Che Guevara, Castañeda menciona a Tijmenev (Tikhmenev) cumpliendo funciones de traductor con motivo de la visita de Mikoyan en La Habana. Tales entrevistas en las que los interlocutores de Mikoyan eran entre otros Fidel Castro y el Che Guevara, se producían en el ambiente tenso que en noviembre de 1962 se vivía con motivo del retiro de los misiles soviéticos en el contexto de la crisis de octubre. (Castañeda, 1997, p. 290).

del PGT en La Habana en la segunda mitad de los sesenta, concluye con respecto a este punto: “Los soviéticos apoyaban la lucha armada en función de su enfrentamiento con los Estados Unidos, y se oponían a ciertas formas de ésta cuando eso podía afectar sus relaciones con dicho país. En sus mensajes públicos siempre saludaron al “aguerrido PGT” pero en las reuniones de alto nivel su principal preocupación no era la lucha armada sino que no asumieramos una posición prochina. Para lograr eso estaban dispuestos a apoyar declarativamente la línea de la lucha armada del PGT” (OEP/F, 2/98).

Será ésta una de las soledades del PGT en buena parte de las décadas siguientes: remando a contracorriente de la postura de la URSS y de no pocos partidos comunistas de América Latina y Europa, y contando con la distancia de los cubanos, quienes confían más en los exponentes de la corriente que su ejemplo ha hecho nacer.

2. Años de liberación y de resurrección .

En julio de 1954 los *liberacionistas* tenían en sus manos un triunfo de grandes proporciones. Agitando la bandera del anticomunismo y el catolicismo habían logrado convocar a un sector importante de la población. Para el analista que revisa documentos, libros o periódicos de la época resulta interesante ver como la invasión no contó con un significativo respaldo popular, pero el triunfo reaccionario sí logró llevar masas a la plaza central de la capital de la república. Al evocar su juventud como parte de la resistencia contra el régimen contrarrevolucionario, García Laguardia afirma “el gobierno *liberacionista* no estaba desgastado, por el contrario tenía una gran apoyo popular. La manifestación más grande que yo he visto en mi vida fue el recibimiento a Castillo Armas” (GL/F, 3/98). “En el PGT nos preguntamos la razón de este hecho, dice Cardoza, y algunos concluimos que en esas concentraciones había simpatías reales pero también miedo a la represión” (C/F, 4/98).

En una visión retrospectiva la lucha contra el gobierno revolucionario de Arbenz², el jefe de las fuerzas anticomunistas, coronel Carlos Castillo Armas, recordaba que en la conspiración de 1950 -que casi lo llevó a la muerte, lo puso en la cárcel y le valió el exilio-, el anticomunismo había logrado organizar en un “sistema secreto celular empleado por los

² Carlos Castillo Armas, *Origen de mi lucha en la oposición* en Hurtado Aguilar, 1956, pp. 9-20.

mismos comunistas”, a unas 10 mil personas en la ciudad de Guatemala y sus alrededores y a otras 20 mil en el resto de la república (p.10). Las cifras resultan dudosas puesto que en 1956, pese al apoyo financiero estadounidense, los propios *liberacionistas* aceptaban que los invasores de 1954 no llegaban a 300 (Ibid., p. 181), de los cuales la mitad serían instructores que ingresarían al país clandestinamente en el momento oportuno “para guiar a los millares de guatemaltecos que se levantarían en armas tan pronto como las fuerzas de choque (la otra mitad de los 300 hombres) invadieran el territorio nacional” (pp. 181-184). La constatación de los hechos, ya lo vimos en el capítulo anterior, evidencia que no hubo tales millares de levantados en armas.

Lo que sí hubo fue una disputa por el apoyo de masas, que acaso haya tenido su efecto más significativo en el terreno verbal y en el simbólico. El anticomunismo tenía que buscar tal apoyo para vencer a los comunistas (dicho sea de paso para los *liberacionistas* el comunismo abarcaba a todos los partidos revolucionarios y simpatizantes del régimen arbenquista, para una muestra véase Hurtado Aguilar, 1956), tenía que adoptar su mismo “sistema secreto celular”, y usar palabras que siempre estuvieron asociadas a movimientos revolucionarios o de carácter progresivo. Así fue que la conspiración anticomunista se autodenominó “Movimiento de Liberación Nacional” desde que fue fundada en mayo de 1954 (Ibid., p. 19) y su jefe supremo, además del mando terrenal de Castillo Armas, fue una imagen religiosa de gran veneración en casi toda mesoamérica: el Cristo negro de Esquipulas, que tiene el color de piel de los indios y de los pobres. En el terreno de las palabras y de los símbolos, el *liberacionismo* tuvo un gran triunfo; durante el resto del siglo XX al menos, *liberación* y *liberacionista* no tendrán para los guatemaltecos el contenido libertario y progresivo de otras partes, sino serán palabras en patrimonio de la derecha; y el Cristo de Esquipulas, cuyo color de piel no es el mismo del que tenía la inmensa mayoría de la oligarquía guatemalteca, estará también vinculado al anticomunismo. El triunfalismo *liberacionista* llegó al extremo de decretar (Decreto No. 5), aún antes de la caída del presidente Arbenz, el cambio de la bandera nacional. Esta llevaría los colores alusivos al lema Dios, Patria, Libertad (azul, blanco y rojo) mientras que el escudo nacional sería un quetzal volando entre laureles y el lema antes mencionado (Hurtado Aguilar, 1956, pp.

254-255). Exceso que motivaría la protesta de la embajada francesa y que fue metido discretamente en el cajón del olvido.

a. Los dilemas de la liberación.

Para triunfar, el retórico *Plan de Tegucigalpa* había sido suficiente. Para gobernar los *liberacionistas* tendrían que ir mucho más allá. Su victoria no se había dado en el contexto del *Estado Oligárquico* que ya hemos descrito en el capítulo anterior. En diez años de revolución la sociedad civil se había politizado aceleradamente por lo que cualquier gobierno tendría que ser más audaz y agresivo en el aspecto propositivo para poder contar con un sólido respaldo popular. La religión católica y el anticomunismo, poderosos movilizadores en los primeros días del triunfo, serían insuficientes conforme el tiempo pasara. El dilema general de la *liberación* podría sintetizarse en una gran pregunta ¿Cómo absorber lo *popular*, es decir las demandas de los oprimidos y expoliados que habían sido las banderas estimuladas y satisfechas por una revolución social? Sobre todo, ¿cómo hacerlo en el contexto de un programa anticomunista que reflejaba el ultraconservadurismo de la oligarquía guatemalteca? Hemos visto ya en el capítulo anterior cómo dos analistas norteamericanos, acaso tenían que ser extranjeros para plantearse el problema, habían avizorado la necesidad de no volver a la “intransigencia ubiquista”. Pero los planteamientos de Schneider, y sobre todo de James, eran demasiado avanzados para lo que podía dar el pensamiento del oscurantismo reaccionario guatemalteco. Si el analista revisa una fuente valiosísima para el estudio de la *liberación*, la recopilación que realizó Luis Alberto Hurtado Aguilar (1956) y que lleva el título de *Así se Gestó la Liberación*, podrá constatar la pobreza ideológica del movimiento reaccionario: se define en términos de negación (anticomunismo), sus argumentos para postularse como alternativa legítima para Guatemala se asientan no en lo que ofrecen, sino en el alegato acerca de lo “diabólico” del comunismo. El programa reaccionario, aprobado en diciembre de 1953, y que lleva el nombre de *Plan de Tegucigalpa*, revela esas grandes limitaciones. Aprisionado por el ultraconservadurismo de las fuerzas que lo postulan, pero aguijoneado por las urgencias propositivas, el *Plan de Tegucigalpa* es en gran medida retórica. Propone a Guatemala tres símbolos (Dios, Patria, Libertad) y tres aspiraciones (Verdad, Justicia, Trabajo) cuya

argumentación consume aproximadamente una cuarta parte del documento, y en la cual el investigador puede encontrar frases que a fines del siglo XX resultan anecdóticas (“Característica del comunismo, manifestante diabólico, es la mentira”, Hurtado Aguilar, 1956, p. 320). Su propuesta de “bases para la nacionalidad guatemalteca” sería hoy calificada de racista y etnocida: se sustenta en que existen rasgos culturales negativos en los indios que hay que sustituir por lo occidental de manera paulatina, para lograr aunar “ambas tendencias” de tal manera que lo “indígena y lo europeo” se complementen (p. 324). En el fondo es la vieja idea oligárquica de que lo mejor que se puede hacer por los indios es que dejen de serlo (indígenas y ladinos “se fusionarán para integrar la nacionalidad y salvar a la Patria”, *ibid.*). El programa social se reduce a erradicar el alcoholismo, la desnutrición, la indigencia, la erosión y resolver el problema de la vivienda. Pero como tales propósitos no se ven acompañados de propuestas concretas la erradicación de tales males se queda en una fraseología lamentativa. La causa principal del analfabetismo es “el número abrumador de indígenas” (p. 330), el sindicalismo puede permitirse pero con la condición de su “apoliticidad absoluta” (p. 334), para la propiedad privada nacional o extranjera “protección y garantías plenas” (sin mencionar obligación o función social alguna) (p. 333), el ejército deberá ser centinela contra “los enemigos de la nacionalidad” y el “comunismo internacional” su enemigo número uno (p. 335). Agréguese a lo anterior algunos lugares comunes acerca de la democracia y en lo esencial el *Plan de Tegucigalpa* terminará de ser reseñado.

En lo que se refiere a la democracia, el anticomunismo hacía entrar a los *liberacionistas* en un callejón sin salida que fue una de las fuentes de su desgaste político en los siguientes tres años. Si se revisan las distintas fuentes anticomunistas por ejemplo *Así se Gestó la Liberación* o *El libro Negro del Comunismo en Guatemala* o bien los libros de sus intelectuales orgánicos, Najera Farfán y Del Valle Matheu, se podrá ver que la coincidencia es proponer como alternativa al comunismo la democracia representativa. En una apología de Castillo Armas escrita después de su asesinato. Najera Farfán recuerda al *caudillo* (la analogía anticomunista con Franco es obvia) diciendo: “Nosotros nos vimos frente a dos caminos: la dictadura o la democracia... El segundo camino era más difícil. Históricamente el más oneroso. A sabiendas de estos inconvenientes, adopté la solución de

un gobierno democrático. Mi lucha ha tenido por bandera la restauración de la libertad en todos los órdenes.” (Nájera Farfán, 1958, p. 58). Sinceridades o demagogias aparte, el problema estribaba en que el pensamiento anticomunista -que se definía de manera paranoica en función de un enemigo que podía estar en cualquier lado sin que sus adversarios pudiesen darse cuenta-, tenía una concepción muy amplia y flexible sobre quien podría ser considerado comunista.

Basta revisar las listas elaboradas por los *liberacionistas* para concluir que éstos últimos incluían en las mismas a muchísimas personas que no eran comunistas, pero que eran considerados como tales por la sencilla razón de que no eran anticomunistas. El planteamiento del dirigente del MDN, Mario Sandoval Alarcón, era simple y brutal: “Con la *liberación*, o contra ella” (Villagrán, 1994, p. 286). De esa visión maniquea nació la paranoica taxonomía anticomunista que agregaba entre los enemigos, además de los comunistas, a los “filocomunistas”, los “criptocomunistas”, los “procomunistas” y finalmente a los “tontos útiles” (ibid., pp. 194, 283). Como agudamente la califica Villagrán Kramer (p. 207) se trataba de construir una “atarraya punitiva” en la que, conclusión obligada, caerían *peces* de los más diversos colores. Así, comunistas o influenciados por éstos, serían los cadetes que se rebelaron el 2 de agosto de 1954 exigiendo el licenciamiento de las huestes *liberacionistas* (ibid., pp. 229, 231; Gobierno de Guatemala, 1955, p. 8)). comunistas también fueron los estudiantes que se enfrentaron con la policía y el ejército el 25 de junio de 1956 en una marcha contra la dictadura *liberacionista* (pp. 288-289), comunista también resultó ser en esos mismos días el ex-ministro de educación de Arbenz, el muy querido mentor Mardoqueo García Asturias, razón por la cual fue vapuleado y expulsado a Honduras (Palma, 1996, p. 42). Finalmente comunistas resultaron ser los dirigentes del Partido Revolucionario que quisieron participar en las elecciones de octubre de 1957, para elegir al sucesor de Castillo Armas, razón por la cual el Tribunal Electoral vetó su participación (Villagrán, ibid., p. 304).

No puede haber contenido democrático en una visión política de carácter maniqueo. He aquí la razón fundamental de por qué la *liberación* no podía sino gobernar por medio de la dictadura por mucho que Castillo Armas dijese lo contrario. La elección de Castillo Armas como presidente de la república en octubre de 1954, se hizo a través de un

plebiscito en el cual los consultados se tenían que pronunciar públicamente, si querían que éste continuara en su cargo por un término que *a posteriori* fijaría una asamblea constituyente, que no existía en ese momento. Aprovechando este acto de consulta, los electores elegirían a una asamblea constituyente de 66 diputados que podrían escogerse entre los candidatos propuesto por “agrupaciones cívicas” (los partidos políticos estaban excluidos). Finalmente, en noviembre de 1954 la asamblea constituyente, integrada en su totalidad por diputados del Frente Anticomunista Nacional (FAN) declaró a Castillo Armas presidente electo por 485, 699 votos positivos contra 400 negativos y fijó el plazo de su mandato para el 15 de marzo de 1960 (Hurtado Aguilar, 1956, pp. 298-307). Así, el teniente coronel Carlos Castillo Armas se convirtió en presidente “*de jure*” a través de un plebiscito con las características mencionadas, en un contexto altamente represivo, por un período que no determinó el electorado (lo hizo una asamblea constituyente integrada solamente por sus partidarios), que no existía en el momento en el que fue electo, y por lo tanto en el marco de una ausencia de constitución (esta se aprobaría hasta 1956), y de prohibición de partidos políticos. La dictadura *liberacionista* quedaba claramente establecida, pero obvio es que la ideología que la sustentaba y su práctica consecuente, le generarían adversarios de todo tipo, hasta entre sus propios aliados.

Si la cuestión de la democracia era uno de los dilemas que el gobierno *liberacionista* debería haber resuelto para conquistar la *hegemonía*, la cuestión social era también de vital importancia para poder conseguir la misma. La propuesta de los analistas norteamericanos ya mencionados, acaso también la de un sector moderado de los propios *liberacionistas*³, consistía en desvincular la cuestión social del comunismo. Los sectores más duros de la *liberación* equiparaban ambas cuestiones y concebían el término “liberación” en el sentido de romper “la opresión del comunismo”. Al extremo de que sus exponentes más radicales (principalmente grandes finqueros) se oponían a la alfabetización porque “el alfabeto lleva a Marx” (Villagrán, *ibid.*, p. 218). El triunfo anticomunista se encontraba en la curiosa situación de que no había una economía “comunista” que dismantelar, en tanto que el proyecto de Arbenz era de naturaleza capitalista. Pero sí había tierras que devolver a los finqueros y organizaciones sociales que dismantelar. Si en lo primero no hubo mayores

discrepancias, en el segundo tema sí se observaron. Una minoría de los *liberacionistas* entre los cuales se encontraba Eduardo Taracena de la Cerda (ibid., p. 212) era partidaria de que se debería permitir la organización sindical y campesina con la condición de que su dirigencia no debería ser comunista; la corriente mayoritaria o era adversa a la idea de la sindicalización/organización reivindicativa o la apoyaba con la condición de que debería ser irrelevante y controlada estrictamente desde el aparato estatal (p. 212).

Aquí entramos en un tema que tendrá que ser investigado a fondo en el futuro. Este es el que se refiere a la política e ideología de Castillo Armas. Este se había convertido en el paladín del anticomunismo, y en sus exposiciones y discursos puede advertirse que se sentía orgulloso de ello. No hay ninguna duda en cuanto a su vocación anticomunista. Pero Castillo Armas no era de cuna oligárquica, había nacido como hijo fuera de matrimonio⁴ en el seno de una familia rural pobre en el municipio La Democracia en el departamento de Escuintla, 39 años antes de que el anticomunismo triunfante lo convirtiera en el “caudillo” (Nájera Farfán, 1958, pp. 26, 75-76; F/F, 2/98). Si se recuerda el ejemplo de Rafael Carrera en la cuarta década del siglo XIX, no era la primera vez que la oligarquía se servía de un plebeyo para convertirlo en jefe de un movimiento reaccionario.⁵ En una cálida noche de Caracas, Armando Diéguez Pilon, durante un tiempo funcionario del gobierno de Castillo Armas y hombre cercano al *liberacionismo*, recuerda con afecto al líder de los anticomunistas: “El *Movimiento de Liberación Nacional* fue impulsado por las derechas, pero Castillo Armas fue un hombre de pensamiento liberal, inclusive con preocupaciones con respecto a la clase obrera” (ADP/F, 5/98). No se necesita haber sido *liberacionista* para expresarse en términos similares. En el contexto de una serenidad sexagenaria, el analista político García Laguardia matiza la pasión opositora de sus años mozos: “Castillo Armas no era un militar *liberacionista*, tenía extracción popular y no debe haberse sentido bien

³ Villagrán Kramer hace una distinción entre los *liberacionistas* “radicales” y los “moderados” (1994, p. 287)

⁴ Tal es el dato proporcionado al autor por Carlos Paz Tejada, cuyo hermano resultó ser pariente político de Castillo Armas. (PT/F, 9/98).

⁵ En realidad su caso no era uno aislado entre la oficialidad del ejército guatemalteco. Paz Tejada recuerda cómo a fines de 1948 o principios de 1949, una reunión de oficiales que estaban presionando al coronel Arana para que derrocara a Arévalo, terminó en una emotiva evocación mediada por el alcohol, de los orígenes humildes de todos ellos. (Paz Tejada en Cáceres, 1981).

con los oligarcas y empresarios; él no era lo mismo que Sandoval Alarcón o Manuel Villacorta Vielman” (GI/F, 3/98).

José Manuel Fortuny, después encarnación de lo que Castillo Armas odiaba tanto, lo recuerda como contemporáneo suyo en la Escuela Normal para Varones en la década de los treinta: “era un muchacho pobre, había nacido en La Democracia. Escuintla. Su extracción humilde se le notaba en la forma en que vestía: llegó con un pantalón amarillo, que le quedaba muy corto. Desde entonces en la Normal le pusimos “amarillo” de apodo .” (F/F, 2/98), sobrenombre que será precursor al de *Cara de Hacha*, con el que lo bautizaron sus enemigos políticos haciendo alusión a su pronunciada nariz aguileña. Castillo Armas no completaría sus estudios magisteriales, pues fue de los estudiantes que pudieron ingresar a la Escuela Politécnica (la escuela militar) de donde finalmente egresó. Acaso fue su origen social, o su gestión en un cargo en el que lo *público* es algo ineludible, o ambos hechos, los que hicieron que en el transcurso de su gestión su discurso y algunas de sus medidas fueran vistos como amenazantes para los más recalcitrantes de sus partidarios. Najera Farfán (1958), su apologista, lo recuerda haciendo la distinción entre los *liberacionistas* que habían combatido al “comunismo” y aquellos anticomunistas que eran adecuados para ocupar un cargo público (pp. 29, 31), lo que por cierto coincide con una apreciación que Villagrán Kramer también hace (op. cit., p. 287).

Al parecer Castillo Armas empezó a generar reservas con algunas de sus expresiones y medidas de gobierno. El anticomunismo ramplón evidente en *Origen de mi Lucha en la Oposición* (Hurtado Aguilar, pp. 9-20) que lo lleva a decir que su lucha comenzó al ver la penetración comunista en el régimen de Arévalo, paulatinamente es matizado por un discurso en el que la revolución de 1944 es recuperada (“nosotros (los *liberacionistas. CFI*) eramos, en cierta forma, la revolución del 20 de octubre...”) (Nájera Farfán, op. cit., p. 45)⁶: se niega a ser identificado como de derecha o de izquierda lamentando recibir ataques que lo ubican en uno u otro lado (ibid., p. 68, 132); plantea que el triángulo de la problemática guatemalteca es miseria, ignorancia y enfermedad y que la libertad solamente puede preservarse dotando a los guatemaltecos de medios espirituales y materiales, asevera que la organización sindical es el mejor medio de defensa para los

⁶ Esto fue dicho en una junta de gabinete en junio de 1957, poco antes de ser asesinado.

derechos de los trabajadores (p. 97), y desde 1955 auspicia la fundación de la Federación Autónoma Sindical (FAS) (López Larrave, 1979, p. 53) con la intención de ocupar el vacío que la represión anticomunista había provocado. En la tarde del último día de su vida (26 de julio de 1957), el secretario general de la presidencia lo retrata teniendo en sus manos las memorias de Hjalmar Schacht, ministro de economía del Reich y conductor de la reestabilización económica alemana después de la primera guerra mundial. Quizás autoretratándose le comenta: “Ese doctor Schacht, hijo de una familia muy pobre, llegó a ser un gran personaje en la historia de Alemania.” Acto seguido le menciona las conclusiones de los finqueros, industriales, comerciantes y banqueros en el contexto de una serie de mesas redondas que tendría que clausurar momentos después: “Vea, casi todo lo reducen a la exoneración de impuestos. ¿Acaso con no pagarlos van a cambiar de mentalidad? Es lo que he dicho siempre: todo lo esperan del Estado.” (Nájera Farfán, op. cit., p. 226).

Aparte de tener que despejar las dudas que generaban su política sindical (p. 228), Castillo Armas tuvo que revisar *El Capital* de Marx para explicarles a sus partidarios y a empresarios que la “Ley de la Plusvalía” que él estaba proponiendo como reforma fiscal no tenía que nada que ver con la postulada por el fundador del marxismo (p. 98-101). “No puedo concebir una democracia donde hay hambre, donde hay necesidades materiales que subyugan más que la imposición gubernativa, más que los instrumentos policiacos de los gobiernos arbitrarios” les dijo a un grupo de notables periodistas, Clemente Marroquín Rojas y David Vela entre ellos; lo habían ido a visitar para expresarle su preocupación por el referido proyecto de ley. El Estatuto Agrario que se emitiera para revertir la reforma agraria arbencista también generó dudas entre algunos de los que lo habían apoyado (p. 123). En la difusión de un programa de su gobierno llamado “Socioeducativo rural” el analista puede también advertir el desencuentro de Castillo Armas o de su equipo más cercano con los sectores más conservadores de la burguesía guatemalteca. Dicha difusión se hizo a través de una gira por todos los departamentos de la república, realizada en febrero y marzo de 1957 (Nájera Farfán, 1957).

Las ideas que sustentan a dicho programa fueron expresadas por Castillo Armas en su último informe al congreso nacional (marzo del mismo año): “No es posible que el

pueblo disfrute plenamente de libertad y de justicia, o haga productivo su trabajo, mientras exista miseria, ignorancia y enfermedad que son otras formas de esclavitud .”(ibid., p. 9). Al parecer Castillo Armas estaba convencido de que el programa “Socioeducativo rural” estaba fundado en una concepción filosófica que el denominaba “Nueva Vida” desde su mensaje de fin de año el 31 de diciembre de 1956 (p. 23). Se trataba de dar un mejor nivel de vida al ciudadano, un ambiente de seguridad a través del fomento al desarrollo económico. Estas ideas fueron repetidas una y otra vez en reuniones celebradas en cada una de las cabeceras departamentales con auditorios compuestos sobre todo por finqueros, comerciantes, industriales, profesionales de todos los departamentos visitados.

El desarrollo económico no sería posible, repitió Castillo Armas en cada una de estas audiencias, si de tres millones de habitantes que tenía Guatemala, dos millones vivían en la miseria y el analfabetismo. El anticomunista que atacó a Arbenz por sus medidas más cercanas a Keynes que a Marx, salpica su discurso de un keynesianismo que habría sonado natural en los labios de aquél: “Mientras no tengamos interés en que esa masa mayoritaria del pueblo de Guatemala, sea el mejor mercado de nuestros productos y el activo participante en todas nuestras actividades, no podremos esperar ningún bienestar nacional, ni menos una forma inteligente para el desarrollo de nuestras propias industrias... Si hay aquí algún industrial que fabrique calcetines, por ejemplo, no es factible esperar que su fábrica produzca en abundancia mientras no exista un mercado que consuma los calcetines. Y esos calcetines no se podrán consumir en el país, mientras la mayor parte de los guatemaltecos no usen zapatos.” (p. 26). Lo que resulta curioso para el analista al revisar las minutas de cada una de estas audiencias, compiladas por Nájera Farfán, es que salvo en una ocasión, su auditorio permanece indiferente a las ideas de una “Nueva Vida” y del programa “socioeducativo rural”: alfabetización, programas de salud, capacitación de la mano de obra rural, salarios decorosos, elevación del nivel de vida. Las preguntas del público tienen que ver con la construcción de carreteras, puentes, obtención de créditos, infraestructura en general para el mejor desarrollo de sus empresas... Parecería que a Castillo Armas le estaba sucediendo en el plano de la reforma con sentido reaccionario lo que a su némesis le había sucedido en el plano de la revolución: la mirada indiferente en el mejor de los casos, desconfiada y hostil en el peor, de una burguesía sin espíritu estatal.

Lo que el futuro investigador del período de Castillo Armas acaso tenga que dilucidar es si todo este discurso tenía un mero contenido demagógico, o si había un contenido real en él. O bien si habiendo sido demagógico, fue recibido con enojo por lo más ultraderechista de sus partidarios. Es éste tipo de planteamientos el que lleva a sus apologistas a decir que “las convicciones anticomunistas del Presidente, no fueron incompatibles con su tendencia hacia la izquierda” (Nájera Farfán , 1958 , pp. 93- 95). El mismo autor, páginas atrás, ha dicho que el “caudillo” en realidad fue un hombre de “centro-izquierda”, entusiasmo analítico probablemente derivado de sus parámetros y afectos. No obstante, otros testimonios dejan al investigador sumido en conjeturas. Armando Diéguez Pilón recuerda las suspicacias anticomunistas a las que se vió sometido cuando como asesor jurídico de la presidencia participó en la redacción de un proyecto de ley de urbanismo y lotificaciones: “Le dije: mirá Carlos, vos sabés que yo no soy comunista, pero si te estoy ocasionando problemas podés cancelar mi contrato. Me miró y respondió: Armando, si yo tuviera que cancelar los contratos de todas las personas que son denunciadas en mi despacho, el primero que tendría que salir de aquí sería yo mismo” (ADP/F, 5/98).

El capitán y después abogado, Arturo Chur del Cid, miembro del Estado Mayor Presidencial de Castillo Armas, lo recuerda haciendo montar a caballo a su encorbatado gabinete -sin prevenir a los acomodados ministros de la jornada ecuestre-, para llevarlo a recorrer asentamientos y áreas marginales de la ciudad; montando a *Húsar* el caballo de Arbenz que éste nunca llegó a cabalgar y recordándolo: “Pobre Jacobo, lástima que aceptó que los comunistas se le subieran a las barbas”. Acaso el líder anticomunista sentía empatía por el derrocado presidente revolucionario no sólo montando en su caballo sino desde la perspectiva del sillón presidencial. Otra anécdota evocada por Chur del Cid es poderosamente sugerente: “Un día me mandaron de emergencia al salón de los espejos del palacio nacional en mi calidad de miembro del Estado Mayor Presidencial. Se trataba de una reunión de Castillo Armas con un sector de azucareros a los cuales se les había pedido una contribución financiera para crear un fondo bancario que se destinaría a obras de carácter social. La reunión duró poco pues Castillo Armas preguntó si ya se habían hecho los depósitos respectivos. Hubo un silencio total hasta que alguien se levantó y dijo

“Coronel, lamentablemente no hemos podido depositar lo ofrecido porque no hemos tenido suficiente”. El presidente se molestó mucho, se le notaba en el rostro. Se levantó, puso las manos en la mesa y respondió: “Qué razón tenía Jacobo Arbenz en cagarse en ustedes. Pueden retirarse”. Ironías de la historia, asesinado Castillo Armas fue *Húsar* el caballo que jaló el armón con el féretro que contenía sus restos (CHC/F, 3/98).

¿Quién mató a Castillo Armas? Cardoza recuerda muy bien la noche del 26 de julio de 1957 pues se encontraba con Silva Jonama en la única casa de seguridad del clandestino PGT. Estaban terminando de comentar el contenido inusitadamente progresista de la alocución del “caudillo”, que recién se había difundido por televisión esa misma noche, cuando el responsable de la comisión de inteligencia del partido, Cayetano Barreno, tocó la puerta para informar que había movimientos raros en el palacio nacional y la casa presidencial y que se rumoraba que Castillo Armas había sido asesinado (C/F, 4/98). Genera suspicacia el que sus propios partidarios hayan inventado la historia de que un guardia presidencial, Romeo Vázquez Sánchez, haya canalizado sus simpatías comunistas a través de la eliminación del jefe de los *liberacionistas*. Ellos o una parte de ellos, construyeron una historia inverosímil sustentada en el supuesto diario del también supuesto homicida, en el que se perfilaba “su ideología comunista”. Otras versiones apuntan hacia el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo, contrariado por la ingratitud de su antaño protegido, el cual teniendo una memoria muy corta, ni le otorgó una condecoración (en cambio si lo hizo con el dictador venezolano Pérez Jiménez; Gob. de Guatemala, 1955, p 144) ni le pagó el dinero que le debía, mediante el cual se había sufragado parte de la operación contrarrevolucionaria contra el gobierno de Arbenz⁷.

Poco tiempo después del asesinato de Castillo Armas, el que fuera su director general de seguridad y partidario muy cercano en los días de la invasión, el coronel Enrique Trinidad Oliva, fue acusado de ser el autor intelectual del crimen, apresado y enjuiciado, y finalmente descargado de toda responsabilidad (Santa Cruz, 1978, p. 23). En aquellos

⁷ Esta es la versión que recibió Carlos Paz Tejada por parte de uno de los guardaespaldas de Alfonso Martínez Estévez, Max Salguero, quien a su vez la recibió de su compañero de prisión en la cárcel de Lecumberri, en México, el dominicano Bonachea de León, sindicado a su vez de haber eliminado a quien se dijo era el verdadero autor material del asesinato de Castillo Armas. Este último, un pistolero dominicano vinculado a Trujillo y de apellido Canett, había sido apresado

momentos se sabía que Oliva ambicionaba el puesto de su jefe y que además se había embarcado en un conflicto de intereses personales con él. Los informes que en los meses previos recibió la comisión de inteligencia del PGT, llamada en la jerga clandestina *el zipper*, sustentan la involucración de Trujillo en el asesinato del “caudillo” *liberacionista*. Por casualidad, un militante del PGT, ex dirigente del sindicato de trabajadores de la salud, quien después de la contrarrevolución trabajaba como taxista, fue contratado por dos dominicanos para transportarlos en su taxi y posteriormente para llevar verduras a El Salvador en un camión. Estos viajes eran usados también por la embajada dominicana en Guatemala, particularmente por su agregado militar Johnny Abbes García, para establecer comunicación entre la primera y su homóloga en El Salvador. Para entonces el militante del partido informaba puntualmente a Barreno de todos sus movimientos y empezaba a hacer conjeturas con respecto a una conspiración que involucraba a Trinidad Oliva puesto que éste era visitado por los dominicanos. La operación de inteligencia del PGT terminó abruptamente poco tiempo después del asesinato de Castillo Armas, cuando éstos últimos, encabezados por Abbes García, asesinaron al militante comunista. Le dispararon después de pedirle un servicio en su taxi para llevarlos a las cercanías de la población de Mixco. Agonizante, el informante del PGT fue llevado a un hospital donde antes de morir pudo contarle a su esposa quienes le habían herido (C/F, 4/98). En medio de las especulaciones que sucedieron a la muerte de Castillo Armas, podría conjeturarse que los funcionarios dominicanos habían decidido silenciar a quien podría dar pistas sobre la conspiración.

Muchos años después, el que fuera un joven militante de la *liberación* en 1954, y después ministro de estado en varios gobiernos, Alejandro Maldonado Aguirre, se permitió hacer la siguiente afirmación: “el asesinato de Castillo Armas se generó en los grupos fascistoides de derecha... Castillo Armas fue asesinado por la extrema derecha, cuya conjura surgió en el seno de los grupos fascistoides de la liberación. La muerte del caudillo fue una consecuencia del rompimiento entre la extrema derecha y la tendencia liberal democrática de Castillo. En la confrontación, intervinieron elementos a sueldo de Rafael Leónidas

por haber matado a una persona en un bar de la ciudad de Guatemala. Puesto en prisión por tal delito un día apareció muerto; de acuerdo a la versión oficial se había suicidado (PT/F, 2/98).

Trujillo -entonces presidente de la República Dominicana-, quien protegió la preparación de la conspiración derechista.” (ibid.,).

Es muy probable que, como suele suceder en los magnicidios, la verdad no se sepa a ciencia cierta nunca.

b. Agazapados y Acechantes.

Quien revise las fuentes anticomunistas publicada en los años de la *liberación*⁸ se formará una idea muy pobre de los diez años de la revolución. Los comunistas, arguyen sus enemigos, habían llevado al país a una situación en la que imperaban el caos, la corrupción, la violencia, la ineficiencia, las borracheras y francachelas. El nuevo gobierno había encontrado a la nación en una situación desastrosa y de manera eficiente reencauzaba a la patria por el camino del orden administrativo, el saneamiento financiero, el progreso económico y sobre todo de la erradicación de los “detritus rojos” (Gob. de Guatemala, 1955, p. 33). La apologética anticomunista obviamente no destaca el hecho de que a lo largo de todo el régimen *liberacionista* la ayuda estadounidense fue un puntal para sus proyectos de gobierno. De acuerdo a las mismas fuentes anticomunistas se puede saber que entre julio de 1954 y abril de 1955 las rentas percibidas por el Estado fueron aproximadamente de 57 millones y medio de quetzales (a la par del dólar) mientras que en ese mismo período la ayuda estadounidense ascendió a 10 millones de dólares (ibid., pp. 22, 158). En realidad la asistencia financiera al régimen contrarrevolucionario fue mucho más grande (Jonas Bodenheimer, 1981, Cap. III)

En el material propagandístico del gobierno *liberacionista* que lleva por título *Diez Meses de Estructuración Nacional. Julio 1954-Mayo 1955* se valora el resurgimiento del país hecho en el contexto de un enemigo acechante: “Se perfila un resurgimiento económico y social; el crédito se reafirma, la confianza pública se robustece; las actividades ciudadanas no son las que prevalecían no ha muchos meses; pero no podemos olvidar que el comunismo vive en acecho y que en bien de la generalidad, no podemos permitir que la ola negra vuelva a cubrirnos con sus yerros y tragedias” (p. 9). La

⁸ Gob. de Guatemala 1955; Del Valle Matheu, 1956; Hurtado Aguilar, 1956; Nájera Farfan 1956, 1957, 1958.

liberación exigía mano dura para los comunistas y ante su desconcierto, Castillo Armas no era lo suficientemente enérgico, daba la impresión de que algo faltaba, “Algo como una espada de Damocles” (Villagrán, 1994, p. 203). Las dirigencias revolucionarias estaban asiladas o encarceladas, o bien, para usar la imagen de Villagrán Kramer (ibid.), *agazapadas*.

Agazapado y acechante, así permanecería el movimiento revolucionario en los siguientes años. El principio de la senda de resurrección había sido muy difícil. El PGT no contaba con medios suficientes para instalar la infraestructura que la clandestinidad requería: de allí en adelante las agudas penurias económicas marcarán la vida cotidiana del partido. En los últimos momentos del régimen revolucionario, Arbenz había dispuesto que el jefe del Departamento Agrario Nacional, Alfonso Martínez Estévez, le entregara a la dirigencia comunista 30 mil dólares para hacerle frente a la embestida anticomunista en el nuevo contexto de clandestinidad que se avecinaba. Por alguna razón, este dinero nunca llegó a las manos del PGT (C/F, 2/98). Desde la severa reclusión que el presidente depuesto se impuso en su habitación en la embajada de México, para evitar la agresividad verbal de sus antiguos partidarios los cuales le reprochaban haber renunciado, dispuso de su propio pecunio para que los comunistas asilados allí -buena parte de ellos procedentes de la militancia sindical y campesina-, pudieran completar la cantidad de 100 dólares para iniciar su vida en el exilio; la misma cantidad les fue entregada a los activistas de la CNC que huyendo de Chiquimula después de resistir a la *liberación* habían logrado entrar a la embajada en las condiciones materiales más precarias (ibid.).

Escondidos y en el contexto de una despiadada persecución la parte de la dirigencia del PGT que había permanecido en el país, emitió el 17 de julio de 1954 el primer comunicado desde los días de la renuncia de Arbenz (Alvarado, 1994, p. 35; Gutiérrez, 1965, p. 31). Este tuvo una importante difusión puesto que, según cuenta Cardoza, aún los asilados en la Embajada de México pudieron saber del documento y su contenido, cuyo principal redactor había sido Silva Jonama (C/F, 8/97); en el manifiesto se caracterizaba al nuevo régimen reaccionario y se llamaba al pueblo guatemalteco a luchar por la defensa de las conquistas políticas y sociales de la revolución (Alvarado, ibid.; Gutiérrez, ibid.). Cardoza recuerda: “fue un mentís a los *liberacionistas*, sobre todo a Sandoval Alarcón

quien había declarado que habría anticomunismo para toda la vida.” (ibid.,). Entre el puñado de dirigentes y militantes que inició la reconstrucción del PGT en aquellos días, las mujeres ocuparon un lugar destacado: entre ellas Irma Chávez de Alvarado, Laura de Pineda, la enfermera Jesús Rosales, las hermanas Muralles, Cristina Hernández, Martha Palacios, Antonia Jiménez (quien había participado en la fundación del PGT en 1949) y la madre de José Luis Ramos, una indígena quezalteca quien llevó el nombre de María Ramos, conocida afectuosamente como *doña Maru*⁹. Posteriormente se agregó a este grupo una dirigente de las trabajadoras de beneficios de café y después de la contrarrevolución lavandera de ropa ajena, alguien de quien solamente se pudo rescatar su seudónimo, *Polita*.

Dos eran las tareas urgentes que se presentaban además de evadir la acción persecutoria del anticomunismo; la primera era la consecución de recursos materiales para la sobrevivencia de los dirigentes y cuadros más buscados, para lo cual el desastre político se enfrentó como si hubiese sido uno de carácter natural: consiguiendo dinero y víveres. La segunda tarea consistía en la revinculación de la militancia que estaba dispuesta a seguir la lucha desde la clandestinidad. Para ello además de las mujeres ya mencionadas, rápidamente se contó con el trabajo de los hijos de Laura de Pineda, Humberto y Luis Arturo, además de su yerno, Roberto Muralles. Los hermanos Pineda, junto a su padre Humberto Pineda Catalán y Roberto Muralles, se habían asilado en la embajada de Argentina donde se encontraron con el joven médico Ernesto Guevara, amigo de la familia Pineda, el cual se encontraba en calidad de “invitado del embajador”. Fue el *Che* Guevara quien organizó la salida de la embajada argentina de los hermanos Pineda y de Muralles en el propio carro del embajador a efecto de que se pudieran incorporar al trabajo reorganizativo del PGT. Casi toda la familia Pineda se involucró en el trabajo de buscar a los militantes del PGT en los cuales se tenía confianza y que tenían la disposición de

⁹ María Ramos merece especial mención. Indígena quezalteca analfabeta, fue desde el triunfo de la contrarrevolución un gran apoyo para el PGT, llegando a perder inclusive un ojo en un accidente con un explosivo olvidado en su casa. En esa ocasión con estoicismo soportó el dolor y el desangramiento, para no llamar la atención del vecindario, hasta que por una casualidad Roberto Muralles la rescató. Murió en la pobreza y en el olvido en un asilo en la década de los ochenta (C/F, 4/98).

trabajar en la reorganización del partido en las nuevas condiciones de clandestinidad ¹⁰. Además de los Pineda y de Muralles, Armando Villaseñor también pudo salir de la embajada de Argentina para incorporarse al esfuerzo reorganizativo (C/F, 4/98).

En este esfuerzo también se contó con el trabajo inapreciable del comunista desde la época del viejo partido que destruyó Ubico, el carpintero Florentín Sánchez quien a su vez se apoyó en un escogido grupo de sus allegados del sindicato de obras públicas; el único miembro del comité central que se mantuvo en la legalidad, el sastre Efraín Villatoro, cumplió por ello mismo un papel muy importante en la reorganización (C/F, 2/98). Otros cuadros pronto se agregaron a las labores de reconstrucción: Bernardo Lemus Mendoza (salvo un breve período de exilio en México después de ser capturado)(GB/F, 9/97), Florencio Méndez, Armando Villaseñor, Manuel Sánchez, Víctor Palacios y el ex-activista del sindicato de obras públicas, *chucho* Mijangos (C/F, 2/98).

Además de las dos tareas antes mencionadas, una tercera se agregó: la de la difusión de la línea del PGT. Esto se logró con el reingreso al país de Octavio Reyes quien empezó a coordinar a un pequeño grupo de trabajadores de artes gráficas. A fines de 1955, la prensa comunista empezó a circular en la clandestinidad (*Verdad*), y también circularon publicaciones internas como *El Militante* (C/F, 4/98). Laura de Pineda recuerda la realización de “paseos campestres” para hacer colectas económicas, la difusión de boletines, periódicos y lo que considera “la mayor hazaña”: la circulación nacional e internacional de “la magnesia”, que “causó gran impacto e indignación al sistema gubernamental provocando mayor persecución hacia los revolucionarios” (Pineda, 1998). El esfuerzo reconstructor partió de la capital hacia el interior de la república. Villaseñor, activista ferrocarrilero, logró escapar a la represión de 1954 escondiéndose en Santa Lucía Cotzumalguapa, Escuintla; poco tiempo después pudo conseguir empleo como ayudante de un autobús que hacía viajes a la frontera con México y usando esa cobertura contribuyó a establecer lo que era algo parecido a un aparato de frontera, en el cual el campesino Sotero Hernández¹¹ y otros tres cuadros de Escuintla cumplieron un papel muy importante.

¹⁰ Estos datos fueron proporcionados al autor por doña Laura de Pineda en un testimonio escrito cuando estaba por arribar a sus noventa años de edad. Será citado como Pineda, 1998.

¹¹ Sotero Hernández fue después asistente del miembro de la comisión política, Carlos Alvarado Jeréz. Fue capturado con propaganda del partido y encarcelado por varios años en 1960. Terminó

Joaquín Noval, ex-funcionario del Instituto Nacional Indigenista y uno de los pioneros de la antropología guatemalteca, solicitó su ingreso al PGT después de la caída de Arbenz e inició su vida de clandestinaje participando en el aparato de frontera. Después de algún tiempo en el exilio, el dirigente juvenil Edelberto Torres Rivas regresó al país y se agregó al grupo antes aludido en el que Carlos Centeno también cumplió un papel digno de mencionar (C/F, 8/97).

Con un grupo de dirección y una militancia activa en el interior de Guatemala, la reconstrucción se complementó con la aglutinación de otra parte de la dirección y militancia en la ciudad de México. Como hemos visto en el capítulo anterior, a mediados de 1955 ya operaba en dicha ciudad un grupo de dirección lo suficientemente significativo como para que de allí partiera el “documento de la magnesia”. En el otoño de 1955 (Schneider, op. cit., p. 316) el secretario general del PGT fue capturado en Guatemala; gracias a una campaña internacional muy grande fue deportado hacia Honduras y con la ayuda del general Lázaro Cárdenas, Lombardo Toledano y Luis Cardoza y Aragón pudo entrar a hacia México, de donde partió a Moscú, junto con su esposa y Octavio Reyes, a un período de estudio en la escuela superior de cuadros del PCUS (C/F, 8/98). En los siguientes años, las labores correspondientes a la secretaría general, salvo breves períodos, estarían a cargo de Silva Jonama (ibid.,) aun cuando a partir de 1958 y también por un breve tiempo estuvieron a cargo de Guerra Borges debido a la precaria salud del primero. En 1959, Alvarado Monzón volvió a asumir sus responsabilidades de secretario general (GB/F. 9/97).

En estos primeros esfuerzos reorganizativos todavía tuvieron voz y voto desde México. Severo Aguirre del Cristo y Joaquín Ordoqui, y también fueron conocidas opiniones de los dirigentes cubanos Lázaro Peña y José Morera, además de miembros del PSP, funcionarios de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL). Al menos fue de ellos la opinión de que José Alberto Cardoza y Octavio Reyes podrían tener condiciones como para regresar en un plazo relativamente breve al país, mientras que pese a sus protestas, Víctor Manuel Gutiérrez debería permanecer más tiempo en el exilio. En su abandono al PGT por lo que consideró eran sus vacilaciones en torno a la lucha armada. En 1972, formó parte del contingente que ingresó a la zona del Ixcán y que sería uno de los núcleos iniciales del FGP. (C/F, 8/98).

opinión, Gutiérrez era muy conocido y además tendría que reforzar el trabajo en la Federación Sindical Mundial (FSM) y en la CTAL (de las que era funcionario también), una vez que Lázaro Peña regresara a Cuba cual era la disposición de su partido. Gutiérrez aceptó con la condición de que él estaría de regreso a Guatemala en el momento en que se realizara el III Congreso, el cual ya era una meta de la reorganización, “toda la labor del partido debería hacerse en el camino del III congreso” (C/F, 8/98).

Uno de los sentidos del trabajo en el exilio fue organizar el regreso de los miembros del partido, pero también de personalidades democráticas que podían jugar un papel político importante. Fue en ese espíritu que se invitó a regresar al país al ex miembro de la junta revolucionaria de 1944, Jorge Toriello, y a su hermano, el ex-canciller Guillermo Toriello. De acuerdo a la aseveración de Cardoza, fue el PGT quien organizó el regreso al país de Jorge Toriello. El asesinato de Castillo Armas en julio de 1957 y la posterior pérdida del gobierno por parte de los *liberacionistas* a manos de los partidarios de Miguel Ydígoras Fuentes, estimuló el regreso de una cantidad significativa de cuadros. Dora Franco regresó en 1957. Hortensia Hernández Rojas y Elsa Castañeda de Guerra Borges atravesaron el río Suchiate en mayo de 1958 (AGB/F, 6/99), poco tiempo después lo hizo la integrante del comité central Concepción Castro de Mencos, mientras que Alfredo Guerra Borges arribó pocos días después de las elecciones presidenciales de enero de 1958 (AGB/F, 9/97) al igual que Oscar Edmundo Palma (OEP/F, 2/98). El otrora secretario general de la presidencia y después cuadro del PGT, Jaime Díaz Rozzotto, regresó en 1958 y se instaló en Quezaltenango (Mejía/Díaz Rozzotto, 1995, p. 16). En 1960 y con motivo del III Congreso entraron a Guatemala el ex dirigente magisterial Rafael Tischler Guzmán¹² junto al también dirigente magisterial Zenobio Pérez (C/F, 4/98). Cumpliendo con el acuerdo antes referido, Víctor Manuel Gutiérrez también arribó al país en las mismas fechas. Desde la cuaresma de 1956 se encontraba en el país José Alberto Cardoza (C/F, 8/97), el cual junto a José Luis Ramos, fue de vital importancia en la reconstrucción del partido y del trabajo sindical clasista.

En todo ese período se había ido conformando un núcleo de dirección integrado con los miembros del comité central que se habían quedado en el país, aquellos que habían

¹² Conversación con el hijo de Tischler Guzmán, Sergio Tischler Vizquerra.

regresado (entre ellos, además de los anteriores, se encontraba Huberto Alvarado), y al cual se habían agregado jóvenes y decididos cuadros como Bernardo Lemus Mendoza, Cayetano Barreno (el cual empezó a desarrollar desde ese entonces labores de inteligencia) y el secretario general de la Juventud Patriótica del Trabajo (JPT), Edelberto Torres Rivas. Para ese momento, de acuerdo a los cálculos de Francisco Hernández Álvarez (el dirigente de Escuintla que había sobrevivido a las cárceles *liberacionistas*), el PGT podía contar con 200 miembros en la capital y otra cantidad similar (200 a 250) en departamentos como Escuintla, Retalhuleu, Suchitepéquez y Quezaltenango (C/F, 8/97).

Puertas afuera, acaso uno de los éxitos más importantes del PGT en el segundo lustro de los cincuenta, haya sido su labor en la reconstrucción sindical. De acuerdo con Víctor Manuel Gutiérrez, en 1959 existían 46 sindicatos, tres federaciones sindicales y una organización campesina que organizaban en su conjunto a 15, 785 trabajadores (1964, p. 81), cifras todas ellas que no tenían comparación con los 300 mil trabajadores y campesinos organizados en las postrimerías de la revolución. Sin embargo los casi 16 mil trabajadores organizados durante el periodo *liberacionista* constituían un logro significativo. Durante esos años los activistas sindicales del PGT habían logrado convencer a un número importante de trabajadores a vencer el miedo y el repudio al régimen de Castillo Armas. Una buena parte de ellos estaba convencida de que lo mejor era no organizarse para evidenciar la falta de libertades bajo el gobierno *liberacionista* (ibid., p. 78). Esta ausencia de libertades para la organización sindical era relativa, pues como vimos una parte del régimen era partidaria de ocupar con organizaciones sumisas el vacío dejado por la disolución de las centrales del periodo revolucionario. Así en 1955 arribaron al país, invitados por Castillo Armas con el objeto de ayudar a “reorganizar” al sindicalismo. Serafín Romualdi de la American Federation of Labor (AFL), Daniel Benedict del Congress of Industrial Organizations (CIO), las dos centrales estadounidenses que después se unificaron y que han significado el control de los trabajadores en Estados Unidos. Con ellos llegó también Raúl Valdivia de la Federación Cubana del Trabajo, la cual era parte de los soportes del batistato (López Larrave, 1979, p. 54). El gobierno de Castillo Armas auspició la creación del Comité de Reorganización Sindical dirigido por Rubén Villatoro y Arnoldo Otten y posteriormente en alianza con la iglesia católica, la fundación de la FAS

que estaba dirigida por el *liberacionista* Luis Felipe Balcárcel , por José Luis Padilla (antiguo promotor de las simpatías por Arana entre los ferroviarios) y José García Bauer, con fuertes vinculaciones con la iglesia católica. Poco tiempo después se fundaba el Consejo Sindical de Guatemala (CSG) patrocinado por la Organización Regional Internacional del Trabajadores (ORIT) (ibid., pp. 78-79).

Las iniciativas del gobierno de la *liberación* generaron discusión en el seno del PGT. Mientras una parte de los cuadros y activistas se pronunciaba por atacar a la FAS, -convertida en Federación Autónoma Sindical de Guatemala (FASGUA) cuando fue legalizada en 1957-, otra parte se pronunciaba por incorporarse a ella y llegar a controlarla. Finalmente en la comisión política del comité central se optó por la segunda alternativa y en esa dirección tuvieron un logro notable(C/F, 8/97). El primero de mayo de 1956, el gobierno de Castillo Armas había dado dinero para la celebración del día del trabajo (Gutiérrez, op. cit., p. 82), estaba proyectando el salario mínimo (el cual no fue establecido durante el período revolucionario) y algunas otras reformas al código de trabajo que se consideraban de beneficio para los trabajadores (C/F, 8/97). Se consideraba pues el clima propicio como para que el ministro de trabajo, Manuel Villacorta Vielman, hiciese uso de la palabra en el mitin al final de la marcha. Castillo Armas mismo esperaba que una delegación de trabajadores lo fuese a a saludar y tenía expectativas de hablar en dicho mitin. Desde la marcha misma estudiantes universitarios y trabajadores destruyeron las mantas y cartelones oficialistas y los sustituyeron por otros de contenido antigubernista (López Larrave, op. cit., p. 54) y un día antes habían colocado una manta en el centro de la ciudad dando vivas a la revolución y repudiando a la *liberación* (Gutiérrez, ibid.,; GL/F, 3/98). El acto demagógico terminó en una rechifla generalizada de los asistentes, los cuales no dejaron hacer uso de la palabra al ministro Villacorta Vielman ni a Balcárcel, Padilla y García Bauer y en cambio si lo hicieron trabajadores desafectos al régimen y los estudiantes Edmundo Guerra Taeilheimer y Herminio García Mendoza (GL/F, 3/98). El descontento gubernamental se hizo evidente, poco tiempo después García Bauer renunció a sus funciones en la FAS. Cuando la FASGUA fue legalizada en 1957, la influencia de los

comunistas era tan significativa que pudieron llegar a controlar la directiva de la federación (C/F, 8/97).

Los sucesos del primero de mayo de 1956 son importantes porque fue la primera manifestación obrera de repudio abierto al gobierno de Castillo Armas (López Larrave, *ibid.*). En realidad fue el hecho que hizo sonar la alarma anticomunista. Entre 1955 y 1956 el proceso de recuperación de la oposición al *liberacionismo* resultaba ser notable y un índice de ello lo daba la popularidad del único medio de prensa que no aceptaba la censura anticomunista, el periódico *El Estudiante*. Dirigido por un comité editorial compuesto por García Laguardia, Mario Vinicio Castañeda Paz, Antonio Fernández Izaguirre¹³ y el antaño militante del PRG, Víctor Hugo Rodríguez, el periódico evocaba con su nombre al que se editó en 1920 en el contexto de las luchas contra el dictador Estrada Cabrera. Contó con el apoyo de una pequeña imprenta financiada por los linotipistas Acuña y Arturo Hernández además del estudiante Mario René Chávez (MRC/F, 3/98). Ideado por García Laguardia, quien fungió como una suerte de *primus inter pares* durante los 54 números que fueron editados entre marzo de 1955 y junio de 1956 (*ibid.*), el primer número fue financiado por el joven abogado Héctor Zachrisson y tuvo un éxito imprevisto, “a las 8 de la mañana se había agotado el tiraje por lo que tuvimos que hacer otro hasta completar 3,000; para el segundo número sucedió lo mismo editamos 3,000 y tuvimos que hacer uno más para completar 5,000” (GL/F, 3/98).

Desde el segundo número se agregaron al equipo de redacción sin figurar, Mario René Chávez y el militar retirado y estudiante de derecho, Carlos Castañeda Paz (quien junto a García Laguardia fue uno de los dos principales redactores de los editoriales) y posteriormente Mario López Larrave, Joaquín Noval, Mario Raúl Toledo y José Luis Balcárcel (*ibid.*). *El Estudiante* llegó a tirar 36 mil ejemplares semanalmente cuando los periódicos de mayor circulación nacional *El Imparcial* y *Prensa Libre* editaban 5 mil diariamente (*ibid.*). “Los días jueves en la madrugada, que era cuando salía el periódico, recuerda Mario René Chávez, los vocadores se arremolinaban frente al local para poder obtener lo que se vendía rápidamente. Entre los que llegaban en la madrugada a obtener el periódico se encontraba un empleado de la embajada de Estados Unidos que rigurosamente

compraba 12 ejemplares” (MRC/F, 3/98). De acuerdo a García Laguardia, *El Estudiante* se les fue de las manos a los *liberacionistas*, “no le dieron mucha importancia a una hojita y cuando sintieron esa hojita se había convertido en un periódico. Además a los norteamericanos no les convenía un régimen democrático, surgido del derrocamiento de una supuesta dictadura comunista, que no permitía libertad de prensa.” (GL/F, 3/98). Fue ese espacio el que permitió el desarrollo de *El Estudiante* y todo lo que él implicaba. Fue tal la influencia del periódico que uno de los asesores jurídicos del gobierno *liberacionista*, Armando Diéguez Pilon, recuerda que en la elaboración final del código petrolero que emitió el régimen, se aceptaron 3 de las 15 críticas que aparecieron publicadas en sus páginas (ADP/F, 5/98).

En mayo de 1956, cuando sucedieron los incidentes del día del trabajo, el régimen se enfrentaba a un movimiento estudiantil opositor; la presencia de la oposición revolucionaria en la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU) y las asociaciones estudiantiles en las distintas facultades empezó a hacerse evidente, lo cual significaba un cambio notable: apenas en 1954 la AEU encabezada por dirigentes estudiantiles como Leopoldo Sandoval, Francisco Albizúrez, René A. de León se había solidarizado con los *liberacionistas* cuando en un alzamiento los cadetes de la Escuela Politécnica los derrotaron y los humillaron en agosto de ese año (Villagrán Kramer, op. cit., pp. 237-238). El régimen también enfrentaba a un relativamente recompuesto movimiento sindical, a un Colegio de Abogados que era caja de resonancia de demandas democráticas y a un PGT que ya empezaba a hacer acto de presencia entre otros hechos a través de la circulación clandestina de *Verdad* (GL/F, 3/98).

He aquí pues la razón de la oleada represiva de junio de 1956. Empezó en la noche del 24 al 25 de ese mes cuando un grupo de la policía judicial al mando del esbirro Baltasar Aldana (MRC/F, 3/98) saqueó el local de *El Estudiante*. Jorge Mario García Laguardia y José Luis Balcárcel habían abandonado el local poco antes de que apareciera la policía judicial (ibid..) y Mario René Chávez apenas pudo escapar cuando aquella estaba tumbando la puerta (MRC/F, 3/98). Horas después el periódico *Hoy* que dirigía Mario Monteforte Toledo tuvo un destino parecido. La manifestación conmemorativa del 25 de junio que

¹³Posteriormente integrante de la columna guerrillera que ingresó al Ixcán en 1972 y comandante

saldría de la plazuela Barrios fue disuelta y fueron capturados varios estudiantes. Al día siguiente, lunes 26, después de una asamblea de la AEU, un grupo de estudiantes salió a manifestar desde el Paraninfo Universitario (MRC/F, 3/98). La marcha terminó en medio de una sangrienta represión que provocó la muerte de los estudiantes Salvador Orozco (dirigente departamental del PGT), Alvaro Castillo Urrutia y Julio Juárez (vinculados ya a la JPT) (C/F, 4/98); hubo además numerosos heridos y alrededor de 200 detenidos.

La *liberación* aprovechó la coyuntura para iniciar una *razzia* contra quienes consideraba sus enemigos, en el espíritu de la “violencia organizada” vociferado por su líder Sandoval Alarcón. Además de los encarcelados y del decreto del estado de sitio, hubo deportaciones de desafectos al régimen (entre otras las de Mardoqueo García Asturias, la del escritor Mario Monteforte Toledo, el dirigente estudiantil José Luis Balcárcel y el abogado Oscar de León Aragón). El régimen aprovechaba las primeras manifestaciones de oposición para arrasarla de una vez por todas: “Lo que no se terminó de hacer en 1954 se debía hacer en 1956. Tal fue la orden” (Villagrán Kramer, op. cit., p. 289; Alvarado, 1994, p. 37). *El Estudiante* no volvería a aparecer sino hasta en el gobierno de Ydígoras dirigido por el militante del PGT Antonio Móbil y por Edmundo Guerra Taelheimer. Pero para ese entonces su época de oro ya había pasado, la censura de prensa ya no era tan agobiante y por ello era imposible repetir la experiencia de 1955 y 1956 (AM/F, 3/98).

Pese a los hechos represivos, el examen de las luchas sociales y políticas en el período abarcado entre 1954 y 1960, es de un ascenso significativo. Las celebraciones del primero de mayo cobraron cada vez mayor ascendencia y combatividad hasta 1962 cuando el contexto de la represión que siguió a la rebelión popular de marzo y abril de ese año, impidió su celebración (Gutiérrez, opp. cit., pp. 83-84). No pocos sindicatos de los que se fueron reorganizando en ese período obtuvieron pactos colectivos y aumentos de salarios: los electricistas de Luz y Fuerza, los bancarios del Banco de Londres, los trabajadores de la aerolínea Pan American, los obreros agrícolas del ingenio El Salto, los de la empresa de telecomunicaciones Tropical Radio, los de la cervecería centroamericana (ibid.). Entre las huelgas que se destacaron se encuentran los de una empresa licorera (1957), la huelga de los ferrocarrileros del SAMF en octubre de 1958, que además de reivindicaciones económicas

se hizo en el contexto de la protesta popular contra el fraude electoral que pretendía nombrar sucesor de Castillo Armas a Miguel Ortíz Pasarelli, y la huelga de más de un mes que protagonizaron en 1959 los trabajadores del puerto de San José (Gutiérrez, op. cit., p. 85, 86; López Larrave, op. cit., p. 60). En 1959 además de las movilizaciones callejeras propiciadas por el Partido Revolucionario (PR) para anular las elecciones para alcalde de la ciudad de Guatemala, los estudiantes universitarios estallaron una huelga contra el aumento de las cuotas y los maestros y estudiantes de educación media hicieron lo mismo para protestar por el nombramiento de Julia Quiñónez Ydígoras como ministro de educación (Ruano, 1996).

En 1960, el ascenso reivindicativo se volvió a manifestar en enero, con la huelga de los trabajadores del Instituto Guatemalteco del Seguro Social (IGSS), la cual se convirtió en huelga de hambre por parte de los trabajadores y se vió acompañada de enfrentamientos callejeros entre manifestantes y las fuerzas represivas. Seis meses después, en junio, el Frente Unido del Magisterio Nacional (FUMN) realizó un movimiento de huelga por aumentos salariales. La importancia de estos dos últimos movimientos es que además de los propiamente interesados, lograron movilizar activamente el apoyo popular de otros sectores populares urbanos y además se observó ya la presencia de una organización estudiantil de postprimaria, que cumplirá un papel histórico en los siguientes años, el Frente Unido de Estudiantes Guatemaltecos Organizados (FUEGO) (Gutiérrez, op. cit., p. 86). El nombre de la organización, compuesta de estudiantes adolescentes, revelaba ya la combatividad que la animaba, la influencia poderosa que ya empezaba a ejercer la revolución cubana en la juventud de la clase media, particularmente en la clase media baja y proletaria urbana que será en los años sesenta la principal cantera de los cuadros guerrilleros. Hijos de burócratas medios y bajos, de maestros, oficinistas, artesanos y obreros, muchos ellos provenientes de familias que estuvieron identificadas con la revolución, con una vida cotidiana marcada por las precariedades de una gran pobreza y el autoritarismo de la *liberación*, irán conformando un sujeto colectivo de gran explosividad social. Aún más que el movimiento sindical, será este grupo social la vanguardia de la resistencia y uno de los principales dolores de cabeza del anticomunismo en las dos décadas siguientes.

3. Caminos de Rebelión.

En mayo de 1960, como se ha dicho antes, el PGT celebró su III Congreso. Tres datos recogidos por Víctor Manuel Gutiérrez llaman poderosamente la atención. En primer lugar el que el 53% de los delegados lo constituían obreros y campesinos. En segundo lugar, el que el 47% de estos delegados habían sobrevivido a las cárceles de la *liberación* y de los sucesivos gobiernos hasta llegar al de turno, el encabezado por Miguel Ydígoras Fuentes. Finalmente, el que 6% de dichos delegados habían sufrido torturas a manos de los esbirros de la dictadura (Gutiérrez, 1965, p. 32). Poco más de la mitad de los cuadros más destacados del PGT, ésta era la razón por la cual habían sido delegados al congreso, eran de extracción obrero-campesina, poco menos de la mitad, eran veteranos de las cárceles; y una pequeña parte, pero de todos modos significativa, había pasado por el expediente amargo de la tortura. Gutiérrez no lo registró, pero de acuerdo a lo que hemos dicho antes, si se hubiese hecho una encuesta con respecto a quienes de ellos venían del exilio, el porcentaje también hubiese sido significativo. El congreso reflejaba en su composición la vocación proletaria y popular del partido y el castigo que dicha vocación tenía en la sociedad guatemalteca.

a. La línea de la Conciliación Nacional.

La vocación homogeneizadora de los *liberacionistas* era tan absurda como inútil. Aún en el propio campo anticomunista, la heterogeneidad era inevitable como lo demostraba el que además de la fuerza hegemónica manifestada en el partido liderado por Sandoval Alarcón, el Movimiento Democrático Nacionalista formalizado legalmente en 1955 e inspirado en el franquismo y la Falange Española (Villagrán Kramer, 1994, p., 285), se podía encontrar al principal partido anticomunista en la época de la revolución, el Partido de Unificación Anticomunista (PUA) dirigido entre otros por Felipe Nery Barrientos Rosales, a la Democracia Cristiana Guatemalteca encabezada por René de León Schloter, al Partido de Liberación Nacional dirigido por Antonio Caravantes y al Partido Liberal encabezado entre otras personas por un destacado *liberacionista*, Leonel Sisnega Otero (Villagrán Kramer, op. cit., pp. 285-286; Santa Cruz, 1978, p. 24). Si bien el anticomunismo del MDN tenía inspiración franquista, el de la DCG tenía una dosis de

sensibilidad social y tenía el modelo italiano en la mente, mientras el PUA pudo haber sido aún más ultraderechista que el propio MDN. Pero todo estos partidos partían del hecho de que los comunistas (sea en el sentido estricto o en el laxo del término) tenían que ser excluidos del panorama político nacional.

En ese contexto de represión e intolerancia, al parecer el PGT no sometió a una revisión explícita los lineamientos generales aparecidos en el balance de 1955. Sin embargo, Guerra Borges recuerda ese período de manera enfática: “Veamos las cosas como son: el *documento de la magnesia* en su parte radical era pura literatura política, ni nos preocupamos por elaborar una concepción estratégica en esa línea, ni la tomamos en cuenta en lo sucesivo, como lo demuestran todos los documentos que hicimos hasta llegar al III congreso. Jamás nos volvimos a expresar en esa forma.” (GB/F, 9/97). Sin embargo no hubo, no tenía porque haberla en el contexto represivo que creó el *liberacionismo*, una línea que explícitamente le apostara a la vía pacífica de la recuperación democrática. Huberto Alvarado, después efímero secretario general hasta su asesinato en diciembre de 1974, recordaba años después que el PGT sí se vió impactado por las actividades de un grupo de políticos de “pequeña y mediana burguesía” que aglutinados en una organización clandestina llamada Recuperación Democrática, se veían envueltos en las actividades complotistas que alentaban sectores descontentos del ejército (Alvarado, op. cit., pp.37, 38). En la propia tradición política de los dirigentes del PGT esta posibilidad podía verse como algo viable, si se recuerda que varios de ellos habían presenciado o participado en esa alianza civil-militar que había provocado el alzamiento del 20 de octubre de 1944.

Pero como bien lo ha destacado un investigador de la trayectoria política del PGT en esos años (Urrutia, 1986, p. 78), se equivoca Ricardo Ramírez en sus *Lettres du Front Guatemalteque* al reducir la concepción del PGT a “una conspiración de golpe de estado”. Desde 1955, en el “documento de la magnesia”, había sentado su línea con respecto a los cuartelazos, las “revoluciones de palacios”: estas acciones serían totalmente infructuosas si se realizaban “a espaldas de las masas, sin la participación de las masas, sin compromisos plenamente garantizados con las masas” (CP/PGT, 1955, p. 60). Cuatro años después la comisión política mencionaba las “hostilidades e incompresiones” entre el partido y elementos democráticos honestos, provocada por la oposición del primero a las tendencias

golpistas de los segundos, los cuales según afirmaba la comisión política, menospreciaban a la lucha del pueblo y se proponían conquistar el poder a sus espaldas y “solamente a través de arreglos con militares y elementos cívicos aislados” (CP/PGT, 9/1959, p. 33). Entre líneas se puede deducir que el PGT no descartaba la posibilidad de un golpe, siempre y cuando se tuviera como “orientación principal el desarrollo de la lucha popular.”

Que podría haber habido alguna posibilidad en un vuelco de la situación a través de una alianza con un sector descontento del ejército, lo revela el testimonio de Carlos Paz Tejada, ex-jefe de las fuerzas armadas, exiliado en aquellos años en El Salvador: “Pasé clandestinamente a Guatemala cuatro o cinco veces puesto que estaba metido en conspiraciones. Yo estuve metido en tentativas de golpe de estado tales como la del alzamiento del coronel Francisco Cosenza en la Base Militar de la Aurora en enero de 1955 cuando mataron a Pedro Granados y a José Luis Rubio, también en 1957 cuando se quiso tomar la base del puerto de San José, donde mataron a uno de los hermanos Méndez Montenegro y al coronel Carlos Sarti” (PT/F, 1 y 2/98). En los siguientes doce meses se registraron al menos otras dos sublevaciones militares (Ruano, s/f). La inestabilidad en el seno del ejército, las pugnas internas y el espíritu de rebelión en sus filas, puede verse en el recuento que años después hizo Carlos Paz Tejada en un manuscrito hasta hoy inédito (Paz Tejada, s/f): el levantamiento de los cadetes en agosto de 1954, el alzamiento en la base militar de la Fuerza Aérea en la Aurora en enero de 1955, un nuevo intento en esa misma base en diciembre de 1955, el intento de asalto a la base militar del Puerto de San José en junio de 1957¹⁴.

Con reservas ideológicas a los golpes de estado sin participación popular, el PGT sin embargo se mantuvo en la expectativa de los resultados de las conspiraciones y algunos de sus militantes estuvieron involucrados en algunas de ellas. En la que encabezó Francisco Cosenza tuvieron alguna participación algunos civiles entre ellos Jorge Micheo, y los militantes del PGT Joaquín Noval, Roberto Muralles y Carlos Archila (C/F, 4/98).

¹⁴ La imagen de uno de los participantes en esta rebelión, el teniente coronel Carlos Sarti Morales se ha visto empañada por el retrato que de él hace Piero Gleijeses en cuyo acucioso libro (1991) aparece como un oportunista que especula junto a otros militares, con la renuncia de Arbenz. Es equivocada dicha apreciación; el teniente coronel Sarti fue un leal arbenzista que vivió en la pobreza después de que salió del ejército en 1954. Su muerte en el contexto de un infiltrado y

Las tentativas de golpe militar en cada uno de los tres años que gobernó Castillo Armas revela que la cohesión del ejército era precaria y que por lo tanto había un estrecho corredor que podría servir para desplazar a los *liberacionistas*. Acaso por ello, en su exilio el coronel Carlos Paz Tejada era visitado por todos los que desde distintas perspectivas se encontraban conspirando contra el régimen. Paz Tejada recuerda haber recibido en 1955 una visita de un grupo de estudiantes para convencerlo en que participara en una posible toma de la Base Militar de la Aurora (la que se observó en enero de 1955) en la que el coronel Ernesto Niederheitmann estaba involucrado. La situación era asombrosa para Paz Tejada pues todo el mundo sabía que dicho militar había sido un activo *liberacionista*, “es cierto me dijeron los estudiantes, pero ahora esta descontento y resentido con Castillo Armas” (PT/F, 2/98). Como suele suceder en este tipo de eventos, había algunos sectores en la *liberación* y en el propio ejército que estaban convencidos que sus servicios no habían sido debidamente compensados por el “caudillo” y de ello se derivaba su actitud complotista. Entre aquellos que fueron a visitar a Carlos Paz Tejada a El Salvador, se encontraba un joven exiliado, apenas un adolescente que en 1954 ya era el Presidente de la Asociación de Estudiantes de Postprimaria (Morales, 1994, p. 217). Aquel muchacho de manera enfática le dijo a Paz Tejada que él debería encabezar la lucha (PT/F, 1/98). Se trataba de Otto René Castillo, después el poeta de la revolución guatemalteca, probablemente con su poesía responsable de muchísimas adhesiones revolucionarias (Morales, *ibid*, p. 372), y caído en el esfuerzo guerrillero de la Sierra de las Minas en marzo de 1967. Junto a Paz Tejada, Castillo ingresó más de una vez clandestinamente a Guatemala desde El Salvador a consecuencia de las diversas actividades conspirativas en las cuales ambos estuvieron involucrados (PT/F, 9/98)¹⁵. El autoritarismo brutal de los *liberacionistas* hacía pensar a muchos de sus opositores que una salida pacífica no era posible, pero como bien lo dice Paz Tejada: “hasta 1958, la conspiración se hacía en función de un golpe militar: no se pensaba en una guerrilla. Eso sucedió hasta que triunfó la revolución cubana.”(PT/F, 2/98).

desorganizado complot en junio de 1957, no fue sino la culminación de una trayectoria política de principios nacionalistas revolucionarios.(CSC/F, 3/98).

¹⁵ Paz Tejada recuerda que en una de esas incursiones, de regreso a El Salvador fueron detectados por la policía y Otto René Castillo fue capturado (PT/F, 9/98).

El asesinato de Castillo Armas en julio de 1957 cambió drásticamente la situación. Miguel Ydígoras Fuentes no olvidaba la traición de Castillo Armas al “pacto de caballeros”, mediante el cual el primero se comprometía a convocar a elecciones presidenciales después del triunfo y permitir la candidatura del segundo, lo que seguramente llevaría a éste último a la presidencia “dado el prestigio que goza en el país” (Villagrán Kramer, op. cit., pp. 105-108). En lugar de eso, Castillo Armas hizo el plebiscito que supuestamente lo mantendría en el poder hasta 1960 y le dió a Ydígoras un exilio dorado como embajador en Colombia (ibid., p. 251). Por ello a la muerte del jefe de los *liberacionistas*, Ydígoras se había presentado en el país con el propósito de que finalmente le hicieran buena la antigua promesa. Rápidamente él y sus partidarios se percataron que el MDN no lo estaba pensando como alternativa y fundó su propio partido, Reconciliación Democrática Nacional (Redención) (ibid., p. 298). El nombre de su partido revelaba ya su estrategia de campaña: se presentaría ajeno al revanchismo anticomunista de los *liberacionistas* y ofrecería la reconciliación que era necesaria para Guatemala después de 1954. Sea porque el mensaje resultaba atractivo, o porque el desgaste *liberacionista* era muy acusado, el hecho cierto es que su popularidad se acrecentó, aun cuando no se vió en los resultados electorales de octubre de 1957, en el cual el fraude le dió el triunfo al candidato del MDN, Miguel Ortíz Pasarelli.

El fraude provocó una movilización popular significativa en la ciudad de Guatemala, la cual motivó que el presidente designado a la muerte de Castillo Armas, Luis Arturo González López, fuera derrocado por una efímera junta militar, quien finalmente delegó el poder en Guillermo Flores Avendaño, el cual a su vez convocó a elecciones para enero de 1958. Otro logro de la movilización popular fue que las elecciones de enero de 1958 fuesen limpias y además con la participación del candidato de un partido democrático (CP/PGT, 11/1958, p. 3). Ydígoras confirmó su popularidad y el repudio a la *liberación* y ganó las elecciones, derrotando al nuevo candidato del MDN, el teniente coronel José Luis Cruz Salazar y al candidato del PR, Mario Méndez Montenegro. Así, tomó posesión de la presidencia en marzo de 1958. El gobierno de Ydígoras representaba a una fracción disidente del anticomunismo que había triunfado en 1954. Pero la candidatura de éste había capitalizado el repudio al *liberacionismo* y no había contado con el apoyo de la embajada

estadounidense (ibid., pp. 5-6)¹⁶. Estos hechos creaban una situación política distinta a la de los tres años precedentes, puesto que la *liberación* quedaba desplazada del poder por su disidencia en un hecho en el cual las acciones de masas en la ciudad de Guatemala habían sido decisivas (ibid.,).

Ydígoras tenía que justificar el discurso político que tanto le había redituado y en 1958 la represión disminuyó. En noviembre de 1958 PGT percibió ese cambio de situación: “En el curso del último año, en el que se han ampliado en cierta medida las posibilidades de lucha legal y abierta, las fuerzas democráticas han venido avanzando y haciendo sentir su influencia en la vida política del país.” (ibid., p. 4). Otros sectores también notaron el cambio. Después de haber regresado al país en diciembre de 1957, el coronel Paz Tejada fue capturado al mes siguiente, a principios de 1958, y expulsado hacia Nicaragua, de donde después de muchas peripecias pudo regresar e ingresó subrepticamente a Guatemala, permaneciendo en la clandestinidad hasta que vino el cambio de gobierno. “Cuando llegó Ydígoras tuve un respiro, recuerda Paz Tejada, la cosa cambió por un tiempo, pude volver a mi casa, trabajar eventualmente. Esa situación cambió cuando triunfó la revolución cubana. El gobierno ydígorista se endureció. Además, la verdad es que ya estábamos conspirando de nuevo.” (PT/F, 1 y 2/98).

El PGT analizaba en marzo de 1958 que “una facción reaccionaria había desplazado del gobierno a otra” y que existían reales contradicciones entre las mismas (Alvarado, op. cit., p. 38, 39), pese a que existía un pacto entre ambas, el pacto Ydígoras-Cruz Salazar, realizado días después del triunfo electoral del primero (Villagrán Kramer lo llama “Pacto de Borrón y Cuenta Nueva”, op. cit., pp. 317-320). El planteamiento del PGT era que pese a esas circunstancias que el partido veía con claridad, también percibía que el mensaje electoral de Ydígoras había creado confusión en importantes sectores populares los cuales creyeron en las promesas democráticas y nacionalistas. Había que tomarle la palabra a Ydígoras y exigirle el cumplimiento de tales promesas y de esta manera evitar que el partido se distanciara de aquellos sectores populares que le creían a Ydígoras. Se trataba de “la línea de la conciliación nacional” que perseguía arrancarle concesiones al nuevo

¹⁶ Tal fue el análisis que se hizo en su momento. Sin embargo otras versiones apuntan a las amargas quejas que Cruz Salazar hizo aludiendo a las fuertes presiones a las cuales fue sometido por funcionarios estadounidenses que favorecían a Ydígoras (PT/F, 9/98).

régimen de tal manera que se podrían “ampliar las posibilidades de lucha democrática”, lo cual sería posible si el pueblo reforzaba esa lucha y si había unidad de todas las fuerzas democráticas (Alvarado, *ibid.*). En noviembre de 1958 la comisión política retrataba sucintamente a la nueva línea: “Se trataba, pues, de una política de acuerdo con la cual los guatemaltecos de derecha e izquierda, conservadores o comunistas, puedan convivir, ejercer en un plano de igualdad sus derechos fundamentales (de organización, de expresión del pensamiento, de creencias religiosas, de residencia en la tierra patria, etc.,)” (CP/PGT, 11/1958, p. 2). El PGT observaba en la declaración el tránsito que en los hechos venía observando desde tiempo atrás: el radicalismo del “documento de la magnesia” se veía sustituido por la lucha por la apertura democrática, la lucha por la revolución democrática y antiimperialista se veía mediada por el apoyo a una transición democrática. No se observaría dicho tránsito exento de suspicacias e inconformidades, particularmente en el seno de la JPT(C/F, 3/98).

Será ésta una de las oscilaciones del PGT a lo largo de su existencia: conciente de la necesidad de la revolución y sensible a la posibilidad de una apertura. Las preguntas esenciales implícitas en esta oscilación sería la siguiente: ¿Acaso la democracia en Guatemala era posible solamente a través de una revolución? ¿o sería factible hacerlo a través de una apertura democrática que creara mejores condiciones para una revolución? ¿El objetivo estratégico, es decir la revolución, era la única manera de llegar a la democracia? ¿O la democracia como elemento táctico para la estrategia del partido era una mediación insoslayable? En septiembre de 1959 la comisión política elaboró un informe para el comité central en el que la inclinación hacia esta última opción era muy clara: “El objetivo central del Partido en el presente período histórico es la recuperación democrática hacia la constitución de un gobierno, patriótico y revolucionario, apoyándose en el cual puedan las masas realizar de manera consecuente la revolución democrático-nacional de Guatemala. O sea, una revolución de contenido agrario, antiimperialista y popular.” (CP/PGT, 9/1959, p. 23). La recuperación de la democracia sería un factor táctico que posibilitaría el objetivo estratégico y no sería éste último el que haría posible la recuperación democrática.

Acaso aquí radique la causa última de esa crisis de identidad que se le ha imputado al PGT (Urrutia, op. cit.) y no en el conflicto entre una línea leninista y guevarista. “La línea de la conciliación nacional, recuerda Cardoza, planteaba la alianza de todos los sectores democráticos con los moderados de derecha para darle viabilidad a una salida democrática” (C/F, 8/97). El principal ponente de ella era nuevamente Alfredo Guerra Borges, quien además de las consideraciones políticas que hacía el PGT con respecto a la confusión de algunos sectores populares con el discurso ydigorista, tenía otra fuente de inspiración. Desde 1949 en ocasión de un viaje a México por ser parte del comité organizador de un congreso latinoamericano por la paz, Guerra Borges había mantenido una relación cercana con el Partido Comunista Español. Esa relación se mantuvo durante el exilio de Guerra Borges en México y con motivo de su viaje a la URSS para el XX Congreso del PCUS en 1956 (GB/F, 9/97). De acuerdo con Cardoza, de regreso de la URSS, Guerra Borges pasó por España donde tuvo oportunidad de tener contacto directo con la línea del PCE que buscaba darle una salida democrática a la España del franquismo (C/F, 8/97).

Haya sido esto así o no, lo cierto es que parte de la inspiración de Guerra Borges para la línea del PGT en 1958, surgió de la experiencia española. Como el mismo lo relata: “Cuando yo regresé a Guatemala en enero de 1958 estaba empapado de la línea de la conciliación nacional del PCE que no era sino su rectificación de la línea de la lucha armada contra el franquismo. Así, de esta experiencia y de la bandera antiliberacionista, surgió la línea de la conciliación nacional.”(GB/F, 9/97). Para Guerra Borges, ésta “era una línea para años”, implicaba haber tenido un PGT mucho más fuerte de lo que era en 1958, una recuperación democrática que estaría determinada por la recuperación de partidos democráticos como el PR. “Con ese objetivo fue que apoyamos la candidatura de Luis Fernando Galich a la alcaldía de Guatemala.”

Una de las condiciones que en retrospectiva estipula Guerra Borges para que la línea de la conciliación nacional se hubiese asentado era el fortalecimiento del PGT. En mayo de 1958 se difundió una resolución de la comisión política que nos ayuda a retratar la situación del partido en aquel momento. La cp “constataba con satisfacción que la reorganización del Partido en condiciones de severa clandestinidad en que lo sumió la intervención

norteamericana de 1954, ha avanzado de manera ininterrumpida desde entonces". El balance que hacía de cuatro años de reorganización es esclarecedor de la situación del PGT por aquellos años: el paso a la clandestinidad había sido una dura prueba a la que el joven e inexperto partido había sido expuesto, pero en 1958 ya se tenía experiencia acumulada aunque en general la militancia revelaba desconocimiento de las normas fundamentales del trabajo clandestino, no sabía combinar el trabajo legal con el ilegal por lo que era necesario promover una mayor educación sobre ese tema; este elemento del trabajo era cardinal pues el partido necesitaba incrementar su membrecía, aumentar su número de cuadros y tener más y más vínculos con las masas en un contexto en el que ya se habían detectado intentos "de la policía dirigida por los yanquis" por infiltrar la organización; tres enemigos tenía el partido: el espionaje, la rutina y el sectarismo (CP/PGT, 1958).

La situación financiera era tan difícil recuerda Guerra Borges, que en un momento dado hubo que quitarle el estipendio a Francisco Hernández Álvarez, uno de los principales organizadores en la costa sur, porque no alcanzaba el dinero. Así, siendo éste miembro del comité central tuvo que conseguir empleo como policía municipal en la terminal de autobuses de la capital (GB/F, 9/97). Cardoza recuerda a Hernández Álvarez en una casa de seguridad del partido, quitándose el quepi de policía con lágrimas de indignación en los ojos (C/F, 4/98). Los intentos de penetración de la CIA probablemente se refieran al hecho de que Efraín Villatoro y otros cuadros habían recibido por escrito un ofrecimiento de 200 dólares mensuales para "colaborar con un grupo de estudiosos de la realidad nacional". Villatoro y los demás informaron puntualmente de dicho ofrecimiento el cual por supuesto rechazaron (C/F, 2/98).

Con la línea de la conciliación nacional el partido le tomaba la palabra al ydigorismo, por lo que articularía las demandas populares al discurso antiliberacionista que había resultado triunfador en las elecciones (CP/PGT, 11/1958, p. 6). Pero para hacerlo con mayor efectividad, el PGT debería haber tenido una influencia mayor en el país. El problema también radicaba en que no había lugar para una "conciliación nacional" en el contexto que creó en América Latina la revolución cubana. El régimen ydigorista pronto volvió al discurso y a la práctica anticomunista para consolidar el apoyo de la Casa Blanca en un escenario en el cual el MDN estaba conspirando y aumentaba su influencia en el

ejército. En septiembre de 1959, la comisión política constataba que a lo largo de 1959, el gobierno ydigorista se había desplazado “hacia posiciones más reaccionarias y antidemocráticas” lo que se evidenciaba en hechos represivos, en un endurecimiento de su anticomunismo y en una actitud servil hacia los Estados Unidos de América en actividades policíacas de carácter anticomunista (CP/PGT, 9/1959, p. 5). La línea de “la conciliación nacional” quedaba desvirtuada lo que no implicaba que se abandonara el esfuerzo por lo que se calificaba de “recuperación democrática” (ibid., p. 28). Simplemente se dejaba de demandar al gobierno ydigorista la aplicación de sus compromisos de campaña y se cambiaba el término de “conciliación nacional” por el de “convivencia democrática”. El cambio de nombres era debido a lo que al evaluar la experiencia de ese período, en el III Congreso del PGT se consideró que su saldo más negativo: puertas afuera del partido su propuesta no se había distinguido lo suficiente de lo que proponía el gobierno ydigorista (ibid., pp. 27, 28; Alvarado, op. cit., p. 40).

También necesitaba la “conciliación nacional” de un partido o varios partidos democráticos que apuntalaran una transición democrática. El partido que podría haber jugado ese papel fue el Partido Revolucionario pero su trayectoria se enfiló en un sentido totalmente opuesto. El PR había sido fundado en agosto de 1957 y participado en las elecciones de enero de 1958. Tenía como principal dirigente a Mario Méndez Montenegro, el cual representaba a la corriente de derecha del mismo y por lo mismo rápidamente se deshizo del sector de izquierda que había visto en la fundación del PR una alternativa revolucionaria no comunista. Así fue que como producto de este cisma el 14 de diciembre de 1958 (PUR, 5/1959; CP/PGT, 9/1959, p. 2) salieron del PR entre otros Alfonso Bauer Paiz, Julio Camey Herrera, Marco Antonio Villamar Contreras, Julio Gómez Padilla, Julio Valladares Castillo, Alberto Paz y Paz y Cesar Augusto Régil (PUR, 9/1959).

Poco tiempo después surgió el Partido de Unidad Revolucionaria (PUR); en su manifiesto fundacional del 1 de mayo de 1959, los disidentes del PR acusaban a éste partido y a Méndez Montenegro de hacer uso del anticomunismo y el caudillismo para lograr sus fines políticos así como de abandonar los principios democráticos y populares del “decenio democrático” (PUR, 5/1959). El PUR se autodefinía como un partido que el pueblo necesitaba, pero que no era un “partido de clase” ni comunista (ibid.). El analista puede

concluir que el ideario del PUR era de contenido revolucionario no comunista, antiimperialista y que buscaba reanudar el hilo de la historia de Guatemala que había sido truncado en 1954. Al analizar el listado de sus dirigentes nacionales y cuadros medios puede dársele razón a aquellos que dijeron que parte de ellos tenían doble militancia pues formaban también parte del clandestino PGT (GL/F, 3/98). Pero sería un error calificar al PUR de “comunismo disfrazado”. Ni la ideología que lo vertebraba, ni la postura de la mayoría de sus dirigentes más conspicuos autoriza tal aseveración.

El PR fue deslizándose cada vez más hacia la derecha, a fines de 1960 más que establecer alianzas con los sectores democráticos de la oposición, realizó un pacto con el MDN y la DCG (Villagrán Kramer, op. cit., p. 342). Para entonces ya había salido otro grupo del partido que tenía entre sus cabezas visibles al joven y talentoso jurista Francisco Villagrán Kramer, los cuales fundarían la Unidad Revolucionaria Democrática (URD). En lo que se refiere al PGT, el cisma de 1958 en el PR provocó que si bien en diciembre de 1958 había apoyado la candidatura a la alcaldía de Luis Fernando Galich, en julio de 1959 - cuando se repitieron las elecciones por acusaciones de fraude- tuvo que apoyar a la candidatura de Julio Camey Herrera, lanzado por el PUR, a efecto de no romper la alianza con el sector más importante de los revolucionarios no comunistas (CP/PGT, 9/1959, p. 19).

Pero el triunfo de la revolución cubana a principios de 1959 no solamente fue un factor que actuó en contra de la línea de la conciliación nacional por los efectos que tuvo en el endurecimiento del régimen ydigorista, los partidos de derecha y de centro y por supuesto en Washington, sino también porque provocó una creciente radicalización en el seno del PGT, particularmente en su juventud. Además del giro a la derecha del gobierno ydigorista, fue éste también un factor que coadyuvó al distanciamiento del PGT con respecto a la posibilidad de una transición democrática. Después de la rebelión del 13 de noviembre de 1960, y en un contexto de ascenso de la movilización popular urbana y de la radicalización de ciertos sectores, el PGT entró a considerar con mayor definición la implantación de la lucha armada en el país.

b. Por el sendero de la guerra.

A partir de 1960, pareciera que la estrella de Guerra Borges, acaso el principal ideólogo del PGT, empezó a languidecer probablemente sin que él mismo se diera cuenta. Su más auténtica propuesta, una lenta acumulación de fuerzas para crear una situación política nueva que le diera paso a la democracia, parecía caminar en contra del desenvolvimiento de los acontecimientos. El régimen Ydigorista, si bien había mostrado al principio un aflojamiento del clima represivo que caracterizó al *liberacionismo*, no continuó en esa senda sino más bien retrocedió. La tendencia estatal hacia la represión paulatinamente se fue acentuando conforme las luchas sociales y políticas iban ascendiendo y también, como expresión del temor anticomunista que se fue expandiendo en todo el continente conforme la revolución cubana fue decantando su perfil. Tan temprano como mediados de 1960, el gobierno ydigorista ya tenía instalada en la finca La Helvetia, propiedad del finquero ydigorista, Roberto Alejos Arzú, una base de entrenamiento para los contrarrevolucionarios cubanos que era asistida por Washington (Paz Tejada, 1960). La polarización política que se observaba en toda América Latina, arrastraba por supuesto a un país en el cual dicha polarización tenía un caldo de cultivo bastante fértil.

Un todavía conmocionado Guerra Borges recuerda a fines de los noventa: “En las condiciones que creó la derecha en Guatemala, cualquiera me podía argumentar que yo estaba ciego si seguía pensando en una apertura democrática. Ante la gente que estaban matando o encarcelando, los sindicatos que eran reprimidos, los campesinos que eran aplastados poco podía yo decir. El que yo me haya opuesto a la lucha armada a partir de un determinado momento, puesto que estaba convencido de que no se iba a ganar jamás, acaso le de más valor a lo que te voy a decir: en Guatemala fue inevitable la lucha armada.” (GB/F, 9/97). Con comprensión, Cardoza también evoca al Guerra Borges de principios de los sesenta: “A Guerra Borges, que básicamente es un hombre de ideas, le tocó vivir una época muy dolorosa, la de la vida clandestina en la que si bien uno no usaba la violencia, la policía y el gobierno la usaban con uno, y en la que nuestro espíritu era de aguantar y seguir luchando por medios políticos con la esperanza de que algún día, los gobernantes entenderían que no era posible seguir gobernando con la violencia. Pero llegó un momento

en que eso se acabó y empezamos a decir “respondemos con la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria.” (C/F, 8/97).

Si hemos destacado el caso de Guerra Borges, es simplemente porque fue junto a Silva Jonama y Alvarado Monzón, uno de los dirigentes más lúcidos del PGT en la década de los cincuenta. Pero este desfase no se agotaba en él ni mucho menos. La revolución cubana generó un entusiasmo revolucionario en las filas del PGT y de la JPT, de los revolucionarios no comunistas y fundamentalmente en el seno de la juventud ladina de los sectores medios y pobres de los cascos urbanos. Pero no en todos los casos ese entusiasmo generaba las mismas radicalizaciones. Por ejemplo Díaz Rozzotto al calor de la experiencia de la revolución cubana, encabezó una lucha interna que se sustentaba en la crítica a los documentos del PGT porque en ellos “solamente se hablaba de la lucha por un gobierno democrático, amplio y plural, pero no se decía nada de la conquista del poder” (C/F, 8/97). Pero esta radicalización del análisis no necesariamente implicaba la adhesión a la lucha armada, al menos tal como ésta fue planteada en los sesenta (véase Mejía/Díaz Rozzotto, 1995). En cambio, uno de esos jóvenes urbanos radicalizados que hemos mencionado, Mario Robles, militante de la JPT en aquel entonces y después el comandante Juan de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), recuerda que no solamente era el ejemplo cubano sino también lo que venía sucediendo en Venezuela desde 1958 lo que impactaba a los jóvenes, “cuando el partido empezó a organizar a la juventud, no entendió que tipo de juventud estaba organizando, ésta era una que estaba siendo afectada por sucesos externos y que por ello no se conformaba con los esquemas tradicionales que tenía el PGT ” (MR/F, 9/87). *César Montes* agrega que “la forma en que concebía la lucha el partido no era como la experiencia cubana, sino más bien pensaban en algo así como una insurrección popular con apoyo del ejército como había sido en octubre de 1944” (CM/F, 7/97).

En un nivel amplio el FUEGO y en la militancia clandestina, la JPT, eran las organizaciones representativas de ese espíritu radicalizado y de esos sectores sociales. Entre 1960 y 1961, la JPT era fuerte sobre todo en la capital y en ella en los institutos públicos de educación secundaria, en las facultades de derecho, economía, medicina, odontología y arquitectura, pero también había organización juvenil en las ciudades de Mazatenango, Quezaltenango y Escuintla (CM/F, 7/97). Para esos años ya había recibido el

poderoso impulso de la revolución cubana. Julio César Macías Mayora, el después muy conocido comandante *César Montes*, recuerda con entusiasmo ese período que abarca 1959-1961: “La revolución cubana generó en nosotros un enorme fervor revolucionario. Desde 1959 se empezaron a dar las primeras marchas de apoyo a la revolución y había peregrinaciones a la embajada cubana en Guatemala. Nos entusiasmaba enormemente todo lo que se estaba haciendo en Cuba, en particular la campaña de alfabetización. Cuando una federación de jóvenes anticomunistas empezó a visitar Guatemala para hacer propaganda en contra de la revolución, nosotros nos les enfrentamos. Recuerdo muy bien como Edgar Ibarra y yo participamos en un debate con ellos en la TGW ¹⁷, y como un 26 de julio organizamos una gran celebración masiva en el edificio del paraninfo de la facultad de medicina, también recuerdo un primero de mayo con un gran mitin, con banderas y todo, en el cual hablaron el ex-diputado Cardoza y Villamar Contreras¹⁸. Las muchachas del Instituto Belém, del INCA y los muchachos de otros institutos, muchachos de 14 o 16 años nos movilizábamos, no por el marxismo, ni siquiera por la revolución de octubre, sino por la revolución cubana. La JPT creció enormemente, de 40 o 50 jóvenes llegamos a más de 200. Como éramos casi todos muy activos y politizados, éramos cuadros y líderes, cuando se eligió la directiva del FUEGO resultó que casi todos éramos de la JPT” (CM/F, 7/97).

En este contexto hay que imaginar las resoluciones del III congreso del PGT. Muchos sucesos habían acontecido desde aquellos días noviembre de 1958, cuando el PGT hablando de la “conciliación nacional” había declarado que “...los comunistas reafirmamos así nuestra voluntad de luchar por el desarrollo pacífico de Guatemala... Los comunistas ofrecemos a Guatemala otra perspectiva: nos pronunciamos por el desarrollo pacífico de Guatemala... la experiencia internacional de nuestros días, y la experiencia del último año en nuestro país, confirman que las fuerzas democráticas no requieren necesariamente de la violencia para avanzar e incluso llegar a constituir gobierno...” (CP/PGT, 11/58, p. 3). Año y medio después, el PGT retomaba la “línea de las cuatro clases” que tan maltrecha había quedado en el “documento de la magnesia” cuando planteaba que su objetivo estratégico era la realización de una revolución democrático-

¹⁷ Edgar Ibarra fue uno de los primeros jóvenes en integrarse a la guerrilla en donde murió en combate. La TGW era la radio oficial.

¹⁸ Se refiere a la celebración del primero de mayo de 1961. Véase, Gutierrez, 1964, p. 84.

nacional y la formación de un gobierno revolucionario, democrático y patriótico integrado por las cuatro clases que representaban a las fuerzas productivas que pugnaban por abrise paso en la sociedad: la clase obrera, el campesinado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional (Gutiérrez, 1965, p. 33). A la par de mencionar la disposición a usar todas las formas de lucha, el PGT enunciaba con una mezcla de cautela y decisión que existían “corrientes democráticas” que consideraban que la lucha contra Ydígoras debería ser de carácter armado, lo cual debería ser examinado cuidadosamente para “no confundir deseos con realidad”, pero al mismo tiempo tomar medidas concretas para estar preparado para tomar parte de la lucha cualquiera que “sean las formas que ésta adopte” (ibid.,).

Efectivamente ya el clima de enfrentamiento armado empezaba a permear las filas del PGT. *César Montes* recuerda que en algún momento entre 1959 y 1960, Ricardo Ramírez, el nicaraguense Jorge Ampié y él mismo estuvieron haciendo exploraciones en Santa Rosa, y en el volcán de Pacaya, para ver las condiciones de instalación de un foco guerrillero. “El partido tenía cuadros con experiencia sindical pero no militar, si yo fui a esa exploración es porque había sido un buen boy scout en mi tierra, Mazatenango, pero yo era totalmente pacífico en esa época. Aprendí a pelear en los enfrentamientos callejeros en los que después estuve” (CM/F, 7/97; Macías, 1997, p. 132). Pero esta radicalización no solamente existía en el PGT, sino también en sectores no comunistas como lo aludía el PGT cuando hablaba de las “corrientes democráticas” que eran partidarias de la lucha armada. En su informe de septiembre de 1959, la comisión política mencionaba también a la actividad conspirativa y “tendencias golpistas” de elementos democráticos que honestamente querían cambios favorables al pueblo; también aludía al golpismo presente en sectores oportunistas del “campo democrático” como el encabezado por Méndez Montenegro (CP/PGT, 9/1959, pp. 33-35). Por la vía del golpe o de la lucha guerrillera, la necesidad de la violencia para un cambio se filtraba por los ámbitos revolucionario y democrático.

El fervor guerrillero era tan grande que hasta los derrotados *liberacionistas* consideraron a la guerrilla como método de lucha contra el régimen Ydígorista. Más aún, como lo ha destacado un investigador (Ruano, 1996, pp. 8, 41) fue la derecha antes que la izquierda la que hizo en el país la primera tentativa guerrillera y curiosamente, también eligieron a la Sierra de las Minas como su área de operaciones. En febrero de 1959, entre 8

y 11 hombres al mando de Raúl Estuardo Lorenzana (recuérdese a su padre, el *liberacionista* fusilado en el Puerto Barrios de junio de 1954), con financiamiento de destacados anticomunistas como lo era el derrotado candidato anticomunista, Miguel Ortíz Pasarelli, se internaron en la montaña con el nombre de *Acción Nacionalista*. La aventura duró poco pues fueron rápidamente capturados o dispersados por el ejército antes de que sostuvieran combate alguno. La audacia de Lorenzana, mostrada entre otros hechos con el secuestro en 1968 del Arzobispo de Guatemala, Monseñor Mario Casariego, no terminó allí. Tiempo después de su intentona guerrillera, Lorenzana se jactaba de haber viajado a Cuba y haber recibido una ayuda de 25 mil dólares de parte del gobierno cubano para continuar su lucha. La balandronada, si bien era inexacta al parecer tenía sustentos reales: sí había viajado a Cuba y había hecho una recolecta que le había redituado 25 mil pesos cubanos (C/F, 2/98). En estos hechos se basa la leyenda que se tejió en torno al líder ultraderechista: que había sido de izquierda y que después caminó hacia el anticomunismo hasta su asesinato en 1968 en manos del ejército. Además de razones políticas, de tradición familiar, Lorenzana tenía -hemos mencionado por qué- razones personales para ser un anticomunista radical, como lo demuestra su liderazgo en el escuadrón de la muerte *La Mano Blanca*.

Carlos Paz Tejada aprovechó la semana santa de 1960 para salir a El Salvador en un viaje que tenía cobertura familiar. En realidad la razón fundamental de su salida del país era que había decidido aceptar la invitación a visitar Cuba, la cual le había llegado por medio de alguien que no tenía que ver con el PGT: Emilio Zea González quien era amigo del *Che* desde los días de su estancia en Guatemala. La visita y el trayecto a través de El Salvador y después Honduras, fue organizada al margen del PGT. En Cuba fue recibido en dos ocasiones por Ernesto *Che* Guevara: “El *Che* me recibió dos o tres veces, una de ellas en el Cuartel de Columbia, me dió sus puntos de vista sobre la situación política, fueron pláticas bastante generales en las cuales yo le expresé el deseo que había de armar una guerrilla en Guatemala. Aparte de algunos consejos, de expresarme su voluntad en seguir la comunicación, me regaló su libro sobre la guerra de guerrillas. Ese libro lo perdí después en la guerrilla de Concuá” (PT/F, 2/98). En julio de 1960, uno de los militares conjurados en el grupo que organizaría después el levantamiento del 13 de noviembre, la *Hermanidad del*

Niño Jesús (el teniente Guillermo Lavagnino) (Arrazola, loc. cit.,) encabezó el intento de toma de la base militar de Cobán en el que estuvieron implicados varios civiles, entre ellos el revolucionario no comunista Alejandro Silva Falla y el miembro del PGT, después destacado cuadro guerrillero, Mario Lemus (*Efigenio*) (CM/F, 7/97). Según recuerda Paz Tejada, la intentona surgió de la impaciencia de Falla y Lavagnino ante la lentitud de los preparativos de lo que después sería el alzamiento del 13 de noviembre, puesto que aquellos creían “que no se actuaba por temor o indecisión” (Paz Tejada, s/f). El levantamiento, en el cual participaron otras 14 personas vinculadas al PUR, fracasó y según Paz Tejada “sólo sirvió para que el gobierno de Ydígoras decretara el estado de sitio y acentuara la persecución contra los elementos revolucionarios” (ibid.,). Sin embargo, la intentona de Lavagnino y Silva Falla se convirtió en un antecedente directo de los acontecimientos de noviembre de ese mismo año (Aguilera, 1970, p. 12; Ruano, s/f).

Por todos estos hechos, habrá que relativizar la afirmación de Guerra Borges de que lo que se aprobó en el III congreso “no implicaba una ruptura con lo que veníamos pensando”. Esto era solamente una de las lecturas de las resoluciones del congreso, como agudamente se lo diría poco tiempo después Luis Carlos Prestes a Cardoza en su conversación en Moscú. Así en contraste con lo que opina Guerra Borges, para Cardoza queda claro que la línea aprobada por el III congreso se enfilaba hacia la lucha armada: “Era allí hacia donde íbamos, como lo demuestra el que después del congreso se empezaron a retirar militantes que no tenían la disposición de participar en una lucha armada, Concepción Castro de Mencos entre ellos. Recuerdo a otra compañera diciéndome que no tenía ánimo para tirar balazos así que se retiraba del partido. Hubo reuniones de consulta a los que llegaron gentes de diversos lugares. De El Salvador llegó Virgilio Guerra y su comentario casi sarcástico fue: ¿ya te diste cuenta de lo que aprobaron? lo que ustedes aprobaron fue la guerra y yo no digo que no la hagan, pero nadie de ustedes se imagina los costos y hay que estar conciente que la guerra tiene costos enormes.”(C/F, 8/97).

4. La Rebelión Militar del 13 de Noviembre.

El triunfo *liberacionista* en junio de 1954, creó un desorden en la correlación de fuerzas en el poder que paulatinamente se venía cristalizando desde la desaparición de la

figura del *dictador* con la revolución de 1944. La revolución había creado, para poner un ejemplo de la correlación de fuerzas que hemos mencionado, un Consejo Superior de Defensa, que volvía al ejército prácticamente en una entidad deliberante en materia de política. Como lo afirma Paz Tejada: “Es interesante constatar que el Consejo se formó con la nueva Constitución con el objeto de dar una mayor participación en decisiones políticas a los oficiales, aunque esta palabra no la señalaba la Constitución... Es necesario señalar que muchos acontecimientos históricos de gran trascendencia para el país se generaron aquí.” (Paz Tejada, en Cáceres, 1981). Gracias a su traición, el ejército guatemalteco había sufrido la humillación de haberse rendido ante un puñado de mercenarios inferiormente armados y muchísimo menos numerosos. En realidad, como lo hemos mencionado páginas atrás, y es hecho bastante conocido, la rendición del ejército había sido ante los Estados Unidos en el contexto de no querer pelear para defender a un “régimen comunista”.

En la euforia de 1954, esta situación parece no haber sido entendida cabalmente por las huestes *liberacionistas* que verdaderamente se creyeron victoriosas. En el desfile de la victoria, realizado el primero de agosto de 1954, participaron alrededor de 600 hombres como parte del *ejército de la liberación* (Villagrán Kramer, op. cit., p. 221), dato que de ser cierto implicaría el doble, o acaso el triple, de los que realmente participaron en los combates, por lo que se puede pensar que en el desfile una buena parte de las huestes *liberacionistas* eran soldados de desfile y no de combate. El nuevo ministro de la defensa impartió la orden de que se intercalasen entre las unidades del ejército nacional, unidades de los *liberacionistas*. Al final de la parada militar, oficiales y combatientes de “ambos ejércitos” recibieron condecoraciones.

De esta manera, el ejército que no había querido repartir armas a la población civil por considerarse el único con facultades de tenerlas, tenía que soportar la humillación de compartir desfile y honores con un ejército irregular, el cual además se sentía el “vencedor” en la contienda. En cierto modo, ironías de la historia, el ejército perdía parte de la fuerza que había ido ganando durante el período revolucionario. Se encontraba frente a un grupo de hombres armados que se autodenominaban “ejército”, apoyados por un movimiento político que se había enfrentado a las fuerzas armadas y los había “derrotado”, movimiento que a su vez estaba dirigido por un militar, con la salvedad de que este militar debía sus

hombres y prestigio más reciente a una lucha que lo había enfrentado, al menos durante un momento, con sus antiguos compañeros de armas. He aquí las razones profundas del levantamiento de los cadetes del 2 de agosto. Un incidente ocurrido poco antes, fue uno de los factores que desencadenó la tormenta contenida: unos oficiales *liberacionistas* ebrios de alcohol y prepotencia, hicieron bailar desnudos a tres cadetes en un burdel (ibid., p. 230).¹⁹

Por ello el levantamiento del 2 de agosto comenzó en la Escuela Politécnica y fue dirigido básicamente por un grupo de cadetes de la promoción No. 52. Los cabecillas principales fueron Ricardo Cobar, Carlos Anderson, Oscar Morales Hamel (cubano), René Santizo Corado, Francisco Barzanallana, Mario Enrique Paiz. En el momento de las operaciones de asedio a los *liberacionistas* acantonados en el Hospital Roosevelt, además de los anteriores estuvo el después ministro de gobernación de Ríos Montt, Ricardo Méndez Ruiz y por su rango, en tanto que pertenecían a la promoción de último año (la No. 51), el abanderado de la Escuela Politécnica, José Luis Araneda (muerto en la rebelión) y el cadete Erwin Ortiz. En el alzamiento también participarían otros dos cadetes cuyos nombres veremos después vinculados a la rebelión del 13 de noviembre: Emilio Eva Saldívar y Mario Tulio Morales (Wer, 1993, pp. 123-127).

La inmensa mayoría de la compañía de cadetes, integrada por estudiantes de cinco promociones (poco más de 100 hombres) asediaron a los dos mil *liberacionistas* que se encontraban concentrados en el hospital.²⁰ Rápidamente los alzados enviaron delegaciones a la Base Militar de la Aurora para obtener apoyo, mientras el contingente principal se dirigió hacia el hospital Roosevelt donde estaban acantonados los *liberacionistas*. Los alzados contaron con el apoyo de los militares de la bases mencionada, con el agregado de que en un momento exigieron la dimisión del gobierno para solucionar el conflicto. Después de varias horas de hostilidades y treguas, que costaron la vida a combatientes de ambos bandos, los cadetes que habían logrado la protección de una parte del ejército, suspendieron su rebelión cuando obtuvieron lo que inicialmente buscaban: el licenciamiento de oficiales y combatientes del *ejército de liberación*. La rebelión lograba

¹⁹ El interesante testimonio de uno de los cadetes alzados alude al incidente en el prostíbulo pero no menciona la humillación que la fuente de Villagrán Kramer menciona (Wer, 1993, p. 31).

²⁰ De ser cierta la cifra que da Wer en su libro (p. 115), el número de efectivos *liberacionistas* había crecido en varias veces desde el momento de los combates.

eso, pero el desequilibrio que había motivado la rebelión, un ejército disminuido en su poder por la presencia de un “caudillo” y un movimiento político, continuaría así hasta la muerte del primero (Villagrán Kramer, op. cit., cap. V). Prueba de ello fue que pese a que Castillo Armas se comprometió a no ejercer represalias contra los cadetes, después de solucionado el conflicto cerró la Escuela Politécnica y encarceló a buena parte de los alzados. La mayor parte de ellos vió truncada así su carrera militar (Wer, 1993, p. 119).

En cierta manera el alzamiento del 2 de agosto es el antecedente de la rebelión del 13 de noviembre. El coronel Paz Tejada, participante en los preparativos de tal sublevación recuerda que en aquel momento, en las filas del ejército existía un resentimiento por la humillación sufrida en 1954 (PT/F, 2/98) y el capitán y después abogado Arturo Chur del Cid, uno de los más decididos protagonistas de la sublevación, agrega varias razones más, las que comparte Paz Tejada (Paz Tejada, 1997; PT/F, 2/98; también Debray y Ramírez, 1975, p. 256): la corrupción del régimen ydigorista que ya empezaba a ocasionar escándalos y que se transmitía a algunos jefes del ejército (algunos de ellos se enriquecían con la apropiación de tierras, el contrabando de aduanas y la sobrevaloración del precio de los barcos para la marina de guerra); en su afán de ganarse todas las simpatías de la Casa Blanca, Ydígoras había ignorado la opinión de buena parte de la oficialidad de que no se debía prestar el territorio nacional para que la CIA organizase la invasión a Cuba, la cual ya se estaba preparando en la finca La Helvetia. La lógica de los militares indicaba que si ahora Estados Unidos estaba preparando la invasión a Cuba, la que finalmente se dió en Playa Girón en abril de 1961, mañana invadirían a Guatemala (Arrazola, 1997, p. 13; CHC/F, 3/98). Marco Antonio Villamar Contreras recuerda que gracias a sus relaciones con algunos oficiales del ejército guatemalteco pudo visitar subrepticamente La Helvetia; la broma amarga repetida por algunos de ellos era que formaban parte de las “fuerzas TIM”: “Tropas Indígenas Mercenarias” (MVC/F, 3/98).

Chur del Cid agrega otra razón más, el descontento militar crecía porque los estaban obligando a reprimir las crecientes protestas populares urbanas observadas durante 1959 y 1960. “Nos obligaban a ver al pueblo como un enemigo que se debía derrotar”. Y añade que también había descontento por falta de profesionalismo en el ejército: “Para poner un ejemplo, a Ricardo Córdón y Alejandro de León que venían de estudiar ingeniería

militar de la Argentina los mandaron a la infantería” (CHC/F, 3/98). Paz Tejada agrega que también había ambiciones personales de poder entre las motivaciones y un cronista que vivió la rebelión desde afuera coincide con él (Alvarado, 1994, p. 45). Finalmente, se han mencionado entre los motivos del descontento los bajos salarios de los oficiales y la reincorporación de los militares de línea al servicio activo (Debray y Ramírez, 1975, p. 256).

Fue en este contexto que un grupo de cinco oficiales, el coronel Roberto Castillo, el mayor Luis Alfonso Prera Sierra y los capitanes Ricardo Cordón Acevedo, Augusto Maldonado Gálvez y Marco Tulio Contreras formaron el *grupo inicial* de lo que después sería *La Hermandad del Niño Jesús* (Yon Sosa 1967), una suerte de secta secreta integrada por todos aquellos que hicieran un juramento de lealtad que incluso involucraba represalias contra las familias de los conjurados que traicionaran al “grupo al que hoy ingreso”²¹. A fines de 1959 y principios de 1960, un grupo de estos militares que paulatinamente se había ido expandiendo a través de reclutamientos hechos en el espíritu de la conjura, fue a visitar a Paz Tejada. El coronel revolucionario recuerda que además de Cordón, se encontraban ~~otro militar, Fernando Montes de Oca, y el teniente coronel Ahmed Castillo~~. Los militares le proponían a Paz Tejada el que se uniese a ellos y le ofrecían el liderazgo de la rebelión (Paz Tejada, 1997; PT/F, 2/98); más aún: Paz Tejada recuerda que se constituyó una directiva de cinco oficiales a la cual se agregaría él mismo fungiendo como presidente de la misma (Paz Tejada, s/f).

Desde el principio, puesto que ya había la decisión que el “coordinador” de la sociedad secreta era el coronel Castillo, parecería que había una especie de doble agenda en las manos del *grupo inicial* en el momento de hablar con Paz Tejada. La doble agenda no sería exclusiva de ellos, puesto como lo admite ahora el propio Paz Tejada (PT/F, 2/98) en los meses siguientes también él armó la suya propia, cual era que en la rebelión deberían participar civiles, entre ellos la militancia más radical del PUR, partido con el cual sin ser militante, el coronel mantuvo una relación estrecha hasta su salida del país (Paz Tejada,

²¹ El texto escrito por Arrazola y publicado en un diario guatemalteco tiene una reproducción facsimilar del juramento escrito y firmado de propio puño y letra, por los entonces subtenientes Héctor Alejandro Gramajo y Arturo de la Cruz, después parte de los generales más activos en la contrainsurgencia de los años setenta y ochenta (Arrazola, loc. cit., pp. 14, 15)

1997; PT/F, 2/98). Dos hombres eran de su muy especial confianza, Humberto Véliz y Cesar Augusto Régil. (PT/F, 2/98). Cuando todavía las esperanzas de la participación civil en el alzamiento no se habían esfumado, el sector del PUR más entusiasmado con la rebelión, había constituido a Paz Tejada en su virtual jefe y algunos de sus dirigentes más connotados habían ofrecido de manera ampulosa una fuerte participación popular: Hector Castañeda hablaba de fuertes contingentes en Zacapa y El Progreso, Marco Antonio Villamar Contreras decía contar con ellos en la costa sur mientras otros dirigentes medios afirmaban poder movilizar a sectores significativos de los barrios pobres de la capital (Paz Tejada, s/f).

Cuando el *grupo inicial* le ofrecía a Paz Tejada la jefatura de la rebelión, lo hacía porque consideraba que era un militar todavía con una gran convocatoria en las filas del ejército, pese a su vinculación con el período revolucionario. Paz Tejada había sido “abanderado” de la Escuela Politécnica (honor reservado para el estudiante más notable de la escuela militar), capitán de la compañía de cadetes de dicha escuela (cargo que siempre dió mucho prestigio), presidente del Consejo Superior de la Defensa, y jefe de las fuerzas armadas durante el gobierno de Arévalo, puesto en el cual demostró una lealtad extraordinaria. Pruebas de dicha lealtad fueron palpables, cuando tuvo que asumir funciones extraordinarias para poder controlar la desestabilización política provocada por las manifestaciones anticomunistas de 1950, las cuales conmemoraban la muerte del coronel Arana (PT/F, 1/98). Además de militar era ingeniero civil egresado de la Universidad de San Carlos y unía a las anteriores dotes la honestidad, la modestia²² y la valentía en los momentos de combate y conspiración: durante los combates en el 20 de octubre de 1944, en el ataque a la Guardia de Honor durante la rebelión que se desató a la muerte del coronel Arana en julio de 1949 (ibid.), en las conspiraciones en las que participó entre 1954 y 1957, en los planes frustrados de matar a Anastasio Somoza Debayle y Castillo Armas en el encuentro que estos llevarían a cabo en 1957 en el Puerto de San José (Paz Tejada, s/f).

El prestigio de Paz Tejada se extendía a los distintos países de Centroamérica en donde tenía amigos y conocidos en los gobiernos y ejércitos de cada uno de los países.

Tanto fue esto así, que cuando en enero de 1958 fue deportado por el gobierno de Flores Avendaño hacia Nicaragua, fue recibido en el aeropuerto en Managua por el director de seguridad del presidente Luis Somoza Debayle, “Me manda a decir el señor presidente que usted no es un prisionero aquí”, le dijo el funcionario de la dictadura. Somoza lo recibió en el palacio presidencial y junto a su jefe de estado mayor presidencial, coronel Heberto Sánchez, lo ayudaron a conseguir visa para ingresar a El Salvador. Cuando esto no fue posible debido a la orden del presidente José María Lemus de negársela, Paz Tejada recibió muestras una vez más de su capacidad de convocatoria; fue la resistencia antisomocista la que lo sacó de Nicaragua y lo llevó a Honduras, de donde viajó clandestinamente a El Salvador y a Guatemala (PT/F, 2/98).

No resulta extraño pues que los militares conjurados lo hayan buscado para que lidereara la rebelión. Con ello les sería más fácil el reclutamiento de miembros para *La Hermandad del Niño Jesús*, la cual llegó a agrupar según unas fuentes entre 105 y 110 oficiales (Debray y Ramírez, 1975, p. 257; JR/F, 9/97), según otras aproximadamente 200 (Arrazola, op. cit; Aguilera, 1970, p. 14; CHC/F, 3/98)²³. Pero Paz Tejada tenía algunos inconvenientes que finalmente determinaron que fuera marginado de la rebelión (Paz Tejada/Guinea, 1996; Paz Tejada, 1997; PT/F, 2/98). En primer lugar su concepción de la rebelión, siguiendo el ejemplo de lo sucedido en octubre de 1944 y julio de 1949, implicaba la participación de civiles en ella. Los militares del 13 de noviembre eran reacios a dicha participación. En segundo lugar, a diferencia de lo que ha aseverado Gleijeses (1991) no tenía prejuicios anticomunistas, más aun, era interlocutor del PGT, como lo demuestra que en su exilio en El Salvador haya recibido en un momento la visita de Huberto Alvarado y Octavio Reyes (PT/F, 1/98).

En tercer lugar ya tenía simpatías por la revolución cubana como lo evidencia su viaje a la isla durante la cuaresma de ese mismo año. Es probable que ese viaje haya servido de elemento para que en octubre de 1960, el gobierno ydigorista lo acusara públicamente

²² En las entrevistas sostenidas con Paz Tejada, el autor pudo advertir su conmovedora modestia al hablar de sí mismo y la reticencia para mencionar sus propios méritos.

²³ Paz Tejada afirma que según sus informes, a principios de noviembre el número de oficiales conjurados oscilaba entre 75 y 100, muchos de los cuales “no habían sido informados claramente del carácter político de la organización, tratando de comprometerlos por medio de juramento y disfrazándoles los verdaderos móviles con ideas de asociación fraternalista (Paz Tejada, s/f).

de que planeaba una invasión en un goleta desde Cuba. La respuesta a ese ataque, iniciativa personal apoyada por sus hombres de confianza Véliz, Régil y Arturo *el chino* Rivera, fue el manifiesto publicado en un periódico en el cual el coronel destapaba los preparativos de la Helvetia con información de primera mano (Paz Tejada, 1960), la que le habían proporcionado oficiales que custodiaban a la finca para evitar filtraciones o prevenir un ataque.²⁴ Ya octogenario, Paz Tejada recuerda que uno de los temas que provocó uno de los alejamientos con el *grupo inicial* fue que a su pregunta expresa, él respondió con la mayor franqueza expresando sus simpatías por la revolución liderada por Fidel Castro. Después de uno de esos alejamientos, el capitán Cerdón, acaso el más astuto y ambicioso del *grupo inicial*, refiriéndose a los militares que lo visitaban (a esas alturas ya participaba en los encuentros el subteniente Alejandro de León Aragón), le dijo a Paz Tejada, “es que usted los asusta”. La respuesta del primero fue que no se deberían engañar, que cualquier movimiento que se enfrentara a Ydígoras sería acusado de comunista (PT/F, 2/98).

La cuarta y última divergencia acaso fue la decisiva. La experiencia de Paz Tejada (tenía en mente a 1954), indicaba que la rebelión contaría con la hostilidad del imperio. La experiencia de los oficiales que eran sus interlocutores, más bien se remitía a la del bando opuesto al que había estado Paz Tejada en 1954: si el enfrentamiento era con Estados Unidos, el movimiento estaría perdido. Por ello la idea de Paz Tejada para la rebelión era que se deberían tomar las bases militares de Quezaltenango y El Quiché, armar a la gente y bajar hacia la costa sur, en Retalhuleu, para atacar a la finca Helvetia (Paz Tejada. s/f). La respuesta a esta propuesta fue la estupefacción y el rechazo, “eso sería meterse con los gringos”. Paz Tejada respondió: “¿Pero ustedes creen que los gringos se van a quedar con los brazos cruzados si nosotros hacemos algo? Si nos levantamos y dejamos intacta a La Helvetia, desde allí nos van a atacar.” Tenía razón como lo demostraron los acontecimientos. Pero además, era obvio que estando los Estados Unidos comprometidos en su proyecto más urgente en ese momento, cual era el aplastamiento de la

²⁴ Es un error atribuir dicho manifiesto a un plan fraguado por Paz Tejada con los militares conjurados, interpretación que puede encontrarse en Ruano (1997) y que es repetida por el Vol. III del informe de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (ODHA, 1997). Paz Tejada recuerda bien las circunstancias en que redactó dicho manifiesto: lo hizo en la máquina de Víctor Rodríguez, suegro de Joaquín Noval, en cuya casa se encontraba escondido en ese momento el coronel revolucionario.

revolución cubana, nunca permitirían que fuera derrocado el gobierno que se había mostrado tan solícito en ayudarlos. En ese cálculo, Ydígoras Fuentes no se había equivocado cuando se enfrentó a los *liberacionistas*.

En la reunión en la cual esas divergencias se manifestaron, asistieron alrededor de 20 o 25 militares, además de algunos civiles entre los cuales se encontraba Oscar de León Aragón, el vapuleado y deportado abogado de 1956. De León Aragón era hombre de confianza de Mario Méndez Montenegro, el líder del PR y triunfador en las contiendas internas que habían motivado la salida de los que después fundaron el PUR y la URD. Había llegado a esa reunión invitado por su hermano, el subteniente Alejandro de León Aragón, pese a su rango después el militar de más ascendiente entre aquellos que continuaron la lucha después de 1960. El abogado sería según afirma Chur del Cid (Arrazola, loc. cit., p. 14) el asesor jurídico de los rebeldes después de su triunfo. Es probable que sea cierta la conjetura de Paz Tejada, de que haya sido él quien le informó a Méndez Montenegro de la participación y criterios del primero en la conjura y que éste haya desalentado a los oficiales complotistas con respecto a su participación (PT/F, 2/98). ~~Opiniones de otros militares, entre ellos Abundio Maldonado, deben haber profundizado tal desaliento (Paz Tejada, s/f).~~

En su manuscrito hecho poco después de haber llegado a México en 1962, el coronel revolucionario aseveró que “Estas diferencias de criterio sobre la actitud a tomar frente al imperialismo, fueron la causa fundamental, si no única, pero insuperable, de que la alianza entre los militares y yo no llegara a plasmar en una acción revolucionaria eficaz”(ibid.,). Desde los primeros días de noviembre, Paz Tejada había llegado a la conclusión de que los oficiales con los cuales él había estado conspirando lo estaban marginando de la rebelión. Esto lo informó a los dirigentes del PUR que estaban dispuestos a acuerpar la rebelión, por lo que en esos días dispusieron que “no debía comprometerse a las fuerzas revolucionarias en un movimiento de tan dudosa confiabilidad política” (Paz Tejada, s/f).

Además de sus contactos con los civiles y el grupo de oficiales iniciadores de la conspiración, Paz Tejada había ido a hablar con oficiales de las bases militares del interior, entre ellos el subteniente Emilio Eva Zaldivar quien estaba en la de Zacapa. Su

involucramiento e importancia en la rebelión era clara. No obstante ello, el 11 de noviembre Paz Tejada recibió la visita del capitán Cordón para expresarle que había un cambio de planes. Los militares rebeldes habían decidido que sería un movimiento estrictamente militar (súbitamente Paz Tejada era considerado un “civil” dado su condición de militar retirado), para evitar que fuera acusado de hacer política. Sin embargo Cordón le pedía a Paz Tejada que propiciara el apoyo popular a través de acciones de sabotaje y resistencia. Después del triunfo se erigiría un gobierno provisorio que convocaría a elecciones y “naturalmente mi coronel, usted contará con el apoyo nuestro para lanzar su candidatura presidencial que será exitosa dado el gran partido que usted tiene” (PT/F, 2/98). El ardid no era nuevo, resultaba muy parecido al del “pacto de caballeros” entre Castillo Armas e Ydígoras Fuentes. Ese día la alianza y colaboración de Paz Tejada con los militares rebeldes se terminó.

El argumento de Cordón para decirle a Paz Tejada de manera diplomática, que estaba fuera de la conspiración, correspondía a un sentimiento real entre la mayoría de los conjurados: no querían que civiles participaran en la rebelión. Por ello, además de las reservas ideológicas de los militares implicados, el PGT quedó al margen de la conspiración aun cuando desde meses antes tenía información de los planes del alzamiento. Infructuosamente trató de influir en los dirigentes del mismo para que permitiera participación civil en la rebelión. Por ello fue que cuando uno de los contactos del partido con los rebeldes, Roberto Muralles, avisó en la noche del 12 de noviembre a la dirección del PGT que la sublevación se había iniciado, ésta fue sorprendida con la noticia e inmediatamente mandó a traer a la capital a su secretario general, Alvarado Monzón, quien se encontraba en Escuintla y a Silva Jonama el cual estaba en Mazatenango (C/F, 4/98).

La rebelión comenzó el 12 de noviembre a las 11.30 de la noche, cuando los rebeldes sometieron a la jefatura del cuartel de Matamoros en la ciudad de Guatemala. Días antes, a fines de octubre, los conjurados apenas si habían logrado contener al coronel Sesam Pereira quien por su cuenta sostenía relaciones con un grupo de civiles encabezados por un Dr. Garzaro. El coronel Sesam Pereira decía tener los elementos de tropa necesarios (sobre todo en la policía militar) como para tomar el cuartel de Matamoros (Paz Tejada, s/f). Tenemos en el relato de Chur del Cid (CHC/FF, 3/98), un valiosísimo testimonio de un

protagonista y testigo presencial de la rebelión. El capitán Chur del Cid había sido arrestado y enviado a la base de El Quiché por haberse enfrentado a un oficial que vapuleaba a un hombre en uno de los desórdenes callejeros en los meses previos al 13 de noviembre. Allí coincidió con otro de los conjurados, el coronel Eduardo Llerena Muller, y el teniente Marco Antonio Yon Sosa, ambos en situación de arresto también. Chur del Cid estaba haciendo proselitismo para el complot y le propuso a Yon Sosa que se involucrara. El futuro comandante guerrillero se negó rotundamente; las razones que da Chur del Cid a tal negativa podrían dejar perplejo a un poco avezado cronista: “Me di cuenta que *Maco* tenía mucha afinidad con los gringos, había crecido en la zona bananera y cuando yo le hablaba del imperialismo y de todas esas cosas, no lo aceptaba y respondía que ellos apoyaban al país. Cosas de la vida, después resultó ser el más radical”(CHC/F, 3/98). Chur del Cid fue enviado a la zona de reservas militares de Totonicapán y enviado finalmente a Matamoros en calidad de sospechoso de participar en la conjura. Allí volvió a encontrarse a Yon Sosa con quien compartió la habitación. Por ello fue posible que Yon Sosa se adhiriera al alzamiento en el último momento (CHC/F, 3/98). La decisión tomada una hora antes de que ~~se iniciaran los acontecimientos, cambiaría su vida para siempre: lo encaminaría en la senda de la lucha revolucionaria y en el futuro se convertiría en uno de los dos comandantes guerrilleros más célebres de los años sesenta.~~

La primera parte del plan salió en términos generales como estaba previsto. El jefe del cuartel, coronel Alvaro Martínez, se rindió sin ofrecer resistencia no así el segundo al mando, coronel Lisandro Ortiz, quien por ello fue ultimado por los rebeldes. Cuando Chur del Cid se dirigía hacia las puertas del cuartel, para abrirlas y dejar entrar a otros de los conjurados, encontraron la resistencia del capitán Ernesto Juárez Mayén quien también fue muerto. Al abrir las puertas, el capitán esperaba encontrar a unos cincuenta oficiales pero se encontró solamente con cuatro: los tenientes coroneles Vicente Augusto Loarca y Rafael Sesam Pereira, el subteniente Francisco Orellana y el mayor José Guillermo Chicas Lemus. Los acompañaba un especialista de quien Chur recuerda nada más que era conocido como *el cotuzo*. La incertidumbre comenzó a invadirlos, pues el escaso número de oficiales ante las puertas del cuartel implicaba que la oficialidad de los otros cuarteles de la capital se habían apartado de la rebelión en el último momento. Chur del Cid fue a buscar a quien

consideraba el jefe del movimiento, al coronel Paz Tejada. Cuando regresó sin haberlo encontrado ya sus compañeros de rebelión habían abandonado el cuartel y se dirigían a Zacapa. Así perdió contacto con ellos y no supo más del alzamiento (CHC/F, 3/98).

De todas las bases implicadas en la rebelión (8 en total tomando en cuenta la base aérea del Puerto de San José) (JR/F, 9/97), solamente las de Puerto Barrios y Zacapa y 40 oficiales del total de conjurados cumplieron con sublevarse en el momento de la verdad (Yon Sosa, 1967; Aguilera, op. cit., pp. 14-15). Guillermo Paz Cárcamo otorga el crédito de la rebelión en la base de Zacapa al teniente Luis Trejo Esquivel, quien capturó a sus jefes y se puso al frente de la misma. Al levantamiento de Zacapa contribuyó la experiencia artillera del teniente coronel Loarca quien junto a Yon Sosa montaron una batería de morteros que fue exitosa al contener a las tropas gobiernistas (GPC/F, 00).

La mayor parte de los oficiales o bien se acobardaron en el último momento o bien en calidad de subordinados no pudieron hacer nada cuando sus superiores decidieron no acuerpar la rebelión (JR/F, 9/97). Si damos por cierto lo que afirma Paz Tejada, puede decirse que el coronel Roberto Castillo se internó en el hospital militar donde permaneció hasta después de haber estallado la rebelión, escondiéndose después en la capital; el capitán Cordón también se escondió; el mayor Prera y el capitán Maldonado también se escondieron después de que el 12 de noviembre habían viajado a Jutiapa para exhortar a los oficiales de aquel lugar a levantarse; los oficiales de Jutiapa no se alzaron sino buscaron el subterfugio del alcohol aprovechando la feria local. Todo ello no impidió que a la hora del castigo a los derrotados, más de un centenar de oficiales fuesen expulsados y/o exiliados como lo afirma uno de los adherentes a *La Hermandad del Niño Jesús* (Gramajo, 1995, p. 97).

Al no obtener la respuesta esperada, los rebeldes de Matamoros se desplazaron hacia la base militar de Zacapa y a Puerto Barrios. Uno de los factores que los rebeldes pensaban que jugaría a su favor sería la rebelión de la fuerza aérea, pero ésta última no se dió porque Ydígoras acompañado del embajador estadounidense hicieron a sus oficiales una clara amenaza: si se rebelaban los más numerosos, poderosos y modernos aviones de *La Helvetia* los atacarían (Paz Tejada, 1997). Después de dos días, con la ayuda de la aviación contrarrevolucionaria estacionada en la finca *La Helvetia*, la cual bombardeó Zacapa y

Puerto Barrios (Aguilera, 1970, pp.13-15) tal cual lo había previsto Paz Tejada, el levantamiento fue derrotado.

Cuando la situación de los rebeldes ya era desesperada (15 de noviembre), el coronel Castillo acudió a Paz Tejada para que éste movilizara a sus contactos con los civiles y se propiciara una rebelión en la capital, lo cual a esas alturas resultaba inviable. Una propuesta de éste último de tomar la base de la fuerza aérea con elementos civiles si el capitán Córdón participaba con los 80 hombres de tropa que todavía decía disponer y convencía a un sector de los oficiales de dicha base de colaborar, quedó en nada cuando posteriormente Córdón le dijo a Paz Tejada que ponía a su disposición un sargento y 20 soldados para que éste tomara la base pero que no se había podido hablar con los oficiales que estaban en ella (Paz Tejada, s/f). La ausencia de participación civil en la capital, no impidió que la represión se ejerciera contra el PUR. Un grupo de sus dirigentes (entre los cuales estaba Villamar Contreras), fue capturado el 13 de noviembre en una casa propiedad de Carlos Bianchi (miembro del directorio ejecutivo nacional del PUR), hecho que desmovilizó a la dirigencia del PUR pues los que no fueron capturados tuvieron en la evasión su principal preocupación. El propio Paz Tejada, aislado por la represión a sus compañeros civiles y por el desencuentro con sus colegas militares, salió al exilio en El Salvador el 27 de noviembre de 1960 (Paz Tejada, s/f).

La rebelión del 13 de noviembre con el tiempo se ha ido rodeando de una aureola mítica al extremo de que se ha considerado que con ella comienza la lucha armada revolucionaria en Guatemala (así lo plantean Debray y Ramirez, p. 255). Acaso este tipo de interpretación nazca del destino de algunos de los oficiales implicados en la sublevación. Pero si se revisa la lista de los oficiales que tuvieron un nivel más protagónico (véase Arrazola, loc. cit., pp. 14, 15), y se toman en cuenta los relatos de Paz Tejada y Chur del Cid, entre los conjurados principales no se encontraban Marco Antonio Yon Sosa, Luis Augusto Turcios Lima, Vicente Loarca y Luis Trejo. La excepción era Alejandro de León. En noviembre de 1960 ninguno de los oficiales alzados tenía una conciencia revolucionaria (Aguilera, 1970, p.15), y si nos hemos detenido en las relaciones contradictorias entre Paz Tejada y sus interlocutores es porque a través de ellas se puede vislumbrar el perfil ideológico de los rebeldes. Entre los que dirigieron la sublevación en sus dos plazas fuertes

estaba el coronel Eduardo Llerena Muller (Puerto Barrios) a quien hemos visto en 1954 formando parte del grupo de oficiales que en Zacapa se negó a combatir a los *liberacionistas*. En Zacapa lo fue Rafael Sesam Pereira, quien había sido herido en la batalla de Gualán, pero que a diferencia del teniente Silva Girón no tuvo mayor participación en la misma, como no fuera atacar por equivocación con fuego de obuses a las tropas dirigidas por éste último (Silva Girón, 1987, pp. 101-107).

Los planteamientos de los oficiales rebeldes eran vagos, y a la par de la honestidad de un grupo de ellos, había una heterogeneidad grande de motivaciones y de ideologías. Uno de los civiles implicados en la rebelión, Julio Rodríguez Aldana, recuerda que habiendo tenido que huir junto con otros miembros del PUR hacia Honduras una vez fracasado el levantamiento, fueron concentrados en un cuartel de Tegucigalpa, junto a aproximadamente 45 oficiales guatemaltecos que también había llegado huyendo. Ninguno de ellos les dirigió la palabra por orden expresa de los oficiales de mas alto rango. La razón de ello era la militancia de los 8 civiles en el PUR (JR/F, 9/97). Y resulta reveladora la razón que Chur del Cid dió 36 años despues de la rebelión, al explicar por qué no apoyó a los militares que continuaron en rebeldía después de 1960: “No acepté formar parte del grupo guerrillero, porque nuestro objetivo no era tomar el poder del país ni cambiar el sistema, sólo queríamos reivindicar a nuestra institución” (Arrazola, loc. cit., p. 15).

De entre todos los implicados, una parte traicionó cuando vio que la rebelión se encaminaba al fracaso, otra parte pactó con el gobierno, otra más salió al exilio y aquellos que estaban convencidos de sus motivos, regresaron después de un breve exilio para organizar otro complot para lo cual trabaron contacto con diversos partidos políticos de oposición, principalmente los de orientación derechista. No fue sino hasta que no encontraron allí ningún apoyo, que se orientaron hacia los partidos reformistas y después hacia el PGT (Alvarado, 1994, p. 46). Así nacería el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre. Con razón Paz Tejada y más de un analista (entre ellos Ruano, s/f) han rechazado situar el inicio de la lucha armada revolucionaria en noviembre de 1960. Sin embargo, la rebelión consolidó el efecto de la revolución cubana en la izquierda revolucionaria. En mayo de 1961, un año después del III congreso, lo que en el PGT era una consideración general sobre las formas de lucha, se convirtió en la aprobación de la

resolución "Táctica General, desarrollo y formas de lucha de la revolución guatemalteca", en la que se hablaba explícitamente por primera vez de la vía violenta de la revolución (Alvarado, 1994, p. 46).

Por otra parte no es cierto que la rebelión del 13 de noviembre haya sido un asunto exclusivo entre militares. Hoy se cuenta con un testimonio de invaluable valor histórico en el que Julio Rodríguez Aldana, después uno de los sobrevivientes de la guerrilla de Concuá y revolucionario destacado, nos ofrece una valiosa crónica de lo sucedido en Puerto Barrios en aquellos días (JR/F, 9/97). El testimonio de Rodríguez ha sido en lo general corroborado por otro de los protagonistas civiles en el alzamiento en Puerto Barrios, Mario René Chávez (MRC/, 4/98). Rodríguez era presidente de la AEU en 1957 cuando fue invitado a fundar el PR, al cual se adhirió en vista de que era una creciente organización antilibercionista en la cual participaban muchos revolucionarios. Pronto pudo percibir que el naciente PR no era lo que esperaba y salió de dicho partido cuando éste inició la purga mediante la cual se desembarazó de su ala izquierda en 1958. En ese mismo año, Rodríguez ingresó al PGT pero su militancia abierta la realizó en el Partido de la Unidad Revolucionaria (PUR), fundado el 1 de mayo de 1959, doble militancia que no era un caso aislado en éste último partido.

Fue con esa trayectoria que participó como candidato a diputado por Izabal en las elecciones para elegir congresistas en 1959. Rodríguez había nacido en Livingston y había pasado su infancia en Puerto Barrios, por lo que tenía raíces y contactos en toda la zona. Su campaña y la del PUR fue exitosa por la intensidad de sus recorridos por pantanos, selvas y montañas del departamento, por el arraigo de Julio Rodríguez en el mismo y también, es necesario recordar, porque Izabal, particularmente la zona bananera y portuaria tenía una tradición revolucionaria que venía desde la época de la revolución. Así, el PUR pudo hacer mítines notablemente concurridos en la zona antes referida y de acuerdo con el testimonio de Rodríguez, hubiese ganando las elecciones sino hubiese sido porque el partido Redención hizo un fraude evidente (JR/F, 9/97).

No fue raro entonces que en noviembre de 1960, en el contexto de las elecciones en las cuales se iban a renovar alcaldías en algunos de los municipios del país, Julio Rodríguez, Mario René Chávez y el otro dirigente nacional del PUR, Amado Palma

Sherán, apareciesen por Puerto Barrios. El día 12 de noviembre los tres participaron en un mitin de cierre de campaña en Puerto Barrios y se fueron a descansar a un hotel. A las cinco de la mañana fueron despertados por un grupo de muellers diciéndoles que vehículos militares recorrían la ciudad con altoparlantes anunciando una rebelión. Horas después se encontraban dialogando con el jefe del alzamiento en Puerto Barrios, el coronel Eduardo Llerena Muller quien había relevado de sus funciones al jefe de la base, coronel Rodolfo González Centeno (MRC/F, 3/98). Como dato anecdótico, Mario René Chavez recuerda que la plática había sido precedida por el ataque aéreo de las fuerzas gobiernistas que hizo huir hacia la playa a militares y civiles rebeldes (ibid.,). Pasado el susto, Llerena invitó al PUR y a sus bases en Izabal a apoyar la rebelión, lo cual fue aceptado por Rodríguez, Chávez, Palma y la dirigencia departamental del PUR. El coronel Llerena aceptó las propuestas programáticas de estos dirigentes del PUR, las cuales iban más allá de la renuncia de Ydígoras (JR/F, 9/97).

Rodríguez fue nombrado gobernador de Izabal por Llerena y se procedió a armar a un grupo de 40 civiles. A través del PUR, los alzados contaban con apoyo popular en la zona portuaria y bananera. Se hizo labor de agitación, se logró el apoyo del sindicato de muellers y del de ferrocarrileros y de otros sectores populares de Puerto Barrios. El coronel Llerena quedó impresionado con el mitin popular en el parque frente al local de la gobernación, en el cual las bases del PUR y otros sectores de la ciudad se hicieron presentes. Fue en ese momento en el que el coronel Llerena le dió a la dirigencia del PUR el mando político de la rebelión, reservándose la jefatura militar (ibid.,). En los tres días siguientes, el número de civiles armados creció a aproximadamente 200 los cuales además de controlar -conjuntamente con las tropas rebeldes- la ciudad, el aeropuerto, puerto y ferrocarriles, arrestar a la militancia anticomunista del lugar, resistieron el bombardeo de los bombarderos pilotados por cubanos que venían de *La Helvetia*. El 14 de noviembre le fue permitido aterrizar al avión que conducía el piloto presidencial mayor Antonio Batres (Paz Tejada, s/f; MRC/F, 3/98), y que llevaba a bordo al capitán Plinio Gracioso y a dos oficiales de apellido Girón. Según dijeron, su misión era informarse de los objetivos de la

rebelión para saber que postura tomarían.²⁵ Sea porque llegaba en calidad de infiltrado o porque algo lo decidió en ese momento a adherirse al gobierno, el caso es que Batres pretextando usar la radio del avión para comunicarse con la base aérea en la capital, arrancó la nave y huyó. Llerena, famoso por sus accesos temperamentales, estaba furioso y quería fusilar a Gracioso y a los oficiales Girón. Para fortuna de ellos el asunto no llegó a más (MRC/F, 3/98).

Cuando los militares alzados en Zacapa fueron dispersados por la acción de la aviación de los después invasores de Cuba, se supo que las tropas leales al gobierno se dirigían hacia Puerto Barrios. Llerena se dirigió por carretera en un convoy militar con 150 soldados para hacerles frente, mientras los 200 civiles armados lo hacían por medio del ferrocarril dirigiéndose hacia Los Amates donde fueron detenidos porque las vías férreas habían sido destruidas. El convoy de Llerena se fue disminuyendo por las deserciones, el pánico empezó a irradiarse entre tropas y oficiales. Cuando Llerena se juntó con los 200 civiles parados en Los Amates, los encontró desconcertados -los oficiales que iban al mando los habían abandonado-, así que se inició la dispersión de los militares y civiles armados, los cuales empezaron a huir hacia la frontera con Honduras o a esconderse dentro del territorio nacional. La rebelión había sido derrotada por la acción conjunta de la traición de último momento y la eficaz acción punitiva de los bombarderos de *La Helvetia* (JR/F, 9/97).

La rebelión del 13 de noviembre, marcó un parteaguas en la historia del ejército. En los años siguientes, no se volvería a observar un desgarramiento interno que colocara a los oficiales y tropas de una parte de las fuerzas armadas, en condición de iniciar un cambio que tuviera horizontes democráticos. El anticomunismo y la contrainsurgencia dominarían plenamente sus filas. Acaso el movimiento más drástico lo protagonizaron los “oficiales jóvenes” que colocaron a Ríos Montt en la presidencia en 1982, pero este hecho tenía ya un contenido cualitativamente diferente al del 13 de noviembre: más que una rebelión para darle una salida democrática al país, se trató de una audaz readecuación de una contrainsurgencia que viviría entre 1982 y 1983 sus momentos más sangrientos.

²⁵ El capitán Gracioso formaba parte de la conjura (Arrazola, op. cit.) lo cual no necesariamente tenían que saberlo Llerena y los otros oficiales alzados en Puerto Barrios, dado la naturaleza conspirativa de la rebelión.

5. Conclusiones.

Después de los acuerdos de paz finalmente firmados en diciembre de 1996, se levantaron voces de desilusión al evaluar lo logrado después de más de cuatro décadas de conflicto. Sectores disidentes de la URNG concluyeron que lo logrado era totalmente insuficiente y que más que un acuerdo digno, lo que la comandancia general guerrillera había firmado era un armisticio. En el último capítulo de este trabajo analizaremos la justeza o los equívocos de esta apreciación. Pero lo que resulta una pregunta verdaderamente válida es si lo logrado ameritaba la enorme cuota de sacrificio humano, el gran costo social y político que tuvo la guerra en la Guatemala de la segunda mitad de siglo. ¿Acaso se hubiese podido lograr lo mismo o aún más si en lugar de transitar por la guerra se hubiese luchado por medios pacíficos? Esta es nuevamente una pregunta que nos lleva a los terrenos de las “posibilidades suprimidas” que ya hemos mencionado en el capítulo anterior.

¿Se pudo haber evitado la guerra en Guatemala? Oscar Edmundo Palma, durante muchos años crítico de la decisión del PGT de involucrarse en una guerra revolucionaria, es totalmente enfático en su respuesta: “La guerra que se desarrolló en Guatemala podría haberse evitado. Se debería haber abogado por una solución democrática, se debería recurrido a las soluciones de tipo político. Probablemente no hubiese sido posible lograrlo en esos tiempos de guerra fría, pero si era probable y quizás posible abrir el camino, cosechar los frutos más tarde y haber llegado a un desenlace mejor al que se llegó. Porque la ironía de la historia de Guatemala es que terminamos como estábamos antes. La pregunta mía es si ahora las fuerzas revolucionarias de Guatemala tienen más poder, más influencia, más ascendiente que antes de que comenzara la lucha armada.” (OEP/F, 2/98).

Nuevamente nos encontramos en el terreno de lo hipotético. En el capítulo primero de este trabajo hemos concluido que la violencia no es producto de una condición humana sino de la naturaleza de las relaciones sociales que establecen los seres humanos. Partiendo de este criterio teórico, puede decirse que la sociedad guatemalteca tenía pocas posibilidades de una convivencia pacífica. El retrato que hemos intentado hacer en el capítulo precedente del legado oligárquico nos hace pensar que la polarización política era

el resultado inevitable de una actitud reacia a romper o atenuar la polarización social. El anticomunismo extremo de los *liberacionistas* no fue un mero resultado de la guerra fría ni algo solamente inducido por la CIA. Puede decirse que fue un fenómeno guatemalteco de gran autenticidad: se nutría de las tradiciones de mando y autoridad que desde la colonia nos venían, del racismo de la oligarquía que además se expandía por toda la sociedad, de la costumbre expoliatoria de la clase dominante guatemalteca, del oscurantismo reaccionario que era reproducido por el estrecho horizonte cultural del país.

Evitar la guerra hubiese implicado la posibilidad de dismantelar todos estos factores. La contrarrevolución de 1954 canceló la posibilidad de hacerlo al destruir un proceso por medio del cual se hubiese podido dismantelar la *cultura del terror* y construir una nueva cultura política, una *cultura democrática*. Pero para hacerlo, la revolución guatemalteca tenía que desarticular la fuente primaria del oscurantismo reaccionario guatemalteco: las relaciones sociales que emanaban del latifundismo agroexportador. Estas relaciones tenían su traducción en la concepción de la política y en la estructuración del Estado guatemalteco, en una concepción del mundo de matriz oligárquica que era ajena ~~totalmente a una idea democrática de la sociedad y del Estado~~. El *liberacionismo* era todo esto más el *macartismo* que propició en Estados Unidos la guerra fría. Por ello cuando a la muerte de Castillo Armas surgió en Guatemala la coyuntura para desembarazarse de los *liberacionistas*, el PGT aceptó el planteamiento ydigorista de una reconciliación nacional, poniéndole un nombre distinto, "la conciliación nacional". Una vez derrotada la revolución guatemalteca, ésta hubiese sido la oportunidad de hacer transitar a la sociedad guatemalteca por el sendero de la democracia. Nuevamente el legado oligárquico impidió esta posibilidad: la presión *liberacionista* en diversos ámbitos de la sociedad, entre ellos el ejército, fue uno de los factores que recrudecieron la orientación a la derecha del régimen guatemalteco.

El que el anticomunismo no tuviese una propuesta clara para la *cuestión social* agudizaba más aún los problemas de ingobernabilidad que sus gobiernos presentaron. Hemos visto en este capítulo cómo no solamente Arbenz, sino el mismo adalid del anticomunismo, Castillo Armas, se enfrentó contra un inamovible muro de clase cuando pretendió ensayar una tímida vía de resolución de la problemática social guatemalteca. Los

años comprendidos entre 1954 y 1960, objeto de la reflexión de éste capítulo, fueron de una ascendente conflicto social que fue respondida esencialmente a través de la represión. Ciertamente las movilizaciones populares fueron esencialmente de carácter urbano, pero era en los cascos urbanos en los cuales estaba el punto débil de la estabilidad reaccionaria. El campo era, salvo excepciones, un terreno de ignominia impune, de cólera sorda y sumisión llena de fatalismo, lo que no era extraño dado el peso del legado oligárquico en la sociedad guatemalteca. Aún en la época de la revolución, como lo destacó Díaz Rozzotto en el libro que hemos analizado en el capítulo anterior, el campesinado fue movilizadado por los sectores revolucionarios urbanos. La iniciativa de la reforma agraria surgió del movimiento sindical y de los partidos revolucionarios, y no de una creciente y decisiva movilización campesina.

Sin una alternativa a la *cuestión social* y con una creciente protesta popular, la crisis de gobernabilidad no resultó ser una novedad. El régimen ydigorista, surgido él mismo de una lucha contra el fraude *liberacionista* no pudo resistir la tentación de recurrir a los métodos fraudulentos para ganar las elecciones, lo que amplió aun más el descontento y las bases para la rebelión. Pobreza, fraude, represión y la experiencia revolucionaria abortada aún fresca, fueron los factores de la creciente explosividad social observada en el segundo lustro de los cincuenta. Ciertamente no fueron éstos los únicos factores que hicieron inevitable la guerra.

El escenario imaginado por el que fuera miembro del comité central del PGT, Oscar Edmundo Palma, el de persistir obstinadamente en una salida política de carácter democrático en medio del terror anticomunista, hubiese requerido de una fuerza política de oposición de vocación franciscana y más cercana ideológicamente a Ghandi que a Marx. No pudo ser ésta la situación en Guatemala por dos razones. La primera tenía que ver con la matriz ideológica de lo que después del giro hacia la derecha del PR, fue la parte esencial de la izquierda revolucionaria en Guatemala: el PGT. Aun en los revolucionarios no comunistas, los referentes históricos de las posibilidades de cambio estaban vinculados a hechos en los cuales la violencia había tenido un papel destacado. La referencia más importante era la que el PGT parece haber tenido en la mente hasta 1959, el alzamiento cívico-militar de corta duración que creaba una nueva constitucionalidad. No era la resistencia pacífica que paulatinamente creaba una situación de ingobernabilidad lo que los

revolucionarios guatemaltecos, comunistas o no comunistas, tenían en la mente, sino la rebelión popular que apoyaba a una parte del ejército para derrocar a una dictadura. Esta idea no necesariamente tenía una matriz marxista, como lo demuestra el hecho de que muchos revolucionarios no comunistas y aun integrantes de lo que el PGT llamaba “el campo democrático”, estaban dispuestos a involucrarse en iniciativas de violencia revolucionaria. Es por ello que debe matizarse el planteamiento de Palma de que el PGT estaba predispuesto a la lucha armada, porque su pensamiento se nutría “de la idea de la lucha de clases en la concepción general del comunismo que menosprecia las alianzas y las salidas democráticas” (OEP7F, 2/98).

La segunda razón excedía al ámbito nacional, y era el impacto que había creado la revolución cubana en América Latina, por lo tanto en Guatemala mismo, y muy especialmente en el seno de la Casa Blanca. La revolución cubana acrecentó aún más el anticomunismo en la clase dominante y en el Estado guatemalteco. Hemos visto cómo el régimen de Ydígoras que pudo ser posible porque se montó en el repudio antiliberationista, rápidamente abandonó su discurso conciliatorio y se comprometió con la causa anticomunista al extremo de participar en la conspiración imperialista contra Cuba. Si el legado oligárquico, el oscurantismo reaccionario, tenía firmes raíces por la historia propia del país, el desenvolvimiento político en América Latina después de la revolución cubana, le dio un mayor vigor a dichas raíces. Pero la revolución cubana no solamente afianzó el anticomunismo y la vocación autoritaria y terrorista de la derecha guatemalteca; también creó expectativas en toda Latinoamérica y en Guatemala lo hizo en el seno de esa juventud urbana que hemos aludido en este capítulo, la cual se radicalizó con el ejemplo cubano. Esa juventud era la gran fuerza revolucionaria pero que al mismo tiempo se entusiasmaba con la posibilidad de la conquista revolucionaria del poder a través de la guerrilla, como los revolucionarios de la Sierra Maestra habían demostrado que se podía hacer. Además, la radicalización no solamente afectó a la juventud sino al movimiento revolucionario en su conjunto.

Si estos hechos se traen a cuenta en este momento es porque la objetividad indica, que la guerra en Guatemala fue inevitable no solamente por que la derecha la impuso. El fervor revolucionario, pero sobre todo la adhesión a una concepción de lo que debía ser la

lucha armada que el ejemplo cubano estimulaba, fue otro de los factores en esa inevitabilidad. Cuando un hecho de carácter subjetivo se extiende ampliamente se vuelve un factor objetivo que se impone a los propios protagonistas. El PGT se vio de repente rodeado e impregnado de una euforia que incluso trascendía a sus filas. En el transcurso de un lapso relativamente breve se encontró en la disyuntiva de perseverar en una línea de transición democrática, que eso y no otra cosa era la “conciliación nacional” o la lucha por la “convivencia democrática”, o verse rebasado por la izquierda y ser sumido en la división.

Pero injusto sería decir que la paulatina inclinación del PGT hacia la lucha armada tenía asideros meramente pragmáticos provocados por presiones internas y externas. En la dirigencia y bases del PGT existía también una convicción, que la realidad guatemalteca de ninguna manera desmentía, de que en el camino de la revolución la violencia era inevitable. “Es injusto decir que los cubanos son los responsables de que en Guatemala haya prevalecido la línea de la lucha armada, dice Guerra Borges, los argentinos fueron presionados, los chilenos también y ellos no la adoptaron” (GB/F, 9/97). Esta convicción que surgía cuando se hablaba del objetivo estratégico del partido, la revolución democrática y nacional enfilada hacia el socialismo, se hacía difusa cuando se planteaban los objetivos tácticos como lo eran la ampliación de los espacios políticos, la apertura política y la transición democrática. La revolución cubana y el oscurantismo de la clase dominante fueron pues los factores que hicieron imposibles los objetivos tácticos y acrecentaron los apetitos por los estratégicos.

El endurecimiento del régimen ydigorista, al extremo de que a partir de 1959 fue calificado por el PGT de una “dictadura con formalidades democráticas (Alvarado, op. cit., pp. 40, 41), la radicalización provocada por la revolución cubana y el ejemplo de ésta última en el sentido de que era posible la conquista revolucionaria del poder en América Latina, fueron factores que impactaron al partido y que lo hicieron transitar de la concepción de la democracia como medio para abrirle paso a la revolución, a la de la revolución como medio para abrirle paso a una nueva forma de democracia. Pero este tránsito -que lo hemos visto al menos declarativamente en el *documento de la magnesia*-, a diferencia de 1955 se veía sustentado en un nuevo clima subjetivo en las filas del

movimiento revolucionario, y además implicaba una ruptura esencial con la propia trayectoria del PGT. Efectivamente provocó lo que se ha llamado una “crisis de identidad” (Urrutia, op. cit.,) que tuvo sus manifestaciones en las discusiones con respecto a las formas que debería asumir “la vía violenta” de la revolución, pero que tenía sus raíces más profundas en la disyuntiva que al PGT se le presentaba: ¿en función de que objetivo debería organizar a su militancia? ¿de la revolución o de la transición democrática?

Después del 13 de noviembre de 1960, y a diferencia de lo que había sucedido después del asesinato de Castillo Armas, el PGT se inclinará por la primera de las opciones. Esta inclinación después de la revolución cubana involucraba la reafirmación de que la violencia sería la que le abriría paso a la revolución, y que dicha violencia se concretaba en la guerra de guerrillas. El objetivo estratégico sin la mediación táctica de la apertura democrática, determinaba la adopción de una forma de lucha armada con respecto a la cual el PGT no tenía experiencia, ni tradición y lo más importante: tampoco dirigencia avezada y con una mentalidad estructurada en ese sentido.

Será éste último hecho una de las tantas facetas dramáticas de los años que estaban por venir.

CAPÍTULO CUARTO.

LOS SUEÑOS DE MARZO.

*Toda guerra es justa cuando es necesaria, y es legítima
la apelación a las armas cuando éstas son el postrer
recurso de un pueblo.*

Nicolas Maquiavelo. El Príncipe.

1. Introducción.

En marzo de 1962, José Manuel Fortuny, ya se encontraba viviendo en Cuba. Había llegado a La Habana en abril de 1960, después de un largo viaje que había comenzado a principios de noviembre de 1957 (Fortuny en Flores, op. cit., Caps. XX y XXI). En ésta última fecha, el otrora secretario general del PGT, había sido enviado por su partido como su representante a las festividades de conmemoración del cuarenta aniversario de la revolución rusa. Salió de México con un falso pasaporte mexicano -puesto que su situación hacía muy difícil que obtuviera uno guatemalteco-, con destino a Holanda donde el avión en el que viajaba haría una escala técnica. En Amsterdam fue detenido por la policía bien porque ésta ya contaba con la información de que el supuesto mexicano era en realidad un guatemalteco, o bien porque los organismos de seguridad detenían a cualquier sospechoso en vísperas de la celebración de eventos internacionales en los países del socialismo real.

Tras un breve interrogatorio, Fortuny pudo viajar a Suiza, luego a Checoslovaquia y finalmente a Moscú (Fortuny en Flores, pp. 249-250). Después de un período de estancia en la Unión Soviética (en donde asistió a la primera conferencia mundial de partidos comunistas y obreros), Fortuny viajó a China con otros dirigentes comunistas, con el objetivo de conocer la experiencia revolucionaria y socialista en dicho país.

Desde su detención en Holanda, era evidente que Fortuny ya no podría viajar de regreso a México, así que el retorno a América lo hizo vía el Brasil. Desde este país viajó a Uruguay y al tornar fue capturado por la policía política en Río de Janeiro, en donde permaneció encarcelado durante varios meses. Era 1958 y en Cuba el *Movimiento 26 de Julio* encabezado por Fidel Castro, avanzaba rápidamente en su objetivo de derrocar por medio de una revolución a la dictadura batistiana. El 1 de enero de 1959 encontró a Fortuny varado en el Brasil. El triunfo revolucionario en Cuba, le daba al que fuera el máximo dirigente comunista guatemalteco, una alternativa para resolver su situación de apátrida. No obstante, pese a las diversas gestiones que hizo en México el PGT ante personalidades y partidos (C/F, 7/98), amén de las que el propio Fortuny hacía, -una de ellas ante el mismo Ernesto *Che* Guevara-, el otorgamiento de la visa se fue demorando. Por alguna razón, la triunfante revolución no consideraba prioritario recibir en Cuba a quien había sido una personalidad importante en la década revolucionaria en Guatemala. Después de haber escrito una carta al ministerio de relaciones exteriores de Cuba, en la cual recordaba que Guatemala había sido el primer país que le había concedido asilo a José Martí (Fortuny en Flores, pp. 279-281), Fortuny finalmente fue autorizado a ingresar a Cuba en la fecha antes indicada.

Permanecería allí hasta 1964, en donde además de cumplir sus funciones como delegado del PGT en La Habana, desde los primeros días de su estancia en la isla comenzó a trabajar en el periódico *Hoy*, el órgano de los comunistas cubanos agrupados en el Partido Socialista Popular. En las nuevas circunstancias, y puesto que el PSP estaba en proceso de disolverse para integrar su militancia al nuevo partido que se estaba gestando, *Hoy* ya comenzaba a ser parte del acervo unitario de la revolución. Durante un tiempo su director fue el dirigente de los antiguos comunistas del PSP, Carlos Rafael Rodríguez (ibid., p. 280).

Sin embargo, según el testimonio dado al autor por José Manuel Fortuny (F/F, 11/97), a mediados de marzo de 1962, quien se encontraba dirigiendo a *Hoy* era Blas Roca, uno de los comunistas cubanos más prestigiosos y también uno de los más interesados en el caso de Guatemala. De acuerdo con los recuerdos de Fortuny, en esos días de marzo de 1962, la dirección del PGT le encomendó a una penosa tarea: debería informarle oficialmente al comandante Ernesto Che Guevara, que en su primer y único combate en la localidad de Concuá, departamento de Baja Verapaz, la primera guerrilla revolucionaria guatemalteca había sido aniquilada y que entre sus bajas se encontraba Julio Roberto Cáceres, el *patojo*.¹ Difícilmente la dirigencia cubana podría

¹ Modismo guatemalteco que significa niño, jovencuelo.

haber ignorado los detalles si fuera cierto lo afirmado por Cardoza de que la inteligencia cubana tenía "control completo sobre todas informaciones que surgían de los movimientos revolucionarios de América y de los partidos en particular..." (1999, p.3).

La noticia era particularmente dolorosa para el comandante Guevara, puesto que Julio Roberto era uno de sus amigos más queridos. Se habían conocido en un tren, en el lado mexicano de la frontera de México y Guatemala, poco después de la caída del gobierno de Arbenz cuando el joven médico argentino abandonaba Guatemala a consecuencia de la contrarrevolución (Guevara, 1996, p. 513). Viajaron juntos hacia el Distrito Federal y ya en la ciudad de México, habían compartido la vivienda y con una cámara fotográfica se ganaban la vida precariamente, fotografiando personas en las calles y parques (Gadea, 1972, pp. 98-99). El *patojo* Cáceres, junto a la familia Torres Rivas, Humberto Pineda Aldana, Alfonso Bauer Paiz, y Marco Antonio Villamar Contreras, figuraron entre los guatemaltecos más cercanos al matrimonio Guevara Gadea durante los años de 1954-1956. Cuando la vida cotidiana empezó a cambiar a consecuencia del involucramiento de Ernesto Guevara en el proyecto revolucionario del M-26, estos guatemaltecos formaron parte del reducido círculo social del matrimonio (ibid., p.154). Pero entre todos ellos, el más entrañable era precisamente el *patojo*. Él y otro joven argentino, Cornelio Moyano, eran considerados por el matrimonio Guevara Gadea "como miembros de la familia" (ibid.). De menor edad que Guevara, de apariencia frágil, corta estatura y rostro juvenil (MJF/F, 5/98), Julio Roberto casi se convirtió en un protegido de Ernesto Guevara durante el período que precedió a la partida del *Granma*. Cuando en 1956, el gobierno mexicano comenzó la *razzia* contra los exiliados cubanos encabezados por Fidel Castro, Cáceres y Moyano se comportaron como leales amigos. Por ayudar a Hilda Gadea en el contexto de la persecución, terminaron siendo capturados y compartieron cautiverio en la Dirección de la Policía Federal con Castro, María Antonia González (la colaboradora cubana en cuya casa se conocieron Guevara y Fidel Castro), Hilda Gadea, la pequeña Hildita y cuatro cubanos más miembros del M-26 (ibid., pp. 164-165).

Después del triunfo de la revolución, tan temprano como lo es junio de 1959, cuando el que fuera el joven médico Ernesto Guevara ya era el legendario *Che* Guevara, veremos a Julio Roberto Cáceres como parte de la delegación cubana que encabezada por el primero hizo una gira por Asia, Africa y la India (Faibo II. op. cit., Cap. 25). Cuando el comandante guerrillero pasó a ser el encargado de industrialización del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), el *patojo* formó parte de su grupo de cercanos colaboradores (ibid., p. 371); de acuerdo con el testimonio de

María Jeréz de Fortuny, en julio de 1960 el *patojo* fungía como jefe de personal del INRA (MJF/F, 5/98). Cuando a partir de febrero de 1961, el *Che* se convirtió en el Ministro de Industrias (Taibo II, p. 408), Cáceres volvió a formar parte de su grupo de colaboradores. La cercanía de Julio Roberto con el *Che* continuaba siendo personal además de política: nuevamente como lo hicieron en la ciudad de México, durante la mayor parte de su estancia en Cuba el *patojo* compartió la vivienda con su amigo (Guevara, op. cit., p. 514), esta vez en el contexto del matrimonio Guevara March.

Fácil es pensar entonces, que el encargo de Fortuny era doloroso. Evidentemente por las razones expresadas líneas atrás, el *Che* sabía ya de los trágicos acontecimientos. En el obituario que hizo por su entrañable amigo, el *Che* alude a los cables noticiosos como fuente de la noticia de la muerte del *patojo* (Guevara, 1996, p. 513). En su testimonio, José Manuel Fortuny aparece como el portador de la noticia y menciona explícitamente que en el momento en el cual recibió el encargo, la noticia no se había publicado en Cuba. En todo caso, se trataba de hacerle llegar al comandante de la revolución, de manera verbal, directa y oficial, la infausta nueva. Fortuny solicitó a su antiguo amigo Blas Roca, que intercediera para poder obtener una cita con el *Che*. Pese a que Roca hizo la gestión, el día transcurrió sin que hubiese ninguna respuesta. Nuevamente las puertas oficiales de la revolución, no se le abrían al ex secretario general del PGT al primer aldabonazo. A más de tres décadas y media del suceso, Fortuny atribuye la demora, al hecho de que probablemente el *Che* tenía una mala opinión de él, debido a los acontecimientos que giraron alrededor de la caída de Arbenz en 1954 (F/F, 11/97). La conjetura se confirma con el testimonio de Guerra Borges quien afirma haber viajado con el *Che* desde Praga a La Habana el 23 de diciembre de 1960, viaje en el cual, el segundo le manifestó abiertamente su antipatía hacia Fortuny por las razones que éste último asevera (AGB/F, 2/99).

En un airado discurso frente ante una gran concentración frente al Palacio Nacional en octubre de 1959, en el contexto de la rebeldía de Huber Matos y una incursión aérea proveniente de Miami, el *Che* preguntó a gritos: "¿es que este gobierno revolucionario y este pueblo que está aquí cederá ante las presiones extranjeras? ¿Claudicará?" El mismo comandante responderá a sus preguntas de una manera que podría interpretarse como una acusación implícita a la revolución guatemalteca en 1954: "¡Nosotros no seremos Guatemala!" (Taibo II, op. cit., p. 374). Meses después, a fines de julio de 1960, el *Che* se encontró con Jacobo Arbenz en el Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes, y le hizo una promesa que también puede ser interpretada de manera ambigua: en Cuba no se repetiría lo sucedido en Guatemala, en Cuba se combatiría para

defender a la revolución (ibid., p. 392). Que Cuba no sería otra Guatemala también lo repetía en otro sentido uno de los antiguos y más prestigiados dirigentes del PSP, Juan Marinello: "Al decir que no queremos otra Guatemala no pedimos cuenta sino que rendimos homenaje al pueblo hermano. En buena parte por su ejemplo y por la conmoción y la evidencia de su caso, gozamos hoy de otras circunstancias." Estas circunstancias eran un ejército rebelde a favor de la revolución, una elevada conciencia antiimperialista en los pueblos de Latinoamérica, la solidaridad de los trabajadores de todo el mundo y la amistad fraternal de la Unión Soviética y el campo socialista (Marinello, s/f, pp. 5-8).

Pero en marzo de 1962 también podría haber habido otras causas para que pese a la trayectoria de Fortuny, las puertas de la oficina del Ministro de Industrias no se le abrieran inmediatamente. En ese mes se manifestó de manera abierta la pugna entre el M-26 y el sector del PSP encabezado por Aníbal Escalante, el cual fue acusado de sectarismo y de intentar copar el poder. En los días de la entrevista de Fortuny con el *Che*, este último formaba parte de una comisión secreta que investigaba los efectos de la monopolización del poder por parte de Escalante y su grupo de cuadros, ni más ni menos que en relaciones exteriores, seguridad estatal, INRA, el ejército rebelde y educación (Taibo II, op. cit., pp. 442-443). Días después, Fidel Castro mismo anunciaría por la televisión la separación de Aníbal Escalante de la dirección de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ibid., p. 444). Además, como lo analizaremos más adelante, en el contexto del conflicto entre la dirigencia del M-26 y la corriente del PSP encabezada por Escalante, Fortuny empezaría a tener fricciones con los encargados del entrenamiento guerrillero a diversos contingentes latinoamericanos, cuando la mayoría de un grupo de jóvenes guatemaltecos que habían llegado a estudiar carreras universitarias, decidió cambiar de planes y sumarse a dicho entrenamiento (Fortuny en Flores op. cit., p. 295-296).

Como quiera que esto haya sido, el caso es que al día siguiente de su primera solicitud a Blas Roca, Fortuny insistió en ella, advirtiéndole que de no ser atendida, tendría que dar a conocer de manera pública la noticia que debía darle de manera personal y anticipada. A las cinco de la tarde de ese mismo día, el *Che* Guevara dio audiencia a Fortuny en su oficina del Ministerio de Industrias (F/F, 11/97).

El *Che* recibió con serenidad la notificación oficial de la muerte del entrañable amigo. Después escribiría que en el afanoso oficio de revolucionario, la muerte era un accidente frecuente, pero que la muerte de un gran amigo, "compañero de horas difíciles y de sueños de horas mejores".

siempre era doloroso (Guevara, op. cit., p. 513). Interesado preguntó a Fortuny las circunstancias en las que el *patojo* había sido muerto, pero también mostró interés en las circunstancias en las cuales la primera y efímera experiencia guerrillera guatemalteca había fracasado. Con atención oyó el informe de Fortuny y sacó sus conclusiones, las mismas que están expresadas en el obituario que escribió sobre su amigo. Una de ellas era que la guerrilla había sido derrotada, porque no había cumplido con uno de sus principios fundamentales, cual era el de la movilidad constante (F/F, 11/97). Acaso hayan pasado fugazmente por su mente las imágenes que se agolpan en la cabeza de aquel que recibe la noticia de la muerte de un ser querido: el muchacho de apariencia endeble en el tren que caminaba hacia Tapachula, el joven azorado que no se explicaba bien las causas del derrumbe de la revolución guatemalteca, el compañero de lucha por la vida en las calles de la ciudad de México (Guevara, loc. cit.), aquellas noches en las que llevaba su bolsa de dormir a la librería en la que el *patojo* trabajaba como guardián, a efecto de acompañar a su amigo (Gadea, op. cit., pp. 108-109), la vez que junto a Aleida lo acompañó en las jornadas de trabajo voluntario (Taibo II, op. cit., p. 405).²

Pero haciendo a un lado su dolor personal, el *Che* hizo una lectura política del trágico incidente que embonaba perfectamente con la concepción de la lucha revolucionaria que había venido elaborando, probablemente desde los días de la Sierra Maestra. Desde mediados de 1959, había estado trabajando en el libro que finalmente publicó en abril o mayo de 1960, *Guerra de Guerrillas*. Desde febrero de 1961, había empezado a publicar por entregas en *Verde Olivo*, lo que después sería *Pasajes de la Guerra Revolucionaria* (ibid., pp 386, 411). En los días de la entrevista con Fortuny, su concepción de la vía de la revolución en América Latina ya estaba cristalizada y con la misma interpretó la tragedia de Concuá. Según el *Che* Guevara, la zona de la primera guerrilla guatemalteca había sido mal escogida, los combatientes no habían tenido una adecuada preparación física y se habían vulnerado los tres principios básicos de la lucha guerrillera: movilidad constante, desconfianza constante, vigilancia constante (Guevara, op. cit., p. 515).

² De acuerdo al testimonio de Fortuny, éste le preguntó al *Che* si avalaba dos anécdotas que acerca del primero relataba su ex esposa Hilda, en un libro de reciente publicación. La primera narraba que el joven Guevara había solicitado infructuosamente una entrevista con Fortuny en la época de la revolución, a efecto de pedirle colocación en un empleo. La segunda era con respecto a una interpelación, que Ernesto Guevara e Hilda Gadea le habían hecho en el transcurso de un acto político en las calles de la ciudad de México, por no haber defendido con las armas en la mano a la revolución guatemalteca. De acuerdo con Fortuny, el *Che* negó que ambos incidentes fuesen ciertos. Lo que es indudablemente cierto, como ya se ha mencionado, es que el Che Guevara siempre consideró lo sucedido en Guatemala en 1954, como un ejemplo de lo que no

Independientemente de que el comandante Guevara tuviera o no razón en los señalamientos que hacía desde la distancia y en base a los primeros informes, como consecuencia de su concepción, no aludía a lo que era la causa de fondo de la debacle de Concuá: como lo veremos más adelante, la primera guerrilla guatemalteca había actuado en la práctica conforme a los principios del *foquismo*, una concepción que estaba surgiendo de una falsa interpretación de la revolución cubana y que estaba teniendo tanto arraigo que había influido notablemente hasta en la parte esencial de la dirección del PGT. Como hemos visto en los capítulos precedentes, la dirección del PGT era bastante apegada al leninismo y tenía en la mente el modelo de la revolución rusa. Más aún, como lo hemos dejado sentado al final del capítulo anterior, sus vaivenes se debían a su ambivalencia en relación al objetivo en función del cual debería organizar a su militancia.³ Pero como también lo hemos visto en páginas precedentes, el impacto de la revolución cubana había sido demasiado grande como para que la dirigencia comunista no acusara sus efectos.

En aquellos días de marzo de 1962, en el otro lado del océano, otro dirigente del PGT recibía la trágica noticia, pero quien se la daba le agregaba una lectura política diametralmente opuesta a la del Che Guevara. A consecuencia de la precaria salud que siempre le ha acompañado, José Alberto Cardoza había tenido que viajar de nueva cuenta a la Unión Soviética. Después de un período de estancia en algún hospital en Moscú, Cardoza fue enviado, tal como se acostumbraba en casos como el suyo, a una casa de descanso en Barbija -a unos 150 kilómetros de la capital soviética-, a efecto de terminar su recuperación. Hasta allí llegó un día Vladimir Tijmenev, el *aparatchik* que ya hemos visto aparecer en el capítulo anterior. Se presentó ante Cardoza con el rostro adusto que las circunstancias imponían. Tampoco era grata su misión. Tenía que informarle a Cardoza acerca de la tragedia de Concuá, con una noticia adicional. No era el *patojo* Cáceres el colofón de la infausta noticia, puesto que el joven guatemalteco era un absoluto desconocido para los dirigentes soviéticos que tenían relación con el PGT. En este caso, las dolorosas nuevas se objetivaban en otro rostro y otro nombre. En la guerrilla de Concuá había muerto el miembro del comité central y de la comisión política del PGT, Octavio Reyes Ortiz (C/F, 11/97).

Era Octavio Reyes Ortiz un hombre ya conocido para los soviéticos. Como lo hemos visto en los capítulos inmediatamente precedentes, su trayectoria arrancaba desde los años de la década revolucionaria. Ya era un miembro destacado de la dirección comunista en los infaustos días de

había que hacer. Según Cardoza (1999, p. 4) las aclaraciones mencionadas eran el verdadero cometido de Fortuny en su entrevista con el *Che*.

³ La revolución o la transición democrática.

junio de 1954. Y también estuvo entre los primeros cuadros que regresaron clandestinamente a reorganizar el PGT después de un tiempo en el exilio. Después de un período en la clandestinidad, Reyes había salido del país para ingresar, a la Escuela Superior de Cuadros del PCUS en donde pasó un buen tiempo estudiando. He aquí la razón del pesar y enojo de Tijmenev en el momento de comunicarle las noticias a Cardoza. Éste quedó demudado, recordó cómo lo había reclutado para el partido cuando era un obrero de artes gráficas en la Litografía Zadik, cómo lo habían impulsado para que ocupara un puesto de dirección en el Sindicato de Artes Gráficas y después para que fungiera como dirigente en la Federación Sindical de Guatemala. Recordó su carácter temerario, el temple mostrado desde aquellos días que se había fugado del cuartel militar en el que lo habían confinado los altos oficiales militares que estaban traicionando a Arbenz en Zacapa, y cómo había llegado a Guatemala para avisarle al presidente de dicha traición (C/F, 11/97).

Pero el enojo de Tijmenev no estaba enfocado solamente contra la dictadura guatemalteca. Se dirigía contra el PGT y contra lo que él consideraba su aventurerismo. Cardoza recuerda cómo el funcionario soviético lamentó la muerte de Reyes. "Estas son las consecuencias de las precipitaciones de ustedes. Allí murió un compañero valioso que no debería haber muerto. Un compañero en el cual invertimos mucho para que se preparara ideológicamente y ustedes de manera tan fácil lo pusieron en una situación de riesgo. ~~Ustedes están derrochando sus cuadros, cuadros que no se van a recuperar en muchos años~~". Tijmenev volvió a recordar con molestia, el estímulo voluntarista que la revolución cubana estaba dando a las revoluciones guerrilleras en América Latina, promoviendo el *guerrillerismo* entre todos los partidos de la región especialmente en sus juventudes. Agregó un argumento que ya había expresado dos años atrás con motivo de los acuerdos del III congreso del PGT sobre las formas de lucha: la misma revolución cubana se había adelantado a su tiempo, pero ahora que ya estaba la Unión Soviética no tenía alternativa, tenía que apoyarla (ibid.).

Los hechos con cuyo relato se comienza éste capítulo tienen un valor que va mucho más allá de lo anecdótico. Confirman algo que ya se había dicho en el capítulo anterior: los soviéticos y cubanos tuvieron puntos de vista distintos en lo que se refería a la lucha armada en América Latina y particularmente en Guatemala. La opinión de Tijmenev no era solamente la de un aislado funcionario del PCUS, como ya se ha mencionado anteriormente. La opinión que generó en algunos círculos soviéticos el fracaso de Concuá, contrastaba con la lectura que la dirigencia

cubana hizo del mismo hecho, la cual podría decirse fue esencialmente la misma que la que ya hemos reseñado en relación al *Che* Guevara.

Había comenzado la *revolución en la revolución*.

2. Modernización Económica y Dictadura Militar.

El trágico fracaso de la guerrilla de Concuá, no significó para la mayoría de los revolucionarios guatemaltecos el indicio de que se había equivocado el camino. Concuá fue interpretado como un revés temporal que no necesariamente ponía en duda la validez de la guerra de guerrillas como vía revolucionaria. Todavía en julio de 1997, Julio César Macías Mayora (*César Montes*) expresaba al autor que la de Concuá "fue una experiencia heroica, valiosa, que no dejó gran cosa por sí misma, pero que dejó enseñanzas valiosas, en el sentido de que nosotros podíamos hacer guerrilla" (CM/F, 7/97). La victoria del ejército sobre la guerrilla de Concuá solamente fue por lo anterior, el inicio de una larga guerra cuyo primer ciclo podríamos ubicarlo entre 1962 y 1969.

En ésta parte del trabajo se intentará captar el contexto económico-social y político de dicho ciclo, así como el del período preparatorio del segundo ciclo insurgente observado entre 1979 y 1983. En lo que se refiere a la esfera económica, los sesenta y los setenta significaron para el país el auge y declive de un sueño industrializador sustentando en la integración centroamericana. En lo social un aumento relativo de las clases populares urbanas y entre ellas a la clase obrera industrial, así como el mantenimiento y acaso profundización de su pobreza: la relativa bonanza de los años sesenta no alcanzó a los pobres de la ciudad y del campo. En la esfera de la política, las dos décadas mencionadas presenciaron el nacimiento y consolidación de la dictadura militar y al final del período el principio de su eclipse. Con una gran tradición autoritaria, la dictadura militar mostraría en el período mencionado un aumento cuantitativo y cualitativo del terror y paulatinamente éste se convertirá en la mediación más importante entre el Estado y sociedad civil.

Puede decirse que la década de los sesenta representa para Centroamérica en general, para Guatemala en particular, el inicio de una nueva etapa de su desenvolvimiento económico. De la diversificación de las exportaciones agropecuarias que se observó en el segundo lustro de la década de los cincuenta, se pasó a la tentativa de sustituir importaciones a través de una industrialización relativa, y con este término ya estamos indicando que se trataba de una de carácter limitado. En el caso guatemalteco, la industrialización asentada en mecanismos de integración económica centroamericana, vino a ser la realización atemperada y sin el filo revolucionario, de uno de los

proyectos acariciados durante el periodo de la revolución. Centroamérica, y muy notoriamente en el caso de Guatemala, por su historia recién concluida, vivió en aquel momento la tentativa de la expansión de las posibilidades de sus mercados interiores merced a la integración, sin necesariamente tener que recurrir a mecanismos de redistribución del ingreso o peor aún, reformas agrarias.

Este proyecto no tenía su matriz en la propia región. El sueño industrializador venía en realidad de la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), quien partía de las tesis de Raúl Prebisch sobre las deficiencias de la primarioexportación y la necesidad de sustituir dicho modelo por uno de industrialización apoyada en la sustitución de importaciones (Dada, 1983, p.107). En toda América Latina, en particular en Centroamérica, la CEPAL consideró conveniente superar las limitaciones de los mercados nacionales por medio de la integración regional (Bulmer Thomas, 1989, p. 225).

La dictadura militar nació casi paralelamente al modelo sustitutivo de importaciones que estaba detrás del mercado común centroamericano. El modelo industrializador de la década de los sesenta, no aspiraba a destruir al latifundio sino a coexistir con él, razón por la cual Bulmer Thomas lo ha calificado como un *modelo híbrido* (ibid., p.245). Por ello, una de las fuentes de lo dictatorial (predominio de la lógica del finquero: autoritarismo y expoliación) ~~conservaría todo su vigor. De la~~ misma manera en que se observó con la dictadura oligárquica, la dictadura militar se convirtió en el complemento político de carácter represivo de un modelo económico excluyente. He aquí la principal causa económico-social de carácter nacional de la última. Ésta también tuvo un factor externo que la cobijó: el clima contrainsurgente generado por el triunfo de la revolución cubana en el marco de la guerra fría.

a. Integración Económica y Modernización.

Como lo han expresado todos aquellos que han estudiado la integración centroamericana que empezó a surgir con el Tratado General de Integración Centroamericana firmado en 1960 -el cual tenía como precedente en el Tratado Multilateral de Libre Comercio e Integración Económica de 1958-, ésta tenía como objetivo estratégico el desmantelamiento del modelo agroexportador como eje esencial de las economías centroamericanas (Dada, 1983, Guerra Borges, 1979: s/f: 1988). Según Bulmer Thomas, de haber triunfado dicho objetivo estratégico se hubiese tenido implicaciones revolucionarias para el sector agrícola: se hubiese puesto fin al dominio económico.

social y político de la oligarquía terrateniente vinculada a la agroexportación (Bulmer Thomas, op. cit., p. 244). Para el caso guatemalteco tal aseveración resulta interesante, puesto que como lo hemos visto en uno de los capítulos precedentes, éste era uno de los objetivos de la revolución iniciada en 1944.

Finalmente lo que resultó de todo este proceso fue el ya mencionado *modelo híbrido*, puesto que el crecimiento industrial no desplazó a la agroexportación tradicional como fuente esencial de ingresos por exportaciones del país. Más aún, fueron los ingresos de divisas provenientes de la agroexportación los que financiaron las importaciones extrarregionales, buena parte de ellas constituidas por los insumos que necesitaba la emergente industria surgida al calor de la industrialización. Esta se empotró en la matriz agroexportadora, la que siguió siendo dominante en esa suerte de estructura dual: industria para la exportación regional/agroexportación extrarregional. Entre 1960 y 1964, los cinco productos principales de la agroexportación constituían el 84% en el valor total de las exportaciones guatemaltecas (Vilas, 1994, p. 90) y en 1970 el valor de los mismos cinco productos dentro del total de las exportaciones extrarregionales llegaba al 86% (Bulmer Thomas, op.cit., p.248).

No obstante sería un error confundir las anteriores afirmaciones, con la aseveración de que la industrialización surgida al calor de la integración centroamericana, no tuvo efectos significativos. Finalmente, del modelo del latifundismo agroexportador se transitó a uno de carácter dual o híbrido, porque aun cuando no se logró desplazar a la agroexportación como eje de la acumulación capitalista guatemalteca, implicó una transformación sustancial: de un eje de acumulación se pasó a la existencia de dos, uno de ellos (la agroexportación) dominante, el otro (industria volcada al mercado regional) subordinado al primero. En términos políticos, el dominio de la oligarquía terrateniente fue matizado con la presencia creciente de la burguesía industrial y comercial.

Lo anterior se expresaría en el comportamiento del comercio intrarregional. Entre 1934 y 1938 las exportaciones intrarregionales aumentaron en Centroamérica de 0.9 millones de dólares a 8.2. Entre 1952 y 1958 pasaron de 10 a 20 millones. lo que implicó una tasa de crecimiento anual de 12%. En la década de los sesenta, particularmente entre 1961 y 1968 las exportaciones intrarregionales aumentarían a una tasa promedio anual de 29%. Estos datos resultan mucho más significativos si se compara el nivel de las exportaciones intrarregionales con el total de las exportaciones centroamericanas: del 4% en 1958 se transitó al 26% en 1968 y al 20% en 1980

(Guerra Borges, s/f, p.15, 16; 1988, cap. 4)⁴. Para el caso guatemalteco las consideraciones que se han hecho con respecto a la región en general, resultan significativas puesto que fueron precisamente Guatemala y El Salvador quienes más se beneficiaron del auge de las exportaciones intrarregionales. Hubo años en que en ambos países, las exportaciones al Mercado Común Centroamericano constituyeron entre el 35 y el 40% de la exportación total de dichos países, y el incremento de su participación determinó el 60% del incremento del comercio intrarregional entre 1961 y 1968, así como el 68% entre 1969 y 1978 (Guerra Borges, s/f, pp. 17, 18).

Guatemala resultaría todavía más beneficiada en relación a su participación en las exportaciones intrarregionales, puesto que la guerra entre El Salvador y Honduras en 1969 afectaría al primero de manera sustancial, ya que el 25% de sus exportaciones intrarregionales tenía como destino a Honduras (Guerra Borges, s/f, p. 19). En este contexto, a fines de la década de los ochenta se podía decir que Guatemala era el país líder en las exportaciones intrarregionales. Esto se reflejaría en la estructura de las exportaciones y en la participación de la industria en el PIB. Si bien entre 1960 y 1964 el 84% del valor total de las exportaciones de Guatemala lo constituían los cinco productos tradicionales de agroexportación, en el quinquenio que va de 1975 a 1979 tal porcentaje había disminuido a 56%. En lo que se refiere a la participación de las exportaciones industriales dentro del total de las exportaciones, el cambio había sido significativo: en 1960 tal porcentaje ascendía apenas a 3% mientras que en 1980 el mismo llegaría a 24%. Estos hechos se reflejaron modestamente en la composición del PIB; en 1950 la participación de la industria llegaba a 11.1%, mientras que en 1975 tal porcentaje llegó a 14% (Vilas, 1994, pp. 69, 74, 90).

En una perspectiva centroamericana podemos agregar otros datos que ilustran la industrialización relativa que se vivió durante los sesenta y los setenta: medido en precios de 1970 la tasa media de crecimiento anual del producto manufacturero durante el decenio 1960-1970 fue de 8.5%, mientras que entre 1970 y 1978 tal tasa fue de 6.4%. Si el índice de producción industrial por habitante fue de 100 dólares en 1960, el mismo llegó a 156 en 1970 y a 207 en 1978 (Guerra Borges, 1988, p. 43). Pensando estos datos a la luz del hecho de que fueron Guatemala y El Salvador los que más se beneficiaron del comercio intrarregional que propició la integración económica centroamericana, podremos vislumbrar con mayor precisión la estructura dual a la que nos hemos estado refiriendo

⁴ Según este autor, dichos resultados son un caso único en las experiencias latinoamericanas y del Caribe de integración (Guerra Borges, s/f, p. 17)

Para completar el análisis del *modelo híbrido* es necesario agregar un elemento que desde el principio lo desvirtuó. El proyecto inicial de la integración centroamericana había sido concebido por un sector tecnocrático emergente inspirado en las apreciaciones de la CEPAL. Este sector fue decisivo en la concepción del Tratado de 1958, pero ya no lo fue en el de 1960 en el que los intereses de las burguesías locales y del imperio fueron los determinantes (Guerra Borges, 1988, Cap. 1). Dada Hirezi lo afirmará de manera más tajante: "De la búsqueda -por utópica que fuera- de una integración que permita disminuir los lazos de dependencia, Centroamérica pasa a un modelo que no oculta su profundización de la dependencia" (Dada, 1983, p. 119). En este contexto la industrialización de Centroamérica y de Guatemala en particular, no solamente es de carácter dependiente por su subordinación tecnológica y dependencia de insumos extrarregionales, sino por el hecho de que la industria que va a florecer al calor del mercado común, será en gran medida financiada por la inversión extranjera. En 1959 solamente un 0.8% de la inversión extranjera en Guatemala se iba hacia la industria, en 1969 tal porcentaje había ascendido a 43%. El papel de los Estados Unidos en este impresionante aumento de las inversiones extranjeras en la industria es notable: en 1969 del total de 202 empresas extranjeras que operaban en Guatemala el 62% eran estadounidenses (Vilas, op. cit., p.73).

La modernización económica que implicó la industrialización relativa no sólo afectó a la esfera industrial. Puede decirse que las décadas de los sesenta y los setenta, también implicaron una modernización en la agricultura. Paulatinamente el latifundio tradicional, de agricultura extensiva y poco mecanizada, y de fuerza de trabajo con rasgos precapitalistas, fue dando paso a las empresas agrícolas con un alto consumo de fertilizantes, mano de obra asalariada y maquinaria agrícola. El mozo colono que recibía parte de su pago en tierra y en especie, desde la década de los sesenta empezó a ser expulsado de las fincas al necesitar éstas para el cultivo de exportación, las tierras que antaño otorgaban como parte de la remuneración a la fuerza de trabajo (Figuroa Ibarra, 1980, Cap. III). Entre 1961 y 1965 el número de hectáreas por tractor era de 641, en 1970 llegaba a 490 y en 1980 a 438 (Vilas, op. cit., p. 49). El desarrollo del cultivo del algodón propició un crecimiento notable del uso de agroquímicos como pesticidas (ibid., p.48). Entre 1950 y 1963 la producción de algodón crecería de 10 mil pacas anuales a 250 mil para llegar a principios de los setenta a 650 mil. La superficie dedicada al cultivo de la caña de azúcar crecería 12 veces entre 1967 y 1976, mientras que el volumen físico de las exportaciones de carne lo hizo 8 veces (ibid., p.40). La modernización también se observó en un crecimiento de la población urbana (de 30% en 1950 a 39% en 1980). un

crecimiento de la población concentrada en la capital del país (de 337 mil habitantes en 1950 a 1.143.000 en 1980) y en una disminución de la fuerza de trabajo dedicada a la agricultura (69% en 1950 a 57% en 1980 (Ibid., p. 67, 68).

Pero la modernización tal como fue concebida después de 1954, implicaba el mantenimiento del eje lati-minifundio y toda la explosividad social que ello implicaba. A fines de los setenta, en el umbral de la gran rebelión de los años ochenta, la gran concentración agraria en manos de las grandes fincas (denominadas “multifamiliares” para efectos estadísticos)⁵ seguía siendo más o menos la misma que los revolucionarios a principios de los cincuenta habían visualizado y habían pretendido transformar: el 2.5% de las fincas concentraba el 62% de la tierra contenida en fincas. Habiendo aumentado las fincas en casi 183 mil unidades, más de 160 mil era nuevos minifundios los cuales constituían el 88% de las fincas existentes en 1979. Utilizando las estimaciones de la FAO y de la Secretaría de Integración Económica de Centroamérica (SIECA) Guerra Borges calculaba a mediados de los ochenta que 882 mil personas estaban vinculadas a los minifundios (184, p. 19). Lo cual implicaba que si la finca que está en condiciones de proporcionar ocupación a una familia es la que en Guatemala abarcaba entre 4 y 7 hectáreas, a fines de los setenta casi medio millón de fincas (era el número aproximado de minifundios según el censo agropecuario de 1979) mantenían en una situación de precariedad a casi un millón de guatemaltecos.

El sistema resultaba bastante funcional para la burguesía agroexportadora guatemalteca: el minifundio servía como base de sobrevivencia a una enorme masa de campesinos minifundistas, buena parte de los cuales tenían que emigrar temporalmente a las grandes fincas de café, algodón, caña de azúcar y otros cultivos de exportación, para obtener un complemento a su ingreso a través de un precario salario obtenido en jornadas extenuantes.⁶ El minifundio era la plataforma básica para mantener deprimido el salario agrícola de los *cuadrilleros* puesto que actuaba de complemento en la reproducción de dicha fuerza de trabajo, pero al mismo tiempo lo expulsaba hacia otras formas de subsistencia ya que el minifundio no ocupaba plenamente a su propietario ni era suficiente fuente de subsistencia para él o su familia. Una encuesta hecha entre los sesenta y setenta, demostraba que tomando el año hábil un periodo de 300 días, el minifundio solamente

⁵ Se considera una finca multifamiliar cuando tiene 45 hectáreas o más, mientras que una de carácter “familiar” tendría entre 4 y 7 hectáreas. Un minifundio tendría menos de 4 hectáreas (Guerra Borges, 1984, p.18)

absorbía fuerza de trabajo durante 62 (o sea el 20%) (Erazo, s/f). A mediados de los sesenta esta situación ocasionaba que entre 300 y 400 mil personas emigraran temporalmente a las grandes fincas de la agroexportación para participar en las cosechas o corte, temporadas en las cuales el latifundio demandaba la mayor cantidad de fuerza de trabajo (Schmid, p. 27). Por ello, desde la perspectiva del sistema capitalista el minifundista no era un campesino que tenía que trabajar como asalariado para poder sobrevivir, sino era un proletario que tenía que ser campesino para poder subsistir (Figueroa Ibarra, 1980, p.32).

Pero ésta última afirmación, certera desde el punto de vista de la funcionalidad del sistema capitalista guatemalteco debe ser tomado con precauciones desde la perspectiva de la conciencia social de toda esa masa. Desde esta perspectiva, estos cientos de miles de trabajadores estacionales eran campesinos puesto que buena parte de su vida cotidiana giraba alrededor de la aldea o el caserío de donde eran originarios y la tierra era el punto de partida de su visión del mundo. Más aún, tomando en cuenta que de los 4 a 5.5 millones de habitantes que tenía Guatemala entre 1964 y 1973, entre el 48 y el 50% pertenecían a las distintas etnias indígenas (Lowell y Lutz, 1992), podemos agregar que buena parte de esa mitad de la población guatemalteca, se encontraba asentada en las regiones minifundistas. Será esta precisión de gran importancia en el momento en se analice las causas de la gran rebelión de los años ochenta.

La miseria y desocupación en el agro guatemalteco, funcionales para mantener las tasas de explotación en los grandes latifundios empezaron a mostrar sus efectos sociales aun en el ámbito urbano. La migración campo-ciudad hizo florecer desde fines de los años cincuenta y principios de los años sesenta, las áreas marginales en las orillas y barrancos de la capital del país. Entre 1950 y 1964 el desempleo y subempleo creció de 56 a 70%,⁷ y entre 1950 y 1962 la población económicamente activa urbana creció 7 veces más rápido que la población urbana empleada (Adams, 1970, p. 425).

Otro de los efectos de la modernización fue la diversificación de las distintas fracciones de la clase dominante, la cual se expresó entre otros hechos en el desarrollo de lo que Richard Adams (1970, Cap. 6) llamó los "grupos de interés", refiriéndose a las organizaciones empresariales actuando como grupos de presión. Fiel a el autoritarismo de viejo cuño, sustentado en una sociedad civil raquítica y constantemente disgregada desde el poder político, aun la oligarquía fue

⁶ Para consultas acerca del proletariado rural guatemalteco en la década de los sesenta y setenta, puede verse además del trabajo de Lester Schmid (1973), el de Figueroa Ibarra (1980)

⁷ Cohen, Alan. *The Economy of Guatemala 1950-1969*. Inédito, 1969. Citado por Jonas, 1991, p. 66.

reprimida por la dictadura ubiquista. La principal organización empresarial, la Asociación Guatemalteca de Agricultores (AGA) había aprobado sus estatutos desde 1920 mientras que una Oficina Central del Café fue inaugurada en 1928. Al arribar Ubico al poder, la AGA fue clausurada mientras que la segunda entidad fue colocada bajo el control del Ministerio de Agricultura (ibid., p. 329).

Como puede observarse en la Tabla que Adams presenta en la obra citada (pp.331-334), fue la década revolucionaria la que creó las condiciones políticas para la organización de la burguesía como clase. La AGA se reactivó, surgió la Asociación de productores de Aceites Esenciales, la asociación de los algodoneros (AGSA) y en las órbitas del comercio y de la industria se empezaron a observar organizaciones como la Asociación General de Comerciantes Guatemaltecos y la Asociación General de Industriales, la cual surgió a principios de los cincuenta por diferencia de criterios con los comerciantes con respecto a las políticas que estaba impulsando el gobierno revolucionario (ibid., p.335). La actuación de la burguesía tradicional como clase beligerante en torno a lo que consideraba daños a sus intereses comenzó cuando se promulgó el código de trabajo bajo el gobierno de Arévalo. Pero fue el régimen de Arbenz el que sufrió los embates más fuertes de una oligarquía, que habiendo permanecido inactiva durante la dictadura ubiquista, se sintió profundamente amenazada con la promulgación y aplicación de la ley de reforma agraria (ibid., p. 336). El que la clase dominante se sintiese amenazada durante los años de la revolución, ~~habría de~~ determinar en el futuro una unidad de acción contra cualquier otra amenaza por mínima que fuera (Jonas, 1991, p. 44). La unidad férrea de la burguesía guatemalteca habría de consolidarse con la persistencia de la guerra fría y sobre todo, después de la revolución cubana, con el surgimiento de la insurgencia guatemalteca.

El *boom* organizativo empresarial sucedió en la década de los sesenta, particularmente durante los regímenes de Ydígoras (1958-1963) y de Peralta Azurdía (1963-1966). En los años sesenta la organización empresarial se diversificó notablemente al compás del surgimiento de nuevas ramas económicas que la modernización propició. Desde 1957 surgió el Comité Coordinador de Asociaciones Agrícolas, Comerciales, Industriales y Financieras (CACIF), la máxima entidad empresarial que gravitará notablemente en la esfera de la política en las décadas siguientes. Los años sesenta vieron emerger a la organización de los cafetaleros (la ANACAFI fundada en 1960) y al mismo tiempo una proliferación de organizaciones que representaban sectores comerciales e industriales. Al revisar la Tabla que presenta Adams en su libro, resulta impresionante ver el

proceso organizativo durante los años de Ydígoras Fuentes y Peralta Azurdia. En el periodo de Ydígoras se fundaron 20 nuevas asociaciones o gremiales (un promedio de 4 por año), mientras que en el de Peralta surgieron otras 31 (un promedio de 10 por año) (ibid., p. 350). La revisión de la Tabla mencionada nos indica que son las asociaciones o gremiales industriales y comerciales las que muestran mayor ímpetu organizativo por lo menos en lo que se refiere a cantidad. No puede dejar de vincularse este hecho a la diversificación y modernización que estaba impulsando el mercado común centroamericano.

Las décadas de los sesenta y los setenta observaron un aumento relativo de la importancia de las actividades comerciales e industriales mientras que las agrícolas disminuyeron. Un examen del comportamiento de las ramas de actividad del Producto Geográfico Bruto entre 1965 y 1977 (IIES/USAC, 1979, p. 17)⁸ muestra como la agricultura bajó en más de 2% su participación en el PGB, mientras que la industria manufacturera subió en casi la misma proporción. Ligeras alzas en su importancia también se observaron en la construcción, en la electricidad y agua y en el transporte y almacenamiento, así como en las actividades financieras e inmobiliarias. A estos ligeros cambios hay que agregar la modernización que también se observó en la agricultura, y que ya se ha mencionado páginas atrás. Al analizar la composición de la población económicamente activa entre 1950 y 1973, podemos observar cambios que también fundamentan los efectos en la estructura social del proceso de modernización. La importancia del rubro “agricultores” (que englobaría a las diversas categorías del campesinado) pasó de 66.8% a 56.7, o sea disminuyó un 10%, mientras que los “artesanos y obreros de la producción” aumentaron de casi 135 mil a más de 242 mil lo que significó un aumento de su importancia relativa de 1.7 a 2.4%. Otras categorías que también aumentaron ligeramente su importancia, fueron las de los profesionales y técnicos, los empleados de oficina, vendedores, transportistas y profesionales de las comunicaciones, trabajadores manuales y jornaleros y los trabajadores de servicios (ibid., p. 25)

En síntesis, la sociedad que presenció el primer auge guerrillero se encontraba en un proceso de modernización moderada lo que implicaba cambios que es necesario consignar aun cuando no fueron de naturaleza espectacular: la burguesía guatemalteca entró en un proceso de diversificación y modernización con el apareamiento cada vez más activo de industriales y comerciantes y el crecimiento de actividades financieras, así como con la introducción de mejoras tecnológicas en el seno de la producción para la agroexportación. A la par de esta modernización,

⁸ En millones de quetzales de 1958.

la estructura agraria polarizada creaba las condiciones básicas para una gran explosividad social. El proceso organizativo de carácter gremial de la clase dominante guatemalteca, tuvo en los sesenta un auge que no se había observado antes, mientras que su beligerancia en la defensa de sus intereses se vió reforzada por la guerra fría y el nacimiento de la insurgencia. También se observó un crecimiento de la población concentrada en los cascos urbanos, y un aumento de la importancia de los sectores medios y asalariados urbanos. El paisaje urbano se completó con el crecimiento de la marginalidad urbana, fuente también de gran descontento social. Definitivamente los efectos industrializadores del mercado común centroamericano fueron estructurando una clase obrera urbana, la cual sin exagerar su importancia paulatinamente se fue convirtiendo en un sujeto colectivo en el panorama nacional. Sin embargo, solamente habría de mostrar su importancia en el terreno de las luchas sociales y políticas hasta en la década de los setenta.

b. Gobiernos Civiles, Rotaciones Electorales, Terror y Poder Militar.

Hemos expresado ya en páginas anteriores, que al desaparecer el eje de la dictadura del período oligárquico (el dictador), ese vacío paulatinamente lo fue llenando el ejército como institución. De manera cada vez más explícita, hasta llegar al momento de la contrarrevolución, el ejército fue dibujándose cada vez más como la encarnación del poder político delegado por la clase dominante, el imperio y las fuerzas políticas de la derecha guatemalteca. Así, si antes de 1944, el ejército había sido el instrumento del dictador, después de la contrarrevolución se inició un proceso que habría de concluir en 1963, cuando el golpe de estado de aquel año mostró sin pudor que el alto mando de las fuerzas armadas ya era el eje vertebral del poder político. Jonas (1991, pp. 42-45) ha denominado la nueva relación entre clase dominante y fuerzas armadas, la “coalición en el poder de la contrarrevolución” (*ruling coalition of contrarrevolution*), y ha ubicado los años de 1954-1957 como el lapso en el cual se fue definiendo el rol de *ejercicio indirecto* del poder por parte de la burguesía guatemalteca, mientras el ejército accedía a un rol central en el funcionamiento del Estado (ibid., p. 57).

Lejos quedaban aquellos años en los cuales el ejército tenía escasa autonomía, y aun cuando cumplía en determinadas coyunturas un papel decisivo en las contradicciones políticas, en lo esencial desempeñaba solamente una función instrumental (Aguilera, 1989, p.20).⁹ El nuevo rol de

⁹ Con justeza Adams (1970, p. 238) ha planteado que el examen comparativo de la estructura del poder nos indica que el gobierno de Ubico fue una dictadura pero esto no necesariamente implica que haya sido una *dictadura militar*.

las fuerzas armadas se expresaría en el aumento de los gastos militares por hombre: entre 1955 y 1965, nos dice Adams en base a los datos de Joseph E. Lotus, el crecimiento de los gastos militares por hombre del ejército guatemalteco fueron los más grandes de América Latina (1970, p. 147).

Hemos mencionado ya que además de la causa de carácter nacional, es decir la necesidad de control político férreo que fue creciendo en los primeros años de la contrarrevolución, existieron causas de carácter hemisférico y mundial en la emergencia del ejército como el detentador esencial del poder político. El triunfo de la revolución cubana en 1959, la radicalización de ésta y su transformación en revolución socialista, habría de cambiar por completo el panorama latinoamericano. La guerra fría que ya se había declarado al terminar la segunda conflagración mundial, se vería incrementada en América Latina con el triunfo revolucionario cubano y sus efectos estimulantes en diversas partes de la región. Las fuerzas armadas guatemaltecas fueron beneficiadas después de la contrarrevolución, con el clima tenso de la posguerra, pero no sería sino la revolución cubana la que las iría convirtiendo en el interlocutor privilegiado de Washington: si bien antes de 1960 la asistencia militar estadounidense en millones de dólares era exigua (entre 50 y 300 mil dólares anuales), en el primer lustro de los sesenta observaremos una tendencia ascendente que alcanza su cúspide en los 2.6 millones de dólares que el ejército recibió en 1963, año que precisamente coincide con la manifestación abierta de la consolidación de la *dictadura militar* (Adams, 1970, p. 264). Conforme la insurgencia fue creciendo el monto de la asistencia militar también lo fue haciendo: en 1967 se calculaba en 1.7 millones de dólares el *Military Assistance Program* (se pensaba que el monto real era mucho mayor) a lo cual habría que agregar medio millón de dólares más merced a un crédito de la AID para reforzar a la policía (Debray y Ramírez, 1975, pp. 289-290).

Pero sería unilateral hablar del surgimiento de las dictaduras militares únicamente como el resultado de un despliegue contrainsurgente de carácter imperialista. En páginas precedentes hemos analizado cómo el fantasma del comunismo había revoloteado desde la época de la sociedad oligárquica. La paranoia anticomunista se vería reforzada en la percepción burguesa de Guatemala, como consecuencia de las políticas sociales y nacionalistas de Arbenz, así como con la presencia del partido comunista (Partido Guatemalteco del Trabajo) como uno de los ejecutores de dichas políticas. Las luchas preinsurreccionales de marzo y abril de 1962, y la aparición del primer y efímero brote guerrillero de Concuá en esas mismas fechas (eventos que serán examinados en páginas posteriores de éste capítulo) harían de Guatemala un escenario privilegiado para la

contrainsurgencia diseñada por Estados Unidos: he aquí la razón por la cual Susanne Jonas habló en su momento de nuestro país como "un plan piloto para el continente" (Jonas Bodenheimer, 1981).

De esta manera, puede decirse que el rol jugado por el ejército en la contrarrevolución de 1954, unido al clima contrainsurgente que hizo surgir la revolución cubana y la inestabilidad política al interior del país, fueron los factores que hicieron culminar la delegación expresa del poder que hizo la clase dominante con respecto a las fuerzas armadas, con motivo del golpe de estado de 1963. Pero esta delegación que le otorgaba al ejército una cuota de poder que no había tenido antes, solamente expresaba la *autonomía relativa* que las fuerzas armadas tenían en la gestión estatal. Su poder siempre estuvo acotado por las fronteras delimitadas por el que se reservaba la clase dominante. Dos fueron los temas en los que se expresaron las limitaciones del poder militar: la reforma agraria y la reforma tributaria. Independientemente de que las fuerzas armadas estuvieran en contra o a favor de la realización de tales reformas, dependiendo del grupo militar hegemónico o del partido en el gobierno en turno, estos temas siempre anunciaron que independientemente de la cuota de *poder militar*, había una insoslayable en el *poder de la clase*.

En lo que se refiere a la reforma agraria, una vez que se derogó el decreto 900, el gobierno contrarrevolucionario emitió en 1956 el decreto 559 que creaba las *zonas de desarrollo agrario* y un impuesto sobre tierras ociosas (Guerra Borges, 1984, p. 54). El estatuto agrario tenía tantas disposiciones para llevar a cabo las medidas que postulaba, que era inevitable pensar que su propósito era precisamente evitar el reparto agrario; lo mismo puede decirse del decreto 1551 emitido en 1962 durante la presidencia de Ydígoras (Figueroa Ibarra, 1980, p. 125). Entre 1955 y 1967 se habían repartido únicamente 25 mil parcelas que comprendían únicamente 200 mil manzanas; tomando en cuenta que el gobierno de Méndez Montenegro en el contexto de una política contrainsurgente, repartió tierras aproximadamente a 6 mil familias entre 1967 y 1970, hasta éste último año solamente se habían beneficiado a 31 mil familias (Piedrasanta Arandi, 1971, p. 70; Villacorta Escobar, 1973, pp. 51-53, 58). En 1982 la Agency For International Development (AID) de los Estados Unidos, constataba en medio del estallido revolucionario, que desde 1955 se habían distribuido 664.525 hectáreas que habían beneficiado a 50.267 familias, lo que implicaba que la reforma agraria arbenquista había repartido tierras a una tasa anual 16 veces mayor que lo que habían hecho los distintos gobiernos desde aquel año (Guerra Borges, 1984, p.

57).¹⁰ La reticencia burguesa a las medidas agrarias de fondo se mantendría hasta el final del conflicto, y el poder de la clase se expresaría hasta en los acuerdos de paz.

Algo semejante se puede decir en relación a la reforma tributaria. En los años sesenta la estructura impositiva guatemalteca estaba entre las peores del continente. Entre 1963 y 1965 Guatemala ocuparía el penúltimo lugar en cuanto a esfuerzo fiscal entre un grupo de 52 países según alguna investigación, y el FMI la ubicaría en el lugar 71 dentro de un grupo de 72 países (Jonas Bodenheimer, 1981, p. 288). A fines de los años ochenta y principios de los noventa, se podía seguir haciendo similares afirmaciones (Jonas, 1991, p. 178). Los distintos gobiernos se fueron estrellando una y otra vez contra el muro de clase que se erigía en cuanto se hablaba de reforma tributaria: el de Ydígoras Fuentes entre 1962 y 1963, el de Méndez Montenegro entre 1966 y 1968, el de Ríos Montt entre 1982 y 1983, el de Mejía Vítores entre 1983 y 1985, el de Cerezo Arévalo entre 1987 y 1988, y finalmente el de Arzú en 1998.¹¹

Entre 1954 y 1958 se habían observado regímenes políticos en los cuales la gestión estatal del ejército era abierta, como las 4 juntas militares que se sucedieron entre la destitución del sustituto dejado por Arbenz (coronel. Carlos Enrique Díaz) y el momento en que el líder contrarrevolucionario Carlos Castillo Armas asumió el poder el 1 de septiembre de 1957 (Villagrán Kramer, 1994, Cap.V y VI). Sin embargo, la *dictadura militar abierta* fue un fenómeno temporal, puesto que Castillo Armas se debía a los *liberacionistas* además de tener satisfechas a las fuerzas armadas. La muerte del caudillo en el contexto de alzas y bajas de protesta popular, hizo necesario la legitimación de los gobiernos que sucedieron al que emergió en 1954, a través de procesos electorales. Además, en el segundo lustro de los cincuenta, el ejército todavía no había acumulado el poder que ya tendría a partir de principios de los sesenta.

Fueron los hechos nacionales y regionales ya mencionados los que hicieron crecer paulatinamente el poder del ejército entre 1954 y 1963. De esta manera, lo novedoso del golpe de 1963 es que aquí no se vió a un dubitante ejército presionado por la embajada estadounidense como sucedió en 1954, sino como ya lo hemos dicho en un capítulo anterior, un cuerpo organizado que actuó como una corporación de expresa voluntad contrainsurgente (Torres Rivas, 1987, Cap. IV). El coronel Peralta Azurdia ya no fue un caudillo, no tuvo el perfil del liderazgo de Castillo Armas:

¹⁰ Un análisis crítico de la política agraria seguida por los distintos gobiernos de Guatemala entre 1954 y 1970 puede encontrarse en Melville, 1982.

¹¹ Jonas Bodenheimer, 1981, pp. 288-290; Figueroa Ibarra, 1991, pp. 195-213; Gramajo, 1995, Caps. II y III, Parte V.

fue simplemente un militar con cierto prestigio en el cual el conjunto de los mandos militares delegó la función de jefe de estado. El ejército derrocó a Ydígoras actuando como corporación (consultando a todos los jefes militares del país) y Peralta Azurdía asumió la jefatura de estado por escalafón, en tanto que oficial de mayor responsabilidad (ibid.,).

Siendo cierto que con el golpe de 1963, el creciente poder del ejército se objetivó en una *dictadura militar*, también es cierto que el proceso se había iniciado un año antes, cuando en las postrimerías de las movilizaciones de marzo y abril, al debilitado Ydígoras el ejército le impuso en abril de 1962, un gobierno de "formato militar" (Villagrán Kramer, 1994, pp.370, 371): en la reestructuración del gabinete, virtualmente todos los ministros fueron militares aun cuando buena parte de ellos también tenía títulos universitarios. Así, fue durante el gobierno de Ydígoras, que la *dictadura militar* inició su consolidación. Los tres años del gobierno de Peralta Azurdía terminarían de estructurar la hegemonía militar dentro del Estado, expresada en la preeminencia de las fuerzas armadas frente a otras instancias estatales (Aguilera, 1989, p.22).

La paranoia anticomunista, bastante difundida desde los años del gobierno arbencista, se vio reforzada con la inestabilidad política observada durante el período de Ydígoras: las luchas sociales de fines de los cincuenta y principios de los sesenta, la rebelión del 13 de noviembre, las movilizaciones urbanas de marzo y abril de 1962 y el surgimiento de la guerrilla en el país en el contexto del clima generado por la revolución cubana. Por ello es que aunque es cierto que el golpe de 1963 fue el producto de la lógica contrainsurgente que despertó la revolución cubana (Jonas Bodenhimer, 1981), también lo es que tuvo entre sus causas coyunturales más inmediatas y visibles, la posibilidad de que el expresidente Arévalo contendiera por la presidencia y la ganara (Torres Rivas, loc.cit.). En el nuevo contexto regional y nacional creado por la revolución cubana, aun el moderado Arévalo resultaba intolerable para la clase política derechista y para lo esencial de la burguesía guatemalteca. Viendo las cosas fríamente, Arévalo representaba a la promesa de reformas moderadas y de restauración democrática; desde la perspectiva reaccionaria, el ex presidente fue visto como el "Kerenski" guatemalteco: de nueva cuenta sería la puerta por donde se colaría el comunismo. Así pues, fue el espíritu ultraconservador, que no hacía distinción entre la reforma y la revolución lo que generó una nueva apelación dictatorial, esta vez ya no a un líder carismático o caudillo, sino a una institución que actuó corporativamente (Figueroa Ibarra, 1991, Cap. III; 1994, p. 874).

He aquí el comienzo de un nuevo período de la historia guatemalteca en la cual el núcleo sustancial de las decisiones políticas (aun cuando en lo que se refiere a las económicas el empresariado tiene la última palabra) recayó sobre el ejército, o para decirlo de manera más precisa: sobre su alto mando. Independientemente de los diversos rasgos que tuvo la *dictadura militar*, e independientemente de sus distintas variantes, el anterior constituye el elemento esencial de su definición.

Podemos ahora intentar retratar al nuevo modelo político (Véase la Gráfica I) que sustituyó al oligárquico. En primer lugar, hay que decir que la *dictadura militar* ya no se asentó sobre sociedades rurales en las cuales los cascos urbanos eran apenas una metáfora, tal como vimos sucedía con la *dictadura oligárquica*. Como puede comprobarse si se recuerda lo dicho en el epígrafe anterior, la *dictadura militar* se instaura en el contexto de un proceso de modernización económica y social. Es ésta modernización, y los efectos imposibles de erradicar de los diez años de revolución, lo que ha ocasionado la existencia de una sociedad civil más compleja y difícil de gobernar. En lo que se refiere a la estructura política propiamente dicha, encontraremos que el lugar que antes ocupaba el dictador es ahora ocupado por el alto mando de las fuerzas armadas, las cuales ejercen el poder del Estado que les ha conferido la clase dominante, poder que también se nutre del apoyo estadounidense. La clase dominante ya no es simplemente una vieja oligarquía puesto que fracciones significativas de ella están en proceso de modernización; mantiene un relativo control sobre las acciones del alto mando -tal control es particularmente evidente en lo que se refiere a la política económica-, pero éste tiene un nivel importante de autonomía y algo que es importante: la posibilidad de una movilidad ascendente merced a los privilegios y canongías que resultan de su rol central en el ejercicio del poder estatal.

En lo que se refiere a éste último punto hay que mencionar que durante los años sesenta un subteniente recién egresado de la Escuela Politécnica recibía un salario que era visto como insuficiente, pero había al menos dos medios adicionales para obtener mayores ingresos: uno era el sobresueldo que venía con ocupar una posición burocrática dentro de la estructura militar, preferentemente si tenía que ver con suministros o el comisariato (Adams, 1970, p. 240).¹² La otra era el poder utilizar relaciones y privilegios que daba el ascender en el escalafón de una poderosa institución, a efecto de poder capitalizarse u obtener tierras en las áreas de colonización (ibid., p. 241). El proceso que ya se observaba en los años sesenta, se fue extendiendo y profundizando en

¹² Tienda de venta de artículos a bajo precio para los militares y sus familias

las décadas siguientes: si bien en las décadas de los cincuenta y sesenta, un alto oficial militar podía llegar a ser propietario de fincas cafetaleras y algodoneras de proporciones modestas, a partir de los setenta, particularmente durante el gobierno de Arana Osorio, la acumulación se observó en proporciones y ritmos mucho mayores que en el pasado (Aguilera, 1989, p.24). Hubo altos oficiales que se convirtieron en grandes propietarios agroindustriales, terratenientes y hasta financieros e industriales (ibid.,). Por ello, con el paso del tiempo, no puede sino leerse con ironía una frase del discurso del entonces coronel Kjell Laugerud, a la promoción 1965 de la Escuela Politécnica: “Escogisteis una carrera en la que jamás os haréis ricos, ya que el mejor pago que recibimos es de carácter moral y espiritual.”(Aguilera, 1970, p. 76). En los años ochenta, siendo ya un ex presidente de la república, el general Laugerud era un financista y propietario inmobiliario (Aguilera, 1989, p. 24).

Si al enriquecimiento le unimos un *espíritu de cuerpo* que desde los sesenta Adams ya había percibido (loc. cit.), y a las relaciones de parentesco que provocaban los frecuentes matrimonios entre hijos de militares (Aguilera, 1989, p.25), podemos visualizar mejor las circunstancias hacia las cuales fue evolucionando la alianza contrarrevolucionaria entre la burguesía y las fuerzas armadas. Con el control esencial del poder político, vías expeditas al ascenso social, *espíritu de cuerpo* y relaciones de parentesco, ~~el ejército y sobre todo su alta oficialidad,~~ se transformaron de instrumento de la clase dominante, en su aliado poderoso y no pocas veces temido.

En mayor o menor medida, la *dictadura militar* descansó en una red de alianzas con los partidos políticos (generalmente de tendencia derechista) y cámaras empresariales, los cuales nutrieron al gobierno de funcionarios que podían encargarse de las diversas labores del estado, a excepción de las labores de defensa y seguridad. Aun cuando formalmente tenían una autonomía, y con mayor claridad en los momentos en que no la tuvieron, las policías no eran órganos paralelos como sucedía con la dictadura oligárquica, sino subordinados a la lógica de las fuerzas armadas. Finalmente, pero no por ello menos importante, hay que agregar que la mediación fundamental entre el Estado y la sociedad fue la represión la cual llegó en determinadas coyunturas a expresarse como terrorismo de estado. Control de lo esencial de las decisiones políticas y terrorismo de estado, serían los rasgos permanentes de la *dictadura militar* en medio de las distintas variaciones que ésta pudo manifestar a lo largo de sus más de tres décadas de existencia.

En el caso guatemalteco no fue la *dictadura militar abierta*, la manifestación más permanente del gobierno de las fuerzas armadas. Más bien fue la dictadura de carácter embozado o lo que se ha

llamado las *democracias de fachada* (Solórzano, 1987, pp. 277-324). Por tales entenderemos a los regímenes políticos en los cuales la institucionalidad democrática ha sido restablecida debido a las fuertes presiones internas y externas, pero el poder del ejército no ha sido reducido ni un ápice. Si aceptamos como cierto que el andamiaje democrático es efectivamente una de las fuentes de "la sintaxis permanente del consenso" (Anderson, 1978, p. 51) nos explicaremos porque las *democracias de fachada* fueron un recurso muy socorrido por las *dictaduras militares* en Centroamérica.

En las *democracias de fachada* las elecciones fueron el mecanismo por medio del cual se legitimó el poder establecido. De ellas salían el parlamento, las autoridades municipales, es decir los ámbitos a través de los cuales los civiles organizados en partidos políticos (la mayoría de los cuales eran en mayor o menor medida aliados del alto mando) compartían las áreas periféricas del poder político. La decisión de quien sería el próximo presidente de la república la tomaba el alto mando (generalmente el agraciado era uno de los oficiales de más alta graduación), las elecciones solamente enmascaraban este hecho. Por ello mismo, los fraudes electorales no eran un hecho insólito en éste tipo de regímenes.

Paradójicamente, en un momento en que se pensó que el país recuperaría la senda democrática y civilista, fue aquel en el cual las *democracias de fachada* iniciaron su trayectoria de aproximadamente 16 años. Como es sabido, la elección como presidente de Julio César Méndez Montenegro (1966-1970), fue un hecho inesperado y visto con recelo por el alto mando del ejército y el empresariado (Villagran Kramer, 1994, p. 415). El resultado sería el Pacto Secreto de 1966 (Villagrán Kramer, 1994, Cap. X) mediante el cual se acordaba una acotación drástica al gobierno recién electo: el ejército prometía no derrocar al gobierno civil siempre y cuando se comprometiera con la lucha anticomunista (en palabras brutales, la guerra sucia de la contrainsurgencia), no negociara con los insurgentes, constituyera un gabinete de "unidad nacional" (incluyendo a elementos afines a los partidos derrotados), respetara bienes y personas de los funcionarios civiles y militares del gobierno anterior y respetara la autonomía del ejército en lo que se refería a su integración, organización y administración. El pacto convertía al recién electo gobierno civil en una suerte de rehén de las fuerzas armadas, por lo que ha sido visto como el mecanismo mediante el cual la hegemonía militar dejaba de ser algo meramente coyuntural.

En efecto, el pacto no solamente normaría las relaciones entre civiles y militares durante el periodo de Méndez Montenegro, sino que establecería las reglas del juego entre civiles y militares

durante los sucesivos gobiernos. A partir de entonces y por los siguientes tres lustros, el ejército consentiría el juego partidario y electoral, pero nadie dudaría que el epicentro del poder político estaría en el alto mando: éste se reservaba el derecho de ser el gran censor de la política nacional. En su descargo Méndez Montenegro diría posteriormente que “se había puesto el traje “kaki” de fatiga por comodidad y la pistola al cinto por seguridad”(Villagrán Kramer, 1994, p.433), pero el presidente civil vistiendo casi como un militar puede ser visto como la expresión simbólica de su sumisión. Tratando de ocultar los efectos del pacto de 1966, el antaño prestigiado académico pregonó que había gobernado con libertad, y recordó que en 1968 había removido a los coroneles Arreaga Bosque y Arana Osorio de los cargos de Ministro de la Defensa y Comandante de la base militar de Zacapa respectivamente, enviando a ambos al exilio diplomático.

Vana defensa. Desde entonces, la imagen de “presidente títere” ha sido vista en el mejor de los casos, como una caricatura de lo que fue en realidad su relación con el ejército: la de un gobierno civil cercado y subordinado a un Estado militar. Los sucesivos gobiernos (Arana Osorio 1970-1974/Laugerud 1974-1978/Lucas García 1978-1982) no sufrieron el estereotipo del “presidente títere”, puesto que el cargo presidencial era ocupado por uno de los oficiales del alto mando. Este hecho desvirtuó la imagen guñolesca pero hizo aún más perceptible el enmascaramiento de la dictadura militar. ~~Esta siguió gozando de buena salud puesto que las reglas~~ del juego establecidas desde 1966, fueron en los años siguientes esencialmente las mismas: el ejército fungía como el delegado del poder de la clase dominante, pero por ello mismo actuaba con autonomía con respecto a ella; de sus filas salía el presidente de la república, el ministro de la defensa y buena parte de los funcionarios de la seguridad interior; tenía la última palabra en los asuntos generales de política nacional; sus decisiones en materia de seguridad, contrainsurgencia y terror eran inapelables; el precio del trabajo sucio que implicaban las tareas anteriores era la impunidad para el enriquecimiento de la alta jerarquía militar y para los delitos cometidos en el desempeño del mismo: la amnistía para ejército y policía del 28 de abril de 1966 solamente fue la primera de ellas. En este contexto, no es de extrañar que tanto los partidos oficiales, como los de la oposición, buscaran a sus candidatos presidenciales entre la gama de altos oficiales del ejército.

Los años sesenta significaron una escalada del terror estatal aún mayor de lo que hemos visto en los capítulos precedentes. Paulatinamente se fue pasando de la prisión política en las ergástulas de los viejos edificios destinados a la detención, a las cárceles clandestinas que eran la antesala de la muerte y la desaparición. Fue el auge de la insurgencia que examinaremos páginas adelante lo

que hizo de la *dictadura militar* una maquinaria contrainsurgente crecientemente asentada en el terror. Los presos políticos fueron disminuyendo sólo para ser sustituidos por los cadáveres que mutilados y con señales de tortura, aparecían en calles, carreteras, montes y llanos, o bien por los *desaparecidos* que desde marzo de 1966, cuando el gobierno de Peralta Azurdia entraba en su recta final, se hicieron una evidente realidad con el secuestro y desaparición de 28 militantes revolucionarios. Contrariamente a lo que se pensó aún en el seno del movimiento revolucionario, el gobierno de Méndez Montenegro no significó una ruptura con el creciente terror estatal que se venía observando durante el gobierno anterior. La razón de ello estriba en el pacto secreto al cual hemos aludido páginas atrás: con éste la asunción del gobierno civil no significaría una transición a la democracia, sino la instauración de una dictadura que embozada en el gobierno civil seguiría incrementando su práctica terrorista. No fue una casualidad que durante el que fuera llamado "tercer gobierno de la revolución", se observara la segunda gran ola de terror la cual culminaría hasta en el período de Arana Osorio (Figuroa Ibarra, 1991, p.113).¹³

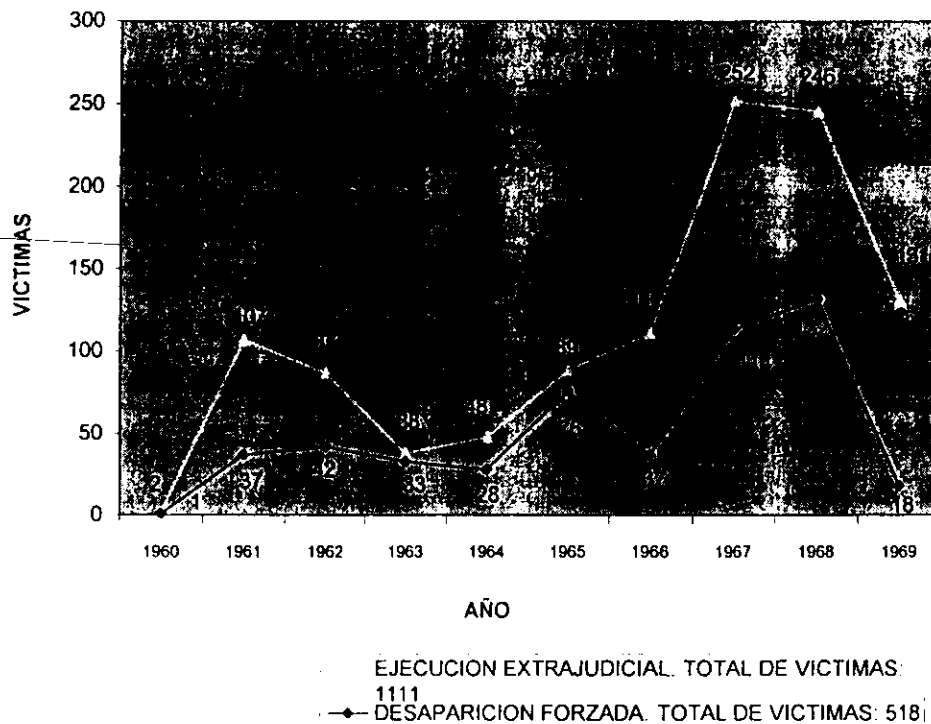
Conforme la insurgencia fue extendiendo sus operaciones, la *dictadura militar* fue acentuando su carácter terrorista. Los datos disponibles sobre muertos y desaparecidos durante la década de los sesenta nos informan que la cúspide del terror en aquellos años ocurrió precisamente durante el gobierno de Méndez Montenegro.¹⁴ La Gráfica II, referente a ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzadas en aquellos años nos muestra que entre 1960 y 1961 se empieza a observar un aumento de las víctimas de la represión en términos de muertos y desaparecidos. Tal aumento es más acusado en relación a las ejecuciones extrajudiciales que en lo que se refiere a las desapariciones forzadas. Ambas formas de terror vuelven a descender entre 1962 y 1963, para empezar al año siguiente un ascenso significativo que va a tener su clímax en

¹³ Dicha ola de terror tuvo un costo en vidas sobre el cual existen diferentes estimaciones. Villagrán Kramer habla 1994, p. 448 de más de 2,000 personas asesinadas; 8,000 según Jonas, 1991, p. 68; 18,000 según Torres Rivas, 1989, p. 162. Aunque a la luz de las estimaciones cuantitativas que se hicieron de la tercera ola de terror (1978-1984) la cual fue mucho más cruenta que la segunda, la cifra que da Torres Rivas resulta exagerada, la verdad es que resulta difícil hacer un cálculo de la misma: en los sesenta el monitoreo de las cifras del terror no fue tan sofisticado, ni tampoco contó con la diversidad de organizaciones humanitarias, como el que se observó en los ochenta.

¹⁴ Estos recuentos han sido hechos en base a la recopilación hemerográfica y de entrevistas hechas por el Centro Internacional Para la Investigación en Derechos Humanos (CIIDH) y el Grupo de Apoyo Mutuo, cuyos personeros fueron los coordinadores de tal recopilación. En ella participaron las organizaciones de derechos humanos agrupadas en la Coordinadora de Organizaciones de Derechos Humanos de Guatemala (CONADEHGUA). En adelante la fuente será citada como CIIDH-GAM.

los años de 1967 y 1968. Sobre la base de una muestra de 1,111 casos de ejecuciones extrajudiciales y 518 desapariciones forzadas registradas entre 1960 y 1969, podemos concluir que el terror comenzó a aumentar durante el régimen de Ydígoras, amainó después de 1962 y recomenzó su tendencia ascendente durante el segundo año de la dictadura encabezada por Peralta Azurdia, para ser llevado a su máxima expresión durante el segundo y tercer año del gobierno de Méndez Montenegro. A fines de dicho gobierno el terror volvería a amainar, para comenzar una nueva oleada -como lo veremos posteriormente-, que comprendió prácticamente todo el período de gobierno del general Carlos Arana Osorio.

GUATEMALA: EJECUCION EXTRAJUDICIAL
Y DESAPARICION FORZADA POR AÑO
DATOS PARA 1960-1969



El período comprendido entre las postrimerías del régimen de Peralta Azurdia y el inicio del de Méndez Montenegro implicó además del tránsito de la *dictadura militar abierta* a las *democracias de fachada*, el tránsito del *terror abierto* que caracterizaba a las viejas dictaduras al *terror clandestino* que fue el recurso más socorrido de la *dictadura militar*. Dictadura y terror se embozaron en un gobierno civil y en los años siguientes, en las rotaciones electorales y el

andamiaje institucional propios de las democracias. Este enmascaramiento se expresó en los años sesenta, entre otros hechos en el surgimiento de aproximadamente 16 *escuadrones de la muerte* (Aguilera, 1970, Tabla 3),¹⁵ la mayor parte de los cuales o tenía relación directa con el ejército en particular con su sección de inteligencia (G-2) o eran grupos clandestinos vinculados a partidos reaccionarios como el MLN. Desde la perspectiva del estado de derecho, el Estado guatemalteco empezó a actuar como un descomunal delincuente que infringía subrepticamente la legalidad que le daba sustento.

Cabe agregar que éste auge escuadronero coincide con el período en el cual se acentúa el involucramiento de los Estados Unidos en el conflicto interno guatemalteco: presencia de asesores militares y de hasta mil boinas verdes, traslado de las técnicas contrainsurgentes que estaban siendo usadas en Viet Nam y armas como el *napalm*, la extensión de la “acción cívico-militar” en las zonas de conflicto en coordinación con la AID, asistencia financiera para ejército y policías y el involucramiento de funcionarios civiles y asesores militares en la formación de los *escuadrones de la muerte*.¹⁶

Una nueva época de terror había llegado y el movimiento revolucionario enfrentó situaciones que antes no se daban. Antes de 1966, los cuadros clandestinos y combatientes podían permitirse descuidos de los que tenían posibilidad de salir con vida. Adolfo Gilly, militante del Movimiento Revolucionario 13 de noviembre (MR-13) y del Buró Latinoamericano de la IV internacional (posadista), recuerda una anécdota que poco tiempo después parecería inaudita a cualquier militante mediocrementemente avezado en medidas de seguridad: él mismo y otro dirigente del MR-13, Francisco Amado Granados, se metieron a una de las casas de seguridad de la organización para buscar un dinero que tenían allí escondido. Esto sucedía pocos días después de que las fuerzas de seguridad habían detectado la casa, la habían atacado y matado a dos de sus ocupantes (uno de ellos el teniente coronel Vicente Augusto Loarca) (AG/F, 12/98). Después de 1966 estas audacias rayarían en tonterías.

Podemos terminar el presente epígrafe de éste trabajo, haciendo un intento de relación entre las transformaciones del Estado guatemalteco y las acciones provenientes de la sociedad civil

¹⁵ El más famoso de ellos, pero no el único, fue el Movimiento de Acción Nacionalista Organizado o Movimiento Anticomunista Nacional Organizado (MANO) más conocido como la *Mano Blanca*, el cual fue dirigido por Raúl Lorenzana quien ya ha aparecido en el capítulo anterior de éste trabajo y a quien veremos aparecer de nueva cuenta en el presente capítulo.

¹⁶ Debray y Ramírez, 1975, pp. 288-295; Jonas Bodenheimer, 1981, pp. 345-357; Jonas, 1991, p. 70).

a efecto de darle una mayor concreción a lo que se expresó de manera teórica en el capítulo inicial de éste trabajo. En éste nos hemos pronunciado a nivel teórico, adversos a una concepción elitista de los procesos sociales y políticos, y hemos suscrito la idea de que las transiciones políticas obedecen a una compleja y conflictiva interrelación entre Estado y sociedad civil, entre élites y masas, entre clases y grupos con intereses contrapuestos. Si no se analizan los desenvolvimientos a la luz de las correlaciones de fuerza que emergen de tales interrelaciones, la explicación de dichos desenvolvimientos queda en el vacío.

El examen del desenvolvimiento social guatemalteco en buena parte del último medio siglo puede ser interpretado desde ésta perspectiva. Fue un hecho que reveló el conflicto entre el Estado oligárquico y una parte significativa de la sociedad civil guatemalteca, la que desencadenó la revolución en 1944 que destruyó para siempre a dicho Estado. Fue la contrarrevolución y las necesidades de represión al vasto movimiento de masas que se había ido construyendo en los diez años de transformaciones revolucionarias, lo que creó las condiciones para el surgimiento del ejército como un factor esencial del poder político. El conflicto social generado por la contrarrevolución fue el campo propicio para que bajo el clima creado por la revolución cubana, el poder militar se estructurara y consolidara como *dictadura militar*. Finalmente, en lo que concierne al período que hasta este capítulo estamos examinando, ~~fue el surgimiento de la insurgencia armada~~ lo que obligó a la *dictadura militar abierta* a efectuar el cambio hacia una *democracia de fachada*. Fueron las necesidades represivas que se generaron con el surgimiento de la insurgencia lo que reactivaron las tradiciones represivas en el país y convirtieron al terrorismo de estado en la mediación fundamental entre Estado y sociedad.

3. ¿Revolución en la Revolución?

La revolución cubana significó un acontecimiento preocupante para casi todos los gobiernos del hemisferio, no solamente porque su desenvolvimiento inauguraba el socialismo en tierras americanas, sino porque la victoria de los revolucionarios cubanos era el presagio de luchas iniciadas en otras partes por los que considerarían su ejemplo digno de emular. Ello implicaría en toda América Latina el que las expresiones tradicionales de la izquierda se enfrentarían a un cuestionamiento de lo que había sido su actuación. A ello se refería indudablemente Régis Debray cuando escribió *¿Revolución en la Revolución?* Particularmente los partidos comunistas

resentirían en sus filas, los efectos de una nueva manera de pensar las *vías de la revolución*, construida fundamentalmente en base a la experiencia revolucionaria cubana.

a. Las Rupturas Guevarianas.

Tan temprano como lo era a fines de 1959, Ernesto *Che* Guevara ya había sistematizado lo que había sido su percepción del proceso revolucionario cubano entre fines de 1956 y enero de 1959. En poco más de dos años, el que fuera un joven y desconocido médico argentino, se había convertido en una celebridad mundial; habiendo vivido “días magníficos” se había convertido en un combatiente, en un estratega y finalmente en un comandante guerrillero. El *Che* era pues la encarnación suprema de lo que Debray postularía años después, como uno de los tantos aportes inéditos de la revolución cubana a la revolución latinoamericana: un militar podría convertirse en un dirigente político, un militante político podría convertirse en un jefe militar (Debray, 1967, p. 75, 91).

Para el *Che* la revolución cubana había sido un modificador de los viejos dogmas sobre la conducta de las masas en América Latina. Sus aportaciones fundamentales a los movimientos revolucionarios en la región habían sido tres: las fuerzas populares podían ganar una guerra contra un ejército profesional, el *foco insurreccional* podía crear las condiciones necesarias para el triunfo de la revolución y finalmente, en la América Subdesarrollada el terreno de la lucha armada debía ser fundamentalmente en el campo (Guevara, 1960, p. 297). De una manera sintética y sencilla, el comandante Guevara iniciaba una subversión de las verdades establecidas en el conjunto de la izquierda revolucionaria latinoamericana, principalmente los partidos comunistas.

Los trabajos que seguiría publicando en los años siguientes¹⁷ no serían sino desarrollos de las anteriores tesis. Las dos primeras de ellas eran un llamado a la acción en función de la guerra revolucionaria que sería una tarea prioritaria desde aquel momento si se quería batir al imperialismo en América Latina. La guerra revolucionaria, que empezaría siendo una guerra de guerrillas de carácter nómada (“movilidad constante, desconfianza constante, vigilancia constante”) (1962c, p. 515; 1963, p. 412), pasaría por una segunda fase que sería la de crecimiento y formación de nuevas columnas, como “la colmena que, en un determinado momento, suelta una nueva reina que se va a otra región como parte del enjambre”; en la “colmena madre” o “columna madre” se

¹⁷ 1961, 1962a, 1962b, 1963, 1964, 1967.

quedaría el “jefe guerrillero más notable” y operaría en el territorio más seguro mientras las nuevas columnas irían a operar en nuevos territorios (1960, p. 305).

Sería esta segunda fase, una de equilibrio de fuerzas en el cual, la guerrilla empezaría a controlar un territorio que se convertiría en inaccesible para el ejército enemigo. Se iniciaría “la vida sedentaria”, se establecerían las industrias necesarias para el esfuerzo militar, se impondría una nueva legalidad revolucionaria y comenzarían actos de gobierno que afectarían positivamente a la población que vivía en la región (1960, pp. 349-350, 357); la guerrilla estaría en proceso de convertirse en un ejército regular que actuaría a través de una guerra de movimientos que no sustituiría a la guerra de guerrillas, la cual sería una constante aún en el momento mismo en el cual se alcanzaría una tercera fase, en la cual se observaría el desbordamiento del ejército represivo, la toma de las grandes ciudades, los grandes encuentros decisivos y finalmente el aniquilamiento total del adversario (1963, p. 414).

Este principio, desarrollo y fin de la guerra de guerrillas planteado por Guevara, implicaba rupturas con respecto a la concepción que en la izquierda revolucionaria se tenía con respecto a las *vías de la revolución*.

En primer lugar se planteaba que las fuerzas revolucionarias no deberían luchar primordialmente por desgajar al ejército gubernamental sino ~~construir uno nuevo, de carácter~~ revolucionario, cuya misión debería ser la de aniquilar al primero y sentar de esa manera las bases del nuevo poder revolucionario: “los militares profesionales de América no sirven para otra cosa en la revolución que para dar armas para que el pueblo se arme” (1962a, p. 455). Por ello una guerra de guerrillas como la que se desarrolló en Ucrania (complemento de un ejército regular) no era lo que se estaba postulando. “Nos interesa el caso de un grupo armado que va progresando en la lucha contra el poder constituido, sea colonial o no, que se establece como base única y que va progresando en los medios rurales.” (1960, pp. 299-300).

En segundo lugar, el momento militar de la revolución no era el resultado necesario de una acumulación de fuerzas de carácter político, sino las mismas acciones militares, iniciadas por un grupo de hombres armados y disciplinados, el *foco insurreccional*, crearían las condiciones para la revolución. No se trataba de sentarse a esperar que se crearan las “condiciones subjetivas” para la revolución y mientras tanto olvidarse del objetivo estratégico definitivo, la toma del poder (1963, p. 410). Ciertamente el planteamiento guevarista no sustituía las acciones de las masas por las de un grupo de iluminados, sino postulaba que este grupo de *iniciados* (1960, p. 385) con sus

acciones contribuiría a crear las condiciones para una participación de las masas, condición *sine qua non* de la victoria revolucionaria (1963, pp. 403-404). Entre 30 y 50 hombres eran suficientes para iniciar la lucha armada en el mundo americano (*ibid.*, pp. 386-387).

Una tercera ruptura radicaba en el postulado de que el campo y no la ciudad tendría que ser el escenario fundamental de la lucha revolucionaria. Era un dogmatismo centrar la lucha de las masas en los movimientos de las ciudades, olvidándose de la inmensa participación de la gente del campo en la vida de todos los países subdesarrollados de América (1960, p. 298). La lucha guerrillera estaría asentada en los núcleos campesinos e iría tomando las ciudades desde el campo porque las masas campesinas estaban hambrientas de tierra, los ejércitos mercenarios eran débiles para moverse en los extensos territorios de América, el imperialismo era ineficaz para atacar a las fuerzas populares en las zonas favorables a las guerrillas, los gobiernos eran incapaces de moverse más allá de los núcleos poblados (1962a, p. 455). En esas circunstancias, la jefatura revolucionaria debería estar asentada en la “fortaleza rural” y seguir catalizando el espíritu revolucionario de las masas independientemente de una eventual destrucción de los grupos urbanos (1962b, pp. 472-473)

Otra ruptura se refería a la inevitabilidad de la lucha armada para hacer la revolución. Entre 1956 y 1960, en el seno del movimiento comunista internacional se habían venido expresando posturas abiertas a la posibilidad de una “vía pacífica” de la revolución socialista. En 1956 en el XX Congreso del PCUS se había postulado que se ampliaban las posibilidades del tránsito pacífico al socialismo; en 1957 en el contexto de una conferencia mundial de partidos comunistas y obreros, a iniciativa conjunta de soviéticos y chinos, 57 partidos aprobaban una declaración en términos similares. Esta declaración habría de ser refrendada en 1960 en el pronunciamiento hecho por otra asamblea de partidos comunistas. Aun cuando después se alegara que estos pronunciamientos eran de carácter general y no implicaban ninguna preferencia, las posibilidades de hacer transformaciones sociales por la vía pacífica estaban en el horizonte de los partidos comunistas y obreros del mundo, entre ellos los de América Latina (Arismendi, 1976, pp. 193-198).

El Che Guevara postularía para la región un planteamiento antagónico. La revolución latinoamericana tendría que ser llevada a cabo por métodos violentos porque había que destruir a los ejércitos profesionales que eran garantes del orden establecido, porque esos ejércitos y las clases reaccionarias no aceptarían jamás de manera pacífica un tránsito al socialismo. porque estaba demostrado que aquellos pueblos que habían recurrido a la fuerza habían avanzado más en el

camino de las reformas sociales y muchos habían entrado al socialismo (1962b, p. 468). La radicalidad del objetivo revolucionario condicionaba la radicalidad del *método* para hacer la revolución. Ciertamente en su primer libro sobre la guerra de guerrillas, *el Che* había escrito que en donde un gobierno mantuviera al menos una apariencia de legalidad constitucional, no se habrían agotado las posibilidades de la lucha cívica y por tanto el brote guerrillero sería imposible de producir (1960, p. 298).

Pero en los escritos posteriores aquí citados, tal prevención tiende a ceder el lugar al énfasis en la necesidad de la lucha armada: clases reaccionarias y ejércitos gubernamentales se opondrían ferozmente a un gobierno de carácter popular cuando éste empezara a efectuar reformas (1961, p. 213); aun cuando cada país y partido debería buscar las fórmulas más adecuadas a su experiencia histórica, la revolución cubana era un hecho y de magnitud continental (1962a, p. 450); rotundamente podía decirse que en la mayoría de los casos no era posible un tránsito pacífico al socialismo (1962b, p. 466); para alcanzar sistemas sociales más justos en América, “debe pensarse fundamentalmente en la lucha armada”; las luchas electorales cuestan inmensos sacrificios y no tienen el mínimo valor (*ibid.*, pp. 468, 473); siendo la guerrilla un método para conquistar el poder, lo que interesa analizar es si en América se puede conquistarlo de otra manera: en este Continente existen en general condiciones objetivas que impulsan a las masas a acciones violentas contra los gobiernos burgueses y terratenientes (1963, p. 406); en América la guerra de guerrillas era la vía correcta, el eje central de la lucha (*ibid.*, p. 410); la experiencia de Viet Nam sistematizada en la obra del general Giap, plantea problemas de particular importancia para la mayoría de los pueblos de América Latina y todos los de Africa: la factibilidad de la lucha armada cuando hayan fracasado los métodos pacíficos de liberación (1964, p. 165); “¿Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres, muchos Viet-Nam florecieran en la superficie del globo con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano...!” (1967, p. 485).

Finalmente, también había una ruptura en el planteamiento guevarista de que la lucha revolucionaria tenía un carácter continental. La *continentalidad* tenía como consecuencia el que la lucha armada arrastraría en su lógica, aún a aquellos escasos países en los cuales no hubiese circunstancias para su desarrollo pleno. La lucha sería a muerte entre todas las fuerzas populares y todas las fuerzas de represión, los yanquis intervendrían porque la lucha en América era decisiva y en esas condiciones sería difícil que la victoria se lograra y consolidara en un país aislado: era

certera la fórmula de Fidel de que “la Cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América” (1963, p. 411).

Más allá de la obra de Guevara, lo que hacía que sus postulados se difundieran aceleradamente por América Latina era el propio ejemplo de la revolución cubana: aniquilando al ejército batistiano en poco más de dos años de guerra de guerrillas, derrotando a la invasión reaccionaria en Playa Girón en abril de 1961, emitiendo la II Declaración de La Habana en 1962 que la ponía en la punta de lanza de la lucha antiimperialista, colocándose en el epicentro de la tormenta mundial en la crisis de los misiles de octubre de ese mismo año, desencadenando con su ejemplo la lucha guerrillera en Guatemala, Venezuela y el Perú.

Las circunstancias eran propicias para que el texto de Régis Debray, *¿Revolución en la Revolución?*, publicado a principios de 1967 ocasionara gran conmoción en el mundo de la izquierda latinoamericana. Precedido de dos artículos con la misma temática, publicados en enero y julio de 1965, Debray se colocaba en la cima del debate latinoamericano sobre la estrategia revolucionaria. Como si no fuera suficiente el saber que el libro del joven y brillante intelectual francés había sido editado por la *Casa de las Américas*, bastaría leer la introducción de Roberto Fernández Retamar, para saber que todo lo que en él decía, tenía el espaldarazo de la dirigencia cubana. Más aún: los planteamientos de Debray expresaban de manera brutal lo que en los textos de *el Che* apenas se barruntaba: llevaba hasta sus últimas consecuencias las premisas planteadas por el comandante revolucionario. Debray lamentaría después en su autocrítica (1975a, p. 210) que sus adversarios lo atacaran a él porque no se atrevían a atacar ni a *el Che* ni a la dirigencia cubana. Probablemente le asistía la razón, pero Debray había emprendido la tarea de expresar teóricamente un planteamiento político cuya génesis no estaba en él.

En un estilo literario pedante y autosuficiente –sentía que caminaba sobre los hombros de gigantes-. Debray postulaba que la guerra revolucionaria en América Latina tenía condiciones de desarrollo que no se podían encontrar en ninguna parte del mundo, por lo que incluso las comparaciones que buscaban las similitudes con las guerras de Viet Nam y China eran “engañosos parentescos” (1967, pp. 16-18). En América Latina, el mundo rural sería también el epicentro de la revolución, no solamente por la composición social de la región sino porque como lo había dicho Fidel “la ciudad era un cementerio de revolucionarios” (ibid., p. 56). Pero la conclusión más importante que Debray derivaba de las tres tesis fundamentales de *el Che*, era que la *forma histórica* de la vanguardia que había funcionado en otras partes del mundo, el partido

revolucionario marxista-leninista, había quedado obsoleta en América Latina después del triunfo de la revolución cubana (p. 82). Como si no hubiesen sido suficientes sus críticas a la autodefensa de masas (expresión de espontaneísmo y reformismo) (pp. 22, 23), a la propaganda armada (pp. 38-48), y a la copia mecánica de la experiencia china en la formación de la base guerrillera (pp. 48-54), esta última afirmación bastaba para contar con la antipatía no solamente de los partidos comunistas, sino también de los trotskistas y de los maoístas.

El triunfo de la revolución en América Latina implicaba la lucha armada en un escenario rural. Por condiciones históricas muy específicas el partido chino y el vietnamita habían podido hacer frente a la necesidad de desarrollar ejércitos revolucionarios y campesinos. Los partidos marxista-leninistas latinoamericanos no habían tenido que enfrentar el reto de replegarse a las áreas rurales y desde allí encabezar luchas de liberación nacional (pp. 83-85), por lo que su misma historia les creaba imposibilidades históricas para asumir las tareas que la revolución latinoamericana demandaba. Por ello en América Latina no sería posible repetir la experiencia china y vietnamita de contar con un partido revolucionario que dirigía a un ejército revolucionario, el cual actuaba como brazo armado del primero. En el caso latinoamericano la guerrilla rural funcionaría como el partido revolucionario, “El Partido de vanguardia puede existir bajo la forma propia del foco guerrillero. La Guerrilla es el Partido en gestación.” (p. 90). Fidel lo había dicho: la revolución la harían “el pueblo, los revolucionarios, con Partido o sin partido” (p. 82). Esta sustitución del partido por la guerrilla rural eliminaría las desventajas de un doble mando (el político y el militar) (p. 59-61), el burocratismo expresado en un exceso de instancias partidarias inútiles y en el *democratismo* paralizante que se convertía en un verdadero lastre para la ejecutividad militar (p. 86)

El razonamiento *foquista* en los escritos de Guevara y Debray planteaba verdades insoslayables: la izquierda latinoamericana vivía ya presa de los dogmas a fines de los cincuenta y principios de los sesenta (comunistas, trotskistas y maoístas): de manera implícita o explícita eludía el problema del poder (comunistas) o se lo planteaba de manera fantástica (trotskistas); había una fetichización del partido marxista-leninista (comunistas, trotskistas y maoístas); la violencia revolucionaria era vista de manera absolutista como el resultado de una fase de acumulación de fuerzas políticas que se prolongaba indefinidamente (comunistas) o era reducida a la visión insurreccionalista (trotskistas)

Sin embargo, el *foquismo* se asentaba en una base sumamente endeble: la interpretación unilateral de la revolución cubana. Por algunos de los biógrafos del *Che* (Taibo II, 1996; Castañeda, 1997), podemos saber de las reticencias, prejuicios o subestimación del comandante revolucionario hacia el trabajo en el *llano*, que por tal entendía el *Movimiento 26 de Julio* a los cascos urbanos. Esta reticencia era compartida por Fidel Castro como el mismo Debray nos los informa (1967, pp. 62-65) y probablemente fue uno de los factores políticos e ideológicos que condicionó el énfasis rural del *foquismo*: “la montaña proletariza a burgueses y campesinos y la ciudad puede aburguesar hasta a los proletarios” (ibid., p. 63) El *Che* no había conocido ciudad cubana sino hasta que algunas de éstas fueron cayendo en poder de los revolucionarios en los últimos días de la guerra.

El énfasis rural se quedaba corto en relación al olvido del *foquismo* con respecto al propio clima político que vivía Cuba en el momento en que el *Granma* arribó a las costas cubanas. La dictadura batistiana observaba ya con un desgaste político considerable a fines de 1956 y en las ciudades se podía contar ya con una resistencia que explica la sublevación ocurrida en Santiago, en los días de la llegada a Cuba del contingente encabezado por Fidel Castro; o bien la heroica acción en La Habana del *Directorio Revolucionario* al intentar tomar el palacio de gobierno y liquidar a Batista. Basta ver la relativa facilidad con la que la diezmada guerrilla del *MR-26* pudo contar con el apoyo campesino en la región en la que empezó a operar, el crecimiento de efectivos que observó en el mismo año de 1957, para llegar a la conclusión de que Cuba vivía ya una *situación revolucionaria* o estaba en los linderos de ella, en el momento en el cual el *foco insurreccional* empezó a operar. El *foco insurreccional* tuvo repercusiones políticas extraordinarias porque había ya un clima subjetivo revolucionario en significativos sectores de la población cubana.¹⁸

Pero el *revolucionarismo* cubano llegaba poco más allá del odio a la dictadura y la ingerencia del imperio en la patria. Como lo reconocería años después Debray (1975a, pp. 51, 64, 69), el *Movimiento 26 de Julio* no encabezó la revolución en nombre del marxismo y del socialismo, por mucho que su dirigencia fundamental ya tuviera inclinaciones marxistas y socialistas. Ello le facilitó el apoyo de una parte de la burguesía cubana y una actitud no beligerante de parte de los Estados Unidos. Hechos que condicionaron a su vez, una debilidad estatal mayor y un terror contrainsurgente menos eficiente y despiadado, de los que observaremos en las experiencias

¹⁸ La rebelión zapatista de enero de 1994 puede analizarse en similares términos. Las acciones militares del EZLN fueron muy limitadas si las comparamos con lo que habían logrado las guerrillas centroamericanas durante los 16 años anteriores. Pero como las acciones militares durante los 12 días se dieron en un clima

guerrilleras futuras. Ni el apoyo de una parte de la burguesía, ni la relativa pasividad imperialista, serían factores con los cuales podrían contar las guerrillas de los sesenta en Latinoamérica.

Fueron todas estas circunstancias, las que posibilitaron una guerra de corta duración, el éxito del *foco insurreccional* como factor catalizador, los efectos atenuados de la subestimación de la consistencia de la conciencia política en el seno de las masas, y de las formas democráticas al interior de la vanguardia revolucionaria. En los países latinoamericanos en los cuales se observaron experiencias guerrilleras en los años posteriores, y en particular en Guatemala, las condiciones serían mucho más adversas y complejas de las que en su momento pregonó el *foquismo*. Y lo que comenzó siendo la subversión de dogmas, terminaría convirtiéndose en un nuevo dogma que en no pocas ocasiones tendría trágicas consecuencias.

b. Ancladas Tradiciones y Nuevos Paradigmas.

En 1967 el *foquismo* ya había sufrido la prueba de la práctica en América Latina. ¿*Revolución en la Revolución?* obviamente no achacaba a un error de concepción los reveses sufridos por las guerrillas en Guatemala, Venezuela, Perú, Argentina y Colombia, sino los consideraba gajes del oficio en el necesario aprendizaje de un *método nuevo para la conquista del poder* (1967, p. 18). El examen de la historia de las luchas de liberación contra España revelaba que los reveses eran inevitables, ¿acaso Bolívar no había tenido que empezar una y otra vez? (ibid., p. 17). La persistencia en el *foquismo*, el intento de Debray por llevar su sistematización aún más allá de lo que el *Che* lo había hecho, la misma realización de la primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad en agosto de 1967, tenían una razón oculta pero determinante: el inicio en Bolivia de la lucha guerrillera encabezada por el propio *Che* (Debray, 1975a, pp. 215-217; OEP/F, 2/98)).

Sin embargo, cuando el *Che* arribaba a Ñancahuazú, como Debray lo reconoció después, el *foquismo* evidenciaba de manera trágica sus costos: la mayoría de los comandantes guerrilleros del continente habían sido eliminados, se observaba un reflujo revolucionario, había una destrucción por la represión del movimiento democrático y popular (ibid., p. 221. 222). En esas condiciones, favorecidas por el hecho de que el nuevo sistematizador del *foquismo* no formaba parte de la

político que se venía gestando desde el cuestionado triunfo electoral del PRI en 1988, las repercusiones políticas fueron notables.

dirigencia cubana, ni siquiera era latinoamericano, y además expresaba de manera abierta y brutal lo que se había dicho antes de manera implícita, facilitó una contraofensiva ideológica de comunistas, trostkistas, maoístas, nacionalistas revolucionarios y hasta de existencialistas, en la cual Debray era el depositario de críticas que en realidad iban hacia otro lado (pp. 21-213).

Pero en 1960 el *foquismo* todavía gozaba de buena salud y de una supuesta demostración contundente: la propia revolución cubana. Aún no se veían los defectos de una línea que como lo hizo ver años después Althusser en su afectuosa crítica a Debray, era producto de un olvido de las condiciones históricas de la revolución cubana y por ello se convertía en una “metafísica, fuera de toda historia” (p. 243). En el caso de Guatemala, la “metafísica foquista” cuestionaba una visión de la violencia revolucionaria no menos metafísica, puesto que tenía en la experiencia rusa una de sus principales referencias. La mayor parte de la dirigencia nacional e intermedia del PGT, en el mejor de los casos adolecía en palabras de Debray de “un leninismo más bien sumario” (p. 171). En relación a la lucha armada, el “leninismo sumario” postulaba que de acuerdo a la fórmula de Clausewitz, “la guerra era la continuación de la política por otros medios”, por tanto lo militar debería estar subordinado a lo político, un destacamento militar revolucionario debería funcionar como brazo armado del partido, el desencadenamiento de la violencia revolucionaria debería ser el resultado de la conjunción de las condiciones objetivas y subjetivas, el momento de las armas arribaría con la *situación revolucionaria*, la victoria revolucionaria sería posible si el ejército gubernamental se desgajaba y una parte de él se pasaba al campo de la revolución. Estos postulados eran precisamente los que el *foquismo* deploraba.

La dirigencia del PGT podría haber observado con atención la experiencia armada de los comunistas chinos en los treinta y los cuarenta, o bien la de los vietnamitas en los cincuenta. Pero, por razones geográficas, estas experiencias resultaban lejanas para la Guatemala de aquellos años. Esto no debe extrañar, aun en el mismo *26 de julio* en Cuba, acuciada su dirigencia por los problemas prácticos de la guerra contra Batista, la experiencia militar china no sería conocida sino tan tarde como después de la ofensiva del verano de 1958, cuando Fidel Castro y el *Che* Guevara leyeron el ensayo de Mao Tse Tung, *Problemas Estratégicos de la Guerrilla Antijaponesa* (Debray, 1967, p. 16).

Lejanías geográficas aparte, las referencias ideológicas del PGT estaban más cerca de Moscú que de Beijing o Hanoi. Entre los dirigentes y cuadros destacados del PGT, solamente uno había sido señalado a fines de los cincuenta como simpatizante de la postura china en el movimiento

comunista internacional: Ricardo Ramírez (después el comandante *Rolando Morán*)(F/F, 4/98; AMA/F, 1/99). Al decir de Cardoza (C/F, 4/98) habían sido estas simpatías en el contexto de una creciente tensión entre el PCUS y el PCCH, las que después de un señalamiento que venía de Moscú, pasaba por el partido checoslovaco y tenía en el dirigente mexicano Lombardo Toledano su emisario, motivaron el retiro de Ramírez de su función de representante de Guatemala ante la Unión Internacional de Estudiantes en ese momento en Praga. Independientemente de la afirmación de Cardoza, ya desde 1956 con motivo de su asistencia al XX Congreso del PCUS, Alfredo Guerra Borges había planteado a la UIE la salida de Ramírez de Praga, a efecto de que se incorporara al trabajo del PGT en Guatemala. La UIE pidió retrasar la salida de Ramírez a efecto de que pudiera participar en la organización de algún de sus eventos (AGB/F, 6/99).

No obstante las afinidades del PGT, a principios de los sesenta, éste pareciera haber tenido una posición no beligerante contra la dirigencia china. Antonio Móbil, militante del PGT en aquellos años, recuerda haber viajado con un grupo pequeño a una escuela de cuadros en China. Dos o tres de esos grupos vivirían la experiencia en sucesivos viajes, entre ellos militantes distinguidos como la integrante del comité central Concepción Castro de Mencos, y los dirigentes Leonel Roldán, y Antonio Fernández Izaguirre, además de los dirigentes Jorge Macías Mayora, Manuel Sánchez y Tranquilino López.¹⁹

Móbil recuerda que la estancia de poco más de medio año en China fue desesperante: preocupación importante de los docentes era mostrarles cómo los fracasos de la revolución china se debían a las inconsecuencias de los soviéticos, las lecturas del pensamiento de Mao se combinaban con visitas a “museos del futuro”, había preguntas que los instructores declinaban contestar inmediatamente puesto que tenían que consultar a mandos superiores. El choque cultural e ideológico comenzaría desde la llegada al aeropuerto; con su habitual humorismo. Móbil recuerda: “Se veía un enorme retrato de Mao con un millón de veladoras... nos mantenían escondidos y no teníamos contacto con la población, nos daban yodo para que no tuviéramos deseo sexual y solamente teníamos derecho a tomar los sábados, una copa de un aguardiente llamado *Mao Tai*. Recuerdo que yo cambiaba con los camaradas argentinos mis raciones de fruta durante la semana, por tragos de *Mao Tai*. Cuando pasé por la URSS de regreso de China y camino a

¹⁹ AM/F, 3/98; C/F, 12/98; CM/F, 5/99

Guatemala, me encerraron con un tipo que me sometió a un interrogatorio como de ocho horas.” (AM/F, 3/98).

El relato de Móbil puede ser un indicio de que el acercamiento a China por parte de algunos cuadros no significaría ninguna influencia determinante en la dirigencia y las filas del PGT. Pero aun cuando la experiencia china y vietnamita hubiese sido vista con atención y con posibilidades de aplicación en Guatemala, éstas no rompían ni la ortodoxia teórica ni histórica, como sí lo estaba haciendo el *foquismo*. Finalmente en ambos casos un partido había dirigido o dirigía la lucha armada en ambos casos, el ejército del pueblo era considerado un brazo armado del partido (Debray, 1967, pp. 79-81)

La otra experiencia armada que podría haber impactado a la dirigencia del PGT habría sido la de los comunistas españoles en los años siguientes al fin de la guerra civil. Estos habían organizado una guerra de guerrillas como parte de la resistencia contra el victorioso régimen reaccionario y esa experiencia, que había trascendido internacionalmente, podría haber llegado al PGT a través de la cercanía de Guerra Borges con militantes y dirigentes del PCE. Sin embargo como el mismo Guerra Borges lo afirma: “Jamás hablé de esto en el Partido ni éste estaba dispuesto a oírme” (AGB/F, 2/99). Además, como hemos visto en el capítulo anterior, la experiencia que habría impactado al dirigente guatemalteco era precisamente la que sucedió a la experiencia guerrillera y que era vista como una rectificación del esfuerzo armado: la línea de la “conciliación nacional” (AGB/F, 9/97).

Independientemente de las referencias teóricas e ideológicas que hubiesen tenido la dirigencia y los cuadros más destacados del PGT, se encontraba también la referencia histórica que todos ellos tenían en lo que había sido el proceso político en la Guatemala del Siglo XX. Una historia lejana pero que podía haber estado presente, lo constituía la insurrección armada de 1920 que había derrocado al dictador Estrada Cabrera. Una semana de cruentas luchas en la que se calcula que perdieron la vida 1,700 personas, había tenido su escenario casi exclusivo en la ciudad de Guatemala y había implicado la neutralidad y división del ejército: artesanos, obreros y trabajadores urbanos habían contado con esa ventaja y había terminado triunfando (Figueroa Ibarra, 1977; 1978). La rebelión que había iniciado la revolución de octubre de 1944, había tenido las mismas características: centrada en la ciudad de Guatemala, había sido resultado de la división del ejército cuya fracción rebelde había contado con el apoyo popular urbano. En este caso, las hostilidades habían durado uno o dos días. Y en ambos hechos históricos, además de haber tenido

su epicentro en lo urbano, también lo habían tenido en lo ladino: la participación indígena había sido insignificante o nula. La referencia histórica de 1944 sí estaba muy cerca del PGT, lo cual explica por otra parte su posición y conducta ante las diversas rebeliones militares que se observarían entre 1954 y 1960.²⁰

La dirigencia y cuadros principales del PGT venían de estas experiencias. Se habían forjado como activistas y dirigentes políticos en el contexto de una lucha civil contra la dictadura ubiquista y posteriormente en el fragor de las luchas por las reformas que la década revolucionaria había impulsado. Si es cierto el planteamiento que en su momento hizo Debray en el sentido de que después de la revolución cubana, los militantes políticos podrían convertirse en jefes militares, no parece ser precisamente el caso de la mayoría de la dirigencia del PGT. En este acervo de experiencias, constituidas en una determinada *cultura política*, acaso podamos encontrar la causa más profunda de las limitaciones de dicha dirigencia para reconvertirse en jefatura militar o político militar de un proceso revolucionario de carácter armado. Más que su ideología, su estructura orgánica o su forma de trabajo constituidos en una identidad determinada (Urrutia, 1986, p. 114), es una práctica acumulada constituida en una *cultura política* lo que parece haber sido el obstáculo fundamental para la reconversión que el clima político e ideológico inaugurado por la revolución cubana estaba exigiendo.²¹

Hemos visto ya en el capítulo anterior, cómo Paz Tejada recuerda a la revolución cubana como un parteaguas entre las esperanzas en un golpe de estado de carácter progresista y la convicción en una guerrilla revolucionaria (PT/F, 2/98). La radicalización del clima político y como ésta afectó al PGT también ya ha sido mencionada. Pero una cosa era admitir que la lucha armada estaba siendo colocada a la orden del día y otra era tener un profundo convencimiento íntimo. Guerra Borges acaso sea un ejemplo claro de ese conflicto. Poco antes de que se produjera la intentona guerrillera de Concuá, había regresado de Cuba en donde había participado en una suerte de comunicación de experiencias con Blas Roca y Aníbal Escalante, dirigentes del PSP, los cuales le habían contado su proceso de incorporación a la guerra contra Batista (AGB/F, 6/99). En 1964 había publicado en el

²⁰ Véase el capítulo tercero

²¹ En su trabajo Urrutia ha desarrollado una tesis planteada verbalmente por José Manuel Fortuny (el PGT perdió su identidad al involucrarse en la lucha armada) y la ha combinado con otra más expresada por Ricardo Ramírez en su libro sobre Turcios (Fernández, 1968, p.67): la identidad del PGT no es más que una herencia de la III Internacional. El autor difiere de éste último reduccionismo puesto que sostiene que parte esencial del contenido de la identidad del PGT tiene que ver con una *cultura política* con profundas

órgano de difusión de los partidos comunistas del mundo, la *Revista Internacional*, un artículo acerca de la lucha revolucionaria en Guatemala, en el cual la lucha armada era uno de los ejes vertebrales de su análisis (Guerra Borges, 1964). Sin embargo, en 1997 recordaba que “1963 y 1964 fueron los años más terribles de mi vida. Estaba convencido de que la lucha armada en Guatemala no tenía futuro, pero tampoco tenía una alternativa a ella.” (AGB/F, 9/97). Capturado en 1965, sus reservas a la lucha armada ocasionarían que fuera separado de sus cargos de dirección durante la conferencia nacional del PGT en febrero de 1966.

El que Guerra Borges pasara a ser un militante de base del PGT y poco tiempo después abandonara la militancia, era un indicio significativo, puesto que como se ha mencionado en el capítulo anterior, había sido uno de los dirigentes más brillantes en los cincuenta y parte de los sesenta. En 1997, recordaba con emoción y respeto a sus antiguos compañeros, la gran mayoría de ellos muertos ya en el transcurso de la lucha: “Mi impresión es que la convicción en la lucha armada no era generalizada. En el seno de la comisión política Alvarado Monzón, Silva Jonama, Carlos Valle y Huberto Alvarado estaban profundamente convencidos. Pero había gente que venía del trabajo sindical como *Paco* Hernández (Francisco) y José Luis Ramos que cumplían con la línea sin muchas habilidades por falta de convicción. Otros como Cardoza se sentían presionados porque “le estaban moviendo la silla”. Hugo Barrios Klee nunca estuvo convencido, hombre brillante su vocación era más bien universitaria” (AGB/F, 7/97). De toda esta dirigencia, probablemente el que psicológicamente estaba más dispuesto a la lucha armada era Joaquín Noval, quien como vimos en el capítulo anterior había ingresado al PGT después de la derrota de 1954.

Cardoza coincide parcialmente con Guerra Borges y cita a Alvarado Monzón, Silva Jonama y Huberto Alvarado como los más decididos, convencidos además de reflexivos en la necesidad de impulsar la lucha armada y a Carlos René Valle, como un hombre convencido pero sobre todo “emotivo” (C/F, 4/98; 12/98). Acaso motivado por su aversión a la lucha armada, Oscar Edmundo Palma, ex-miembro del comité central, es más radical en sus recuerdos: “En general yo pienso que en los últimos días de vida de los miembros de la dirección del partido, ellos ya no creían en la lucha armada, La sostenían para no contrariar a Cuba o no provocar un alzamiento de los jóvenes. Yo pienso que todos ellos murieron por una causa en la que ya no creían” (OEP/F, 2/98). Una opinión similar expresa quien fuera otro dirigente del PGT, Carlos Rafael Soto (CRS/F, 3/98).

raíces en la historia misma de la Guatemala de la primera mitad del siglo XX, particularmente la ruptura de junio y octubre de 1944 y los diez años que le sucedieron.

Otro desfase es el que podría haber existido entre la convicción y la formación para la lucha armada. “Yo creo que hubo una profunda convicción, sostiene Guerra Borges, y que la misma los llevó a una lucha para la cual su propia formación no estaba dada.” (AGB/F, 7/97). Palma no se explica como un ex viceministro de educación que enseñaba a Rousseau y se emocionaba al escuchar a Mozart (Silva Jonama), o un escritor interesado en Bretón y Vallejo (Huberto Alvarado) podían ser jefes militares (OEP/F, 2/98). Probablemente lo que le sucedía a esta dirección era lo que *el Che* les había dicho a los comunistas del PSP en Cuba: podían dejarse despedazar por las torturas en la oscuridad de un calabozo, pero serían incapaces de tomar por asalto a un nido de ametralladoras (Debray, 1967, p. 87).²² Para Oscar Arturo Pérez, cuadro de la resistencia urbana en los sesenta “la dirección del partido era más política y por supuesto honesta y trató de ser consecuente con lo que se le venía encima. Pero no tenía vocación ni estaba totalmente convencida de la necesidad de la lucha armada. Ellos fueron arrastrados por la corriente que vino de Cuba.” (OAP/F, 98).

Y Mario Maldonado, durante muchos años militante de la JPT, asistente de Huberto Alvarado, y en la década de los ochenta y los noventa cuadro de las FAR, recuerda una anécdota que es reveladora y premonitória: en una reunión en 1970 a la que asistía el responsable del regional sur del PGT, Carlos Alvarado Jeréz, al comentar la caída de una casa de seguridad de las FAR y la muerte de sus ocupantes, el dirigente comunista dijo enfrente de alrededor de 20 campesinos: “Yo en el lugar de los compañeros me hubiera entregado”. El comentario provocó la indignación de Maldonado y de otros dos cuadros medios que asistían a la reunión. En privado, recuerda Maldonado, le pidieron a Alvarado Jeréz que se retractara o abandonara la reunión. Este prefirió hacer esto último antes que retirar sus palabras (MM/F, 4/98).

Independientemente de las vocaciones, convicciones y formaciones, a principios de los sesenta, el núcleo esencial del PGT sí tenía la voluntad de encabezar políticamente el esfuerzo armado en Guatemala. Antonio Móbil quien en esos años formaba parte del comité de dirección en el departamento de Guatemala recuerda cómo su responsable, Rafael Tischler, se “volvió intolerable” después del III congreso: “sólo hacíamos arme y desarme de metralletas y hablábamos solamente de la cuestión armada, ya no tratábamos cuestiones políticas”(AM F, 3/98). Alvarado Monzón en su calidad de secretario general del PGT se había visto forzado por los

²²De manera más brutal, un dirigente de la *Resistencia Nacional* de El Salvador le dijo al autor en 1980, en el transcurso de una conferencia teórica de organizaciones revolucionarias latinoamericanas en La Habana: “los comunistas saben morir por la revolución, lo que no saben es matar por la revolución.”

acontecimientos a participar directamente en actos de sabotaje (OEP/F, 2/98). “Me negué a participar en una acción de dinamitar torres de electricidad que me propuso Nayo Alvarado. Me dijo: si no salimos a hacer esas cosas los de las FAR y los de la juventud nos van a acusar de *retrancas*”(AGB/F, 9/97). El artículo de Guerra Borges sobre la lucha revolucionaria en Guatemala, en el cual intentaba “leninizar” la línea de la lucha armada a través de un manejo novedoso del concepto de *situación revolucionaria* (Guerra Borges, 1964), fue visto como inoportuno por sus compañeros de la comisión política. En efecto, como el mismo Guerra Borges lo reconoce, su ensayo era una velada crítica a la visión guevarista de la lucha armada (AGB/F, 7/97).

Una anécdota evocada por *Cesar Montes* refleja ese desfase entre la mentalidad militar que se necesitaba y la vocación política de la que se venía. Después de salir de una casa de seguridad rompiendo a balazos un cerco de la policía judicial, bajo la fría conducción de Luis Augusto Turcios Lima, *Cesar Montes*, *Gabriel Salazar* (Fernando Hernández, *el indio*) y el propio Turcios con sorpresa vieron a un eufórico Alvarado Monzón que disparaba su arma al aire dando vivas al PGT, en un momento en el que la discreción y no llamar la atención era lo que se imponía (CM/F, 9/97).²³

El salir a volar las torres de electricidad para no deslegitimarse ante las FAR (Fuerzas Armadas Rebeldes) y la “juventud”, revelaba ya un conflicto interno y la presencia de esa juventud revolucionaria que hemos aludido anteriormente. Entre la teoría y la cultura política adoptada por la dirigencia del PGT, y el *guevarismo* creciente había una ruptura generacional. No eran ya Lenin, Stalin, o herejías mediante, Trotsky, los paradigmas de estos jóvenes hijos de artesanos, trabajadores urbanos, profesionales, bajos y medianos burócratas, maestros. El ejemplo que más emocionaba a buena parte de esta juventud urbana de principios de los sesenta, eran los héroes más cercanos en el tiempo y en el espacio, aquellos a los cuales incluso podía conocer personalmente en los viajes que en delegaciones juveniles se empezaron hacer desde recién el triunfo revolucionario. Fidel, Camilo, *el Che* o Celia Sánchez y Haydeé Santamaría eran la encarnación viviente de que “si se podía”.

²³ El hecho ocurrió en marzo de 1966 en el contexto de la ofensiva represiva que habría de culminar con la desaparición de más 28 dirigentes revolucionarios. De no haber sido por la pericia de Turcios y *Montes*, entre los desaparecidos hubiesen estado ellos mismos, *Salazar*, y el propio Alvarado Monzón (CM F. 7 97). Coloquialmente el crimen es conocido como “el caso de los 28”.

La juventud urbana y revolucionaria de fines de los cincuenta y los años sesenta, estaba organizada en la Juventud Patriótica del Trabajo (JPT) o participaba en algunas de las organizaciones amplias influenciadas por ella, hacía amistades o se enamoraba en el contexto del sueño revolucionario, se reunía en fiestas, excursiones y “lunadas” en las cuales se cantaban canciones revolucionarias y de la guerra civil española, participaba en las manifestaciones de apoyo a la revolución cubana o en algunas de las manifestaciones callejeras contra el gobierno ydigorista.²⁴ A diferencia de la juventud de fines del siglo XX, el mundo todavía daba mucho espacio para las certezas ideológicas y el romanticismo.

Oscar Arturo Pérez, dirigente del FUEGO y su presidente durante 1961, recuerda cómo en aquellas fechas viajó a La Habana junto con Edgar Ibarra y otros “compañeros destacados”, entre los que recuerda a Guillermo Paz Cárcamo. El grupo de viajeros, la mayoría estudiantes universitarios, ascendía a 25 y fue el último en viajar legalmente puesto que poco después las relaciones diplomáticas entre Guatemala y Cuba fueron rotas. Pérez ya era miembro de la JPT, y en ese mismo año había sido capturado repartiendo propaganda del PGT. Ello implica que ya era un “iniciado” en la lucha revolucionaria y sin embargo 38 años después, su remembranza termina diciendo “durante ese viaje se me abrieron los ojos” (OAP/F, 98). Otro de esos jóvenes, el después historiador J.C. Cambranes ha escrito un emocionado testimonio del viaje que hizo a Cuba a fines de 1962 para participar junto a una delegación de 40 guatemaltecos en las festividades del IV aniversario del triunfo revolucionario. El 2 de enero de 1963 pudo ver a unos cuantos metros al *Che* Guevara, arribando a la tribuna de honor que presidiría. Cientos de miles de cubanos concentrados en la *Plaza de la Revolución* gritaban consignas a favor de sus héroes y del tránsito al socialismo. La presencia del *Che* fue saludada por un rugido multitudinario. Tres días después, durante la noche del 5 al 6 de enero, el comandante recibió a la delegación guatemalteca en una de las salas del Ministerio de Industrias.

A sus 34 años, vestido con su uniforme verde olivo, botas negras, un puro en la boca y el pelo que le caía ocasionalmente sobre la frente, Ernesto Guevara de la Serna era un hombre impresionantemente hermoso. Durante 5 o 6 horas revisó la lista de los delegados asistentes al encuentro. les preguntó a algunos de ellos acerca de sus familiares si advertía un apellido conocido, les habló de sus felices y amargas experiencias en Guatemala, de cómo había sido llevada la lucha guerrillera en Cuba, de los problemas posteriores al triunfo. Al recibir de manos

²⁴ CM/F, 7/97; FMD/F, 3/98; MM/F, 4/98; RDR/F, 4/98.

de la ya anciana agrarista Rosario Boches un *poncho* de Momostenango,²⁵ hizo bromas acerca de aquella cálida tela y el clima cubano. Poniéndoselo en el hombro, acompañado de su seguridad dirigida por el imponente Manuel Piñeiro, *Barba Roja*, *el Che* se despidió aludiendo a la mejor manera de usar el *poncho*: “Lo mejor sería que ustedes hicieran un *territorio libre* como hicimos nosotros cuando combatíamos en la Sierra Maestra, y me invitaran a unirme a ustedes.” (Cambranes, 1997, pp. 10-15). El hecho valía mucho más que largas sesiones de discusión ideológica acerca de las bondades del *foquismo*: fácil es pensar sus efectos en la conciencia de los jóvenes allí reunidos.

César Montes recuerda cómo un grupo de estudiantes guatemaltecos que habían llegado becados a Cuba para iniciar carreras universitarias decidieron cambiar de planes y enrolarse en un programa de entrenamiento a efecto de regresar a engrosar la guerrilla guatemalteca: “Ya estaba en la Universidad de La Habana y había metido mis papeles junto a otros treinta estudiantes guatemaltecos. Yo quería estudiar medicina, pero después de escuchar la II Declaración de La Habana, al regresar al internado, hablé con Rodolfo Payeras (*Feliciano Argueta*), con *Chema Vides* y *Pizarrón* y decidimos que lo que teníamos que hacer era ir a entrenar para después combatir” (CM/F, 9/97). La decisión fue tomada en una asamblea en la que estuvieron presentes Edgar Ibarra y Guillermo Paz Cárcamo, jóvenes revolucionarios que habían llegado a Cuba al congreso fundacional de la UJC pero también con el objetivo de hacer proselitismo para la lucha armada. Más que la II Declaración de La Habana, lo que López García recuerda como decisivo para el enrolamiento en el entrenamiento militar fue la labor de convencimiento de Ibarra y Paz Cárcamo (CLG/F, 7/98).

El representante del PGT en La Habana, José Manuel Fortuny en sus memorias relata el incidente como algo inducido por oficiales cubanos y que de los 21 o 22 estudiantes que habían llegado, cinco se negaron a hacerlo (Fortuny en Flores, 1994, pp. 295-296). A Fortuny le parecía impropio el cambio de planes sin haberlo consultado con la dirección del PGT y su postura ahondó la animadversión que hacia él tenía un sector de la dirigencia cubana. “Manuel Piñeiro anduvo diciendo que yo era un *retranca*”. Habiéndole llegado el comentario a Fortuny y presentado éste la protesta oficial correspondiente ante Blas Roca, éste se comprometió a presentar la reclamación solamente al nivel del Ministerio del Interior. Poco después a través de Ramiro Valdés. Piñeiro negó haberlo hecho (F/F, 2/98). Sin embargo existe un testimonio, el de Carlos Rafael Soto

²⁵ Poblado ubicado en el departamento de Totonicapán.

(*Vistahermosa*), que confirma que Piñeiro sí pensaba que el ex secretario general del PGT era un *retranca* (CRS/F, 3/98).

En realidad la opinión de buena parte de la dirigencia cubana en relación a Fortuny era pésima. Además de que era responsabilizado en gran medida por los acontecimientos de 1954 en Guatemala, Fortuny en 1962 ya tenía una posición adversa a la lucha armada. Según recuerda *César Montes*, en el contexto de la solicitud hecha por los estudiantes guatemaltecos en Cuba, el ex secretario general del PGT lo mandó a llamar a él y a Rodolfo Payeras, para decirles que “la revolución no se exportaba, que era una provocación, que la lucha armada era aventurerismo”. El comandante Piñeiro a su vez los convocó para ponerlos en contacto con Orlando Pantoja (*Olo*), el después combatiente cubano muerto en la guerrilla del *Che* en Bolivia. La opinión de *Olo* con respecto a Fortuny, expresada con los más conspicuos cubanismos, era sumamente peyorativa y evidenciaba que entre algunos dirigentes cubanos al menos, la presencia de Fortuny en Cuba no era grata.

A su vez, en ocasiones el controversial dirigente comunista, no medía sus palabras cuando se dirigía a algunos de los jóvenes guatemaltecos en Cuba: “Una vez nos dijo que Fidel era un antipartido, que quería desplazar a los verdaderos revolucionarios, que golpear a Aníbal Escalante era golpear a todo el campo socialista. En octubre de 1962, nos dijo que Fidel era un aventurero al pedir los misiles atómicos, que era tan mesiánico que quería ser el autor del primer bombardeo atómico a Estados Unidos. Para Fortuny, Fidel era un centralizador que había creado una actitud antisoviética, ni siquiera el imperialismo había sido tan eficaz en ello. Eso podría significar la caída de Fidel y su sustitución por otras gentes como Carlos Rafael Rodríguez o Blas Roca” (CM/F, 5/99).

Después de un largo viaje por la Unión Soviética, la delegación de jóvenes guatemaltecos que había asistido en 1962 al Festival Mundial de la Juventud en Helsinki inició su regreso en una travesía en barco que tenía como punto de arribo a La Habana. En el trayecto dos jóvenes adolescentes, Jorge Soto García y Rodolfo García, cada quien por su lado, solicitó al presidente de la Unión de Juventudes Comunistas de Cuba, Joel Iglesias, que los ayudara a obtener entrenamiento militar en la isla. Pese al escándalo de Iglesias, la solicitud fue aceptada. Así a finales de septiembre de 1962, Fortuny tuvo nuevamente oportunidad de expresar sus opiniones: “A la semana de haber llegado a Cuba, a *Chofó* (Rodolfo García) y a mí nos mandó a llamar Fortuny. Nos llamó a su despacho y nos metió una gran gritada, nos dijo que éramos unos imbéciles y tontos

que si no nos estábamos dando cuenta de que los cubanos nos estaban utilizando como carne de cañón. Que todavía no sabíamos limpiarnos el trasero y estábamos queriendo meternos a cosas de hombres” (PM/F, 3/99).

En testimonios dados al autor, *César Montes* y *Carlos López García (Pizarrón)*, mencionan reuniones donde se discutió ampliamente la solicitud de entrenamiento militar y se respetó la decisión de los que no optaron por abandonar los estudios (CM/F, 7/97; CLG/F, 7/98). Hubiese habido un proselitismo de oficiales cubanos o no, el hecho cierto era que como el mismo Fortuny lo reconocía 36 años después, “si los estudiantes aceptaron el ofrecimiento de los cubanos es porque ya eran proclives a la lucha armada.” (F/F, 2/98). En sus recuerdos, *Guillermo Paz Cárcamo*, colinda con este planteamiento “...personalmente tuve algunos problemas con Fortuny (yo era el encargado del grupo) debido a que él se oponía al abandono de los estudios y fue por eso que se llegó a una asamblea, reunión, donde voluntariamente (los estudiantes) se adhirieron. Los cubanos, a decir verdad, intervinieron, apoyando, pero la iniciativa no fue de ellos, sólo la aprovecharon” (GPC/F, 99).

Ahora es sabido que en aquel momento, el comandante *Manuel Piñeiro* en su calidad de viceministro del Interior, estaba a cargo de la Dirección General de Inteligencia así como de un departamento del citado ministerio que tenía por nombre “Liberación” cuya función sería la de asistir a aquellos que estaban en disposición de iniciar la lucha armada en América Latina (Castañeda, 1993, pp.51-52). No eran pocos; *Carlos López García* recuerda haber detectado a muchos de los estudiantes que habían llegado becados a Cuba desde distintos países latinoamericanos, entre ellos *Ricardo* el hermano de *Hilda Gadea*, en los campos de entrenamiento guerrillero en Cuba (CLG/F, 9/98).

Carlos Rafael Soto, cuadro dirigente del PGT, formaba parte de la delegación guatemalteca que asistió al congreso de juventudes rebeldes que el 4 de abril de 1962 fundaría la Unión de Juventudes Comunistas (Cantón, 1996). Recuerda haber sido llamado por *Piñeiro* para revisar la lista de los estudiantes que cambiarían la universidad por el campo de entrenamiento militar. La consulta a *Soto* se debía según él, a que *Barba Roja* le expresó que “Fidel decía que sólo los mejores de ellos tendrían que ir a pelear” (CRS/F, 3/98) La decisión de los estudiantes guatemaltecos, se engarzaba en la visión continental de la lucha revolucionaria que *el Che* planteaba en sus textos. En su testimonio *César Montes* sostiene que quien llegó a organizar la petición de entrenamiento de los estudiantes, fue *Orlando Pantoja*. Junto a los después combatientes

Mario Lemus, Guillermo Paz Cárcamo y Ricardo Miranda, *Montes* recibiría unas charlas sobre *guerra del pueblo*, impartido por el veterano de la guerra civil española y alguien que conocía la experiencia de los vietnamitas, el general Angel Martínez. En estas charlas también se hicieron presentes Jacobo Arbenz y el propio *Che Guevara* (CM/F, 7/97). Y Carlos López García cuenta que el *Che Guevara* llegaría a visitarlos en más de una ocasión al campo donde se adiestraban militarmente y que al menos algunos de ellos tendrían relación directa con Piñeiro (CLG/F, 9/98).

En su tesis de doctorado (López García, 1997, pp. 272-273) recuerda al contingente que se entrenó en Cuba en 1962 compuesto por varios grupos. El primero de ellos estaba constituido por los becarios que habían llegado a estudiar a la Universidad de La Habana (*César Montes, Chema Vides*, Rodolfo Payeras, Carlos López García entre otros); el segundo lo constituían estudiantes que se incorporaron posteriormente al entrenamiento porque llegaron a Cuba después de asistir al Congreso Mundial de la Juventud de Helsinki en 1962 (Jorge Soto García, Rodolfo Herminio García)²⁶; dos estudiantes que venían del *Konsomol*, Oscar Vargas Foronda y Francisco José Macías (PM/F, 3/99);²⁷ dos futuros combatientes habían llegado al congreso fundacional de juventudes comunistas ya mencionado (Edgar Ibarra y Guillermo Paz Cárcamo) y finalmente dos más habían llegado a Cuba expresamente a recibir entrenamiento guerrillero (Ricardo Miranda y Mario Lemus). De ese grupo en adiestramiento saldrían destacados jefes militares y combatientes como el mismo *César Montes*, Edgar Ibarra, Mario Lemus (*Efígenio*), Ricardo Miranda (*Mano e Tigre*), Carlos López García (*Pizarrón*), José María Ortíz Vides (*Chema Vides*), Ariel González Sanabria (*el Barco*), Plinio Castillo y Jorge Soto García conocido también como *Pablo Monsanto*, el después comandante en jefe de las FAR (López García, 1998, p. 136).

La ola revolucionaria desencadenada por la revolución cubana fue irresistible para muchos otros jóvenes de los sesenta. Los revolucionarios jóvenes de principios de los sesenta contaban además de la referencia cubana, con los efectos ideológicos de la rebelión militar del 13 de noviembre y más aún con las primeras acciones militares, que el grupo más radical de oficiales rebeldes comenzó a hacer a su regreso del exilio en 1961: "los que introdujeron las armas y los combates fueron los militares del 13 de noviembre". Ajusticiamientos, emboscadas, ametrallamiento de autobuses y apoyo armado a las manifestaciones estudiantiles y populares en los días previos a la revuelta de marzo y abril de 1962 (CM/F, 7/97). Obviamente, había una diferencia esencial de

²⁶ En rigor, según el testimonio de *Pablo Monsanto*, Vargas Foronda venía de la Unión Soviética adonde había ido a estudiar (PM/F, 3/99)

²⁷ El *Konsomol* era la escuela de cuadros juveniles del PCUS

mentalidad, vocación, formación y aptitudes entre Yon Sosa, Turcios y Trejo y la dirigencia del PGT. Los primeros más que los segundos calificaban para lo que el *Che* consideraba deberían ser los combatientes revolucionarios: "...una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar." (1967, p. 484).

De los cuatro presidentes que el FUEGO tuvo en su existencia²⁸, todos estuvieron implicados directa o indirectamente en la lucha armada y dos de ellos (Edgar Ibarra y Carlos Noriega) murieron como combatientes guerrilleros, además de Carlos Toledo (muerto en Concuá), quien nunca fue presidente de la agrupación pero que tenía una gran autoridad moral en la misma (RDR/F, 4/98). El incidente de estudiantes guatemaltecos abandonando sus estudios en los países socialistas volvería a repetirse. En el contexto de su regreso a Guatemala después de participar en la Conferencia Tricontinental, a su paso por Moscú, un carismático comandante Luis Turcios Lima, convenció a un pequeño grupo de estudiantes de abandonar la Universidad Patricio Lumumba para irse a entrenar a Cuba.

Uno de ellos, Carlos Sarti Castañeda recuerda a Turcios como una personalidad magnética y convincente: el triunfo estaba cercano y había que apurarse si se quería participar en la toma del poder. En una reunión realizada en una casa vinculada a la embajada cubana en Moscú, se tomó la decisión de que Sarti, Nora Paiz, Rodolfo Gracias y el después ministro sandinista de minas, Ramiro Bermúdez, saldrían a entrenarse a Cuba para después ir a combatir a Guatemala. Después de un tiempo de profundo conflicto de conciencia, otro estudiante, Carlos Alvarado, se reunió en Cuba con el grupo inicial. El abandono de los estudios por parte de estos jóvenes provocó un conflicto en el círculo de la JPT en Moscú que dirigía Enrique Rosemberg: terminaron separándolos de la organización por irresponsables (CSC/F, 3/98).

No sería éste el último incidente de esta naturaleza. Poco tiempo después de la muerte de Turcios en octubre de 1966, una delegación constituida por Ricardo Ramírez, Antonio Fernández Izaguirre y *Chema Vides*, convocó en Moscú a un grupo de estudiantes del *Komsomol* a efecto de invitarlos a participar en la lucha armada. Según recuerda uno de estos estudiantes, Mario Robles, "Nos reunieron en las oficinas del *Komsomol* y nos plantearon que había dos proyectos: uno era un desembarco en Izabal y el otro era un entrenamiento militar en Corea. Jorge Lau y el *Tartufo*

²⁸ Edgar Ibarra (1960), Oscar Arturo Pérez (1961), Raúl Díaz Ramírez (1962) y Carlos Noriega (1963) (RDR/F, 4/98; OAP/F.98).

optaron por la primera opción, mientras que Arturo Berganza Bocaletti, *Jacobo*, *Tita* (una estudiante de comercio) y yo nos fuimos a Corea”. (MRV/F, 5/99).

A fines de 1967, el hermano menor de Rodolfo Payeras (*Feliciano Argueta*), Mario Payeras (después el *Comandante Benedicto*), Christian Lorentzen (después el *Comandante Otto*) y Carlos Paiz dejarían sus estudios universitarios en Leipzig, para incorporarse al ciclo guerrillero iniciado en los años setenta (Varios, 1995; ATA/F, 3/99).

4. La Revueltas de 1962.

En su *Crítica de las Armas*, aludiendo al Chile de 1973, Debray dijo que “el pueblo sin las armas” había sido derrotado. Y refiriéndose a las experiencias guerrilleras de los sesenta, agregó que también habían sido derrotadas “las armas sin el pueblo” (Debray, 1975a, p. 24). En los quince o diez y seis años que siguieron al triunfo revolucionario en Cuba, bajo el nombre de “guerra revolucionaria” en América Latina no se había llevado a cabo una “guerra del pueblo” sino una “guerra de vanguardia” (p. 75). Una de las tragedias de la guerrilla latinoamericana fue que las acciones de masas vinieron después de que las guerrillas habían sido derrotadas, o bien éstas nacieron cuando ya se observaba un reflujo del movimiento de masas (p. 193).

Haciendo la necesaria distinción entre *lucha guerrillera* y *Rebelión de masas* -puesto que no son lo mismo-, puede decirse que en la Guatemala de marzo de 1962 hubo sincronía en lo que se refiere a ambas, pero hubo un desfase geográfico: la acción guerrillera se inició en un ámbito en el que la rebelión estaba ausente. Cuando la lucha guerrillera no se engarza con una *rebelión de masas* se convierte en una “guerra de vanguardia”. En 1962 la *rebelión de masas* estaba centrada en el ámbito urbano, y ello convirtió al primer foco guerrillero en una abortada “guerra de vanguardia”.

En discusiones mantenidas por el autor con algunos de los interlocutores que lo han ayudado a escribir estas páginas, la visualización del intento guerrillero de Concuá como algo animado por el *foquismo* ha provocado dudas fundamentadas: el país estaba convulsionado por una agitación política mayúscula. “Por ello, afirma Guerra Borges, las semejanzas con el *foquismo* son formales” (AGB/F, 6/99). José Alberto Cardoza le ha escrito al autor que “...la guerrilla de Concuá nació y pretendía hacer las cosas- AL REVÉS de lo que se dice en un ‘foco típico’, es decir promover todo un movimiento revolucionario desde las montañas al llano y las ciudades” (Cardoza, 1999). Otro tanto afirma Paz Cárcamo para quien la primera guerrilla en Guatemala se estructura en torno a dos

ejes: la “situación de ingobernabilidad que existía en el país” y la presencia de los militares rebeldes del 13 de noviembre los cuales “tenían potencialmente un poder de negociación a la hora de cualquier cambio de gobierno, que no tenían las fuerzas de izquierda” (GPC/F, 99).

Citar las afirmaciones de tres testigos presenciales, si no es que protagonistas de aquella época, bastan para hacer reflexionar sobre los criterios ideológicos y propósitos que animaron al primer intento guerrillero en Guatemala. La guerrilla no perseguía con su actuación encender una rebelión nacional y popular, sino perseguía coadyuvar a un desenlace de la situación provocada por una rebelión urbana cuyas características habremos de analizar páginas adelante. Sin embargo este clima de rebelión no se extendía hacia la zona elegida para las operaciones de la guerrilla, el contingente guerrillero no nacía del reclutamiento de la población en la zona de operaciones, no existía ningún trabajo político previo en la misma y por lo mismo dicho contingente estaba actuando como un injerto con la suficiente dosis de externidad como para que la misma población los denunciara. Todos estos son rasgos similares a las experiencias más conspicuamente *foquistas* en la América Latina de los años sesenta, y esto incluye a la propia experiencia de *el Che* en Bolivia.

a. Concuá.

En sus apuntes sobre la historia del MR-13, Yon Sosa recuerda que fueron aproximadamente 70 militares los que salieron a refugiarse a México, Honduras y El Salvador después de que la rebelión del 13 de noviembre fracasó. La mayor parte, aproximadamente 45 jefes, oficiales y soldados permanecieron en Honduras. (Yon Sosa, 1967, p. 15). En diciembre de 1960 buena parte de ellos también se encontraban en El Salvador, después de ser liberados de los cuarteles de la Guardia Nacional donde habían permanecido arrestados (Paz Tejada, s/f). También se encontraban en dicho país algunos de los civiles que se habían visto involucrados en la rebelión, Julio Rodríguez Aldana y Mario René Chávez entre ellos; muy pronto Chávez saldría para México y de allí a Cuba en donde permanecería unos meses observando el proceso revolucionario cubano (JR/F, 10/97: MRC/F, 3/98).

Una efímera junta cívico-militar había derrocado al presidente José María Lemus, en octubre de 1960 (Turcios, 1993, p. 177). Entre noviembre y enero de 1961 los exiliados guatemaltecos encontraron al menos un medio no hostil para sus actividades y así permanecería hasta que un nuevo golpe a fines de enero de aquel año, llevaría al poder a un “Directorio Cívico-Militar” de

signo reaccionario.²⁹ En el breve lapso de tiempo comprendido entre los dos golpes militares, El Salvador se convirtió en el centro de reagrupamiento de los civiles y militares que habían participado en la sublevación o que habían sido reprimidos por considerárseles vinculados a ella. Allí se encontraron cuadros del PUR, como Carlos Castañeda Paz (*el turco*) quien además de ex oficial del ejército tenía ya una vinculación estrecha con el PGT. Chur del Cid llegó a El Salvador traído por la asociación de estudiantes universitarios de El Salvador (AGEUS) y recibió una invitación de Castañeda, la cual declinó, para ser parte de la dirigencia militar de una guerrilla que ya se estaba pensando (CHC/F, 3/98). Por su trayectoria y condición de militar retirado, Paz Tejada se volvió un punto de convergencia de los civiles y militares exiliados. No fue extraño que en enero de 1961 Yon Sosa llegara a El Salvador y buscara a Paz Tejada. Pero además había otra razón, el primero había sido cadete del segundo en la Escuela Politécnica (Paz Tejada, s/f). Julio Rodríguez recuerda haber participado junto a Paz Tejada en reuniones en la que estuvieron presentes además de Yon Sosa, Turcios Lima, Luis Trejo Esquivel, Alejandro de León Aragón y el único de los altos oficiales que los jóvenes rebeldes respetaban, el teniente coronel Augusto Vicente Loarca. Paz Tejada excluye a Turcios de sus recuerdos y agrega al subteniente Rodolfo Chacón, *Chaconcito*.³⁰ El clima de las conversaciones tenía los desencuentros que ya hemos mencionado a propósito de las relaciones de Paz Tejada con los conjurados de la *Hermanidad del Niño Jesús*.

Como el mismo Yon Sosa lo reconocería años después, los militares rebeldes, aun los más consecuentes y radicales, no tenían una ideología definida y su programa de sublevación se reducía al derrocamiento de Ydígoras y “componer” al ejército nacional (Yon Sosa, *ibid.*, pp-15-16). Rodríguez los recuerda resentidos y a algunos de ellos con ganas de regresar a Guatemala para vengarse de aquellos de sus compañeros que los habían traicionado, “cuando les hablábamos de revolución se ponían nerviosísimos puesto que habían sido sometidos a una intensa campaña ideológica en el ejército” (JR/F, 10/97). En aquel momento los después célebres jefes militares de la insurgencia, estaban influidos por el anticomunismo. Los prejuicios y las limitaciones ideológicas los llevaron en 1961 a conversaciones incluso con partidos de la ultraderecha como el MLN, además de ser influidos en algún momento por el PR y su líder Mario Mendez Montenegro (Paz Tejada, s/f). También establecieron conversaciones con la Democracia Cristiana y la Unión Revolucionaria Democrática particularmente con Francisco Villagrán Kramer. No fue sino hasta el

²⁹ Cáceres, p. 108 en Varios, 1988; Gordon, 1989, pp. 82-86

³⁰ JR/F, 10/97; PI F, 2/98; Paz Tejada, s/f

final de este recorrido lleno de desencantos que los rebeldes establecerían relación con el PGT, la cual se fortalecería hasta después del fracaso de Concuá.³¹

En una de sus entrevistas con Yon Sosa, Paz Tejada le planteó que para resolver la situación del país había dos opciones: la guerra de guerrillas en las montañas con el objetivo de hacer una revolución o bien el golpe de estado en caso de que la oficialidad que no se había pronunciado en noviembre de 1960 estuviese dispuesta a hacerlo en una nueva ocasión. Los militares rebeldes podrían contar con él para la primera alternativa. Después de unas semanas de consulta en Honduras, Yon Sosa regresó para avisarle a Paz Tejada que el grupo de oficiales, clases y soldados con el que contaban en Honduras (aproximadamente un centenar según había dicho Yon Sosa) se habían decidido por la segunda opción. Poco después Alejandro de León y otro oficial, Ricardo Rímola Henry, le expresaron a Paz Tejada que después de platicar con civiles y militares en Guatemala habían concluido que no habían condiciones para una nueva y pronta asonada (Paz Tejada, s/f).

Semanas antes de las conversaciones entre Paz Tejada, Rodríguez y los militares rebeldes, le había llegado al primero una invitación para participar en una reunión del PUR con gente del PGT. Julio Rodríguez asistiría a tal reunión en representación del coronel revolucionario. La reunión clandestina se realizó en diciembre de 1960 y en ella Bernardo Alvarado Monzón y Huberto Alvarado, además de dar un informe acerca de la revolución cubana, les expresaron a dirigentes del PUR entre los cuales estaba Julio Camey Herrera y Alfonso Bauer Paiz, que a través de un delegado del PGT que había visitado a Cuba, se había recibido una invitación para darle entrenamiento militar a un contingente de guatemaltecos. De dicha reunión saldría la decisión de enviar a un grupo de siete militantes del PUR y del PGT a recibir tal capacitación el cual salió de México en febrero de 1961. Fue este el primer grupo de guatemaltecos de los varios que se entrenarían en Cuba en todos los años de la guerra. En él se encontraba además de Julio Rodríguez, Ricardo Ramírez, quien ya había regresado de Europa en las circunstancias descritas páginas atrás. El grupo sería recibido por un equipo de oficiales cubanos dirigidos por *el Che*, el cual se entrevistó y discutió con ellos el plan de acción y el programa de capacitación. En agosto de 1961 regresaron a México, después de meses de intensas experiencias (entre ellas la invasión anticastrista de Playa Girón en cuyo rechazo les fue prohibido participar). Divididos en grupos de tres y cuatro encabezados respectivamente por Rodríguez y Ramírez, su fortuna fue diversa. El grupo de

³¹ Yon Sosa, *ibid.*: Macías, 1997, pp.31-21; Alvarado, 1994, p. 46.

Rodríguez pudo entrar a Guatemala por el río Suchiate y el de Ramírez fue detectado, según Julio Rodríguez, por una indiscreción cometida en el transcurso de un jolgorio, y por ello capturado y deportado a Cuba (JR/F, 10/97).³²

En el transcurso de 1961 los militares rebeldes en número de 23 habían entrado a Guatemala a principios del mes de marzo (Yon Sosa, loc. cit.), otros elementos más lo hicieron en abril (Paz Tejada, s/f). Sea porque estuvieran infiltrados entre los elementos de tropa como dice Paz Tejada (ibid.), o porque fueron detectados, el hecho cierto es que a mediados de año la policía encabezada por el temido Ranulfo González (*Siete Litros*), les había montado una implacable persecución que rindió dividendos, el peor de ellos fue la muerte en una refriega callejera del oficial que parecía ejercer el liderazgo entre ellos, el teniente Alejandro de León Aragón (Debray y Ramírez, 1975, p. 259). Al finalizar ese año, los rebeldes ya estaban en contacto con el PGT y habían creado alguna base social en el municipio de Morales, Izabal (Yon Sosa, 1967, p. 16). En enero de 1962, en el contexto de un ambiente explosivo debido al fraude electoral de fines del año anterior, los rebeldes agregaron un nuevo elemento en la convulsión política al liquidar a Ranulfo González y vengar a Alejandro de León Aragón.³³

En febrero de 1962 actuando con el nombre de "Frente Guerrillero Alejandro de León-13 de Noviembre"(Gutiérrez, 1962, p. 11), tomaron los destacamentos militares de Mariscos y Bananera. Al replegarse divididos en tres grupos con el cometido de reunirse en algún lugar en la Sierra de las Minas -cerca del poblado de Teculután-, dos de ellos fueron dispersados por el ejército gubernamental (Yon Sosa, p. 17). Otro grupo, encabezado por Yon Sosa, después de ser detenido el autobús en el que viajaban por un retén militar en la carretera al Atlántico, pudo salvarse debido a la serenidad de su jefe quien ordenó a sus subordinados aparentar ser tropa gubernamental y poder así sorprender y diezmar a la patrulla militar que los detuvo (Paz Tejada, s/f). Los contratiempos mencionados hicieron fracasar el plan de los rebeldes, cual era tomar la base militar de Zacapa, armar a la población civil y repetir la experiencia del 13 de noviembre, esta vez con una alianza entre civiles armados y militares. Los rebeldes tuvieron que replegarse a la ciudad para reorganizarse (Yon Sosa, ibid.).

³² El incidente también es relatado de manera general por Paz Tejada (Paz Tejada, s/f). La versión de Aura Marina Arriola adjudica el incidente a una delación hecha por el dirigente del PGT Carlos Manuel Pellecer, quien poco tiempo después renunciaría públicamente al comunismo y se convertiría en un activo propagandista de derecha. No es improbable que Pellecer ya fuera en 1961 un agente de la inteligencia estadounidense como muchos sospechan (AMA F, 1/99).

³³ Gutiérrez, 1962, p.10; Debray y Ramírez, loc. cit., p. 259, 260.

Las intensas experiencias de los militares rebeldes desde noviembre de 1960 los habían transformado ideológicamente de manera notable. En marzo de 1962 el periódico *Revolución*,³⁴ publicaba la proclama del *Frente Guerrillero Alejandro de León-13 de Noviembre* en la cual expresaban un programa revolucionario de 13 puntos. Entre ellos se encontraban: extirpar la corrupción en la administración pública; dotar al país de un equipo de gobierno técnicamente capacitado, honesto, sensible ante los problemas nacionales y el bienestar de las mayorías populares; revisión del sistema educativo nacional, dignificación del magisterio nacional y reforma universitaria; reforma agraria realista y efectiva; industrialización paulatina y participación de la iniciativa privada en función de los sectores económicamente débiles del país; reestructuración de la política económica del país con el objeto de lograr la independencia económica del mismo; leyes de proyección social para elevar el nivel de vida de las grandes mayorías del país; fortalecimiento del movimiento sindical y cooperativista; desarrollo de la seguridad social y mejoramiento de la salud pública; depuración del organismo judicial; reestructuración y depuración de la policía mediante la proscripción de esbirros, torturadores y extorsionistas; dignificación del ejército a efecto de sea un verdadero garante de las libertades públicas y de la soberanía nacional.

Con un lenguaje sencillo y ajeno de doctrinarismos, los militares rebeldes ya se planteaban una revolución democrática para Guatemala. Visualizaban una sociedad con una administración pública honesta y eficiente, con un ejército y policía ajenos a funciones represivas, con justicia social a través de la realización de una reforma agraria y la ampliación de la seguridad social, con un empresariado vinculado a las causas sociales y un movimiento sindical y cooperativista con presencia importante en la vida pública nacional. Programa sencillo pero el cual, de haberse realizado hubiese cambiado el rumbo de la sociedad guatemalteca. Programa mínimo, pero suficiente como para ganarse el encono de lo esencial de la burguesía y la derecha guatemaltecas.

En enero de 1962 llegó a Guatemala Julio Roberto Cáceres, quien junto a *Rigoberto Molina*, habían ingresado al PGT en Cuba bajo la supervisión de Fortuny (F/F, 4/98). El arribo de Cáceres a Guatemala fue un factor catalizador en los planes que ya habían de organizar la primera guerrilla revolucionaria. Paz Tejada recuerda cómo había dejado “vivamente impresionados” a dirigentes del PUR y del PGT con los cuales había conversado en el contexto de la planificación de la acción del “destacamento 20 de Octubre” (Paz Tejada, s/f).³⁵

³⁴ *Revolución*, No. 1005, La Habana, 14 de marzo de 1962.

³⁵ Tal fue el nombre que Paz Tejada propuso para la columna guerrillera que sería diezmada en Concuá (Paz Tejada, s/f).

El patojo Cáceres planteaba una “rebelión nacional revolucionaria”, que tendría que realizarse a través de la lucha guerrillera. Para ello era necesario organizar un destacamento guerrillero que sería enviado a un aislado lugar montañoso donde debería aprender a subsistir sin esperar auxilio ni abastecimientos de parte de nadie. La idea era fundar una “escuela de guerrilleros”. Después de un período de adaptación en la montaña, durante la cual la actividad guerrillera debería ser secreta, podrían abrirse las hostilidades iniciando combates y acciones para pasar paulatinamente a la ofensiva. Es inevitable advertir que en el planteamiento de *el patojo*, se preveía un proceso parecido al que se observaría años después con el EGP y la ORPA. Pero Cáceres no planteaba ningún lugar en concreto, parecía no tener idea de ello y ese tipo de detalles posiblemente los dejaba a criterio del grupo que comandara la organización de la guerrilla (Paz Tejada, s/f). Julio Rodríguez coincide en sus recuerdos con el planteamiento de Cáceres de fundar una “escuela de guerrilleros”, pero recuerda haber ido a esa guerrilla con la idea de que “a la semana ya estaríamos actuando”. Se trataba de hacer triunfar una revolución “democrático-socialista”, teniendo como “objetivos militares las bases militares de Cobán y de Zacapa, e ir bajando hacia la capital por una ruta entre Baja Verapaz y El Progreso”(JR/F, 10/97)

Resulta interesante reconstruir el planteamiento de Cáceres, quien por su estancia en Cuba, su amistad con el *Che* y alguna preparación militar, tenía la ascendencia que Paz Tejada recuerda. Tal reconstrucción sirve para concluir que había concepciones diversas sobre lo que se perseguía con la guerrilla. El coronel revolucionario tenía en mente más bien una guerra corta. En sus conversaciones con Yon Sosa en El Salvador, la idea de guerrilla que le había planteado era de una temporalidad menor que la que se había observado en Cuba y en las reuniones de la “COR”³⁶, había planteado de nueva cuenta que se “debería presupuestar un tiempo relativamente breve de operaciones”. El elemento humano de donde saldrían los combatientes, “por lo general dejaba problemas familiares tras sí, sin resolver... todos tenían las esperanzas puestas en un cambio a corto plazo.” Paz Tejada recuerda que de parte de algunos miembros de la “COR” recibió la opinión de que la lucha tendría que ser larga. “comparable a las guerras de independencia de Asia o África” En el transcurso de sus conversaciones con Yon Sosa en El Salvador, Paz Tejada había dicho algo que refleja la idea que tenía del lapso de tiempo que preveía para la guerra de guerrillas: en

³⁶ La comisión organizadora de la guerrilla, integrada por Paz Tejada, dos miembros del PUR y otros dos más del PGT. Entre sus integrantes estaban Julio Camey Herrera y Alfonso Bauer Paiz por el PUR y Bernardo Alvarado Monzón y Mario Silva Jonama por el PGT, aun cuando Paz Tejada recuerda también a Guerra Borges en los preparativos (PEF, 298).

Guatemala no había condiciones para que la guerra de guerrillas se prolongara tanto como en Cuba, lo que no significaba que Guatemala sería una Cuba corta y fácil (Paz Tejada, s/f).

Tres décadas y media después de los acontecimientos, Guerra Borges y Fortuny evocan otro planteamiento existente en el seno del PGT. El mismo vinculaba a la naciente guerrilla con el espíritu de rebelión que existía en todos los sectores de la oposición en contra del gobierno de Ydígoras. Hasta un ex-militar reaccionario como Roberto Barrios Peña conspiraba para propiciar un golpe de estado y había formado un “Frente Insurreccional Nacionalista” (FIN) cuyo cometido era propiciar mediante acciones de sabotaje una descomposición mayor de la situación política y por esa vía propiciar un golpe de estado (ibid.). Si se toma en cuenta que el MLN, el PR, la Democracia Cristiana y la socialdemocracia agrupada en URD estaban descontentos con el fraude de fines de 1961, fácil era pensar que el derrocamiento de Ydígoras era una posibilidad real. Según Guerra Borges, la guerrilla pudo haberse organizado a efecto de tener un contingente armado en la montaña en el momento de que Ydígoras fuera derrotado (AGB/F, 9/97). Fortuny recuerda haber conversado con algunos miembros de la dirigencia del PGT sobre la improvisación y el fracaso de la guerrilla de Concuá y haber recibido de uno de ellos la respuesta de que “esa guerrilla la armamos como factor de distracción en relación a los sucesos de marzo y abril.”(F/F, 4/98). Y Carlos Rafael Soto, cuadro dirigente del PGT en los años sesenta, recuerda que la guerrilla de Concuá se hizo para forzar un “gobierno de unidad nacional” en el contexto de crisis de marzo y abril (CRS/F, 3/98).

Los acontecimientos políticos observados desde el fraude electoral de diciembre de 1961, condicionaron la premura con la que se hicieron los preparativos y las dificultades operativas para realizarlos. El ambiente de rebelión crecía en la capital y acciones como la eliminación del jefe policiaco González acentuaban el ambiente represivo. Con gran presión política encima, un toque de queda impuesto por el gobierno, las necesidades de la clandestinidad y la *compartimentación* hicieron que la preparación de los combatientes no estuviera a cargo de Paz Tejada sino de los cuatro instructores que constituirían el Estado mayor de la naciente guerrilla (los de mayor preparación militar). La preparación fue por todos estos factores, apresurada y en gran medida teórica y el jefe de la guerrilla sólo supo por informes acerca del estado físico, moral y político del contingente (Paz Tejada, s/f; PT/F, 2/98). Antonio Móbil recuerda cómo fue el entrenamiento físico de uno de los combatientes muertos en Concuá, Rodolfo Heller Plaja: “durante dos meses salía muy temprano a caminar todos los días”(AM/F, 3/98). En realidad el verdadero entrenamiento

comenzaría cuando adentrándose en la Sierra de Chuacús, los combatientes se encaminaran hacia las zonas más inaccesibles de la Sierra de las Minas y se instalara “la escuela de guerrilleros”. Pero en relación a la zona de operaciones, también se operó con improvisación, pues como se aceptó después, había un “desconocimiento real del terreno escogido”.³⁷

Hubo conversaciones con los militares rebeldes replegados en la capital, de los cuales se sabía estaban planificando ya operaciones en la Sierra de las Minas. Se les informó de los planes de instalación de una guerrilla revolucionaria, pero ellos a su vez mantuvieron una actitud de reserva, de mantenimiento de una independencia política e inclusive de desinformación con respecto a sus planes (Paz Tejada, s/f; JR/F, 10/98), aun cuando ambas partes pudieron llegar al acuerdo de eventualmente reunirse en la Sierra de las Minas y llegar a acuerdos unitarios para la rebelión.

La “COR” finalmente seleccionó y reclutó a un contingente de 23 combatientes, -en su mayoría estudiantes universitarios, de educación media y sindicalistas- los cuales fueron llevados la noche del domingo 11 de marzo de 1962, en carros conducidos por dirigentes del PGT como Joaquín Noval o del PUR como César Augusto Régil a las cercanías de la cabecera de Chuarrancho, municipio del departamento de Guatemala. De allí se adentrarían en Baja Verapaz, para luego seguir por la Sierra de Chuacús hacia la Sierra de las Minas, adentrándose en una aislada zona selvática cerca del Río Polochic en dirección al lago de Izabal.(JR/F, 10/97). Los planes salieron mal desde el principio. En medio de la noche en Chuarrancho, el contingente fue descubierto por unos campesinos, entre ellos el alcalde de un poblado vecino que a caballo pasó por el sitio, donde el contingente de manera un tanto ruidosa se preparaba para iniciar la larga caminata que los llevaría a las zonas montañosas. Hubo un intercambio de preguntas y respuestas y tantos unos como otros continuaron su camino. Esa misma noche los comisionados militares del lugar se presentaron en la capital ante el ministro de la defensa, a la sazón el coronel Enrique Peralta Azurdia. Este no los recibió pero comisionó al coronel Rafael Arriaga Bosque para que se hiciera cargo de la situación, quien salió en la madrugada del día lunes 12 con la misión de matar a los insurrectos.³⁸

El contingente guerrillero caminó durante la madrugada del 12 y continuó su marcha todo ese día y atravesó el Río Grande (que en su continuación se convierte en el Motagua) para empezar a escalar la Sierra de Chuacús. En la noche del día lunes 12 la evaluación de la caminata que hacia Paz Tejada y su estado mayor era muy mala: se había caminado todo el día y se había avanzado

³⁷ Paz Tejada, s/f; JR/F, 10/97; PI/F, 2/98; Alvarado, 1994, p. 48.

³⁸Esta versión se la dio al diputado Antonio Móbil su colega del Congreso, el general retirado Arturo de la Cruz (AM7F, 3/98).

muy poco, la mayor parte del contingente se encontraba agotado por falta de condición física y para confirmar los malos presagios, habían notado que algunos lugareños seguían desde lejos y furtivamente la marcha de los guerrilleros (JR/F, 10/97; PT/F, 2/98).

Entre los combatientes había un joven de 21 años, de robusta figura, mucha voluntad y pocas condiciones, que estaba rezagando a un grupo que ya caminaba con rezago. Julio Rodríguez lo había conocido en 1957 en la Argentina durante el II Congreso Latinoamericano de Estudiantes, adonde había sido enviado como delegado por la AEU. Después de una de las sesiones del Congreso, uno de sus observadores, el después premio Nóbel Miguel Angel Asturias, había invitado a cenar a los dos delegados guatemaltecos. Acompañaba al gran escritor su hijo, un adolescente callado quien no por ello expresó algunas palabras de apoyo a la causa revolucionaria guatemalteca (JR/F, 10/97). Era Rodrigo Asturias Amado, después *Gaspar Ilóm*, el comandante en jefe de la Organización del Pueblo en Armas (ORPA). En una sesión corta, Paz Tejada y su estado mayor decidieron ante la decepción de Asturias, enviarlo en la mañana del martes 13 con un campesino a la carretera más cercana para que se regresara a la capital. Ante el desencanto del joven, Paz Tejada le dijo “Váyase, póngase en mejor condición y entonces regrese”(PT/F, 2/98). Horas después sería capturado en la carretera por el ejército quien tenía ya instalado un convoy destinado a acabar con los insurgentes.

El destacamento *20 de Octubre* continuó su marcha y en uno de los descansos, cerca de la localidad de Concuá, Paz Tejada lo dispersó en varios grupos. En ese momento fueron emboscados por el ejército. Poco más de 36 años después, el coronel revolucionario tiene resistencia a recordar el doloroso revés del cual también se considera responsable. Su *bonhomía* acaso lo lleve a exagerar su responsabilidad que en todo caso la tiene la línea política que desencadenó la revolución cubana: acaso hay ironía y exageración, pero también un tanto de verdad, en la afirmación de Debray y Ramírez de que en Guatemala el PGT inauguró el *foquismo* (Debray y Ramírez, 1975, p. 262). En la mañana del 13 de marzo, aproximadamente a las 8.30, Paz Tejada escuchó balazos. Con enojo pensó que a alguno de los combatientes se le había disparado el arma accidentalmente, asomó la cabeza entre los matorrales y vio que se trataba de balas trazadoras. Le ordenó a Julio Roberto Cáceres que trajera a los combatientes para juntarlos: *el patojo* se movió para cumplir las órdenes y no lo volvió a ver nunca más (PT/F, 2/98). En medio de un nutrido fuego, Rodríguez recuerda que vio a Paz Tejada cómo rompía el cerco disparando su

arma aun cuando éste no recuerda haber disparado (JR/F, 10/97; PT/F, 2/98). La confusión y la dispersión empezaron a imponerse y el contingente guerrillero empezó a desbandarse.

De los 23 combatientes, 13 fueron aniquilados en el momento o bien en la persecución posterior, puesto que el coronel Porfirio del Cid cumplió casi a cabalidad las órdenes de matar y no tomar prisioneros (CM/F, 7/97). Entre los muertos además de Reyes y Cáceres, se encontraban Carlos Toledo y Guillermo Grajeda Zetina, dirigentes del FUEGO. Militantes del PGT, de la JPT y del PUR, un acervo revolucionario labrado en años quedaba reducido a la nada en unos instantes. La orden de acabar con los insurgentes fue eludida por las circunstancias y la fortuna, por entre 8 y 10 de los combatientes. Después de dos días de esquivar la persecución del ejército, Julio Rodríguez negoció granada en mano su rendición y la de dos combatientes más (JR/F, 10/97). A Asturias pudo haberle favorecido el hecho de ser ahijado ni más ni menos que del propio Ydígoras. El dirigente del sindicato de choferes, Hugo *el Chato* Rodríguez se desnudó y simuló ante la patrulla que lo capturó haber sido asaltado y despojado de sus ropas por algunos de los guerrilleros que huían, ardid que le salvó la vida pero no de la cárcel (C/F, 12/98). *Rigoberto Molina* pudo haber salvado la vida circunstancialmente porque momentos antes de ser atacado el contingente guerrillero, Paz Tejada lo había enviado a buscar agua para los combatientes. De esa manera pudo huir hacia Tukurú en donde fue capturado por otro cerco (PT/F, 2/98; CM/F, 7/97).

Paz Tejada también pudo eludir el cerco después de momentos en que tuvo a los soldados a unos metros de distancia. Bajo un árbol ubicado en una ladera, oyó el jadeo de los soldados caminando por una brecha apenas a unos metros más abajo. A lo lejos pudo divisar la carretera en la cual caminaba el convoy del ejército que había ido a aniquilarlos. Escondido entre los matorrales con serenidad rezó un *Padre Nuestro* y se preparó: “pensé que en unos minutos más estaría muerto y saliendo de la gran duda de la vida”. No la resolvió, porque ayudado por unos amigos pudo ser llevado a la ciudad de Guatemala en donde elementos del PGT, del PUR, amigos personales, y hasta un terrateniente simpatizante del *liberacionismo*, lo ayudaron. se pudo esconder y finalmente salir de Guatemala para arribar a México en mayo de 1962.

Desde entonces, salvo en diciembre de 1966 cuando por motivos familiares regresó al país y fue brevemente capturado, el coronel revolucionario viviría con gran dignidad su exilio (PT/F, 2/98).

Los siete sobrevivientes capturados permanecerían 15 meses encarcelados. Buena parte de ellos como Hugo Rodríguez y Leonardo García Benavente posteriormente volverían a involucrarse en actividades revolucionarias y serían asesinados por ello. La fracasada guerrilla llamada después

“de Concuá”, no cuestionaría el *foquismo* como lo demuestra el que en los balances de la derrota las fallas operativas y técnicas ocuparan un primer lugar. Lo que si demostraría era que un triunfo revolucionario a través de la guerra de guerrillas no sería tan sencillo y rápido como parecía. Desde la cárcel de Salamá en la que se encontraba preso, junto a los demás sobrevivientes de la guerrilla, Julio Rodríguez le escribiría a Paz Tejada una conmovedora carta con motivo del XVIII aniversario de la revolución de 1944: “Quiero recordarte, decía Rodríguez, que la liberación de los pueblos exige un alto precio en sacrificio de parte de éstos, y nosotros con nuestros contratiempos e incluso con el sacrificio de los compañeros inmolados, apenas si empezamos a tributar. La lucha comienza. Y en todo momento, por la memoria de los compañeros, y la lealtad hacia nuestros principios, estaremos presentes.”(JRA, 20/10/62).

b. Marzo y Abril.

En su trabajo Debray y Ramírez expresaron que las acciones militares de los militares rebeldes del MR-13 constituyeron el “factor determinante” en el desencadenamiento de la revuelta popular urbana de marzo y abril: “La violencia revolucionaria jugó el papel determinante” (op. cit., pp. 259, 261). En realidad la *rebelión de masas* de 1962, tuvo una causalidad mucho más compleja que la que los dos autores mencionan. Más bien parecería que las acciones militares referidas, solamente fue uno de los factores que acentuaron una convulsión política que ya venía en marcha. Esta convulsión debe analizarse haciendo la distinción entre los factores estructurales y desencadenantes que ya se ha propuesto en el capítulo inicial de este trabajo.

Entre los primeros se encuentra el proceso de modernización observado en los cincuenta y los sesenta –examinado ya páginas atrás- con todas sus implicaciones: el crecimiento demográfico urbano, en el contexto de una miseria significativa en el campo; el crecimiento de las áreas marginales y barriadas populares con una creciente masa de población desempleada, subempleada o empleada con salarios muy bajos; el crecimiento de categorías ocupacionales urbanas que podrían englobarse *grosso modo* como parte de clases medias bajas y de clase trabajadora. Pero la existencia objetiva de estos nuevos o crecientes sectores sociales no bastaría para agotar los causales estructurales de la revuelta de 1962.

Tan importantes como lo anterior, resultan las secuelas en el seno de la sociedad civil de la década revolucionaria, aspecto que hemos mencionado en un capítulo precedente. Diez años de revolución había dejado para la época contrarrevolucionaria una sociedad más politizada como lo

demuestra el rampante proceso organizativo de la burguesía guatemalteca durante los regímenes de Ydígoras y Peralta Azurdía. En lo que se refiere a los sectores populares, el régimen contrarrevolucionario encontró que una vuelta a la paz sumisa del *ubiquismo* era imposible. La *dictadura militar* nacía enfrentando a un significativo sector de la sociedad civil que ya acusaba proclividad a la insubordinación. Es esto más importante aún que una “cierta recesión económica” (Colom Argueta, 1997, p. 7), que por lo demás es discutible: no fue el periodo inmediatamente anterior a la revuelta popular urbana de 1962 el peor en materia de términos netos de intercambio y poder adquisitivo de las exportaciones.³⁹ Lo que sucedió en realidad fue que Marzo y Abril fue la culminación de todas las luchas populares urbanas que se observaron desde 1956 y que ya hemos examinado en el capítulo anterior.

La resistencia al orden contrarrevolucionario tuvo un contexto más favorable con motivo de la crisis de poder que originó el asesinato de Castillo Armas (Colom Argueta, 1997, pp.5-6). El PR recogió organizativamente buena parte de los sentimientos democráticos y revolucionarios de la población, desde 1957 hasta antes de sus fracturas provocadas por las diferencias ideológicas. El espacio abierto por Ydígoras en los primeros tiempos de su gobierno, también creó mejores condiciones para una expansión del movimiento popular y de partidos demócratas y revolucionarios, que actuaban en la legalidad o en la clandestinidad. ~~La revolución cubana agregó~~ un radicalismo nacido de una expectativa de poder que tenía visos de realidad. A las luchas populares y estudiantiles que ya hemos mencionado en el capítulo anterior, podrían agregarse las que se dieron en 1961 contra el impuesto sobre la renta y por la derogación del Decreto 59 (la ley anticomunista).

La creciente presión popular se enfrentaba ya a una también creciente violencia represiva manifiesta en la disolución de las manifestaciones de protesta. Desde 1960 la represión a los estudiantes iba creciendo como lo evidenciaba el ataque a un centro nocturno de educación secundaria por parte de un grupo de exiliados cubanos⁴⁰; la captura de varios dirigentes del FUEGO; el asedio durante 7 horas del Instituto Nacional Central para Varones por la policía al mando del temido Jorge Córdova Molina, (conocido como *huevo loco*), al término del cual en medio de disparos y bombas lacrimógenas 400 estudiantes fueron capturados y humillados al ser rapados (Andrade, 1977, p. 7). En 1961 la represión contra una manifestación de solidaridad con la

³⁹ Véanse los Cuadros A 14 y A.15 de Bulmer Thomas, 1989, pp. 437-440

⁴⁰ Muy probablemente de los que se encontraban en Guatemala preparando la invasión a Cuba en abril de 1961

revolución cubana cobraría la vida de tres personas entre ellas a Leonel, el primero de los hermanos García Benavente que murió en la lucha revolucionaria (Gutiérrez, 1962, pp. 9-10). La represión ydigorista primordialmente no sembraba terror sino indignación y estimulaba la radicalización.

Entre noviembre y diciembre de 1961 el clima político se fue enrareciendo por un hecho que resultó ser el factor desencadenante decisivo: el fraude electoral del 3 de diciembre. Este fraude se agregaba al de 1959 y por ello contribuía a extender el repudio al régimen. La imagen de corrupción que se extendía a buena parte de los allegados a Ydígoras, se combinaba con el deterioro de la figura presidencial a la que el propio Ydígoras contribuía con sus excentricidades: entre ellas saltar en cuerda por la televisión para demostrar que aún era joven (CM/F, 7/97). Habiendo llegado al gobierno merced a una declarada ruptura con el oscurantismo *liberacionista*, el Ydigorismo reproducía la exclusión política a través del fraude y agregaba al conjunto de sus enemigos a los partidos políticos a los cuales el fraude afectaba esencialmente. Como veremos más adelante, en la rebelión de marzo y abril, la clase política agrupada en el PR, la DC, el MLN y la URD también participó con sus propios objetivos que se diferenciaban de la del estudiantado revolucionario⁴¹.

Raúl Díaz Ramírez, presidente del FUEGO en 1962, recuerda cómo en los días en que ya se veía venir la rebelión, él y Guillermo Grajeda Zetina fueron a la casa de Leonardo Castillo Johnson (*Nayito*) a recoger unos fusiles. El que los había conseguido y los proporcionaba era nada menos que Raúl Estuardo Lorenzana, el después jefe del escuadrón de la muerte *Mano Blanca* (RDR/F, 4/98). La anécdota, que resulta asombrosa, se ve complementada con el testimonio dado al autor por otro de los entonces adolescentes del FUEGO, Factor Méndez Doninelli, quien afirma haber recibido entrenamiento militar junto a otros miembros de la JPT por parte del mismo Lorenzana (FMD/F, 3/98).⁴² Oscar Arturo Pérez, presidente del FUEGO termina de corroborar la vinculación de Lorenzana con algunos de los jóvenes revolucionarios de principios de la década de los sesenta:

⁴¹ Una anécdota contada al autor por su padre refleja la alianza tácita entre lo estudiantil-popular y la derecha más conservadora: en un momento determinado de la rebelión, Carlos Alberto Figueroa, presidente de la Asociación de Estudiantes de Humanidades por esas fechas (militante del PGT), Mario Botzoc (dirigente estudiantil, militante de la JPT y después combatiente guerrillero muerto en 1968) y Guillermo Putzéis Álvarez, uno de los jóvenes *liberacionistas* de 1954, se juntaron para mover de sitio a uno de los mimeógrafos en los que se imprimía propaganda antigubernamental.

⁴² Méndez Doninelli pudo identificar al adiestrador militar cuando la foto de su cadáver fue publicada por los diarios después de que en 1968 fue eliminado presumiblemente por el ejército (FMD/F, 3/98). En su

“Yo también recibí las visitas en mi lugar de trabajo del *Chompipe* Lorenzana. Siempre andaba complotando y ofreciendo armas y adiestramiento” (OAP/F, 99). Mario Maldonado, otro de los activistas del FUEGO, afirma haber asistido en los días de la revuelta, junto con Magnolia Morales, María del Rosario Ramírez, María Bella Girón y Mario Robles a una reunión en la que estaba presente el máximo líder *liberacionista*, Mario Sandoval Alarcón, y en la cual éste y otro dirigente derechista (entre ellos Mario López Villatoro) hicieron ofrecimientos y propuestas de alianzas los cuales fueron rechazados (M/M, 3/98; MRV/F, 5/99).

Expansión objetiva de los sectores populares urbanos y una nueva subjetividad política en ellos, radicalmente distinta a la de la época del Estado oligárquico, fue pues el contexto estructural de la rebelión. Corrupción descarada, fraude electoral, represión, una política exterior torpemente conducida,⁴³ y un presidente proclive al ridículo pudieron ser los agravios que finalmente la desencadenaron.

Los recuerdos de *César Montes* dan cuenta del crecimiento de un espíritu insurreccional en los meses previos a marzo y abril. Habiendo salido a Cuba antes de febrero de 1962, el joven Julio César Macías todavía vivió la creciente radicalización de las masas populares urbanas. En diciembre de 1961 se observaron protestas callejeras en las ciudades Guatemala y Quezaltenango; en enero se observaron huelgas por reivindicaciones estudiantiles en Tonicapán y en la Escuela Normal Central para Varones en la ciudad de Guatemala, además de una ola de estallidos de bombas atribuidos al gobierno para justificar una oleada de detenciones a dirigentes del PR, PUR y URD (Ruano, 1997). Fue en ese contexto que *Montes* recuerda que asistió armado por primera vez a una manifestación recibiendo por ello una crítica de sus dirigentes de la JPT. En enero de 1962 el descontento generado por el fraude volvió a sacar a los estudiantes a las calles y el gobierno Ydigorista llamó a los campesinos del cercano municipio de Palencia y de otros lugares del oriente del país para que colaboraran en la represión a los desórdenes callejeros, “los sindicalistas y pobladores de los barrios nos ayudaban a enfrentarnos a esa gente, nos daban agua caliente para echarles a los caballos, miles de *cinco* (canicas) para que éstos se resbalaran”. Los estudiantes salían a protestar y al ser reprimidos se replegaban hacia los barrios populares de la zona 3 y 6 de la ciudad. (CM/F, 7/97).

radicalismo de derecha. Lorenzana había secuestrado al mismo Arzobispo de Guatemala, Monseñor Mario Casariego, creándole al régimen una grave crisis política.

⁴³ La cuestión de Belice, la confrontación con México al haber atacado desde un avión a un barco camaronero mexicano, la colaboración con los cubanos anticastristas.

En el concierto de fuerzas políticas y sociales que hicieron posible la revuelta de marzo y abril de 1962 como fue la clase política agrupada en partidos de izquierda moderada, centro, derecha y ultraderecha, los sectores populares y clases medias urbanas, se destacaría -lo hemos dicho ya-, un segmento que provenía de estos dos últimos sectores, cuya vida cotidiana los hacía más susceptibles a una más consistente politización de izquierda: los jóvenes estudiantes de educación media y universitaria. Es éste el *sujeto colectivo* más beligerante de la rebelión popular, el que al menos durante el mes de marzo, a través de la AEU y el FUEGO, llevará en sus manos la batuta que dirige la revuelta (Lemus, 1977, p. 5).

Empezando por lo que sería su nivel más clandestino, esta juventud estudiantil tendría en la dirigencia de la JPT a cuadros políticos como Bernardo Lemus, Fernando o Hernando Hernández (*Gabriel Salazar*), Jorge Macías, Julio Segura, Arnulfo Parada Tobar y Sergio Licardie (CM/F, 7/97; OAP/F, 98). En la universidad, además de algunos de los mencionados se encontraban dirigentes como Ricardo Rosales (después *Carlos Gonzáles*, el último secretario general del PGT), Jaime Pineda, Hugo Rolando Melgar, Otoniel Fonseca, Manuel Cordero Quezada, Rodolfo Azmitia. La parte esencial de la JPT radicaba en los “círculos de juventud” que se empezaron a organizar en todos los institutos públicos de educación media en la capital además de los que funcionaban en algunas facultades de la Universidad de San Carlos. Pero la juventud comunista también llegó a expandirse en ciudades como Quezaltenango, Escuintla y Mazatenango.⁴⁴ En la Universidad de San Carlos también empezó a funcionar el Frente Estudiantil Social Cristiano (FESC), rama estudiantil y juvenil de la DC de la cual saldrían líderes connotados como Vinicio Cerezo Arévalo, Vinicio Aguilar, Raquel Blandón y Danilo Barillas. Fue el FESC el principal adversario político del movimiento estudiantil que era influenciado por la JPT.

No cabe duda de que en el periodo de Ydígoras la clandestinidad no era tan dura como lo fue después de haberse iniciado la lucha armada. Los “círculos de juventud” se disputaban un “banderín de vanguardia” según su rendimiento en tareas y reclutamiento. Una militante y después combatiente, María del Rosario Ramírez, recuerda que hurgando en un escritorio de la asociación de estudiantes del instituto en donde estudiaba (INCA), vio una carta del PGT solicitando permiso a los padres de familia para que dejaran a sus hijos ingresar a la JPT... (Ramírez, s/f: 1997, p. 70). De todos estos institutos salió esa juventud que miraba con atención los logros de la revolución cubana, que tenía una actividad cultural y social intensa a través de mesas redondas,

⁴⁴ CM/F, 7/97; MR/F, 9/97; FMD/F, 3/98; RDR/F, 4/98.

seminarios, concursos de oratoria, exposiciones de artes plásticas, presentaciones teatrales, periodismo escolar, deportes, fiestas y hasta desfiles de modas (Ramírez, 1997. P. 71). Uno de esos jóvenes de aquel entonces, Miguel Angel Sandoval, recuerda como particularmente importante en la politización, al autogobierno estudiantil en los planteles de educación media: con una suerte de parlamento, partidos políticos, una junta de gobierno elegida anualmente, además de una corte de honor, instancias todas ellas que funcionaban con el respeto de los maestros y autoridades educativas (Sandoval, 1997, p.27).

Además de los ya mencionados, podemos encontrar entre los jóvenes revolucionarios de los sesenta a los hermanos Mario y Salvador Pineda Longo, Nils Coronado Muralles, Francisco José Macías, Rodolfo García, María Bella Girón, las hermanas Arrecis, Carlos Ordóñez (después el comandante *Camilo Sánchez*), Jorge Soto García,⁴⁵ María Isabel y Carlota Morgan, Ricardo y Arturo Berganza Bocaletti, Miriam Pineda, Douglas González, Mirna Becker, Manuel Andrade Roca, Carlos Fuentes (*catarro*), Rocael Muñoz, Lidia Lucero, Libo Haroldo González, Miguel Angel Vázquez, Anne Arévalo, Vicente Girón Calvillo, Mario Robles y muchos otros que harían la lista interminable.⁴⁶ Con una gran voluntad organizativa, romanticismo revolucionario, disposición al combate y muchos de ellos estupendos oradores, este grupo se convertiría en la punta de lanza en la revuelta de marzo y abril. Y cuando ~~la rebelión de masas~~ amainó, el esfuerzo guerrillero urbano y rural de los años sesenta recaería en buena medida sobre éstos jóvenes, por lo que no es una casualidad de que buena parte de los que se han mencionado aquí murieron combatiendo o fueron capturados y asesinados.

Con un contexto convulsivo articulado por los factores estructurales y desencadenantes ya mencionados, y un sujeto colectivo que sería el protagonista esencial, la revuelta de marzo y abril de 1962 desquició la vida política nacional. Esa juventud popular y de clase media urbana, organizada en la AEU y el FUEGO llegó en determinado momento a desplazar a los partidos políticos que participaron en la rebelión por sus agravios con Ydígoras. Al menos en marzo, el PR, el MLN y la DC fueron incapaces de movilizar a la población; más aún, sus bases siguieron la dirección de los estudiantes en el momento de empezar a realizar los paros (Lemus, 1977, p.5).

⁴⁵ Después el comandante en jefe de las FAR, *Pablo Monsanto*. Oscar Arturo Pérez lo recuerda como parte del FUEGO pero agrega que su participación en éste fue breve (OAP/E, 98). Sin embargo en 1962, Soto formó parte de la delegación que asistió al festival mundial de la juventud en Helsinki.

⁴⁶ Maldonado, 1977, p.13; MM/E, 4/98; FMD/E, 3/98; RDR/E, 4/98, OAP/E, 98.

Comenzando el 1 de marzo con la colocación de una corona fúnebre frente al congreso de la república en el momento en que los diputados electos fraudulentamente tomaban posesión, la explosividad fue creciendo conforme comenzó la represión que fue dejando numerosos muertos y heridos. El 9 de marzo la AEU decretó el paro general de labores el cual fue secundado por el FUEGO; un nuevo paro con mucho más efecto fue decretado el 13 (Gutiérrez, 1962, p16-17; Lemus, 1977, p. 4). Ese día la represión cobraría su primera víctima en el estudiante de economía, Marco Antonio Gutiérrez. Siendo los estudiantes los primeros en suscitar las manifestaciones, mítines relámpagos y enfrentamientos, pronto otros sectores urbanos se sumaron a la protesta: trabajadores municipales, del seguro social, de los tribunales de justicia, de los bancos estatales, los maestros organizados en el FUNM, ferrocarrileros del Sindicato de Acción y Mejoramiento Ferrocarrilero (SAMF), empleados de la empresa eléctrica, los choferes del Sindicato de Pilotos Automovilistas y Similares (SPAS) y en general los sindicatos agrupados en la FASGUA, los pequeños comerciantes de la Asociación de Comerciantes Guatemaltecos, colegios profesionales, el Consejo Superior Universitario de la Universidad de San Carlos. Se constituyó un “Frente Cívico Nacional” como consecuencia de un llamado de la AEU, el cual agrupaba además de esta última organización estudiantil, al FUEGO, a una Asociación Guatemalteca de Derechos Humanos, la Asociación de Locutores de Guatemala, la Asociación de Propietarios de Radiodifusoras, FASGUA, intelectuales, mujeres, sindicatos y partidos como el PUR y la URD (Lemus, op. cit., p.16; Gutiérrez, 1962, p. 33).

Habiendo sido los estudiantes universitarios y de educación media los que iniciaron la protesta callejera, a la rebelión se sumaron pues, sectores populares y de clase media urbana. La antropóloga Aura Marina Arriola, en ese momento integrante del seccional obrero del PGT recuerda haber recibido la indicación de su responsable, Edelberto Torres Rivas (*Alvaro*), de participar en la organización de una huelga general. Junto con Antonio Fernández Izaguirre hizo agitación entre los trabajadores textiles, de aceites y jabones, de la licorera y electricistas en algunas ocasiones con colaboración de los dueños de las fábricas que estaban en contra de Ydígoras (AMA/F, 1/99). No en todos los casos la agitación fue exitosa: Antonio Móbil recuerda como él y otro militante del PGT (Ariel Déleon) fueron expulsados de la Cervecería Centroamericana, adonde habían sido enviados por su partido para invitar a los obreros a que se sumaran a la rebelión: los obreros se sentían bien pagados y con buenas prestaciones y no querían agitadores en su centro de trabajo (AM/F, 3/98). Pese a estas decepciones que contradecían a la teoría, el movimiento iniciado

en la capital y teniendo en ésta su epicentro, se extendió en el interior: también hubo paros y manifestaciones de apoyo en ciudades como Quezaltenango, Jalapa, Cobán, Totonicapán y Antigua Guatemala, así como acciones de sabotaje en Escuintla, Chimaltenango y Sololá.⁴⁷

Durante los dos meses de desórdenes callejeros, la movilización de masas tuvo su máximo esplendor durante el mes de marzo, fue declinando en abril y se reactivó después del 12 de ese mes, con motivo del asesinato de tres estudiantes de derecho y uno de la escuela de comercio, en cuyas honras fúnebres participaron aproximadamente 10 mil personas. El crimen originó que el Consejo Superior Universitario de la Universidad de San Carlos pidiera la renuncia de Ydígoras (Lemus, p. 6; Melgar, 1977, p. 11) y le volvió a dar fuerzas al movimiento en un momento en que se pensaba que el régimen empezaba a sortear la crisis.

Factor Méndez Doninelli, en ese entonces de 15 años y quien figurara entre los heridos por las fuerzas de seguridad a mediados de marzo, recuerda el clima de rebelión popular de aquellas semanas: la población de la ciudad refugiaba en sus casas a los estudiantes cuando las fuerzas represivas los atacaban, les daban pañuelos con vinagre para protegerse de los efectos de la bombas lacrimógenas; al menos dos zonas populares de la ciudad (la 3 y la 5) se declararon “territorios libres”, lo que implicaba la construcción de barricadas para impedir el acceso de las fuerzas represivas, el apedreo a éstas y ~~la participación activa de gente de las áreas marginales~~ como la llamada *Limonada* en dichos ataques (FMD/F, 3/98). Un habitante de *La Limonada*, un muchachito de 13 años, después convertido en combatiente guerrillero (*Chumalia*), años después recordaba cómo, organizados por el propietario de una tiendecilla situada en dicha área marginal, don Celestino Valenzuela, un grupo de niños armados con hondas salía romper los focos del alumbrado público. Dotados con pañuelos mojados en vinagre, los habitantes de *La Limonada* subían a las orillas del barranco en el cual vivían, a observar y participar en los enfrentamientos callejeros, para después regresar a refugiarse en sus casas cuando la policía arreciaba sus ataques (Ch/F, 5/99).

El repertorio de las formas en que se manifestó la rebelión es amplio: mujeres vestidas de luto enfrentándose a las policías, estudiantes adolescentes tirándose al suelo para impedir el paso de vehículos, hombres rompiendo las tapaderas de las alcantarillas para atacar a los represores, canicas tiradas al suelo para botar a los caballos que eran conducidos por los defensores del régimen, mítines relámpago, marchas multitudinarias, huelgas y paros de labores, tachuelas que

⁴⁷ Gutierrez, op. cit., pp.18, 21; Lemus, ibid.; Arévalo, 1997, p. 88.

desinflaban las llantas de los vehículos originando caos vial, uso de fósforo en bruto para incendiar autobuses, líquidos pestilentes arrojados en cines para que el público los desalojara (FMD/F, 3/98; MRV/F, 5/99).

Lo que evidencia el clima insurreccional del momento es que todas estas acciones que en situaciones normales son repudiadas por la mayoría de la ciudadanía, eran vistas con simpatía por ella. Raúl Díaz Ramírez recuerda cómo ellos, los estudiantes, eran recibidos con cariño y admiración por la población en las barriadas, “hasta cuando asaltábamos una camioneta la gente no se molestaba, *Chilano* Ordóñez (*Camilo Sánchez*) con una metralleta que llevaba en una bolsita tomaba el autobús y gritaba ¡somos estudiantes, somos del FUEGO! Y la gente nos recibía con gusto” (RDR/F, 4/98). Uno de los actos más evidentes de la rabia que movía a la rebelión se daría en el Cementerio General, cuando una multitud que enterraba a algunos de los estudiantes víctimas de la represión percibió que un *jeep* con policías judiciales se había adentrado en el cementerio. La muchedumbre cercó a los tres judiciales quienes al huir de la misma dispararon sus armas y se adentraron aún más en el cementerio. Los tres murieron linchados y lapidados, el *jeep* fue volcado y parado encima de él uno de los estudiantes levantó en sus manos una de las metralletas que traían los policías.⁴⁸

Paulatinamente la rebelión empezó a contar entre su repertorio acciones de tipo militar y paramilitar. El Frente Guerrillero Alejandro de León-13 de Noviembre anunció la formación del comando urbano “Marco Antonio Gutiérrez” dirigido por el subteniente Luis Turcios Lima (Gutiérrez, 1962, p. 20). Los militares rebeldes operaron durante la rebelión efectuando acciones en contra de las fuerzas represivas. En el contexto de la actividad preinsurreccional, los militares rebeldes del 13 de noviembre llegaron hasta donde estaban los autobuses y dispararon ráfagas contra los radiadores a efecto de que no circularan (CM/F, 7/97). Pero la población civil también efectuó operativos que no eran precisamente pacíficos: la toma de una radiodifusora en el Estado Mateo Flores para difundir un mensaje antigubernamental en el contexto de un encuentro internacional de fútbol que se vio paralizado por esa acción y el despliegue de mantas y lanzamiento de volantes, el asalto a un carro de publicidad para difundir otra proclama rebelde.

⁴⁸ Raúl Díaz Ramírez, quien junto a Leonardo Castillo Johnson se acercó al vehículo de los policías para ver que sucedía, ha relatado al autor el incidente. También lo hizo Factor Méndez Doninelli. (FMD/F, 3/98; RDR/F, 4/98).

incendio de autobuses, el lanzamiento de bombas pestilentes y “cocteles Molotov” y sabotajes a las torres de luz eléctrica.⁴⁹

En el transcurso del mes de marzo se fueron perfilando dos posturas en el seno de la rebelión. La primera de ellas era representada por la AEU y el FUEGO, quienes empezaron demandando la anulación de las elecciones de diciembre de 1961 pero que al aumentar la agitación popular terminaron exigiendo además de la renuncia de Ydígoras, la disolución del Congreso, reformas agraria y urbana, y ni más ni menos que la derogatoria de la constitución de 1956 y restitución de la de 1945 (Lemus, 1977, p. 5). Ni el MLN, ni la DC podían aceptar ésta última demanda habiendo sido ellos partícipes de la contrarrevolución de 1954. En general los partidos políticos de centro y derecha, y esto incluía al PR, especulaban con la posibilidad de un golpe de estado o reducían sus pretensiones a la renuncia de Ydígoras y a la convocatoria a nuevas elecciones en un corto plazo (Gutiérrez, 1962, p. 31, 36). Era esta la segunda postura. Para Bernardo Lemus, uno de los dirigentes estudiantiles de aquel momento, con esta diferenciación empezó la derrota de la rebelión (loc. cit., p. 6).⁵⁰

El régimen ydigorista también agitó el fantasma del comunismo, de “una conspiración castrocomunista” que usaba al movimiento estudiantil. A fines de abril, después de varias semanas de extenuantes luchas, la rebelión empezó a ceder. Desde principios del mes, la universidad levantó el paro de labores, los servicios municipales fueron militarizados lo que se unía a la militarización de los ferrocarriles (Arévalo, 1997, p. 90). El FUNM, los presidentes de los claustros de maestros de los centros de enseñanza media y el FUEGO emitieron una declaración en la que suspendían de manera condicionada el paro de labores (Gutiérrez, 1962, p. 26). La AEU fue retomada por su presidente Ernesto Ramírez, quien al regreso de un viaje al exterior le imprimió un giro más moderado (Fonseca, 1977, p.15), en un claro deslinde con lo que había hecho el vicepresidente de la agrupación, Arnulfo Parada Tobar (RDR/F; 4/98). Pese a la persistencia de las luchas callejeras y declaratorias de huelga, no fue la multitud en las calles la que siguió siendo el actor principal sino un conjunto de instituciones, por lo que se ha dicho, acaso exagerando, que se pasó “de la lucha de masas a la de instituciones” (Lemus, 1977, p. 6). El 25 de abril una

⁴⁹ Gutiérrez, 1962, p. 24; Lemus, 1977, p. 16; FMD/F, 3:98; AMA I, 1:99.

⁵⁰ Asesinado pocos días después de que lo fuera Carlos Centeno a principios de 1981. De Bernardo Lemus (*Chando*) y Carlos Centeno (*Pail*), hemos tenido oportunidad de referirnos a propósito de las actividades de reconstrucción del PGT en el segundo lustro de los años cincuenta

manifestación convocada por la AEU para pedir la renuncia de Ydígoras es disuelta por las fuerzas represivas con un saldo de heridos, golpeados y más de 100 detenidos. Al día siguiente, se constituyó un nuevo gabinete integrado casi exclusivamente por militares (Gutiérrez, 1962, p. 36)

Hemos visto que las rebeliones son momentos excepcionales en la vida de las sociedades. Una *rebelión de masas* que se prolonga en el tiempo es un hecho todavía más excepcional. Los cálculos hechos en aquel momento (Burgos, 1962, p.6) contabilizaron como saldo de la revuelta a 50 asesinados, 700 heridos y 2 mil apresados. En mayo ya el país había vuelto a una normalidad que no era sino el presagio de las acciones guerrilleras urbanas y rurales de los años sesenta. Uno de los dirigentes del FUEGO, Mario Robles, recuerda cómo él y otros dirigentes (*Nayito* Castillo Johnson y *Chilano* Ordóñez) hicieron intentos de reactivar la protesta estudiantil al extremo de fraguar un “autosequestro”, además de provocar a la policía judicial para que entrara a uno de los institutos de educación media (el Adrián Zapata) y atacarla con armas de fuego. “Queríamos levantar el trabajo de masas, recuperar al FUEGO”. Este tipo de acciones fueron censuradas por la dirigencia del PGT, era perceptible que la rebelión había terminado (MRV/F, 9/97).

Al año siguiente, en marzo de 1963, Ydígoras finalmente fue derrocado; el FUEGO decretó una huelga general de los establecimientos de educación media en la capital que tuvo una muy débil respuesta. El gobierno del coronel golpista Peralta Azurdia disolvió las asociaciones estudiantiles de todos los institutos, militarizó a la Escuela Normal y al Instituto Central para Varones y continuando un proceso que se había observado desde el fin de la rebelión de marzo y abril, canceló la matrícula a 200 estudiantes sindicados de ser agitadores del FUEGO (Andrade, 1977, p. 9),

En realidad en el contexto latinoamericano creado por la revolución cubana ni la burguesía guatemalteca, ni el ejército estaban dispuestos a apoyar un cambio de gobierno en el marco de una rebelión popular. Desde mediados de marzo de 1962, Ydígoras había convocado a una reunión en el palacio nacional a un grupo importante de finqueros, comerciantes, industriales y banqueros en donde se les había pasado una cinta magnetofónica con un discurso de un cubano anticastrista. La reunión había terminado con una colecta cuyo fin sería mantener la lealtad de los mandos del ejército (Gutiérrez, 1962, p. 18). Independientemente de haber sido beneficiario de una colecta, el ejército no podría haber definido la situación como en octubre de 1944; lo hizo, pero imponiéndole a Ydígoras a fines de abril el gabinete militar. Ni el ejército era el mismo que en 1944 (1954 y 1960 habían sido decisivos en su reconstitución ideológica), ni el mundo ni el continente eran los mismos que en aquella fecha gozaban la derrota del fascismo. Más que a una ruptura

revolucionaria, la rebelión popular consolidaba el camino hacia una *dictadura militar* que tenía garantizado el beneplácito de Washington.

En 1977, en su visión retrospectiva de los acontecimientos, Bernardo Lemus concluía que la lucha popular de marzo y abril demostraba que ya no era posible en Guatemala derrocar a un gobierno si la lucha de masas no contaba simultáneamente con instrumentos armados que respaldaran su acción (Lemus, 1977, p. 16). Si esto era así, entonces Concuá había sido expresión de las “armas sin el pueblo”, y Marzo y Abril, manifestación del “pueblo sin las armas”.

Algunas veces más, otras veces menos, sería éste el dilema del movimiento revolucionario en los sesenta y en los setenta.

CAPITULO QUINTO.

GUERRILLEROS DE LA LIBERTAD.

*Dicen que en la guerra fue el mejor
y en la ciudad le llaman
El Guerrillero de la Libertad...*

Patricio Manns. El Cautivo de Til Til.

1. Introducción.

A fines de 1966 la calzada Roosevelt en la ciudad de Guatemala no era el boulevard amplio e iluminado, lleno de establecimientos comerciales y restaurantes que fue años después. A pesar de ser la principal vía de comunicación entre la capital y el altiplano central y noroccidental del país, en tramos importantes la avenida no era más que una mal iluminada y estrecha carretera. En la primera hora de la madrugada del domingo 2 de octubre de 1966, Luis Augusto Turcios Lima conducía por aquel camino un pequeño y veloz auto deportivo, un Austin Cooper que solía usar el comandante revolucionario porque sus propiedades lo hacían un vehículo ideal para cuestiones operativas. Lo acompañaban en el asiento del copiloto, una atractiva militante de las FAR, Ivonne Flores. El asiento de atrás era ocupado por otra militante de las FAR, tía de la primera, María del Carmen Flores, más conocida en el ámbito de la clandestinidad como *Tita* (Fernández, 1968, p. 15)

No habían sido fáciles las últimas semanas para el espigado jefe revolucionario. Desde enero de 1966, estando todavía en La Habana, en donde había sido electo junto a un vietnamita, vicepresidente de la Conferencia Tricontinental de Solidaridad con los Pueblos de Africa, Asia y América Latina, el escenario político para el movimiento revolucionario guatemalteco se venía haciendo más y más complejo. Turcios había sido una de las estrellas en la citada conferencia, la cual reunió a 165 delegados de 27 organizaciones de igual número de países. El cargo honorífico que ocupó en la misma, tomando en cuenta que Fidel Castro fue el presidente (Ruano, 1997), revelaba que en el concierto revolucionario e insurgente latinoamericano, Guatemala y la propia figura del comandante guatemalteco ocupaban un primerísimo lugar. El autor ha podido ver el

formulario No. 0814 que Turcios llenó a mano a efecto de acreditarse en la citada conferencia, el cual está sellado el día 3 de enero de 1966. En éste el joven guerrillero expresó que su ocupación era ser el comandante de las FAR y que su lugar de residencia así como el de su organización, estaba en la Sierra de las Minas, en la región oriental y en la Rabinal Achí en las verapaces (OSPAAAI., 1966). Era el presidente de una delegación de guatemaltecos integrada por *René Cordón* (Mario Silva Jonama),¹ *Orlando Fernández Ruiz* (Ricardo Ramírez), *Julio Contreras* (Antonio Fernández Izaguirre) y un combatiente de las FAR identificado como *Gustavo Solares Ortiz* (OSPAAAL, 1966).

Aún estando Turcios en La Habana, el Centro de Dirección Revolucionaria (CDR) había emitido en Guatemala una declaración en la que apoyaba la candidatura a la presidencia de Julio César Méndez Montenegro, el cual había entrado a la contienda electoral apoyado por el PR. Desde La Habana, Turcios había expresado públicamente su desacuerdo², pero al regresar a Guatemala, varias circunstancias lo hicieron variar su actitud, lo que no significa necesariamente su postura. En las últimas semanas de su vida, con el fino olfato que su oficio militar le había dado, oteaba en el ambiente que el ejército gubernamental, el aparato represivo en general, se aprestaba a una enorme ofensiva que tendría consecuencias desastrosas si la insurgencia no se preparaba adecuadamente para la embestida.

El comandante Luis Turcios Lima arribó a la ciudad de Guatemala la madrugada del miércoles 28 de septiembre de 1966, aniversario de fundación del PGT. En tanto que miembro de dicho partido, el comandante revolucionario ya participaba activamente en las sesiones de su comisión política. El sábado 1 de octubre a mediodía, participó en una de esas sesiones que tuvo un carácter ampliado puesto que en ella estuvo Cardoza, quien como se recordará había salido de la cp en la conferencia de febrero de aquel año. Al término de la sesión que Cardoza recuerda como productiva, Turcios dijo que la mujer campesina que vivía en la casa donde se había realizado la reunión, invitaba a todos los asistentes a comer pues era el cumpleaños de su hijito. En algún momento de tertulia durante la reunión, Turcios le preguntó a *Nestor Valle* en qué condiciones se encontraba alguno de los autos que usaba el aparato operativo de la ciudad. “Es velocísimo, como de carreras, respondió *Valle*, pero tiene un defecto en un lado del tren delantero y el lunes lo tengo

¹ Por escrito, José Alberto Cardoza ha confirmado al autor que *René Cordón* en efecto era Mario Silva Jonama.

² Fernández, 1968, p. 17; Debray y Ramírez, 1975, pp. 276, 277; Macías, 1997, p. 114

que llevar al mecánico del aparato. Yo diría que mejor no lo usés todavía pues vos corrés mucho.” Sin embargo Turcios insistió y quedaron en ir a probarlo después de la comida (Cardoza, 1999).

La última actividad del comandante en ese día sábado fue una reunión en el poblado de Mixco (OAP/F, 98), situado en una zona relativamente cercana a la ciudad. En una posterior entrevista, *Tita* afirmó haber salido de su casa junto con Ivonne y *Herbert*, aproximadamente a las 9.30 de la noche. De regreso de la reunión en Mixco, Turcios conducía el auto a una velocidad aproximada de 90 kilómetros por hora. Sabedora de la manera precipitada de manejar del comandante, *Tita* le había advertido que aminorara la velocidad y éste le había respondido “No, compañera, la carretera es nuestra. No hay nada ni nadie; no hay ningún problema. Aquí no pasa ni mierda...” (Fernández, op. cit., p. 152). Súbitamente, al llegar al kilómetro 11 del camino, los pasajeros del auto oyeron un ruido, algo así como el estallido de una llanta. Haya sido este hecho, o porque el asfalto estaba roto, o por alguna falla en el auto, o por alguna distracción del mismo Turcios, el caso es que éste empezó a perder el control del vehículo, el cual empezó a zigzaguear hasta finalmente volcarse y estallar en llamas. El volcarse del auto, arrastrarse por el pavimento y producir chispas mezcladas con la gasolina que escapaba del carburador, pudo haber ocasionado el incendio.

Afortunadamente para *Tita*, uno de los vidrios de la parte de trasera del carro se desprendió y ella pudo salir del vehículo, lo que le evitó una muerte horrible pese a las quemaduras y golpes que sufrió. No corrió con igual fortuna su sobrina, puesto que estaba conciente pero había quedado atrapada en el automóvil. El ingeniero Eduardo Sosa Montalvo, miembro del comité central del PGT, quien vivía a escasos 100 o 200 metros del lugar del accidente, salió de su casa y llegó al lugar del accidente una hora después, cuando solamente quedaban los restos del auto incendiado. Pudo reconocer entre los curiosos a los albañiles de origen campesino que trabajaba para la empresa constructora Viviendas S.A., para la cual trabajaba también él mismo. Allí pudo escuchar el comentario de que Ivonne Flores había quedado mortalmente quemada de la cintura para abajo (Cardoza, loc. cit.).

Turcios había quedado atrapado también en el auto y yacía inconciente. María del Carmen Flores corrió a una casa cercana a hacer llamadas telefónicas y escuchó disparos. Provenían de la pistola de Turcios, la misma que le había regalado Fidel Castro en ocasión de su última visita a Cuba (PM/F, 3/98), la cual pudo haberse disparado sola en el contexto del incendio. Nuevamente *Tita* corrió con fortuna, pues fuese una casualidad o producto de sus llamadas, el responsable de

los servicios médicos de la guerrilla, pasó por el lugar y haciendo valer su condición de médico, la sacó del lugar cuando ya había algunas personas rodeándola e interrogándola (PM/F, 3/98; Fernández, op. cit., p. 154).

Mucho se ha especulado en relación a la muerte de Turcios. *Pedro Martínez*, uno de los coordinadores de los servicios médicos de las FAR recuerda cómo en ocasión de haber sido capturado, uno de sus torturadores le decía “ya nos volamos con bombas de fósforo a este cabrón de Turcios”, fanfarronada hecha con el objetivo de desarmarlo psicológicamente en el interrogatorio (PM/F, 3/98). Carlos Rafael Soto (*Vistahermosa*), parte de la estructura del CDR en 1966, sigue convencido de que el comandante fue víctima de un sabotaje (CRS/F, 3/98). Todavía en 1998, el autor ha recibido de Oscar Arturo Pérez, el otrora dirigente del FUEGO y de la JPT, una comunicación en la que le informa haber recibido en tiempo relativamente reciente, con rechazo y escepticismo, la versión de que el PGT podría haber estado implicado en la muerte del comandante revolucionario (OAP/F, 98).³ Las propias declaraciones de *Tita*: “De lo que sí estoy segura es de que se trató de un accidente y no de otra cosa”, interpretan en sentido contrario el trágico incidente.

La conclusión de Ricardo Ramírez en la biografía que sobre Turcios escribió, la convicción de *César Montes* a más de tres décadas del infausto acontecimiento y otros testimonios que el autor ha recogido hasta el momento, pueden llevar al llevar al analista a la misma conclusión.⁴ El propio contexto político en el que Turcios murió, hacen pensar que para la experimentada dirigencia del PGT, la muerte de aquel espigado muchacho de ojos claros y saltones, debe haber sido un rudo golpe. una pérdida irreparable, como los propios acontecimientos observados en los siguientes meses lo demostrarían. El mismo Carlos Rafael Soto, recuerda la visita de Alvarado Monzón a su casa en las primeras horas de la mañana del domingo 2 de octubre: “entró llorando a mi casa, me contó que Turcios había muerto” (CRS/F, 3/98). La visita de Alvarado Monzón debió haber sido corta, pues según recuerda Cardoza a las 7 de la mañana ya estaba reunida la comisión política del PGT en una sesión en la que se decidió que el sucesor de Turcios sería *César Montes* (Cardoza, 1999).

³ El rechazo de Oscar Arturo Pérez a dicha versión, radica en que él fue una de las personas que atendió a María del Carmen Flores en los días posteriores al accidente y le pudo escuchar que la tragedia había sido un accidente.

⁴ CM/F, 7/97 C/F, 11/98; PM/F, 3/98; Fernández, 1968, p. 16, 152. Es interesante recoger la opinión de Arnaldo Vázquez Rivera (*Figuché*), jefe de la guerrilla urbana en 1967: la muerte de Turcios se debió a un accidente automovilístico producto de alta velocidad y algún defecto mecánico (Sandoval, 1998, p. 146).

La designación de *César* como sucesor de Turcios implicaba desde el principio un acontecimiento que coadyuvaba a la crisis interna del movimiento revolucionario. El liderazgo del primero no tenía las dimensiones de aquel que emanaba del segundo. Por otra parte, para un sector de la guerrilla, el segundo al mando era *Rigoberto Molina*, quien después de la Conferencia Tricontinental y merced a los arreglos del propio Turcios había sido enviado a Viet Nam a realizar un curso de Estado Mayor. Así las cosas, de acuerdo al testimonio de Guillermo Paz Cárcamo, desde La Habana, Ricardo Ramírez, el dirigente de la *Resistencia Urbana* José María Ortiz Vides (*Chema Vides*) y quien había sido el secretario general de la Juventud Patriótica del Trabajo, Hernando *el Indio* Hernández (*Gabriel Salazar*), tenían expectativas en que *Rigoberto Molina* regresara de inmediato a Guatemala y asumiera el mando del *Frente Guerrillero Edgar Ibarra* en la Sierra de las Minas así como el mando general de las Fuerzas Armadas Rebeldes. “*César*, que se había dejado cooptar por la dirección del PGT y había entrado a la comisión política del PGT, en una exquisita maniobra política de los ‘viejos’ para ejercer el control o al menos no quedar fuera de la dirección, fue nombrado, a dedo, como jefe o comandante de las FAR, cuestión que aunque aceptada no era compartida por ninguna de las unidades militares y regionales, a quienes no le fue consultada dicha determinación” (GPC/F, 99).

La muerte de Turcios no solamente fue un infausto acontecimiento para la militancia revolucionaria y su periferia. El comandante murió en un momento en el que la guerrilla era vista con simpatía por amplios sectores de población en los cascos urbanos y áreas rurales. La aureola de audacia y espectacularidad que rodeaba a *los muchachos*, como coloquialmente eran llamados los combatientes, iluminaba en primer término a Luis Augusto Turcios Lima. Su sepelio fue por ello muy concurrido y un acontecimiento en la vida política nacional. Como consecuencia del contexto producido por la tregua declarada por las FAR, y las negociaciones que se habían efectuado con el candidato electo y luego su flamante gobierno, al sepelio concurren además de población urbana popular y de clases medias, buena parte de los militantes del PGT, JPT y de las Zonas de Resistencia. *César Montes* viajó desde la montaña a la capital para estar presente en la marcha fúnebre, e igual hicieron otros jefes y combatientes guerrilleros que aviados con armas largas y cortas rindieron tributo a su jefe.⁵ López García, recuerda cómo él mismo, *Efigenio* y *Camilo*, acompañaron el cortejo fúnebre en un automóvil, hasta que en un momento *Pizarrón*

⁵ Macías, op. cit., pp. 141-15; Fernández, pp. 156-157.

demandó cargar el féretro. Los tres guerrilleros, junto a alguien más, llevarían en sus hombros durante un tramo el ataúd que contenía los restos del más grande de los osados guerrilleros guatemaltecos de los años sesenta (CLG/F, 9/98).

La admiración y respeto hacia Turcios no se agotaba en los sectores antes mencionados, sino permeaba incluso las filas de las fuerzas armadas gubernamentales. En algunos oficiales se observaba una suerte de orgullo de carácter gremial con respecto a Yon Sosa, Trejo, Loarca y fundamentalmente Turcios. El comandante guerrillero había sido un destacado estudiante en la Escuela Politécnica (la academia militar) a la cual había ingresado en el segundo lustro de la década de los cincuenta como el cadete No. 1595. Su compañero de sueños revolucionarios, Luis Trejo Esquivel, había sido su compañero de generación con el No. 1597. Y ambos, habían sido condiscípulos de militares que después destacaron en la contrainsurgencia, como los generales Héctor Gramajo Morales (cadete No. 1606) y Pablo Nuila Hub (No. 1605). Todos ellos egresaron de la academia militar en 1957, en la promoción número 59 (Politécnica, 1973). El talento de Turcios, le mereció ser escogido entre el grupo de subtenientes que inmediatamente después se fue a hacer un curso especial de adiestramiento en Fort Benning, Georgia (Fernández, op. cit., p. 48).

El director de la Escuela Politécnica en el período en que Turcios y Trejo estudiaron allí, había sido ni más ni menos que el coronel Carlos Arana Osorio (Politécnica, 1973). Posteriormente Arana fue jefe de la base militar de Zacapa, en los años en que la guerrilla al mando de Turcios operó en dicha región. Por su destacado papel en la guerra sucia de los años sesenta, a pulso se había ganado el apodo de *el Chacal de Oriente*. Años después, en el contexto de la campaña presidencial que lo llevaría a la presidencia de la república, en alguna entrevista, Arana recordaría no sin orgullo, que uno de los retos en su carrera militar había sido enfrentarse a quien había sido uno de los buenos alumnos del plantel a su cargo (CCR/F, 4/98).

No es de extrañar por ello, que en el momento del sepelio, cuando el cortejo fúnebre pasó enfrente de la Escuela Politécnica, el féretro haya sido detenido frente a su puerta principal. La muchedumbre guardó un silencio conmovedor y lleno de tensión. La guardia que estaba colocada frente a la puerta principal del edificio observó cómo la multitud se detenía y el ataúd fue virado en dirección a la puerta principal del edificio, la cual fue cerrada. Solamente se quedó en ella una escolta dirigida por un oficial. En ese momento una voz anónima gritó emocionada “¡Soldados y oficiales!, aquí van los restos de uno de los vuestros que fue ejemplo de dignidad y patriotismo. ¡rendidle honores!” (Cardoza, 1999). Acto seguido, el oficial y los soldados en posición de firmes

presentaron armas, y le rindieron honores a quien de una manera nunca esperada por la academia militar, había sido uno de sus más brillantes egresados.

El cortejo fúnebre llegó a las 6 de la tarde al cementerio de la Villa de Guadalupe. Los guardianes no lo querían dejar entrar y los combatientes tuvieron que forzar la entrada. En las tiendas del cantón Victorias se compraron todas las velas que había, las cuales fueron encendidas en el momento culminante del sepelio. Fue Carlos Ordóñez, el poco después comandante *Camilo Sánchez*, quien pronunció la oración fúnebre. Entre la multitud se veía una manta con las siglas del FUEGO (ibid.,) y el propio *Camilo* volvió a ser *Chilano*, el dirigente estudiantil de educación media, y pronunció un vibrante discurso en el que enfatizó que la lucha armada seguiría con el ejemplo combativo del comandante Turcios Lima.⁶

Al dispersarse el duelo, la gran ofensiva militar prevista y temida por Turcios había comenzado.

2. Auge y Declive de la Primera Ola Insurgente.

El doloroso fracaso de Concuá implicó para la dirigencia y buena parte de la militancia del PGT un rudo golpe a sus convicciones en la justeza de una línea armada. En un clima subjetivo de vacilaciones, la resolución de mayo de 1961 sobre la lucha armada no fue aplicada, y el necesario desarrollo de la concepción de la vía violenta de la revolución quedó detenido (Alvarado, 1994, p. 71). Pero éste desaliento no era compartido por toda la militancia comunista.

Pocos días después de la crisis de los misiles de octubre de 1962, abruptamente fue finalizado el entrenamiento militar de la mayoría de los futuros combatientes guatemaltecos en Cuba y fueron enviados de regreso a Guatemala por diversas vías. “Cuando se dio la crisis, recuerda el comandante *Pablo Monsanto*, los cubanos llegaron a decirnos que quienes quisieran salir a Guatemala en ese momento deberían salir porque después iba a ser muy difícil” (PM/F, 3/99). Una parte de los combatientes encabezados por *César Montes*, planteó incorporarse a la defensa de Cuba y la respuesta de los funcionarios cubanos que los atendían fue que “la mejor defensa que pueden hacer de Cuba es irse ya a Guatemala a luchar”(CLG/F, 9/98). En efecto, no era otra la mayor voluntad de aquellos muchachos ni de la dirigencia cubana. Cuba ya vivía desde principios de 1962 una situación difícil, había sido expulsada de la OEA y casi todos los países latinoamericanos se habían plegado a los dictados de Washington y estaban rompiendo relaciones

⁶ Cardoza, 1999; Fernández, op. cit., p. 19, 156; CLG/F, 9/98.

con ella. Más de un analista ha expresado lo que Ruano ha dicho con franqueza: “Cuba necesitaba que en Latinoamérica surgieran movimientos revolucionarios, que eventualmente tomaran el poder y romper así el cerco.” (Ruano, 1997).

La crisis de los misiles entre el 22 y 27 de octubre de 1963 (Gilly, 1986, p. 13) debe haber confirmado a la dirigencia cubana la necesidad de abrirle diversos frentes al imperialismo estadounidense. *César Montes* evoca un hecho que es puesto en duda por Guillermo Paz Cárcamo (GPC/F, 99), otro de los jóvenes que se entrenaban en Cuba: “Cuando la cosa se puso perra en la crisis de octubre, fuimos a hacer una línea de cerca por allí por Cubanacán, y allí nos fue a visitar *el Che* y nos fue a preguntar acerca de nuestra disposición por regresar al país y nosotros le respondimos que ninguno de nosotros se quedaba en Cuba.” (CM/F, 7/97).

Independientemente de la veracidad del suceso, lo que parece ser cierto es que había una *razón de estado* en las urgencias cubanas. Paz Cárcamo recuerda a un inquieto general Giap en 1965, preguntando desde Viet Nam por qué Raúl Castro afirmaba que la revolución en Guatemala tenía escasas posibilidades de triunfo. La pregunta que Paz Cárcamo se hace 35 años después es ¿por qué entonces los cubanos no rompieron con la línea de estímulo a la conformación de guerrillas y no alentaron otros métodos de acceso al poder? La respuesta que nos da es interesante. El ejército rebelde en Cuba después de la derrota de la ofensiva del ejército batistiano, había consolidado sus posiciones iniciales y pasado a la ofensiva. A nivel internacional, procedería de la misma manera después de la victoria de playa Girón en abril de 1961. “Crear uno, dos, tres Viet Nam, fue la estrategia para asegurar la consolidación de la Revolución Cubana e indudablemente tuvo un éxito rotundo...sin embargo, para nosotros esa estrategia global cubana, implicó, que en el fondo, nuestra lucha fue por la revolución cubana y no tanto por la nuestra...” (GPC/00, 99).

Carlos López García (*Pizarrón*), recuerda que regresó a Guatemala viendo con suspicacia el apresuramiento de su retorno. Sentía que “había dos relojes y que nosotros no podíamos funcionar con el de Cuba pese a que estaba convencido de que había que respaldarla.”(CLG/F, 9/98).

a. Cultura Partidaria y Cultura Guerrillera.

Los servicios de inteligencia estaban alertados del regreso de los futuros guerrilleros por lo que *César Montes* y *Chema Vides* fueron capturados a principios de noviembre por el ejército en el aeropuerto en el momento en que estaban llegando al país. Torturados e interrogados entre otros por un agente de inteligencia de origen cubano, los dos jóvenes fueron liberados para momentos

después huir, puesto que iban a ser de nueva cuenta capturados. Otro incidente similar recuerda *Monsanto*: él y Rodolfo García fueron capturados en México en febrero de 1963 cuando regresaban de La Habana. Deportados hacia Guatemala, fueron apresados en el aeropuerto e interrogados. La presión de los estudiantes de la Escuela Normal, los cuales fueron avisados rápidamente del incidente, provocó que fueran liberados después de unas horas (CM/F, 7/97; PM/F, 3/99).

A fines de 1962, los jóvenes entrenados en Cuba estaban urgidos de entrar en acción. En la última semana de noviembre, en el contexto de un nuevo complot militar, Edmundo Guerra Taelheimer involucró a algunos miembros de la JPT (un militante a quien le nombraban *el Rata*, Rodolfo Payeras y *César Montes*) en una acción cuyo cometido era recuperar armamento. Guerra Taelheimer encabezaba un grupo de resistencia armada que tuvo corta vida, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En un día, uno de los grupos de acción encabezado por aquel adolescente menudo y con rostro de niño que era Julio César Macías Mayora, desarmó a la mayoría de los 17 policías que atracaron a dichos grupos. El contingente policiaco había sido sacado a las calles con armas largas, para reprimir cualquier desorden que surgiese con motivo de la rebelión. Fue el bautizo como combatientes de algunos de los cuales que posteriormente llegarían a ser guerrilleros destacados. Pero estos hechos habían ocurrido sin autorización de la comisión militar del PGT, la cual mandó a llamar a Macías para preguntarle a qué línea había correspondido la iniciativa de arrebatarle el armamento a los policías. *Cesar Montes* respondería que correspondía “a la línea de río revuelto ganancia de pescadores” (CM/F, 7/97).

La anécdota revela que ya existía un nuevo tipo de voluntad y una nueva *cultura política* en formación. Esta nueva cultura política se iría desarrollando con la conjunción de la voluntad revolucionaria de la juventud que provenía de la JPT y sus áreas de influencia, y la destreza militar de los militares rebeldes de noviembre de 1960 (ibid.). Caminando por una ruta distinta a la del PGT, algunos de éstos últimos habían arribado a Cuba en septiembre de 1962 (Yon Sosa, 1967) acompañados de Francisco Amado Granados, un mediano empresario nacionalista revolucionario que vivía en México desde los años cincuenta (PT/F, 11/98). La delegación de los militares del MR-13, integrada ni más ni menos que por Yon Sosa, Turcios y Trejo, habría llegado a Cuba a establecer un acuerdo acerca del momento en el cual se iba a iniciar la lucha guerrillera.

Todavía en aquel momento los militares rebeldes mantenían una actitud de distancia y prejuicios hacia los comunistas, de la cual existen diversos testimonios, por lo que le pidieron a Arbenz que no le informara al PGT ni de su estancia en la isla ni de sus planes. Puesto que Arbenz ya era un

miembro secreto del PGT, le informó a Fortuny al día siguiente de su entrevista con los militares rebeldes, y por ello podemos tener un testimonio de algunos de los cometidos de éstos últimos.⁷

Se trataba en primer lugar de elegir un teatro de operaciones y de contar con un líder connotado. Por ambas razones la delegación del MR-13 había buscado al ex presidente. Pese a las miradas por encima del hombro que de cuando en cuando recibía, Arbenz seguía siendo visto por algunos sectores en Guatemala como un posible conductor del movimiento revolucionario. Algunos de los estudiantes que se entrenaron en Cuba en 1962, le habían propuesto que los acompañase en la gesta para la cual se estaban preparando y habían recibido una respuesta decepcionante para sus ímpetus juveniles: el derrocado presidente con razón consideraba que si la inteligencia enemiga se enteraba que él estaba en Guatemala, sería un objetivo militar de primer orden, por lo que les proponía llegar a Guatemala cuando hubiese un territorio liberado. La depresión de Arbenz, expresada en su alcoholismo, terminó de desencantar a aquellos muchachos, algunos de los cuales, como *César Montes*, mantenían una actitud puritana frente a las bebidas alcohólicas (CLG/F, 9/98). Los militares del 13 de noviembre le hicieron a Arbenz la propuesta de encabezarlos, y éste les respondió con un afirmativo condicionado a un tiempo posterior, cuando la lucha prosperara y tuviera un porvenir cierto (Fortuny en Flores, 1994, p. 294).

Con respecto al futuro escenario de operaciones, Arbenz les respondió con la lógica militar que tenían en común (aun con Amado, quien había sido cadete en la Escuela Politécnica) (AG/F, 12/98). Tomando en cuenta solamente los factores económicos y geográficos, el mejor teatro de operaciones sería la Sierra de las Minas en el oriente del país; la proximidad de las vías de comunicación hacia el Océano Atlántico, de las cuales dependía la economía guatemalteca, convertía el control de toda esa zona en un factor de carácter estratégico. Si recordamos lo ya dicho en páginas anteriores, los militares rebeldes recibían una respuesta que coincidía con sus propias apreciaciones y con el escenario de sus breves operaciones militares en los primeros meses de aquel año.

Congruente con la lógica del *foquismo*, el teatro de las operaciones guerrilleras fue escogido atendiendo esencialmente consideraciones geográficas y militares. “Uno de los criterios que más nos deslumbraron para instalarnos en la zona que escogimos fue la situación topográfica, no la situación social ni de explotación” recuerda *César Montes* cuando evoca las exploraciones que se

⁷ Fortuny en Flores, 1994, pp. 292-294; López García, 1990, p. 37; Ruano, 1997; Macías, 1997, p. 26; Ordóñez, 1997; Paz Fejada, s.f., IR/E, 10/98.

hicieron para instalar el frente guerrillero que después sería conocido como *Edgar Ibarra* (CM/F, 7/97; Macías, 1996, pp 42-44). Varios hechos nos indican que las anteriores afirmaciones deben matizarse. La selección del frente guerrillero que encabezaría Marco Antonio Yon Sosa estuvo íntimamente relacionada con el conocimiento que éste último tenía de su lugar de origen, la zona de Quiriguá. Hijo de un comerciante chino y de una mujer zacapaneca de extracción campesina,⁸ Yon Sosa era además conocido en la región. Su participación en la rebelión de noviembre de 1960 y luego sus incursiones como militar rebelde en Izabal y Zacapa en 1961 y 1962, lo convirtieron en un héroe para el campesinado de la región. Bondadoso, justo, honesto, modesto y sin ambiciones personales de poder, el *Chino* fácilmente se convirtió en un caudillo en Quiriguá.

Como autocríticamente lo recuerda Adolfo Gilly más de tres décadas después, fueron éstos hechos, más que la justeza programática de la revolución socialista que los trotskistas del *Buró Latinoamericano* le propusieron al MR-13 (AG/F, 12/98), lo que hizo que éste último pronto adquiriera un arraigo local que elevaba a su guerrilla por encima de un intento animado por el *foquismo*. Como casi siempre sucede con un caudillo campesino, la leyenda empezó a iluminar a aquel hombre de cuya *bonhomía* existen numerosos testimonios.⁹ Si el ejército gubernamental le estaba pisando los talones, Yon Sosa se podía convertir en un rácimo de plátanos (la presencia de la United Fruit Co. en la cosmovisión campesina local es obvia en este mito), en un perro, o bien esconderse en el vientre de un caimán. El arraigo campesino local de la guerrilla del MR-13, basado en adhesiones que estaban lejos de estar sustentadas en convicciones doctrinarias, impregnó a ésta en su propio funcionamiento: los tres principios operativos del planteamiento guevariano (movilidad, vigilancia y desconfianza constante) eran vistos con gran flexibilidad. Los campesinos de la zona de Quiriguá eran “los ojos y oídos de la guerrilla” solía decir Yon Sosa.¹⁰

Más que constituir destacamentos producto de una rigurosa selección, era la adhesión en bloque de las aldeas circunvecinas lo que le daba fuerza a la guerrilla del MR-13. En declaraciones dadas a unos periodistas, Yon Sosa expresó la concepción que nacía de su práctica: la lucha para transformar a la sociedad guatemalteca no era una lucha militar sino social, para defender al país

⁸ CLG/F, 9/98; Ordóñez, 1997, p. 9. La novela de Marco Antonio Ordóñez Madrid, *El Rebelde Olvidado*, Editorial Oscar de León Palacios, Guatemala 1997, debe leerla con cuidado el analista o historiador. Escrita con gran cariño hacia Yon Sosa mezcla fantasía y realidad, legítima licencia en una novela.

⁹ Debray y Ramírez, 1975, p. 302-304; Gilly, 1995 pp. 25-28; Macías, 1997, pp. 29-33; CLG/F, 9/98.

¹⁰ Galeano, 1967, p.13, 21; Gilly, 1986, pp. 77, 78; Macías, 1997, p. 162; López García, 1990, p. 55; CLG/F, 9/98

bastaban las milicias obreras y campesinas, la lucha del MR-13 no era una lucha de guerrillas sino la de todo el pueblo contra el régimen social existente (RS No. 4, 10/64, p. 11). A fines de 1963, cuando *Chema Vides* y *Pizarrón* se incorporaron a la guerrilla de Yon Sosa, había un contingente que López García estima de 60 combatientes regulares, además de una periferia de aldeas minúsculas de población de campesinos pobres y medianos, predominantemente ladina, entre los cuales se podía contar con unos 300 eventuales combatientes irregulares. Yon Sosa creía que los destacamentos eran solamente la avanzada de las milicias: “el *Chino* decía que la guerrilla era el pueblo” (CLG/F; 9/98).

Por todo ello sus operaciones eran esporádicas y principalmente de carácter defensivo, y la guerrilla era más bien un centro de agitación y propaganda, ante el desconcierto de Ibarra, Payeras, Ordóñez y Francisco José Macías, los jóvenes comunistas que habían sido asignados a ese frente.¹¹ Tal desconcierto producto de sus aprendizajes en Cuba, pudieron haber sido posteriormente los puntos de convergencia entre Yon Sosa y los trotskistas del *Buro Latinoamericano*, los cuales ideológicamente eran reacios a pensar revoluciones producto de aparatos, militarismos unilaterales o vanguardias desvinculadas de una acción de masas.

La fundación del frente guerrillero encabezado por Yon Sosa en enero de 1963 (Yon Sosa, 1967), no era más que la ejecución de uno de los ~~acuerdos que siguieron a la fundación de las~~ Fuerzas Armadas Rebeldes en diciembre de 1962. En un paulatino proceso de radicalización política, que había comenzado con la ayuda solidaria que habían recibido de campesinos en su huida a Honduras y El Salvador después del fracaso de noviembre de 1960, los ex militares habían regresado de su viaje a Cuba convencidos de la necesidad de una revolución.¹² Eso hizo posible que tres organizaciones confluyeran en la fundación de las FAR. Por el PGT asistieron Bernardo Alvarado Monzón, Mario Silva Jonama, Carlos René Valle, Ricardo Ramírez y Joaquín Noval; por el MR-13 además del teniente Marco Antonio Yon Sosa, el teniente coronel Augusto Vicente Loarca, los subtenientes Luis Turcios Lima y Luis Trejo Esquivel. Finalmente, por un movimiento estudiantil que parecía recordar al *Directorio Revolucionario* de Cuba -el Movimiento 12 de Abril- estuvieron Roberto Lobo Dubón, Horacio Flores y otros dos estudiantes cuyos nombres permanecen hasta hoy en discreción (CM/F, 7/97; EPP/F, 4/00).

¹¹ Debray y Ramírez, 1975, p. 302-304; Macías, 1997, pp. 27-28, 33.

¹² Gilly, 1986, p. 64; Yon Sosa, 1967

En su testimonio, López García afirma que la idea original que en Cuba tenían los jóvenes estudiantes en entrenamiento militar, era el establecimiento de una zona de operaciones en El Quiché y Alta Verapaz (CLG/F, 9/98). César Montes en un texto escrito con motivo de la muerte de Turcios (Montes en Fernández, 1967, p. 174) afirma que inicialmente se había pensado en construir los frentes guerrilleros en el occidente del país y no en el oriente como después se hizo. Independientemente de la exactitud histórica de lo afirmado por López García, el hecho es que en los primeros meses de 1963, Chema Vides, Carlos López García y Jorge García Monterroso¹³ se encontraban en El Quiché y en San Cristóbal Verapaz, fungiendo como maestros de secundaria y aprovechando esas circunstancias, para hacer trabajo político en función de la creación de una guerrilla en esa zona. La población ladina en San Cristóbal Verapaz, creyó que aquellos muchachos estaban organizando al movimiento arevalista, en vista de las elecciones presidenciales que se celebrarían aquel año. Espontáneamente se empezaron a escuchar de manera recurrente en las calles el grito de “¡viva Arévalo!”. Juan José Arévalo estaba en vísperas de regresar a Guatemala y buscaría contender por la presidencia de la república. Era innegable la popularidad de la candidatura del ex presidente, como también el temor y furia que provocaba en el anticomunismo. El ejército en la región empezó a detectar síntomas primarios de agitación y obró en consecuencia. Así, los tres jóvenes revolucionarios tuvieron que salir apresuradamente de los lugares en que residían y se refugiaron en la capital (CLG/F, 9/98).

Además del frente de Yon Sosa, uno más encabezado por Turcios, empezaría a operar en una zona propuesta por Joaquín Noval, la región fronteriza con México, en las faldas del volcán Tacaná (CM/F, 7/97; GPC/F, 00; Macías, op. cit., p. 37). Noval era originario de esa zona, desde los años cincuenta había trabajado con Castillo Flores en el aparato de frontera del PGT, por lo que era plausible la propuesta. Sin embargo, pese a que había trabajo de partido en la zona, los habitantes de la localidad se mostraron reacios y cerrados ante la eventualidad de que individuos ajenos a la región llegaran a dirigirlos. En ese contexto, la zona ofrecía más peligros que posibilidades y Turcios mandó a César a hacer exploraciones a Zacapa, específicamente en los municipios de Estanzuela, Zacapa y Río Hondo, en la ladera suroriental de la Sierra de las Minas (CM/F, 7/97). Además de la guerrilla encabezada directamente por Yon Sosa, en el sur de la Sierra de las Minas en un cerro llamado La Granadilla, se estableció Luis Trejo acompañado de Guillermo

¹³ García Monterroso también había formado parte del contingente que se entrenó en Cuba. Se retiró de la lucha revolucionaria en 1966 después de haber salido con vida de la captura que fue objeto por el ejército

el Patojo Paz Cárcamo, *Moralitos* (PGT) y Francisco *Pico* Vázquez (M-12 de Abril), con un contingente que en determinado momento llegó a alcanzar entre 40 y 50 hombres, militantes comunistas y ex militares. Uno de los factores determinantes en la elección de éste lugar eran las relaciones que Trejo todavía mantenía con los militares de la base de Zacapa en donde había dirigido la rebelión de 1960 (Macías, 1997, pp. 35-37).¹⁴ Al norte de la sierra, Yon Sosa encargó al subteniente Rodolfo Chacón, *Chaconcito*, con aproximadamente 30 combatientes entre los cuales había campesinos, obreros portuarios y ex-militares (Debray y Ramírez, op. cit, p.264; CM/F, 7/97).

Como después lo reconocería *Pablo Monsanto* (Harnecker/Monsanto, 1984, p. 241), los focos guerrilleros pudieron empezar a contar con una red de colaboradores, simpatizantes y eventualmente hacer reclutamientos, puesto que existía un sedimento político en las zonas elegidas para operar: "...la base de apoyo que se logró formar en la región de Zacapa fue posible gracias al trabajo del PGT de años atrás. En esa zona, en Zacapa, en Izabal, donde existían los sindicatos bananeros, había trabajo político previo del Partido. La guerrilla no habría podido formar, por sí sola, esa base social de apoyo. A eso se debe que la organización que más se desarrolló fue la de Río Hondo. Su desarrollo se debió al trabajo político de los cuadros del Partido y a la presencia de la guerrilla en la zona, que con su acción estimulaba a las masas". Hay en esta evaluación de *Monsanto* una crítica certera a la concepción que había inspirado la revolución cubana: sea porque el PGT tenía población organizada en los lugares escogidos, sea porque había población que había simpatizado con los fines agrarios de la revolución en la época de Arbenz, el *foquismo* tenía entonces alguna viabilidad por un factor que en lo esencial sus presupuestos teóricos tendían a ignorar. Esto es válido incluso para la guerrilla encabezada por Yon Sosa, la cual contó con el valiosísimo apoyo de Estanislao de León (*Tanito*), ex-dirigente sindical en Puerto Barrios y militante del PGT, por desgracia muerto prematuramente en alguno de los combates que sostuvo el MR-13 (Yon Sosa, 1967; Macías, op. cit., p. 27-28).

El primer año de la guerrilla revolucionaria presenció fracasos dolorosos. Habiendo operado entre marzo y septiembre de 1963, la guerrilla comandada por Chacón tuvo un descuido en la

gubernamental (CLG/F, 9/98)

¹⁴ El recuerdo que tiene López García es que en la elección del escenario operativo de la guerrilla influyeron mucho las redes de relaciones que los militares habían hecho en la época en que servían en el ejército gubernamental (CLG/F, 9/98). El recuerdo del *patojo* Paz Cárcamo va mucho más allá: en el fondo no se pensaba desarrollar una guerrilla de largo plazo sino estimular una rebelión militar que derrocará al gobierno y digorista (GPC/F, 00)

vigilancia que permitió que el ejército gubernamental la cercara y aniquilara, matando a 22 de sus integrantes entre ellos al propio Chacón. La guerrilla encabezada por Luis Trejo (alrededor de 40 hombres), se vio engarzada en un conflicto político ideológico y de liderazgo, entre Buena parte de los ex militares encabezados por el después traidor y agente represivo teniente Bernal Hernández, y los jóvenes comunistas entre los cuales se encontraban el *Putojo Paz*, *Moralitos*, *Paco* y un muchacho conocedor del lugar y de la gente, Rodolfo Galdámez Cabrera (el *Curita*), que seguían a Trejo. Si bien Trejo estaba ya adquiriendo una concepción francamente revolucionaria, Bernal Hernández “era un visceral anticomunista” según lo recuerda Paz Cárcamo. Muy probablemente su ideario rebelde se constreñía a la rebelión militar y al derrocamiento del gobierno ydigorista. Hernández no se resignaba a ser el segundo al mando, le solicitó a Trejo el “licenciamiento” de los jóvenes comunistas y finalmente designó a uno de los tres contingentes en que se dividió la guerrilla (aquel que encabezaba Trejo) como el de “los comunistas”, autodenominando el que él mismo encabezaba como “Quetzal”. Las pugnas ideológicas y de liderazgo, terminaron por paralizar a la guerrilla (GPC/F, 00).

Al ser bombardeado, el 19 de abril de 1963, el campamento en donde se encontraban la guerrilla, ésta se dispersó y sus integrantes se refugiaron en la ciudad o en sus lugares de origen, rompiendo desde ese momento con el movimiento insurgente algunos de sus integrantes, entre ellos Hernández.¹⁵ El mismo Bernal Hernández comunicó a sus colegas militares que seguían en la guerrilla, su decisión de abandonar el movimiento y reincorporarse al ejército. “Para nosotros, el camino tomado por Bernal era lógico y no hubo asombro...Donde si hubo chasco, aunque cabía dentro de lo posible, fue en su posterior papel de esbirro” (GPC/F,00).

Sin embargo, también en ese año sucedió un hecho que a la larga tendría consecuencias teóricas y prácticas de gran envergadura. Un indígena achí, de nombre Emilio Román López (después conocido como *Pascual Ixtapá*) decidió hacer lucha guerrillera. Sabedor por las noticias de las actividades del MR-13, organizó a un grupo de indígenas de su etnia y comenzó a realizar actividades por su cuenta a nombre del MR-13. En el contexto de la rebelión de marzo y abril, viajó a la ciudad de Guatemala para hacer contacto con la incipiente guerrilla. Turcios reaccionó rápidamente y envió a *César* hacia la zona de Rabinal, departamento de Baja Verapaz para que incorporara a esos indígenas al esfuerzo de las FAR. Emilio Román López no era un indígena más entre su etnia, tenía varios atributos que lo convertían en un líder natural de su comunidad: había

¹⁵ Debray y Ramírez, 1975, p.265; Alvarado, 1994, p. 51; Macías, 1997, pp- 28-29, 35-36

sido pastor evangélico, dirigente local del PR y contratista de trabajadores agrícolas temporales. Habiendo hecho lucha electoral, él y su grupo habían ganado las elecciones municipales en Rabinal pero un fraude les había despojado del triunfo. Su vocación revolucionaria había nacido desde la época de Arbenz, cuando tuvo cercanía con un líder agrarista local, Tomás Tecú Chiquito, al cual después de la contrarrevolución había visto ser perseguido y morir en la miseria. *Pascual* creó los vínculos para organizar a un grupo de combatientes achís, entre los cuales se encontraba Fidel Raxcacoj Xitumul (*Socorro Sical*), los cuales fueron una parte esencial en la guerrilla que en octubre de 1963 penetró a la Sierra de las Minas por su lado nororiental, en las orillas del lago de Izabal.¹⁶

El hecho era inédito en la naciente guerrilla guatemalteca puesto que en la encabezada por Yon Sosa, entre sus aproximadamente 60 combatientes y su periferia irregular de aproximadamente 300 campesinos, solamente había tres indígenas, los *Fumiques* y un combatiente al que apodaban *el compañere guerrillere* (CLG/F. 9/98). Este último mote era una broma racista ladina, que aludía al idioma español hablado con acento indígena y que evidenciaba a la presencia étnica en la guerrilla como un verdadero acontecimiento.

Independientemente del aporte práctico, la incorporación de los rabinaleños a la guerrilla dio un ejemplo concreto de que la ~~lucha revolucionaria guatemalteca tendría que hacerse con los indígenas o no se podría hacer~~. En una reunión en noviembre de 1964 con campesinos en la Sierra de las Minas,¹⁷ Turcios evidencia el impacto ideológico de la incorporación de los achís a la guerrilla. Así, se pronuncia en su discurso por incrementar el trabajo político entre las masas indígenas mientras *Pascual* propone que se edite un periódico en idioma maya para que se vea que los indígenas “son los mismos que los que están peleando en la montaña”. Finalmente *Socorro* expresa que para la burguesía y para los ministros “nosotros, los indios, no valemos nada”, que por eso hay que luchar por una revolución socialista (RS No. 5, 11/64). En términos similares al de su discurso en noviembre de 1964, se habría de expresar Turcios en una entrevista concedida a una revista cubana con motivo de su estancia en la isla en enero de 1965: “El indio guatemalteco tiene una tradición de lucha que se remonta en la historia a la época de la colonización, sobre todo en la parte norte del país donde nunca pudieron entrar los españoles cuando la conquista...” (Fernández, op. cit., p.140-141) En el transcurso de una entrevista con el después famoso escritor Eduardo

¹⁶ Fernández, 1967, pp-41-42; Macías, 1997, pp. 39-41, 57-58

Galeano, entre abril y mayo de 1967, *César Montes* repetiría la afirmación con respecto al papel cardinal del indígena en la revolución guatemalteca: “No es un secreto para nadie que el problema campesino en nuestro país se decidirá con la integración de los indígenas, a través de la lucha, a la vida nacional” (Galeano, 1967, p. 27). Esta será una de las grandes síntesis de las cuales partirá el germen organizativo de lo que después sería el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP).

Los contactos de *Montes* con los rabinaleños lo llevaron a internarse en el oriente de Baja Verapaz, en Salamá donde *Panchito*, un militante del PGT, lo contactó con un campesino que lo adentró aun más en la ladera nororiental de la Sierra de las Minas en el municipio de Panzós, Alta Verapaz, en la zona aledaña al río Polochic. Era una región poblada por miles de campesinos pobres de la etnia K'eqchi', los cuales vivían la brutal realidad de la miseria, el alcoholismo, la compra y venta de mujeres y la poligamia (Macías, 1997, pp. 39-41). El plan guerrillero, que después fue realizado, fue entrar por esa zona y adentrarse en la Sierra de las Minas para empezar a operar en la ladera oriental de dicha sierra, en la zona de Zacapa. Se constituirían así dos frentes, el encabezado por Yon Sosa que operaría en la zona nororiental de la sierra y que después de llamarse *Alaric Bennett*, en memoria del líder sindical cuya dramática muerte hemos consignado en un capítulo anterior, finalmente adoptó el nombre de *Alejandro de León* para recordar a quien había sido el dirigente más influyente de los militares rebeldes. En la parte occidental y central de la sierra operaría el contingente guerrillero que en octubre de 1963 adoptaría el nombre de *Edgar Ibarra* (Debray y Ramírez, 1975, pp. 267-268). El 21 de octubre de 1963, en el contexto de una acción de propaganda armada, en compañía de Carlos Ordóñez (*Camilo Sánchez*), Edgar Ibarra, subió a un autobús extraurbano en la zona nororiental del país. Por casualidad, a bordo iba un comisionado militar con un negro historial represivo, quien no había querido bajar de dicho autobús temiendo ser reconocido. Lo que siguió fue una refriega en la que el comisionado mató a Edgar Ibarra, para luego ser liquidado por Ordóñez (Ruano, 1997: OAP/F, 98; CLG/F, 9/98).

No era éste el único acontecimiento aciago que rodeaba al nacimiento del frente guerrillero que después llevaría el nombre de Edgar Ibarra. En agosto de 1963 el aguerrido y sanguinario comandante de la policía judicial, Rudy Solares Caravantes, detectó casualmente a Turcios y a un acompañante en una de las calles de la ciudad de Guatemala. Se inició una espectacular persecución en automóviles que continuó a pie, cuando el carro del comandante guerrillero se

¹⁷ Muy probablemente esta reunión se hizo en el contexto preparatorio de la conferencia guerrillera en el campamento de las Orquídeas del MR-13 de la cual hablaremos páginas adelante.

descompuso y los dos combatientes tuvieron que meterse en el mercado de la terminal de autobuses. Turcios resultó herido en una mano y su acompañante en un brazo, como también lo resultó el propio Solares Caravantes. Si los perseguidos pudieron escapar fue porque el primero dio vivas al MR-13 y la gente les abrió paso, pero la herida implicó para el comandante guerrillero un encierro de dos meses.¹⁸

En el contexto de una redada que afectó a algunas casas de seguridad -entre ellas aquella en la que se encontraba viviendo Yon Sosa- y el arresto de varios militantes, una casa en donde se reunía la comisión militar del PGT, fue detectada por la policía judicial, rodeada y arrestados sus ocupantes, los esposos Jorge y Julieta Ampié además de la compañera de vida de Ricardo Ramírez, Aura Marina Arriola. Lo grave del asunto era que en la casa se encontraban unos archivos de la comisión militar con mapas, una lista de unos 60 posibles combatientes y colaboradores con nombres y origen social, datos que evidenciaban los planes de instalación del frente que dirigiría Turcios.¹⁹ Monsanto recuerda el incidente que lo afectó personalmente: “Había regresado a la ciudad de la Sierra de las Minas, en donde habíamos estado haciendo unas exploraciones, cuando llegó a buscarme César Montes, y me dijo que había caído una casa de seguridad y que había caído mi ficha. ‘Mirá donde te metés’ me dijo. Era la casa en donde vivían Rolando (Ricardo Ramírez) y Aura Marina. Estaban las fichas de todos los campesinos y los lugares de donde eran. Como consecuencia de eso el ejército destruyó aldeas en la Sierra de las Minas, asesinó a gente. Es el caso de La Calera para poner un ejemplo” (PM/F, 3/99).

En versión de César Montes, pese a las órdenes de Turcios, Ricardo Ramírez no había destruido dicha información la cual cayó en manos de la inteligencia gubernamental (Macías, op. cit., p.44).

Además de la gravedad del asunto en sí mismo -que revelaba según los recuerdos de Aura Marina Arriola una infiltración de alto nivel- el incidente no favorecía las buenas relaciones entre algunos integrantes de la comisión militar del PGT. A esta comisión habían pertenecido simultáneamente o en diferentes momentos Mario Silva Jonama, Carlos René Valle, Joaquín Noval, Francisco Hernández Álvarez y después de su regreso de Europa, Ricardo Ramírez.²⁰ Después de algún tiempo, la comisión política había acordado relevar de la responsabilidad de la comisión a Silva Jonama para que este atendiera otras tareas y la misma recayó en Hernández Álvarez, quien no cumplió sus funciones con la eficiencia debida. Carlos René Valle había sido

¹⁸ Fernández, 1968, p.24; Montes en Fernández, op. cit., pp. 178-180.

¹⁹ Debray y Ramírez op.cit., p. 267; C/F, 12/98; CM/F, 10/97; C/F, 12/98; AMA.F, 1/99

cuestionado por Ramírez en el momento en que fungió como responsable de dicha comisión, porque a su juicio Valle no tenía la disposición de irse a la montaña (C/F, 12/98). En algún momento de 1963, la responsabilidad de dicha comisión era compartida por Joaquín Noval y Ricardo Ramírez, los cuales empezaron a tener fricciones y a ver deteriorada su estrecha amistad, por divergencias con respecto a la manera de conducir el trabajo militar del partido. Aura Marina Arriola recuerda una discusión entre ambos en una habitación contigua, la cual llegó a tener un punto tan agrio que escuchó como ambos sacaban sus armas y “cortaron cartucho” (AMA/F, 1/99). Eran los primeros síntomas de la tormenta política e ideológica que se desataría en 1967.

En ese contexto, desde el 28 de septiembre de 1963, *César Montes* acompañado de dos lancheros y un viejo trabajador del chicle, a través del río Polochic había llegado al lago de Izabal y exploraba la zona alrededor de un lugar llamado Caxlampon a efecto de hacer trillos, llevar alimentos y armas para proceder a instalar la guerrilla que después llevaría el nombre de Edgar Ibarra.²¹ También en septiembre de 1963, Turcios y *Rigoberto Molina* buscaron al joven Jorge Soto García y le asignaron la tarea de trasladarse al puerto fluvial de Panzós para empezar a meter armamento a la zona en la cual se iniciaría la actividad guerrillera. En dichos menesteres, el futuro comandante *Pablo Monsanto* se apoyaría en los dueños del principal almacén del lugar, los comerciantes de origen chino Teófilo, Manuel y *Chito* León, así como en un lanchero, Alberto Piano, el cual al parecer tenía una vocación conspirativa: era veterano *liberacionista*... (PM/F, 3/99).²²

El 24 de octubre el grupo guerrillero compuesto de 21 combatientes, armados con fusiles mexicanos de cerrojo y dos subametralladoras Thompson y Schmeisser, se estaba ya adentrando por la selva rumbo a la Sierra de las Minas. La ocupación de la casa con los archivos había precipitado los planes por lo que después de *César*, habían arribado al lugar en un segundo viaje un grupo de achís encabezados por Emilio Román López y Fidel Raxcacoj Xitumul; en un tercer viaje habían llegado otro grupo de combatientes entre los cuales habían campesinos y obreros agrícolas de la costa como Vicente de la Rosa (*Lupe*) y *Emilio*. En un cuarto viaje llegaron *Mano e tigre*, *Efigenio*, *Rigoberto Molina*. En un último viaje arribaron el comandante Turcios Lima y su temperamental hermano José Austreberto (*Beto*). Para sus planes a futuro, la guerrilla tenía en

²⁰ C/F, 12/98; AMA/F, 1/99; Macías op. cit., p. 37.

²¹ *Montes* en Fernández op. cit., p. 182; Macías op. cit., p. 57-58.

mente a *Rigoberto Molina*, el sobreviviente de Concuá, un mestizo descendiente de polaco y kekchi' quien tendería el puente entre los ladinos y achís de la guerrilla y los kekchi's de la zona de Panzós.²³

Finalmente arribaron Ricardo Ramírez y ese muchacho que frisaba los 17 años, a quien el esfuerzo en las caminatas de la guerrilla le encendía el color de la tez, razón por la cual lo apodaban *Manzana*, Jorge Soto García. Este recuerda: “Cuando solamente faltábamos de entrar *Rolando* (Ricardo Ramírez) y yo, Turcios me mandó una nota en la que decía que yo me tenía que quedar en Panzós como encargado de la logística. Le respondí que si no me metía a la guerrilla, yo me iba” (PM/F, 3/99).

Este contingente guerrillero viviría también las tremendas consecuencias del enfrentamiento de sus concepciones teóricas con la cruda realidad. Pese a las exploraciones y contactos que había hecho *César Montes*, la zona inicial de movilización era un territorio poco poblado y en el que virtualmente no se había hecho ningún trabajo político previo, por lo que la externidad de la guerrilla era su obstáculo inicial. Se presencié entonces la expedición a la soledad que experimentarían no pocas guerrillas en América Latina; explorando la sierra el contingente se extravió durante siete días en los cuales deambuló en una zona en la que el tipo de suelo no permitía acequias o riachuelos. Con Turcios como comandante, ~~*César*~~ dirigiendo la vanguardia y *Rigoberto Molina* en la retaguardia, los combatientes de la guerrilla empezaron a sufrir de cansancio, hongos en los pies y alucinaciones. Exhaustos por el hambre y la sed, estaban al borde del colapso cuando encontraron un riachuelo y se salvaron. Durante tres meses de nomadismo, vivieron cerca de una aldea sin que sus pobladores los percibieran, hasta que un viejo revolucionario campesino los contactó y le llevó comida.²⁴

Ricardo Ramírez se incorporó de último al contingente guerrillero, puesto que había pedido a la comisión militar del PGT hacerlo después del nacimiento de su hijo. En el seno de la misma, probablemente con un espíritu retaliativo, Carlos René Valle pedía congruencia a Ramírez e insistía en su traslado al frente guerrillero (C/F, 12/98). Haya sido debido a éstas presiones, a la necesidad

²³ Independientemente de sus propias motivaciones, uno de los hermanos León, Manuel, estaba casado con la hermana del después famoso guerrillero Mario Lemus (*Efigenio*). *Chito* León fue asesinado después por el ejército (PM/F, 3/99).

²⁴ El verdadero apellido de *Rigoberto Molina* era Stolinski (Ruano, 1997; Macías, op.cit., pp. 49, 57-58 PM/F, 3/99).

política de su presencia en el frente o a la situación de inseguridad que privaba en la ciudad por la captura de la casa ya mencionada, el hecho es que *Orlando Fernández* (tal era el seudónimo de Ramírez) no estuvo ya en el nacimiento de su hijo Ricardo. Dos días antes de que ocurriera, el 27 de noviembre de 1963 (AMA/F, 1/99), viajó para incorporarse a la guerrilla y hacer prácticas las concepciones que había venido madurando desde años atrás.

Aura Marina Arriola recuerda a aquel hombre joven, mestizo de tez clara y facciones indígenas. Joaquín Noval los había presentado en el momento en que Ramírez había regresado de Cuba (el lugar de deportación después de su arresto en México), tras un largo periplo que incluyó a Checoslovaquia: “Ricardo era un hombre alto, de mucho mundo, mujeriego, con muchas lecturas, con un nivel teórico que fue en todo caso mucho más elevado que el que tuvo años después. Siempre fue un hombre brillante, carismático y con una gran capacidad de mimetismo lo que le facilitaba la relación incluso con gente de otras posiciones ideológicas”. Además de su amistad con *el Che*, Ramírez contaba en su experiencia de vida el encarcelamiento en Argentina, cuando el presidente Perón arrestó a los comunistas guatemaltecos asilados en dicho país. A ello agregaba su convivencia en la cárcel con el joven Raúl Castro Ruz, a principios de los años cincuenta. Junto a un delegado soviético, los tres habían sido arrestados en La Habana en el momento en que emprendían un viaje para asistir a un evento de la Federación Mundial de la Juventud Democrática (FMJD) (AMA/F, 1/99).

El papel de Ricardo Ramírez en el FGEI sería decisivo. Su experiencia militante, formación ideológica y talento natural, lo convirtieron en el ideólogo de dicho contingente en cuyo seno cumplió a cabalidad su función de comisario político. Aun cuando, al decir de *César Montes*, su desempeño militar no fue excepcional (Macías, op. cit., pp. 64-68), por las razones apuntadas su autoridad política y moral resultó ser notable.

En 1964 la guerrilla encabezada por Turcios empezó a tener sus primeros éxitos. El 30 de junio tomaron el poblado de Río Hondo después de atacar la guarnición de policía, ocasionarle bajas y confiscarle armamento. Inicialmente Turcios pensaba en volar la hidroeléctrica que suministraba la energía a toda la zona pero desistió de hacerlo al pensar en las consecuencias para la población. Este hecho se difundió entre los habitantes y generó simpatía hacia la guerrilla. La toma de Río Hondo, a través de la cual se dio a conocer públicamente al FGEI, se vio sucedida de actos de propaganda armada en aldeas y fincas de la región de Zacapa y Alta Verapaz entre el 16 y el 18 de

²⁴ Macías, op. cit., pp. 58-61; *Montes* en *Fernández*, op. cit., p. 181.

octubre hasta que después de una caminata por la sierra hasta llegar a Calaxpom, la guerrilla se encaminó hacia un lugar conocido por las razones antes apuntadas, el puerto fluvial de Panzós, el cual tomó durante varias horas, después de atacar el cuartel del lugar y ocasionarle bajas al ejército.²⁵ Se reunió a la población y se dieron sendos discursos en los cuales el papel de *Rigoberto Molina* fue esencial al dirigirse hacia los campesinos keqchi's en su idioma.

La jornada era alentadora para la guerrilla pues la población keqchi' había mostrado gran receptividad al mensaje guerrillero. Después de la toma de Panzós, la guerrilla dividió su contingente pues el FGEL había decidido hacer una entrevista con el frente Alejandro de León del MR-13 a efecto de tratar la cuestión de la presencia trotskista en sus filas. Acompañado de *Pascual Ixtapá*, *Socorro Sical*, y *Efigenio*, Turcios se dirigió hacia el campamento guerrillero de *Las Orquideas* en la parte de Izabal de Sierra de las Minas. La toma de Panzós había desencadenado la ofensiva del ejército gubernamental por lo que Turcios en una maniobra diversionista se dejó ver en poblados y caseríos ubicados en su ruta a efecto de proteger al grueso de la guerrilla que había quedado al mando de *Rigoberto Molina*.²⁶

Pero la guerrilla encabezada por *Molina* fue alcanzada y sorprendida el 19 de octubre por el ejército en un lugar llamado El Hormiguero. El encuentro significó un descalabro notable para los insurgentes debido a la sorpresa y a que la conducción de *Molina* no fue la mejor. El contingente se vio dispersado, habiendo muerto un combatiente (Vicente de la Rosa).²⁷ El balance después de un año, pese a los éxitos era ambivalente: la guerrilla había huído en desbandada y podido juntarse de nuevo en 5 de los 21 combatientes; el contingente ya conocía bien la sierra y tenía contactos con la población, pero ésta no se incorporaba en masa a la lucha guerrillera: solamente se habían logrado dos reclutamientos de los cuales según *Monsanto*, uno había desertado y el otro muerto (Monsanto/Harnecker, 1984, p. 241). Los efectos negativos del ataque sorpresivo involucraron a la jefatura del FGEL, pues *Molina* y *Ramírez* permanecieron perdidos varios días. Cuando *Molina* fue encontrado, estaba en estado de inanición, deshidratado y con alucinaciones por lo que tuvo que ser bajado a la ciudad y llevado a Cuba para reponer su salud. Nunca más volvió a Guatemala pues desapareció misteriosamente en 1972 en la zona fronteriza entre México y Guatemala, cuando la Nueva Organización Revolucionaria de Combate (NORC, después el EGP), se aprestaba

²⁵ RS No. 5, 11/64; *Montes* en Fernández, op. cit., pp. 184-185; Macías, op. cit., pp. 62-63

²⁶ Montes en Fernández pp. 183-185; Macías, pp. 62-65; CM/F, 7/97

²⁷ RS No. 5, 11/64; Macías, pp. 64-65

a ingresar a Guatemala un nuevo contingente en los inicios de un segundo ciclo guerrillero en el país²⁸.

Poco tiempo después se observaba una nueva baja en la dirección del FGEI. Los pulmones de Ramírez, débiles desde su primera juventud, hacían crisis de nueva cuenta. Huyendo del autoritarismo de su padre -un coronel del tiempo de Ubico-, el adolescente Ricardo Ramírez había enfermado en las plantaciones bananeras de Honduras adonde había ido a trabajar. Acaso una predisposición familiar -su madre había muerto de tuberculosis- nunca lo dejó sanar del todo, y la afección pulmonar también acompañaría al comandante revolucionario toda su vida, hasta ocasionarle la muerte el 11 de septiembre de 1998. En ocasión de su viaje a la Sierra de las Minas, en la segunda mitad de 1964, Aura Marina Arriola lo había visto con una salud bastante precaria. Las caminatas y privaciones que imponía la guerrilla habían agravado su condición. Solamente la voluntad revolucionaria mantenía a Ramírez dispuesto a mantenerse en la montaña.

De regreso a Cuba desde la Sierra de las Minas, Aura Marina pensó que únicamente una invitación del *Che* sacaría a su marido de la montaña, la cual efectivamente fue extendida a Ramírez poco tiempo después. Para entonces *César Montes* había advertido también el estado de *Orlando*, y a pesar del enojo de éste último había decidido sacarlo de la sierra. En enero de 1965, Ricardo Ramírez bajaba a la ciudad de Guatemala y su participación directa en la guerrilla como combatiente concluía después de poco más de un año.²⁹

Pese al golpe recibido la guerrilla se reconstituyó. En noviembre tomó la aldea de Santa Rosalía de Mármol e hizo una emboscada en la de El Petón en Zacapa, terminó de burlar el cerco del ejército además de eludir un cerco táctico en Las Vegas en el municipio de Teculután. Entre 1964 y 1965 realizó propaganda armada en el municipio de Zacapa y voló sus depósitos de combustible, realizó escuelas de entrenamiento militar dirigidas por el capitán Rolando Herrera (*el chino Arnoldo*) en las cuales se les dio adiestramiento a 90 campesinos, se realizó la emboscada de La Ceibita, la toma de la policía en San Agustín Acasaguastlán, la liquidación de delatores en algunas aldeas, toma de la aldea de Cabañas y un hostigamiento nocturno en la montaña de El Lobo (*Montes en Fernández, pp. 184-187*).

No obstante que las dimensiones numéricas de la guerrilla de la Sierra de las Minas no fueron impresionantes, tres décadas después *César Montes* desecha por superficial tal estimación. La

²⁸ Macías, pp. 65-68; CM/F, 7/97; F/F, 5/98. Las versiones sobre la suerte final de *Molina* son contradictorias.

guerrilla *Edgar Ibarra* se había transformado en un frente, luego en el regional de oriente que comprendía el Progreso, Zacapa, Chiquimula, Jalapa y parte de Izabal; posteriormente tal regional se convirtió en el regional nororiente pues los combatiente rabinaleños encabezados por *Pascual y Efigenio* fueron trasladados a la zona de Salamá, Rabinal y Cubulco, los cuales operando ya con autonomía e influencia propia fueron convertidos en el regional “D” (Macías, p. 69). Todo ello evidenciaba el crecimiento de su influencia, que en el departamento de Zacapa se expresaba en la organización de los comités clandestinos locales que mantenían aglutinada a una base de aproximadamente 3 mil campesinos de la región. Entre 1964 y 1966 el contingente guerrillero del FGEI creció de 21 a 100 combatientes y la columna guerrillera se dividió en tres segmentos dirigidos por *Feliciano Argueta* (Rodolfo Payeras), *Camilo Sánchez* (Carlos Ordóñez) y *el chino Arnoldo* (Rolando Herrera).

La población influenciada por la guerrilla eran campesinos ladinos pobres y medios, propietarios de tierras sin riego y semidesérticas, buena parte de ellos expoliados por la empresa de capital estadounidense Kerns, en la producción de tomate. La guerrilla había logrado deteriorar en gran medida el poder local, podía ingresar sin mucho riesgo después de las seis de la tarde en las aldeas de El Rosario, Río Hondo, Teculután, Usumatlán, El Jute y La Palma y se constituyó en el virtual poder local en toda esa zona. El momento culminante del auge de la guerrilla rural se dio el 17 de mayo de 1966, en la emboscada de Sunzapote en la carretera al Atlántico, que fue realizada por un contingente guerrillero regular de 40 combatientes, además de otros 90 provenientes de los comités clandestinos locales armados con escopetas y rifles 22. De acuerdo con el sobrio parte militar de Turcios, la guerrilla ocasionó 17 bajas al ejército y le confiscó fusiles Garand, 7.92, dos carabinas y una ametralladora 30 Browning. “No es más que un combate, escribió Turcios Lima en su parte, como el que habrá muchos en todas partes y a menudo, pero para nuestra guerra del pueblo es el primero, y para nuestra región ¡una gran victoria!”³⁰

Con el surgimiento de la *Resistencia Urbana* en la capital, la insurgencia guatemalteca contaba a mediados de los años sesenta con una base social de clases medias y obreros urbanos, empleados y subempleados además de contar vínculos con algunos individuos provenientes del *lumpem* (CIG/E, 9/98). Aparte de la base rural ya consignada en el norte y oriente del país, el movimiento

³⁰ Debray y Ramírez, op. cit., p. 272; Macías op. cit., pp. 65-68; AMA/E, 1/99
Fernández, pp. 128-130; Macías, pp. 71-74; CM/E, 7/97

revolucionario contaba con una red de simpatizantes, colaboradores y militantes en las zonas suburbanas de San Marcos (además de la zona fronteriza), Quezaltenango, Escuintla Suchitepéquez y en general en poblaciones ubicadas en los alrededores de la carretera costera que comunica a la capital del país con la frontera con México y a ésta última con la zona portuaria de Izabal (López García, 1998, p. 137).

Probablemente a su regreso a Guatemala, a fines del año de 1962, la gran mayoría de los jóvenes entrenados en Cuba se pensaban a sí mismos como guerrilleros de selva y montaña. El paradigma cubano fue tan poderoso, que durante muchos años la expresión de mayor consecuencia con la idea de la revolución era “irse a la montaña”. No es difícil intuir que eso sentían *Chema Vides*, *Pizarrón* y *García Monterroso* cuando se fueron al Quiché y a Alta Verapaz a principios de 1963. Cuando su intento fracasó, al menos los dos primeros se incorporaron al frente guerrillero que encabezaba Yon Sosa. Allí se encontrarían con *Feliciano Argueta*, *Camilo Sánchez*, al hermano de *César*, *Francisco José Macías* y a un adolescente, *José de Jesús Jurado*, más conocido como *Jarita*. Pocos días después, Yon Sosa nombró a López García como segundo al mando de un desprendimiento de su columna, el cual bajo la conducción de *Guicho Morales*, se adentraría por la sierra hacia el norte de Izabal, en una zona colindante con la de la frontera con Honduras, llamada *La Playona*. Era *Guicho Morales* un hombre ladino de extracción campesina y/o trabajador agrícola, con un enorme resentimiento de clase. El cometido de *Pizarrón* sería controlar al que era uno de los mejores guerrilleros del frente. Según le había expresado Yon Sosa: “*Guicho* es muy adecuado para la zona donde vamos a operar, pero una de las razones por las que quiero que usted se vaya de segundo es para que usted lo vuelva más político, porque *Guicho* lo resuelve todo matando”(CLG/F, 9/98).

Lo visto por López García durante su breve estancia confirmó los temores de Yon Sosa. Leal a un sentimiento revolucionario, *Guicho Morales* se comportaba de manera parecida a como la novelística y la crónica de la revolución mexicana pintan a muchos de los jefes rurales de la misma. Bastaba con que un trabajador campesino se quejara de su patrono, para que *Guicho* le hiciera a éste o al administrador una visita nocturna en la finca. Si no los encontraba, tomaba a uno de los perros de aquellos y lo degollaba, dejándolo colgado con una nota escrita que avisaba que la próxima visita ya no sería para el perro.³¹ La presencia del contingente de *Guicho* en zonas

³¹Años después *Guicho Morales* sería capturado por el ejército y asesinado con la mayor de las sañas posible. Fácil es pensar las razones del encono que el aparato represivo le tenía (CLG/F, 9/98).

colindantes a las tierras de la compañía frutera, desencadenó una fuerte represión en la región. Habiéndose quedado sin botas y con los pies descarnados, *Pizarrón* se refugió en una casa de un trabajador de la plantación bananera, un compadre de *Guicho*. Al sentirse detectado emprendió viaje a la capital, en donde se enteró que después de su partida, su anfitrión había sido asesinado. Poco tiempo después apareció *Jarita* en la ciudad, informando que tras un encuentro con el ejército en *La Playona*, la guerrilla de *Guicho* Morales se había dispersado y éste le había ordenado que se regresara. *Camilo Sánchez* también había arribado a la ciudad, luego del infortunado encuentro que le costó la vida a Edgar Ibarra. El frente *Alejandro de León* resistía una embestida del ejército, pues dos días después de la muerte de Ibarra, caía en combate Estanislao de León (*Tanito*). Finalmente, *Chema Vides* por alguna razón había quedado desvinculado del contingente de Yon Sosa, y se había visto precisado a viajar a la capital (CLG/F, 9/98).

El período de la montaña había terminado para estos cuatro combatientes por lo menos durante algún tiempo. Urgidos de estar nuevamente en contacto con su contingente, la respuesta de Yon Sosa a sus requerimientos fue que ellos operaran por su cuenta. Así nació el grupo conocido como *Los Bravos*, inicialmente compuesto por ellos cuatro y que habría de desencadenar muchas y espectaculares acciones de guerrilla urbana. El margen de libertad operativa que Yon Sosa les había concedido probablemente sea la causa de que *Los Bravos* sean recordados como un grupo que hacía libretazos (MRR/F, 99). En rigor las acciones de guerrilla urbana habían comenzado antes de que *Los Bravos* empezaran a operar, y antes de que se constituyera la *Resistencia Urbana*. Ricardo Ibarra (*el papo*) -antes de que muriera accidentalmente con *el Rata* al estallarles una bomba que estaban haciendo-, ya dirigía en 1963 a un grupo que perseguía hacer acciones armadas en la ciudad (PM/F, 3/99).

Camilo Sánchez también había organizado un contingente de estudiantes del Instituto Adrián Zapata, el cual en marzo de 1963 atacó a una subestación de policía en la zona 6 de la ciudad de Guatemala. La acción había sido desafortunada pues uno de los atacantes había sido muerto por sus propios compañeros en medio del fuego cruzado de dicha acción militar. La identidad del joven abatido llevó a la policía judicial al instituto mencionado y el trabajo político que se hacía desde el mismo se vio severamente restringido (MRV/F, 5/99).

Encabezado por *Chema Vides*, el grupo de *Los Bravos* iría extendiendo su base social aprovechando sus propios vínculos y los que les daban las bases urbanas del PGE y la JPL. A finales de 1964, según nos informa Edgar Ruano Najarro, en base a un informe de la comisión de

organización, la militancia comunista estaba compuesta de 850 miembros del partido, 350 integrantes del la JPT y 170 candidatos a militantes (Ruano, 1997). *Los Bravos* integraron a su grupo operativo a un combatiente apodado *el chucho*,³² a Arnaldo Vázquez Rivera (*Fuguché*) quien incluso tiempo después sería el jefe de la resistencia, a sus hermanos *Tartufo* y *Gasparín*, los cuales serían activamente apoyados por su madre, apodada jocosamente por *Chema* como *Doña Fuguchona*. También formarían parte de la resistencia en la ciudad, Nery de León Licardie (*Nestor Valle*). Funcionando en la ciudad, pero en la comisión de educación de las FAR, se encontraban los hermanos Salvador y Alberto Pineda Longo, un viejo militante y explosivista del PGT conocido como *el Mariachi*, José Luis Escobedo, Miguel Ángel Vázquez (*Chus*), los hermanos Ricardo y Arturo Berganza Bocaletti. Además se incorporarían el ex campeón de boxeo Oscar Vera (*Rolito*), Lidia y Orlando Lucero, Carlos Fuentes (*Catarro*), Luis del Valle (*Saraguata*), un joven venezolano llamado Jorge Luis de la Torre (*el Guambis*), César Abascal, Manuel Cordero Quezada, Marco Antonio Leoni, *Mano e' tigre*, *el Manatí*, *el Péndulo* y *Canción*.³³

Canción era un joven de clase media baja, y al igual que *Camilo*, hijo de una propietaria de cantina. Su verdadero nombre era Percy Amílcar Jacobs y además de su apodo, sería también conocido como *Ramiro Díaz*. Había tenido una breve participación política en 1962, después de la cual tuvo una vida agitada y colindante con la delincuencia. Por ello fue capturado, junto a un compañero de andanzas, después del asalto a una gasolinera y tuvo que purgar una condena en la cárcel de Puerto Barrios, lugar en el cual se acercó a los presos políticos que allí se encontraban. Guillermo Paz Cárcamo, preso político en la cárcel de Puerto Barrios en el segundo semestre de 1964, recuerda a su llegada al presidio a aquel joven de pies planos y por ello de andar “patiabierto y cansino”, manera peculiar que ocultaba “una disposición felina de estar permanentemente y de forma natural en estado de alerta”, “pelo hirsuto, grandes ojos, labios gruesos que mantenían siempre una sonrisa de alegría”. Los revolucionarios encarcelados lo iniciaron en los temas políticos: “Escuchaba, ponía atención, aprendía de las relaciones personales... leía despacio aunque las disquisiciones teóricas no eran algo que lo desvelaran”. Llegó a participar en una huelga de hambre que organizaron los presos políticos por mejores condiciones de reclusión, la cual terminó cuando el ejército ocupó la cárcel (GPC/F, 99).

³² Localismo guatemalteco que significa perro.

³³ Macías, op. cit., p. 111; CLG/F, 9/98; Sandoval, 1998; Ruano, 1997; MRR/F, 98

Al salir del presidio, una de las familias revolucionarias que lo protegían, le dio empleo en una carnicería de su propiedad. De allí nació su apodo, pues *canción* significaba carne en el caló urbano de aquella época. Su ascenso en la guerrilla urbana fue meteórico debido a su osadía y frialdad en el combate: a mediados de 1966 ya había participado en varias acciones urbanas y empezaba a ganar el reconocimiento que lo llevó a ser uno de los guerrilleros urbanos más conocidos en la década de los sesenta. “De comportamiento reposado, insiste Paz Cárcamo, transmitía esa seguridad de que aunque estuvieras en el mayor de los peligros, tenías la certeza de salir con vida. Así como organizó o se organizó en pandillas, magnificó esa destreza en la clandestinidad de la insurgencia, llevando a la resistencia (urbana) a una amplificación nunca antes alcanzada.”³⁴

Las redes construidas por todos ellos, en su mayoría jóvenes de clase media urbana baja, abarcaron las barriadas populares de la capital de donde no pocos ellos eran originarios. Así, la *Resistencia Urbana* se benefició del apoyo y reclutamientos en las zonas 3, 5, 6 y 7, en la villa miseria conocida como *La Limonada*, en el viejo barrio de *La Parroquia*, y en otros como *La Pedrera*, *La Ruedita*, *El Cerrito del Carmen* y *La Florida* (CLG/F, 9/98). En *La Limonada*, Celestino Valenzuela, veterano de la revolución iniciada en 1944, empleado de la municipalidad capitalina y como se ha dicho propietario de una pequeña tienda en dicha área marginal, había continuado su labor política desde la rebelión de marzo y abril de 1962. Junto con su hermano Alberto y su hijo Oscar, en 1966 ya tenían organizado a un contingente de 20 habitantes de *La Limonada* los cuales actuaban como base de apoyo de la *Resistencia Urbana*.

Uno de ellos, *Chumalia*, recuerda que los integrantes de este grupo “eran pequeños comerciantes, con educación secundaria como máximo, descendientes de campesinos, ladinos, venían del oriente del país, había trabajadores como albañiles, carpinteros, profesionales artesanales, algunos hacían pelotas de fútbol. Nuestras primeras tareas fueron de inteligencia, como control de objetivos que se iban a atacar”. Don Celestino propiciaba que los miembros de la red que había construido escucharan Radio Habana Cuba, hacía propaganda por el socialismo, organizaba reuniones hasta que en octubre de 1966, después de la muerte de Turcios, en el contexto de varias sesiones, salieron para integrarse al FGEI dos combatientes, *Chumalia* y Oscar Valenzuela. El trabajo en *La Limonada* fue atendido por varios combatientes, entre ellos *Canción* y *Camilo*. En

³⁴ Además del testimonio de primera mano de Paz Cárcamo, este boceto de la personalidad de *Canción* fue hecho en base a Sandoval, op. cit., pp. 121-134, también al relato hecho al autor por Edgar Ruano en marzo

1967, después de la traición de uno de los combatientes del FGEI que conocía del trabajo político en *La Limonada* (Salvador Orellana, *el Gallo Giro*), *La Mano Blanca* comenzó a golpear el lugar, contingentes de civiles y militares empezaron a hacer cateos, secuestros y desapariciones de los miembros de la *Resistencia*. Así murieron Celestino y Oscar Valenzuela (Ch/F, 5/99).

La base social que contó la guerrilla urbana expresó en gran medida la composición social de todas estas barriadas, además de los vínculos ya mencionados. Obreros urbanos, artesanos, estudiantes y algunos elementos del *lumpem* urbano, principalmente prostitutas y ladrones. En una afirmación que es severamente cuestionada por César Montes y urgida de matizar de acuerdo con otros informantes consultados por el autor, López García recuerda “Yo te diría que en nuestra base social estaban en igualdad de número de un lado el *lumpem* y de otro lado los obreros y estudiantes. Teníamos una base fenomenal de prostitutas”(CLG/F, 9/98).

De acuerdo con López García, *Mano e' tigre, el Manatí y Camilo* provenían de sectores populares en los cuales la frontera con el *lumpem* a menudo era difusa y no eran los únicos. En su opinión, fue *Camilo*, hijo de una propietaria de cantina en el puerto de San José, el que empezó a hacer el trabajo con las prostitutas. Según los recuerdos de *Pizarrón*, el rango de prostitutas colaboradoras abarcaba desde “las que te cobraban 50 centavos hasta las que te cobraban 50 quetzales”, lo que implica de acuerdo a las tarifas vigentes en la Guatemala de los sesenta, que la red abarcaba desde aquellas que ofrecían sus servicios en un ínfimo antro, pasando por las *rocoleras* de cantina, hasta las que lo hacían en los burdeles de postín. Duchas en obtener información, y colocadas en un sitio clave para las confidencias de alcoba, las prostitutas también ofrecían solidaridad a *los muchachos* escondiéndolos y en más de una ocasión, estableciendo relaciones con ellos.³⁵

También cumplían un papel importante los ladrones de poca monta que colaboraban con la resistencia urbana. Diestros en vigilar casas, por razones de su oficio, hasta tomaban notas de los movimientos en ellas. Algunos cobraban por la información, otros lo hacían por simpatía. Cuando eran capturados por sospecha de robo, se hacían trámites y se pagaban los costos de su liberación. Algunos de ellos llegaron a establecer relaciones de lealtad con los jefes y combatientes urbanos. Pero de todos modos, la guerrilla urbana que tenía en *Los Bravos* a sus elementos más connotados y llegó a tener un contingente de 50 combatientes, caminaba en un campo social minado. Prostitutas

de 1999.

³⁵ CLG/F 9/98; MRR/F, 99.

y ladrones, por la concepción del mundo que emanaba de su vida cotidiana, por lo inerme de su condición social, igualmente podían ser informantes y colaboradores de la policía y el ejército. A más de tres décadas de los hechos que motivan sus recuerdos, López García no descarta el que estos colaboradores y colaboradoras en ocasiones jugaran a dos bandas (CLG/F, 9/98).

Mario Robles, después comandante de las FAR, es uno de los que matiza las afirmaciones del otrora *Pizarrón*. En sus recuerdos no fue *Camilo Sánchez* el que inició la organización de prostitutas con propósitos revolucionarios. El trabajo con las prostitutas había comenzado desde 1963 cuando algunos miembros de la juventud comunista (JPT), entre ellos Mario Valdéz (*Misterios*), aplicaron la línea del partido de organizar a todos los sectores sociales. Así fueron organizadas prostitutas y empleadas del servicio doméstico y éstas últimas eran convocadas a reuniones en alguno de los institutos públicos de educación media (el Adrián Zapata). Posteriormente este trabajo decayó pero en 1970, un militante de las FAR, Vicente Girón Calvillo, fue enviado a retomar el trabajo político con las prostitutas. Si bien en 1963, la idea de organizar a las prostitutas había sido realizada en función de trabajo de masas, ahora se retomaba dicho trabajo en el sentido recordado por López García: en el de la labor de inteligencia (MRV/F, 5/99).

El trabajo político con el *lumpem* no debe ser exagerado pero tampoco puede ser soslayado. La base social de la guerrilla urbana y rural ya ha sido ~~analizada en páginas precedentes, por lo que~~ cualquier interpretación que reduzca al movimiento guerrillero de los años sesenta, a una organización asentada en el *lumpem*, no sería sino una simplificación probablemente malintencionada. Por otra parte, no hay razón para escandalizarse por un testimonio que posiblemente evoque una experiencia parcial o personal: en Argelia, en Cuba y en Etiopía, sectores sociales que vivían al margen de la ley o que eran criminalizados por el sistema, participaron en las actividades revolucionarias.

De complexión robusta e inusitada agilidad por haber practicado la gimnasia, *Chema Vides* el jefe de *Los Bravos*, combinaba adicción y frialdad en el combate con un carácter lúdico que lo llevaba a ponerle apodos a sus compañeros guerrilleros. Buena parte de los remoquetes que se convertían en seudónimos, y que en éstas páginas se han mencionado, son debidas a su ingenio. Su irreverencia no tenía límites, al extremo de que décadas después, Fortuny lo recuerda entre el grupo de jóvenes que abandonaron sus estudios en La Habana, como "el mas insolente de todos" (F/F, 2/98). Las anécdotas acerca de su carácter temerario son incontables, baste la de *Pedro Martínez* quien lo recuerda corriendo por la pendiente de una calle detrás de dos granadas que

rodaban al haber caído de su carro (PM/F, 3/98). Detrás de la irreverencia que *Chema* encarnaba, se escondía una lógica que nacida en las filas juveniles del PGT, con el tiempo entraría en contradicción con la cultura política predominante en el partido. El nombre de *Los Bravos* había surgido de una de estas colisiones, cuando la dirección del PGT, preocupada por la autonomía operativa de éstos jóvenes, les envió una carta en la que se les reconocía el ser buenos muchachos, “bravos en el combate” pero con un bajo nivel ideológico.

La respuesta dada por *Pizarrón* a *Tinoco* (Rafael Tischler), en la reunión sostenida para discutir tal comunicación, fue que “si alto nivel ideológico era meterse debajo de la cama o enfrentar las consecuencias de todos nuestros actos”. La medida del respeto ya no era la mesura, la experiencia y la destreza en la conducción, sino el estar en primera línea de fuego, la osadía en el combate y el desprecio a la muerte. Molesto, Tischler respondió “yo le voy a llevar tu mensaje al comité central aunque sea irreverente”(CLG/F, 9/98).

No era Rafael Tischler precisamente un San Francisco de Asís. Congruente su práctica con su pensamiento, *Tinoco* era también un hombre de armas tomar. Pero tales virtudes eran insuficientes para la nueva generación de revolucionarios. El heroísmo de la gente del PGT, era de carácter pasivo recuerda Carlos Rafael Soto, “Tischler solía decir: hay que irse muriendo porque así lo exige la revolución” (CRS/F, 3/98). Tal como ya lo hemos asentado en el capítulo anterior, más que el heroísmo asertivo era el martirologio, lo que muchos de los cuadros y dirigentes del PGT entendían como el peldaño más alto del sacrificio revolucionario. Si damos por precisos los recuerdos de *César Montes*, en un principio Tischler era una suerte de ídolo para los jóvenes combatientes, pero el que no se integrara plenamente a la lucha armada había provocado un desencanto y resentimiento hacia él (CM/F, 7/97). La exigencia a la dirección del PGT por parte de los jóvenes comunistas y combatientes, giraba alrededor de una presencia física inclusive en los escenarios de la lucha armada. No era un Rodney Arismendi lo que tenían en mente como dirigente, sino como se ha dicho ya, un Fidel Castro o un *Che* Guevara.

La visita de Alvarado Monzón al FGEI, en el contexto de una fuerte represión en la ciudad, propició la ocasión para que *César* le propusiera quedarse en la montaña y se convirtiera en “el primer secretario general de un partido comunista en el mundo que está al frente de la guerrilla”. Alvarado Monzón finalmente regresó a la ciudad puesto que las exigencias de la dirección del PGT y su propia concepción así lo demandaban. “entonces fue que nos dimos cuenta que estábamos librados a nuestra propia suerte... que el aparato oficial del partido no tenía una estructura que se

hubiera acomodado para su integración plena a la guerra. No fue como en El Salvador, donde Schaffick se integró plenamente a la guerra, yo lo conocí en el frente de guerra.”(CM/F, 7/97). Otro hecho evocado por Guerra Borges nos ilustra sobre las exigencias de las jóvenes generaciones para con la dirigencia del PGT: “Tuve una muy buena relación con Ricardo Ramírez. A veces para tener una distracción en medio de la clandestinidad en la que nos encontrábamos, me invitaba a escuchar música sinfónica en su casa. Solía decirme: *Martín*, por qué no te venís con nosotros a la montaña. Mirá, te podemos poner allá una escuela de cuadros en donde vos podías preparar a la gente.”(AGB/F, 9/97). Aquella propuesta no debe haberle parecido atractiva a un hombre con dudas acerca de la viabilidad de la lucha armada y acostumbrado a la lucha urbana. Menos aun si como el autor recuerda, la misma habría sido hecha antes de que finalizara el año de 1964: en esos momentos la guerrilla vivía su época nómada y los integrantes de la guerrilla tenían pocas garantías para su vida.

Tampoco eran suficientes la profundidad intelectual y racionalidad en la conducción política de Mario Silva Jonama. *Samuel* tenía un ritmo elaborativo que resultaba desesperante para la impulsividad de muchachos que improvisaban sobre la marcha, que mantenían una carrera contra el tiempo y para los cuales, antes de que el aparato represivo elevara su sofisticación, las cosas casi siempre resultaban bien. “Silva Jonama era una gente valiosísima, pero no tenía las condiciones anímicas para pasar del trabajo rutinario y conspirativo a algo nuevo. Andaba llevando una caparazón de caracol, se movía en el sentido justo, pero primero tenía que llenarse de justificaciones y elaboraciones, de toda la baba por donde se mueve el caracol”. Cuando el jovencito de rostro aniñado, por algo le apodaron *el chirís*,³⁶ le había dado paso a un hombre que casi llegaba a los 55 años. *César* recordaba a esa dirección del PGT en otra perspectiva. Considerando el conservadurismo en materia de lucha armada del resto de los partidos comunistas centroamericanos (y eso incluye paradójicamente al partido salvadoreño), tomando en cuenta la moderación de los partidos comunistas alineados con el PCUS, los “viejos” dirigentes del PGT aparecen iluminados con otros colores: “Con toda esa gente tenía que negociar *Nayo*.³⁷ yo me imagino lo que le pasaba. Imagínate cuando llegaba al PCUS, debe haber tenido lastres muy pesados. *Nayo* Alvarado tenía una imagen que en aquel momento para nosotros era de una

³⁶ Modismo guatemalteco que significa niño.

³⁷ Diminutivo de Bernardo

inconsistencia, pero para el resto de los partidos comunistas latinoamericanos *Nayo* era vanguardia” (CM/F, 7/97).

Pese a su irreverencia, la dirección del PGT confió en *Chema Vides* -como lo haría con *César Montes* a la muerte de Turcios-, y sancionó su posición como jefe de la *Resistencia Urbana*. Pero las orientaciones valorativas de todos éstos jóvenes trascendían ya a las inculcadas por el PGT, y una nueva cultura política vendría a minar paulatinamente lo que con orgullo en sus filas se llamaba “el espíritu de partido”. Los nuevos paradigmas y hasta orientaciones que habían nacido con la revolución cubana alimentaban ese “choque cultural”. Una anécdota revela hasta que punto estaba llegando el conflicto. En 1965, *Vides* le propuso *Pizarrón* “incendiar la ciudad” conmocionándola con una cadena de bombazos. Este último puso reparos por las consecuencias que esto habría de tener en los cuadros, militantes y simpatizantes del PGT que vivían en la legalidad e igual objeción puso *Camilo* cuando se le consultó. La respuesta de *Chema* al primero fue que “a estos hijos de la gran puta les hace falta una su buena carceleada o por lo menos una su buena *verguiza*, porque así se van a definir”. Finalmente se acordó que la ola de bombazos se realizaría, previo aviso a la dirección del PGT para que se tomaran las precauciones debidas. López García estima que en un día se deben haber detonado una buena cantidad de bombas (CLG/F, 9/98).

Adolfo Gilly recuerda: “Otra cosa infernal era que había tres organizaciones, el MR-13, las FAR y el PGT. Entonces a alguna de ellas se les ocurría hacer alguna *mierda* como se decía allá. Por ejemplo un día pusieron como 14 bombas para botar transformadores de energía eléctrica, y entonces salió la policía a buscar a los autores y las otras organizaciones no estaban preparadas porque no sabían nada” (AG/F, 12/98).

La *Resistencia Urbana* realizó acciones espectaculares que contribuyeron en no poca medida a acrecentar el prestigio de la insurgencia: secuestros con fines financieros, golpes de mano, asaltos, actos de sabotaje, el incendio del estacionamiento de la Agency International for Development (AID), el ametrallamiento de la embajada de los Estados Unidos como protesta por la invasión a la República Dominicana, el incendio a los depósitos de combustible de la International Railways of Central America (IRCA), ajusticiamiento de los más temidos y odiados jefes policíacos, colocación de bombas en el Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA) (Ruano, 1997). El auge guerrillero urbano llegaría a su climax en mayo de 1966, cuando las FAR tenían secuestrados al secretario de información de la presidencia, al presidente de la Corte Suprema de Justicia y al vicepresidente del Congreso de la República (Macías, op. cit., p. 129).

El ritmo del accionar de la guerrilla urbana era galopante. Sin ofrecer más fuente que la de su propia estimación como protagonista, López García estima que la proporción entre acciones armadas entre la ciudad y la montaña era de 10 a 1 (1998, p.141), lo cual de ser cierto vendría a ser otra subversión del *foquismo* en cuya perspectiva la revolución debería ir del campo a la ciudad. Y Mirna Paiz Cárcamo (*Rosamaría*), la primera mujer combatiente en la Sierra de las Minas (Macías, op. cit., p. 86), recuerda que salvo la emboscada de Sunzapote, la actividad guerrillera del FGEI durante 1965 y 1966 fueron actividades de propaganda armada, liquidación de agentes del ejército, policías y torturadores (Ruano, 1997). Independientemente de lo anterior, lo que sí parece ser cierto es que las acciones urbanas publicitadas por los medios informativos, conmocionaban a la vida política nacional y generaban simpatía pasiva en amplios sectores de las ciudades

Además de las condiciones económicas y sociales ya consignadas en páginas anteriores, el movimiento revolucionario se vio favorecido significativamente con la consolidación de la dictadura militar de carácter abierto que se instauró con el golpe militar de marzo de 1963. No se necesitaba ser marxista o comunista para sentir simpatías por todos los que conspiraban contra el orden militar. Aliándose principalmente con el MLN, pero también con el PR y la DC como lo demostraron las elecciones a la Asamblea de Constituyentes de marzo de 1964, la dictadura excluía a un amplio espectro de fuerzas políticas de carácter reformista o revolucionario no comunista que funcionaría como caja de resonancia de las actividades de los frentes guerrilleros rurales o bien de las espectaculares acciones que protagonizaría la *Resistencia Urbana*. Pero además un significativo sector del anticomunismo encabezado por José Luis Cruz Salazar y el *ydigorismo* se había sentido excluido.³⁸ La derogación de la constitución de 1956, la disolución del congreso, la emisión del decreto 9 de “Defensa de las Instituciones Democráticas” que establecía que todos los delitos contra la seguridad del Estado serían juzgados por tribunales militares, amén de severas penas por el delito de pertenecer al PGT o distribuir propaganda que se considerara comunista o por actividades consideradas de carácter terrorista (ODHAG, 1998, p. 39), mostraban claramente que la sociedad civil enfrentaba a una dictadura. Por todo lo anterior es certera la afirmación de que aceptando que se observaba un auge guerrillero, su éxito político era mayor que su desarrollo

³⁸ Los datos de las elecciones de marzo de 1964 son un indicador del creciente aislamiento político de la dictadura encabezada por el coronel Enrique Peralta Azurdía: una gran abstención (aproximadamente 140 mil votantes menos que en las elecciones de 1958) y 31% de votos anulados en la capital (Villagrán, 1991, pp 392-400)

militar (López García, 1998, p. 139). La iniciativa política y la capitalización del descontento con la dictadura, estaban en manos de la insurgencia.

En 1966 la influencia de la guerrilla en su zona rural de operaciones era tal, recuerda *César Montes*, que en ocasión de la muerte de Turcios en octubre de 1966 él había caminado con una patrulla, en la que se encontraban algunos sandinistas que posteriormente serían muy conocidos³⁹, desde la Sierra de las Minas, pasando por Río Hondo, atravesando el río Motagua por Estanzuela, cruzando Zacapa, volviendo a subir la serranía hasta salir a Las Monjas en Jalapa. “Yo iba peludo, barbudo y armado con cinco sandinistas y tres guatemaltecos. Eso no se puede hacer si no hay apoyo de la gente” (CM/F, 7/97). En un instructivo secreto hecho circular entre su militancia, el Partido de Unidad Revolucionaria (PUR, 8/1966), acaso de manera un tanto infatuada afirmaba en agosto de 1966 que: “El movimiento guerrillero es otro elemento de peso en el panorama nacional. Las FAR y el MR13 de Nov. son sendos poderes limitados, pero poderes ya, que controlan juntos un territorio que puede estimarse en una mitad del departamento de Chiquimula, una mitad de Zacapa y todo Izabal”. Desde septiembre de 1964 el MR-13 estimaba que en 30 meses de lucha guerrillera (período que involucraba su actividad desde antes de la fundación de las FAR) había abatido a 142 elementos del ejército y policías, herido a otros 25 y sufrido 29 bajas entre muertos y heridos (RS No.3, 9/64) En noviembre de 1967, tres años después del anterior balance, ya derrotada la insurgencia, Yon Sosa estimaba que las bajas enemigas llegaban a 182 muertos y 305 heridos, mientras que las del MR-13 ascendían 49 muertos y 12 heridos (Yon Sosa, 1967).

b. Trotskismo y Revolución.

En marcha hacia el auge guerrillero, el movimiento revolucionario guatemalteco enfrentaba ya la crisis política que había motivado el viaje de Turcios con una patrulla hacia el campamento de *Las Orquideas*. Se trataba de la presencia y creciente influencia en el MR-13 de un pequeño pero eficiente grupo de militantes del Partido Obrero Revolucionario (POR) de México, partido trotskista afiliado al *Buro Latinoamericano* encabezado por Homero Cristalli, más conocido como *J. Posadas*. La corriente del trotskismo *posadista* tenía sus orígenes más antiguos, en el cisma que en la IV Internacional había producido la emergencia de los movimientos revolucionarios

³⁹ En su libro *César* recuerda solamente a tres: Oscar Turcios, Jorge Guerrero y Julio Buitrago (Macías op. cit., p.135-136). Julio Buitrago se convertiría en un símbolo de los sandinistas después de haber resistido durante casi dos horas el sólo y después morir, un cerco militar a una casa de seguridad del FSLN en Managua. (Borge, 1989, 371-373)

anticoloniales, principalmente el observado en Argelia. Estos movimientos habían hecho plantear a una corriente de la IV Internacional encabezada por el griego Michel Pablo (también conocido como *Raptis*), que en Europa no había una situación revolucionaria y que en Bolivia, Cuba, Argelia y el mundo árabe habían mejores condiciones para dicha situación.⁴⁰ Por tanto, el énfasis de la actividad revolucionaria debería desplazarse de los centros del capitalismo mundial a su periferia. Esta posición fue adversada por la corriente encabezada por Ernst Mandel y tal divergencia terminó en división. Cuando Pablo fue arrestado en 1960 en Holanda, acusado de falsificación de dinero, el trotskismo latinoamericano que le seguía sustituyó su liderazgo por el de Homero Cristalli, más conocido como *J. Posadas*, un dirigente trotskista argentino (AG/F, 12/98). En México la división se manifestó en la existencia de dos organizaciones trotskistas, la Liga Obrera Marxista (LOM) que se adhería a la corriente de Mandel y el POR que se inclinó por la corriente del Buró Latinoamericano (MAM/F, 11/97).

El grupo integrado por David Aguilar Mora, su joven esposa Eunice Campirán, Felipe Galván, *Evaristo Aldana*, y un ex militar del ejército mexicano que en alguna fuente es identificado como José María Ríos de Hoyos (Rodríguez, 1984, p. 53) pertenecían al POR. En algún momento entre 1963 y 1964, Francisco Amado Granados había sido reclutado para las filas del trotskismo hecho que no sucedió con otro exiliado guatemalteco en México, ~~también adherido al MR-13, Fernando Arce Behrens~~ (AG/F, 12/98). Tal grupo sería completado desde mediados de 1964 por un dirigente argentino del *Buró Latinoamericano*, Adolfo Gilly, quien llegó a México con el objetivo de participar en la conferencia guerrillera de la Sierra de las Minas (ibid.). Gilly permanecería en Guatemala desde fines de 1964 y principios de 1966 haciendo lucha clandestina, adscrito al Frente Urbano del MR-13, junto a David Aguilar Mora, Augusto Vicente Loarca y Francisco Amado Granados (Gilly, 1986, p. 122). Diversas fuentes empezando por el propio Fidel Castro en su discurso de clausura de la conferencia tricontinental (en Rodríguez, 1984, pp. 60-66), Galeano (1967, p. 18), el virulento folleto de Armando Rodríguez Suárez (1984), el informe del PGT a su IV congreso en 1969, Huberto Alvarado (1994, pp. 52-53), califican a los trotskistas que actuaron en Guatemala como traidores y agentes provocadores del imperialismo y particularmente a Amado y Galván como agentes de la CIA (Alvarado, loc. cit.). Independientemente de no eludir los errores de los trotskistas, acaso el analista objetivo tenga que proceder a sacarlos de esa enorme montaña

⁴⁰ Michel Pablo por lo demás había hecho práctica tal concepción. Hasta 1964, cuando fue despedido, figuró entre los asesores trotskistas del líder argelino Ahmed Ben Bella. (Gendzier, 1977, p. 342)

de perros muertos que ha caído sobre ellos, para decirlo con la frase que a propósito de Trotsky, Isaac Deutscher tomó prestada de la famosa semblanza de Cromwell escrita por Carlyle (Deutscher, 1968, p.9).

La imagen que nos da Manuel Aguilar Mora, uno de los dirigentes históricos del trotskismo mexicano, de su hermano David y su cuñada Eunice (MAM/F, 11/97), nos muestra a una joven pareja fervorosamente revolucionaria y radicalizada por la revolución cubana. Por ello mismo alejada de la LOM y vinculada al POR. Pero había una razón más, David había conocido en la UNAM a Francisco Amado Granados quien ya tenía relación con el MR-13. Fue una relación de mutua influencia pues Amado vinculó a Aguilar Mora al MR-13 y éste lo reclutó para el trotskismo. En 1963 el primero empezó a viajar a Guatemala y al año siguiente la pareja se fue a vivir allí. Eunice viajaba constantemente a México puesto que servía como correo. La última vez que lo hizo fue poco después de que David fue secuestrado y desaparecido por el aparato represivo guatemalteco, en diciembre de 1965. A pesar de la insistencia de su familia política y de que se encontraba encinta, Eunice regresó a Guatemala para también ser capturada y desaparecida en marzo de 1966; apenas tenía 21 años. Felipe Galván provenía de una familia de la pequeña burguesía rural, era un hombre honesto, de acción y decidido, a quien le gustaban las armas (AG/F. 12/98). Había sido capturado en Guatemala y permanecido encarcelado durante un año entre 1963 y 1964, lo cual sirvió para que injustamente se tendiera un manto de sospecha sobre él (Turcios, 3/1965)⁴¹; decepcionado por los acontecimientos que culminaron en la expulsión de los trotskistas del MR-13, Galván abandonó el POR y finalmente murió en Veracruz en un accidente aéreo en enero de 1973, en el que también murió Alfredo V. Bonfil, dirigente de la oficialista Central Nacional Campesina, de quien era asesor (Rodríguez, 1984, p.55; AG/F, 12/98). Con respecto a Adolfo Gilly, sobre quien también fue tendido un manto de sospecha (ibid., pp. 29, 52-53), no se necesita argumentar mucho. La sabia virtud del tiempo lo ha colocado en su lugar como un connotado intelectual de izquierda y dirigente importante del Partido de la Revolución Democrática (PRD) en México.

Acaso la figura más controversial sea la de Amado. A principios de los años sesenta Amado ya vivía en pareja conyugal con Alicia Echeverría, prima del después presidente Luis Echeverría

⁴¹ Ciertamente tal manto lo han tendido los detractores del trotskismo. Pero si se observa la propia experiencia de la dirigencia del PGT, Alvarado Monzón, Silva Jonama, Valle, Gutiérrez, Cardoza, Huberto Alvarado, Tischler, Guerra Borges habían sido capturados y liberados al menos en una ocasión. Fue hasta

Alvarez. La pareja tenía una situación económica cómoda y estudiaba en la UNAM, además de que Amado se desempeñaba como un mediano empresario. Sus relaciones con algunos miembros de la clase política mexicana deben haber sido fluidas como para que en ocasiones el mismo general Lázaro Cárdenas los honrara con visitas a su casa (AG/F, 12/98). Si ya existían sospechas sobre Amado como infiltrado, por sus relaciones con Carlos Manuel Pellecer (Rodríguez, op. cit., p.22) el discurso de Fidel Castro en la clausura de la conferencia tricontinental cayó como un fulminante rayo sobre los trotskistas y particularmente sobre Amado, a quien sin nombrarlo, el máximo dirigente de la revolución cubana dijo que “nosotros no tenemos la menor duda de que es un agente del imperialismo” (ibid., p. 63).

Capturado y desaparecido en marzo de 1966, podemos tener un extraño testimonio de su comportamiento en la cárcel clandestina en la que fue interrogado por el ya mencionado esbirro Rudy Solares Caravantes. Raúl Díaz Ramírez, compañero de infortunio que yacía torturado en una habitación contigua en la que Amado era interrogado, sostiene que Amado trataba de atraer a Solares a una lógica caballeresca de oficiales de ejércitos enemigos. Inútil tentativa. Solares Caravantes era un agente entusiasta de la guerra sucia, le decía que sabían todo de él, hasta el apodo que tenía (*el Monje*)⁴². Amado respondía deslindándose de las acciones militares que las FAR habían realizado, revelando los nombres de los delegados del PGT y de las mencionadas FAR a la conferencia tricontinental, para demostrar que él y su organización no tenían que ver con un acontecimiento que le resultaba especialmente irritante al jefe policiaco (RDR/F, 4/98). Más de treinta años después, Adolfo Gilly defiende con indignación a Amado de lo que él considera son calumnias (AG/F, 12/98). Pero ni la muerte en manos del enemigo, baño purificador para casi todos los sospechosos en el submundo de la clandestinidad, ha salvado a Amado del señalamiento de infiltrado: hay quien afirma que su muerte pudo deberse a un error del aparato represivo guatemalteco que no sabía cuál era la función de aquel secuestrado, que habría de compartir la infame suerte de las tres decenas de dirigentes capturados y desaparecidos en marzo de 1966.

Guillermo Paz Cárcamo recuerda a Amado elegantemente vestido de negro, “con porte intelectual y verbo apabullante”, rápidamente fue conocido entre la guerrilla como “El Monje Negro”. Paz Cárcamo coincide plenamente con Gilly: “la apreciación de Gilly sobre *el Monje*

que el terror se incrementó y la desaparición forzada sustituyó a la prisión política, cuando casi todos ellos fueron desaparecidos o asesinados.

⁴² Aura Marina Arriola confirma en su testimonio de que efectivamente a Amado le decían *el Monje Loco* (AMA/F, 1999), aunque Paz Cárcamo lo recuerda como *el Monje Negro*.

Negro, salida de lo más hondo de su alma, me parece atinada. Ni ahora, ni antes, creo que los trotskistas fueran agentes de la CIA” (GPC/F,00).⁴³

Entrando al escenario guatemalteco con un pecado original -el prejuicio de origen stalinista de que el trotskismo es por definición un instrumento del imperialismo-, los trotskistas empeoraron su situación al comportarse en Guatemala como suele suceder con las disidencias que a veces son tan sectarias como sus adversarios políticos e ideológicos. Hicieron del PGT el principal blanco de sus ataques, reduciéndolo a uno más de los partidos reformistas puesto que éste caracterizaba a la revolución más próxima como una de carácter democrático nacional cuyas fuerzas motrices serían los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía y la burguesía democrática y nacionalista. Hemos visto en capítulos anteriores las vicisitudes en el PGT de tal caracterización, por lo que podemos ahorrarnos consideraciones sobre el tema. Baste decir que la divergencia ideológica puede ser mejor caracterizada en la contraposición revolución por etapas/revolución permanente que en la de revolución democrática burguesa/revolución socialista. La huella ideológica que los trotskistas imprimirían en el MR-13 hasta su final disolución en 1970-1971, fue el enarbolamiento de la revolución socialista y la exclusión de la burguesía como fuerza motriz de un cambio revolucionario.

En una evidente caricatura de la postura del PGT, Yon Sosa afirmaba que éste declaraba inexistente a la burguesía si se trataba de atacarla y la hacía aparecer cuando buscaba aliarse con ella (Gilly, 1986, p. 84) No obstante, es simplista atribuir la adhesión de Yon Sosa y Loarca al programa de revolución socialista, a una indolencia ante los problemas ideológicos, lo cual no excluye el que efectivamente ambos militares no contaran entre sus virtudes un nivel ideológico notable. Tanto en Yon Sosa como en Loarca la adhesión al programa de la revolución socialista, nacía de la incapacidad del gobierno arbencista para ser más activo en la defensa de la revolución en 1954 (Gilly, 1986, pp. 116-117; AG/F, 12/98).

Teniendo como base algunos ejemplares del periódico *Revolución Socialista*, el testimonio de Adolfo Gilly (AG/F, 12/98), su libro (1986), las entrevistas contenidas en el mismo, extractos de volantes del MR-13, y las síntesis de los planteamientos trotskistas hechos por sus adversarios, es posible reconstruir la postura de aquellos, la cual en la segunda mitad de 1964 tenía conmocionado al mundo insurgente en Guatemala. El planteamiento central era que el movimiento revolucionario

⁴³ El autor no puede dejar de hacer explícito que ninguno de los que han planteado dudas sobre Francisco Amado Granados pudo dar razones contundentes que las confirmaran. La historia de la lucha revolucionaria

tenía que romper con el desfase entre métodos radicales de lucha y programa reformista. El objetivo debería ser por tanto un programa máximo de revolución socialista apuntalado por uno de carácter intermedio (el de “Los Diez Puntos”) que contemplaba salarios y jornadas móviles para los trabajadores, reforma agraria, expropiaciones de propiedades imperialistas, ocupaciones campesinas de tierras y funcionamiento colectivo de las mismas, democracia política y defensa incondicional del “Estado Obrero Cubano”. El contexto mundial indicaba que un programa verdaderamente revolucionario debería partir del rechazo a la coexistencia pacífica postulada por la burocracia soviética y el asumir de manera realista la inevitabilidad de una nueva guerra mundial.

Contenidos programáticos aparte, en lo que se refiere a la vía de la revolución, los trotskistas no solamente diferían del PGT sino con respecto a la concepción que predominaba en el FGEI merced a su influencia guevarista: la guerrilla debería ser solamente un medio de organización de masas, la guerrilla tal como estaba planteada en Guatemala era burocrática, formalista y militarista; el instrumento revolucionario debería ser un partido obrero y no un movimiento guerrillero, las acciones militares deberían tener un sustento de masas, éste último tendría que construirse a través de la constitución de los comités de fábrica, de aldea, de finca, de soldados, ocupaciones de tierras y fábricas, de la creación de la Central Unica de Obreros y Campesinos, y con todo ello ir creando una dualidad de poderes que culminaría en un asalto al poder a través de una insurrección de masas.

Los artículos de Gilly publicados en *Marcha* en Uruguay y en *Monthly Review* en los Estados Unidos y en otras revistas, resultaban particularmente irritantes para la dirigencia cubana y para la del PGT: el PGT había sometido a la guerrilla del MR-13 a las ilusiones electorales y a la conciliación con las fuerzas burguesas;⁴⁴ la revolución cubana estaba dando un giro a la derecha y conciliando con la burocracia soviética; la renuncia del *Che* y su desaparición de Cuba evidenciaba que la revolución latinoamericana tendría que buscar un nuevo centro; una muestra más de ello lo daba el que no se hubiese apoyado a la revolución dominicana en 1965; el foquismo había fracasado (Gilly, op. cit., pp. 46-48; Rodríguez, 1984, p. 64). La tontería de *J. Posadas*, quien iba en franco camino a la excentricidad y a la descomposición moral (MAM/F, 11-97), de afirmar que Fidel Castro había asesinado al *Che* (Gilly, p. 124), terminó de ubicar a los trotskistas del *Buro Latinoamericano* en la aversión de la mayor parte de la izquierda latinoamericana.

esta llena de injustas sospechas sobre algunos dirigentes y militantes.

⁴⁴ Gilly pone como ejemplo de esto el que el PGT haya privilegiado su trabajo en el seno de un frente amplio, el Frente Unido de Resistencia (FUR) (1986, p. 69) surgido después del golpe militar. Sin embargo esto es inexacto, puesto que el FUR tuvo una existencia efímera (Alvarado, 1994, p. 49; Ruano, 1997)

El PGT podría haber compartido, pese a sus prejuicios stalinistas, algunas de las posturas del trotskismo (partido obrero en lugar de movimiento guerrillero, acción militar sustentada en un trabajo de masas, la crítica al foquismo). El FGEI, pese a su matriz ideológica *pegeteana* y su influencia *foquista*, podrían haber acuerpado la idea de la revolución socialista como objetivo de la revolución. Pero en ambos casos las divergencias eran mayores que las diferencias: el ataque frontal al “campo socialista” y a la URSS, las críticas a Cuba, el sectarismo trotskista, el radicalismo planteado para las luchas de masas, la crítica a la guerrilla, hicieron aparecer a los trotskistas como divisionistas provocadores y consolidó el prejuicio de que éstos eran agentes del imperialismo. Grosera caracterización que habría de postular en su discurso de clausura de la conferencia tricontinental, el titán de la revolución latinoamericana que efectivamente era Fidel Castro (Rodríguez, 1984, p. 63).

Si la definición de aventurerismo político postulada por Adolfo Gilly en el testimonio dado al autor es certera (“hacer planteamientos que corresponden a una situación revolucionaria cuando no la hay”), el discurso y la práctica propugnada era efectivamente aventurera. El discurso trotskista daba una imagen de una Guatemala convulsionada por una *rebelión de masas* rurales y urbanas que no existía –amén de un poderoso aparato de autodefensa-, por lo que de haberse realizado las acciones que ellos planteaban, significativos sectores de la población hubiesen quedado inermes ante la acción fulminante del terror abierto y masivo del Estado. López García recuerda al *Pizarrón* de mediados de los años sesenta diciéndole a *Camilo* “Si a mí me ponen a escoger entre trotskistas y comunistas la decisión es de la chingada porque ambos me caen en los huevos”. La razón de la antipatía hacia los trotskistas era el exceso discursivo de éstos, “si fuera por palabras estos cabrones ya hubieran acabado con el régimen, inventando una realidad que no funcionaba con nosotros” (CLG/F, 9/98).

Ocasionaba suspicacia ese énfasis en la necesidad de la confianza en las masas, en la necesidad de que el pueblo debía tener conciencia de su poder y usarlo, “yo decía que si el pueblo creía que tenía poder y lo usaba lo iban a masacrar”(ibid.,). En el momento en que el conflicto con el PGT estalló, Yon Sosa, Loarca y *Beto* Turcios se habían entrevistado con *Chema Vides*, *Pizarrón* y *Camilo*. Les habían propuesto que rompieran con el PGT y que arrastraran a la *Resistencia Urbana* a integrarse al MR-13. Descontentos ya con la dirección del PGT, éstos últimos habían contrapropuesto que el MR-13 se deshiciera de los trotskistas. “Pero el *Chino*, recuerda López García, tenía una fe ciega en los trotskistas”. le habían resuelto muchos problemas, eran eficientes

en lo que se comprometían. Así las cosas, no pudo haber acuerdo. La reunión terminó con un Loarca con los ojos anegados en lágrimas, sacándose de su chaqueta militar dos granadas y regalándoselas a *Chema* y a *Pizarrón*: algún día se volverían a encontrar, acaso en el momento del triunfo de la revolución (López García, 1998, p. 142; CLG/F, 9/98).

Sin embargo, pese a los planteamientos *posadistas* que evidentemente aparecían como aventureros o fantásticos, su caracterización de la futura revolución guatemalteca había impactado aún a sus adversarios. Guerra Borges recuerda el clima que encontró cuando en la segunda mitad de 1964 regresó de un viaje por la URSS y otros países socialistas. Aparte de recibir críticas por el artículo que había publicado en la *Revista Internacional*, Guerra Borges advirtió con sorpresa que Alvarado Monzón, Silva Jonama y Noval hablaban ya de una revolución con paso inmediato al socialismo. Hombre de lucha ideológica, *Martín* (Guerra Borges) pidió a Alvarado Monzón un artículo crítico del planteamiento trotskista para *Nuestras Ideas*, la revista ideológica del PGT. *Braulio* se excusó y lo remitió a *Juan Ch.* (Noval) quien después de algún tiempo le dijo “Mirá *Martín*, te soy sincero, yo a esos cabrones los detesto, cuando tenemos reuniones con el MR-13 no los aguanto, pero no puedo criticar un planteamiento con el cual me identifico” (AGB/F, 9/97).

Sucedía que *Revolución Socialista*, el periódico del MR-13 que editaban fundamentalmente los trotskistas,⁴⁵ expresaba una caracterización de la revolución que a fin de siglo aparece más desmesurada de lo que a sus críticos podía haberle aparecido a mediados de los sesenta. Hacía ya tres años la revolución cubana se había declarado socialista, la URSS parecía caminar en la dirección que Kruschev había planteado en 1960 y pronto su PIB podría ser superior al de los Estados Unidos, un Viet Nam socialista resistía con hidalguía al imperialismo, el proletariado era un actor de primer orden en los países centrales y en no pocos países de la periferia, y también no pocos movimientos de liberación nacional emparentaban sus aspiraciones con la construcción del socialismo. No era solamente un romanticismo lo que había llevado en 1967 al *Ché* a decir en el último de sus escritos: “Revolución socialista o caricatura de revolución” (Gilly, 1986. P. 118)

Así pues, no las tenía todas consigo el PGT en la disputa ideológica que se avecinaba. Por la razón que exponían sus más acervos críticos (el PGT sólo simulaba estar de acuerdo con la lucha armada o la concebía sólo como un detonante), los que no lo eran tanto (el PGT no consideraba a

⁴⁵ Gilly afirma que él no estaba encargado del periódico sino David Aguilar Mora, Eunice Campirán, César Yon Sosa, Iris Yon Cerna y un miembro de la dirección del MR-13 de seudónimo *Ernesto* (AG/F, 12/98). Probablemente se trate del mismo *Ernesto* que aparece como fiscal en el juicio que el MR-13 hizo a los

la lucha armada como forma principal de lucha) o por las razones que hemos expuesto en páginas anteriores de éste trabajo y/o por ineptitud operativa, la dirección del PGT había cometido entre diciembre de 1963 y agosto de 1964, un gravísimo error con el FGEI: lo había dejado sin orientación política y peor aún, sin avituallamientos. Esta era precisamente la brecha por la que los trotskistas se habían vinculado al MR-13 a partir de 1963 (AG/F, 12/98; Gilly, 1986, p. 115) al extremo de que en un momento dado tendrían la influencia decisiva en el buró político del MR-13 (Rodríguez, 1984).

Independientemente de las afirmaciones que otros autores han hecho (Debray y Ramírez, 1975, pp. 267-269), Ruano Najarro en su trabajo nos muestra dos hechos evidentes. El primero es una carta de *Rigo* a *Samuel* (presumiblemente *Rigoberto Molina* a Silva Jonama) de enero de 1965, en la cual *Rigo* recrimina al PGT el que durante 1964 no le haya enviado al FGEI ni la orientación ni abastecimientos que requería. La carta de redacción abigarrada, es muy dura con respecto a la dirección del PGT, “los comunistas que estamos en esta guerrilla, hemos notado gran indiferencia de parte de la dirección hacia la lucha armada”. No es cierto lo que dice el delegado de la dirección del PGT que ha visitado el campamento guerrillero -*Nacho*, Joaquín Noval-, que *Rolando* (Ricardo Ramírez) ha influido en el ánimo de la guerrilla. Lo que sucede es que ante la pasividad del partido han surgido elementos ajenos al partido que han ocupado lugares claves y lo han desplazado de su papel dirigente, “el trabajo activo y sin cortapisas desarrollado por los del 13, hace avanzar a la revolución y eso es lo positivo, lo que nos interesa como revolucionarios...”. La dirección del PGT en su polémica con los trotskistas pone el grito en el cielo diciendo que la revolución debe ser democrática nacional, “nos arriesgamos a comunicarle a un campesino para saber su opinión y su respuesta categórica fue: en un gobierno democrático nacional, hay ratas de todos los piñales” (*Molina*, 1/1965).

El segundo hecho es una carta de *Samuel* a *Herbert* (Turcios), escrita después de que Ricardo Ramírez le había expuesto al comité central los agravios del FGEI, en ocasión de su viaje a la ciudad en enero de 1965. Silva Jonama sabe que el FGEI ha elaborado un documento cuyo planteamiento verbal ha hecho ya Ramírez, se lo pide a Turcios y agrega que la dirección del PGT encuentra los planteamientos de Ramírez “de interés y sobre todo elaborados y planteados con altura y fundamentación”. Y en una reveladora autocrítica expresa “reconocemos a la luz de toda

trotskistas el 29 y 30 de abril de 1966 el cual culminó con su expulsión (Rodríguez, 1984). Pese a ello no es difícil pensar que la influencia ideológica de Gilly en el periódico era determinante.

una revisión de cosas, el error de no haber hecho y haber dejado de hacer durante un periodo importante...” Acaso aludiendo al programa y vía de la revolución, *Samuel* le asegura a *Herbert* que la dirección del PGT considera que hay muchas coincidencias y que la postura de ellos es mucho más madura que las caricaturas que han recibido de *Rudy* (Amado). *Rudy* está trabajando en función de buscar aliados en sectores que antes subestimaba (como el PUR y algunos directivos estudiantiles) y todo parece como que si quisiera hacer un “frente único” para evitar ser aislado y “aislarnos a nosotros” (Silva Jonama, 1/1965).

El PGT caminaba a marchas forzadas para reparar las consecuencias políticas de su inoperancia con respecto al FGEI.

Para ese momento ya había ocurrido la conferencia guerrillera de *Las Orquídeas* en donde una delegación del FGEI encabezada por Turcios, una más del Frente Urbano del MR-13 en la que estaban Gilly, Aguilar Mora, Loarca y Amado y otra más del Frente *Alejandro de León* encabezada por Yon Sosa habían acordado emitir la *Declaración de la Sierra de las Minas*. Turcios había concurrido a ella con el documento al que hace referencia Silva Jonama en su misiva a Turcios. Era éste la *Carta al Mando de las FAR, Dirección Nacional del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre, Comité Central del PGT y Movimiento 12 de Abril* (GEI, 10/64). No es difícil conjeturar que el redactor fundamental de tal documento fue Ricardo Ramírez y que éste tenía ya una postura definida ante los trotskistas y el PGT.

Para ese momento ya Aura Marina Arriola, quien viajó a México asilada después de salir de la cárcel y permanecer un tiempo en la clandestinidad, había trabado contacto con el revolucionario mexicano Víctor Rico Galán y éste le había advertido acerca de lo que él consideraba el papel provocador y divisionista de los *posadistas* en el MR-13. Le dio a leer un trabajo de *J. Posadas* que ella recuerda como “delirante”. Junto a Rico Galán, Aura Marina decidió viajar a Cuba y se entrevistó en varias ocasiones en reuniones conjuntas con *el Che*, el comandante Piñeiro y el asistente de éste para los asuntos relativos a Guatemala y Centroamérica, Norberto Hernández (*Noel*). Las reuniones eran en las madrugadas en el Ministerio de Industria, recuerda Aura Marina. Allí descubrió que *el Che* ya tenía una postura crítica contra los partidos comunistas, que creía que su aversión a los *posadistas* era debida a los prejuicios antitrotskistas de una militante comunista, que no conocía bien la situación de Guatemala y que además, en el mejor sentido de la palabra “era un provocador de primera en las discusiones. *El Che* te agredía para sacar de tí, para hacer que tú mismo expusieras tus realidades, te impulsaba a decir las cosas directamente” Después de

polémicas que a pesar de ser fraternas, ella recuerda como “muy violentas”, *el Che* cambió su posición y envió cartas al FGEI y al MR-13 deslindándose de los *posadistas*. “Me impactó su capacidad de rectificación” recuerda Aura Marina. Con esas cartas, ella viajó a la Sierra de las Minas en el segundo semestre de 1964 y visitó los campamentos guerrilleros de ambas organizaciones. Rico Galán también había viajado a Guatemala y se había entrevistado con Yon Sosa y no es difícil pensar que le habría comunicado sus preocupaciones (AMA/F, 1/99).

La *Carta* del FGEI al PGT, MR-13 y M-12, era una declaración de distancia frente a los trotskistas pero también emitía una acerva crítica a la concepción programática e inconsecuencia con la lucha armada del PGT. Criticaba el intento de organización del FUR (el frente amplio con sectores reformistas y revolucionarios no marxistas), lo concebía una copia mecánica del FLN venezolano y se pronunciaba después de un largo análisis sobre el desarrollo capitalista guatemalteco y su burguesía, por la lucha por una revolución socialista: “...la experiencia de la Revolución Cubana demuestra que en éstas condiciones, la revolución socialista es posible y constituye el paso necesario y obligado...”(GEI, 10/64, p. 7). El PGT sobrestimaba a la burguesía nacional y ello producía su apreciación equívoca de la revolución y su objetivo estratégico (pp- 14. 15), el cual debería ser la instauración de la dictadura del proletariado en un estado obrero y campesino (p. 29). El artículo de Guerra Borges en la *Revista Internacional*, la actividad diaria y la prensa del partido eran muestra de que éste no consideraba a la lucha armada como la forma principal de lucha y la subordinaba a otras formas (p. 16).

Estas deficiencias explicaban el surgimiento de *Revolución Socialista* a quien criticaban su convencimiento en una victoria a corto plazo en lugar de pensar en una guerra prolongada, su convicción en una revolución socialista sin tomar en cuenta el nivel de conciencia de las masas guatemaltecas, su subjetivismo en cuanto a la estimación de la voluntad revolucionaria de éstas, su crítica a la guerra de guerrillas al considerarla burocrática, formal y militarista, su propuesta de guerrilla como organizadora de masas. su planteamiento de la central única de masas concebible solamente en un estado de relativa libertad burguesa. su aventurerismo al llamar a las ocupaciones de fábricas y fincas, su animosidad contra el PGT que hacía imposible llegar a acuerdos unitarios (pp. 17-22).

La propuesta del FGEI, ubicándose en la equidistancia entre el PGT y el MR-13, era que había que constituir un nuevo centro de dirección de la lucha armada que no repitiera los errores de conducción que se habían observado (p. 25-27). que asumiera la lucha armada como forma

principal de lucha y las luchas pacíficas como secundarias, en un proceso de guerra prolongada con tres etapas: defensiva estratégica, equilibrio de fuerzas y ofensiva general (pp. 29-30) La guerrilla sería el espacio donde se concretaría la alianza obrero-campesina y en la que “los indios guatemaltecos encontrarán una completa igualdad de posibilidades para su desarrollo, que los prepare para más tarde dirigir, como les corresponde los destinos de su pueblo”(p. 33). El FGEI haciendo uso del marxismo-leninismo, el pensamiento guevariano, algunos preceptos maoístas y de la experiencia vietnamita, surgía con una identidad distinta a la del PGT y barruntaba una nueva organización, amenaza con la cual concluía su texto, “Si la incomprensión, intransigencia o conservadurismo de las organizaciones respectivas nos dejan solos un tiempo...” (p. 34).

Con estas ideas concurren Turcios y su contingente a la conferencia guerrillera de *Las Orquídeas* en diciembre de 1965. En ella aceptó la declaración con la que concluyó aunque posteriormente negó haberla firmado. Es parcial decir como lo hacen Debray y Ramírez (1975, pp. 272-273) que en el transcurso de dicha conferencia Gilly y los trotskistas embaucaron a Turcios. Enfáticamente Gilly afirma 32 años después, “decir, como dice Debray, que yo embaucé a Turcios es ponerlo como *pendejo*”(AG/F, 12/98). Al analizar el contenido programático de los trotskistas del *Buró Latinoamericano*, éste tenía coincidencias esenciales con el planteamiento del FGEI que a Turcios y a sus acompañantes les deben haber parecido suficientes. Ajeno a sutilezas ideológicas, pues su formación en ese campo era incipiente y rudimentaria (CM/F, 7/97), a Herbert deben haberle bastado las coincidencias esenciales en “el objetivo estratégico de la revolución” y la decisión de Yon Sosa de impulsar la lucha armada, para llegar a acuerdos con el MR-13. A los trotskistas, la coincidencia programática que aparecía en la *Carta* del FGEI debe haberles parecido sustancial, por lo demás el adversario a derrotar era el PGT: “...se discutió la carta de la GEI. no pasó nada con ella porque nadie dijo que estaba en contra, lo que se dijo fue que podían agregar otras cosas, nadie se oponía al objetivo de revolución socialista, más bien Turcios estaba de acuerdo también, y allí se acordó sacar una declaración. ¿Para que te ponés a discutir un documento que no te parece mal?”(AG/F, 12/98).

Hecha esta salvedad hay que introducir un matiz necesario por la inconciencia de Turcios ante las sutilezas ideológicas. En un discurso a un grupo de campesinos, con motivo del IV aniversario de la rebelión del 13 de noviembre, el cual hemos aludido páginas atrás como ocurrido en el contexto preparatorio de la conferencia de *Las Orquídeas*, vemos a un Turcios que habla de la central única de masas, de los comités de fábrica y de campesinos, todo ello parte de la

organización necesaria para llevar adelante a la revolución socialista y felicita al periódico *Revolución Socialista* el cual llena un vacío (RS No. 5, noviembre de 1964) La conciencia de que las diferencias estaban por encima de las coincidencias le llegaría cuando se difundió la Declaración de la Sierra de las Minas con su firma. En una carta de *Román* a *Lisandro* (presumiblemente Emilio Román López a Antonio Fernández Izaguirre) describe la depresión de Turcios cuando se difundió la declaración con su nombre. Estaba dispuesto a viajar a la capital para aclarar personalmente su participación en la conferencia de *Las Orquídeas*, tomar medidas para que Yon Sosa reconsiderara. Era grande el remordimiento que le ocasionaba el que en la citada conferencia, aquel le había dicho que “no apoyaría nada en que yo no estuviera de acuerdo.” (Ruano, 1997).

Turcios debe haber llegado a la ciudad de Guatemala a fines de febrero o principios de marzo de 1965. El 6 de marzo se difundía su carta al MR-13 en la cual renunciaba a dicha organización. De nueva cuenta no es difícil conjeturar que detrás de la misiva pública se encontraba la asesoría ideológica de Ricardo Ramírez. En su comunicación Turcios reitera los planteamientos ideológicos contenidos en la carta del FGEI de octubre de 1964, con la diferencia de que menciona explícitamente al trotskismo y su ataque a él es frontal, puesto que lo que en el documento anterior apenas se insinuaba, aquí se plantea desde el principio: cualquier resolución del conflicto con el MR-13 atraviesa por la expulsión de los trotskistas de su seno. La orientación del trotskismo por la insurrección y su búsqueda de apoyo de masas a la lucha armada, los habían llevado en la *Declaración de La Sierra de las Minas*, a la desesperación de llamar a la AEU y a las asociaciones estudiantiles de educación media a ser expresión del movimiento guerrillero. El trotskismo había cumplido un papel divisionista y provocador que favorecía los intereses de los enemigos de la revolución y que se expresaba en la Declaración de la Sierra de las Minas que visualizaba al MR-13 como la única expresión de la lucha armada en el país. Turcios se autocriticaba el no haber defendido con firmeza los planteamientos del FGEI en la conferencia de *Las Orquídeas*, lo que había sucedido debido a su inexperiencia y a su sectarismo frente al PGT derivado de los errores de éste último. Por todo ello, había aceptado como correctas formas organizativas tales como las centrales de masas, y a pensarlas como medios para organizar e impulsar la lucha armada. Pero también recordaba que una vez terminada la conferencia de *Las Orquídeas* había reconsiderado y que no se le había atendido. La carta reiteraba un planteamiento del FGEI: la constitución de un

nuevo centro de dirección revolucionaria y finalizaba con su renuncia irrevocable al MR-13 mientras en éste permanecieran los trotskistas (Turcios, 3/1965).

El resultado de toda esta divergencia fue la disolución de las FAR fundadas en diciembre de 1962 y el cisma con el MR-13. EL FGEI pese a contar ya con una identidad en lo esencial distinta a la del PGT, se inclinó a un acuerdo unitario con éste último. El desliz de Turcios en *Las Orquideas* y la resolución final de la conferencia de partidos comunistas latinoamericanos en La Habana de diciembre de 1964, condenando al *fraccionalismo* en los partidos, también favorecieron la unificación. Se reconstituía a las FAR, las “segundas FAR”, y de acuerdo a la propuesta del FGEI se creaba el Centro Provisional de Dirección Revolucionaria (CPDR) el cual ya en 1966 se le llamaba Centro de Dirección Revolucionaria a secas. Turcios, *Gabriel Salazar* (en su calidad de secretario general de la JPT) y Alvarado Monzón integrarían el CPDR y sería el segundo de los mencionados el coordinador del mismo (Debray y Ramírez, 1975, p. 272-273)

Ha sido dicho que la concepción del PGT predominó en el nuevo acuerdo unitario, pues en su documento constitutivo *Declaración del Centro Provisional de Dirección Revolucionaria* (CPDR, 3/1965), el objetivo estratégico de una revolución socialista tiende a diluirse (Urrutia, 1986, p. 156). Si bien esto es cierto, examinado con más detenimiento tal documento, puede advertirse en éste una suerte de conciliación de posiciones. Desde el principio el PGT concede que no existen posibilidades para la lucha pacífica y legal y que el único camino que le queda al pueblo es la violencia revolucionaria. En el contexto de auge guerrillero y de iniciativa y capitalización del creciente desprestigio de la dictadura militar, el optimismo vertebró el planteamiento: la revolución triunfará.

Párrafos después es posible encontrar una concesión del FGEI en lo que se refiere a la caracterización de la revolución: la Revolución Guatemalteca es un proceso único que no se detendrá hasta construir una nueva sociedad socialista, pero tiene una primera etapa de carácter agrario y antiimperialista que está indisolublemente ligada a su etapa ulterior, la socialista. “Comprendemos claramente el enlace íntimo entre éstas dos etapas de un mismo proceso y, al mismo tiempo, señalamos sus diferencias”. Y en una ruptura que no se había visto desde algunos pasajes del *documento de la magnesia* analizado en un capítulo anterior, el planteamiento compartido por el PGT, el FGEI, la JPT y las Zonas de Resistencia, concibe a las fuerzas motrices de la revolución como la clase obrera, el campesinado y las capas medias urbanas. La tesis de las “cuatro clases” tan explícita hasta entonces, es desechada en lo esencial aun cuando se deja una

puerta entreabierta para ciertas capas de la burguesía nacional y de la pequeña burguesía acomodada.

Se ven aquí los efectos de la postura del FGEI y de la polémica con los trotskistas, aun cuando el deslinde con respecto a ellos es tajante: los trotskistas no deducen el carácter socialista de la revolución del examen concreto de la realidad nacional sino del avance del socialismo en el mundo: su caracterización de la revolución proviene de un machote general emanado de la dirección de la IV Internacional, a través del cual se quiere hacer pasar la diversa y múltiple realidad de cada uno de los países del mundo; equívocamente igualan movimientos de masas y carácter socialista, subjetivismo en el cual también sustentan su caracterización de la revolución. La impronta del FGEI aparece en la defensa de la lucha guerrillera: los trotskistas parten de un esquema general de la revolución mundial, para concluir que las masas están preparadas para el asalto inmediato al poder a través de la insurrección armada también inmediata. De allí que aun cuando en Guatemala se vean obligados a hablar de la lucha guerrillera, la consideren como la forma más atrasada de lucha.

Habiendo llegado a un acuerdo en lo que se refiere al carácter de la revolución, las diversas organizaciones dirigidas por el CPDR también llegaban a un consenso con respecto a la vía revolucionaria. Esta estaría integrada por tres etapas, la de la defensiva estratégica en la cual se establecerían guerrillas, zonas de resistencia, redes de apoyo donde hubiese condiciones para hacerlo. Una segunda etapa sería la del equilibrio, en la cual las guerrillas se desarrollarían y extenderían, se observaría una guerra móvil, la represión se haría cada vez más salvaje y el imperialismo incrementaría su intervención. La tercera etapa de la guerra del pueblo sería la de la ofensiva estratégica, sustentada en una incorporación del pueblo en lo fundamental a la guerra y sería allí cuando podría plantearse la combinación de las acciones militares con la insurrección general.

El acuerdo de marzo de 1965, no era más que un equilibrio precario entre una consolidada cultura política largamente construida desde la década revolucionaria, y una recién nacida, en proceso de formación y por ello mismo con oscilaciones, pero que emergía vigorosamente. Permítasele al autor la licencia de presentarlas de manera tendencialmente esquemática.

La primera no descartaba a la lucha armada, presionada por el emergente sujeto político que se encarnaba en el FGEI, la JPT y las Zonas de Resistencia, incluso se adhería con entusiasmo real en algunos casos, formal en otros, a la línea de la guerra revolucionaria del pueblo. Pero era reacia a

dejar de considerar al partido como el instrumento revolucionario y a renunciar a todas las formas de lucha, a dejar de observar las diferencias, fisuras y conflictos en “el enemigo de clase” y en determinado momento a establecer acuerdos con otras fuerzas de carácter reformista. Tenía una concepción de la dirección del movimiento basada en la existencia de un colectivo dirigente, en la práctica había dividido la dirección política de la militar. Por su propia historia política tendía a mirar a la nación desde la ciudad, a pensar sobre todo en la clase obrera y a no profundizar en el hecho de que la inmensa mayoría de dicha nación era indígena. Como bien lo destaca Urrutia, la resolución del comité central del 13 de marzo de 1965, emitida días después de la declaración del CPDR, planteaba que la guerra revolucionaria del pueblo implicaba el desarrollo de todas las formas posibles de lucha (Urrutia, 1986, pp. 158-159) y evidenciaba que el PGT no renunciaba a sus tradiciones de lucha. En las “Diez Tesis de Organización” emitidas en mayo de 1965, el planteamiento era cómo hacer para no disolver al PGT en las FAR y más bien cómo construir partido en el seno de las mismas revelan también la citada persistencia.

La segunda se consideraba a sí mismo de carácter comunista⁴⁶, pero merced a la influencia del *foquismo* no se adhería irreversiblemente a la idea de que el partido era el instrumento indispensable para hacer la revolución. Visualizaba la dirección del movimiento revolucionario en el ámbito militar puesto que allí tendría que encontrarse el esfuerzo fundamental, y más que en un colectivo confiaba en las decisiones de un jefe. Más que al partido, consideraba al frente guerrillero el protagonista esencial del cambio revolucionario, consideraba subterfugio para eludir el compromiso esencial con la guerra revolucionaria, el hablar de otras formas de lucha que no fuesen las referidas a las violentas y guerrilleras, miraba con suspicacia los acuerdos que pudiesen hacerse con fuerzas sociales o políticas que no fueran garantía de una revolución socialista y veían a la nación desde el ámbito rural, puesto que la experiencia guerrillera y el planteamiento doctrinario que los guiaba, les propiciaba dicha visión. Y por las razones ya expuestas empezaban a otear en el horizonte político la cuestión étnico nacional.

Estas diferencias ideológicas insoslayables, harían que la resolución del conflicto planteado por el trotskismo, solamente había dado un respiro temporal ante el cisma que se avecinaba.

c. La Gran Ofensiva.

Desde agosto de 1961, cuando en alguna de las calles de la capital, un comando policiaco encabezado por Ranulfo Gonzalez *Siete Litros*, cercó y mató al teniente Alejandro de León Aragón tras una refriega, la figura de Luis Augusto Turcios Lima no dejó de crecer (Fernández, 1968, p. 49). Alejandro de León Aragón, era el “cerebro” del grupo de militares rebeldes (Debray y Ramírez, op. cit., pp. 259-260) y su muerte fue un severo golpe para ellos. Yon Sosa podía haberlo sustituido pero no contaba con el dinamismo de Turcios. Posteriormente, su alianza con los trotskistas había empañado su figura como líder. A partir de enero de 1965, cuando como rayo lanzado por Júpiter, la condena de Fidel Castro cayó sobre los *posadistas* desde la Conferencia Tricontinental, Yon Sosa vio profundizado su aislamiento. Fidel había sido duro con Yon Sosa, aun cuando lo había diferenciado de los “agentes del imperialismo”: no dudaba de sus intenciones patrióticas, de su honradez, pero como dirigente había fallado; había demostrado que era un ignorante de la política y la historia del movimiento revolucionario; pero Fidel no perdía las esperanzas en que el oficial rebelde rectificara y se volviera a unir al movimiento revolucionario, ésta vez bajo la dirección de verdaderos dirigentes revolucionarios, como el comandante Turcios (Rodríguez, 1984, p. 63).

En abril de 1966, un “tribunal revolucionario” juzgó a tres trotskistas en la Sierra de las Minas (*Evaristo Aldana*, Felipe Galván y a *Roberto*),⁴⁷ y en ausencia a *Tury* (Adolfo Gilly). Después de que el fiscal del juicio, *Ernesto*, los acusó desde malversación de fondos hasta de la negligencia que llevó a la muerte a Loarca y al campesino Ramón Nájera (*Paco*),⁴⁸ el tribunal solo

⁴⁶ En 1998, cuando no pocos de los antiguos militantes de la izquierda revolucionaria procuraban dejar en el olvido su militancia marxista o comunista, *Cesar Montes* escribía en un ejemplar de su libro una dedicatoria autógrafa al autor, definiéndose a sí mismo como “un comunista de hueso colorado”.

⁴⁷ Rodríguez Suárez identifica a *Roberto* como el teniente coronel del ejército mexicano José María Ríos de Hoyos (1984, p. 53). Gilly niega que tal identificación sea cierta pero no recuerda el verdadero nombre de *Roberto* (AG/F: 12/98)

⁴⁸ Cuando el ejército detectó y atacó una casa de seguridad del MR-13 (Rodríguez, 1984). El autor recuerda bien el incidente pues la casa del MR-13 estaba a escasos metros de la suya. Apenas llegaba los 13 años cuando vio en la acera las huellas terribles de los cadáveres ensangrentados los cuales habían sido arrastrados por la calle. Hubo negligencia al no atender las advertencias que Turcios les había hecho sobre la precariedad de la seguridad de dicha casa (AG/F: 12/98), la cual era tan evidente que hasta un muchacho de 13 años podía advertirla. La noche en que Loarca y *Paco* dieron su último combate, Turcios lloró de angustia e impotencia. Se encontraba en una casa de seguridad de las FAR situada a escasos 100 metros de la que estaba siendo atacada. El comandante pensaba que su hermano *Beto*, quien lealtades fraternas aparte se había quedado con el MR-13, se encontraba en dicha casa (CLG/F: 9/98).

aceptó como válidos el primero de los cargos, expulsó a *Evaristo, Roberto* y a Felipe Galván y rompió todo vínculo con la IV Internacional (ibid., p. 74). Más de tres décadas después, Gilly considera que el asunto de los fondos solamente fue un pretexto del MR-13 para quitarse la presión que tenían por la presencia trotskista en sus filas (AG/F, 12/98) y con respecto a los fondos ya ha dado una explicación en un artículo publicado en 1978: los mismos cayeron en manos de la policía mexicana cuando él fue capturado en abril de 1966, arresto que le valió 6 años de cárcel (1986, p. 125). Todavía hoy se indigna cuando el autor le pregunta sobre el tema: “Para hacerte solamente una sola de las diez preguntas que te podría hacer: ¿y las armas con que se compraban? ¿con cacahuates?” (AG/F, 12/98). La resolución del tribunal es inequívoca: *Evaristo, Tomás* (Galván), *Roberto* y *Tury* sustrajeron parte del dinero producto de un secuestro,⁴⁹ para enviarlo a la IV Internacional (Rodríguez, 1984, pp. 70-71). En un gesto que lo enaltece, Yon Sosa se pronunció por la expulsión y no por el fusilamiento que el tribunal demandaba, y de acuerdo con la versión de los trotskistas expulsados, les devolvió sus armas y hasta les pidió ayuda para redactar un documento con respecto a la coyuntura postelectoral (Gilly, 1986, p. 126; AG/F, 12/98).

c.1. La Estrella Fulminante de Turcios Lima.

La expulsión de los trotskistas del MR-13 creó condiciones para un reacomodo con las FAR. En julio de 1966, una patrulla al mando de *César Montes* visitó el campamento guerrillero en el que se encontraba Yon Sosa e hicieron acuerdos de trabajo conjunto y solidario (Macías, op. cit., p. 160). Pero ya la estrella de Yon Sosa no opacaría la de Turcios Lima. Este se había ganado un prestigio indudable por ser bizarro en un ámbito en el que la bizzarria abundaba: su liderazgo era incuestionable y lo sustentaban sus dotes de jefe militar, sus varias escapadas de cercos policiacos, su calidad de excepcional combatiente, su participación en el diseño de secuestros de carácter político y financiero,⁵⁰ su extraordinaria capacidad táctica mostrada en el FGEI, y una osadía y audacia que incluso empujaba -para ejemplificar brevemente-, a la de combatientes como *Efigenio* o *Chema Vides*. La dirigencia del PGT así lo estimaba desde 1964-1965, y había iniciado un trabajo político e ideológico con él, que culminó en 1966 cuando Turcios empezó a asistir como

⁴⁹ En otras partes de la fuente que estamos usando se infiere que tal monto ascendió a unos 45 o 50 mil dólares.

⁵⁰ *César Montes* relata un hecho que vuelve a poner en evidencia este choque de culturas políticas que hemos sostenido páginas atrás: la dirigencia del PGT se opuso en un principio a los secuestros y puso a la disposición de Turcios un archivo con toda la documentación del estremecedor secuestro del hijito de Charles Lindbergh (Macías, op. cit., p. 125)

invitado a las sesiones de la comisión política (C/F, 11/98) y cuando en ocasión del pleno del comité central del 10 de junio de ese año presentó su solicitud de ingreso al PGT y fue aceptado (Alvarado, 1994, p. 65). De acuerdo con lo que dice *Cesar Montes*, la carta de ingreso al PGT contenía veladas críticas a éste último, por lo que su solicitud fue aceptada pero se le pidió que cambiara algunos de sus términos (*Montes* en Fernández, 1968, p. 13). No necesariamente en contradicción con lo afirmado por *César*, Cardoza recuerda que las modificaciones sugeridas a Turcios fueron acortar la parte de su autocrítica referida a sus relaciones con mujeres y ampliar las razones ideológicas de su solicitud de ingreso al PGT, y que el encargado de asesorarlo para hacerlas fue *Nestor Valle*. De lo escrito por Huberto Alvarado, se infiere que Turcios fue considerado miembro del PGT desde aquel momento (loc. cit.). Cardoza afirma enfáticamente que Turcios murió siendo miembro del PGT y la propia biografía de Turcios escrita por Ramírez así lo consigna (C/F, 11/98; Fernández, 1968, 79-81).

Encarnaba Turcios en su persona a la juventud urbana de clase media baja de la cual ya hemos hablado antes, y al mismo tiempo a los jóvenes oficiales rebeldes que mostraron como había que hacer la guerra. Estas dos fuerzas de las cuales se nutriría la voluntad guerrillera de los años sesenta se sintetizaban en el joven Turcios. Hijo de un relojero que murió cuando el pequeño Luis tenía 9 años (CCR/F, 4/98; Fernández, 1968, p.21), la madre del futuro comandante guerrillero se vio en serios aprietos para sostener a su familia integrada por José, Mélida Isabel y doña Teresa, la abuela materna. La madre de Turcios, Lilia, trabajaba por un ínfimo salario en la Contraloría General de Cuentas (ibid.) y la precariedad de la familia debe haber sido tanta, que en alguna ocasión la llevó a caer en manos de un usurero el cual por 30 quetzales la “exprimió inmisericordemente”, como el mismo Turcios le recordaba en una carta enviada desde la Sierra de las Minas (Maya Campos en Fernández, op. cit., p. 172-173).

La pobreza familiar había llevado a la abuela materna, quien trabajaba como inspectora en el Colegio Inglés Americano, a conseguirles en dicho plantel a los dos más pequeños de sus nietos. becas de estudio y libros de texto usados. Siendo el colegio asistido por estudiantes de clase media acomodada, los pequeños hermanos de Turcios sentían en carne propia la desigualdad que existía en la sociedad guatemalteca (CCR/F, 4/98). El joven Luis se vio obligado a asistir a un seminario en El Salvador (donde iniciaría una relación que no se rompería con el futuro Arzobispo de Guatemala, Monseñor Mario Casariego) y posteriormente a ingresar a la Escuela Politécnica para aliviar la carga familiar. Carlos Cáceres Ruiz, vecino de la familia Turcios cuando vivía en el

callejón Pio Porta y después emparentado políticamente con ella, recuerda al espigado y reservado cadete, cuando llegaba a visitar a su familia los fines de semana y días de franco. Era inusitado el respeto e interés que ponía a los chicuelos del vecindario que lo admiraban, cuando con uniforme y espadín se aparecía en su casa. Respondía a sus preguntas y les contaba pasajes de su vida, no tenía amistades con sus coetáneos del barrio ni novia conocida (ibid.,).

Juan José González, su condiscípulo en el Instituto Rafael Aqueche y después en la Escuela Politécnica, todavía se admira del cambio drástico dado por aquel joven en unos cuantos años. Flacucho, alto y tímido en el primer centro de estudios, a menudo era objeto de bromas por sus compañeros, sobre todo después de que por una indisposición estomacal sufrió un accidente digestivo. Años después, *Pepe* González se encontró en la Escuela Politécnica con un cadete serio y respetado, reacio a los abusos que corrientemente se cometen en las academias militares con los recién ingresados. Su carácter contrastaba con el del cadete Luis el *Cuso* Trejo, apodado familiarmente así “porque era morenito y narizón como un armadillo”. *Guicho* Trejo, a diferencia de Turcios, era bromista, extrovertido y juguetón (JJG/F, 3/98). El 13 de noviembre de 1960, el subteniente Luis Turcios Lima apenas frisaba los 19 años. Carlos Cáceres Ruiz, cuyo padre don Jorge Cáceres Soberanis, era magistrado en Zacapa, recuerda la emoción que les produjo a él, a su papá y a su hermano Jorge, en el contexto de la rebelión, el ver en alguna de las calles de dicha ciudad, al militar adolescente en traje de campaña y al mando de una patrulla militar. Los cuatro se abrazaron y Turcios les contó lo que estaba sucediendo (CCR/F, 4/98).

Luis Augusto Turcios Lima había comenzado su vida política sin advertirlo. Rebelde ante la corrupción del mando militar en la base de San José, había denunciado los robos que se cometían a costa del presupuesto asignado al *rancho* (comida) de los soldados. Según una fuente que prefiere mantenerse en el anonimato, años después Turcios relataba que había entrado en conflictos con el jefe de la base, al demostrarle en los hechos que las medidas de seguridad de la misma eran insuficientes: había logrado con un comando integrado por elementos de la misma base, penetrar las líneas de seguridad de la misma. Haya sido por las denuncias de corrupción o sus críticas a un manejo militar indolente que no correspondía a lo que él había aprendido en la Politécnica y en Fort Benning, el hecho cierto es que fue castigado y reasignado en sus funciones militares en la base militar de Poptún, El Petén.³¹ Uno de los oficiales de la base, el después coronel y cómplice de la guerra sucia Maximiliano Serrano, se lo había advertido. “No seas iluso *patojo*, ya verás como la

³¹ Campos en Fernández, 1968, pp. 164-165; CCR/F, 4/98.

vida te va a hacer cambiar de opinión” (Fernández, op. cit., p. 36). En Poptún se encontraba cuando llevaron allí en calidad de deportado a Carlos Fonseca Amador, el futuro líder histórico del sandinismo (Macías, op. cit., p. 131). La misma fuente anónima recuerda que Turcios decía que había hablado con Fonseca después de que éste le había asegurado “que no era comunista”. El sábado 12 de noviembre, en ocasión de una visita de fin de semana a su familia, Turcios fue a visitar a sus amigos a la Escuela Militar y allí se enteró que Alejandro de León Aragón, teniente instructor y jefe de la compañía de cadetes, era uno de los participantes en la rebelión militar que se fraguaba. La autoridad moral de Alejandro fue suficiente para que se embarcara en la aventura que cambió su vida: al día siguiente se encontraba en Zacapa en calidad de rebelde (Fernández, op. cit., p. 37; CCR/F, 4/98).

Temperamental y nervioso como sus hermanos, pese a ello Turcios daba confianza a los que lo acompañaban. Podía estarse en una situación arriesgada, pero su presencia tranquilizaba hasta los que no eran duchos en el combate (CRS/F, 3/98). Nada quedaba de aquel jovencuelo flacucho y tímido de ojos verdes, o del cadete ensimismado. Era Turcios a los 25 años, un hombre asertivo y enamorado. Pero en el fondo de su alma, no dejaba de ser un *patojo*. La mamá de Carlos Rafael Soto (*Vistahermosa*) no daba crédito al hecho de que aquel muchacho “educadísimo”, que con mucho respeto la saludaba cuando iba a visitar a su hijo, fuera el muy buscado comandante Turcios (CRS/F, 3/). López García recuerda un incidente que con él tuvo, cuando en la casa de *Chema Vides* vio a un *Pizarrón* que practicaba pesas, y lo retó a un duelo de box, de lucha, de lo que fuera. En el forcejeo que siguió, Turcios terminó tirado en el suelo y fuera de sí, sacó su pistola. Tuvo *Chema* que intervenir enérgicamente para que el incidente no pasara a más (CLG/F, 9/98).

Fortuny lo recuerda el 31 de diciembre de 1965 en el cuarto de un hotel en Praga, contándole a un funcionario de la embajada cubana alguna de sus espectaculares escapadas. Acostado en la cama, apenas si saludó al ex secretario general del PGT, lo cual dio un mal inicio al encuentro, dado el carácter áspero del dirigente comunista. Cuando el funcionario se retiró apremiado por la expectativa de un convivio de fin de año, Fortuny también procedió a hacer lo mismo, ante lo cual Turcios le dijo que de ninguna manera se quedaría sólo en el hotel en una noche de fiesta. Acordaron que acompañaría a los Fortuny al ágape que ofrecería la *Revista Internacional*, en la cual se presentaría como un estudiante procedente de Rumanía. El poeta

salvadoreño Roque Dalton habló con el “estudiante” y nunca le perdonó a Fortuny, el que no le hubiese confesado con quien había estado hablando.

En la última de las fiestas de año nuevo de su corta vida, Turcios terminó bebiendo y discutiendo con Fortuny en la casa de éste último. Si es cierta la apreciación de la diferenciación de culturas políticas que aquí se ha sustentado, el encuentro entre Fortuny y Turcios no podría ser mejor ejemplo. Pasaron toda la madrugada hasta que salió el sol, discutiendo sobre temas políticos, entre ellos la lucha armada. Viejo lobo de mar, el realismo de Fortuny contrastaba con el candor de aquel muchacho, quien en algún momento de la conversación se declaró “comunista y stalinista”. El desencanto de Fortuny ante el socialismo real ya había empezado y le advirtió, “Turcios, usted no sabe lo que dice”. El comandante expresaba su convicción en un triunfo cercano y el veterano dirigente partidario manifestaba el escepticismo que lo llevó a ser considerado como expresión de lo más conservador del PGT: “Mire Turcios, lo que ustedes están haciendo en Guatemala es una aventura” (F/F, 12/98).

La fulgurante carrera de Turcios, su permanente tránsito en el filo de la navaja, acaso le hacían presentir que su vida no sería muy larga. En alguna ocasión disfrazado de estudiante de medicina, acompañó a *Pedro Martínez* a entrevistarse en la morgue con el responsable de servicios médicos de las FAR; súbitamente le comentó: ~~“que jodido a de ser que lo traigan a uno aquí”~~(PM/F, 4/98). María Jerez de Fortuny recuerda a un Turcios expresivo la noche de víspera de año nuevo. La fecha era propicia para ver hacia los días del año por venir y en algún momento le confesó “yo no sé si llegaré a los 25 años.”(MJF/F, 12/98). Si fuera cierto que los seres humanos siempre tienen una vinculación con algún animal, el *nahual* de Turcios podría haber sido un lince o un jaguar. Instintivo, imaginativo, felino, de gran inteligencia natural, su muerte a los 25 años de edad, despojó al movimiento revolucionario guatemalteco de un hombre cuyo destino como su líder histórico quedará siempre como una hipótesis.⁵²

⁵² No comparte el autor la apología de Turcios escrita por Edgar Alberto Marroquín (1998). Desde el título del libro *Turcios Lima. Este sí era comandante*, el lector advierte que el propósito de Marroquín al enaltecer la figura de Turcios, es empequeñecer la de los comandantes de la URNG. Independientemente de las virtudes o miserias de estos últimos, el autor no puede estar de acuerdo con la lógica de Marroquín, la cual coincidiría con la del alto mando del ejército en años pasados: el mejor revolucionario es el revolucionario muerto.

c.2. *El Cráter.*

En las vísperas de la muerte de Turcios, el movimiento revolucionario constituido por el acervo partidario y la estructura de las FAR, se desplegaba en el país en primera instancia con el Frente Guerrillero *Edgar Ibarra* que contaba con alrededor de 100 combatientes en armas y con una periferia organizada en los comités clandestinos locales que contenían alrededor de 2 o 3 mil personas, de los cuales Debray y Ramírez calculan que unos 45 a 70 podrían ser convocados para participar en combates, aun cuando *César Montes* eleva tal cifra a unos 90. En ausencia de Turcios, era *César Montes* su comandante. En el suroriente, en el departamento de Santa Rosa, operaba un pequeño regional, mientras que en la costa sur se encontraba el Regional Sur con unos 30 –40 combatientes al mando del miembro del comité central del PGT, Tranquilino López. En la ciudad de Guatemala, la *Resistencia Urbana* había sido elevada a la categoría de Regional Central y contaba con aproximadamente unos 50 combatientes. En el occidente operaba entre los departamentos de San Marcos y Quezaltenango, el Regional de Occidente con 30-40 hombres bien armados al mando de *Nayito Castillo Johnson*. En la zona de Rabinal y Cubulco se encontraba el Regional Norte, o regional “D” con unas dos docenas de hombres al mando de *Efigenio y Pascual Ixtapá*. En Izabal, el MR-13 al mando de Yon Sosa tendría unos 30 hombres con una periferia de aldeas e influencia sobre unos 3 mil campesinos.

En total el acervo de la guerra revolucionaria del pueblo era en su momento climático, un contingente de entre 300 y 400 combatientes con una periferia de entre 5 y 6 mil personas y una audiencia nacional. Era ésta la fuerza que se enfrentaba al ejército y las diversas policías que conjuntaban un total de entre 12 y 15 mil hombres.⁵³

Es importante viendo los datos anteriores, no minimizar la fuerza política que los sustentaba. Ya se ha aseverado que en muchas ocasiones, dimensiones militares y resonancia política no tienen una relación directamente proporcional. Las acciones del PGT, FAR, MR-13 hacían un ruido cuyo eco resonaba en muchos y variados rincones de la sociedad. Uno de ellos era el constituido por dos sacerdotes y una monja estadounidenses de la orden Mariknoll, Thomas y Arthur Melville y Marjorie Bradford (*Marian Peters*).

Desde 1963, los jesuitas, los Mariknoll y algunas monjas del Colegio Belga habían organizado cursillos sobre la doctrina social de la iglesia así como de capacitación social en las

⁵³ Debray y Ramírez, 1975, pp. 285-286; Macías, 1997; Ruano, 1997; López García, 1998, pp. 143-144)
 C/M/F, 7/97; CLG/F, 9/98

áreas rurales, en los cuales participaron estudiantes buena parte de ellos de clase media acomodada e inclusive con vínculos con medios burgueses del país. Los cursillos tenían la impronta ideológica que les había dejado la experiencia asiática, particularmente la de China, a los misioneros protestantes y católicos que habían sido golpeados por la triunfante revolución de 1949. Uno de esos asistentes, Arturo Taracena Arriola, recuerda los rasgos ideológicos de los primeros cursillos: “me impactó muy negativamente que el sacerdote español que dirigía estos cursillos, el padre Jalón, usara una técnica que terminaba en que la doctrina social de la Iglesia tenía la razón y se descalificaba a Fidel Castro. Se hizo una especie de representación teatral en la que participó Héctor Dada, en ese momento militante de la Democracia Cristiana Salvadoreña. Todo el auditorio de jóvenes estaba a favor de Fidel y se les fue de las manos la reunión” (ATA/F, 3/99). Proveniente de familias en las cuales algunos de cuyos miembros tenían posiciones políticas encontradas, el después acucioso historiador terminó distanciándose del grupo de estudiantes organizado por los Maryknoll.

En abril de 1967, *Marian Peters* y los hermanos Melville habían evolucionado ideológicamente hacia la izquierda. La experiencia de trabajo con los pobres de la ciudad y del campo que Hélder Cámara auspiciaba en El Brasil, el percibir el oscurantismo oligárquico guatemalteco y la muerte de Camilo Torres, el cura que se había convertido en guerrillero, en febrero de 1965, habían sido experiencias impactantes. Así *Marian Peters*, acompañada de dos muchachas, estudiantes de un instituto público (el INCA), se había reunido en el cráter del volcán de Agua con Turcios y *Barbas de Oro*, su asistente y hombre de confianza. Del grupo de estudiantes provenientes de clases acomodadas, había emergido el *Cráter* un grupo de trabajo comunitario y discusión sobre temas sociales (ODHAG, 1998, p.71). En 1967, por medio de los vínculos de *Barbas de Oro* -éste había participado inicialmente con el grupo organizado por los Maryknoll-, algunos de los guerrilleros, entre ellos *César Montes*, empezaron a aparecer discretamente en los cursillos y paulatinamente a establecer una relación política con los religiosos mencionados y algunos de los miembros más conspicuos del *Cráter* (Macías, 1997, pp. 169-173). Pronto se empezó a hablar de crear un Frente Revolucionario Cristiano que invitara a la población indígena a participar en la revolución (ODHAG, 1998, p. 71).

Entre octubre y diciembre de 1967 varios de estos jóvenes organizaron una exploración en Huehuetenango y en El Petén para evaluar las posibilidades de organizar la guerrilla en ese lugar. “Fuimos a Sayaxché en El Petén, y a la Libertad, San Mateo Barillas, Jacaltenango, San Mateo

Ixtatán, Soloma en Huehuetenango. Nos acercábamos a las comunidades a través de cooperativas, cursos de capacitación y creación de condiciones para un frente guerrillero”. (ATA/F, 3/99).

De este trabajo político saldrían gente vinculada al movimiento revolucionario como Arturo Taracena Arriola, Gustavo Porras Castejón, Juan Mendoza, Cristina Arathon, Gustavo Meoño (después conocido en el EGP como *Manolo*), el después dirigente del EGP Guillermo *Willy* Cruz (Macías, loc. cit.) y Yolanda Colom (YC/F, 6/97). A mediados de diciembre de 1967, un sacerdote que tenía conocimiento de las labores del *Cráter*, informó de las mismas al superior de su orden. La información llegó hasta el Arzobispo de Guatemala, Monseñor Mario Casariego quien emplazó a los hermanos Melville y a *Marian Peters* a que proporcionaran los nombres de los guatemaltecos que estaban implicados en las labores de carácter subversivo. Estos se negaron a hacerlo pero tuvieron que salir del país, y otro tanto hicieron los jóvenes revolucionarios y el propio *Barbas de Oro* (GM/F, 3/98; ATA/F, 3/99).

Pese al final abrupto del trabajo político iniciado por los *Maryknoll* y *el Cráter*, sus dos grandes dividendos habrían de proyectarse de manera decisiva en el ciclo guerrillero iniciado en la década de los setenta: el contacto con los sectores indígenas que estaban dispuestos a participar en la lucha revolucionaria y el vínculo con medios religiosos en proceso de radicalización.

c.3. Elecciones y Revolución: El Preámbulo del Cisma.

La dictadura militar encabezada por Peralta Azurdia había perdido la iniciativa en 1966 y es un hecho que pese a la existencia de una resistencia heroica de partidos reformistas como la URD, que actuaban en la legalidad, era la dialéctica dictadura-insurgencia la que determinaba la vida nacional. La ofensiva no podía ser por ello meramente militar, sino tenía que desmontar las premisas políticas que le daban aliento a la subversión revolucionaria. Las elecciones planteadas para el 6 de marzo de 1966 cumplirían esa necesidad imperiosa de legitimidad. La dictadura militar buscó continuidad a través de la candidatura del coronel Juan de Dios Aguilar, postulado por el Partido Institucional Democrático (PID). La ultraderecha expresada en el Movimiento de Liberación Nacional lanzó al coronel Miguel Angel Ponciano. Por su parte la candidatura de la oposición lanzada por el Partido Revolucionario era encabezada por Julio César Méndez Montenegro. Académico prestigioso, veterano de la insurrección del 20 de octubre de 1944, uno de los 14 estudiantes que ese día se presentaron en la Guardia de Honor para combatir (Zea, 1989), la figura del profesor universitario, antaño revolucionario, revitalizó al partido que lo postulaba. Y es

un hecho histórico ineludible el que, como la dirección del PGT lo advirtió, tal candidatura despertó entusiasmo en amplios sectores de la población. El epicentro de la resistencia a la dictadura empezó a trasladarse de la insurgencia hacia las esperanzas electorales y tal traslación obligó al movimiento revolucionario a efectuar medidas que la frenaran.

Sin embargo, por la tradición política de la que venía, en el seno del PGT la coyuntura electoral despertó esperanzas en una transición. Desde México, un sector del mismo, visiblemente encabezado por Víctor Manuel Gutiérrez envió a la dirección del partido un documento planteando el que había que apoyar la candidatura de Méndez Montenegro (Silva Jonama, 1969; Debray y Ramírez, 1975, p. 276). Como bien lo hacía notar Silva Jonama (1969), lo que la dirección del PGT calificaba como una “desviación de derecha” tenía adherentes implícitos y diseminados en las filas del PGT. Nuevamente se planteaba en otro momento, la alternativa ya mencionada en algún capítulo anterior de este trabajo: se luchaba por la revolución para construir una sociedad con nuevas bases democráticas o se propugnaba por una apertura democrática que pudiera crear nuevas condiciones para una revolución. La disyuntiva está presente en la defensa que Cardoza hace de la línea del PGT ante la coyuntura electoral de 1966: “La gente ya estaba harta de la represión y no estaba apta para formas de lucha más cruentas, además Méndez Montenegro despertaba esperanzas, había sido de los que había participado en el 20 de octubre en la toma de la Guardia de Honor. Había que darle el apoyo para ver si se podía lograr un gobierno de transición... había que abrirse espacios políticos para continuar la lucha revolucionaria en otras formas” (C/F, 11/98).

El planteamiento de la parte fundamental de la dirección del PGT tenía coincidencias con la postura expresada desde México, pero también tenía diferencias sustanciales con ella. Cardoza recuerda las discusiones que se observaron en el seno de la dirección en aquellos momentos y las opiniones de Alvarado Monzón y Silva Jonama entre otros: era un hecho que la candidatura de Méndez Montenegro estaba teniendo arrastre popular y no había que estar al margen de ese hecho ineludible, había que apoyar a Méndez Montenegro, porque “las fuerzas revolucionarias también tenían que hacer política”, tenían que romper la camisa de fuerza de la clandestinidad, aprovechar la coyuntura electoral para salir a la calle y vincularse a las masas (C/F, 11/98). Particularmente después de mayo de 1966, cuando se supo del pacto secreto entre el candidato electo y el alto mando del ejército, la diferencia con la postura conservadora, era que la dirección del PGT tomaba la coyuntura como un respiro para acumular fuerzas, no dejar aislado al movimiento revolucionario ante la traslación del epicentro de la resistencia antidictatorial, y crear nuevas condiciones para

continuar la guerra revolucionaria del pueblo. El pleno del comité central del 10 de junio de 1966, expresaba inequívocamente la postura de la dirigencia del PGT que se ubicaba como equidistante entre el conservadurismo y la tendencia izquierdizante. No albergaba esperanzas en el gobierno de Méndez Montenegro: “El nuevo gobierno, será una nueva forma a la que recurren los imperialistas; un gobierno que utilizará dos armas distintas: la violencia y la represión, por un lado, la demagogia y las reformas mínimas por otro”.⁵⁴

Para una parte significativa de las nuevas generaciones de revolucionarios, Turcios, *César*, *Nestor Valle*, *Gabriel Salazar*, aquella lógica era oportunista en ambos casos. Si se había “adoptado una línea de guerra había que seguirla” (C/F, 11/98). Cualquier acción que no fuera en sentido de la lucha armada tendría efectos de dispersión y volvería a colocar a formas de luchas que no eran las violentas, en el primer lugar de los esfuerzos revolucionarios, desvirtuando el que en el impulso guerrillero se había hecho ya. Desde La Habana, probablemente en acuerdo con Ramírez, Turcios había expresado esta postura y con ella había regresado a Guatemala. Pero estando ya en el país, en el contexto de las discusiones con respecto a que hacer con un Méndez Montenegro ya electo, Turcios varió su actitud. En alguna de las reuniones expresó palabras más, palabras menos: “No me han convencido los compañeros, pero nosotros los militares manejamos mejor la táctica y la estrategia, apoyemos a Julio César, yo no creo que sea el personaje indoblegable que ustedes creen que es, pero si pienso que la derecha no va a reconocer su victoria, no le va a entregar el poder, entonces si va a haber una razón válida para que el pueblo sostenga nuestro esfuerzo militar, el pueblo verá la lucha armada en términos más favorables.” (C/F 11/98). Podría haber sido ésta la lógica de Turcios para aceptar la línea del PGT, aun cuando como afirma *César*, también el comandante revolucionario no quiso hacer más problema por la situación extremadamente difícil que creó el arresto y desaparición de más de tres decenas de dirigentes y militantes del movimiento revolucionario en los días previos a las elecciones (CM/F, 7/97).

Por lo demás desde enero de 1966, la II Conferencia de las FAR, también llamada por las crónicas revolucionarias, un pleno ampliado del Centro de Dirección Revolucionaria (CDR), había tomado la decisión de llamar a votar por Méndez Montenegro. López García tiene en su manuscrito (1998, p. 143) un precioso trozo del trabajo de *Chema Vides* (*Mis Ideas Peregrinas*), que resulta de vital importancia puesto que como hemos visto, no era *Chema* precisamente alguien a quien se le podría endilgar una “desviación de derecha”. El criterio decisivo para adoptar la

⁵⁴ Silva Jonama, 1969; Alvarado, 1994, pp. 58-60, 64.

decisión, según recuerda José María Ortiz Vides, se encuentra en esta frase: “La verdad es que no éramos nosotros quienes podíamos decidir la conducta de las masas ante las elecciones”. Los dirigentes de las FAR estaban convencidos de que lo que se avecinaba era “una farsa electoral”, pero “no todo el pueblo estaba conciente, pues las elecciones crearon la esperanza en mucha gente que esperaba por lo menos un alivio después de doce años de dictadura anticomunista”. Aunque casi todos votaron por apoyar a Méndez Montenegro “a la hora de determinar la responsabilidad de quienes decidieron... todos tratamos de zafar el bulto”.⁵⁵

Las evaluaciones hechas por los jefes de los regionales evidencia la complicada y compleja coyuntura. Como dirigente del Regional Norte, *Pascual Ixtapá* expresó que “la cosa está jodida pues resulta que... los mismos comités de las FAR son delegaciones del PR. Así es como hemos estado trabajando hace tiempo”. El jefe del Regional del Sur, Tranquilino López (*Zapata*), expresó que “era problemática la cuestión” y que era ineludible tomar una decisión. En su calidad de miembro de la dirección del Regional de Occidente, Leonardo Castillo Flores se pronunció por votar por el PR, el regional de occidente “había estado preparando alcaldías para las FAR”. *César Montes*, en su calidad de comandante del FGEI, se pronunció de manera ambigua pues dijo que “no se podía dar línea única”. en el oriente había situaciones parecidas a las planteadas por *Pascual* y además se tenían experiencias negativas como las de Santa Rosalía, lugar que había sido reprimido cuando la población siguió la orientación de la guerrilla de votar NO en alguna de las elecciones. En la crónica de Ortiz Vides, él mismo aparece apoyando la resolución de votar por Méndez Montenegro como lo hicieron la mayoría de los presentes, no por otra convicción sino por la de que “el cambio no determinaría nada más que un pequeño período de tranquilidad. Las unidades de resistencia estábamos preparadas para actuar y eso era importante”. En su relato, solamente *Gabriel Salazar*, uno de los integrantes del CDR y ex secretario general de la JPT,⁵⁶ aparece pronunciándose de manera inequívoca en contra de apoyar al PR. En su libro y en

⁵⁵ “Zafar el bulto”, modismo guatemalteco que significa eludir responsabilidades.

⁵⁶ La JPT había sido diluida como parte de las resoluciones derivadas de “las Diez Tesis de Organización” (Ruano, 1997). Oscar Arturo Pérez recuerda que la dispersión de esfuerzos entre tareas de la JPT y la lucha armada hizo que un grupo de su dirigencia (Fernando *el Indio* Hernández -*Gabriel Salazar*-, Julio Segura y Manuel Cordero Quezada entre otros) planteara su disolución (OAP, 98), la cual fue recogida por la resolución ya mencionada. En el contexto de una creciente conflictividad ideológica, tampoco a la dirección del PGJ le convenía una organización juvenil con autonomía.

testimonio dado al autor, *César Montes* afirma haber votado en contra. Otra fuente también hace aparecer a *César y Nestor Valle* votando en contra.⁵⁷

La contraposición entre las diversas tendencias hizo necesaria la Conferencia del PGT realizada entre el 25 y 27 de febrero de 1966 (Alvarado, 1994, p. 58). La dirección del PGT intentaba encontrar una salida que impidiera la división del movimiento revolucionario o por lo menos que la misma se diera posteriormente. De acuerdo a lo que Huberto Alvarado menciona en su libro (1994, p. 61), la dirección evaluaba que la división siempre sería un favor hecho al enemigo, pero podía tener consecuencias distintas en dos situaciones históricas completamente diferentes: en el contexto de un ascenso revolucionario la unidad era imprescindible. Las dos culturas políticas, las tres tendencias⁵⁸ tendrían en la Conferencia la arena política necesaria para dirimir sus diferencias, las cuales a la hora de las alianzas serían encabezadas por el PGT por un lado y la dirigencia de la JPT y el FGEI por el otro (Ibid., p. 58). Tenemos en el testimonio de José Alberto Cardoza, una versión de sus incidencias que rebasa el relato formal que nos dan otras fuentes.⁵⁹ La Conferencia se realizó en alguna localidad rural del municipio de Amatitlán (Macías, p. 114) y a ella asistieron casi un centenar de delegados según recuerda Cardoza. Estos habían recibido y discutido previamente, un material elaborado por la dirección del partido en el cual la lucha armada se planteaba como un esfuerzo revolucionario dirigido por el partido (C/F, 10/97).

El que la dirigencia política estuviera por encima de la dirigencia militar era un planteamiento irritante para la corriente izquierdista del movimiento revolucionario, “nosotros no somos militares de nadie” le diría poco tiempo después *César Montes* al periodista uruguayo Eduardo Galeano (Galeano, 1967, p. 15). Carlos Rafael Soto que tuvo a su cargo en algún momento la edición de la revista ideológica del PGT, *Nuestras Ideas*, había incluido un artículo acerca del papel del partido en las fuerzas armadas revolucionarias que provocó gran molestia en Turcios. “el descontento de él era porque pensaba que las FAR nunca se iban a supeditar al partido”. Soto decidió quemar los 80 ejemplares de los que constaba la exigua edición para acabar con el conflicto

⁵⁷ Fernández, 1968, p. 74; Macías, 1997; CM/F; 7/97

⁵⁸ Escrito cuando el encono producto de la división de 1967-1968 seguía fresco, Ramírez habla de una postura correcta (la del FGEI), otra que era arrastrada por la primera (la *Resistencia Urbana*), una arribista y oportunista con diferencias no esenciales con la dirección del PGT (la dirección de la ya disuelta JPT) y finalmente la de la dirección del PGT que arrastraba a todo el aparato partidario (Fernández, 1968, pp. 70-72). En el artículo escrito con Debray (1975, p. 276) ya se inclina por la interpretación de las tres posturas y otro tanto hace *César Montes* en su libro y su testimonio (Macías, op. cit., pp. 11-114; CM/F, 7/97).

⁵⁹ Debray y Ramírez, 1975; Alvarado, 1994; Macías, 1997

(CRS/F 3/989). En los primeros meses de 1966, Régis Debray ya estaba trabajando en su controversial folleto, además del acceso a archivos y dirigencia cubana, el brillante intelectual francés se nutría de la amistad e inteligente interlocución de Ricardo Ramírez. *Pizarrón* recuerda cómo en una conversación, Debray, Ramírez y *Noel* le preguntaron si en su opinión el partido era necesario para hacer la revolución. Pese a sus roces con el PGT, el primero finalmente era criatura del PGT y respondió que sí; para su sorpresa toda la discusión entre los tres concluyó con la afirmación de Ramírez: “el partido no sólo no era necesario sino hasta se podía convertir en un obstáculo”(CLG/F, 9/98). Fácil es pensar que el documento elaborado por la dirección del PGT era controversial para una parte de los delegados de la Conferencia, los cuales pensaban que el partido debería irse transformando en una organización político militar (C/F, 10/97).

Entre los que hizo uso de la palabra se encontraba *Gabriel Salazar* (Fernando *el Indio* Hernández). De extracción humilde y ascendencia indígena, como lo evidenciaba su apodo, *Salazar* había sido un asistente de Mario Silva Jonama desde los días del gobierno de Arbenz (ibid.). En algún momento quiso estudiar en la Facultad de Humanidades y en la de Derecho de la Universidad de San Carlos (AMA/F, 1/99; CLG/F, 9/98) pero las exigencias de la lucha revolucionaria lo habían apartado de cualquier aspiración académica. Enconado en las discusiones, hosco con quienes consideraba sus adversarios, *Salazar* tenía sus propias aspiraciones de liderazgo, al extremo de que el IV Congreso del PGT en diciembre de 1969 lo retrató como un “arribista y oportunista” (Alvarado, 1994, p. 58). Su intervención en la Conferencia fue un terrible ataque contra la representativa figura de Víctor Manuel Gutiérrez por su falta de combatividad. De carácter bondadoso, de una honestidad incuestionable, el ataque de *Salazar* dejó a Gutiérrez demudado y hasta derrumbado moralmente. Ni siquiera aceptó hacer uso de la palabra para responderlo (C/F, 10/97). Pocos días después sería arrestado y desaparecido por las fuerzas represivas de la dictadura, cayendo así, en el contexto de una fuerte lucha interna, uno de los comunistas más respetados en el país.

Pero el ataque de *el Indio* no era solamente una intolerable falta de respeto, estaba dirigido contra un “santón” de la vieja guardia quien además había encabezado a lo que se llamaba la corriente conservadora. La polémica con respecto a su figura que siguió al embate de *Salazar* en esencia era una polémica política e ideológica. *César* respondió a la arrada defensa de Gutiérrez hecha por Cardoza con argumentos que reflejaban el choque ineludible de las dos lógicas que hemos ya esbozado páginas atrás: a lo mejor era excesivo el ataque contra Víctor Manuel pero

tampoco éste debía ser intocable, “en ese momento los verdaderos revolucionarios deberían estar en la montaña”. Cardoza contraatacó diciendo que el ser comandante no necesariamente era impresionante, “allí estaba en Cuba el ejemplo de Eloy Gutiérrez Menoyo”. Era grave ofensa la insinuación de que los guerrilleros o sus jefes podrían ser comparados con el jefe de los *comevacas* del II Frente de El Escambray: Gutiérrez Menoyo era junto a Hubert Matos encarnación de la traición a la revolución. *César* espetó metralleta en mano “esto va a ser Troya”, y Joaquín Noval retadoramente le respondió “pues que sea hijo de la chingada”, originándose en ese momento un movimiento de los delegados, la mayoría de los cuales estaban armados. La Conferencia estaba a punto de terminar en un zafarrancho y Alvarado Monzón, Silva Jonama y otros participantes a gritos lograron restablecer el orden (C/F, 10/97).

Al reunirse la comisión política en el receso obligado por el clima de ánimos caldeados, Alvarado Monzón expresó la necesidad de la serenidad. Momentos después *César* y un grupo de sus seguidores se acercaron con una propuesta de negociación: la discusión del documento de la dirección del PGT debería ser postergada y la Conferencia debería resolver la integración de un nuevo comité central. Pese a las condenas a la indisciplina y al fraccionalismo que se aprobaron en ella (AMA/F, 1/99), el logro fundamental del evento fue éste precisamente. Saldrían del comité central y de la comisión política, dirigentes que eran inoperantes, poco aptos para los momentos que se venían o considerados de la tendencia conservadora. Ingresarían a ambos organismos nuevos dirigentes, jóvenes representativos de la corriente política izquierdista. Esta tenía ya una lista de candidatos al comité central, la cual coincidía en lo esencial con la recomposición pensada por la dirección del PGT. Pese a que ésta última hubiese podido armar una mayoría sobre la corriente izquierdista, hubiese sido un error político hacerla valer pues no se hubiera logrado lo que aquella consideraba su meta principal: salvar la unidad.

Salieron de la comisión política Víctor Manuel Gutiérrez y José Alberto Cardoza, entrando *César Montes* y *Néstor Valle*. Del comité central salieron Alfredo Guerra Borges, Francisco Hernández Álvarez, José Luis Ramos, Efraín Villatoro, Manuel Sánchez y dirigentes que estaban fuera del país como José Manuel Fortuny. Entraban al máximo organismo de dirección del PGT Ricardo Ramírez quien ya se encontraba en La Habana (quien en los hechos rechazó tal nominación por estar ya en camino a la ruptura) y ex dirigentes de la JPT como *Gabriel Salazar*, *Néstor Valle*, Leonardo Castillo Johnson y Oscar Vargas Foronda. Con su habitual hosquedad, *Salazar* votó en contra de él mismo, provocando que Vargas Foronda le recriminara su actitud en el

pleno del evento (C/F, 10/97). La unidad se mantenía, pero como la actitud de *Salazar* lo evidenciaba, el cisma seguía su ineluctable gestación.

Cardoza recuerda que al final del evento apareció Turcios recién llegado de La Habana, quien se congratuló por la composición del nuevo comité central el cual coincidía con lo que él había pensado. Habló ya de la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), por lo que la misma eligió dos delegados a dicho evento, Cardoza (por el PGT) y *Néstor Valle* (por las FAR) (C/F, 10/97). Otras fuentes no concuerdan con esta versión: Turcios habría llegado a Guatemala en los primeros días de marzo para inmediatamente entrar a la reunión del CDR, de la cual sus integrantes saldrían a balazos al ser cercada y atacada por la policía la casa en la que dicho organismo se reunía (Macías, op. cit., pp. 115-116; CM/F, 7/97).

Es una caricatura de lo que realmente sucedió, presentar a la dirección del PGT como ilusionada con el triunfo de Julio César Méndez Montenegro. No por lo menos para su parte fundamental después de mayo de 1966, cuando deben haber empezado a circular rumores del pacto secreto celebrado en esas fechas entre el presidente electo y el alto mando militar. El pleno del cc de junio de 1966, hizo una caracterización, que resultó ser exacta, del régimen que estaba por tomar posesión y había aceptado el ingreso de Turcios al partido, lo cual le daba validez legal a su participación en la comisión política. ~~El nuevo comité central tenía ya la impronta de la nueva~~ generación de revolucionarios. La dirección comunista avizoraba la placidez del clima que presagia a la tormenta: era sabido que ejército y fuerzas policiacas habían duplicado sus efectivos y presupuesto y que contaban con avituallamiento, adiestramiento y asesoría militar por parte de Washington. Era claro que se venía una ofensiva militar y no era Turcios el único que la presagiaba. El “respiro” del que hablaba *Chema Vides*, debía ser aprovechado según el pleno para consolidar a la organización clandestina, capacitar y entrenar política y militarmente a los combatientes, trabajar en las zonas guerrilleras en preparación, hacer acciones de propaganda armada y crear redes de autoabastecimiento (Alvarado, 1994, p. 65).

En realidad la ofensiva avizorada ya había dado su primer zarpazo desde principios de marzo de 1966, en las vísperas de las elecciones. Más de tres decenas de dirigentes y cuadros clandestinos del PGT, FAR y MR-13 habían sido capturados, torturados y asesinados sin que sus cuerpos aparecieran. El operativo había sido diseñado por la inteligencia estadounidense, la cual le pasó al régimen de Peralta Azurdia toda la información necesaria para proceder. La información provenía de una infiltración en el PGT y fue esta la versión que dio al EGP el funcionario y

empresario Roberto Herrera Iburguen cuando permaneció secuestrado por dicha organización (Macías, op. cit., p. 115; CM/F, 7/97). El MR-13 ya había sido golpeado con la captura y desaparición de David Aguilar Mora en diciembre de 1965 (MAM/F, 11/97; AG/F, 12/98) y sufrió otro severo golpe con el secuestro y desaparición de Eunice Campirán, Iris Yon Cerna, Carlos Barillas Sosa, Francisco Amado Granados, Fernando Arce Behrens y otros militantes en los primeros días de marzo de 1966. La *Resistencia Urbana* había perdido a Ricardo Berganza Bocaletti (*el Garfio*) en diciembre de 1965 en un operativo dirigido por *Nayito* Castillo Johnson, destinado a recoger el dinero dado como rescate en un secuestro (MRR/F, 98). Al término de la Conferencia del PGT, el grupo que estaba realizando los trabajos preparatorios para crear un frente guerrillero en la zona aledaña al volcán de Tajumulco, fue capturado en Retalhuleu, torturado en la base militar de dicho lugar y luego trasladado a la capital en donde fue asesinado.⁶⁰ En una casa de la zona 11 fueron capturados Víctor Manuel Gutiérrez y las hermanas de Víctor Palacios. Elvira y Cándida (FAR, 4/66). Estas dos últimas salvarían la vida al ser rescatadas de la cárcel de mujeres por un comando encabezado por el propio Turcios.

El golpe dado por las fuerzas represivas había sido terrible. Sin embargo no había sido total, al salvarse del mismo el CDR en la acción que páginas anteriores hemos mencionado. Eludieron la acción represiva el responsable de inteligencia del PGT, Cayetano Barreno (*Antonio*), quien salió de la casa 15 minutos antes de que ésta fuera cercada, además de Turcios, Alvarado Monzón, *César Montes* y *Gabriel Salazar* (CM/F, 7/97).

c.4. Los Dividendos del Terror.

El 1 julio de 1966, el PGT y las FAR acordaron dar una tregua al régimen de Méndez Montenegro, el cual entraba en funciones ese día. Públicamente la tregua se planteaba como una muestra de buena voluntad hacia el nuevo gobierno. La intención política de tal postura era clara: habiendo despertado gran apoyo popular la candidatura de Méndez Montenegro, PGT y FAR aparecían dándole el beneficio de la duda. En el seno del comité central y del CDR, la tregua era planteada con los objetivos preparatorios ya consignados líneas atrás. Dos meses después, en un comunicado público del CDR firmado por Turcios y Alvarado Monzón, las FAR reiteraban su

⁶⁰ Se encontraban en dicho grupo personas de las que ya hemos hablado en capítulos anteriores: el histórico dirigente Leonardo Castillo Flores, Víctor Palacios, Humberto Pineda (*el Suave*), el sobreviviente de la guerrilla de Concuá Leonardo García Benavente. También Francisco José Macías se encontraba en dicho grupo. (CM/F, 7/97; C/F, 12/97).

planteamiento de tregua, afirmando que pese a las diversas acciones represivas que en el mismo denunciaban, pese al pacto que había hecho el presidente con la cúpula militar y la derecha, pese a su naturaleza antipopular, mantendrían el cese de hostilidades que habían establecido desde el 1 de julio (FAR, 9/66). En el texto se observaba una incoherencia entre el planteamiento de la tregua y las denuncias que se hacían, la cual resulta inexplicable si no se advierte la diferencia entre las declaraciones públicas y los propósitos clandestinos.

Con el olfato que le daba su oficio militar, Turcios vio la necesidad de enfatizar lo que desde el pleno de junio de 1966 se había planteado: aprovechar la tregua para prepararse militarmente y enfrentar con éxito la ofensiva enemiga que ya se veía en el horizonte. Este es el contenido de lo que se ha dado en llamar su “testamento político”, puesto que fue escrito menos de un mes antes de su muerte (Turcios, 1966). En su *Turcios Lima*, Ramírez retrata al comandante revolucionario en sus últimos días, luchando heroicamente contra el oportunismo del PGT, víctima de una conjura tácita de parte de un bloque de reformistas, oportunistas y arribistas y atrincherado con sus leales del FGEI (Fernández, 1968, pp. 58-59). Otros datos permiten tomar con reserva esta imagen, y concluir que por su propia lógica militar, Turcios estaba convencido de la necesidad de la tregua como antes había sido convencido de la necesidad de apoyar a Méndez Montenegro sin que esto implicara en él falsas ilusiones.

Cuando han pasado muchos años y *Pizarrón* se ha convertido en Carlos López García, un universitario -no necesariamente de izquierda-, preocupado por temas de educación superior, recuerda aquella coyuntura: “Lo que te voy a decir es una contradicción: la tregua era necesaria pero había que romperla” (CLG/F, 9/98). En 1966, *Pizarrón* debe haberse quedado con la parte que consideraba un error la tregua, y su naturaleza discolá lo llevó a fraguar con *Rolito* un aprovisionamiento de armas, cuyo objetivo era desencadenar una serie de acciones a nombre de una organización fantasma. Con ello la tregua se rompía y no se comprometía a las FAR y al PGT. En el transcurso de una conversación en la que Turcios le había expresado que estaba en desacuerdo con la tregua pero que era necesario hacerla, *Rolito* debe haberlo pensado mejor y le comunicó los indisciplinados planes. “Un día estaba comiendo en mi casa, recuerda López García, y mi hermana me dice ‘allí te busca Turcios’. ¡puta vos!, ni siquiera esperó que mi hermana lo pasara adelante, entró hasta donde yo estaba y me dijo: ‘rompes la tregua y te fusilamos’. Y salió de la casa” (CLG/F, 9-98).

No sería ésta la única insubordinación contra la tregua en el seno de las FAR. Sandoval relata en su libro (1998, pp. 112-115) que una veintena de combatientes de distintos regionales se reunieron en un parque de la ciudad, para discutir la posibilidad de impulsar acciones armadas en abierta rebeldía contra el mando de las FAR, a efecto de sacar a la organización de “la especie de sopor en que se encontraba”. En esta ocasión, debido a su rango, fue *Jarita* quien encabezó el brote de descontento y fue el jefe de la *Resistencia Urbana, Fuguché*, quien desarticuló la intentona.

El “testamento político” de Turcios comenzaba argumentando lo acertado de los planteamientos que fundamentaban el cese temporal de hostilidades y lo infundado que eran las apreciaciones de quienes consideraban tal acuerdo de conciliatorio. Había momentos en los cuales la lucha armada sería la predominante y otros en los cuales por ejemplo la lucha de masas tendría un rol principal. El momento actual indicaba que pese al optimismo que despertaba el desarrollo guerrillero y el dominio político que habían logrado en algunas regiones del país, las fuerzas revolucionarias tenían limitaciones todavía y no estarían en capacidad de salir airoso ante una ofensiva desencadenada por una acción provocadora de parte del movimiento revolucionario. La suspensión de hostilidades era necesaria para aumentar la capacidad defensiva y ofensiva de éste último. Era necesario ganar tiempo para desarrollar al máximo la organización, elevar el nivel político de militantes y combatientes; impulsar activamente las luchas de masas; impulsar la preparación político-militar, y evitar unilateralizaciones entre “valientes” que solo tiraban balas, y “loros” que repetían las obras completas de Lenin (Turcios, 1966).

Todo esto formaba parte de la preparación que había que realizar para hacerle frente al “cambio que indudablemente ocurrirá en cualquier momento”. Era necesario contemplar el cerco que se iba tender sobre el Frente Guerrillero *Edgar Ibarra* el cual sería lanzado con mayores medios técnicos que en anteriores ofensivas. Los enemigos a vencer en el terreno militar eran las bandas paramilitares que los *liberacionistas* estaban organizando en todo el territorio nacional y el ejército. Para derrotar la ofensiva reaccionaria era necesario preparar cuadros de dirección, fortalecer la capacidad de los aparatos de propaganda, asegurar las comunicaciones entre las diversas guerrillas, asegurar la rápida concentración y dispersión de éstas, elevar la capacidad de combate de las fuerzas guerrilleras a través de entrenamientos en emboscadas de contención, hostigamientos y aniquilamiento, golpes de mano, contacto y ruptura, operaciones anticero. Después de las guerrillas eran los comités locales clandestinos y grupos de resistencia los que jugarían el papel principal en el enfrentamiento a la ofensiva. Ellos tendrían que realizar campañas

de sabotaje y hostigamiento, destrucción y obstaculización de todas las carreteras, ajusticiamiento de *liberacionistas* involucrados en la represión. El objetivo de todo lo anterior era frenar el primer impulso de la ofensiva e infligirles una gran derrota político militar (Turcios, 1966).

El planteamiento de Turcios no era ni contradictorio, ni excluyente con el planteamiento hecho por el comité central de junio de 1966. Acaso llevado por una exageración de las diferencias de Turcios con la dirección histórica del PGT, a Ramírez le parece que su “testamento” era acertado tácticamente pero que no tenía una visión estratégica (Fernández, 1968, pp. 59, 60). Quizás lo que sucedía es que Turcios no tenía planteada una ruptura con el PGT que implicara una reformulación integral de la estrategia, sino simplemente contener la ofensiva que ya se respiraba en el ambiente. Esta sería la diferencia entre su escrito (un documento de unas 15 cuartillas) y lo que escribiría en marzo de 1967 el propio Ramírez, ya en el contexto de un cisma político visualizado a un corto plazo (EGP, 3/67).

La discusión en relación a la tregua de 1966 se ha centrado en dirimir si fue un error político o si no lo fue. Habría que agregar para profundizar el debate, las interrogantes de si era necesaria y si las equivocaciones que se cometieron en aquel momento eran inevitables. El planteamiento de Debray y Ramírez (1975, pp. 285, 289-290) es que la tregua relajó la disciplina, la seguridad y la moral de combate de la guerrilla, y que por todo ello la gran ofensiva la encontró ~~desorganizada~~, desmovilizada, sin unidad interna y con la mayoría de sus jefes ausentes de la zona de operaciones. El testimonio de López García (CLG/F, 9/98) confirma el relajamiento mencionado y la vulnerabilidad que crearon las conversaciones con personeros del nuevo gobierno (por ejemplo el canciller Emilio Arenales Catalán), lo que permitió operaciones de seguimiento a jefes combatientes. “Parecía que estuviéramos en otro país. *Efigenio* era el encargado de las FAR para ir a los archivos de la policía nacional y judicial a destruir todas las evidencias de la guerrilla. En esa labor la contraparte era el jefe policiaco Alberto *el Bachiller* Barrios”.

En las conversaciones deben haber habido acuerdos extraños, como el que se acaba de mencionar, si es cierto lo que Carlos Rafael Soto afirma: haber acompañado a Joaquín Novak a recoger 5 mil dólares a la oficina de Emilio Arenales Catalán (CRS/F, 3/98). La relativa tranquilidad creada por la tregua dio paso a una visión descuidada y triunfalista. Los contingentes guerrilleros realizaron acciones de propaganda armada descuidando medidas de seguridad (“nunca realizamos más acciones de propaganda armada que en esos días” recuerda *César*) (CM/F, 7/98). el

FGEL fue abandonando el terreno más propicio para la lucha guerrillera y sobrestimando su capacidad de combate empezó a moverse en zonas donde era vulnerable (Alvarado, 1994, p. 66).

Al día siguiente de la muerte de Turcios el ejército gubernamental desencadenó la esperada ofensiva. Los pueblos de las partes altas de la Sierra de las Minas fueron evacuados por éste, mientras que los ubicados en las zonas aledañas a la carretera al Atlántico fueron ocupados e instalados en esos lugares guarniciones militares. En las aldeas de La Palma, El Rosario y una cercana a Teculután, fueron apostadas fuerzas de tarea compuestas cada una de ellas por batallones de 400 hombres cuyo puesto de mando estaba en la aldea de La Pepesca. La primera fase de la ofensiva fue psicológica: el ejército reunía a la gente en las aldeas, les hacía saber del conocimiento que tenía de la relación de colaboración con la guerrilla, les recordaba que ésta había llamado a votar por Méndez Montenegro, “ustedes votaron por él y allí está de presidente. ¿porqué entonces la guerrilla no se desmovilizó?”. La alocución terminaba con una tajante amenaza a todo aquel que siguiera colaborando con los insurgentes. Empezó a actuar *La Mano Blanca* pintando su logotipo (una mano extendida) en las paredes de las casas de los aldeanos reputados como miembros de los comités clandestinos locales (JSG/F, 3/99).

El mando de la guerrilla en oriente (Turcios, *César* y *Camilo*) se había apoyado en los terratenientes de la región para resolver problemas logísticos y estos ante la presión amenazante del jefe de la base militar de Zacapa, el coronel Arana Osorio, habían defecionado y traicionado. Así Oliverio Castañeda Paiz, Rigoberto Orellana, Mauricio Rosales y los hermanos Aldana, para poner ejemplos, después de ser colaboradores de la guerrilla pasaron a ser colaboradores activos de la G-2 (inteligencia militar). *La Mano Blanca* empezó a funcionar con hechos: secuestró, torturó y asesinó a miembros de los comités clandestinos locales. El terror se empleó a fondo para desarticular la base social de la guerrilla. “Les quitaban la lengua, los genitales se los metían en la boca, les sacaban los ojos, los dejaban tirados en los caminos donde ellos sabían que nosotros pasábamos, a algunos los reconocíamos, a otros ya no porque las aves de rapiña los desfiguraban” (Ibid.).

Patrullas ligeras comunicadas entre sí por radio subían hacia la cresta de la montaña con el objetivo de hacer contacto con los contingentes guerrilleros y comunicar a una columna móvil movilizadada por la carretera el sitio del encuentro a efecto de desplazar soldados a la zona y cortar la retirada de la guerrilla, todo esto acompañado de un bombardeo de la zona de operaciones a efecto de aterrorizar a la población civil. Después de la emboscada de Sunzapote, la guerrilla se

había dividido en los tres contingentes mencionados páginas atrás. Ahora tal fraccionamiento era más perentorio a efecto de hacer menos blanco al enemigo y enfrentar la creciente desintegración de los comités locales clandestinos y la creciente evaporación de la simpatía y el apoyo local ante el terror desencadenados por comisionados militares y escuadrones de la muerte.⁶¹ La ofensiva militar y las acciones de terror se observaron también en la ciudad de Guatemala y en los Regionales del Norte y de Occidente, en donde la fuerza militar revolucionaria y áreas de influencia se mermaron (Debray y Ramírez, 1975, p. 297). Para completar las desgracias, el 23 de octubre caía abatido Emilio Román López, (*Pascual Ixtapá*) uno de los principales dirigentes del Regional Norte, al ser cercado por la policía judicial en el consultorio de un dentista (PM/F, 3/98).

En el oriente esta disminución de simpatía pudo haberse debido también -se barrunta ya en el testimonio de *Monsanto*- al hecho de que para muchos de sus pobladores, la salida de la dictadura militar y la llegada del "tercer gobierno de la revolución" con toda su demagogia propiciaban confusión. Después de todo el PGT y las FAR habían apoyado la candidatura del nuevo presidente (CLG/F, 9/98). El FGEI empezó a recibir golpes contundentes desde el principio. En noviembre de 1966, la traición de un campesino propiciaba que una emboscada al pelotón de Rolando Herrera (*el Chino Arnoldo*) lo aniquilara casi completamente incluyendo a su jefe (Debray y Ramírez, p. 296). El contingente encabezado por *Camilo* también fue sorprendido por lo que tuvo que evacuar el lugar apresuradamente, dejando abandonado la mayor parte de su armamento. Se adentró hacia la parte más alta de la sierra, llamado por las FAR *El Aconcagua*, lugar en el cual se junto con la patrulla de 5 hombres que encabezaba *Monsanto* (JSG/F, 3/99).

La moral de los combatientes estaba en los suelos por lo que *Camilo* y *Monsanto* acordaron tomar San Agustín Acasaguastlán. *Monsanto* con 10 hombres atacaría de frente a la guarnición y *Camilo* con 20 más atacaría por los lados. La operación fracasó al no cumplir *Camilo* con su parte del plan pues en el último momento, cuando el primero ya estaba en acción, le envió un mensaje avisándole que no atacaría. El resultado fue un desastre. *Rolito* fue herido gravemente en las rodillas y en el transcurso de la noche -el ataque había comenzado a las 11.30 de la noche- se desangró y murió. *Monsanto* viajó a la ciudad de Guatemala e informar a *César Montes* lo ocurrido. "César estaba un poco molesto por la situación de *Camilo*, no nos explicábamos que le había pasado, porque *Camilo* era un hombre valiente." (JSG/F, 3/99)

⁶¹ Debray y Ramírez, 1975, 290-296; Alarcón, 1997, p. 152

A fines de 1966, *César Montes*, el comandante de las FAR, subió a la sierra y *Camilo* se retiró con un grupo de combatientes hacia Izabal. Vivió junto con *Monsanto* y otros combatientes la fuerte ofensiva que se desplegó por esos días. Un fuerte bombardeo con rockets y *napalm* lanzados desde aviones *Mustang* y B-26 (presumiblemente los mismos que se habían usado en Playa Giron en abril de 1961) no fueron suficientes para desarticular a la columna guerrillera. En enero de 1967, después de instruir a *Monsanto* para que se moviera hacia el centro de la sierra, *César* volvió a bajar a la ciudad. La misión de *Monsanto* era llegar hasta los buzones que tenía el FGEI en Alejandría y Río Hondo. Con armamento precario y una base de apoyo social mermada, las urgencias de la guerrilla ya eran grandes. Dejando a *Andrócles Hernández* con una patrulla en *El Aconcagua*, *Monsanto* bajo con un contingente en el que iban Salvador Orellana (*el Gallo Giro*) y *Rocael de la Sierra*.

También iban Otto René Castillo y Nora Paiz, quienes pocos meses antes se habían integrado a la guerrilla después de terminar su entrenamiento en Cuba. Nora Paiz iba en muy malas condiciones, tenía paralizado el brazo izquierdo y la humedad de la montaña la estaba acabando. En estas circunstancias arribó la columna a la zona donde recibiría el golpe final. *Monsanto* mandó a dos patrullas (una de ellas al mando de *el Gallo Giro*) a abrir los buzones en los cuales armamento y provisiones tan necesitados se encontraban. Una de las patrullas regresó diciendo que había encontrado los buzones desenterrados y las provisiones regadas por el suelo. La información era inquietante pues implicaba que algún combatiente o combatientes habían sido capturados y estaban dando información. La patrulla dirigida por *el Gallo Giro* nunca regresó. El grupo de *Monsanto* supo por la radio que había habido un enfrentamiento en el que habían muerto tres guerrilleros. Probablemente desde ese momento se dio la traición de *el Gallo Giro*, pues posteriormente, después de haber restablecido contacto con *César* en la ciudad, apareció en las primeras planas de los diarios anunciando su defección.⁶²

Los apremios de la guerrilla hicieron que el contingente bajara a la casa de un antiguo colaborador, Cornelio Portillo. Resultó extraño que no estuviera en la casa y que las mujeres de la familia insistieran en que el contingente pasara la noche allí. No lo hicieron pero acamparon en algún lugar cercano, a las orillas del río que pasa por la aldea Jones. Allí fueron sorprendidos el 19 de marzo de 1967 por el ejército, mientras preparaban la comida. Este desarticuló a los 10

combatientes, la mayor parte de los cuales huyeron desarmados. “Empecé a disparar y me di cuenta que Otto y Nora habían dejado sus armas y que corrieron río arriba”. Nora Paiz y el poeta Otto Rene Castillo fueron capturados. Sufrirían junto a otros 13 campesinos atroces torturas y morirían fusilados, sentados puesto que les habían quebrado las piernas. Fueron quemados y enterrados en una zona alejada al campo militar en donde habían sido martirizados (Morales, 1994, p. 230-232). La versión que da *Pablo Monsanto*, proporcionada a la guerrilla por Mauricio Rosales quien jugaba el papel de doble agente acaso por temor a represalias a su familia, fue que fueron llevados al puesto militar de La Palma en donde el entonces teniente Horacio Soto Salam (después un conocido general) personalmente los quemó vivos (JSG/F, 3/99).

Se apagaba con Otto René Castillo la vida de uno de los grandes poetas guatemaltecos de la segunda mitad del siglo XX, cuando apenas había subido a la Sierra de las Minas. Una necesidad imperiosa de congruencia entre su práctica y su poesía lo había llevado a la zona más peligrosa en el momento de mayor peligro. Carlos Sarti, discípulo suyo en el campo de entrenamiento en Cuba⁶³, lo recuerda, en un encuentro que tuvieron en la ciudad, bastante desencantado con lo que había visto en la montaña, pensaba que había militarismo, falta de visión de largo plazo y por todo ello deficiencia de conducción. Pese a ello albergaba esperanzas en el papel que pudieran desempeñar los integrantes del contingente con el cual se había entrenado en la isla (CSC/F, 3/98).

Monsanto y lo que quedaba de su grupo de combatientes, pudieron eludir el cerco del ejército. Atravesaron La Fragua y el río Motagua y llegaron a Zacapa en donde se refugiaron en la casa de la familia de uno de los sobrevivientes. El sábado de gloria de la semana santa de 1967, *Monsanto* llegó a la cafetería de *doña Fuguchona* quien quedó sorprendida porque los daban por muertos. *Fuguché* haría el mismo comentario no sin laconismo “Putá vos, los muertos reviven”. En julio de ese mismo año, ya se encontraba en Rabinal, intentando de nueva cuenta la instalación de un foco guerrillero, esta vez en las verapaces (JSG/F, 3/99).

Días después de la muerte de Turcios en octubre de 1966, *Pizarrón* había subido con *Camilo* a la Sierra de las Minas. La situación del primero en la ciudad era insostenible. Había resultado herido y capturado en ocasión del atentado que se le hizo a Alberto *el Bachiller* Barrios

⁶³ Salvador Orellana, *el Gallo Giro*. Llegó a convertirse en un colaborador de Arana Osorio. Murió en 1970 en un supuesto accidente automovilístico, que bien pudo ser la mascarada de su liquidación cuando dejó de ser útil o se convirtió en un problema

en julio de 1965 (CLG/F, 9/98). Después de una estancia en Cuba para su recuperación había regresado a Guatemala. En diciembre de ese año, uno de los jefes de la *Resistencia*, Ricardo Berganza Bocaletti, había sido capturado y desaparecido en la ciudad. *Canción* fue capturado a mediados de 1966 después de una espectacular persecución de la que *Jarita* logró escapar y lo mismo sucedió con *Chema Vides* en esos días. Dado sus antecedentes ambos eran hombres muertos, pero pudieron salvar la vida porque su captura se dió cuando los tres altos funcionarios de estado ya habían sido secuestrados por la *Resistencia Urbana* (Sandoval, op. cit., p. 127). De acuerdo a lo que *César Montes* dice en su libro *Chema* saldría del país y su participación en la vida guerrillera de Guatemala terminaría: posteriormente estaría entre los fundadores del Partido Revolucionario Obrero Campesino en México en donde sería capturado por su participación en la colocación de una bomba en las afueras del Palacio Nacional; en 1972 sería liberado por un comando que lo canjeó por él y otros presos políticos a cambio de la libertad de Leonhardy, el cónsul estadounidense en Guadalajara (Macías, 1997, p. 129)⁶⁴

Entre 1966 y 1967 la *Resistencia Urbana* seguiría sufriendo golpes. En diciembre de 1966, *Jarita* murió cuando un comando urbano asaltó a un pagador de la policía judicial y el asalto resultó mal. En junio de 1967, el jefe de la *Resistencia*, *Fuguché* y Luis del Valle (*Saraguaté*) fueron detectados y cercados, optando por el suicidio el primero y siendo capturado herido el segundo. Dos días después apareció muerto y totalmente desfigurado (Sandoval, pp. 120, 150). En el verano de 1967 también fue muerto Nils Coronado Muralles. *Mano e' tigre* también fue detectado en esos días y abatido. Se había especializado en el robo de automóviles para ser usados en operativos militares urbanos: “Vos le pedías a *Mano e' tigre* un carro y él te preguntaba que marca, modelo y color querías” (CLG/F, 9/98). Libo Haroldo González, fue capturado y recluido en una cárcel clandestina en el municipio de Villa Canales, de la cual intentó huir sacando de la misma a una militante de las FAR. Cuando regresó por otro combatiente capturado, de apellido Natareno, fue sorprendido y muerto.⁶⁵

⁶³ al igual que lo fue Régis Debray quien se preparaba para su deslucida participación en la guerrilla del *Che* en 1967.

⁶⁴ Nuria Boldó, revolucionaria mexicana de origen catalán, contó al autor en su lecho de enferma poco antes de morir a fines de 1997, que su organización (Unión del Pueblo-UP) tuvo contacto con *Chema Vides* entre 1969 y 1970, pero que se alejaron de él por considerarlo demasiado radical. En el segundo lustro de la última década del siglo, *Chema* seguía como combatiente en algún lugar del planeta.

⁶⁵ Conversación con Mario René Matute del 27 de febrero de 1999.

En la segunda mitad de noviembre de 1967, *Chumalia*, en ese momento un joven combatiente de 17 años, recuerda aproximadamente en 35 el número de combatientes a cargo de *Camilo* (Ch./F, 5/99). A esto hay que agregar unos 200 combatientes irregulares que rápidamente se fueron disolviendo en medio de la gran ola de terror que castigó a toda la región. Ya *César* había bajado a la ciudad y se encontraba visitando los distintos regionales, para resolver los conflictos que surgían por la ausencia de un liderazgo del tamaño del que poseía Turcios. *Camilo* se encontraba entonces al mando del contingente militar más fuerte entre las fuerzas revolucionarias. Una conferencia planeada para definir el rumbo de la guerrilla se quedó sin la asistencia de *César*, por estar éste ocupado en las labores propias del reforzamiento de su liderazgo y sin la presencia de *Monsanto*, por no poder moverse su columna hacia el punto de reunión por la presencia del ejército. Agobiados por los golpes recibidos y la volatilización de la base social, la reunión se hizo con sólo cinco combatientes, los que por su jerarquía y experiencia podían conocer la situación real: *Camilo*, *Pizarrón*, Oscar Raúl Blanco (*Macho Blanco*), Luis Trejo Esquivel y un tío de *Camilo*, el tío *Moi*. De estar en lo cierto López García, aquellos cinco combatientes se quedarían sorprendidos por lo que decía *Monsanto* en una grabación enviada con un correo en vista de su imposibilidad de asistir a la reunión: habría que pensar si la guerra de guerrillas todavía tenía viabilidad en aquel momento.

De esa reunión salió la conclusión de que *Camilo* debería bajar a la ciudad para buscar orientación. El regreso de éste en enero de 1967 trajo noticias descorazonadoras, también los demás regionales habían sido fuertemente golpeados. Hombre taimado y con ambiciones de liderazgo, *Camilo* tenía que hacer complejos cálculos relativos a la situación militar del FGEI, su posición como comandante que adquirió en el primer semestre de 1967, las relaciones con la dirección del PGT y el CDR, su situación frente a *César Montes*. Todos estos factores hacían que viajara a la ciudad. En los primeros meses de 1967, después de una ausencia de aproximadamente seis semanas, se presentó en la columna a su mando con un pequeño grupo de combatientes que recién habían regresado de un curso de instrucción política en el *Komsomol*⁶⁶ entre los cuales estaban Oscar Morales (*el Aguila*), César Abascal y un pariente de *Rigoberto Molina*, un joven de apellido Stolinski Franco, también subió con ellos Mario Botzoc (Ch./F, 5/99). La situación era kálfiana, puesto que con una base social mermada y acosados por el ejército, la guerrilla apenas se podía sobrevivir. Llevar más combatientes resultaba agobiante para la guerrilla pues los abastos ya

⁶⁶ La escuela de cuadros de las juventudes del PCUS

eran escasos. *Camilo* explicó a *Pizarrón* que los había tenido que llevar pues temía que la dirección del partido lo descalificara.

De regreso de un viaje posterior, *Camilo* traería ascensos militares decididos en una reunión encabezada por *César*. En realidad esta reunión había sido promovida por la dirigencia del PGT para darle una respuesta a medidas que estaban tomando en La Habana Ricardo Ramírez, *Chema Vides* y *Gabriel Salazar*. Asumiendo un documento de crítica al PGT y de nueva fundamentación de los caminos de la guerra (*el Documento de Marzo*), se habían constituido en una suerte de comandancia. En la respuesta promovida por el PGT, se constituía otro mando de la guerrilla integrado por el secretario general del PGT, Bernardo Alvarado Monzón, Leonardo Castillo Johnson, *Camilo* y *César* en calidad de comandante en jefe. *Nayito* era el segundo al mando, *Camilo* sería el comandante del FGEI, *Néstor Valle* sería el tercero, *Socorro Sical* y *Monsanto* eran ascendidos a capitanes y otros combatientes, entre ellos uno llamado *Amílcar*, a tenientes.⁶⁷

Pero mientras sucedía todo esto, ya el nuevo comandante del FGEI estaba evaluando la desmovilización del mismo. En junio de 1967 le comunicó discretamente esta posibilidad a *Pizarrón* y ante sus reparos lo amenazó con el fusilamiento (López García, 1990; CLG/F. 9/98) La entrañable amistad de juventud quedaba rota irremediablemente. Los argumentos del segundo eran seguir golpeando por atrás al ejército y sobrevivir, no desmovilizar a la columna y prepararse para una movilización a otra zona. En la distancia el propio López García ve como fantásticos estos planteamientos y póstumamente le concede la razón a su compañero de armas. *Camilo* veía la situación muy grave, la guerrilla no podía golpear y por tanto no tenía la iniciativa, se mantenía en una huida en zozobra, le habían destruido la base social y no pocos de los colaboradores ahora trabajaban para el ejército. El problema de fondo decía *Camilo*, prefigurando lo que habría de ser la línea de las FAR después de la división, es que la zona de la Sierra de las Minas no era adecuada para la guerrilla. “A la gran puta decía yo, recuerda López García, después de siete años ahora resulta que ésta no es una zona guerrillera”. *Pizarrón* hacía sus propios cálculos, puesto que el planteamiento de *Camilo* era desmovilizar a los combatientes campesinos y urbanos y enviarlos respectivamente a sus lugares de origen y a la capital, lugar éste último que veía de gran peligro para gente como él (CLG/F. 9/98).

Los combatientes campesinos intuían que la situación no era buena y *Camilo* aprovechó para otorgarles licencias para visitar sus hogares. Dividió a la columna en dos segmentos, el grueso

⁶⁷ Debray y Ramírez, 1975, p.298; CLG/F. 9/98; JSG/F. 3/99; Ch/F. 5/99

de ella estaría al mando de *Pizarrón y Macho Blanco* y otra más pequeña estaría bajo su dirección e integrada entre otros combatientes por Mario Botzoc, Trejo, el *tío Moi*, los *konsomoles*, *Chumalia* y *Emilio*, un campesino de la costa sur que se había convertido en un avezado guía. La columna se reunió y *Camilo* dio un discurso de despedida en el momento de la separación de los dos segmentos, en el que hacía aparecer el movimiento solamente como una desmovilización parcial de los que habían obtenido una licencia. La guerrilla continuaría les dijo, y estaría esperándolos para seguir el combate. *Chumalia* recuerda haber sido convencido con los argumentos de *Camilo*. “realmente no estábamos en condiciones de soportar nada, a lo más podríamos soportar un combate”. Con poca comida, los abastos suspendidos, el armamento precario y la base social destruida, la desmovilización se estaba convirtiendo en un imperativo. Recuerda López García: “Cuando nos separamos las dos columnas, yo sentí que *Camilo* me estaba mandando a morir. Me quitó las botas que yo traía, la ametralladora *Thompson* me la cambió por una vieja carabina de tiro por tiro y me mandó a salir por la ruta más peligrosa” (CLG/F, 9/98).

La parte mayoritaria de la columna caminaría hacia el norte de la sierra, en dirección a Los Amates mientras que *Camilo* y su grupo lo haría en dirección contraria. La idea inicial de *Camilo* era atravesar la sierra y salir a Alta Verapaz, pero rápidamente se desechó puesto que la caminata hubiese requerido unos dos o tres meses, lo cual resultaba imposible para una guerrilla extenuada y en circunstancias tan difíciles como las que ya se han planteado. No les quedaba más remedio que salir por los municipios de Gualán y Zacapa, ruta peligrosa puesto que el ejército se encontraba apostado por esos lugares (Ch/F, 5/99).

Pizarrón y Macho Blanco (quien hasta poco tiempo antes no sabía de la desmovilización total del FGEI) bajaron a un paraje cercano a la carretera, ya habían enterrado las mochilas y las armas, y en ese lugar hicieron salir a los campesinos paulatinamente. Cuando ambos se quedaron solos se encaminaron hacia la casa de un campesino que era pariente de Yon Sosa, este les informó que el MR-13 también había quedado disperso por la ofensiva militar. De hecho, Yon Sosa había sido herido en mayo de 1967 y se había replegado a la capital (Debray y Ramírez, 1975, p. 299) En su versión de la desmovilización *César Montes* considera la actuación de *Pizarrón* como un crimen pues dice que la mayoría de esos combatientes fueron capturados y/o asesinados en sus lugares de origen (Macías, 1997, p. 174). Mas aun, sustenta su versión en un informe que le dio *Macho Blanco*. López García afirma que *César* no estuvo en los acontecimientos, que *Macho Blanco* fue

capturado y desaparecido días después de haber llegado a la capital y que la desmovilización fue una orden de *Camilo*.

No sería el primer asunto en que testigos o protagonistas desdicen la versión de *César*. La de López García podría estar sustentada en el hecho de que antes de salir para Cuba en julio-agosto de 1967, el primer comandante dejó establecida una comisión para investigar la responsabilidad de *Camilo* en la desmovilización del FGEI lo que podría implicar que fuera degradado (Debray y Ramírez, p. 306). Más aun, en un extenso testimonio concedido al autor, *Pablo Monsanto* recuerda que en efecto *César Montes*, el máximo comandante guerrillero de aquel momento, salió de Guatemala creyendo que *Camilo* había muerto en la retirada de la Sierra de las Minas y con la idea de que había ordenado la desmovilización del FGEI, lo cual a su juicio había sido una decisión sumamente censurable. *Monsanto* afirma haber tenido un encuentro en las verapaces con *Camilo*, en el que éste con rabia e indignación le comentó que había llegado a sus manos una carta dirigida por *Montes* a *Monsanto*, en la creencia de que *Camilo* ya había muerto. En ésta le decía que de ser cierto el hecho de que *Camilo* había ordenado tal desmovilización, la triste realidad era que “había muerto como un traidor” (JSG/F, 3/99).⁶⁸ Cabe imaginarse que el de por sí precario liderazgo de *Montes* en el seno de las FAR, tenía los días contados por lo menos en lo que al influyente *Camilo Sánchez* se refería.

Chumalia recuerda con dificultad que *Pizarrón* y *Macho Blanco* tenían la indicación de *Camilo* de juntarse en la ciudad con al menos algunos de los campesinos desmovilizados, orden que de ser cierta *Pizarrón* no cumplió, pues de acuerdo con su propio testimonio envió a sus casas a los desmovilizados y los convocó a una reunión, a la cual de antemano pensaba no asistir. *Pablo Monsanto* coincide con la versión de *Chumalia* pues recuerda que *Camilo* le relató que había decidido desmovilizar al FGEI, porque “la guerrilla estaba totalmente desmoralizada” pero que la indicación era reunir a la guerrilla en la ciudad de Guatemala. Fue a esa reunión en una cafetería en la zona 6 de la ciudad la que le costó la vida a *Macho Blanco*, puesto que pese a las recomendaciones de *Pizarrón* acudió a ella. Fue capturado y a partir de ese momento desaparecido por las fuerzas de seguridad. Podrían haber sido estos incidentes los que habrían motivado el enojo de *Camilo* contra *Pizarrón*, al extremo de que éste último salió de Guatemala

⁶⁸ *César* ha confirmado al autor que escribió dicha carta y que cuando salió de Guatemala creía que *Camilo* había muerto, pero niega que haya escrito que éste último había muerto como un traidor (CM/F, 5/99). Por cierto, esta versión pone en duda lo que afirman Debray y Ramírez, a menos de que hubiese sido posible

para México en septiembre de 1967, convencido de que el primero quería tomar las medidas más drásticas contra él (CLG/F, 9/98).

En aquellas fechas *Pizarrón* iniciaría una nueva vida y la guerrilla se convertiría para él en un remoto recuerdo.

Pese a los cálculos de *Camilo* el segmento minoritario del FGEI tuvo pésima fortuna en su camino a la desmovilización. *Chumalia*, quien pudo sobrevivir, ha dado al autor el testimonio del desgraciado fin del FGEI. En julio de 1967, una vez *Pizarrón* y *Macho Blanco* habían desbandado a los combatientes a su cargo, éste se reducía a 10 combatientes: *Camilo*, *Amílcar*, *Emilio el Pajuil*, *el Tio Moi*, Mario Botzoc, Luis Trejo, César Abascal, Stolinski Franco, *el Aguila*, y *Chumalia*. Camilo había decidido la composición de la columna puesto que según dijo le estaban exigiendo que llevara de regreso a la ciudad, sanos y salvos, a los combatientes urbanos que recién se habían incorporado a la guerrilla. Caminaron por la sierra hacia Gualán y Zacapa, orientándose hacia la zona más peligrosa puesto que en ella el ejército tenía la mayor presencia: “A partir de Gualán empezamos a tener más preocupación por las emboscadas, Trejo estaba preocupado, estaba seguro de que nos íbamos a topar con el ejército, es que esa ya era zona de contacto”. Además la sierra dejaba de tener tupida vegetación haciendo más vulnerable a la columna guerrillera, la cual podía ser visualizada por el ejército con mayor facilidad, pese a que los combatientes estaban caminando con una distancia entre sí de 5 o 7 metros. *Emilio el Pajuil* oteaba ya el peligro. Ya los había visto un campesino desde uno de los trabajaderos de la zona y en las circunstancias que se vivían, era más que probable que hubiese informado al ejército del paso de los guerrilleros. Ese incidente hizo que el guía considerara que era prudente volver a meterse en un lugar más protegido en la sierra. Esto fue lo que ocasionó que el ejército pudiese alcanzarlos el 23 de julio a media mañana.

Caminando cuesta arriba, la guerrilla se había detenido un momento a descansar. *Chumalia* escuchó un ruido que atribuyó al paso de algún animal. En realidad era un guía de las fuerzas gubernamentales, quien se detuvo metros abajo de donde se encontraba él. Fue Mario Botzoc quien abrió fuego con arma corta y acto seguido comenzó el combate. *Camilo* y *el Pajuil* huyeron sierra arriba, mientras el resto de los combatientes lo hicieron en dirección inversa, así fue como los dos primeros se separaron del resto de los combatientes. Trejo se quedó parado en un matorral

posible degradar *post mortem* a *Camilo Sánchez*. Sin embargo, esto no excluye que *César Montes* ordenara una investigación sobre el papel de aquel en la desarticulación del FGEI

esperando que pasaran todos los combatientes puesto que su responsabilidad era la retaguardia de la columna, “cuando yo pasé oí que me decía ‘¡agacháte!’, yo le respondí ‘¡agacháte vos también!’. ‘no, yo estoy bien aquí’ me respondió”. Las fuerzas gubernamentales dirigieron un fuego nutrido de *Garand* hacia el movimiento de los matorrales y *Chumalia* solamente oyó el ruido seco de un cuerpo al caer. Era Trejo, el cual había recibido un balazo en la cabeza. Luis Trejo Esquivel terminaba así sus días. Adolfo Gilly recuerda que era Augusto Vicente Loarca quien comandaba las jerarquías entre los militares rebeldes debido a su antigüedad y mayor rango (AG/F,12/98). Sin embargo, según Paz Cárcamo, en un principio, en lo que se refiere a criterio político, después de Alejandro de León, era Luis Trejo quien estaba en la cima, incluso por encima de >Yon Sosa y Turcios (GPC/F,00). Sin embargo, nunca pudo la imagen de Trejo recuperarse del incidente infortunado, en el que en una conversación con alcohol de por medio, no pudo soportar las bromas de un militante de la JPT, *Moralitos*, y lo mató. Fue degradado y enviado a la montaña castigado y por ello al morir, tenía un rango mínimo en el FGEI (López García, 1990).

Stolinski Franco que había sido sorprendido sin zapatos, pues tenía los pies ampollados, no pudo moverse rápido y también fue muerto. El *Tío Moi* recibió un balazo que le destrozó el brazo mientras que *el Aguila* recibió un rozón de bala. Cuando corrían todos hacia abajo por el faldón de la montaña, *el Tío Moi* les dijo a sus compañeros que lo dejaran, estaba pálido y desangrándose, no podía moverse bien pues tenía el brazo muerto. Les dio su ametralladora *Thompson* y se quedó con una escuadra, prometiendo suicidarse si era alcanzado. “Lo que debe haber pasado es que el *Tío Moi* se desmayó y se murió” concluye *Chumalia* cuando recuerda que no se oyó disparo alguno.

Los sobrevivientes pudieron llegar a la aldea Las Cruces, en la cual el recién ascendido teniente *Amilcar* tenía familiares. Estos lo ayudaron dándoles navajas de afeitarse y comida, pero le advirtieron que si volvía a parecer lo denunciarían pues el ejército tenía amenazado de muerte a todo aquel que no obrara de esa manera. *El Aguila* tenía documentos y en un momento expresó que intentaría salir por la carretera, advirtiendo que lo haría con autorización o sin ella. Así bajaron a la carretera él y César Abascal turnándose para parar un autobús que los sacara del lugar. Abascal corrió con mala fortuna, pues salió a la carretera en el momento en que un camión del ejército pasaba y fue capturado. Nunca más se supo de él. *El Aguila* pudo salir en dirección a Puerto Barrios. El acuerdo era que los dos llegarían a la ciudad de Guatemala y organizarían la manera de encontrar a Mario, *Amilcar* y *Chumalia* en un punto de la carretera, para sacarlos del lugar. Eso nunca sucedió. Providencialmente los tres combatientes fueron recogidos en la carretera por un

pariente de Celestino Valenzuela, el organizador de la resistencia en *La Limonada*, y después de varias peripecias, arribaron a la capital el domingo 30 de junio. Pudieron pasar la noche en la oficina de un abogado colaborador de las FAR y de allí se fueron a refugiar a la casa de otro colaborador en el poblado cercano de Amatitlán.

Ese día de junio de 1967, lo que en un momento fue llamada “la guerrilla más influyente en América Latina”, estaba prácticamente liquidada.

c.5. La Conferencia de la OLAS.

Si fuera cierto que existían relojes distintos en Guatemala y Cuba al reiniciarse la lucha guerrillera a fines de 1962, alguna metáfora similar podría decirse en el fin de su primer ciclo. La interpretación que hacía Gilly a principios de 1966 con respecto a la renuncia de *el Che* a sus cargos y nacionalidad cubana, en el sentido de que tal hecho evidenciaba un giro a la derecha de la revolución cubana (el artículo está reeditado en Gilly, 1986), no parece estar sustentada en los hechos. En 1966, el gobierno cubano daba fuertes indicios de estar comprometido con la idea de la revolución continental. La Conferencia Tricontinental de enero de 1966 fue un evento que mostraba tal voluntad, la cual se expresaba en el apoyo para atizar tres focos revolucionarios en América Latina: Guatemala, Venezuela y Bolivia. La Conferencia de la OLAS en agosto de 1967, le daba continuidad a la voluntad revolucionaria continental en un contexto para las guerrillas latinoamericanas que ya no era favorable. En agosto de 1967, la delegación guatemalteca a la OLAS (Cardoza y *Néstor Valle*) asistía en representación de un movimiento revolucionario ya derrotado. En Venezuela, se observaban signos tan ominosos que la conferencia se pronunció condenando al Partido Comunista de Venezuela por haber abandonado la línea de la lucha armada (Galeano, 1967, p. 20). Y en Bolivia, la guerrilla del *Che* enfrentaba ya la ofensiva que culminaría con su liquidación en octubre. Lo que Gilly afirmaba con premura a principios de 1966, podría haber tenido visos de realidad después de la muerte de *el Che*. Aun cuando hay que recordar que pocos años después, Cuba estaba ya comprometida en África y al final de los setenta, la revolución en Centroamérica se convirtió en centro de sus preocupaciones.

Pero dos meses antes de la muerte del comandante revolucionario, las dos visiones que en el seno del PGI se habían enfrentado en los últimos años, se enfrentaban a nivel latinoamericano en la conferencia de la OLAS. Cardoza y *Néstor* representaban, cada uno de ellos, a las mismas. Por ello, porque cada uno de ellos tenía un punto de vista opuesto, la delegación guatemalteca se vio

neutralizada en algunas de sus definiciones. En La Habana, fue incorporado a la delegación, sin voz ni voto, Oscar Edmundo Palma, el representante del PGT en Cuba (C/F, 10/97). *César Montes* junto con *Tita* y algunos jóvenes del *Cráter* habían salido de Guatemala a principios de agosto y *Tita*, Gustavo Porras y *César* habían viajado a Cuba en la época de la conferencia, pero el comandante no participó en las reuniones abiertas. Yon Sosa quedó varado en México cuando la dirigencia cubana dio muestras de vetar su participación: pese a su distanciamiento con los trotskistas todavía no tenía el perdón cubano (Macías, op. cit., p. 173-176).

Guillermo Paz Cárcamo, militante de las FAR en aquel momento, recuerda el estoicismo de Yon Sosa mientras esperaba la autorización cubana para poder viajar a la isla. La debacle del movimiento revolucionario y su pasada relación con los trotskistas son argumentadas en su testimonio, pero también el hecho de que en Cuba ya se estaba gestando un nuevo proyecto insurgente, esta vez encabezado entre otras gentes por Ricardo Ramírez. La estancia de Yon Sosa en México, específicamente en Cuernavaca, concluyó cuando se rechazó el planteamiento de los cubanos de que dado el cerco enemigo para el movimiento de las dirigencias revolucionarias que la conferencia de la OLAS provocaba, la alternativa más viable era secuestrar un avión que llevara al comandante revolucionario a la isla... “Fue para nosotros realmente deprimente lo que pasó en esos tiempos con Yon, máxime estando a su lado y viendo su proverbial calma, actitud de espera y entrega, bondad y rectitud que él mismo portaba intrínsecamente. Esa era la medida que él usaba para juzgar a los hombres, los hechos y las cosas. Era una especie de monje, de esos que hacen votos de pobreza, castidad, humildad y en su caso, además el de salvar de la ignominia a sus compatriotas. No se merecía tal trato, sin embargo, la lucha por el poder es terriblemente cínica porque es el fin y no el medio en muchos dirigentes.” (GPC/F. 99).

Cardoza recuerda que en la conferencia de la OLAS, él estaba alineado con el punto de vista de los partidos comunistas latinoamericanos, los cuales hicieron un frente común ante las organizaciones guerrilleras (allí estaban Raúl Sendic, Douglas Bravo, Carlos Fonseca Amador y otros notables guerrilleros de la región). Su relación con *Néstor*, pese al afecto que se tenían, fue por ello conflictiva. De acuerdo con Cardoza, la revolución cubana pretendía crear a partir de la OLAS, un centro de coordinación revolucionaria que obviamente tendría su asiento en La Habana y que tendría en los esfuerzos para la lucha armada su epicentro. A la mayoría de los delegados comunistas a la conferencia, eso les parecía algo así como la creación de una nueva Internacional que les haría perder su autonomía en lo que se refiere a su línea política. Además temían que La

Habana privilegiara sus relaciones con las organizaciones guerrilleras en detrimento de los partidos comunistas (C/F, 10/97).

Las discusiones llegaron a estar tan caldeadas que en algún momento, Armando Hart hizo una exaltada intervención en la que expresaba un duro ataque a los partidos comunistas, insinuando que le hacían el juego al imperialismo. La protesta airada de algunos de los delegados de partidos comunistas no se hizo esperar, y los del partido colombiano y el costarricense, le pidieron a Cardoza que respondiera el ataque sustentándose en el hecho de que el PGT sí estaba metido en la lucha armada. Cardoza vivía una reedición corregida y aumentada de la conferencia del PGT de febrero de 1966, y la respuesta que le dio a Hart también fue exaltada: “más que antipartido era un anticomunista”. Nuevo escándalo, “se rompió el orden y Hart se subió a una mesa a gritar, Néstor quería quitarme el micrófono, los tupamaros y los venezolanos de Douglas Bravo le gritaban ¡quítale el micrófono!, en la violencia que estaba en la sala, yo agarré el micrófono y le grité a Néstor ‘Mire Néstor, el micrófono me lo va a tener que quitar a vergazos’... una delegación de dominicanos que vivían en París agarraron sus sillas y se vinieron contra mí, mientras los delegados de los partidos centroamericanos me hacían una valla para protegerme y yo también agarraba una silla para defenderme” (C/F, 10/97).

La exaltación de la polémica pudo no haber correspondido, se ha dicho ya, a los hechos que vivían las guerrillas en América Latina. La conferencia terminó aprobando una declaración en lo general, por lo que la estructura coordinadora a nivel latinoamericano no fue aprobada. La muerte de *el Che* el 10 de octubre de 1967, fue un duro golpe moral para la idea de la revolución armada y continental. Oscar Edmundo Palma, quien en su calidad de representante del PGT vivió en Cuba la resaca moral que se vivió después de la muerte de *el Che*, recuerda: “La OLAS se realizó para darle cobertura a la empresa de *el Che* en Bolivia... en el fondo también había el deseo de poner todas las cartas sobre la mesa, estaban de por medio las contradicciones con la URSS desde la crisis de los cohetes, los soviéticos no querían mundializar la revolución, no querían molestar a los Estados Unidos ni llegar a un enfrentamiento nuclear, ya se habían dado cuenta de que los cubanos eran capaces de cualquier cosa. Lo interesante es que al concluir la OLAS se esperaba constituir un órgano coordinador de los movimientos revolucionarios que estaban naciendo. Nada de eso se hizo. Yo recuerdo perfectamente que tiempo después de concluir la OLAS, se cerró su local en La Habana y se dejaron de editar sus boletines. De eso me di cuenta porque yo tenía un cubículo allí. Lo que pasó fue que *el Che* había muerto”. (OEP/F, 2/98)

2. Las Grandes Síntesis.

Es un hecho conocido que si las victorias crean condiciones para la unidad, las derrotas lo hacen con la división. Desde los últimos meses de 1967 la idea de romper con el PGT rondaba en las cabezas del mando militar de las FAR. Esto finalmente se anunció en enero de 1968 con dos documentos distintos (FAR, 1/68 a y b), lo que podría sustentar la idea de Debray y Ramírez de que en tal ruptura hubo precipitación (p. 306). Firmados por *Camilo Sánchez, Pablo Monsanto, Socorro Sical, Androcles Hernández y Ramiro Díaz (Canción)* ambos documentos están fechados el 10 de enero de 1968 aun cuando Debray y Ramírez afirman que uno de ellos fue elaborado diez días después (p. 306).

a. Guerra y Política: La Manzana de la Discordia.

Los documentos de las FAR reflejan un optimismo ajeno a la situación real que vivía el movimiento revolucionario. Están firmados y fechados en la Sierra de las Minas, cuando la guerrilla en esa zona había dejado de existir desde 6 o 7 meses antes y declaraban a 1968 “el año de las Guerrillas”. El primero de ellos (FAR, 1/68a) es un documento pobre, visceral, hace girar la derrota de la insurgencia en el oportunismo del PGT y en su claudicación y abjuración de la lucha armada. Ese oportunismo habría aparecido ya en 1954 cuando el PGT fue responsable de no haber defendido a la revolución. Fuera de eso el documento es un monumento al *wishful thinking*: los revolucionarios no pueden replegarse, no pueden hacer tregua, solamente pueden permitirse el combate constante, bien pueden el ejército y sus asesores norteamericanos ir a buscarlos, “sólo irán a caer en nuestras emboscadas y en nuestras trampas; que vengan a las montañas, que éstas cobrarán vida; que nos busquen, que nos dispersaremos como la niebla; que nos encuentren, que les daremos a probar el mismo plomo que les hemos arrebatado”.

El segundo documento (FAR, 1/68b) es mucho más útil para conocer las diferencias con el PGT: éste había dividido a la dirección en política y militar creando condiciones para que los verdaderos jefes guerrilleros no tuvieran el mando por lo que en la práctica la dirección política estuvo encima de la militar: las “Diez Tesis de Organización” habían hecho girar a las FAR alrededor del PGT lo que provocó la división de la actividad combativa con respecto a la de la organización política; cuando se había adoptado ya que la forma principal de lucha era la armada, el PGT desvanecía esa convicción insistiendo en la utilización de otras formas de lucha como las

pacíficas y legales, dispersando los esfuerzos que se debían hacer en dirección de la guerra: en lugar de unificar toda la fuerza armada alrededor del FGEI y darle toda la autoridad a *César Montes*, para enfrentar a la ofensiva, se dispersaron las fuerzas y se mantuvo a las FAR sin comandante; el PGT había mantenido la falsa tesis de que los campesinos eran “reservas de la reacción” y sus dirigentes nacionales se habían concentrado en un trabajo burocrático y de politiquería y al trabajo con los artesanos y los sindicato. El documento concluía en que las FAR ya no podían hablar de partido, sino a partir del desarrollo de la guerrilla y el ejército popular.

El segundo comunicado de las FAR tiene la ventaja para el investigador de que es un documento en el cual plantea con claridad las divergencias con el PGT. Para el autor es una prueba más de que su hipótesis con respecto a las dos culturas políticas encontradas es de alguna manera plausible. *César Montes* desde Cuba iba a la zaga de todo este proceso y su declaración de ruptura con el PGT (*Montes*, 1968) da la impresión de que además de distanciarse de dicho partido, también buscaba legitimarse ante un mando interno que caminaba ya sin su dirección. *César* reclama derecho de antigüedad en la ruptura con el PGT, recuerda que ésta necesidad ya se había observado desde octubre de 1964 cuando el FGEI mandó una carta abierta al PGT y al MR-13. La postura vacilante del PGT, mostrada en su actitud ante las elecciones de 1966, evidenciaba que la divergencia y ruptura entre las FAR y los “restos del aparato burocrático del PGT”, no era más que la lucha entre el organismo sano y el tumor. En la introducción al libro de Ramírez sobre Turcios, el PGT ya no solamente es un tumor sino “un cadáver” (Fernández, 1968, p. 13).

En marzo de 1968 el comité central del PGT se reunió ya con las ausencias que dictaban el cisma y sus propias bajas. Emitió un documento que expresa un balance inicial del ciclo revolucionario que había concluido con el título de *Situación y Perspectivas de la Revolución Guatemalteca* (CC/PGT, 1968). El PGT reconocía en sus errores y debilidades una de las causas de la división pero agregaba que sobre todo había jugado un papel la inflexibilidad y desesperación pequeñoburguesa de los que aceptaban de palabra el carácter prolongado de la guerra de liberación, pero que en el fondo la rechazaban, confundiendo deseos con realidad. La debilidad más profunda del movimiento revolucionario era su desvinculación con las masas. Era necesario reconocer que el pueblo veía con simpatía su lucha, pero no era un actor sino espectador de la misma, después de años de lucha armada no se observaba una incorporación activa de las masas y las principales batallas las seguían dando los destacamentos de vanguardia. Se vivía un período crítico de reorganización, de acumulación de fuerzas, de preparación. A pesar de la derrota

y del reflujo, el PGT ratificaba su línea de guerra revolucionaria del pueblo, pero partiendo de una concepción que debería desterrar al *foquismo*: en lugar de insistir en la concentración de fuerzas en un foco, el PGT planteaba un desarrollo multilateral y diversificado en diversas regiones. El PGT no negaba que la dirección debía estar en los puntos más importantes de la lucha pero pretender el abandono de la ciudad y de otras regiones era erróneo y utópico. No se podía ser marxista-leninista y rebajar el papel del partido o postergarlo, tampoco podían negarse la necesidad de la combinación de las diversas formas de organización y lucha, y el que las formas políticas de lucha fueran las principales en una primera etapa de la guerra revolucionaria, que era en la que Guatemala se encontraba.

En síntesis la propuesta del PGT era un camino estratégico que era la guerra revolucionaria del pueblo concebida no como guerra de vanguardia sino de masas; un instrumento de lucha que debería ser el partido; una dirección política que debería estar en los puntos nodales de lucha, los cuales no necesaria ni exclusivamente estaban en la montaña; una lucha armada no concentrada en un foco, sino de carácter multilateral y no concentrado; una combinación de formas de lucha en la cual una de ellas sería la principal, según el estadio de avance del camino de la guerra revolucionaria del pueblo.

El PGT reconocía que no estaba en las mejores condiciones para hacer realidad esa concepción. El MR-13 y las FAR tenían más recursos para incorporarse a la lucha armada. Y esto sucedía entre otras causas porque un planteamiento de las FAR (en 1/68b), era particularmente equivocado: “las FAR habían puesto los muertos y el PGT las ideas”. Además de los dirigentes y cuadros muertos en 1966, de los cuadros medios y militantes de base, en marzo de 1968 el PGT contaba entre sus pérdidas a los miembros del comité central Tranquilino López (enero de 1967) Eduardo Sosa Montalvo (julio de 1967), Armando Castillo (muerto dramáticamente en agosto de 1967, de una peritonitis después de ser herido), Roberto Valle de la Peña (septiembre de 1967), Francisco Hernández Álvarez (diciembre de 1967) (Alvarado, 1994, p.101). Rafael Tischler y Cayetano Barreno (22 de enero de 1968).⁶⁹ Leonardo Castillo Johnson murió también en enero de 1968, después de organizar una serie de atentados (entre los cuales estuvo la muerte de Munro y Weber, dos asesores militares estadounidenses de alto nivel) en el contexto de un ánimo desesperado por la muerte de su compañera Rogelia Cruz (Debray y Ramírez, p. 307). *Efigenio* quien contra todo lo que podría pensarse, había decidido quedarse con el PGT, murió el 6 de

⁶⁹ Conversación personal del autor con Sergio Tischler Vizquerra.

septiembre de 1968 en el municipio de Jalpatagua (Jutiapa), al ser cercado por las fuerzas de seguridad.⁷⁰ Con la muerte de Plinio Castillo en agosto de 1968 y la de Marco Antonio León y Rodolfo Gracias en enero de 1971, el PGT quedaba bastante mermado para el esfuerzo militar que había concebido.

La concepción del PGT está plasmada en el documento que contiene la línea aprobada en su IV Congreso de diciembre de 1969, *El Camino de la Revolución Guatemalteca* (PGT, 1972). Siguiendo la caracterización que había estrenado en 1965 en el documento del CPDR (CPDR, 3/1965), el PGT caracterizaba a la revolución por la que luchaba como una de carácter antiimperialista, agrario y popular que le abriría paso al socialismo. Era un proceso único en dos fases que sería impulsado por las fuerzas motrices de la revolución que eran los obreros urbanos y agrícolas, campesinos pobres y medios, las capas medias asalariadas y pequeños propietarios. La vía de la revolución guatemalteca era una de carácter violento que asumiría en el caso específico de Guatemala, la forma de la guerra revolucionaria popular de carácter prolongado, la cual tendría un carácter integral (combinación de formas de lucha) y multilateral (diversos escenarios), además de diversas etapas que no se deberían ver de manera esquemática, pero que correspondían al acumular fuerzas, golpear al enemigo, derrotarlo, conquistar el poder y aplastar a la contrarrevolución.

b. El Documento de Marzo.

De manera previa y paralela a las razones planteadas por las FAR para romper con el PGT, Ricardo Ramírez había elaborado una fundamentación más compleja de la necesidad de dicha ruptura y del derrotero que debería seguir la revolución guatemalteca. Se trata del *Documento de Marzo* (EGP, 3/67). Escrito en un momento en el que la derrota estratégica del primer ciclo guerrillero no se consumaba, el documento pretendía ser una sustentación para la futura e independiente actividad de las FAR. En ese espíritu fue llevado a Guatemala en abril de 1967 por Guillermo Paz Cárcamo, a la sazón combatiente de las FAR (GPC/F, 99), y comenzó a ser circulado entre algunos sectores de la militancia revolucionaria. Resultó ser, por el cisma que en 1968 ocurriría en las mismas FAR, el documento base de la Nueva Organización Revolucionaria de Combate (NORC) que con el tiempo adoptaría el nombre de Ejército Guerrillero de los Pobres

⁷⁰ Macías, 1997, p. 101, CSC I, 3-98. La noticia según me informa Guillermo Paz Cárcamo, fue publicada en el diario *Prensa Libre* los días 6 y 9 de septiembre de 1968.

(EGP). El *Documento de Marzo* partía de una premisa básica, el PGT estaba liquidado como instrumento revolucionario por su burocratismo, porque sus dirigentes no estaban íntimamente convencidos de la necesidad de la guerra, porque no entendían el papel de la política en la guerra ni el de la guerra en la política, y por tanto no podían constituirse en una verdadera dirección militar.

El *Documento de Marzo* reconocía sus raíces ideológicas en la carta del FGEI al PGT y al MR-13 pero corregía algunas de sus deficiencias. A diferencia de China o Viet Nam, la guerra en Guatemala no podía tener un sentido defensivo porque se trataría de una rebelión popular y éstas siempre tenían el carácter de ofensiva. La guerra en Guatemala sería un proceso de ofensiva constante, desarrollada en sentido geográfico, partiendo de un punto y extendiéndose a nuevas zonas, regiones y sectores sociales y convertirse en una guerra nacional y generalizada. La guerra no se realizaría a través de un movimiento simple del campo a la ciudad, sino por las características histórico-sociales de Guatemala iría de la ciudad al campo (la gestación conciente de la guerra tenía comienzo en la ciudad). Pero como el casco urbano no tenía las mejores condiciones materiales y sociales para el desarrollo de una fuerza militar en situación adversa, sería el campo el escenario principal de una guerra, puesto que su población era más apta para soportar las penalidades de un proceso violento de carácter prolongado.

Solamente el desarrollo de la guerra podría hacer que la ciudad se incorporara a ella; así el movimiento sería de la ciudad al campo y luego del campo a la ciudad, y el campesinado sería la base y fuerza principal de la revolución y la guerra revolucionaria. La población indígena sería protagonista esencial en la guerra revolucionaria “Sin ella nuestra guerra no puede ser popular ni garantizar el balance de fuerzas a nuestro favor”. Los indígenas eran los guatemaltecos más aptos para la guerra y los más explotados, los menos contaminados por la ideología burguesa y yanqui, los que habitaban en regiones donde el aparato de opresión era el más rudimentario y en terrenos que topográficamente eran los más aptos para constituirse en baluartes contra las fuerzas enemigas y finalmente la población más acostumbrada a vivir con privaciones, mismas que eran la norma de vida del ejército guerrillero.

Los escenarios de la guerra serían las tres zonas estratégicas principales: la zona de mayor interés para el enemigo (costa sur y altiplano), la zona donde el enemigo tenían sus centros nerviosos y asiento de poder (cascos urbanos y zonas aledañas) y la zona que el enemigo juzgaba inerte, que eran precisamente donde vivían buena parte de las masas indígenas. El interés estratégico de las fuerzas revolucionarias debería ser directamente inverso al del enemigo, es decir

que la zona de menor interés para él debería ser la del mayor interés para las primeras. Había que contar con un enfrentamiento con el imperialismo yanqui que era el enemigo principal, sustentar la guerra sobre todo en recursos propios y los que fueran arrancados al enemigo, para preservar la independencia del movimiento revolucionario y partir del criterio de que por diversas razones el eslabón débil para el imperialismo era Guatemala. La dirección de las fuerzas revolucionarias debería ser político-militar, por lo que no habrían dirigentes políticos que no supieran conducir la acción de la guerra, ni jefes militares que necesitaran de comisarios políticos.

Incisivo, conciso y contundente, todo el talento de Ricardo Ramírez aparece desplegado en el *Documento de Marzo*. Este es muy superior a los planteamientos del PGT en lo que se refiere a la vía de la revolución, en el sentido de que tiene un nivel mayor de concreción en lo que se refiere a los resortes de la rebelión. En cambio en el planteamiento del PGT, el contenido programático de la revolución por la que se está luchando se trata con detenimiento y cuidado. Acaso esto se deba a que en realidad no es tanto el *para qué* de la revolución lo que interesa al planteamiento del documento mencionado. Es más bien el *cómo* hacer la revolución. El doctrinario planteamiento de la carta de la GEI con respecto al carácter socialista de la revolución guatemalteca y por tanto la necesidad de la dictadura del proletariado, desaparecen y son sustituidos por una vaga suscripción "del contenido político" de la carta mencionada. Así, todos los problemas que aborda el *Documento de Marzo* están iluminados por el examen de los posibles factores de una *rebelión de masas*. La situación del indígena por ejemplo, es abordada no en función de construir un enfoque sobre la cuestión étnico-nacional sino desde la óptica de los resortes que pueden impulsar la rebelión.

c. Las FAR: El Negro Preludio del Amanecer.

El camino de las FAR para llegar a una nueva síntesis fue especialmente abigarrado. Lleno de heroísmo, tragedia e ignominia. Sería una dolorosa práctica la que llevaría a las FAR a nuevas síntesis hasta en 1971. En el fondo lo que sucedía era que la concepción *foquista* no solamente no había sido liquidada sino que se observaba un empeñamiento en sostenerla. En una reunión efectuada pocas semanas antes de que César saliera para La Habana en el contexto de la reunión de la OLAS, Camilo había expresado una fantástica concepción. Se resumía en lo que él llamaba "guerrilleros del año 2000". Recuerda Monsanto: "Según Camilo, el guerrillero del año 2000 era aquel que no necesitaba el apoyo de la población, autosuficiente en todo, un guerrillero que para dormir no necesitaba ni chamarra" (JSGF, 3/99). Puede provocar hasta hilaridad el planteamiento,

pero recuérdese que por aquellos tiempos Régis Debray era tomado muy en serio, al menos por la dirigencia cubana, cuando decía en *Revolución en la Revolución* que la base social del guerrillero estaba en su mochila...

Desde antes de la debacle final del FGEI en junio de 1967, en la misma reunión en la cual *Camilo* planteó su fantástica concepción, se habló ya de enviar a *Monsanto* a Rabinal. *Monsanto* tenía que formar una columna de unos 20 o 30 hombres reclutados entre los achís del lugar, marchar hacia *El Aconcagua*, en la Sierra de las Minas, en donde se encontraba *Andrócles Hernández* y caminar por la sierra hacia Izabal en donde se encontraría con *Camilo*. Este plan se vino abajo cuando éste desmovilizó al FGEI en julio de 1967, pero *Monsanto* sí llegó a *El Aconcagua* con 20 combatientes, sólo para confirmar que las posibilidades de una guerrilla en el oriente del país estaban definitivamente canceladas: "Siempre con los problemas de abastecimiento tuvimos que bajar a unas aldeas, allí los patrulleros civiles nos empezaron a seguir y tuvimos dos combates verdaderamente desventajosos. Nos retiramos a Rabinal en muy malas condiciones". (JSG/F, 3/99).

De acuerdo al testimonio de Guillermo Paz Cárcamo, la idea de una guerrilla en las verapaces había sido gestada desde 1967 por *Camilo Sánchez* y Mario Botzoc, este último oriundo de dicha región y quien por su ascendencia hablaba el kekchi' (GPC/F, 99). *Chumalia* recuerda a *César* involucrado en los planes de asentamiento en las verapaces, pues uno o dos días después de que *Amilcar*, Mario Botzoc y él mismo arribaron a la ciudad, después de la desarticulación del FGEI, *César* se reunió con ellos: "Sacó un mapa y nos habló del plan de asentarse en las verapaces... a la semana siguiente ya estaba en Cuba". Eso debe haber sucedido a principios de julio y según recuerda *Chumalia*, *Camilo* y *Emilio el pajuil* estaban perdidos y sus compañeros casi daban por un hecho el que habían muerto en el combate final (Ch/F, 5/99). Sin embargo *Camilo* y *Emilio* aparecieron por la ciudad pocas semanas después, cuando ya *César* estaba en Cuba. En esas fechas los sobrevivientes de la columna del FGEI encabezada por *Camilo* se reunieron en Amatitlán. Evidentemente había encono de *Camilo* hacia *César*, porque en la reunión en Amatitlán les dijo "ese pisado ya se fue para La Habana y nos dejó todo el problema aquí, yo creo que hasta ya perdió su grado" (Ibid.). Grave era que el tercero en la cadena de mando se refiriera en términos tan peyorativos del comandante en jefe, más grave aun era que planteara su posible degradación. La posible causa de dicho encono ya ha sido mencionada páginas atrás: *César Montes* había salido hacia La Habana dando a *Camilo* por muerto y responsabilizándolo de la desarticulación del FGEI.

A fines de 1967, las FAR dirigidas por *Camilo Sánchez* tenían agrupadas sus fuerzas en un grupo en occidente dirigido por Ariel González Sanabria (*el Barco*) y estableció otro encabezado por *Monsanto* en el norte (las verapaces). Guillermo Paz Cárcamo fue enviado al departamento de Jalapa, en el suroriente del país, a efecto de poder reestructurar la organización de las FAR en la región y hacer acciones militares de carácter diversionista y crear un respiro para desarrollar lo que se consideraba el “principal frente de guerra”: la columna de combatientes que empezarían a operar en las verapaces (GPC/F, 99). Dicha columna de combatientes, encabezada por *Monsanto*, inició una exploración caminando por el río Chixoy hasta llegar a la Sierra de Chamá. La idea era juntarse con un grupo encabezado por Yon Sosa en la parte norte de Alta Verapaz. El plan implicaba una larga travesía para los contingentes de *Monsanto* y Yon Sosa. Planeada en el mes de noviembre de 1967, esta expedición ya se hacía en el contexto de la ruptura de las FAR con el PGT, oficializada en enero del año siguiente. Iban en la columna Francisco Franco, un ex oficial del ejército quien incluso había estudiado en Saint Cyr y también Mario Botzoc. Este último, originario de esa región, mestizo de ascendencia kekchí’, era de vital importancia para la empresa pues como ya se dijo, hablaba el idioma maya de la región. En una maniobra diversionista, *Camilo* envió a la zona de *La Granadilla*, a *Néstor Valle* con una columna bajo su mando la cual fue detectada por el ejército y aniquilada. ~~Murió así Néstor de manera~~ infructífera y de acuerdo con lo que recuerda *César Montes*, su muerte era todavía más dolorosa puesto que aquel tenía muy poca experiencia en la guerrilla de montaña (CM/F, 7/97). En enero de 1968, el frente urbano de las FAR decidió estallar varias bombas en la ciudad de Guatemala, a efecto de demostrar presencia en un momento en el cual se hablaba ya de una derrota. Como producto de dicha iniciativa hubo al menos una persona muerta y varias heridas. El desafortunado hecho también le costó la vida a una militante de las FAR y sobrina de Octavio Reyes, María del Carmen Reyes (*Chesi*), al estallarle accidentalmente una bomba en una cafetería.

La expedición de enero-febrero de 1968 por la Sierra de Chamá, nuevamente terminó en otro doloroso fracaso. La historia volvía a repetirse, aislada de la población, la guerrilla empezaba a desfallecer de hambre y cansancio y el periplo empezaba a perder sentido. Agobiados por la situación, la guerrilla acordó sacar a Botzoc y a otros dos combatientes indígenas a efecto de que pudieran comprar comida en la ciudad de Cobán. Esto último pudo realizarse, pero por una casualidad un oficial del ejército vio a Botzoc y a los otros dos combatientes, cuando esperaban a la orilla de una carretera al dueño de unas bestias, a efecto de comprárselas y poder trasladar el

abastecimiento. Siguió un enfrentamiento en el que el oficial resultó muerto y Botzoc herido. Este viendo que sus posibilidades de huir estaban terminadas optó por estallarse una granada en el rostro, lo cual además de matarlo lo desfiguró, razón por la cual no pudo ser identificado. En la sierra, la guerrilla continuó su situación desesperada al extremo de que Francisco Franco murió repentinamente como resultado de una probable combinación de hambre, cansancio y frío (JSG/F, 3/99).

Camilo había llegado a un arreglo con Yon Sosa, mediante el cual se reunificaban FAR y MR-13, se nombraba de una comandancia única cuyos miembros serían el propio Yon Sosa y *César Montes* (FAR/MR-13, 2/68). La relación de Yon Sosa con las FAR se había venido consolidando desde su estancia en México en 1967. Había sido acompañado por militantes de las FAR y por Michelle Firk, una ex militante del partido comunista francés, quien al parecer tenía relaciones fluidas con los cubanos. Paz Cárcamo evoca a aquella “bella mujer física, moral e intelectualmente, fuera de serie para nuestro medio” (GPC/F, 99). Oscar Arturo Pérez recuerda que se constituyó una dirección colectiva de aproximadamente unas 15 personas entre las cuales estaban además de él mismo, *Camilo*, Yon Sosa, *Monsanto*, *Feliciano Argueta*, *Canción*, *Sustos* y *el Barco*. En esa dirección colectiva, Yon Sosa “era de los que menos discutía y proponía y *Camilo* posiblemente el que más asumía funciones de dirigente”. La presencia de *César* en dicha dirección era nominal no solamente porque se encontraba en el extranjero, sino primordialmente porque había salido de Guatemala en el momento más crítico. Paz Cárcamo afirma que la presencia de *César* a la par de Yon Sosa en la dirigencia del nuevo proyecto revolucionario, se debía entre otras cosas a que en la contabilidad de los recursos humanos para el mismo se incluían a “aproximadamente 40 combatientes estacionados en Cuba” (GPC/F, 99).

El precario liderazgo de *César Montes* desde el principio era una realidad. Su salida a Cuba en el peor momento para la guerrilla desagradó a no pocos de sus compañeros. “Incluso en un momento, recuerda Paz Cárcamo, se le pidió que no saliera... pero se fue, abandonando sus responsabilidades y en esas condiciones pretendió echarle la culpa a *Camilo* del desastre, cuando él era el principal responsable” (GPC/F, 99). “Lamentablemente no tengo ningún documento de los que se escribieron en esos días. recuerda Oscar Arturo Pérez desde Finlandia, recuerdo sí que criticábamos a *César* por haber salido del país en el momento en que más lo necesitábamos. Yo pensaba que se había ido en mal momento del país y que era mejor que regresara. Con *el Barco* coincidíamos en que *César* era un buen compa y que al volver ganaría nuevamente un puesto de

dirección” (OAP/F, 99). No sin sorna, *Pablo Monsanto* recuerda muy bien la reunión en la que *Camilo, Barbas de Oro* y él mismo participaron, y en la cual *César* les comunicó que salía del país. Se trataba de la reunión en la que se había acordado el movimiento de la columna de rabinaleños hacia la Sierra de las Minas y que hemos mencionado ya. Hablando en tercera persona, *César* les dijo: “Les quiero comunicar que *César Montes* ha decidido salir del país, por dos razones, una para resolver el problema que hay en La Habana, para disciplinar a los compañeros y que acepten la comandancia de las FAR tal como les fue comunicada a ustedes el día de ayer. La otra razón es porque si *César Montes* no sale del país, lo van a matar, y si matan a *César Montes*, matan a la revolución en Guatemala” (JSG/F, 3/99).

Meses después, ya en el contexto de la ruptura entre FAR y PGT, el MR-13 y las FAR habían llegado a un acuerdo para desarrollar el proyecto de las verapaces: la revolución avanzaría en las zonas más pobres del país, sin presencia estatal y no contaminadas por las relaciones capitalistas de producción. De esa zona, el foco guerrillero iría incorporando a la población hasta formar el ejército popular (Robles Villatoro, 1995). Pese a que el *Documento de Marzo* tenía relaciones de parentesco con este planteamiento, las acciones de *Camilo* deben haberles parecido precipitadas a los revolucionarios estacionados en Cuba. Desde finales de 1967, *César Montes* y Ricardo Ramírez objetaban los planes de *Camilo* (Debray y Ramírez, op. cit., p. 306). Estas diferencias, el que el “grupo del exterior” hiciera sentir amenazado a *Camilo* en sus ambiciones de liderazgo (p. 309), el que el liderazgo de *César* empezara a ser cuestionado como consecuencia de su salida del país, eran presagios de un nuevo cisma. Probablemente también acontecía que, como afirma Paz Cárcamo, el grupo de combatientes estacionados en Cuba, dirigidos principalmente por Ricardo Ramírez y articulados en torno al *Documento de Marzo*, era ya un proyecto independiente de las FAR (GPC/F, 999)

César Montes había cambiado su postura al llegar a La Habana. Fidel Castro no se dignó a recibirlo inmediatamente, lo cual constituía una afrenta si se recuerda la estrella luminosa que había acompañado a Turcios en enero de 1966 con motivo de la Conferencia Tricontinental Cardoza, que había permanecido en La Habana después de la conferencia de la OLAS, recuerda que el comandante guatemalteco se quejó de esa situación. No era posible que Fidel se diera tiempo para jugar basquetbol como lo atestiguaba la foto salida en el periódico *Granma* y estuviera muy

ocupado para recibir al comandante de la revolución guatemalteca.⁷¹ En una posterior entrevista, *César* le comentó a Cardoza que “Fidel lo había regañado por que las FAR no habían podido sacudirse de la influencia del PGT en el movimiento revolucionario guatemalteco”. Si sucedió, la reprimenda pudo haberse debido también a la desastrosa situación de la guerrilla en Guatemala. Como quiera que esto haya sido, el hecho cierto es que ni en la OLAS, ni en el trato con Fidel Castro, *César Montes* recibía el trato que se le había dispensado a Turcios.⁷² El olfato político de *César* debe haber combinado todos estos hechos con la sensación que tenía desde octubre de 1967, de que su rango de comandante de la guerrilla era ya nominal. Si damos por cierta la versión de Cardoza, desde los últimos meses de 1967, el primero preveía que lo iban a deponer y por ello mismo se había acercado a Ricardo Ramírez y a su proyecto incipiente (C/F, 12/97).

La crisis de las FAR parecía no tener fin y por las razones ya mencionadas la situación de *César Montes* era precaria en lo que se refiere a su liderazgo. El documento de unificación firmado por las FAR y el MR-13, se sustentaba al menos en dos ficciones. La primera era que se le habían agrandado a Yon Sosa la cantidad de efectivos que las FAR decían poseer en el oriente del país (ODHAG, 1998, p. 65-66). En sus recuerdos Paz Cárcamo pone en duda esta afirmación: “Siendo (Yon Sosa) un militar de carrera y de, a esas alturas, larga experiencia guerillera, era muy difícil, si no imposible, engañarlo... El único dato falso que se tuvo, fue contar con el contingente y recursos estacionados en la isla...” (GPC/F, 99). La segunda era que el documento llevaba el nombre de *César* y estaba suscrito en la Sierra de las Minas, hecho imposible porque para esas fechas el FGEI había dejado de existir y el primer comandante de las FAR se encontraba en Viet Nam en el contexto de los bombardeos a Hanoi y la ofensiva del Tet. Años después *César Montes* ha sostenido que su firma fue falsificada (CM/F, 7/97), lo cual de ser cierto, nuevamente coloca a Yon Sosa como una víctima de su candor

⁷¹ Probablemente *César* se refería a la noticia publicada en la página deportiva de *Granma* del 13 de julio de 1967 (pag. 5). La noticia daba cuenta de la reunión de Fidel Castro con los atletas que estaban en las vísperas de salir a los Juegos Panamericanos. Antes de esa reunión el jefe de la revolución cubana jugó basquetbol con los deportistas. Además de las fotografías respectivas la nota informa que el comandante Castro anotó 40 puntos.

⁷² Guillermo Paz Cárcamo atribuye a la situación de la guerrilla en Guatemala, el hecho de que *César* no haya participado en la conferencia de la OLAS en agosto de 1967 (GPC/F, 99). *César* ha arguido que su participación fue en las reuniones secretas, más sustantivas por los acuerdos de asistencia y colaboración a los que se llegaba en ellas (CM/F, 7/97). Sin embargo, si es cierto el aforismo de que en política forma es fondo, *César* debería haber brillado en la OLAS como Turcios en la Tricontinental. Esto no podía ser porque en 1967 la guerrilla ya estaba derrotada.

En agosto de 1968, la dirección de las FAR acordó degradar a *César Montes* acusándolo de no cumplir con sus obligaciones como comandante entre otras cosas porque se encontraba fuera del país. Paz Cárcamo recuerda el incidente: “lo que más influyó en tal determinación no fue la manifiesta incapacidad de dirección, ni siquiera el abandono de las responsabilidades del movimiento (lo cual de por sí ya es gravísimo) sino que a espaldas de las FAR, comenzaron (*César* y Ricardo Ramírez) a montar la invasión al país con el contingente estacionado en Cuba”. El mando de las FAR se había enterado de tal situación cuando el combatiente mandado desde Cuba para hacer las exploraciones del terreno, contó de los planes de la incursión y ante su sorpresa y la de todos, se vió que tales planes eran ignorados por dicho mando de las FAR. “Era una suerte de traición, porque a costa de sacrificar lo interno, negando la llegada de los recursos con múltiples excusas, se actuaba de otra manera, es decir utilizando los recursos para fines ajenos a las FAR. Por todas esas irresponsabilidades, que se pueden comprobar con solo ver las fechas, (*César*) fue destituido a soldado raso” (GPC/F, 99).

Sin embargo, por todos los incidentes ya mencionados, la degradación de *César* era el último paso de un proceso que tenía tiempo de haber comenzado y que como se dijo, era algo esperado por éste desde hacia casi un año. Se le daba el nivel ínfimo de combatiente raso y el mando quedaba constituido por Yon Sosa como primer comandante, *Camilo Sánchez* segundo al mando, *Pablo Monsanto* tercer comandante y *Andrócles Hernández*, *Ramiro Díaz* y *Feliciano Argueta* ocupaban el grado de capitán (FAR, 8-9/68). Poco antes de ser capturado vivo, *Camilo* envió a *Monsanto* una misiva en donde le notificaba los acuerdos mencionados: “Recibí una carta de *Camilo* que me hizo reír mucho. Tenía yo como 20 días de estar en El Petén y ya tenía paludismo. Vivíamos en un ranchito que habíamos hecho en la aldea Nueva Libertad. En esa carta me nombraban tercer comandante de las FAR. *Camilo* me informaba de la unidad entre el MR-13 y las FAR. Yon Sosa era el primer comandante, *Camilo* el segundo y yo el tercero. Resultaba que mi hermano era mi tropa...” (JSG/F 3/99).

La conducta de *César Montes* entre 1967 y 1968 puede reconstruirse con algunos documentos y los testimonios de Cardoza, *Monsanto* y Paz Cárcamo. En el primer semestre de 1967, se deslinda de la dirección autoconstituida en La Habana y que era encabezada por Ramírez. Acepta integrar la comandancia orientada por la dirección del PGT acaso pensando que con ello consolidaba su precario mando. Viaja a La Habana haciendo explícita su intención de disciplinar a Ramírez, *Vides* y *Salazar* en torno al mando constituido en Guatemala. En octubre de ese año, el

testimonio de Cardoza nos lo presenta en La Habana ya con la certeza de que su mando en las FAR es nominal y vinculado ya al proyecto de Ramírez y de los combatientes estacionados en Cuba. Sin embargo no ha roto explícitamente con las FAR y en enero de 1968 aparece acuerpando la ruptura de las FAR con el PGT. No emite ningún desmentido al documento de febrero de 1968 que lo hace aparecer compartiendo una nueva comandancia con Yon Sosa y en esa ambigua situación permaneciera hasta ser degradado por las FAR en agosto de 1968. No será sino a partir de ese mes que quedará claro que *César Montes* ha roto con el PGT pero también con las FAR.

La situación de las FAR se agravó en ese mismo mes, pues *Camilo* fue capturado y desaparecido. Michelle Firk, quien se había convertido en su compañera, había muerto cuando un comando de las fuerzas represivas llegó a buscarla a su casa (Macías, 1997, p. 87-88). Para salvar la vida de *Camilo* un comando al mando de *Canción*, intentó secuestrar al embajador estadounidense Gordon Mein y al oponer resistencia éste fue muerto. Uno de los automóviles usados para el fallido secuestro del embajador, había sido rentado por Michelle usando sus identificaciones legales y al complicarse el operativo por la muerte de Mein fue abandonado y se convirtió en la pista que llevó a las fuerzas de seguridad a la casa de la revolucionaria francesa (JSG/F, 3/99). Con la muerte de Gordon Mein, las FAR agravaron su situación de seguridad, la cual se vería aun más agravada con el secuestro y después ejecución del embajador alemán Von Spretti en 1970.

Después de haber salido *Monsanto* de Rabinal, Yon Sosa se quedó en el lugar al mando. Su grupo tuvo dos enfrentamientos con el ejército y el ex oficial rebelde decidió desmovilizar la guerrilla habiendo llegado a la conclusión de que ya no había condiciones para ella en la región. Replegados en la ciudad, algunos de los combatientes fueron capturados y otros se vieron involucrados en un problema en una cantina. El fracaso desencadenó el conflicto entre Yon Sosa y las FAR (JSG/F, 3/99). Desencantado de su relación con las FAR, Marco Antonio Yon Sosa rompería con dicha organización y reintentaría reorganizar el MR-13. Su muerte en mayo de 1970, junto a *Socorro Sical* y otro combatiente indígena, Enrique Cahueque Juárez, en manos de un oficial del ejército mexicano (Colom, 1995) truncaría su esfuerzo y una vida profundamente consecuente con sus ideas.

Sobre el contexto político que vivía Yon Sosa en el momento de su muerte existen versiones contradictorias. De acuerdo a lo que afirma Yolanda Colom (YC/F, 3/96), *Socorro Sical* ya formaba parte del núcleo fundador de la NORC y había sido enviado a Guatemala a cumplir alguna

tarea por lo que no debería haber estado con Yon Sosa. Esta versión la pone en duda Taracena, para quien *Sical* nunca rompió la relación de lealtad con el comandante a quien acompañó hasta en el último momento. El hecho se complica más, si resultara cierto que la internación en territorio mexicano de Yon Sosa y sus dos acompañantes no se hubiera producido por accidente (Debray y Ramírez, 1975, p.320) sino como afirma Mario Robles, para poder llegar a El Petén y restablecer contacto con las FAR (MRV/F; 9/97). Esta versión también es puesta en duda por Taracena, quien afirma que Yon Sosa había mantenido relación epistolar con *César Montes* desde 1968 y que lo que sucedía era que Yon Sosa iba para México a establecer contacto con *Montes* y Ricardo Ramírez, en función de establecer una relación unitaria (ATA/F, 3/99).

Independientemente de lo que haya sucedido, el hecho cierto es que en enero de 1971, el MR-13 había dejado de existir. En diciembre de 1969, Tomás Villamar, el hijo de Marco Antonio Villamar Contreras, fue asesinado junto a otro combatiente del MR-13 en una de las calles de la ciudad de Guatemala. Tomás Villamar era en ese momento, pese a su juventud (21 años), el jefe militar del MR-13 en la ciudad. El 6 de julio de 1970 también era capturado y desaparecido en la frontera con El Salvador, el poeta Roberto Obregón Morales quien junto a Yon Sosa participaba en la reorganización del MR-13 (Morales, 1994, 284). A finales de 1970 Carlos Rafael Soto, Juan Luis Molina Loza y un combatiente del MR-13 (*Constantino Ayala*), intentaron revivir la organización. En enero de 1971, los dos últimos fueron capturados en un restaurante de la capital y también fueron desaparecidos. Concluía así la historia de la organización encabezada por Yon Sosa.⁷³

La idea de establecer una columna madre en las verapaces persistía en las FAR, pero esta vez el intento sería llegar a esa zona desde El Petén. Comenzaría así una gesta heroica pero infructuosa. *Camilo Sánchez* todavía estuvo involucrado en los planes de la marcha de El Petén hacia el norte de Alta Verapaz y El Quiché. La insistencia en esa zona era porque éste aseguraba que en ella había posibilidades pues existía un trabajo político con habitantes de la región que había sido iniciado los religiosos Maryknoll. La idea era abrir una brecha logística que fuera del municipio de Sayaxché en El Petén hasta lo que sería la zona de asentamiento. *Monsanto* y su hermano Marco Tulio Soto (*Rigo*) habían comenzado a hacer exploraciones en Sayaxché y se tenían algunos contactos con pobladores que habían sido militantes de las FAR en la costa sur y que ya vivían en dicho municipio como cooperativistas. *Monsanto* y *Rigo* dejados en el aeropuerto por Michelle Firk, tomaron un avión de la línea aérea *Aviateca* y viajaron a Sayaxché. Al aterrizar

⁷³ MIVIC I, 3/98; ALA F, 3/99; CRS I, 3/98.

se percataron de que el ejército ya los estaba esperando por lo que granada y pistola en mano bajaron apresuradamente del avión y se internaron en la selva. Después de caminar tres días entre los pantanos de lugar llegaron a un aserradero, desde allí pudieron ponerse en contacto con el alcalde de Sayaxché quien los llevó a una aldea clandestina a las orillas del río de La Pasión. La aldea se llamaba La Nueva Libertad. Esto sucedía a fines de julio de 1968 (JGS/F, 3/99).

La Nueva Libertad, era una aldea formada por colonizadores de la costa sur, occidente y el oriente del país, indígenas y ladinos. Buena parte de ellos recordaban la gesta agraria del periodo de Arbenz y algunos hasta habían sido colaboradores del FGEI en años pasados. Por ello no fueron hoscos con sus inesperados y muy afortunados visitantes. Se inició así una relación que convertiría a dicha aldea y la zona aledaña en una base social para las FAR. A partir de agosto de 1968, con premura como consecuencia de la captura y desaparición de *Camilo* y la muerte de Michelle Firk, empezaron a trasladarse otros militantes y combatientes de las FAR. Buena parte de ellos venían de pasar un curso de instrucción política en una escuela de cuadros clandestina al mando de Mario Robles Villatoro y Clemencia Paiz Cárcamo (*Teresa*). En la zona aledaña a La Nueva Libertad, las FAR instalaron un campamento de instrucción militar llamado *La Garrapata* por la cantidad de plagas que allí existían. En ese lugar se formaría un contingente de entre 20 y 30 hombres constituido por ex combatientes del FGEI y estudiantes de la capital, cuya misión sería caminar desde El Petén hasta Alta Verapaz y El Quiché en donde finalmente se asentarían como foco guerrillero (MRV/F, 9/97; 5/99; JSG/f, 3/99).

En 1969 la columna salió de su zona inicial de asentamiento con un mando integrado por *Pablo Monsanto, Feliciano Argueta, Nicolás Sis, Ramiro Díaz y Andrócles Hernández*. Se trataba del tercer intento de construir un foco guerrillero en la zona norte del país. Puesto que se sabía que había militantes de las FAR que habían hecho trabajo político en Chajul y Uspantán (El Quiché) se pensaba que podría haber condiciones de asentamiento en la región. También se pensaba hacer contactos en la zona de la Laguna de Lachuá en Alta Verapaz. El periplo duró varios meses y resultó ser un desastre. Caminando por agrias veredas, con un quintal (100 libras) de peso en las mochilas más las armas y balas, el contingente enfrentó su primera prueba de fuerza. No tenían contacto con la población ni lo querían tener pues su objetivo estratégico estaba en la parte media

de El Quiché y Alta Verapaz. La marcha tendría un punto de estacionamiento en un campamento llamado *La Comandancia* situado todavía en el departamento de El Petén.⁷⁴

En el camino sucedió el primer trágico incidente. Uno de los combatientes, *Melvyn*, desertó y fue capturado. Dio como razones de su conducta el poner en duda la viabilidad del proyecto que se emprendía y el hecho de que uno de los combatientes había seducido a su mujer. Agregó que prefería morir que continuar en la guerrilla. Después de un juicio en el que participó el conjunto de los combatientes fue fusilado. Los desgraciados incidentes continuaron. Eran los síntomas de que algo andaba mal en la guerrilla. Al llegar a *La Comandancia*, el sobreviviente de la FGEI, Oscar Morales *el Aguila*, empezó a dar muestras de insubordinación. Cuestionaba la autoridad de *Andrócles* e indujo a dos de los combatientes a comerse subrepticamente unas latas de sardinas. También fue sorprendido comiéndose un puñado de azúcar de las exiguas provisiones que tenía el contingente guerrillero y finalmente en un altercado terminó insultando a *Pablo Monsanto*. Mario Robles recuerda el incidente como producto de un escepticismo profundo de *el Aguila* con respecto a la concepción de la “columna madre”. Desde antes de salir para El Petén, el primero le había comunicado al segundo, que había advertido que no estaba convencido del proyecto guerrillero que las FAR estaban emprendiendo, y que en esas circunstancias era preferible que no se incorporara a la columna guerrillera. “*El Aguila* me respondió que era la última oportunidad que le daba a la guerrilla” recuerda Mario Robles.

Un día antes del juicio, Robles fue al lugar donde estaba aislado y amarrado a convencerlo de que cambiara su actitud. Pero el ex combatiente perseveraba en su encono contra *Monsanto* y en su escepticismo con respecto a la “columna madre”. Fue condenado a muerte casi por unanimidad. En el último momento *Nicolás Sis* pidió el perdón para él, el cual fue negado. Todavía estremecido, Robles recuerda “*El Aguila* gritaba ‘¡por mi madre, pido perdón!’”, tuvo que ser golpeado para poder amarrarlo, en el último momento gritó ‘¡quiero volar!’” (MRV/F, 5/99).

Comenzaba mal el tercer intento de las FAR de llevar a la práctica las concepciones que habían nutrido su ruptura con el PGT. Desde un escritorio universitario es fácil condenar el dramático evento que recién se ha relatado. Pero aquellos hombres estaban en una situación desesperada, sin apoyos sociales, con las provisiones y las certezas políticas en vías de extinguirse. “El concepto era no salir a luz pública, secreto absoluto, disciplina absoluta, una baja era poner en

⁷⁴ La reconstrucción de los hechos vinculados a la marcha de la “columna madre” de las FAR desde El Petén hacia la parte norte de Alta Verapaz y El Quiché se ha hecho en base a los testimonios de *Pablo Monsanto* y

peligro todo el proyecto.”(MRV/F, 7/97). El problema era que como el mismo Mario Robles lo asevera, tal disciplina únicamente se podía mantener cumpliendo el precepto napoleónico de que los ejércitos caminan con el estómago, y sosteniendo los combatientes la convicción en que la línea que habían adoptado era la correcta. Los hechos fueron erosionando dicha convicción y los costos del empecinamiento empezaron a aparecer. “Napoleón tiene razón, sentencia Mario Robles, los ejércitos caminan con su estómago. Se rompió esa ley y nos resultó mal. La gente se fue desmoralizando y empezaron las deserciones.” (MRV/F, 7/97). Estas comenzaron desde que la guerrilla estaba asentada en *La Comandancia* pues de ese lugar se fueron *Canción, Daniel Ruiz, Jaime* y cinco combatientes más” (JSG/F, 3/99).⁷⁵

Un grupo de la columna guerrillera salió en viaje de exploración y sorpresivamente se encontró con el campamento petrolero *Las Tortugas* a orillas del río Ibolay (Robles Villatoro, 1997, p. 35). Su existencia era desconocida para los guerrilleros puesto que era un secreto de Estado. El hambre y el cansancio que agobiaban al contingente lo obligó contra sus planes, a atacar el campamento el 24 de octubre de 1969 para poder obtener algo de alimento. Con ello la guerrilla perdía su secretividad y ponía al ejército gubernamental en guardia: éste lanzó un operativo aéreo con paracaidistas, al mando del después general Mario Enriquez, algunos de los cuales por algún error o factor inesperado cayeron al Río Negro o Chixoy y se ahogaron. Al llegar a la Sierra de Chamá, la pendiente, la debilidad, el cansancio, minó la moral de varios de los combatientes. Mario Robles Villatoro (después el *comandante Juan*) evoca aquellos terribles momentos “La gente se nos quedaba, a pura amenaza teníamos que levantarla, lloraban pues. Y teníamos que ponerle el arma en la sien y decirle o te levantas o te matamos” (MRV/F, 9/97).

La guerrilla vivía la circunstancia de que una deserción podía implicar el que el enemigo tuviese la información necesaria para aniquilar la columna. La dureza del mando era ineludible y al mismo tiempo erosionante de la unidad del contingente. Fue en aquellos momentos en que *Pablo Monsanto* de nueva cuenta reveló las dotes de jefe militar que ya había mostrado en la Sierra de las Minas. A los 22 años, muy lejos estaban aquellos días en que el guapo adolescente de 15 años, bailaba *twist* y era el centro de la fiesta en casa de María Bella Girón (MM/F, 3/98). El guerrillero

Mario Robles Villatoro.

⁷⁵ *Jaime* o *Toño* se fue a vivir a Costa Rica en donde incluso emparentó con el secretario general del Partido Vanguardia Popular (el partido comunista de Costa Rica). Posteriormente se fue a entrenar a Cuba y se hizo piloto aviador. El conducía el avión que se accidentó y en el cual murió a principios de los ochenta, el comandante de la Resistencia Nacional de El Salvador, Ernesto Jovel (JSG/F, 3/99).

precoz había dado paso a un enérgico jefe al cual no pocas veces le sería endilgado autoritarismo en su vida de dirigente clandestino.

Al llegar a Alta Verapaz, tomaron la aldea de San José Sexjá pero no pudieron quedarse pues allí ocurrió otra deserción. Tuvieron que caminar nuevamente a marchas penosas hacia Amachél en donde pudieron hablar con los indígenas principales para convencerlos que los recibieran y les dieran tortillas. Fue una larga y tortuosa plática que revelaba la desconfianza y distancia que había entre la población y la columna guerrillera. Al subir hacia el norte de El Quiché, hacia San Luis Ixcán, la guerrilla tomó la finca de José Luis Arenas, famoso *liberacionista*, que era conocido como el *Tigre de Ixcán*. Al momento de abandonarla el ejército desencadenó una nueva ofensiva. La situación no podía ser más desalentadora, la población en los caseríos cerraba sus puertas o dejaban desiertos los lugares para evitar tener contacto con el grupo de desharrapados guerrilleros. En otras ocasiones los recibía con amabilidad y les decía "acaban de venir sus amigos. eran como 200", pues sucedía que la receptividad era debida que los estaban confundiendo con el ejército. En esas circunstancias la guerrilla decidió emprender el regreso en condiciones más penosas aún. Cargando gran peso, la ración de alimento se reducía a una cucharada pequeña de manteca en la mañana y otra en la noche (MRV/F; 7/97).

Al llegar de nuevo a la zona de la Nueva Libertad, en febrero de 1969, de los 20-30 combatientes que habían salido, regresaban aproximadamente 7-8 (JSG/F, 3/99). Dos habían sido fusilados y el resto desertado. De acuerdo con Robles Villatoro, parte del fracaso se debía a que el regional sur y central de las FAR, los cuales deberían haber tenido una infraestructura mínima para cuando la guerrilla arribara a la zona de operaciones, nunca realizó su tarea. Las acusaciones mutuas empezaron, *Monsanto* vio deteriorado su liderazgo por el fracaso y por la dureza con la que se había comportado durante la marcha.

Como se ha dicho ya, entre los desertores se encontraba *Canción* quien iría a la capital, expondría su versión de los hechos y sembraría dudas y enconos. Cuadros medios y de dirección de las FAR del regional central, del sur y de occidente,⁷⁶ deben haber otorgado al menos el beneficio de la duda a los que habían desertado. Esta es la conclusión que se puede sacar si se considera que *Canción* pudo reintegrarse a la actividad operativa urbana y en ella siguió como su principal jefe hasta su salida a México en 1970. Iguales conjeturas provoca el saber que en 1970 *Daniel Ruiz* continuaba militando en la organización urbana de las FAR y que con el tiempo

⁷⁶ Por ejemplo Rodolfo García, *Lucio Ramírez*, Juan Arevalo (*Juanjo*), *Higmo*

llegaría a ocupar el cargo de comandante y posteriormente, a fines del siglo XX, formaba parte de la dirección de la Unidad Revolucionaria Nacional de Guatemala.

Los costos políticos internos de la intentona guerrillera no paraban allí: por estar concentrada en lo que se consideraba el proyecto fundamental, la dirección de las FAR se había concentrado en la columna y había abandonado al resto de la organización, por lo que en la base y direcciones intermedias así como en el aparato que se tenía en México se empezó a observar descontento. *Monsanto* tuvo que viajar a la ciudad de Guatemala para enfrentar las acusaciones en su contra y una eventual pena de fusilamiento que ya estaba siendo planteada por algunos de sus compañeros. Sea porque pudo convencer de sus razones a éstos últimos, o porque después de una reunión sostenida con Rodolfo García, Víctor Fortuny (*Higinio*), el propio *Monsanto*, *Canción* decidió huir de Guatemala, el caso es que el comandante pudo restablecer su liderazgo. Desde 1968 había sospechas de que *Canción* y sus seguidores habían hecho un uso personal del dinero obtenido mediante secuestros y el arribo a El Petén del primero se había visto ensombrecida por reclamaciones y aclaraciones. (JSG/F, 3/99)

Juzgado en rebeldía y condenado a muerte en el seno de las FAR (Debray y Ramírez, 1975, p. 310), Percy Amilcar Jacobs, conocido también como *Canción* o *Ramiro Díaz*, con dinero de su organización y dos militantes de las FAR (los hermanos Ricardo Alfredo y Juan José Arévalo Bocaletti) se fue a México e instaló una carnicería (OAP/F, 98). *Canción* volvía así a su antiguo oficio. *Monsanto* calcula en unos 100 mil dólares (Ibid), producto de un secuestro, el monto del dinero que *Canción* y los Arévalo Bocaletti se llevaron a México.⁷⁷ Otro veterano de la resistencia urbana, *Gasparín*, probablemente implicado por las agencias de seguridad en las muertes del embajador estadounidense Gordon Mein en 1968, y del alemán, Karl Von Spretti en 1971, también salió para México.

Canción y sus compañeros establecieron contacto con Oscar Arturo Pérez, en ese momento representante de las FAR en México. “Me dijeron que necesitaban mi ayuda, que venían a establecer contactos y que cuando todo estuviera listo me informarían. Al poco tiempo los capturaron y asesinaron. Había dejado de verlos pocas semanas antes, porque un carro que les presté se les incendió por un corto circuito y habían necesitado de mi ayuda para arreglarlo”. La relación entre el representante de las FAR en México y los disidentes, se debía a que el primero

nunca recibió una información oficial de su organización acerca de la situación política de los segundos (OAP/F, 99).

El hermano menor de los Arévalo Bocaletti, Sergio Armando, de apenas 17 años de edad, también había sido enviado por la madre a encontrarse con sus hermanos. Con ello doña María Luisa Bocaletti viuda de Arévalo pensaba salvar la vida del menor de sus hijos, el cual aun cuando no tenía un contacto orgánico con la guerrilla, por sus relaciones de parentesco podía correr peligro. Para entonces las inteligencias estadounidense y alemana estaban detrás de *Díaz*, y con la colaboración de las autoridades mexicanas capturaron a *Canción* y a los tres hermanos, en abril de 1971. Sus cuerpos aparecieron acribillados y en bolsas de plástico a las orillas del río Suchiate en el lado guatemalteco de la frontera. La nota periodística daba cuenta de las declaraciones de la agobiada madre de los tres hermanos muertos: le habían informado que Ricardo Alfredo había muerto con *Canción* en un enfrentamiento con fuerzas de seguridad. Su dolor y sorpresa fueron mayúsculos cuando al trasladarse a la población de Malacatán, se percató que no solamente uno de sus hijos, sino los tres se encontraban en la morgue de aquel lugar.⁷⁸ Tiempo después, mientras se ganaba la vida como comerciante en la ciudad de Villahermosa, *Gasparín* fue arrollado por un trailer en alguna de las calles de dicha ciudad del estado de Tabasco en México.

Varios hechos permiten conjeturar que la muerte de *Canción*, *Gasparín* y los hermanos Arévalo Bocaletti, fueron resultado de una acción que trascendía a las fuerzas represivas guatemaltecas como ya se ha afirmado (Debray y Ramírez, op. cit., p. 314). Estos son: las cuentas pendientes con Estados Unidos y Alemania que tenían algunos de ellos, el que hayan sido capturados presumiblemente por la Dirección Federal de Seguridad en México, el que este organismo haya sido señalado por el ex agente de la CIA Phillip Age como una agencia que en un momento fue la mejor fuente de información de la CIA en México, el que similares señalamientos hayan sido hechos contra el que en un momento fue su director (Salomón Nassar Haro),⁷⁹ el que los cadáveres de los capturados en México hayan sido hechos aparecer en el lado guatemalteco de la

⁷⁷ Paz Cárcamo considera desmesurada tal estimación y la reduce a unos 10 mil dólares. Su cálculo estriba en que este fue el monto que él le dio a otro militante de las FAR para que lo depositara en un banco. En los días en que *Canción* se fue a México, estos 10 mil dólares le fueron entregados por el referido militante.

⁷⁸ El drama de *Canción* y los Arévalo Bocaletti ha sido reconstruido en base a los relatos que al autor le hicieron Oscar Arturo Pérez y el investigador Edgar Ruano, así como la noticia aparecida en el diario *La Nación*, sábado 17 de abril de 1971, p. 8. En la misma página aparece la noticia de la muerte de Rodolfo Payeras, *Feliciano Argueta*.

⁷⁹ Las aseveraciones aparecieron en la revista *Proceso* del 12 de abril de 1982 y en *Le Monde Diplomatique* de diciembre de 1982.

frontera entre México y Guatemala y finalmente, la muerte misteriosa e impune de *Gasparin* en Villahermosa. Poco tiempo después de la muerte de *Canción* y los hermanos Arévalo Bocaletti, Oscar Arturo Pérez empezó a ser hostigado en México por la Dirección Federal de Seguridad. Finalmente en agosto de 1971, fue citado para acudir a la sede de dicho organismo, en donde Nassar Haro amablemente lo pasó a su oficina y le mostró diapositivas en las que el primero aparecía en distintos lugares de la ciudad de México y le expresó que *Canción* y sus compañeros habían sido muertos en el contexto de las pugnas internas de las FAR. Pérez sería el siguiente según le expresó Nassar Haro por lo que, en vista de que la policía mexicana no tenía nada contra él, lo invitaba a que explicara cómo se recibía el dinero y las armas provenientes de Cuba y otros países socialistas. A cambio de dicha colaboración, Pérez y su familia recibirían dinero y pasaportes para abandonar México. Inmediatamente después de dicha entrevista, Pérez y su familia solicitaron asilo en la embajada de Chile (OAP/F, 99).

Arana Osorio había asumido la presidencia a mediados de 1970 y en un inaudito extremismo, las FAR habían llamado a votar por él porque así se agudizaría la represión y la acumulación de fuerzas para la revolución sería más fácil (Debray y Ramírez, op. cit., p. 315). “Las FAR no hicieron ningún comunicado oficial de apoyo a Arana, pero el hecho cierto es que deseábamos un golpe de Estado y pensábamos que Arana agudizaría las contradicciones” (MRV/F, 5/99). Dirigidos por *Canción*, comandos urbanos actuaron en función de boicotear las elecciones del 6 de marzo de 1970. Entre diciembre de 1969 y febrero de 1970 ejecutaron a 6 policías judiciales, atentaron infructuosamente contra otros dos más; mataron al candidato *liberacionista* a la alcaldía de Guatemala David Guerra Guzmán, al periodista derechista Isidoro Zarco (a quien acusaban de instigar a la represión); realizaron varios secuestros con fines financieros; hicieron estallar bombas en la residencia del agregado militar de la embajada de Nicaragua, en la sede del Consejo Permanente de Defensa de Centroamérica (COPECODECA), en la oficina de la OEA e intentaron volar la antena del canal 3 de televisión. El ametrallamiento del Director del Registro Electoral, Walfre Orlando del Valle y el secuestro del canciller Fuentes Mohr para canjearlo por el combatiente Vicente Girón Calvillo a escasos días de la realización de las elecciones, ciertamente ponía una grave tensión en el ambiente político del país.⁸⁰

⁸⁰ Las anteriores referencias han sido hechas en base a la recopilación hemerográfica realizada bajo la dirección del investigador Edgar Ruano Najarro.

Si bien el candidato ganador de la contienda electoral, coronel Arana Osorio podía blasonar la desarticulación de la guerrilla de la Sierra de las Minas, en la ciudad las FAR mantenían una buena cantidad de combatientes y militantes. Según recuerda Paz Cárcamo el trabajo urbano de las FAR entre 1968 y 1969 se centraba en tres vertientes: conseguir recursos económicos para la logística de la columna guerrillera (a través de varias acciones entre ellas los secuestros), selección de combatientes para dicha columna, y acciones distractoras (colocación de bombas) (GPC/F, 99). *Chumalia* recuerda en unas 100 personas el número de integrantes de la *Resistencia Urbana* entre 1969 y 1970, de los cuales poco más de 60 eran parte de los grupos operativos y de explosivos, mientras el resto integraba al grupo llamado de “inteligencia”.

Recuerda *Chumalia*: “Las operaciones de secuestro pusieron al ejército en alerta, agarramos carretilla⁸¹ y la gota que derramó el vaso fue el secuestro de Von Spretti. Realmente no fueron acciones planificadas, se dieron porque se dieron, porque habían agarrado a algún compañero. Eso fue un error muy grueso”. En una hábil maniobra de infiltración que tuvo uno de sus instrumentos en un miembro de las FAR en la ciudad -Luis Villacorta (*Luisón*)-, la *Resistencia Urbana* empezó a recibir golpes demoledores en la ciudad. Villacorta había sido reclutado después de que se había ganado la confianza de algunos miembros de las FAR por haber dado datos que permitieron la ejecución de un coronel vinculado a *La Mano Blanca*. Dentro de la organización, Villacorta pudo hacer un listado de la membresía de las FAR con la cual él tenía contacto y cuando se empezaron a observar las bajas producto de la represión aranista, Villacorta ascendió para ocupar un puesto en la comisión de organización del Regional Central. El efímero jefe de la *Resistencia Urbana*, Juan Arévalo (*Juanjo*), murió cuando la policía cercó la casa en la que se encontraba, la cual conocía Villacorta. *Higinio* y *Daniel Ruiz* pudieron escapar en dicha ocasión. Luego empezaron a ser muertos en distintos puntos de la ciudad miembros de los comandos (*Emilio*, *Juan Antonio*, *David*). Posteriormente una casa de seguridad de las FAR fue detectada y asaltada por la policía muriendo en ella miembros de la *Resistencia*, entre ellos *Lucrecia Silva (Nora)*, hija del conocido político revolucionario *Alejandro Silva Falla*, asesinado tiempo atrás. Villacorta llegó a ser capturado y después de unos meses de cárcel, fue puesto en libertad. Pocos años después murió de cirrosis producto de su avanzado alcoholismo (Ch F, 5-99).

Después de realizar algunas acciones en El Petén más con el propósito de legitimación interna que por otra causa (Robles Villatoro, 1995, p. 36), las FAR decidieron desmovilizar a sus

⁸¹ Modismo guatemalteco para significar entusiasmo que se manifiesta en hacer algo repetidas veces.

combatientes en dicha región. Ya habían hecho trabajo organizativo con las aldeas y cooperativas de la zona de Flores, Poptún, Melchor de Mencos hasta llegar a la frontera con Belice (MRV/F, 9/97). La desmovilización correspondía a los acuerdos tomados en la convención de las FAR realizada entre el 20 de diciembre y el 7 de enero de 1971 (Robles Villatoro, op. cit., p. 38) y buscaba abocar a los cuadros al trabajo de masas en la capital y constituir organización en el departamento de Chimaltenango (p. 39). En la convención, las FAR habían llegado al acuerdo de que no podía haber desarrollo de la guerra popular sino existía un trabajo de masas, una política de unidad con otras fuerzas revolucionarias, y una de alianzas con los sectores democráticos más amplios (MRV/F, 7/97)

Pese a que la convención había logrado eludir el cerco aranista a la capital, en los meses siguientes la región central fue abatida por la represión. El gobierno de Arana Osorio respondía de esa manera al accionar de las FAR en los meses previos y posteriores a las elecciones presidenciales. Hubo varios combates urbanos que terminaron en actos de heroísmo terminal. “En la mayoría de los casos los compañeros se disparaban a la cabeza o se tomaban una pastilla de cianuro antes de caer prisioneros” (Robles Villatoro, ibid., p. 38). En ese contexto el trabajo urbano ya era muy difícil para las FAR en 1971. En poco más de un año, la situación de las FAR en la ciudad había variado radicalmente. Mario Robles Villatoro recuerda haber organizado a solamente cinco militantes en la capital, haber tenido que dormir en los barrancos de las orillas de la ciudad porque no había quien lo resguardara e inclusive haber amenazado pistola en mano a los propietarios de una casa, antiguos colaboradores, porque le estaban exigiendo que se fuera en el momento en que una redada del ejército se estaba observando en las calles aledañas (MRV/F, 9/97). En la costa sur se encontró con que la base social que antaño había tenido su organización le pidió que se fuera, estaban más entusiasmados con las tropelías que hacía un bandido social de la región, el *Latigo del Sur...* En un parcelamiento de Pajapita, departamento de San Marcos, estuvo a punto de ser linchado por los campesinos y trabajadores rurales, por los abusos que había cometido con la población la guerrilla de las FAR en occidente. Formaba parte de la problemática que poco tiempo después habría de dar origen al desprendimiento del regional de occidente de las FAR, cuando al mando de Rodrigo Asturias se sometió a crítica muchas concepciones y prácticas que se venían observando.⁸²

⁸² El período más oscuro de las FAR ha sido retratado en forma de novela por Edmundo Urrutia. En *El Naufragio de las Palabras* (1998), el investigador no puede encontrar datos certeros pues se trata de una

Las muertes de *Nestor Valle* y Ariel González Sanabria *el Barco* en 1968.⁸³ se unirían a las de *Androcles Hernández* y *Lucio Ramírez* (un dirigente de las FAR originario de Quezaltenango) a las orillas del río de La Pasión en 1971. La muerte de *Feliciano Argueta* en abril del mismo año (Payeras, 1982) cuando recién regresaba de un viaje a México -había dirigido el ingreso de Rodrigo Asturias a Guatemala- fue también un severo golpe para las FAR. Parco en las palabras, *Chano Argueta* había desempeñado un papel muy importante en la recién celebrada convención de las FAR (MRV/F, 9/97). La muerte de *Argueta* sucedió en un momento y un lugar que podría haber sido mucho más severo para las FAR. Unos minutos antes se había encontrado en una calle de la zona 7 con *Lucio Ramírez* y *Pablo Monsanto* con el propósito de platicarle a *Monsanto* las incidencias de su viaje y el ingreso de Asturias a Guatemala. Al parecer fueron detectados por un carro de la policía y desde él les dispararon. *Monsanto* y *Ramírez* pudieron contestar el fuego y huir del lugar, pero *Argueta* fue muerto desde el primer momento (JSG/F, 3/99). En ese año también murieron Rodolfo García, dirigente del regional central de las FAR, detectado cuando visitaba la casa de su familia (ibid.,) y Manuel Cordero Quezada de quien el autor no sabe a ciencia cierta si todavía era militante del PGT o ya estaba vinculado a las FAR, en el contexto de sus divergencias con la dirección comunista. Las pérdidas de tales dirigentes completaban el desolador cuadro de las FAR a principios de los setenta.

-0-

Pero son las FAR un ejemplo de lo cierto que puede haber en el dicho de que nunca está más oscuro que cuando la noche se acerca al amanecer. De su convención nacional entre diciembre de 1970 y enero de 1971, realizada en la capital en medio de una ofensiva represiva del gobierno de Arana, saldría la crítica a su práctica *foquista* y una reorientación de su actividad, que la llevaría a ser una organización determinante en el trabajo urbano de masas en toda la década de los setenta, uno de los factores sin el cual resulta inexplicable el segundo auge guerrillero. Entre 1971 y 1973, las FAR lograría levantar una organización importante en la ciudad que se nutrió principalmente

recreación literaria. Sin embargo el clima político e ideológico en el interior de las FAR está muy bien captado.

⁸³ El último año de vida de *el Barco* fue muy agitado. Había viajado clandestinamente a México con Oscar Arturo Pérez y un combatiente indígena (*el compañero guerrillero*) y al atravesar el río Suchiate en la frontera con dicho país, este último se ahogó. Pérez y el Barco fueron capturados por las autoridades mexicanas y finalmente liberados en la ciudad de México. Poco tiempo después de su regreso a Guatemala, *el Barco* fue muerto.

del reclutamiento de estudiantes de la Escuela Normal para Varones y a partir de 1974, después del fraude electoral de aquel año, con el trabajo de un grupo de abogados laboristas provenientes de la Democracia Cristiana. Con estos activos en su militancia y una nueva línea, las FAR emergerían de su período más sombrío.

El planteamiento autocrítico de las FAR puede encontrarse en el documento que lleva por título *Fundamentos Teóricos de las Fuerzas Armadas Rebeldes* y que está fechado en el año de 1973 (DNE/FAR, 3/1973), aun cuando todos los documentos fueron redactados en 1971 por *Monsanto*, Benjamín Rolando Orantes (*Víctor*)⁸⁴ y *Nicolás Sis* (JSG/F, 3/99). En el mismo, las FAR arribaban a tres conclusiones al menos: el origen de los fracasos de las FAR se encontraba en los factores ideológicos y determinantes políticos que habían determinado su acción; las FAR con su acción se habían desvinculado cada vez más del pueblo, habían menospreciado a la organización política y hecho predominar el *blanquismo* (vanguardismo aislado de las masas) en sus concepciones; la contraposición entre dirección política y dirección militar había creado una falsa disyuntiva: o la guerrilla o el partido. En opinión de las FAR había que diferenciar lo que era la dirección militar de la guerra y la conducción del combate, y pensar que la dirección política y la militar tendría que ser la misma. (Robles Villatoro, 1995; 1997).

Las consecuencias de tales conclusiones serían parte del ciclo revolucionario observado en Guatemala en la segunda mitad del siglo XX .

⁸⁴ Más conocido como *El Energimeno*. La foto y ficha de Orantes aparece en los archivos secretos atribuidos a la G-2 o al Estado Mayor Presidencial y que fueron abiertos al público por un grupo de activistas norteamericanos. Fue asesinado en 1984 por un comando de la inteligencia gubernamental presumiblemente dirigido por Carlos Humberto Quinteros (*Miguel o el Hombre Lobo*), un ex militante del PGT que había traicionado.

CAPITULO SEXTO.

REFLEXIONES FINALES SOBRE UN PERIODO INCONCLUSO.

*Los movimientos revolucionarios
No siempre son del tamaño de su país.
Y es la historia, no la geografía ni la estadística,
Quien tiene que clasificarlos.*

Régis Debray. Las Pruebas de Fuego.

Hemos llegado a un momento en este trabajo en el que éste tendrá que ser concluido. En rigor, la historia de la Guatemala de la segunda mitad del siglo XX arranca de aquellos días decisivos de junio de 1954 y termina en diciembre de 1996, fecha en la cual el Estado guatemalteco a través del gobierno de Alvaro Arzú y la insurgencia representada por la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), firmaron el acuerdo de paz que puso fin a más de tres décadas de confrontación violenta.

Al terminar este ensayo en los primeros años de la década de los setenta, el análisis del período queda entonces inconcluso. El lector debe tomar con esta salvedad las reflexiones que este capítulo contiene. Mucho de lo que en ellas se intenta recapitular podría haber quedado mejor ilustrado si este trabajo hubiese abarcado la gran rebelión de los años ochenta, uno de los momentos en los cuales las contradicciones acumuladas durante siglos y vueltas a exacerbar con 1954, se expresaron a toda plenitud. Inicialmente se pensaba abordar este momento de la historia política guatemalteca como parte de la totalidad de este trabajo. Sin embargo, la minuciosidad que exigió la reconstrucción de los períodos precedentes a la década de los ochenta, ponía al autor, por las premuras propias de una disertación, en el riesgo de hacer descender la calidad del análisis y reconstrucción de ésta última década, la cual es mucho más rica en acontecimientos y también mucho más compleja en lo que se refiere a causas y efectos que las precedentes. No queda sino dejar para el futuro el análisis de los años ochenta.

Conviene pues retomar los problemas expresados desde el primer capítulo e intentar vincularlos con lo que en los capítulos posteriores se afirmó. El primer problema planteado en el capítulo inicial de este trabajo tiene que ver con la dilucidación de la naturaleza de la violencia. Postulamos en aquel momento que la violencia como un fenómeno social, incluso individual, no podía ser atribuido a la naturaleza humana en abstracto puesto que de ésta conclusión se derivaba la reducción de un fenómeno social, a un hecho meramente subjetivo y por tanto el análisis científico se disolvía en una mera condena moral o en una lamentación con respecto a la "maldad humana". La violencia no es, repetimos, un asunto de elección, sino un hecho que se impone a la voluntad de los actores sociales que se enfrentan. No es algo cuya explicación más profunda radique en lo innato humano o en los vestigios de animalidad que el ser humano porta en su condición más profunda, sino en lo cultural y social. La violencia en tanto que hecho social es expresión de relaciones sociales de la más distinta naturaleza.

Por ello, en el fondo es un acto de poder y por ello tiene fronteras difusas con la política. Obviamente no todo acto político tiene que ser violento, pero en lo esencial todo acto violento tiene un contenido político en la acepción más amplia de la palabra. En uno de sus últimos libros (1995, p. 92), el sabio italiano Norberto Bobbio lo expresa con la sencillez que lo caracteriza: "La misma categoría de la política se representa con una teoría muy conocida por medio de la diada 'amigo-enemigo', que a nivel de la más alta abstracción resume la idea de la político como el lugar del antagonismo, cuya forma extrema es la guerra, que es *naturaliter* dicotómica (*mors tua vita mea*)".

Si es cierto que la violencia esconde una relación social, que en esta relación social se realiza un acto de poder, y si es certera la ya mencionada fórmula de Marx de que "...la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en realidad, el conjunto de las relaciones sociales", la sociedad guatemalteca ha sido a lo largo de la historia una ecuación social generadora de violencia por excelencia. Desde la época colonial, la densidad demográfica posibilitó la instauración de la hacienda agraria de gran extensión, sustentada en el trabajo forzado de los indios particularmente en la región que comenzaba y terminaba en lo que hoy es Chiapas y El Salvador. El trabajo forzado y una extendida variedad de formas de explotación ejercidas por la oligarquía criolla y la corona española,

necesitaron del racismo para justificar la expoliación y la opresión, y generaron el hábito de la extorsión de la fuerza de trabajo.

La suma de tales premisas hacía difícil la instauración de una cultura democrática. El hábito opresivo y expoliador y los estallidos de resistencia (motines y rebeliones) que le eran consustanciales, fueron generando más bien una cultura de la dominación articulada en torno al terror. El oscurantismo colonial que tuvo continuidad en las dictaduras conservadoras de la primera mitad del siglo XIX –dice bien Martínez Peláez cuando afirma la continuidad del orden colonial hasta la revolución liberal de 1871-, manifestó su reproducción ampliada con los regímenes liberales. En el último tercio de dicha centuria, éstos exacerbaron la explotación de las masas indígenas, ineludible en la acumulación originaria necesaria en la articulación de la economía y sociedad guatemalteca al mercado mundial, a través de la exportación cafetalera. El proceso de ruptura del legado del orden liberal, en un momento en el cual se declaraba el inicio de la guerra fría, articuló en el terreno de la ideología y la política al oscurantismo de raíces coloniales y decimonónicas con el anticomunismo rampante de la segunda posguerra. He aquí el clima subjetivo e ideológico imperante en el derrocamiento contrarrevolucionario del gobierno de Arbenz en 1954.

Con estos sedimentos históricos, la cultura política guatemalteca necesariamente tenía que ser una *cultura del terror*. En este contexto, la cultura democrática hubiese sido una sorprendente anomalía.¹ Desde sus inicios, lo que después llegó a ser la sociedad guatemalteca se organizó en torno a profundos antagonismos clasistas que se confundieron con los de carácter racial, antagonismos que necesitaron para su reproducción ampliada a una dominación política ferozmente implacable. Terror político, opresión racista y expoliación fueron la tríada legada por la colonia y el siglo XIX y se confundieron con la paranoia anticomunista difundida desde el imperio. La guerra fría, exacerbada después de la radicalización de la revolución cubana, se nutrió al interior de Guatemala, del oscurantismo reaccionario con el cual la clase dominante visualizaba a la sociedad en su conjunto. La política de seguridad nacional y la óptica contrainsurgente propiciados desde

¹ El autor de este trabajo ha propuesto esta interpretación de las causas de la violencia política, en particular del terror estatal en Guatemala, en Figueroa Ibarra (1991)

Washington vinieron como anillo al dedo a toda esa tradición política de dominación cultivada durante varios siglos.

La posibilidad de una salida política y atemperada a la polarización social y política que reactivó la contrarrevolución de 1954, se convirtió en una quimera. Oscurantismo reaccionario y política contrainsurgente, le cerraron el paso a un proceso político que gradualmente podría desmontar al régimen dictatorial y a la *cultura del terror*. Habiendo nacido como dirigencia política durante la década revolucionaria, la dirección histórica del PGT en ocasiones tendió a la búsqueda de una solución de dicha naturaleza. Su propia cultura política inclinaba “naturalmente” a la parte esencial de la dirigencia del PGT hacia dicha opción. Finalmente, eran criaturas de un proceso de instauración democrática. Su visión del futuro los había inclinado durante la década revolucionaria, a una lucha política por construir una hegemonía obrero-campesina en el contexto de un proceso de implantación de medidas políticas y económicas, que conducirían a la sociedad guatemalteca hacia el desarrollo capitalista independiente y la instauración de la democracia. El socialismo era visto como un fruto político de muy largo plazo de una correlación de fuerzas nacional y mundial. La contrarrevolución de 1954 apartó momentáneamente de ese rumbo a la dirección comunista, como lo hemos analizado a propósito del *Documento de la magnesia* difundido a mediados de 1955. La línea de “la conciliación nacional”, planteada en los primeros tiempos del gobierno de Ydígoras Fuentes, volvió a avizorar una transición democrática producto de acuerdos políticos.

La articulación de sucesos externos a la sociedad guatemalteca –la guerra fría y el endurecimiento contrainsurgente de los Estados Unidos después de la revolución cubana–, con los hábitos de dominación y expoliación consolidados en su interior, hicieron imposible una salida de esta naturaleza. El endurecimiento de la dominación política, expresada en el proceso de surgimiento y consolidación de la dictadura militar, tampoco daban mucha credibilidad en los círculos revolucionarios a una salida pacífica y negociada de la crisis política que había abierto la contrarrevolución de 1954. La revolución cubana creó expectativas emulativas y el surgimiento de una nueva cultura política en la izquierda, la *cultura guerrillera*, que paulatinamente entró en conflicto con la *cultura partidaria*. La legitimación de la violencia revolucionaria en tanto que era una respuesta a la violencia reaccionaria, se convirtió en fuente de deslegitimación a una política de izquierda

revolucionaria sustentada en la búsqueda de una apertura. Y dicha deslegitimación también afectó a los partidos del centro, democracia cristiana y socialdemocracia en sus diversas variantes: no fueron pocos los casos de militantes de dichos partidos que finalmente optaron por vincularse a la izquierda que enarbolaba la lucha armada.

Justo es decirlo, la idea de la lucha armada también estaba articulada a la naturaleza del programa revolucionario. El absolutizar la legitimación de la violencia revolucionaria por la existencia de un oscurantismo feroz, fue también un recurso en la lucha ideológica. Si la alternativa al orden dictatorial y expoliador mantenido y profundizado durante siglos, era la revolución socialista o encaminada hacia el socialismo, el derrocamiento violento de la clase dominante era la única alternativa. *Vía de la revolución y programa de la revolución* resultaban así indisolublemente enlazados. El programa revolucionario se fue radicalizando, la “línea de las cuatro clases” (obreros, campesinos, pequeña burguesía y burguesía) aliadas en torno a un objetivo transformador de carácter democrático nacional y popular, fue desechada y sustituida por una revolución agraria, popular y antiimperialista enfocada hacia el socialismo, en la cual la burguesía como clase estaba excluida. De todos modos, como ya tuvimos oportunidad de argumentar en uno de los capítulos de este trabajo, la burguesía guatemalteca nunca estuvo interesada en una revolución, ni siquiera aquella que fue denominada democrática burguesa. Viejos y nuevos sectores de la burguesía guatemalteca, hicieron a un lado conflictos de intereses cuando se trató de combatir a un proyecto revolucionario, cualquiera que fuera su naturaleza.

Con un Estado cada vez más dictatorial y terrorista, una clase dominante sin un verdadero espíritu estatal –reducida su visión a una expoliativa maximización de la ganancia-, una ubicación geopolítica que propiciaba por parte de los Estados Unidos la paranoia anticomunista y la lógica contrainsurgente, y finalmente con una resistencia revolucionaria cada vez más radicalizada, que tenía en los anteriores hechos el sustento a la idea de la lucha armada, la sociedad guatemalteca se encaminó hacia la regularidad más evidente en lo que se refiere a la violencia del Estado en general: cuanto más enconado sea el conflicto, cuanto mayor sea la resistencia de aquellos que llevan la peor parte en la sociedad, mayor será la violencia que provenga del Estado. En el capítulo primero nos hemos preguntado: ¿era inevitable el sendero de violencia por el que la dialéctica Estado insurgencia hizo transitar a la sociedad guatemalteca? Al parecer la respuesta es de carácter

afirmativo. La escalada de la violencia devino inevitabilidad y se impuso a todas las fuerzas políticas y sociales: la dictadura se convirtió en dictadura militar, la resistencia popular de los años cincuenta se transformó en resistencia armada en los sesenta, la dictadura militar acentuó su carácter terrorista, la salida pacífica al conflicto político se volvió esperanza absurda y la legitimación de la violencia revolucionaria se consolidó.

Esto nos lleva a otro de los problemas planteados en el capítulo primero de este trabajo. Nos referimos al desprecio de la muchedumbre, masa o pueblo, como factores determinantes de historia, el desdén elitista a la incidencia de la multitud, clases subalternas o porciones significativas de la sociedad civil en el devenir social. Nos enfrentamos en este tipo de aproximaciones de carácter histórico y sociológico a una visión elitista del devenir social. La historia guatemalteca en la segunda mitad del siglo XX confirma lo que desde el principio postulamos: si no se analizan las relaciones de poder y de producción y los rasgos de los grupos sociales que se articulan en dichas relaciones, las acciones de sus élites y sus notables, la naturaleza misma del Estado, quedan sin explicación. A finales del siglo XX, cuando después de un largo conflicto político que involucró a amplios sectores urbanos y rurales, ladinos e indígenas, en acciones de resistencia pacífica y violenta, legal y clandestina, puede concluirse tranquilamente que la sociedad guatemalteca de fin de siglo acaso no habría sido posible sin todas estas acciones. Las propias vicisitudes de la guerra durante las casi cuatro décadas que duró, los acuerdos de paz de 1996, pese a que son solamente un pacto que el tiempo dirá en que medida fue cumplido, cambiaron irreversiblemente a la sociedad guatemalteca. Repetimos, Guatemala no se convirtió en lo que los sueños revolucionarios ansiaban, pero su fisonomía fue transformada notablemente como resultado del conflicto.

Cabe reiterar la argumentación de lo indispensable que resulta en el análisis sociológico e histórico, la visualización de la actuación de "los de abajo" en lo que se refiere al periodo reconstruido en esta disertación. Es opinión del autor que ninguna explicación que privilegia la actuación y motivaciones de "los de arriba", como elemento explicatorio sustantivo del devenir social, llega a la raíz de los acontecimientos sociales y políticos. Estado y sociedad se transforman como producto de las interrelaciones, a menudo de carácter conflictivo y oposicional, entre Estado y sociedad civil, entre clases dominantes y clases subalternas, entre gobernantes y gobernados, entre opresores y oprimidos.

Postulado como recurso metodológico de carácter explicativo desde el principio de este trabajo, los capítulos siguientes del mismo han tratado de ilustrarlo en los distintos períodos abordados en ellos.

Sin embargo, el rol de “los de abajo” de la determinación de la fisonomía de del Estado y de la cultura política dominante, puede tener un carácter pasivo o activo. En el primero de los casos, las clases subalternas son un factor determinante en la forma en que se ejerce las relaciones de dominio, por tanto en las características mismas que va adoptando el Estado. Su incidencia determinante es el resultado meramente del hecho de “ser como son”. La sociedad guatemalteca durante el período oligárquico puede ser un buen ejemplo de esta *determinación pasiva* en la conducta de las elites y en la forma en que se practica el dominio estatal. Sociedades asentadas en torno a una articulación de las formas precapitalistas de producción (trabajo forzado, existencia formal del salario, relaciones patriarcales al interior de la unidad productiva), con una compulsión de carácter capitalista merced a la vinculación al mercado mundial no son, siguiendo el razonamiento de Barrington Moore, escenarios propicios para una institucionalidad democrática. Sociedades civiles gelatinosas, para decirlos en términos de Gramsci, desarticuladas, desperdigadas en escenarios predominantemente rurales, constituidas por amplias masas incomunicadas, iletradas y que hacen de la sobrevivencia su principal preocupación, son el principal caldo de cultivo del simplismo autoritario, de la inexistencia de mediaciones conciliatorias y negociadoras entre Estado y sociedad civil. Si a estas determinaciones de carácter pasivo les agregamos las que tienen naturaleza *activa* (motines y rebeliones esporádicas y/o recurrentes), entonces el simplismo autoritario y la forma dictatorial del Estado se ven complementados con el uso del terror como la mediación estatal por excelencia.

Son estos planteamientos hechos en el capítulo primero de este trabajo los que tratan de ilustrarse en el segundo, cuando se intenta hacer un boceto de la sociedad guatemalteca hasta antes de la revolución de 1944. Trabajo forzado y otras formas expoliativas de naturaleza precapitalista para la inmensa mayoría de la población guatemalteca (los pueblos indígenas), población eminentemente rural (hemos asentado que los cascos urbanos eran apenas una metáfora), racismo como esencial elemento justificativo de las profundas desigualdades, apelación en el seno de la clase dominante al hombre fuerte (dictador) como pilar fundamental del orden oligárquico, son algunos elementos que explican a la

dictadura unipersonal y al uso del terror en dicho período. La *determinación pasiva* predomina sobre la *activa* en el mismo. Este desbalance es el que se romperá a partir del inicio del proceso revolucionario durante los diez años comprendidos entre 1944 y 1954. En esos diez años obreros, campesinos, mujeres, jóvenes y hasta los distintos sectores de la burguesía romperán la noche inamovible de la dictadura ubiquista y se convertirán en asertivos actores dotados de organizaciones propias que inciden en el proceso político. Los gobiernos revolucionarios movilizarán a obreros, campesinos, partidos políticos revolucionarios cada vez que las derechas complotan o buscan la subversión contrarrevolucionaria. También las derechas movilizan a amplios sectores urbanos de clases medias y populares de carácter urbano (profesionales universitarios, estudiantes, pequeños comerciantes, artesanos) con la nada despreciable ayuda de la iglesia católica.

Guatemala se abre al mundo después de años de oscurantismo reaccionario. Exiliados españoles partidarios de la derrotada república, desterrados de las dictaduras en el Perú, Cuba, El Salvador arriban al país. Los exiliados guatemaltecos en México regresan con una cultura política que no hubiese sido posible adquirir en la inamovible sociedad oligárquica. Visitantes procedentes de los más diversos países –Lombardo Toledano, Pablo Neruda, Juan Marinello para poner algunos notables ejemplos– ~~marcan indeleblemente en~~ sus fugaces estancias a las nuevas generaciones de guatemaltecos que despiertan en el amanecer revolucionario. Representantes de diversas federaciones sindicales de carácter mundial asisten a eventos organizados por la pujante organización sindical. La politización que genera la apertura del espacio democrático, paulatinamente va transformando a la sociedad civil guatemalteca, prácticamente inexistente en el período del Estado oligárquico. Justo es decir que esta estructuración de la sociedad civil en Guatemala tiene como escenario fundamental a los principales cascos urbanos y de manera esencial a la propia capital de la república. La población en las áreas rurales observa un proceso organizativo sin precedentes (la central campesina, los comités locales agrarios por ejemplo), pero su asertividad nunca será igual a la observada en el ámbito urbano y además esta dinámica organizativa viene de la ciudad

Es necesario recordar todo ello, aun cuando sucede antes del año en cual comienza el intento interpretativo de este trabajo (1954), puesto que todo este proceso es el que explica que la quimera reaccionaria de volver “a los tiempos de Ubico” resulta una

imposibilidad. La nostalgia reaccionaria que floreció después de la contrarrevolución, rápidamente advertirá que contará en diversos sectores de las clase medias urbanas, en un incipiente movimiento obrero en proceso de reconstrucción y en amplios sectores de campesinos que ha resultado despojados en el proceso de la contrarreforma agraria, al núcleo de la resistencia antidictatorial en el segundo lustro de los años cincuenta. Serán en lo esencial, todos estos sectores sociales, la base de retroalimentación de la lucha guerrillera que florecerá en la década de los sesenta. Con este proceso, las determinaciones de “abajo hacia arriba” serán, a diferencia del período oligárquico o prerrevolucionario, predominantemente de carácter *activo*. La creciente resistencia popular analizada en el capítulo tercero, marcará indudablemente la conducta de la dictadura *liberacionista*. La diferenciará internamente (comenzará una sorda pugna entre *liberacionistas* de derecha y de extrema derecha), planteará la necesidad de un nuevo discurso hacia las clases subalternas que trascienda a la magra paranoia anticomunista y probablemente sea una de las causas que hayan incidido en la eliminación del “caudillo” del anticomunismo, Castillo Armas, hombre de cuna plebeya que podría haber entrado en conflicto con sus patrocinadores oligárquicos. Y esta diferenciación también afectará a la institución que paulatinamente ha ido convirtiéndose en el epicentro del poder político: las fuerzas armadas. También la creciente resistencia popular se engarza con los reiterados complots que empiezan a fraguarse dentro del ejército, hasta que su diferenciación interna culminará con la rebelión militar del 13 de noviembre de 1960.

Sin embargo, el efecto más notable de la radicalización en la lucha antidictatorial de los sectores sociales antes mencionados, será la paulatina transformación de la dictadura *liberacionista* en la dictadura militar, analizado en el capítulo cuarto, que aparecerá con todo su esplendor después del golpe de estado de marzo 1963. Obviamente la interpretación de este proceso no puede ser de carácter autárquico. La revolución cubana en 1959, su proceso de radicalización creciente, evidente después del episodio de Playa Girón en abril de 1961, juegan un papel importante en el desarrollo y consolidación de la dictadura militar guatemalteca. Como lo hemos dicho ya, el secular oscurantismo reaccionario nutrido por el anticomunismo rampante de la guerra fría, se vio aún más reforzado en el seno de la clase dominante, los partidos políticos reaccionarios y la alta jerarquía del ejército, como consecuencia de la política contrainsurgente diseñada desde Washington y que tuvo en la

Alianza para el Progreso y en la *Política de Seguridad Nacional* sus dos puntales decisivos. Política contrainsurgente de carácter continental y creciente, y radicalizada resistencia popular, parecen ser los elementos decisivos en la transformación de la dictadura *liberacionista* en una dictadura militar. También serán estos dos elementos los decisivos en el que la dictadura militar a secas haya agregado el terror estatal como elemento sustancial en su definición. En efecto, la *rebelión de masas urbanas* de marzo y abril de 1962, su secuela de desarrollo guerrillero a partir de ese año y la creciente presencia estadounidense en los programas represivos, son elementos ineludibles en la explicación de cómo el terror se van convirtiendo en la mediación fundamental entre Estado y sociedad en Guatemala.

La argumentación en torno a las ventajas explicativas de captar la interrelación entre “los de arriba y los de abajo”, podría haber tenido una rúbrica rotunda si este ensayo hubiese comprendido al análisis de la gran rebelión de masas urbanas y rurales de fines de la década de los setenta y primeros años de la de los ochenta. El análisis de dicha rebelión y de la totalidad de la segunda mitad del siglo XX en Guatemala, hubiese ilustrado mejor una conclusión que ya se plantea en el capítulo primero de este ensayo: los movimientos, luchas, explosiones o periodos sostenidos de violencia, en suma las presiones que vienen desde abajo rara vez consiguen sus objetivos más elevados, pero con frecuencia cambian al Estado y la sociedad en la que actúan en un sentido que es positivo, aunque no sea por el cual lucharon.

Como el análisis de la segunda mitad del siglo XX en Guatemala no llegó a completarse en este trabajo, basta decir que sin en esa rebelión y el conflicto armado que le siguió hasta diciembre de 1996, sería inexplicable el proceso inverso al que en este trabajo se analiza: el desmontaje de la dictadura militar, su transición hacia una democracia restringida en los primeros gobiernos civiles y finalmente la instauración de un sistema político de carácter democrático en el cual las diversas fuerzas políticas son permitidas y en el cual el terror estatal ha dejado de ser el eje vertebral de la dominación estatal. No es mucho para lo que la izquierda en el mundo se planteaba en la década de los sesenta, es

avance sustancial en relación a lo que se vivió en Guatemala a lo largo de toda su historia republicana y particularmente después de 1954.²

Estamos abordando de paso otro de los problemas planteados desde el primer capítulo, el referido al de la violencia y la praxis transformadora, aquel que se plasma en la provocadora pregunta acerca de si la violencia cumple un papel positivo en la historia de la humanidad. Hemos visto que no solamente Marx y sus seguidores han dado una respuesta afirmativa a la misma, sino también autores que no necesariamente son marxistas, ni siquiera ubicados en la izquierda. Ya Barrington Moore nos ha exhortado a apreciar, “fría, racionalmente”, la importancia objetiva de la violencia en la política. Desafortunadamente, la argumentación con respecto a un tema tan controversial y espinoso, como lo es el rol positivo que la violencia puede desempeñar en un determinado momento histórico de una sociedad determinada, queda insuficientemente argumentado para el caso guatemalteco en este ensayo, puesto que este trabajo no aborda en su totalidad toda una época (la segunda mitad del siglo XX en Guatemala), sino solamente un período inconcluso, aquel que llega hasta principios de los años setenta. En aquel momento los efectos de la dialéctica insurgencia-contrainsurgencia no podían ser sino desoladores: el desencadenamiento del conflicto armado había convertido al Estado en una inmensa maquinaria del terror, miles de guatemaltecos habían sido muertos o desaparecidos por la misma, lo feroz y cruento del enfrentamiento había consolidado y reproducido la *cultura del terror* y en el campo del movimiento revolucionario buena parte de sus dirigencias, militancias, bases sociales e influencias habían sido derrotadas como producto de la derrota de la insurgencia revolucionaria. El balance que se podía hacer hasta en ese momento no podía ser sino trágico. Pero la historia continuó y el fin del conflicto inaugurado en 1954 dejó dividendos que son positivos y secuelas que siempre serán dolorosas. Hasta aquí podemos dejar la respuesta a una de las preguntas iniciales.

Los sucesos nacionales e internacionales observados a partir de 1959, no solamente tuvieron un efecto en el Estado, la clase dominante, y el ejército en Guatemala. También afectaron sustancialmente a las filas de la resistencia antidictatorial, y en ella englobamos al

² El autor es consciente que una argumentación sólida de este tema requiere el análisis de la gran rebelión de los años setenta y ochenta, así como el desmenzamiento de los acuerdos de paz que se fueron negociando a partir de 1987, en el largo proceso de conversaciones y acuerdos entre la insurgencia revolucionaria y los sucesivos gobiernos de Guatemala

movimiento revolucionario y no pocos sectores de los partidos reformistas. En el interior de la expresión más organizada del primero, el PGT, creó una diferenciación que aquí hemos distinguido como *cultura partidaria* y *cultura guerrillera*. Es en este “choque de culturas” como hemos denominado, acaso abusivamente, al conflicto interno del movimiento revolucionario guatemalteco, donde radica uno de sus cismas fundamentales. Ciertamente la cuestión del *programa de la revolución* pudo haber sido en determinado momento uno de los ejes del conflicto ideológico interno. Podemos citar de manera breve dos momentos: el de la radicalización en la visión de la revolución más próxima que observó el análisis de la dirigencia del PGT después de la derrota de 1954 -en el cual se optaba por primera vez por la revolución para construir una nueva democracia, en vez de ampliar la democracia para crearle condiciones a la revolución-, y en la polémica que originó el planteamiento programático con la presencia temporal del trotskismo en Guatemala (revolución permanente en vez de revolución por etapas).

Pero salvo estos dos momentos, el eje fundamental de la discusión ideológica parece haber estado más centrado en la *vía de la revolución*. Ciertamente ya hemos dicho que no existe una frontera abismal entre *vía y programa de la revolución*. El plantearse una vía de transformación no necesariamente violenta ~~tiene efectos moderadores en los alcances transformadores que se buscan~~. Y a su vez, el plantearse una transformación esencial abrupta, concentrada en el tiempo, tiene efectos en cuanto a los métodos que se adoptan para alcanzarla. Hemos esbozado líneas atrás dicho problema en relación al caso guatemalteco. Lo que en este momento queremos enfatizar es que las dos vertientes en las cuales se diferenció la izquierda revolucionaria guatemalteca -partido que hace la lucha armada/guerrilla que en el curso de la guerra se convierte en partido-, tuvieron en el rol de la lucha armada y en la forma de organizarla, en palabras de Kautsky el camino del poder, el elemento fundamental de controversia. Y esta controversia nos lleva hacia otro de los problemas planteados en el capítulo inicial de este trabajo. Si es cierto que las rebeliones de gran envergadura y las revoluciones no forman parte de la normalidad de las sociedades, sino una ruptura extraordinaria de su vida cotidiana, la pregunta sustancial es la que desde las primeras páginas nos hemos planteado: ¿cuáles son las causas que en determinados momentos llevan a enormes segmentos de la población humana, a romper con algo tan

preciado como es la vida cotidiana, y a rebelarse con todas las trágicas consecuencias que casi siempre ello implica?.

En el fondo la polémica y las divisiones estuvieron centradas en torno a lo que había que hacer, para lograr que el movimiento revolucionario y particularmente la lucha armada, se articulara a una *rebelión de masas* en el campo y la ciudad. En el periodo que hemos reconstruido y analizado en este trabajo, la consonancia entre *rebelión de masas* y lucha armada nunca ocurrió. Más aún, contrariamente a las expectativas del *foquismo*, la lucha armada, más específicamente la guerra de guerrillas, nunca logró desencadenar el clima subjetivo necesario, el *momento de viraje* del cual habló alguna vez Lenin al referirse al clímax de la situación revolucionaria, para generar una rebelión generalizada que pusiera en cuestión al orden existente. La única rebelión observada en el periodo analizado, la de marzo y abril de 1962, examinada en el capítulo cuarto, tuvo una compleja causalidad que va hemos analizado, que va mucho más allá de ser la consecuencia desencadenada por las esporádicas acciones armadas realizadas en los días previos. En el análisis de la revuelta popular urbana de marzo y abril, hemos intentado ser congruentes con lo que se ha postulado en el primer capítulo de este trabajo: más allá de los rasgos generales que toda rebelión pueda observar en cualquier época, el análisis de la primera queda incompleta si no se atiende la *historicidad* de la misma. Las mismas consecuencias se observan, si entre los factores causales de una rebelión no se perciben y distinguen las *causas estructurales* y las *causas desencadenantes* de la misma. *Historicidad, estructura y coyuntura catalizante*, resultan indispensables y constituyen una totalidad ineludible en el análisis de las rebeliones.

En marzo y abril de 1962, la rebelión de masas en la ciudad fue posible por una larga acumulación de hechos, que solamente una visión ideologizada puede reducir a un clima subjetivo desencadenado por la irrupción de la lucha armada. La década revolucionaria, repitémoslo por última vez, había generado sobre todo en los cascos urbanos, una sociedad civil que había desterrado el terror y el fatalismo (Moore) sobre el que se erguía la obediencia en el periodo oligárquico. El proceso organizativo -sindicatos, campesinos, mujeres, jóvenes, estudiantes, intelectuales, pobladores etc.- en función revolucionaria, politizó a grandes sectores de la población, principalmente urbana pero también rural, y este cambio de subjetividad creó condiciones para que a diferencia de los

motines de indios observados desde la época colonial hasta la primera mitad del siglo XX, la rebelión, cuando esta se dio, tuviera un carácter eminentemente “político” y no “prepolítico” (Hobsbawn). Y en este proceso de politización, no puede olvidarse también la acumulación de fuerzas en lo político y lo ideológico, que generaron todas las luchas en contra de la dictadura *liberacionista* y el gobierno ydigorista en el segundo lustro de los cincuenta y primeros años de los sesenta.

En la historicidad de la rebelión de masas urbanas de 1962, también deben incluirse “la actualidad de la revolución” y el horizonte socialista, como parte de la expectativa de vastos sectores a nivel mundial, elemento del cual no es ajena la revolución cubana, un hecho que repercutió notablemente en la conciencia de militantes y simpatizantes de la revolución en Guatemala. Lo histórico y lo estructural se complementan con los cambios demográficos urbanos ya mencionados en el análisis de la rebelión de 1962: crecimientos de las clases medias urbanas y sectores marginales, actores sociales que de manera protagónica participaron en la misma. Finalmente, el principal factor desencadenante de la rebelión: el fraude electoral de diciembre de 1961. Entusiasmo latinoamericano generado por la revolución cubana, clima antiimperialista en toda la región –fenómenos ambos presentes en Guatemala-, crecimiento y politización de la sociedad civil principalmente en la ciudad, crecimiento de clases medias urbanas y áreas marginales, desprestigio personal de Ydígoras, aislamiento de su gobierno no solamente en relación al centro y la izquierda sino también con respecto a la misma derecha, fraude electoral, acciones represivas que en el clima subjetivo que ya existía terminaron de enardecer a amplios sectores de la población. he aquí de manera resumida el amplio espectro histórico, estructural y coyuntural que genera a la rebelión.

Pero el enardecimiento de la población en los cascos urbanos no se vio acompañada de una estructura militar que acompañara a la rebelión y organizara en función de la lucha armada a la población civil que se rebelaba, como después veremos suceder en las calles de las ciudades nicaraguenses entre 1978 y 1979 y aún en las salvadoreñas en esos mismos años. Las acciones armadas que se observaron en los días previos a la rebelión y durante la rebelión, fueron realizadas por los militares rebeldes del 13 de noviembre en su tránsito hacia las filas revolucionarias. La población que se rebelaba observó y celebró como espectadora dichos sucesos. Nada más. El brote guerrillero que se observó en esos días, la

tentativa guerrillera de Concuá, era la continuación del clima de rebelión que se observaba en las ciudades. Pero si hubo disonancia entre *rebelión de masas* y lucha armada, también la hubo entre el clima que se observaba en las ciudades y el que se observaba en el campo. La razón de ello estriba en que el proceso de politización, de superación del fatalismo y del terror que ya hemos advertido en la sociedad civil urbana, a excepción de puntos muy focalizados, no se dio en el campo.

A su vez, esta diferenciación de politización entre campo y ciudad tenía causas profundas y de larga data. La fragmentación de la inmensa mayoría de la población en diferentes etnias comunicadas entre sí, la existencia de mecanismos de explotación y subordinación de carácter servil todavía en fechas tan recientes como la década de los cuarenta, la permanencia de un aparato represivo que iba desde los gobernadores departamentales, jefes policiacos y de destacamentos militares, finqueros, hasta los caporales y posteriormente comisionados militares. Y el hecho de que hasta la década de los setenta del siglo XX, la ciudad fue el epicentro de todos los hechos políticos y la prioridad fundamental de los esfuerzos organizativos de resistencia antidictatorial.³ En la década revolucionaria fácil es advertir que buena parte de las iniciativas de transformación surgen en la ciudad. La reforma agraria misma fue un planteamiento que surgió del movimiento sindical en la época del gobierno de Arévalo. La iniciativa revolucionaria en todos esos años pareció ir del campo a la ciudad, la principal dirigencia de la CNC fue de origen urbano y en general el campesinado indígena y ladino pareció ir a la zaga o simplemente como soporte de masas al esfuerzo revolucionario. Son precisamente estos hechos históricos los que nutrían el escepticismo de la dirigencia histórica del PGT con respecto a las posibilidades revolucionarias del campesinado indígena que se sintetizaba en el estigma de que "el indio era la base social de la reacción". El planteamiento era equivoco por sus consecuencias políticas y en las prioridades organizativas. También porque era obtuso en relación a las potencialidades revolucionarias de los pueblos indígenas y el campesinado en general.

Pero tenía asideros históricos en hechos que las dirigencias políticas urbanas no habían desapercibido: campesinos indígenas y ladinos habían sido movilizados y

³ Es importante recordar que es esta prioridad precisamente una de las diferencias ideológicas que hemos consignado entre las dos culturas políticas que en el seno de la izquierda surgieron en la década de los sesenta

manipulados en no pocas ocasiones (en 1920, en 1944 y aun el propio 1962 por ejemplo) para defender el orden establecido. La dictadura del período oligárquico y la dictadura militar habían hecho uso de las masas del campo, principalmente indígenas, para reproducir el orden dictatorial en los momentos electorales. El voto inducido y presionado por los grandes finqueros, partidos reaccionarios y todo el aparato dictatorial fue realidad insoslayable en el siglo XX.

Richard N. Adams nos da en su libro (1970, pp. 207) datos que fundamentan lo que se ha expresado. En las elecciones de 1966, aquellas que de manera inesperada perdieron los partidos derechistas y la dictadura militar y que llevó a Méndez Montenegro a la presidencia, el voto progresista fue capitalizado por el Partido Revolucionario (PR) mientras que las derechas se aglutinaron en el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) y el Partido Institucional Democrático (PID). Aun en esas elecciones, que ganó el PR, la diferenciación geográfica del voto evidencia que fueron las zonas de mayor presencia indígena las que votaron por los partidos políticos que encarnaban la continuidad de la dictadura militar y el dominio reaccionario. La zona del altiplano votó fuertemente a favor del MLN-PID. En departamentos como Alta Verapaz, Sololá y Chimaltenango las cabeceras municipales mostraron su inclinación hacia el PR, pero en el resto de los departamentos el voto fue para los partidos derechistas. Sin embargo a esta tendencia no fue ajena el oriente del país, predominantemente ladino, en donde en términos generales ganaron los partidos derechistas, pero con un voto fuertemente compartido por el PR. Justo es agregar que Adams no homogeneizó al voto en las zonas indígenas. La costa sur (zona de las grandes fincas dedicadas a la agroexportación), la zona metropolitana y lo que el llamó el "píamonte cafetalero indígena" (p. 212) votaron por el PR. Explicándose el voto conservador indígena, Adams concluyó: "La razón detrás del voto conservador, está probablemente más vinculado al sistema de vida de la pequeña propiedad campesina que a una nebulosa clase de "indianismo". Es específicamente el área de indios tradicionales el que fue conservador, no aquellos que habían sufrido la experiencia de trabajar regularmente dentro de una finca cafetalera, y quienes habían tenido la experiencia de estar cerca, si no es que realmente involucrados en la agitación y la politización del período revolucionario. En vista de ello, podemos explicar el conservadurismo no al ser indígena, sino a la

experiencia de vivir en el restringido ámbito de las comunidades indígenas y la a tradicional identificación del gobierno como algo a quien aplacar” (p. 212).

Fatalismo y terror no desmantelados por la politización y el involucramiento en procesos productivos francamente capitalistas, surgen en la explicación de Adams al voto indígena a los partidos derechistas aun en la coyuntura electoral de 1966, la cual favoreció a un partido en el cual se tenían al menos, expectativas de cambio. Es este contexto el que explica el que solamente hasta fines de la década de los setenta y principios de los ochenta, merced a una complejísima combinación de factores cuyo tratamiento escapa al presente trabajo, la *rebelión de masas* tuvo un escenario rural aun cuando la rebelión urbana que se venía observando en el segundo lustro de los setenta ya no pudo acompañarla puesto que fue descabezada entre 1978 y 1980.

Después de marzo y abril de 1962, en rigor no se volverá a observar una rebelión masas en el período analizado en este trabajo. En el capítulo quinto, el lector podrá llegar a tener una idea general de las dimensiones de la rebeldía en las zonas controladas por la guerrilla en el oriente del país en la década de los sesenta. Ciertamente la guerrilla en la Sierra de las Minas y en las Montañas del Mico y de La Estrella, contó con una base social que no es posible desestimar. Pero la reconstrucción de todo lo acontecido en esa zona durante aquellos años, permite concluir que esta base social estaba constituida por unos cuantos miles de personas, que el nivel de adhesión fue rápidamente destruido gracias al uso del terror, y que nunca llegó a observarse un alzamiento de masas animado de un clima subjetivo de aniquilamiento de lo establecido, como el que se observó en la ciudad en 1962 y como el que se observaría en el altiplano indígena en la intersección de la década de los setenta y de los ochenta. En el capítulo quinto nos hemos detenido en la reconstrucción de la aniquilación del *Frente Guerrillero Edgar Ibarra*, no solamente para rescatar dramas y héroes olvidados, sino también para evidenciar ante el lector de que no fueron miles, ni siquiera cientos, los guerrilleros que fueron aniquilados en el transcurso de 1967. Fueron decenas, y en los dolorosos momentos finales, un puñado de combatientes, los que terminaron siendo desarticulados por la gran ofensiva del ejército gubernamental.

Esta fue precisamente la conclusión de la dirigencia histórica del PGT en un documento que emanó de la reunión en pleno de su comité central en los primeros meses de 1972. El documento esta fechado en marzo de ese año y lleva por título *Situación*

Política Nacional y Orientación Táctica (CC/PGT, 1972) y en los años siguientes fue conocido entre la militancia comunista como el *Reajuste Táctico*. Este apelativo intentaba captar el espíritu del documento: la dirección del PGT corroboraba a más de tres años de distancia, que el camino de la revolución guatemalteca era el de la guerra revolucionaria del pueblo, pero eran necesarios diversos movimientos tácticos -no necesariamente armados- para llevar al pueblo al estadio militar, momento superior de la lucha revolucionaria. El documento se emitía en el momento en el que recién se había levantado, merced a la presión de diversos sectores de la sociedad civil, un Estado de Sitio decretado por el gobierno de Carlos Arana Osorio y que había durado más de un año.

Durante ese período y en los meses siguientes, se observó la ofensiva represiva que hemos consignado en el capítulo anterior a propósito del período de la crisis más profunda de las FAR. La ofensiva aranista había tomado las instalaciones de la Universidad de San Carlos de Guatemala y las había cateado; también había tendido un cerco a la ciudad de Guatemala, el cual caminando desde la periferia hasta el centro había registrado la inmensa mayoría de sus inmuebles; había logrado culminar la aniquilación del MR-13, el desmantelamiento de las estructuras urbanas de las FAR, y había propinado severos golpes a la militancia y dirigencia del PGT.⁴ La ofensiva terrorista no sólo había sido dirigida hacia la izquierda revolucionaria, sino también hacia los partidos del centro y sectores políticos moderados, como lo evidenciaban los asesinatos del prominente político de la década revolucionaria, Humberto González Juárez, y el del diputado de la socialdemócrata Unidad Revolucionaria Democrática (URD), Adolfo Mijangos López. La dictadura militar encabezada por Arana Osorio parecía concentrar sus fuerzas en una segunda fase de la gran ofensiva militar iniciada en octubre de 1966, la cual perseguía culminar en la ciudad la derrota de las FAR, desarticular al PGT y también reducir a la oposición legal encarnada en la Democracia Cristiana y la URD, y en un cierto momento el mismo PR.

⁴ En enero de 1971 se inició una cadena de detenciones de militantes de la Juventud Patriótica del Trabajo (JPT) que culminó con la captura y asesinato de Marco Antonio Leoni (miembro del comité central) y Rodolfo Gracias ambos dirigentes del trabajo militar del PGT. A estas muertes se agregaron las de los cuadros medios vinculados al trabajo militar Ovando Urquiza, Cuellar Izquierdo, Aragón Barillas y otros más (CC/PGT, 1972)

Tal era el contexto en el cual se había reunido en la clandestinidad el comité central del PGT y emitido el *Reajuste Táctico*. La caracterización del PGT del gobierno de Arana y de sus soportes sociales y políticos reiteraba la conclusión de que la revolución guatemalteca solamente podría abrirse paso a través de la violencia revolucionaria: el gobierno de Arana se orientaba hacia el establecimiento de un régimen político “más totalitario y represivo”, hacia “la institucionalización de una dictadura abierta de inspiración fascistoide”. El régimen de Arana había asesinado o desaparecido a más de 2 mil guatemaltecos la mayoría de ellos al amparo del Estado de Sitio. El mayor peligro que confrontaba el país eran los políticos ultraderechistas, los jefes militares más represivos (“jefes militares gorilas”) y detrás de ellos los magnates de la iniciativa privada y los intereses norteamericanos que buscaban por medio del terror estabilizar la situación política (p. 17). Estado, clase política ultraderechista, alta jerarquía militar, clase dominante e imperialismo norteamericano era el formidable abanico de fuerzas políticas y sociales que sustentaban al terror reaccionario. En esas condiciones la conclusión era ineludible: nada había pasado nacional e internacionalmente que cuestionara la orientación fundamental del partido, “en las actuales condiciones históricas del país es insoslayable el camino armado de la revolución guatemalteca” (p. 21).

Pero el camino armado de la revolución guatemalteca, necesidad ineludible por el endurecimiento de la dictadura militar, precisaba de muchas mediaciones tácticas, las cuales no necesariamente serían armadas. He aquí uno de los elementos esenciales del planteamiento. Había que reconocer que la lucha armada, no obstante la realización de acciones exitosas,⁵ se encontraba aislada de las masas, estancada y con una incidencia relativa en el proceso político general. No obstante la simpatía y el apoyo que las masas le habían dado a la lucha armada, sobre todo en sus momentos culminantes, no se habían incorporado a ella: la división y los reveses les generaban confusión con respecto a dicha forma de lucha (p. 28). “Hay que encontrar pues, la salida acertada a la contradicción entre nuestra concepción y las posibilidades de lucha de un lado; y el estado real del movimiento revolucionario después de 10 años de lucha armada del otro. Se impone evidentemente un examen de esta situación y un verdadero reajuste táctico...” (pp. 20, 21).

⁵ En el *Reajuste Táctico*, el PGT reconocía que sus unidades militares habían efectuado ajusticiamientos de esbirros conocidos, acciones para obtener armamento y recursos financieros y propaganda armada (pp. 13-14).

Para la dirigencia del PGT el estado real del movimiento revolucionario era evidente: éste no había salido de su crisis y se estaba viviendo uno de los períodos más agudos de la contrarrevolución desde 1954 (p. 14). La crisis del movimiento revolucionario se debía a su división interna, a la crítica que el PGT era sometido por las otras expresiones revolucionarias cuando planteaba la necesidad de las luchas de masas y la lucha política, las reservas que ocasionaban en la oposición legal las acciones de carácter armado, la represión y sus efectos aterrorizantes, la ausencia de crítica de principios a posiciones y acciones incorrectas de otras organizaciones revolucionarias, la seria contracción de los movimientos de masas (principalmente sindical y campesino), y sobre todo a la falta de una vinculación más estrecha con las masas y “nuestra limitada y deficiente propaganda que no ha podido contribuir decididamente a la elevación de la conciencia” (pp. 11, 12, 30, 35). En su haber el movimiento revolucionario guatemalteco contaba con “las expresiones objetivas de posibilidades de lucha y de las dificultades del régimen” y con las tendencias que a nivel internacional se observaban: las luchas armadas o grandes movilizaciones de masas a través de los cuales los pueblos latinoamericanos habían hecho sentir su voz y protesta, y el “carácter de nuestra época como la época del tránsito del capitalismo al socialismo” (pp. 14, 23).

Para poder avanzar en la senda de la guerra revolucionaria del pueblo había que reconocer que la lucha armada se encontraba estancada y desacreditada, entre otros hechos por acciones de otras organizaciones revolucionarias que no tenían un claro carácter político y que colindaban con el terrorismo (p. 31) El pecado original del movimiento armado era “que no había sido el resultado y la culminación de un proceso de lucha social y política donde las masas se vinieran fogueando para incorporarse como quien dice de una manera natural, a la lucha armada. ¡No! Esta nos fue impuesta” (pp. 28, 29). El movimiento armado nacido en tales circunstancias, no había podido superar sus fallas de origen ni tampoco había logrado de manera permanente la combinación de todas las formas de lucha (p. 35).

He aquí la esencia de la propuesta política e ideológica de la dirección del PGT: la lucha armada no se había articulado y desarrollado en consonancia a un proceso ascendente de movilización y combatividad de masas (esto es un creciente y conciente proceso de rebelión) sino había sido el fruto de una imposición. La crisis del movimiento

revolucionario podría superarse mediante un *reajuste táctico* que consistía en la recuperación de los vínculos con las masas y la elevación de la combatividad de éstas por medio de combinación de las luchas de masas y las luchas políticas con la lucha armada.

¿A quién aludía el PGT cuando hablaba de imposición? El lector puede deducir que los que impusieron la lucha armada fueron por un lado una dictadura cada vez más represiva y un sector del movimiento revolucionario cada vez más radicalizado, el "oportunismo de izquierda". "...La lucha armada fue en nuestro caso, por las razones señaladas, el intento de crear el 'espíritu revolucionario de las masas' con lo cual se aceptaba de hecho que todavía no estaba preparadas para aceptarla o incorporarse a ella" (p. 36). "En nuestro país, el movimiento armado no sólo no surgió como el resultado natural del desarrollo de la lucha del pueblo sino se le quiso dar, y algunos revolucionarios insisten todavía en darle, un carácter 'mesiánico'. La concepción foquista fracasó por eso, y fracasará cualquier intento guerrillero que tenga como idea motriz la imposición paternalista de 'liberar' al pueblo trasladando a grupos armados a las diversas regiones con ese propósito." (p. 37).

No era la lucha guerrillera la que despertaría el espíritu de rebelión en los amplios sectores del pueblo guatemalteco. Al menos no lo sería si no se articulaba a esta lucha con luchas de otro tipo. Si se quería llegar al objetivo climático de la guerra revolucionaria del pueblo -la generalización de la guerra de guerrillas y el tránsito a la ofensiva y aniquilación del enemigo-, era necesario realizar las más diversas formas de lucha para poder elevar conciencia, movilización y combatividad de las masas. "Aunque en el curso de la lucha las formas militares y paramilitares se irán elevando, de momento no constituyen las formas principales" (p. 34). En aquel momento, una de dichas formas principales eran las luchas de masas, es decir las luchas por sus reivindicaciones más urgentes, por ejemplo las luchas por salarios, tierras y contra la carestía de la vida (pp. 46, 50). La otra forma principal de lucha, era la lucha política que estaría constituida por todas las acciones engarzadas alrededor del objetivo de la unidad, en la perspectiva de un futuro frente único, de todas las fuerzas populares, revolucionarias y democráticas para derrotar al terror y la consolidación de un poder aun más dictatorial y ultraderechista (p. 42). La tarea fundamental era luchar por aislar políticamente a la contrarrevolución y en ese objetivo había que golpear a sus sectores más recalcitrantes y agresivos (p. 499).

El nudo de la situación política general se encontraba en ese momento en el terreno político por lo que era el trabajo político el eslabón principal para salir del estancamiento (pp. 46-47). Conciencia, organización, vinculación al trabajo de masas, planteamiento de alianzas aunque fueran coyunturales con los partidos de centro, preparación militar y realización solamente de acciones que fueran políticamente necesarias, tales eran las tareas prioritarias (p. 44, 45). Todo ello en el espíritu del IV Congreso del partido, que planteaba a la lucha armada no sólo “como una forma más de lucha, que habría que conocer y dominar, sino como parte esencial de su orientación fundamental” (p. 30).

El planteamiento del comité central del PGT de marzo de 1972 expresaba posiciones que ya había esbozado en el documento que emitió con motivo del pleno de marzo de 1968 (CC/PGT, 1968). En rigor no era totalmente novedoso sino un desarrollo de la crítica y autocritica que imponía la derrota de 1967 y que había empezado a expresarse en éste último documento. Si resultaba novedoso el que las elaboraciones de las FAR, que surgieron como producto de su convención nacional de diciembre de 1970 y enero de 1971 (DNE/FAR, 3/1973), en la que autocríticaban su perseverancia en el *foquismo* se acercaran a los planteamientos del *Reajuste Táctico*. No fue ninguna casualidad por ello que junto a otros materiales emitidos por las FAR, fueran tachados de reformistas por la dirección de la Nueva Organización Revolucionaria de Combate (NORC) después conocida con el nombre de Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP). Esta postura de las FAR tampoco fue compartida por Rodrigo Asturias Amado (después conocido como *Gaspar Ilóm*) quien desde 1971 se encontraba dirigiendo el Regional de Occidente de las FAR, discrepancia de la cual surgiría con el tiempo la Organización del Pueblo en Armas (ORPA) (JSG/F, 3/99).

No obstante ello, el *Reajuste Táctico* fue visto con reserva por la dirigencia de las FAR. Para ésta, el planteamiento era un eufemismo que escondía el abandono de la voluntad de impulsar la guerra revolucionaria. “Yo le dije a Huberto (Alvarado), recordaba *Pablo Monsanto* muchos años después, que nosotros estábamos dispuestos a meternos en el partido, pero solo si el partido tomaba decididamente parte en el esfuerzo de la guerra, porque nosotros veíamos que el partido no estaba convencido de ella. Nosotros veíamos el movimiento político, incluso la participación en elecciones, en función de la guerra, cosa que fue acremente criticada por *Gaspar*. Para las elecciones de 1974 por ejemplo, pensábamos que había que meterse en ese proceso para poder organizar a la población, por

eso llamamos a votar por los partidos democráticos, pero en función de la guerra. El PGT estaba de acuerdo en meterse a las elecciones, pero la diferencia con el PGT es que éste no lo veía en el contexto de la guerra”. Por otra parte, las FAR cuando hablaban del partido revolucionario que dirigía la guerra, no hablaban por supuesto del PGT. “Para nosotros, el partido no era el PGT, sino la fusión de éste con las FAR... lo que querían hacer ellos era cooptarnos y eso nunca lo íbamos a aceptar” (JSG/F, 3/99). Los desacuerdos y desconfianzas continuarían y se profundizarían, pese a un efímero acuerdo de unidad en la acción logrado en 1973 (CP/PGT-DNE/FAR, 1973), durante la gestión de Huberto Alvarado como secretario general del PGT.

Al pie de la letra, el *Reajuste Táctico* aparece ideológicamente impecable aun con el paso de los años. Puede parecer anacrónico en la actualidad, pero muchas de sus previsiones resultaron acertadas. Es imposible desvincular la acumulación política e ideológica realizada por las FAR y el PGT en los movimientos de masas urbanos y rurales a partir de 1973, de la gran rebelión observada a partir de 1979. El EGP también realizaría un trabajo de masas estudiantiles y sindicales que contribuyó decisivamente a la eclosión revolucionaria observada a partir de aquel año. Hoy podemos conjeturar a partir de lo que ha escrito una atenta y observadora participante, que incluso en su frente guerrillero, el planteamiento de desarrollar políticamente las áreas de influencia de la guerrilla antes de continuar el accionar militar, fue motivo de divergencias entre Mario Payeras (*Comandante Benedicto*) y César Montes y sus respectivos seguidores, las cuales largamente larvadas finalmente se hicieron explícitas en 1977 (Colom, 1998, p. 248). En diversas partes de su libro Yolanda Colom habla de las divergencias, pero en una de ellas no necesariamente vinculada al conflicto con César Montes, la expresa de una manera que resulta notablemente similar a los planteamientos del *Reajuste Táctico*: “La subestimación de la política era generalizada dentro de la organización, incluso en la capital donde al principio cifrábamos nuestras esperanzas. Numerosos compañeros consideraban que hacer política –y por lo tanto, pensar, dirigir y actuar políticamente- era perder el tiempo. Y orientar a las masas a que impulsaran luchas amplias, amparadas en una ley que sólo existía en el papel, era mandarlas al matadero” (p. 196).

Acontecimientos y encrucijadas enfrentadas por otras organizaciones revolucionarias en años posteriores, confirmaron que el *Reajuste Táctico* resultó ser un

documento de grandes aciertos. Uno de ellos concernió al propio PGT y particularmente a la dirección que lo encabezó después de la captura y el asesinato de la dirección histórica en septiembre de 1972. De acuerdo a lo expresado por ésta última en el referido documento, si bien era cierto que el “oportunismo de izquierda” había ocasionado gran daño al movimiento revolucionario, en el futuro el peligro principal para el partido y el movimiento revolucionario sería el “oportunismo de derecha” (CC/PGT, 1972, p. 47).

Apenas dos años después, en junio de 1974, el nuevo secretario general del PGT, Huberto Alvarado Arellano, advertía en lo que se convertiría también su testamento político (un documento conocido como *Hipótesis y Tesis*), que el partido que encabezaba estaba descuidando las tareas militares (Alvarado, 6/1974). Y este descuido, y la respectiva advertencia de Huberto Alvarado, sería blandido por la disidencia que encabezaría José Alberto Cardoza (*Mario Sánchez*) en junio de 1978. En efecto, el énfasis en las luchas de masas y políticas que el PGT pondría en su praxis en la década de los setenta, terminaría siendo una práctica unilateral que olvidaba que de acuerdo al *Reajuste Táctico*, las luchas de masas y políticas eran solamente mediaciones para alcanzar el clima subjetivo de una *rebelión de masas*, de una *situación revolucionaria*, momento climático de la guerra revolucionaria del pueblo. Esta práctica unilateral ocasionaría en el PGT las defecciones y fraccionamientos que finalmente lo llevarían a una crisis terminal a mediados de la década de los ochenta.

El *Reajuste Táctico* puede considerarse con justeza el testamento político de la dirección histórica del PGT. Pocos meses después de haber sido redactado y hecho circular, en un operativo en el que fácil es conjeturar la infiltración, la comisión política del PGT, fue detectada y capturada en una casa de la zona 7 de la ciudad de Guatemala. El secretario general del PGT, Bernardo Alvarado Monzón y los miembros de la comisión política Mario Silva Jonama, Carlos René Valle, Carlos Alvarado Jerez, Hugo Barrios Klee y Miguel Ángel Hernández al igual que la habitante de la casa y militante del PGT, Fantina Rodríguez y la empleada de servicio Natividad Franco, fueron asesinados rápidamente. Al día siguiente de su captura, el presidente Carlos Arana Osorio, el vicepresidente Eduardo Cáceres Lenhoff, el ministro de la defensa Kjell Laugerud, el presidente del Congreso Mario Sandoval Alarcón, el ministro de gobernación Roberto Herrera Ibarquén y el ministro de relaciones exteriores Jorge Arenales Catalán tomaron la decisión de asesinarlos.

Sus cadáveres fueron lanzados al mar (Alvarado, 1994, pp. 90-91). Con la captura y asesinato el 20 de diciembre de 1974, de Huberto Alvarado, el sucesor de Alvarado Monzón en la secretaría general, la dirección histórica del PGT concluía su existencia.⁶

Pese a las expectativas de la dictadura militar de que con la aniquilación de la dirección histórica del PGT culminaba el exterminio del movimiento revolucionario iniciado en octubre de 1966, desde enero de aquel mismo año un nuevo movimiento guerrillero había empezado a operar en el norte del departamento de El Quiché. Se trataba del contingente guerrillero de la NORC que sería la semilla principal de la gran rebelión de 1979-1981. Un grupo de 15 hombres, encabezados por *César Montes*, penetró a territorio guatemalteco en la zona del Ixcán y empezó a escribir una nueva página de la historia, una parte de la cual en este trabajo se ha pretendido captar. Personajes que ya hemos mencionado en este trabajo formaron parte de ese núcleo inicial: Antonio Fernández Izaguirre, Mario Payeras, Sotero Hernández son algunos de ellos. En el occidente del país, el regional de occidente de las FAR adquiría dinámica propia y se convertía en el núcleo inicial de la ORPA. Pero la historia de estas organizaciones ya trasciende los límites de este trabajo que con estas líneas está concluyendo.

La revolución es mucho más avezada que la más lúcida de las vanguardias escribió Lenin en alguna parte. Justo es decir que la realidad de la *rebelión de masas* de 1979-1981, fue mucho más rica en causalidades, protagonistas, acontecimientos, que lo que la dirección histórica del PGT imaginó en el *Reajuste Táctico*. En la gran rebelión las masas indígenas fueron las protagonistas por excelencia, puesto que su participación fue lo que cimbró como nunca al Estado guatemalteco; el eje de la rebelión se ubicó al principio en la ciudad y posteriormente diversas circunstancias, entre ellas el terror, lo desplazaron hacia el campo; el estallido revolucionario no solamente fue producto de los factores de conciencia y organización, más bien la espontaneidad fue un elemento que sorprendió a las

⁶ Otros miembros de esa dirección histórica tuvieron destinos diversos. Alfredo Guerra Borges paulatinamente se fue retirando de la militancia después de su salida de la cárcel en 1966. José Manuel Fortuny quien se encontraba en la clandestinidad en Guatemala en el momento de la liquidación de la comisión política del PGT, salió en 1973 hacia México y su incidencia en la conducción del PGT, mínima desde varios años atrás, disminuyó aún más. José Alberto Cardoza encabezó una disidencia en 1978 (el PGT-Núcleo de Dirección) y con ello se apartó del tronco principal del PGT. José Luis Ramos fue capturado y asesinado en 1984, cuando ya el PGT se encontraba reducido a su mínima expresión como producto de las múltiples defecciones y fraccionamientos.

organizaciones guerrilleras, principalmente a la que operaba en la zona que fue el epicentro del alzamiento (EGP); las formas organizativas que generaron la sublevación trascendieron con mucho a las que dictaba la ortodoxia leninista; el catolicismo difundido por sacerdotes, monjas y catequistas radicalizados cumplió un papel fundamental en la agitación de las conciencias en el mundo rural e indígena y un acontecimiento ajeno a Guatemala -la revolución nicaraguense y sus efectos irradiadores en toda el área- cumplió un papel decisivo como factor desencadenante.

Dejemos aquí estas reflexiones finales sobre un periodo inconcluso.

Al arribar al momento final de este trabajo, el autor no puede dejar de pensar en la trayectoria de cada una de las organizaciones, de la enorme cantidad de sus héroes y mártires y de sus fracasos y resurrecciones. No solamente en el periodo que ha intentado analizar, sino también en los años que le sucedieron. Difícil es hacer a un lado la imagen de lo trágico, en el sentido de la heroicidad del ser humano al luchar contra lo que resulta inevitable. Lo trágico no solamente en el sentido de la rebeldía contra la fuerza del destino, sino más bien en el sentido filosófico: cuando la libertad queda abatida por la necesidad. En general tal parece ser el sentido del siglo XX en el mundo; Guatemala y Centroamérica no tenían porque ser una excepción. Cuando ~~la lucha armada se empezó a plantear en estos~~ países, parecía que la libertad terminaría triunfando por encima de la necesidad y que por ello los frutos transformadores de la guerra serían mucho más jugosos.

Lo trágico en el sentido en el que en este momento lo estamos usando, vuelve aparecer cuando el analista repasa las últimas cuatro décadas y mira los rostros de todos aquellos que consumieron sus vidas por la ideas de la revolución que aquí hemos consignado. Resulta inevitable recordar que alguna vez dijo José Martí que la política era el arte de hacer posible lo imposible; fue esa voluntad la que animó a los revolucionarios guatemaltecos a lo largo de éstas últimas cuatro décadas.

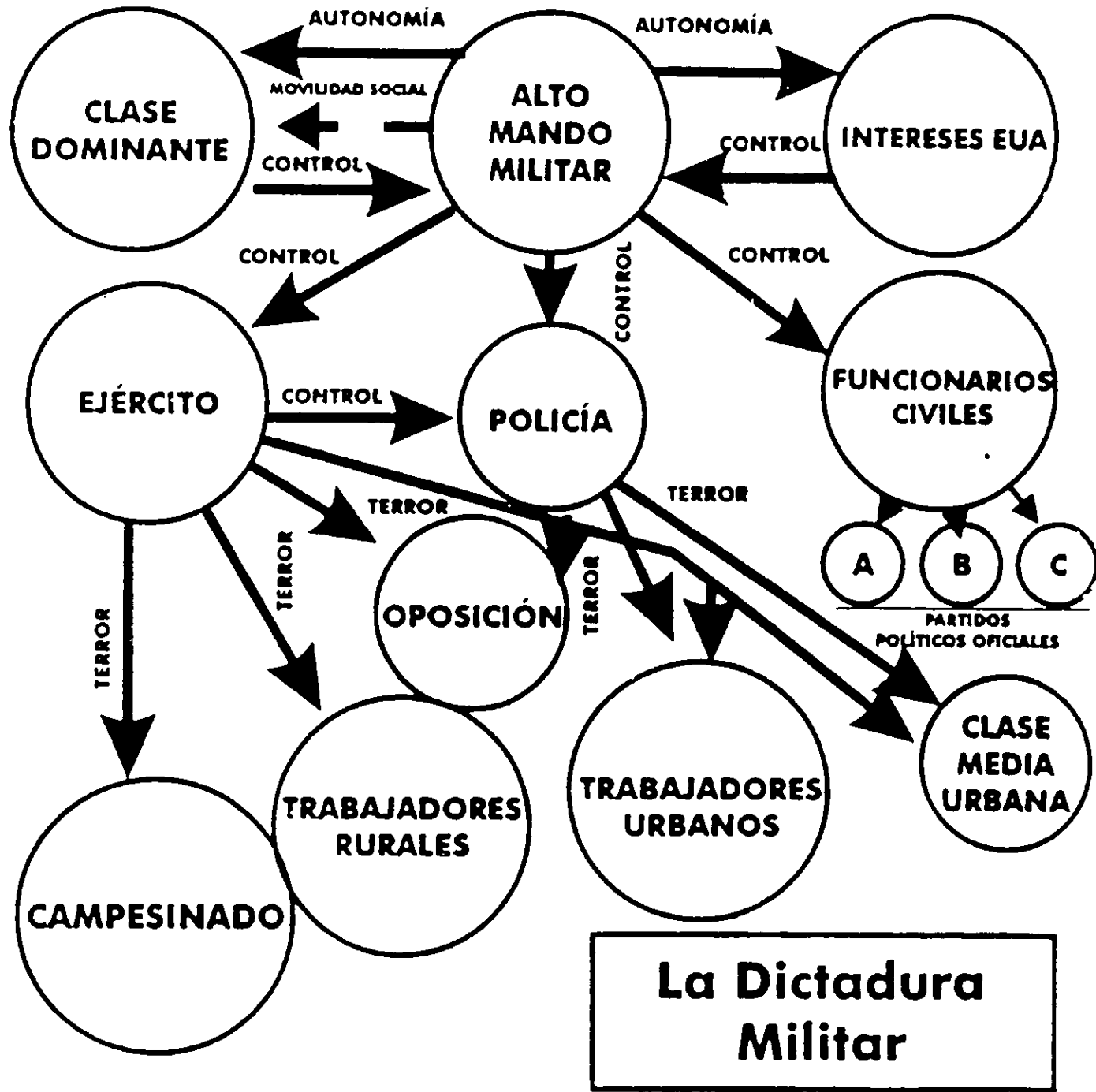
Más friamente, Max Weber dijo que en la política nunca se conseguía lo posible sino se intentaba lo imposible una y otra vez. Y agregaría que para hacer esto no solamente había que ser un caudillo, sino también un héroe en el sentido más sencillo de la palabra (Weber, 1984, p. 178).

Acaso éste sea el balance final que pueda hacerse de la revolución y los revolucionarios en el crepúsculo del siglo XX.

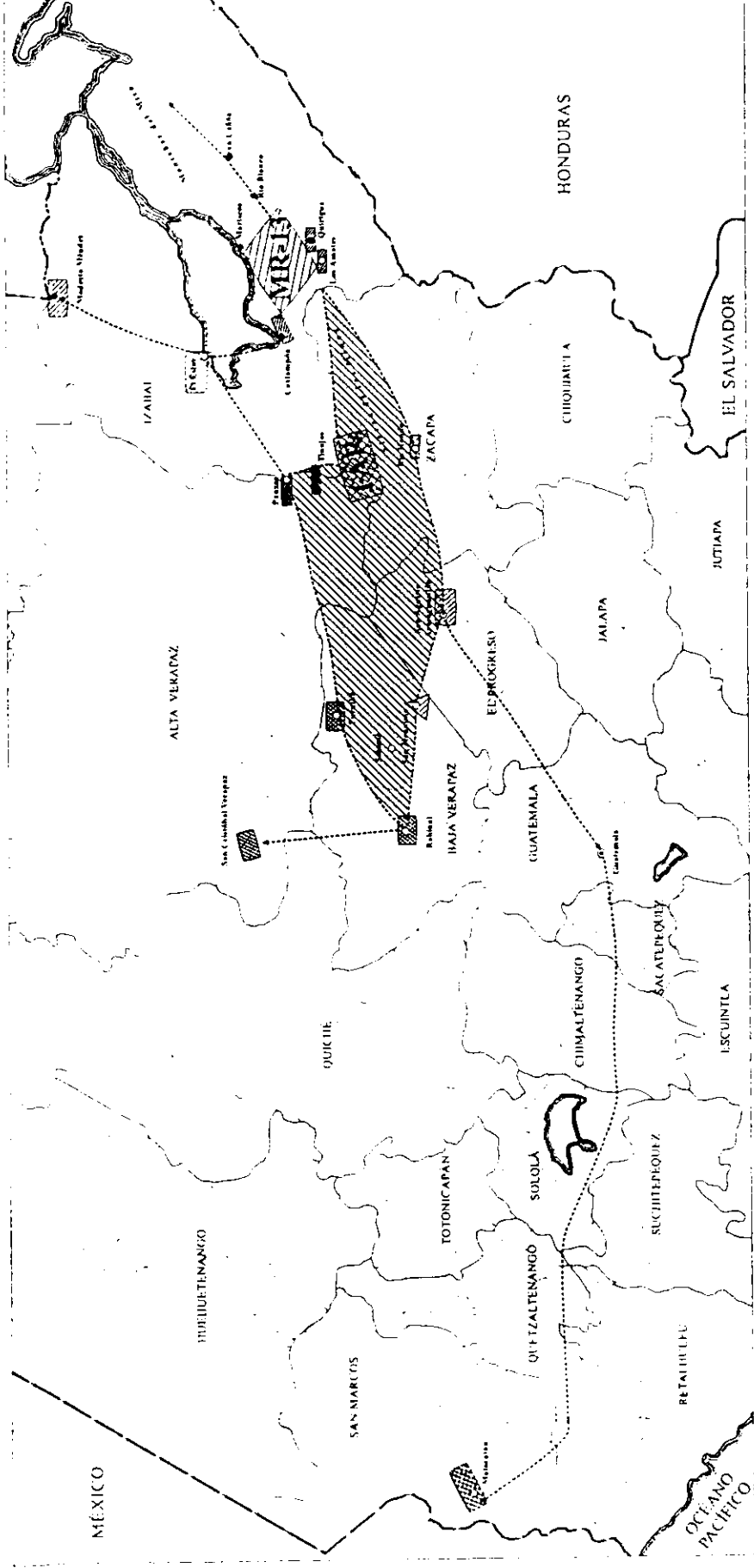
Gráfica I



Gráfica II



Las Zonas Guerrilleras en la Década de los Sesenta

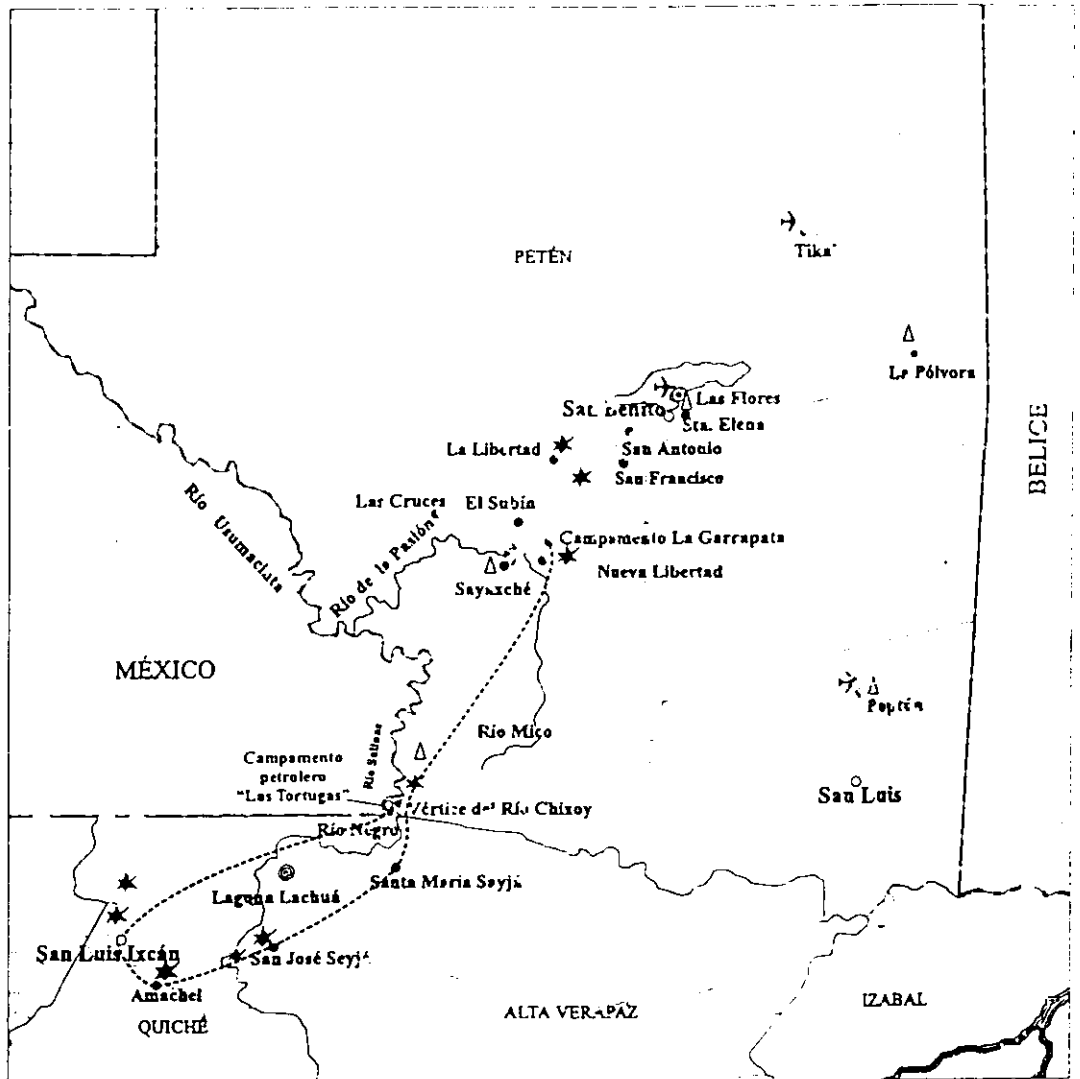


- Cabecera departamental
- Cabecera municipal
- Aldea, caserío
- Limite internacional
- Limite departamental
- Limite municipal
- ▨ FAR } Zonas de asentamiento
- ▩ MR-13 } de la Guerrilla
- ... Ruta de influencia de la GEI
- ▨ Zona de influencia

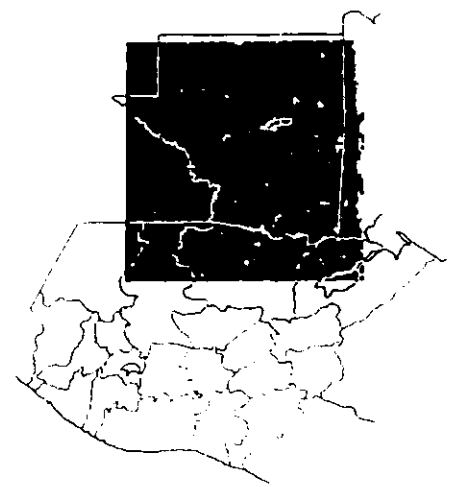


Fuente: Carlos López García, "Pizarrón"

Deptos. El Petén, Quiché y Alta Verapaz
 Frente Guerrillero "Columna Madre" (FAR. 1968-1969)



- ⊙ Cabecera departamental
- Cabecera municipal
- Aldea, caserío
- - - Limite internacional
- Limite departamental
- Limite municipal
- △ Puestos del ejército guatemalteco
- ★ Zonas de combate
- > Marcha de la Columna
- Aeropuerto



Fuente: Versión recabada a excombatientes por Mario Robles Villatoro, "Comandante Juan"

PERSONAJES, NOMBRES, SOBRENOMBRES Y SEUDONIMOS.¹

Abascal, César.
 Abbes García, Johnny.
 Aguilar, Vinicio.
 Aguilar de León, Juan de Dios.
 Aguilar Mora, David.
 Aguilar Mora, Manuel.
 Aguirre del Cristo, Severo (*Alejandro*).
 Alejos Arzú, Roberto.
 Albizurez, Francisco.
 Aldana, Baltasar.
Aldana, Evaristo.
 Aldana Sandoval, Carlos.
 Alvarado, Carlos.
 Alvarado Jeréz, Carlos.
 Alvarado Monzón, Bernardo (*Braulio*)
 Alvarado Rubio, Mario.
 Alvarado, Huberto (*Gil*).
 Amado Granados, Francisco (*el Monje, Rudy*).
Amílcar.
 Ampié, Jorge.
 Anderson, Carlos.
 Andrade Roca, Manuel (*Manolo*).
 Arana Osorio, Carlos.
 Araneda, José Luis.
 Arathon, Cristina.
 Arenales Catalán, Emilio
 Arenales Catalán, Jorge.
 Arenas, José Luis (*el tigre de Ixcán*)
 Arce Behrens, Fernando.
 Arévalo, Anne.
 Arévalo, Juan José.
 Arévalo, Juan (*Juanjo*).
 Arévalo Bocaletti, Juan José.
 Arévalo Bocaletti, Ricardo Alfredo
 Arévalo Bocaletti, Sergio Armando.
 Arbenz, Guzmán, Jacobo.
 Archila, Carlos.
 Ardón, Antonio.

¹ Los nombres en cursiva puestos entre paréntesis corresponden a los seudónimos usados en la clandestinidad por las personas mencionadas o bien al apodo que los identificaba, a veces más aun que el propio nombre o seudónimo. En ocasiones el lector solamente encontrará el seudónimo o el sobrenombre puesto que el autor no ha podido averiguar la identidad real del personaje o éste a preferido conservar el anonimato.

Arismendi, Rodney.
 Arrecis, Carlota.
 Arrecis, Marina.
 Arriaga Bosque, Rafael.
 Arriola, Aura Marina.
 Arzú, Alvaro.
 Asturias Amado, Rodrigo (*comandante Gaspar Ilóm*).
Ayala, Constantino.
 Azmitia, Rodolfo.
 Balcárcel Ordoñez, José Luis (*Rossell*).
 Balcárcel, Luis Felipe.
Barbas de Oro.
 Barillas, Danilo.
 Barrientos, Felipe Nery.
 Barrios, Alberto (*el Bachiller*)
 Barrios Peña, Roberto.
 Barrios Klee, Waldemar.
 Barrios Klee, Hugo.
 Barreno, Cayetano (*Antonio*).
 Batista, Fulgencio.
 Batres, Antonio.
 Bauer Paiz, Alfonso.
 Barzanallana, Francisco.
 Barzanallana, Jose.

 Becker, Mirna.
 Ben Bella, Amhed.
 Benett, Alaric.
 Berganza Bocaletti, Arturo Abilio (*Tito*).
 Berganza Boccaletti, Ricardo (*el Garfio*).
 Bermúdez, Ramiro.
 Blanco, Oscar Raúl (*Macho Blanco*)
 Blandón, Raquel.
 Bocaletti vda. de Arévalo, María Luisa.
 Boches, Rosario.
 Boldó Velda, Nuria.
 Bonfil, Alfredo V.
 Botzoc Hércules, Mario.
 Bravo, Douglas.
 Bradford, Marjorie (*Marian Peters*).
 Buitrago, Julio.
 Cáceres Ruiz, Carlos.
 Cáceres Ruiz, Jorge.
 Cáceres Soberanis, Jorge.
 Cáceres, Julio Roberto (*el patojo Cáceres*).
 Cahueque Juárez, Enrique.
 Cambranes, J.C.
 Cámara, Helder.

Camey Herrera, Julio.
Campirán, Eunice.
Capuano, Ernesto.
Caravantes, Antonio.
Cárdenas, Lázaro.
Cardoza y Aragón, Luis.
Cardoza, José Alberto (*Roberto, Mario Sánchez*).
Carrera, Rafael.
Casariego, Mario.
Castañeda, Héctor.
Castañeda de Guerra Borges, Elsa.
Castañeda Paz, Carlos (*el Turco*).
Castañeda Paz, Mario Vinicio. (*el Turquito*)
Castillo, Ahmed.
Castillo Armas, Carlos (*cara dehacha*).
Castillo, Armando.
Castillo, Plinio.
Castillo, Roberto.
Castillo Flores, Leonardo.
Castillo Johnson, Leonardo (*Nayito*).
Castillo Urrutia, Alvaro.
Castillo, Otto René.
Castro Ruz, Fidel.
Castro Ruz, Raúl.
Cerezo Arévalo, Vinicio.
Cienfuegos, Camilo.
Cóbar, Ricardo.
Colom, Yolanda.
Contreras, Marco Tulio.
Cordero Quezada, Manuel.
Cordón Acevedo, Ricardo (*Chispa*).
Cordoba Molina, Jorge (*Huevo Loco*).
Coronado Muralles, Nils.
Cosenza, Francisco.
Chacón, Rodolfo (*Chaconcito*).
Chajón Chúa, Juan Francisco.
Charnaud MacDonald, Augusto.
Chávez de Alvarado, Irma (*Chicoca*).
Chávez, Mario René (*El Remachón*).
Chicas Lemus, José Guillermo.
Chumalia.
Chur del Cid, Arturo.
Centeno, Carlos (*Paúl*).
Chinchilla, Luis Humberto.
Cordón, Wencesalo.
Cristalli, Homero (*J. Posadas*).
Cruz, Guillermo (*Willy, Mariano*).

Cruz Salazar, José Luis.
 Cruz, Rogelia.
 Cruz Wer, Rogelio.
 Dada Hirezi, Héctor.
 Dalton, Roque.
 De Ampié, Julieta.
 Debray, Régis.
 De La Cruz, Arturo (*el Canche*).
 De La Torre, Jorge Luis (*el Guambis*).
 Del Cid, Porfirio.
 De La Guardia, Antonio (*Tony*).
 De La Rosa, Vicente (*Lupe*).
De la Sierra, Rocael.
 De León, Estanislao (*Tanito*).
 De León Aragón, Alejandro.
 De León Aragón, Oscar.
 De León Licardie, Nery (*Néstor Valle*).
 De León Schlotter, René A.
 De Mencos, Concepción Castro.
 De Pineda, Laura.
 Del Valle, Luis (*Saraguato*).
 Del Valle, Walfre Orlando.
 Díaz, Carlos Enrique.
 Díaz, Pablo.
 Díaz Ramírez, Raúl (*el loco Díaz*).
 Díaz Rozzotto, Jaime.
 Diéguez Pilon, Armando.
Doña Fuguchona.
 Doucoudray, Félix Servio.
 Durán, Julio Raul.
 Duque, Herminio.
 Dulles, Allen.
 Dulles, John Foster.
 Echeverría Alvarez, Luis.
 Echeverría, Alicia.
 Eisenhower, Dwight.
El compañere guerrillere.
El Mariachi
El Manatí
El Péndulo.
El Tío Moi
El Rata
Emilio
Emilio el Pajuil.
 Encina, Dionisio.
 Enriquez, Mario.
 Escalante, Anibal.

Jimé	Escobedo, José Luis.
Jimé	Estévez, Concha.
Jaim	Estrada Cabrera, Manuel.
Juan	Estrada de la Hoz, Julio.
Juáre	Fernández, Pedro.
Juáre	Fernández Izaguirre, Antonio (<i>Lisandro, Sebastián</i>).
Jeréz	Fernández Retamar, Roberto.
Jurac	Figueroa, Carlos Alberto.
Kord	Firk, Michelle.
Lau,	Fonseca, Ottoniel.
Laug	Fonseca Amador, Carlos.
Lava	Flores, María del Carmen (<i>Tita</i>).
Lem	Flores, Horacio (<i>Lacho</i>).
Lem	Flores, Ivonne (<i>Bonnie</i>).
Lem	Franco, Dora (<i>Dorita</i>).
Leni	Franco, Francisco.
León	Flores Avendaño, Guillermo.
León	Fortuny, José Manuel.
León	Fortuny, Víctor (<i>Higinio</i>).
León	Fuentes, Carlos (<i>Catarro</i>).
Leor	Fuentes Mohr, Alberto.
Loar	Gadea, Hilda.
Licar	Gadea, Ricardo.
Lima	Galdámez Cabrera, Rodolfo (<i>El Curita</i>).
Lobc	Galich, Manuel.
Lom	Galich, Luis Fernando.
Luca	Galván, Felipe.
Luce	García Agüero, Salvador.
Luce	García Asturias, Mardoqueo.
Luna	García Bauer, José.
Llerc	García Benavente, Leonardo.
Lópc	García Benavente, Leonel.
Lópc	García Buchaca, Edith.
Lópc	García Granados, Jorge.
Lore	García Granados, Miguel.
Lore	García Laguardia, Jorge Mario.
Lore	García Mendoza, Herminio.
Mac	García, Rodolfo Herminio (<i>Chofo</i>).
Mac	<i>Gasparín</i> .
Mac	Gracias, Rodolfo.
Mac	Gracioso, Plinio.
Malc	Guevara Gadea, Hilda (<i>Hildita</i>).
Malc	Guevara, Ernesto (<i>el Che Guevara</i>).
Malc	Getellá, Anselmo.
Malc	Girón, María Bella.
Man	Girón Calvillo, Vicente.
Mar	Gilly, Adolfo (<i>Tury</i>).

- C March, Aleida.
 C Marroquín Rojas, Clemente.
 C Martínez, Angel.
 C Martínez, Alvaro.
 C Martínez, Jorge.
 C *Martínez, Pedro.*
 C Martínez, Juan.
 C Martínez Estévez, Alfonso.
 C Matos, Huber.
 C Mejía Victores, Humberto.
 C Melgar, Hugo Rolando.
 C Melville, Thomas.
 C Melville, Arthur.
 C *Melvyn.*
 C Méndez, Florencio.
 C Méndez Doninelli, Factor.
 C Méndez Montenegro, Julio César.
 C Méndez Montenegro, Mario.
 G Méndez Ruiz, Ricardo.
 G Mendoza, Juan.
 G Meoño, Gustavo (*Manolo*).
 G Micheo, Jorge.
 G Mijangos, ? (*el chucho*).
 G Miranda, Ricardo (*manoe ' tigre*).
 G Móbil, Antonio.
 G Molina Loza, Juan Luis.
 G Montes de Oca, Fernando.
 H Monzón, Elfcgo H.
 H Montenegro Paniagua, César.
 H Monteforte Toledo, Mario.
 H Morales, Luis (*Guicho Morales*).
 H Morales, Magnolia.
 H Morales, Mario Tulio,
 H Morales, Oscar (*El Aguila*).
 H Morales Hamel, Oscar.
 H *Moralitos.*
 H Morera, José.
 H Morgan, Carlota.
 H Morgan, María Isabel.
 H Moyano, Cornelio.
 H Muñoz, Rocael.
 Ib Muralles, Roberto.
 Ib Nájera, Ramón (*Paco*)
 Ib Nassar Haro, Salomón.
 Ig Niederheitmann, Ernesto
 Ja Neruda, Pablo.
 Ja Noriega, Carlos.

Noval, Joaquín (*Nacho, Carlos, Juan Ch.*).
 Nuila Hub, Pablo.
 Obregón Morales, Roberto.
 Ochoa, Arnaldo.
 Orantes, Benjamín Rolando (*el energúmeno, Víctor*).
 Ordoqui, Joaquín.
 Ordóñez, Bernardo.
 Ordóñez, Carlos (*Chilano, Camilo Sánchez*).
 Orantes, Alfonso.
 Orellana, Francisco.
 Orellana, Salvador (*el Gallo Giro*).
 Orozco, Salvador.
 Ortiz, Edwin.
 Ortiz, Lisandro.
 Ortíz Passarelli, Miguel.
 Ortíz Vides, José María (*Nicolás, Chema Vides*).
 Osegueda, Raúl.
 Osorio, Félix.
 Otten, Arnoldo.
 Pablo, Michel (*Raptis*).
Paco
 Padilla, José Luis.
 Padrón, Amado.
 Paiz, Carlos.
 Paiz Cárcamo, Clemencia (*Teresa*).
 Paiz Cárcamo, Mirna (*Rosamaría*).
 Paiz Cárcamo, Nora.
 Pantoja, Orlando (*Olo*).
 Palacios, Elvira.
 Palacios, Cándida.
 Palacios, Martha.
 Palacios, Víctor.
 Palma Sherán, Amado.
 Palma, Oscar Edmundo.
Panchito
 Parada Tobar, Arnulfo.
 Parinello de León, Enrique.
 Payeras Solares, Mario (*comandante Benedicto, Agustín*).
 Payeras Solares, Rodolfo (*Feliciano Argueta, Chano*).
 Paz Tejada, Carlos.
 Paz Cárcamo, Guillermo (*el patojo Paz*).
 Paz y Paz, Alberto.
 Paiz, Mario Enrique.
 Pellecer, Carlos Manuel.
 Peralta Azurdía, Enrique.
 Pérez, Concepción (*Chón Pérez*).
 Pérez, Oscar Arturo.

Pérez, Rosendo.
 Pérez Jiménez, Marcos.
 Peña, Lázaro.
 Pérez, Zenobio.
 Peurifoy, Betty Jane.
 Peurifoy, John.
 Piano, Alberto.
 Pineda, Jaime.
 Pineda, Miriam.
 Pineda Aldana, Humberto (*el Suave*).
 Pineda Aldana, Luis Arturo.
 Pineda Catalán Humberto.
 Pineda Longo, Alberto.
 Pineda Longo, Mario.
 Pineda Longo, Salvador.
 Piñeiro, Manuel (*Barba Roja*).
Polita.
 Ponce Vaides, Federico.
 Ponciano, Miguel Angel.
 Ponomariov, Boris.
 Porras Castejón, Gustavo (*Héctor, Hugo*).
 Portillo, Cornelio.
 Prebisch, Raúl.
 Prestes, Luis Carlos (*el Caballero de la Esperanza*).
 Prera Sierra, Luis Alfonso.
 Prieto Laurens, Jorge.
 Putzéis Alvarez, Guillermo.
 Quintanilla, Santiago.
 Quinteros, Carlos Humberto (*el hombre lobo, Miguel*).
 Quiñónez Ydígoras, Julia (*La Maciste*).
Ramírez, Lucio.
 Ramírez, María del Rosario (*Chiqui*).
 Ramírez, Ricardo (*Orlando Fernández Ruiz, comandante Rolando Morán*).
 Ramos, José Luis (*Ramitos, el tío*).
 Ramos, María (*Doña Maru*).
 Raxcacoj Xitumul, Fidel (*Socorro Sical*).
 Reyes, Octavio (*el Che Reyes*).
 Recinos, Carlos.
 Régil, César Augusto.
 Reyes, María del Carmen (*Chesi*).
 Rico Galán, Víctor.
 Rimola Henry, Ricardo.
 Ríos de Hoyos, José María.
 Ríos Montt, Efraín.
 Rivera, Arturo (*el Chino Aldo*).
 Roca, Blas.
 Robles Villatoro, Mario (*comandante Juan*).

Rodríguez, Carlos Rafael.
Rodríguez, Hugo (*el Chato*).
Rodríguez, Víctor.
Rodríguez, Víctor Hugo.
Rodríguez Aldana, Julio (*Lorenzo*).
Roldán, Leonel (*Sisimite*).
Román López, Emilio (*Pascual Ixtapá*)
Rosales, Jesús.
Rosales, Ricardo (*Carlos Gonzáles*).
Rosemberg, Enrique.
Ruiz, Gabriel.
Rossell y Arellano, Mariano.
Ruiz García, Enrique.
Rubio, José Luis.
Sáenz, Juan Pablo.
Salazar, Max.
Saldívar, Emilio Eva.
Salguero, Max.
Sánchez, Celia.
Sánchez, Florentín.
Sánchez, Heberto.
Sánchez, José Angel.
Sánchez, Manuel.
Sandoval, Leopoldo.
Sandoval, Miguel Angel (*el zurdo*).
Sandoval Alarcón, Mario.
Santamaría, Haydée.
Santizo, Gabino.
Santizo Corado, René.
Sarti Castañeda, Carlos.
Sarti Morales, Carlos.
Sendic, Raúl.
Segura, José Domingo.
Segura, Julio.
Serrano, Maximiliano.
Sesam Pereira, Rafael.
Siam, Jacoba.
Silva, Lucrecia (*Nora*).
Silva Girón César Augusto.
Silva Falla, Alejandro.
Silva Jonama, Mario (*Samuel*).
Sis, Nicolás.
Sisniega Otero, Leonel.
Sólares Arévalo, Miguel Angel.
Solares Caravantes, Rudy.
Solares Ortiz, Gustavo.
Solórzano, Alfonso (*Rufino*).

Somoza Debayle, Anastasio.
 Somoza Debayle, Luis.
 Sosa, Rafael.
 Sosa Barillas, Carlos.
 Sosa Montalvo, Eduardo.
 Soto, Carlos Rafael (*Vistahermosa*).
 Soto García, Jorge (*manzana, comandante Pablo Monsanto*).
 Soto García, Marco Tulio (*Rigo*).
 Soto Salam, Horacio.
 Stalin, José.
 Stolinski, ? (*Rigoberto Molina*).
 Stolinski Franco, ?
Sustos.
 Skinner Klee, Jorge.
 Taracena Arriola, Arturo.
 Taracena de la Cerda, Eduardo.
Tartufo.
 Tecú Chiquito, Tomás.
 Tijmenev, Vladimir.
 Tischler Guzmán, Rafael (*Tinoco*).
Tita.
 Toledo, Alfredo.
 Toledo, Carlos.
~~Toledo, Mario Raúl.~~
 Toriello Garrido, Guillermo.
 Toriello Garrido, Jorge.
 Torres Rivas, Edelberto (*Alvaro*).
 Trejo Esquivel, Luis.
 Trinidad Oliva, Enrique.
 Trotsky, León.
 Trujillo, Rafael Leónidas.
 Turcios, Oscar.
 Turcios Lima, José Austreberto.
 Turcios Lima, Luis Augusto (*Herbert*).
 Turcios Lima, Mélida.
 Ubico Castañeda, Jorge.
 Valdivia, Raúl.
 Valdez, Mario (*Misterios*).
 Valdes, Ramiro.
 Valenzuela, Alberto.
 Valenzuela, Celestino.
 Valenzuela, Oscar.
 Valladares Aycinena, Luis.
 Valladares Castillo, Julio.
 Valle, Carlos René (*el gato Valle*).
 Valle de la Peña, Roberto (*el gatio Valle*).
 Vargas Foronda, Oscar (*el mono Vargas Marcelo*).

Vázquez, Miguel Angel (*Chus*).
Vázquez Rivera, Arnaldo (*Fuguché*).
Vázquez Sánchez, Romeo.
Vázquez, *Pico*.
Vela, David.
Velasco Ibarra, José María.
Véliz, Humberto.
Vera, Oscar (*Rolito*).
Veras, Ildefonso.
Vilanova de Arbez, María.
Villacorta Vielman, Manuel.
Villacorta, Luis (*Luisón*).
Villamar, Tomás.
Villamar Contreras, Marco Antonio.
Villaseñor, Armando.
Villatoro, Efraín.
Villatoro, Rubén.
Villagrán, Luis.
Villagrán Kramer, Francisco.
Von Spretti, Karl.
Yela Gunther, Rafael.
Ydígoras Fuentes, Miguel.
Yon Cerna, Iris.
Yon Sosa, Marco Antonio.
Zachrisson, Héctor.
Zarco, Isidoro (*Chilolo*).
Zea González, Emilio.

SIGLAS, ORGANIZACIONES E INSTITUCIONES.

Alianza Femenina Guatemalteca.
 Alianza de la Juventud Democrática.
 Asociación de Estudiantes de Postprimaria.
 Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU).
 Asociación General de los Algodoneros (AGSA).
 Asociación General de Agricultores (AGA).
 Asociación General de Comerciantes Guatemaltecos.
 Asociación General de Industriales (AGIG).
 Asociación Guatemalteca de Derechos Humanos, la Asociación de Locutores de Guatemala.
 Asociación de Comerciantes Guatemaltecos.
 Asociación de productores de Aceites Esenciales.
 Asociación Nacional del Café (ANACAFE).
 Asociación de Propietarios de Radiodifusoras.
 Buró Latinoamericano de la IV Internacional.
 Cámara de Comercio e Industria de Guatemala (CCIG).
 Central Nacional Campesina,
 Centro de Dirección Revolucionaria (CDR).
 Centro Provisional de Dirección Revolucionaria (CPDR).
 Centro Internacional Para la Investigación en Derechos Humanos (CIIDH).
 Cervecería Centroamericana S.A.
 Comando Urbano "Marco Antonio Gutiérrez".
 Comisión Económica para Americal Latina de la ONU (CEPAL).
 Comisión Organizadora (COR).¹
 Comité Coordinador de Asociaciones Agrícolas, Comerciales, Industriales y Financieras (CACIF)
 Comité de Reorganización Sindical.
 Comité Selecto sobre La Agresión Comunista de la Cámara de Representantes (de los Estados Unidos de América).
 Comité Nacional de Defensa contra el Comunismo.
 Comité de Trabajadores Anticomunistas.
 Comité Cívico Nacional.
 Comité Anticomunista de Estudiantes de Ciencias Comerciales.
 Comité de Estudiantes Anticomunistas de Guatemala (CEGUA).
 Confederación Nacional Campesina de Guatemala (CNC).
 Confederación General de Trabajadores de Guatemala (CGTG).
 Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL).
 Conferencia Tricontinental de Solidaridad con los Pueblos de Africa, Asia y América Latina.
 Consejo de Defensa Centroamericano (CONDECA).
 Consejo Permanente de Defensa de Centroamérica (COPECODECA).
 Consejo Sindical de Guatemala (CSG).

¹ Comisión organizadora de la guerrilla de Concuá en 1962.

Consejo Superior de Defensa (CSD).
 Consejo Superior Universitario de la Universidad de San Carlos.
 Coordinadora de Organizaciones de Derechos Humanos de Guatemala (CONADEHGU).
 Democracia Cristiana Guatemalteca (DCG).
 Departamento Agrario Nacional (DAN).
 Destacamento 20 de Octubre.
 Directorio Revolucionario.
 Escuela Superior de Cuadros del PCUS.
 Escuela de Cuadros de la Unión de Juventudes Comunistas del PCUS (*Komsomol*).
 Escuela Normal Central para Varones
 Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP).
 Electric Bond and Share.
El Cráter,
 Food And Agricultural Organization (FAO).
 Falange Española.
 Federación Autónoma Sindical (FAS).
 Federación Autónoma Sindical de Guatemala (FASGUA).
 Federación Cubana del Trabajo.
 Federación Mundial de la Juventud Democrática (FMJD).
 Federación Sindical de Guatemala (FSG).
 Federación Sindical Mundial (FSM).
 Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR).
 Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).
 Frente Anticomunista Nacional (FAN).
 Frente Cívico Nacional.
 Frente Democrático Nacional (FDN).
 Frente Insurreccional Nacionalista (FIN).
 Frente Guerrillero Alejandro de León-13 de Noviembre.
 Frente Guerrillero Edgar Ibarra (FGEI).
 Frente Universitario Democrático (FUD).
 Frente Unido de Resistencia (FUR).
 Frente Revolucionario Cristiano.
 Frente Unido de Estudiantes Guatemaltecos Organizados (FUEGO).
 Frente Unido del Magisterio Nacional (FUMN).
 Grupo de Apoyo Mutuo (GAM).
 Grupo Saker-Ti.
 Instituto Central para Varones.
 Instituto Guatemalteco de Seguridad Social (IGSS).
 Instituto Nacional para Señoritas Centroamérica (INCA).
 Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA).
 International Railroad of Central America (IRCA).
 Juventud Patriótica del Trabajo (JPT).
 Movimiento de Acción Nacionalista Organizado o Movimiento Anticomunista Nacional Organizado (MANO) (*La Mano Blanca*)
La Hermandad del Niño Jesús
La Resistencia Urbana
 Liga Obrera Marxista (LOM)

Los Bravos.

Mercado Común Centroamericano.

Movimiento 26 de Julio (M-26).

Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13).

Movimiento Democrático Nacionalista (MDN).

Movimiento de Liberación Nacional (MLN).

Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

Movimiento 12 de Abril (M-12).

Oficina Central del Café.

Organización de los Estados Americanos (OEA).

Organización de las Naciones Unidas (ONU).

Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS).

Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI).

Organización Regional Internacional del Trabajadores (ORIT).

Organización del Pueblo en Armas (ORPA).

Organización de Solidaridad con los Pueblos de Africa, Asia y América Latina (OSPAAAL).

Partido de Acción Revolucionaria (PAR).

Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

Partido Comunista Español (PCE).

Partido Institucional Democrático (PID).

Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT).

Partido de Liberación Nacional.

Partido Liberal.

Partido de la Revolución Guatemalteca (PRG).

Partido Socialista Popular (PSP).

Partido Obrero Revolucionario (POR)

Partido Renovación Nacional (PRN).

Partido Revolucionario (PR).

Partido de la Revolución Democrática (PRD).

Partido de Unificación Anticomunista (PUA).

Partido de Unidad Revolucionaria (PUR).

Reconciliación Democrática Nacional (REDENCION).

Secretaría de Integración Económica de Centroamérica (SIECA).

Sindicato de Acción y Mejoramiento de los Ferrocarrileros (SAMF).

Sindicato de Pilotos Automovilistas y Similares (SPAS).

Sindicato de Trabajadores de la United Fruit Co.. (STUFECO).

United Fruit Company (UFCO).

Unión Internacional de Estudiantes (UIE).

Unión de Juventudes Comunistas de Cuba (UJC).

Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG).

Universidad de la Amistad de los Pueblos Patricio Lumumba.

Unión Revolucionaria Democrática (URD).

BIBLIOGRAFIA Y FUENTES DOCUMENTALES.

a. Bibliografía.

Adams, Richard N. **Crucifixion by power. Essays on Guatemalan National Social Structure.** University of Texas Press, Austin and London, 1970.

Aguero, Felipe, Charlie Gillespie y Timothy Scully. **The role of political parties in the return to democracy in the southern cone: Rapporteurs' Reports.** Working Papers, Latin American Program, The Wilson Center, Smithsonian Institution Building, Washington D.C. 1986

Aguilera Peralta, Gabriel Edgardo. **La violencia en Guatemala como fenómeno político.** Tesis presentada a la Junta Directiva de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de San Carlos de Guatemala para obtener el grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales y el título de Abogado y Notaria. Guatemala, Julio de 1970.

Aguilera Peralta, Gabriel y Jorge Romero Imery et al. **Dialéctica del terror en Guatemala.** EDUCA, San José, Costa Rica, 1981.

Aguilera, Gabriel. **El fusil y el olivo. La cuestión militar en Centroamérica.** Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)- DEI, San José, Costa Rica 1989a.

Alvarado Monzón, Bernardo. "Notas sobre algunos problemas de la revolución guatemalteca". **Revista Internacional. Publicación teórica e informativa de los partidos comunistas y obreros.** No. 10, Agosto de 1966.(Alvarado Monzón, 1966).

Alvarado, Huberto. **La situación actual, la táctica y las tareas del Partido. (Hipótesis y Tesis).** Manuscrito. Guatemala 30 de junio de 1974. (Alvarado, 6/1974).

Alvarado, Huberto. "Las clases sociales en la revolución de octubre". **Revista Alero** no. 8, primera época. Guatemala, s/f.

Alvarado, Huberto. **Apuntes para la historia del Partido Guatemalteco del Trabajo.** Colección Revolucionaria, editado por la Comisión para la celebración del cincuentenario de la revolución de octubre, Universidad de San Carlos de Guatemala y la Asociación de Estudiantes Universitarios "Oliverio Castañeda de León". Guatemala 1994.

Andrade Roca, Manuel. "Apuntes para la historia del movimiento estudiantil de educación media". **Voz Informativa universitaria.** Marzo-abril de 1977, época VI, Número 3, año tercero. División de Publicidad e información, Universidad de San Carlos de Guatemala.

Anderson, Perry. **Las antinomias de Gramsci.** Editorial Fontamara, Barcelona, España, 1978.

Anderson, Thomas. **El Salvador 1932.** Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), San José, Costa Rica 1983.

- Anónimo. **Radiografía del Complot**. Publicación hecha por el Diario "Mediodía", el 25 de octubre de 1945.
- Arrazola, Carlos. "La Historia Secreta del 13 de Noviembre", **El Periódico**, 18 de noviembre de 1997, Guatemala, C.A.
- Aptheker, Herbert. **Las Revueltas de los Esclavos Negros Norteamericanos**. Siglo XXI Editores, México D.F. 1978.
- Arévalo, Anne Elisabeth. "Marzo y Abril del 62: Día a Día". Revista **USAC**, No. 1, Enero-febrero-marzo, 1997. Guatemala C.A.
- Arévalo Martínez, Rafael. **Ecce Pericles!**. Tipografía Nacional, Guatemala C.A. 1945.
- Arévalo Martínez, Rafael. **Ubico**. Tipografía Nacional, Guatemala C.A. 1984.
- Arismendi, Rodney. **Lenin, la Revolución y América Latina**. Editorial Grijalbo, México D.F. 1976.
- Arguelles Espinosa, Luis Angel. "José Martí. Poder, democracia y subversión". Revista **Memoria** No. 82, octubre de 1982, México D.F.
-
- Balbi, Carmen Rosa. "Pobreza Urbana y Violencia Política en el Perú: Sendero Luminoso." en Carlos Figueroa Ibarra (Comp), **América Latina: Violencia y Miseria en el Crepúsculo del Siglo**. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Asociación Latinoamericana de Sociología. México D.F. 1996
- Bauer Paiz, Alfonso. **Como opera el capital yanqui en Centroamérica. (El caso de Guatemala)**. Editorial Iberoamericana, México, 1956.
- Bauer Paiz, Alfonso. **Destellos y sombras de la historia patria**. Editorial Piedrasanta, Guatemala, C.A.
- Batres Jáuregui, Antonio. **América Central ante la historia**.
- Bobbio, Norberto. **Norberto Bobbio: el filósofo y la política (Antología)**. Estudio Preliminar y Compilación de José Fernández Santillán. Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1996.
- Bobbio, Norberto. **Derecha e Izquierda. Razones y Significados de una Distinción Política**. Editorial Taurus. Madrid 1995.
- Borge, Tomás. **La paciente impaciencia**. Editorial Nueva Nicaragua, Managua 1989.
- Bourderon, Roger. **El Fascismo**. Editorial Nuestro Tiempo, México D.F. 1979.

Bulmer Thomas, Víctor. **La economía política de Centroamérica desde 1920**. Publicación del Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE), San José, Costa Rica 1990.

Burgos, Amílcar. "El Estudiantado Guatemalteco Combate por la Democracia". Revista **El Estudiante. La revista estudiantil internacional**. Vol. VI, No. 6, Guatemala, junio de 1962.

Burguess, Paul. **Justo Rufino Barrios**. Editorial Universitaria de Guatemala, Editorial Universitaria Centroamericana. San José, Costa Rica 1972.

Cáceres, Carlos. **Aproximación a Guatemala**. Editorial de la Universidad de Sinaloa. México 1981.

Cantón Navarro, José. **Historia de Cuba. El Desafío del Yugo y la Estrella**. Editorial SI-MAR S.A. La Habana, 1996.

Camacho, Daniel y Manuel Rojas B. (compiladores). **La crisis centroamericana**. EDUCA/FLACSO, San José, Costa Rica 1984.

Cambranes, J.C. "La Presencia Viva del Che Guevara en Guatemala", Semanario **Universidad**, 15 de noviembre de 1997, No. 61 pp.10-15, Guatemala C.A.

Cardoza, José Alberto. **Observaciones y Opiniones ineludibles al trabajo del C. Figueroa**. Manuscrito inédito, México D.F. 1999.

Carlyle, Thomas. **De los Héroes, el Culto a los Héroes y los Heróico en la Historia**. Editorial Cumbre S.A. México D.F. 1982.

Castañeda, Jorge G. **Utopia Unarmed. The Latin American Left after the Cold War**. Alfred A. Knopf, New York 1993.

Castañeda, Jorge G. **La Vida en Rojo. Una Biografía del Che Guevara**. Alfaguara, México D.F. 1997.

Cavarozzi, Marcelo. "Los Ciclos Políticos en la Argentina." En O'Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter. **Transiciones desde un Gobierno Autoritario. América Latina**. Ediciones Paidós. Barcelona-Buenos Aires-México. 1994 (O'Donnell y Schmitter. Vol.2).

Cardoza y Aragón, Luis. **Guatemala las líneas de su mano**. Fondo de Cultura Económica. Guatemala, Buenos Aires 1965.

Cardoza y Aragón, Luis. **La Revolución Guatemalteca**. Edición facsimilar de la realizada en 1955 por Cuadernos Americanos. Editorial del Pensativo, Guatemala 1994.

Cerroni, Umberto. **Reglas y Valores en la Democracia. Estado de Derecho, Estado Social, Estado de Cultura.** Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes/ Alianza Editorial, México D.F. 1991.

Chea, José Luis. **Guatemala: la cruz fragmentada.** FLACSO/ Departamento Ecueménico de Investigaciones. San José, Costa Rica 1988.

Colom Argueta, Manuel. "Guatemala: El Significado de Las Jornadas de Marzo y Abril". Revista USAC, No. 1, Enero-febrero-marzo, 1997. Guatemala C.A.

Comisión Permanente del Primer Congreso Contra la Intervención Soviética en América Latina (CPPCISAL). **El Libro negro del Comunismo en Guatemala.** Secretaría General, Ave. 16 de septiembre No. 2 altos 2, 6 y 7. México D.F.

Cotler, Julio. "Las Intervenciones Militares y la "Transferencia del Poder a los Civiles" en Perú." En O'Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter. **Transiciones desde un Gobierno Autoritario. América Latina.** Ediciones Paidós, Barcelona-Buenoas Aires-México, 1994 (O'Donnell y Schmitter, Vol.2).

Cueva, Agustín. **El desarrollo del capitalismo en América Latina.** Siglo XXI Editores, México. D.F. 1977

Dada Hirezi, Héctor. **La economía de El Salvador y la integración centroamericana.** EDUCA. San José Costa Rica 1983.

Dahl, Robert. **La Poliarquía. Participación y Oposición.** REI México, México D.F. 1993.

Dalton, Roque. **Miguel Mármol, los sucesos de 1932 en El Salvador.** Ediciones Cuicuilco. Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia. México D.F. 1982.

Debray, Régis. **¿Revolución en la Revolución?** Cuadernos de Casa de las Américas No. 1. CASA, La Habana, enero de 1967, año del Vietnam Heroico.

Debray, Régis. **La Crítica de las Armas.** Siglo XXI editores. México D.F. 1975a (Vol.I)

Debray, Régis. **Las Pruebas de Fuego.** Siglo XXI editores. México D.F. 1975b (Vol.II)

Debray, Régis y Ricardo Ramírez. "Guatemala" en Debray, Régis **Las Pruebas de Fuego.** Siglo XXI editores. México D.F. 1975.

Debray, Régis. **La Guerrilla del Che.** Siglo XXI editores. México D.F. 1975b

De los Ríos, Efraín **Ombres contra Hombres.** Tipografía Nacional. Guatemala. C.A. 1949

De León Aragón, Oscar. **Caída de un régimen. Jorge Ubico-Federico Ponce. 20 de octubre de 1944.** FLACSO, Guatemala, 1995.

Del Valle Matheu, Jorge. **La verdad sobre el "caso de Guatemala"**. Distribuido por Cortesía de la Secretaría y Turismo de la Presidencia de la República. Guatemala, junio de 1956.

Deutscher, Isaac. **Trotsky. El Profeta Desarmado.** Ediciones ERA, México D.F. 1968.

Díaz O., J. Lizardo. **De la Democracia a la Dictadura.** Imprenta Hispania, Guatemala, C.A. 1946.

Díaz Rozzotto, Jaime. **El caracter de la revolución guatemalteca. Ocaso de la revolución democrática-burguesa corriente.** Ediciones Revista "Horizonte", México D.F. 1958.

Engels, Friedrich. Introducción a Karl Marx. **La lucha de clases en Francia 1848-1850.** Editorial Progreso, Moscú, s/f.

Erazo Fuentes, Antonio. "Características y Consecuencias del Minifundio en Guatemala. I Congreso de Estudiantes de Ciencias Económicas de Occidente. Guatemala, C.A. s/f.

Escarzaga, Nicté Fabiola. **La Guerra Popular de Sendero Luminoso.** Tesis para obtener el grado de Maestría en Estudios Latinoamericanos. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, Febrero de 1997.

Ezcurra, Ana María. **Intervención en América Latina. Los conflictos de baja intensidad.** Claves Latinoamericanas- Instituto de Estudios y acción Social. Buenos Aires, 1988.

Fanon, Frantz. **Los Condenados de la Tierra.** Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1983.

Fernández, Orlando. **Turcios Lima.** Instituto del Libro, La Habana, Cuba, 1968.

Fernández García, Antonio y José Luis Rodríguez Jiménez. **Fascismo y Neofascismo.** Arco/Libros, S.L., Madrid 1996.

Figueroa Ibarra, Carlos. "Guatemala 1920: oligarquía y movimiento popular." Revista **Historia y Sociedad** No. 16. México D.F. 1977.

Figueroa Ibarra, Carlos. "La Insurrección Armada de 1920". Revista **Política y Sociedad**, No. 8. Escuela de Ciencia Política. Universidad de San Carlos de Guatemala. Guatemala, julio-diciembre de 1979.

Figueroa Ibarra, Carlos. **El proletariado rural en el agro guatemalteco.** Editorial Universitaria. Universidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala 1980.

- Figueroa Ibarra, Carlos. "Marxismo, sociedad y movimiento obrero en la Guatemala de los veinte", revista **Memoria** del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, No. 27 Vol.III, México D.F. Julio-agosto de 1989.
- Figueroa Ibarra, Carlos. **El recurso del miedo. Ensayo sobre Estado y terror en Guatemala.** Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), San José, Costa Rica 1991.
- Figueroa Ibarra, Carlos. "Guatemala: Balance de Treinta y Cinco Años de Lucha Armada." Revista **Estudios Latinoamericanos.** Nueva Época, año II, No. 5. Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. México D.F. Enero-Junio de 1996.
- Fonseca, Otoniel. "Reacción Popular". **Voz Informativa universitaria.** Marzo-abril de 1977, época VI, Número 3, año tercero. División de Publicidad e información, Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Foreign Service Dispatch, "Conversation Between Ambassador John E. Peurifoy and Colonel Jacobo Arbenz Guzman, President of Guatemala", Embassy's Telegram No. 154, December 17, 1953 to The Department of State, Washington. (Foreign Service Dispatch, 12/53).
- Foster Dulles, John. "The Kremlin Out to Destroy the Inter-American System" en Fried, Jonathan L; Marvin E. Gettleman, Deborah T. Levenson y Nancy Peckenham (Eds.), **Guatemala in Rebellion: Unfinished History.** Grove Press Inc., New York, 1983.
- Flores, Marco Antonio. **En el filo,** Editorial Praxis, México D.F. 1973.
- Flores, Marco Antonio. **Fortuny: un comunista guatemalteco. Memorias.** Editorial Oscar de León Palacios/Editorial Palo de Hormigo. Guatemala, 1994.
- Fried, Jonathan L; Marvin E. Gettleman, Deborah T. Levenson y Nancy Peckenham (Eds.), **Guatemala in Rebellion: Unfinished History.** Grove Press Inc., New York, 1983.
- Gadea, Hilda. **Che Guevara, Años Decisivos.** Aguilar Editor S.A. México D.F. 1972.
- Galeano, Eduardo. **Guatemala País Ocupado.** Editorial Nuestro Tiempo S.A. México D.F. 1967.
- Galich, Manuel. **Del pánico al ataque.** Editorial Universitaria. Guatemala, Centroamérica, 1985.
- Galich, Manuel. **Por Qué Lucha Guatemala.** Editorial Cultura del Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala, Guatemala 1994 (Edición Facsimilar de la de Elmer Editor, Buenos Aires 1955).
- García Laguardia, Jorge Mario. **La reforma liberal en Guatemala.** Editorial Universitaria de Guatemala. Editorial Universitaria Centroamericana, Guatemala, C.A. 1972.

García Laguardia, Jorge Mario. **Orígenes de la democracia constitucional en Centroamérica.** EDUCA, San José, Costa Rica. 1976.

Gendzier, Irene L. **Frantz Fanon.** Serie Popular ERA No. 44. México D.F. 1977.

Genovés, Santiago. **Expedición a la Violencia.** Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1993.

Garretón, Manuel Antonio. "La Evolución Política del Régimen Militar Chileno y los Problemas de la Transición a la Democracia". En O'Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter. **Transiciones desde un Gobierno Autoritario. América Latina.** Ediciones Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México, 1994 (O'Donnell y Schmitter, Vol.2).

Gilly, Adolfo. "Mario Payeras, sin amargura o sombra". **Jaguar Venado.** Revista guatemalteca de cultura y política. Año I, No. 4, enero-marzo de 1995.

Gobierno de Guatemala. **Diez Meses de Estructuración Nacional, Julio 1954-Mayo 1955.** Guatemala C.A. 1955.

González, Fernán E. "Violencia Política y Crisis de Gobernabilidad en Colombia." en Carlos Figueroa Ibarra (Comp), **América Latina: Violencia y Miseria en el Crepúsculo del Siglo.** Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Asociación Latinoamericana de Sociología. México D.F. 1996

Gleijeses, Piero. **Shattered Hope. The Guatemala Revolution and the United States, 1944-1954.** Princeton University Press, 1991.

Gobierno de la República de Guatemala. **Diez meses de estructuración Nacional. Julio de 1954-mayo de 1955.** Junio de 1955.

Gordon, Max. "A Case History of U.S. Subversion: Guatemala, 1954." en Jonathan L. Fried, Marvin E. Gettleman, Deborah T. Levenson y Nancy Peckham (Eds.), **Guatemala in Rebellion: Unfinished History.** Grove Press Inc., New York, 1983.

Gordon, Sara. **Crisis Política y Guerra en El Salvador.** Siglo XXI Editores/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades. México D.F. 1989.

Gorriti Ellenbogen, Gustavo. **Sendero. Historia de la Guerra Milenaria en el Perú.** Editorial APOYC, Lima 1990.

Gramajo Morales, Héctor Alejandro. **De la guerra a la guerra. La difícil transición política en Guatemala.** Fondo de Cultura Editorial, Guatemala, C.A. 1995.

Gramsci, Antonio. **El Materialismo Histórico y la Filosofía de Benedetto Croce.** Juan Pablos Editor, México D.F. 1975a.

- Gramsci, Antonio. **Notas Sobre Maquiavelo, Sobre Política y Sobre el Estado Moderno**. Juan Pablos Editores, México D.F. 1975b.
- Guerra Borges, Alfredo. "La experiencia de Guatemala y algunos problemas de la actual lucha revolucionaria". **Revista Internacional No. 6**, junio de 1964.
- Guerra Borges, Alfredo. **Geografía Económica de Guatemala**. Tomo I y II, Editorial Universitaria, Guatemala, C.A. 1969
- Guerra Borges, Alfredo. **Hechos, experiencias y opciones de la integración económica centroamericana**. Cuadernos de Ciencias Sociales. Secretaría General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). s/f.
- Guerra Borges, Alfredo. **Inversión extranjera y política industrial en Centroamérica**. Facultad de Ciencias Económicas/ Universidad de San Carlos, Guatemala 1979
- Guerra Borges, Alfredo. "*La Cuestión Agraria, Cuestión Clave de la Crisis Social de Guatemala*". **Cuadernos Americanos** No. 1 Enero-Febrero de 1984. Vol. CCLII, México D.F.
- Guerra Borges, Alfredo. **Desarrollo e integración en Centroamérica: del pasado a las perspectivas**. CRIES/Instituto de Investigaciones Económicas (IIEc) de la UNAM/Ediciones de Cultura Popular. México D.F. 1988.
- Guerra Borges, Alfredo. "Cooperación regional ante un mundo que se integra". **Polémica** No. 13, segunda época, enero-abril de 1991. San José, Costa Rica..
- Guerra Borges, Alfredo. **Guatemala, el largo Camino hacia la Modernidad. (Su Trayectoria, Primera Etapa, 1871-1944)**. Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Económicas. México D.F. 1999.
- Guevara, Ernesto Che. "Guerra de Guerrillas" (1960) en **Che**. Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969.
- Guevara, Ernesto Che. "La Influencia de la Revolución Cubana en la América Latina" (1962a) en **Che**. Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969
- Guevara, Ernesto Che. "Táctica y Estrategia de la Revolución Latinoamericana" (1962b) en **Che**. Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969.
- Guevara, Ernesto Che. "Guerra de Guerrillas: un Método" (1963) en **Che**. Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969.

Guevara, Ernesto Che. "Crear dos, tres... muchos Vietnams es la Consigna" (1967) en **Che**. Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969. (En esta edición el trabajo del *Che* es titulado incorrectamente "Mensaje a la Tricontinental").

Guevara, Ernesto *Che*. "Cuba: ¿Caso Excepcional o Vanguardia en la Lucha contra el Colonialismo? (1961) en **Obras Completas**. Editorial Legasa, Buenos Aires, 1996.

Guevara, Ernesto *Che*. "El Patojo" (1962c) en **Obras Completas**. Editorial Legasa, Buenos Aires, 1996.

Guevara, Ernesto *Che*. "Prólogo a Guerra del Pueblo-Ejército del Pueblo" (1964) en **Obras Completas**. Editorial Legasa, Buenos Aires, 1996.

Guidos Véjar, Rafael. **Ascenso del militarismo en El Salvador**. EDUCA, San José, Costa Rica 1982.

Gutiérrez, Víctor Manuel. **Guatemala Contra Ydígoras**. s/e, Guatemala 1962.

Gutiérrez, Víctor Manuel. **Breve Historia del Movimiento Sindical de Guatemala**. s/e, México, 1964.

Gutiérrez, Víctor Manuel. **Apuntes para la Historia del Partido Comunista de Guatemala**. s/e, Guatemala 1965.

Gurr, Ted Robert. **Why Men Rebel**. Princeton University Press, New Jersey 1971.

Gutiérrez, Víctor Manuel. **Apuntes para la Historia del Partido Comunista de Guatemala**. Guatemala C.A. 1956 (S/ed.).

Gutiérrez, Víctor Manuel. **Guatemala contra Ydígoras**. s/e. Guatemala 1962.

Gutiérrez, Víctor Manuel. **Breve historia del Movimiento Sindical en Guatemala**. México, 1964 (S/ed).

Guzmán Bockler, Carlos y Jean Loup Herbert. **Guatemala: una interpretación histórico-social**. Siglo XXI Editores, México, D.F. 1970.

Haernecker, Martha. "Guatemala: del valle al altiplano. Entrevista a Mario Payeras." **Punto Final**. Separata del suplemento de la edición no. 205. Enero-Febrero de 1983. (Haernecker, 1-2/1983).

Haernecker, Martha. **Pueblos en Armas. Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Entrevistas de Martha Haernecker**. Serie Popular ERA, México D.F. 1984. (Haernecker, 1984)

Hamilton, Nora, Jefry A. Frieden, Linda Fuller and Manuel Pastor jr. (eds). **Crisis in Central America. Regional dynamics and U.S. Policy in the 1980s.** Westview Press. Boulder and London 1988.

Herrera, Francisco. **Agrarismo Guatemalteco. Sinopsis histórica.** Editorial Landívar, Guatemala, 1966.

Herrick, Thomas R. **Desarrollo Económico y Político de Guatemala 1871-1885.** Editorial Universitaria de Guatemala y Editorial Unicersitaria Centroamericana (EDUCA), Guatemala, C.A. 1974.

Highbee, E.O. "Las regiones agrícolas en Guatemala" en **Economía de Guatemala.** Seminario de Integración Social de Guatemala (SISG), Guatemala 1958.

Hobbes, Thomas. **El Leviatán,** Fondo de Cultura Económica. México D.F. 1990.

Hobsbawn, Eric J. **Rebeldes Primitivos. Estudio Sobre las Formas Arcaicas de los Movimientos Sociales en los Siglos XIX y XX.** Editorial Ariel, Espiugues de Llobreguet, Barcelona, 1974.

Hoyt, Elizabeth E. "El trabajador indígena de las fincas de café". en **Economía de Guatemala.** Seminario de Integración Social de Guatemala (SISG), Guatemala 1958.

Huntington, Samuel P. **La Tercera Ola. La Democratización a Finales del Siglo XX.** Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México. 1994.

Hurtado Aguilar, Luis Alberto. **Así se gestó la Liberación.** Publicaciones de la Secretaria de Divulgación, Cultura y Turismo de la Presidencia de la República. Guatemala C.A., Mayo de 1956.

Instituto de Investigaciones Economicas y Sociales de la Universidad de San Carlos de Guatemala (IIES-USAC). *Los Rasgos Fundamentales de la Formación Social Guatemalteca. Revista Economía No. 62,* Guatemala, Octubre-Diciembre de 1979.

Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales del Ecuador (ILDIS). **El control político en el cono sur.** Siglo XXI editores, México D.F. 1978.

Izaguirre, Inés. "El Poder en Proceso: La Violencia que no se ve". Ponencia presentada en el XXI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Sao Paulo, Brasil, Septiembre de 1997

Jonas Bodenheimer, Susan. **Guatemala: plan piloto para el continente.** Editorial Universitaria Centroamericana, San José, Costa Rica. 1981.

Jonas Susan. **The battle for Guatemala. Rebels, Death Squads and U.S. power.** Latina American Perspectives series No. 5. Westview Press, 1991.

Jones, Chester L. **Guatemala, Past and Present.** University of Minnesota Press. Minneapolis, 1940.

Kanoussi Dora y Javier Mena. **La revolución pasiva: una lectura de los Cuadernos de la Cárcel.** Cuadernos de Ciencia Política, Universidad Autónoma de Puebla, México 1985.

Karl, Terry Lynn and Phillippe C.Schmitter. "Modes de transition in Latin America, Southern and Eastern Europe". **International Social Science Journal** No. 128, 1991.

Kaufman, Robert R. "Liberalización y Democratización en Américas del Sur: Perspectivas a partir de la Década de 1970." **Transiciones desde un Gobierno Autoritario. Perspectivas Comparadas.** Ediciones Paidós, Barcelona Buenos Aires- México, 1994 (O'Donnell y Schmitter, Vol. 3).

Krehm, William. **Democracia y Tiranías en el Caribe.** Unión Democrática Centroamericana, Departamento Editorial, México D. F. 1949.

Lage, Carlos. Intervención en la Asamblea General de Naciones Unidas. **Granma**, 14 de noviembre de 1996.

Landau, Saul. **The guerrilla wars of Central America. Nicaragua, El Salvador and Guatemala.** St. Martins' Press. New York 1993.

Landy, Lino. **Ydógoras 1960: ¿hacia la Libertad o Dictadura?** Editorial "José de Pineda Ibarra", Guatemala 1983.

Le Bot, Yvon. **La Guerra en Tierras Mayas. Comunidad, Violencia y Modernidad en Guatemala (1970-1992).** Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1995.

Lechner, Norbert (ed.). **Estado y Política en América Latina.** Siglo XXI editores, México, 1985.

Lenin, V.I. **La Bancarrota de la II Internacional.** Obras Completas, Tomo XXII, Akal Editor, Madrid, 1977.

Lenin, V.I. **Obras Militares Escogidas.** s/f.

Lenin, V.I. **La Lucha Armada.** Ediciones de Cultura Popular. México D.F. 1977.

Lemus, Bernardo. "Marzo y abril del 62: importante lucha popular". **Voz Informativa universitaria.** Marzo-abril de 1977, época VI, Número 3, año tercero. División de Publicidad e información, Universidad de San Carlos de Guatemala.

- Lizano, Eduardo. "Programa de ajuste estructural". en Lizano et al., **Crisis Económica y Ajuste Estructural**. Ediciones Universidad Estatal a distancia, San José, Costa Rica, 1990.
- Locke, John. **Ensayo sobre el gobierno civil**, Aguilar S.A. de Ediciones, Madrid 1990.
- López García, Carlos Enrique. **Escúchame Guillermo**. Novela inédita, México D.F. 1990.
- López García, Carlos Enrique. **Modelos de Acumulación y Dominación en Centroamérica. El Caso de Guatemala.**, Tesis presentada para obtener el grado de Doctor en Ciencia Política. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. México D.F. 1998.
- López Larrave, Mario. **Breve historia del movimiento sindical guatemalteco**. Editorial Universitaria, Guatemala, C.A. 1979.
- López, J.R. **El ajuste estructural de Centroamérica. Un enfoque comparativo**. Cuadernos de Ciencias Sociales No. 26. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), San José, Costa Rica, 1989.
- Lowell, W. George and Christopher H. Lutz. "*Conquest and Population: Mayan Demography in Historical Perspective*". Paper for Latin American Studies Association, Los Angeles, California, September 23-26, 1992.
-
- Lozano, Lucrecia. **De Sandino al triunfo de la revolución**. Siglo XXI editores, México D.F. 1985.
- Macías, Julio César. **La Guerrilla fue mi Camino. Epitafio para César Montes**. Editorial Piedra Santa, Guatemala C.A. 1997.
- Macpherson, C.B. **La Democracia Liberal y su Época**. Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- Maldonado, Mario. "Un homenaje necesario". **Voz Informativa universitaria**. Marzo-abril de 1977, época VI, Número 3, año tercero. División de Publicidad e información, Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Maquiavelo, Nicolás. **El Príncipe**. Ediciones Quinto Sol S.A. s/f.
- Marinello, Juan. **Guatemala Nuestra**. Imprenta Nacional de Cuba, La Habana s/f.
- Marins, Luciano. "La "Liberalización" del Gobierno Autoritario en el Brasil." En O'Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter. **Transiciones desde un Gobierno Autoritario. América Latina**. Ediciones Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México, 1994 (O'Donnell y Schmitter, Vol.2).
- Martínez Peláez, Severo. **La Patria del Criollo. Ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca**. Editorial Universitaria Centroamericana, San José, Costa Rica 1981.

Martínez Peláez, Severo. **Motines de indios. La violencia colonial en Centroamérica y Chiapas.** Cuadernos de la Casa Presno. Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla. Puebla, México 1985.

Martz, John D. (ed.). **United States Policy in Latin America. A Quarter Century of crisis and Challenge, 1961-1986.** University of Nebraska Press, Lincoln and London. 1988.

Marx, Karl. **La lucha de clases en Francia 1848-1850.** Editorial Progreso, Moscú, s/f.

Marx, Karl. **El Capital.** Edición en tres volúmenes de el Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1972 (Traducción de Wenceslao Roces).

Melgar, Hugo Rolando. "Jornadas de marzo y abril: un movimiento popular." **Voz Informativa universitaria.** Marzo-abril de 1977, época VI, Número 3, año tercero. División de Publicidad e información, Universidad de San Carlos de Guatemala.

Melville, Thomas y Marjorie. **Tierra y Poder en Guatemala.** EDUCA, Centroamérica 1982.

Méndez D., Factor. "Marzo y abril. Testimonio y ejemplo". **Voz Informativa universitaria.** Marzo-abril de 1977, época VI, Número 3, año tercero. División de Publicidad e información, Universidad de San Carlos de Guatemala.

Miller, H.J. **La Iglesia Católica y el Estado en Guatemala. 1871-1885.** Editorial Universitaria, Guatemala, C.A. 1976

Mires, Fernando. **La Rebelión Permanente. Las Revoluciones Sociales en América Latina.** Siglo XXI Editores, México D.F. 1988.

Monteforte Toledo, Mario. **Centroamérica subdesarrollo y dependencia.** (Vol 1 y 2). Instituto de Investigaciones Sociales y Universidad Nacional Autónoma de México. México D.F. 1972

Montesquieu. **Del Espíritu de las Leyes.** (Vol I y II) Editorial Sarpe, Madrid 1984.

Morales, Mario Roberto. **La Ideología y la Lirica de la Lucha Armada.** Editorial Universitaria de Guatemala, Guatemala C.A. 1994.

Moro, Tomas. **Utopía.** Editorial Porrúa S.A. México D.F. 1996.

Moore Jr., Barrington. **Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno.** Ediciones Península, Barcelona. 1991.

Moore Jr., Barrington. **La Injusticia: Bases Sociales de la Obediencia y la Rebelión.** Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F. 1996.

- Mosk, Sandford A. "Economía cafetalera de Guatemala durante el periodo 1850-1918" en **Economía de Guatemala**, (SISG), Guatemala, 1958.
- Mousnier, Roland. **Furores Campesinos. Los Campesinos en las Revueltas del Siglo XVII (Francia, Rusia, China)**. Siglo XXI Editores, México D.F. 1976.
- Munck, Gerardo. **Social movements and democracy in Latin America. Theoretical debates and comparative perspectives**. Paper presented at the XVI International Congress of the Latin American Studies Association, april 4-6 1991, Washington D.C.
- Munck, Gerardo. **Identity and Ambiguity in Democratic Struggles**. Reproducido por Course Readings for Political Science 227p Comparative Democratization South, East and West impartido por Phillippe Schmitter, Universidad de Stanford, Invierno de 1994.
- Nájera Farfán, Mario Efraín. **Los estafadores de la democracia (Hombres y Hechos en Guatemala)**. Talleres Gráficos CESARI, Buenos Aires, Argentina, 1956.
- Nájera Farfán, Mario Efraín (compilador.). **La Realidad de un Mensaje. (Pláticas Presidenciales)**. Publicación de la Secretaría General de la Presidencia. Guatemala C.A. 1957.
- Nájera Farfán, Mario Efraín. **Cuando el árbol cae... (Un Presidente que murió para vivir)**. Editorial Stylo, México D.F. 1958.
-
- Neuberg A. **La Insurrección Armada**. Ediciones de Cultura Popular, México D. F. 1973.
- O'Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter. **Transiciones desde un Gobierno Autoritario. América Latina**. Ediciones Paidós, Barcelona-Buenoas Aires-México, 1994 (O'Donnell y Schmitter, Vol.2)
- O'Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter. **Transiciones desde un Gobierno Autoritario. Perspectivas Comparadas**. Ediciones Paidós, Barcelona-Buenoas Aires-México, 1994 (O'Donnell y Schmitter, Vol.3)
- O'Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter. **Transiciones desde un Gobierno Autoritario. Conclusiones Tentativas sobre las Democracias Inciertas**. Ediciones Paidós, Barcelona-Buenoas Aires-México, 1994 (O'Donnell y Schmitter, Vol.4)
- Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala (ODHAG) **Nunca Más. El Entorno Histórico**. Volumen III, Guatemala ODHAG, 1998.
- Ordóñez Madrid, Marco Antonio- **El Rebelde Olvidado**, Editorial Oscar de León Palacios, Guatemala 1997
- Osegueda, Raúl **Operación Guatemala SOKS**. Editorial América Nueva, México D.F. 1954

Osegueda, Raúl. **Operación Centroamérica LSOKLS**. Editorial Prensa Latinoamericana, S.A. Santiago de Chile, 1958.

Osorio Paz, Saúl. **Reflexiones sobre el impacto de la crisis económica en América Central**. UNAM, México 1986.

Osorio Paz, Saúl. "Algunos rasgos del escenario económico guatemalteco." Ponencia presentada a las V jornadas lascasianas, UNAM, mayo de 1995. (Mimeo).

Palomo de Lewin, Beatriz. "La Universidad de la década 1920-1930 y durante el régimen de Jorge Ubico (1931-1944), en revista **Estudios**, no. 6, Anuario de la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Guatemala C.A. 1975.

Pareto, Vilfredo. **Escritos Sociológicos**. Alianza Editorial, Madrid 1987.

Parke Young, John. "Moneda y Finanzas Centroamericanas" en **Economía de Guatemala**. Seminario de Integración Social de Guatemala, Guatemala 1958.

Pastor, Rodolfo. **Historia de Centroamérica**. El Colegio de México, México D.F. 1988.

Patterson, Franklin. "The Guatemalan Military and the Escuela Politécnica." **Armed Forces and Society**. Spring 1988, Volume 14, Number 3.

Payeras, Mario. **Los días de la selva**. Editorial Nuestro Tiempo, S.A., México D.F. 1981.

Payeras, Mario. **Feliciano Argueta. Guerrillero Inolvidable**. Manuscrito inédito. Abril de 1982.

Payeras, Mario. **El trueno en la ciudad. Episodios de la lucha armada urbana de 1981 en Guatemala**. Juan Pablos Editor, México D.F. 1987.

Payeras, Mario. **Los fusiles de octubre**. Juan Pablos Editor, México, 1991.

Payne, Stanley G. **El Fascismo**. Alianza Editorial, Madrid, 1982.

Paz Cárcamo., Guillermo. **Guatemala: Reforma Agraria**. EDUCA/FLACSO, San José, Costa Rica 1986

Paz Tejada, Carlos. "Aclaración y Denuncia. del Coronel Carlos A. Paz Tejada." **Prensa Libre**, Guatemala, Octubre 5 de 1960.

Paz Tejada, Carlos. "El Conflicto Armado surgió desde 1954." Entrevista de Gerardo Guinea Diez. **Prensa Libre**, Guatemala, Marzo 26 de 1996. (Paz Tejada/Guinea. 1996).

- Peña, Artemio. **Ajuste y estrategia productiva. El caso de Guatemala.** Centro de Estudios de la Realidad Guatemalteca (CERG). Serie Temas de la Realidad Guatemalteca, No. 10-11, enero-agosto de 1992, año 4, segunda época.
- Pérez Brignoli, Héctor. **Breve Historia de Centroamérica.** Alianza Editorial Mexicana, México D.F. 1985.
- Pereyra, Daniel. **Del Moncada a Chiapas. Historia de la Lucha Armada en América Latina.** Los Libros de la Catarata, Madrid 1994.
- Peurifoy, John E. "Whose Intervention in Guatemala, Whose Conspiracy" en Fried, Jonathan I.; Marvin E. Gettleman, Deborah T. Levenson y Nancy Peckham (Eds.), **Guatemala in Rebellion: Unfinished History.** Grove Press Inc., New York, 1983.
- Pinto Soria, J.C. **Centroamérica, de la colonia al Estado nacional (1800-1840).** Editorial Universitaria de Guatemala, Guatemala C.A. 1986.
- Piedrasanta Aandi, Rafael. **Introducción a los problemas económicos de Guatemala.** Editorial Universitaria, Guatemala 1971.
- Piel, Jean. **El departamento del Quiché bajo la dictadura liberal (1880-1920).** FLACSO-CEMCA, Guatemala, 1995.
-
- Platón. **Diálogos. Critón o del Deber. La República.** Editorial Porrúa, México D.F. 1993.
- Porshnev, Boris. **Los Levantamientos Populares en Francia en el Siglo XVII.** Siglo XXI Editores, México D.F. 1978.
- Ramírez, María del Rosario, "Cantera de Patriotas: Los 60s." Revista **USAC.** Nueva Epoca. No. 1 Guatemala C.A. Enero-Marzo 1997.
- Ramírez, María del Rosario. **El Paso a la Clandestinidad.** Manuscrito Inédito, *s/f*.
- Robles Villatoro, Mario. **Concepciones Ideológicas y Políticas de las FAR.** Manuscrito inédito. Mayo de 1995
- Robles Villatoro, Mario. **Guatemala: Unión del Pasado y el Futuro.** Manuscrito inédito, febrero de 1997.
- Rodríguez, Carlos Rafael. **Cuba en el Tránsito al Socialismo. 1959-1963.** Editoria Política. La Habana 1979. Centroamérica 1980.
- Rodríguez Suárez, Armando. **Guatemala 1966: Troskismo y Revolución.** México D.F. ca.1984.

Rowles, James. **El conflicto Honduras-El Salvador (1969)**. EDUCA, Centroamérica 1980.

Rousseau, Juan Jacobo. **El Contrato Social**, Editorial Porrúa S.A. México D.F. 1969.

Rouquié, Alain. "La Desmilitarización y la Institucionalización de los Sistemas Políticos dominados por los Militares en América Latina." En **Transiciones desde un Gobierno Autoritario. Perspectivas Comparadas**. Ediciones Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México. 1994 (O'Donnell y Schmitter, Vol.3)

Rosemberg, Mark et al. **Honduras: pieza clave de la política de Estados Unidos en Centroamérica**. CEDOH, Tegucigalpa 1987.

Rousseau, Juan Jacobo. **El Contrato Social o Principios de Derecho Político**. Editorial Porrúa. S.A. México 1969.

Ruano Najarro, Edgar. **Esbozo Histórico del Movimiento Gueurrillero Guatemalteco 1962-1972**. (Primera parte de manuscrito inédito 1954-1966). Guatemala, C.A.

Ruano Najarro, Edgar. "El Primer Intento Guerrillero en Guatemala fue de Derecha." **La Prensa Libre**, Guatemala, 24 de diciembre de 1996, pp. 8, 41.

Rudé, George. **La Multitud en la Historia. Los Disturbios Populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848**. Siglo XXI Editores, Madrid, 1989.

Rustow, Dankwart A. "Transitions to democracy. Toward a Dynamic Model." **Comparative Politics**. Volume 2, Number 3, april 1970.

San Agustín. **La Ciudad de Dios**. Editorial Porrúa, S.A. México, 1994.

Sánchez Ramos, Irene. **Tiempo Político y Movimientos Armados. El FMLN en el Salvador 1970-1992**. Tesis presentada para obtener el grado de Maestría en Estudios Latinoamericanos. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México. septiembre de 1997.

Sandoval, Miguel Angel. "Marzo y Abril y el Significado del Autogobierno Estudiantil" **Revista USAC**. Nueva Epoca, No. 1 Guatemala C.A. Enero-Marzo 1997.

Sánchez Vázquez, Adolfo. **Filosofía de la Práxis**. Editorial Grijalbo, México D.F. 1980.

Sartori, Giovanni. **Teoría de la Democracia**. (Vol. 1 y 2). Alianza Universidad, México D.F. 1991.

Schneider, Pablo R. **Diagnóstico del Acontecer Económico del País, 1965-1989**. Centro de Investigaciones Económicas Nacionales (CIEN), Guatemala. Agosto de 1989.

- Schlesinger, Alfredo. **La verdad sobre el comunismo**. Ediciones del Partido Liberal Progresista. Guatemala, C.A. enero de 1932.
- Schlesinger, Jorge. **La revolución comunista en El Salvador**. Unión Tipográfica Avila Castañeda. Guatemala, C.A. 1946.
- Schmid, Lester. **El Papel de la Mano de Obra Migratoria en el Desarrollo Económico de Guatemala**. IIES-USAC, Guatemala C.A. 1973.
- Schmitter, Philippe C. y Terry Lynn Karl. "What Democracy is... and is not." **Journal of Democracy**, Summer 1991 Volume 2, Number 3.
- Schmitter, Philippe C. y Terry Lynn Karl. "The types of democracy emerging in southern and eastern Europe and south and Central America. In **Bound to change: consolidatin democracy in East Central Europe**. Instituto for Eastwest Studies. New York-Prague.
- Schmitter, Philippe C. "The international context of contemporary democratization". **Stanford Journal of International Affairs**. Fall/Winter 1993.
- Silva Girón, Cesar Augusto. **La batalla de Gualán. Junio de 1954**. Impreoffset Oscar de León Palacios, Guatemala C.A. 1987a.
-
- Silva Girón, Cesar Augusto. **Cuando Gobiernan las Armas**. Impreoffset Oscar de León Palacios, Guatemala C.A. 1987b.
- Silva Jonama, Mario. "La lucha por la unidad y contra las tendencias incorrectas en el Partido Guatemalteco del Trabajo". **Revista Internacional. Publicación teórica e informativa de los partidos comunistas y obreros**. No. 3, Marzo de 1969.
- Silva Jonama, Mario. **Desarrollo Social e Idiosincracia**. Revista **Alero**. 3a. época mayo-junio de 1978, Universidad de San Carlos de Guatemala.
- Solórzano, Mario. **Guatemala, autoritarismo y democracia**. FLACSO/EDUCA, San José, Costa Rica 1987.
- Solórzano, Valentin. **La evolución económica de Guatemala**. Seminario de Integración Social Guatemalteca. (SISG). Guatemala, 1970.
- Sorensen, George. **Democracy and democratization**. Westview Press, Boulder/San Francisco/Oxford. 1993.
- Stephen Schlesinger y Kinzer, Stephen. **Fruta amarga. La CIA en Guatemala**. Siglo XXI editores, México D.F. 1987.

Stoll, David. **Between Two Armies. In Ixil Town of Guatemala**. Columbia University Press. 1993.

Taibo II, Paco Ignacio. **Ernesto Guevara también conocido como El Che**. Editorial Planeta/Joaquín Mortiz. México D.F. 1996.

Tapia Valdés, Jorge A. **El Terrorismo de Estado. La doctrina de la seguridad nacional en el Cono Sur**. NUEva Sociedad/Editorial Nueva Imagen, México D.F. 1980.

Tarrow, Sidney. **Transitions to democracy as waves of mobilization with applications to southern europe**. Paper presented to the SSCR Subcommittee Conference on democratization in souther Europe, Delphi, July 4-7, 1991.

Tischler Vizquerra, Sergio. **Guatemala 1944: Crisis y Revolución. Ocaso y Quiebre del Liberalismo Oligárquico como Forma Estatal**. Universidad de San Carlos de Guatemala/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Guatemala 1998.

Tobar Blanco, Arturo. **"Estado y Desarrollo Económico en Guatemala. 1954-1978. Un análisis de tendencia."** Tesis presentada para obtener el título de economista en la Facultad de Ciencias Económicas de la UNiversidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala Abril de 1980.

Toriello Garrido, Guillermo. **Tras la Cortina de Banano**. Fondo de cultura Económica , México D.F. 1976.

Torres Rivas, Edelberto. **Interpretación del desarrollo social centroamericano**. EDUCA, Centroamérica 1971.

Torres Rivas, Edelberto y Eckhard Deutscher. **Industrialización en América Latina. Crisis y perspectivas**. FLACSO/Fundación Friedrich Eberth de Alemania y Centro de Estudios DEMocráticos de América Latina (CEDAL). San José, Costa Rica 1986.

Torres Rivas, Edelberto. **La democracia posible**. EDUCA-FLACSO, San José, Costa Rica, 1987.

Torres Rivas, Edelberto. "Centroamerica: la transición autoritaria hacia la democracia". revista **Crítica Jurídica** No. 9, año 5, 1988a, Universidad Autónoma de Puebla.

Torres Rivas, Edelberto. "Centroamerica: democracias de baja intensidad". **Estudios Latinoamericanos**, Volumen III, año 3, julio-diciembre de 1988b, No. 5 FCPyS UNAM.

Torres Rivas, Edelberto (comp.) et al., **América Central hacia el 2000**, Editorial Nueva Sociedad UNITAR/PROFAL-FNUAP, Venezuela 1989.

- Torres Rivas, Edelberto. **Crisis del poder en Centroamérica**. EDUCA, Centroamérica 1989.
- Torres Rivas, Edelberto. **El sistema político y la transición a la democracia en Centroamérica**, Cuadernos de Ciencias Sociales No. 36. Secretaría General de la FLACSO, Costa Rica 1990.
- Turcios, Roberto. **Autoritarismo y Modernización. El Salvador 1950-1960**. Ediciones Tendencias, El Salvador 1993.
- Urrutia, Edmundo. **El Movimiento Revolucionario Guatemalteco 1949-1967. Constitución y Crisis de su Identidad Política**. Tesis para obtener el título de Maestro En Ciencias Sociales en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Sede México. México D.F. 1986.
- Varios, **Centroamérica: condiciones para su integración**. FLACSO, Costa Rica 1982.
- Varios, **El Salvador: Una Historia Sin Lecciones**. FLACSO, Costa Rica, 1988.
- Varios, **Integración Centroamericana**. FLACSO/Fundación Friedrich Eberth, Guatemala, 1992.
-
- Varios, "Mario Payeras, In Memoriam", *Diario Siglo XXI*, Guatemala, 18 de enero de 1995.
- Vega Carballo, José Luis. "Democracia y dominación en Costa Rica" en **Centroamérica en Crisis**, Editado por el Centro de Estudios Internacionales del Colegio de México, México D.F. 1980.
- Vilas. Carlos M. "El desarrollo desigual de las condiciones revolucionarias en Centroamérica (1950-1980)", **Estudios Latinoamericanos** No.5, Revista del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPyS) de la UNAM, México D.F. julio-diciembre de 1988.
- Vilas. Carlos M. (Coordinador). **Democracia emergente en Centroamérica**. Universidad Nacional Autónoma de México. México D.F. 1993
- Vilas. Carlos M. **Mercado, Estados y Revoluciones. Centroamérica 1950-1990**. Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F. 1994.
- Villacorta EscobAar, Manuel. **Apuntes de Economía Agrícola**. Editorial Universitaria, Guatemala C.A. 1973
- Villagrán Kramer, Francisco. **Biografía Política de Guatemala. Los pactos políticos de 1944 a 1970**. FLACSO-Guatemala, Guatemala C.A. 1994

Walton, John. **Reluctant Rebels. Comparative Studies of Revolution and Underdevelopment.** Columbia University Press, New York, 1984.

Weber, Max. **Economía y Sociedad.** Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1974.

Wer, Carlos Enrique. **En Guatemala los Héroes tienen Quince Años.** Editorial Maprin, Guatemala, 1993.

Wickham-Crowley, Timothy P. **Exploring Revolution. Essays on Latin America Insurgency and Revolutionary Theory.** M.E.Sharpe, Inc., Armonk, New York, London, England.

Wickham-Crowley, Timothy P. **Guerrilla and Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgences and Regimes Since 1956.** Princeton University Press, 1992.

Williams, Eric. **Capitalismo y Esclavitud.** Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 1975.

Winocur, Marcos. **Las Clases Olvidadas en la Revolución Cubana.** Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo. México, D.F. 1979.

Wolf, Eric R. **Las Luchas Campesinas del Siglo XX.** Siglo XXI Editores, México D.F. 1985.

Wyld Ospina, Carlos. **El Autócrata. Ensayo Político y Social.** Guatemala. Centro América. 1929. Tipografía Sánchez & De Guise. 8a. Avenida Sur No. 24.

Yon Sosa, Marco Antonio. "Breves Apuntes Históricos del MR-13" en **Revolución Socialista,** Organo del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13). 2a. época, Guatemala C.A. noviembre de 1967.

Zavaleta, René. "Clase y conocimiento". **Historia y sociedad** No. 8, México D.F. 1975.

Zavaleta Mercado, René. **El Poder Dual en América Latina. Estudio de los casos de Bolivia y Chile.** Siglo XXI, Editores. Colección Mínima, México D.F. 1974.

Zavaleta Mercado, René. **Lo Nacional Popular en Bolivia.** Siglo XXI Editores. México 1986.

Zea Gonzalez, Emilio. **El Espejismo de la Democracia en Guatemala.** Guatemala, 30 de Septiembre de 1989.

b. Fuentes Documentales.

Centro Provisional de Dirección Revolucionaria. **Declaración del Centro Provisional de Dirección Revolucionaria.** Guatemala, marzo de 1965 (CPDR, 3/1965)

Comisión Política del Comité Central del Partido Guatemalteco del Trabajo. **La intervención norteamericana en Guatemala y el derrocamiento del régimen democrático.** Guatemala, junio de 1955. (CP/PGT, 1955).

Comisión Política del Comité Central del Partido Guatemalteco del Trabajo. **Por un partido marxista-leninista vinculado estrechamente a las masas.** Guatemala, mayo de 1958. (CP/PGT, 5/1958)

Comisión Política del Comité Central del Partido Guatemalteco del Trabajo. **La Situación Política Nacional y la Táctica del Partido.** Guatemala, noviembre de 1958. (CP/PGT, 11/1958).

Comisión Política del Comité Central del Partido Guatemalteco del Trabajo. **La Situación Política Nacional y Algunas Cuestiones de Nuestra Táctica.** Guatemala, septiembre de 1959. (CP/PGT, 9/1959).

Comisión Política del PGT y Dirección Nacional Ejecutiva de las FAR. **Unidad revolucionaria para combatir a la oligarquía y el imperialismo.** Guatemala, 15 de septiembre de 1973. Mimeo. (CP/PGT-DNE/FAR, 1973).

Comité Central del Partido Guatemalteco del Trabajo. **Situación y perspectivas de la revolución guatemalteca.** México, marzo de 1968. (CC/PGT, 1968)

Comité Central del Partido Guatemalteco del Trabajo. **Situación política nacional y orientación táctica.** Marzo de 1972. (CC/PGT, 1972).

Cumes, Antonio. **El movimiento sindical en Guatemala.** Mimeo, s/f.

Del Valle Matheu, Jorge y Moisés Castro Morales. "Apuntes sobre el movimiento obrero de Guatemala." en **Correspondencia Sudamericana** nos. 20-21, Buenos Aires, Argentina, 15 de marzo de 1927.

Ejército Guerrillero de los Pobres. **Documento de Marzo. Documento Básico del FGEI (Frente Guerrillero Edgar Ibarra) de las FAR y que originó al EGP.** Marzo 7 de 1967. (EGP, 3/67).

Fuerzas Armadas Rebeldes. En **Armas.** Organó de las FAR para el Exterior. No. 1, Guatemala, abril de 1966 (FAR, 4/66)

Fuerzas Armadas Rebeldes. **Posición de las Fuerzas Armadas Rebeldes Ante el Discurso del Presidente.** Comunicado del Centro de Dirección Revolucionaria de las FAR, Guatemala 9 de septiembre de 1966 (FAR, 9/66)

Fuerzas Armadas Rebeldes. **Declaración de las FAR de Guatemala; El PGT ha Capitulado. Las FAR Rompen con una Corriente Política Oportunista.** Guatemala, 10 de enero de 1968.(FAR, 1/68a)

Fuerzas Armadas Rebeldes. **Declaración Internacional de las FAR. El Proceso Revolucionario de Guatemala Nos Enseña la Necesidad de un Viraje Radical en Cuanto a la Concepción Estratégica de la Guerra.** Guatemala, 10 de enero de 1968. (FAR, 1/68b).

Fuerzas Armadas Rebeldes y Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre. **Comunicado de Unificación de las FAR y el MR-13.** Sierra de las Minas, febrero de 1968.

Fuerzas Armadas Rebeldes. **Se releva al Compañero Cesar Montes de sus Cargos y se Reorganiza la Comandancia de las FAR.** Agosto-Septiembre de 1968 (FAR, 8-9/68).

Fuerzas Armadas Rebeldes (Dirección Nacional Ejecutiva). **La unidad de las fuerzas revolucionarias.** Guatemala, Marzo de 1971, Mimeo. (DNE/FAR, 1971).

Fuerzas Armadas Rebeldes (Dirección Nacional Ejecutiva). **Los Fundamentos teóricos de las Fuerzas Armadas Rebeldes.** Guatemala, marzo de 1973, Mimeo (DNE/FAR, 3/1973)

Fuerzas Armadas Rebeldes (Dirección Nacional Ejecutiva). **La piedra angular de la unidad.** Guatemala, septiembre de 1973, Mimeo. (DNE/FAR, 9/1973).

Fuerzas Armadas Rebeldes (Dirección Nacional). **Resolución del pleno de agosto de la Dirección Nacional de las Fuerzas Armadas Rebeldes sobre el problema del partido.** Guatemala, 10. de septiembre de 1975, Mimeo (DN/FAR, 9/1975).

Guerrilla *Edgar Ibarra*. **Carta al Mando de las FAR, Dirección Nacional del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre, Comité Central del PGT y Movimiento 12 de Abril.** Sierra de las Minas, 16 de octubre de 1964.(GEI, 10/64).

Liga Obrera Unionista. **El Obrero Libre.** Nos. 1-5, Febrero-marzo de 1920.

Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13). **Revolución Socialista.** Diversos números de 1964, 1967 y 1968 (Revolución Socialista).

Molina, Rigoberto. **Carta a Samuel** (Mario Silva Jonama), 10 de enero de 1965. (Molina, 1/1965).

Montes, César **Declaración de César Montes.** Enero 21, 1968.

Organización Para la Solidaridad con los Pueblos de Africa, Asia y América Latina (OSPAAAL). **Credenciales. Control de Participantes Acreditados. America Latina.** La Habana, 3-15 de enero de 1966. (OSPAAAL, 1966).

- Partido Guatemalteco del Trabajo. **El programa de la revolución popular.** Edición Clandestina, Guatemala 1970. (PGT, 1970)
- Partido Guatemalteco del Trabajo. **El camino de la revolución guatemalteca.** Ediciones de Cultura Popular, México D.F. 1972. (PGT, 1972).
- Partido de Unidad Revolucionaria. **Histórico Primer Manifiesto del Partido de Unidad Revolucionaria.** Guatemala, 1 de mayo de 1959. (PUR, 5/1959).
- Partido de Unidad Revolucionaria. **Estatutos del Partido de Unidad Revolucionaria.** Guatemala, 15 de septiembre de 1959. (PUR, 9/1959).
- Partido de Unidad Revolucionaria. **Instructivo para Normar la Acción en estos Primeros Meses del Gobierno de Méndez Montenegro.** Guatemala, 5 de agosto de 1966 (PUR, 8/1966).
- Payeras, Mario. **Feliciano Argueta, guerrillero inolvidable.** Abril de 1982. Mimeo (Payeras, 5/1982).
- Paz Tejada, Carlos. **Manuscrito de las respuestas a la entrevista de la agencia de prensa CERIGUA.** México D.F. 1997.
- Paz Tejada, Carlos. **Recuerdos del Período Revolucionario.** (Manuscrito), México, D.F. s/f.
-
- Pineda, Laura de. **Testimonio.** Manuscrito, Guatemala, Abril de 1998. (Pineda, 1998).
- Saravia, Adalberto. **Memorias.** Transcritas en Arévalo Martínez, Rafael. **Ecce Pericles!** Tipografía Nacional, Guatemala C.A. 1945.
- Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista. **El movimiento revolucionario latinoamericano.**(Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana de junio de 1929). Ediciones de la revista **La Conferencia Sudamericana**, Buenos Aires, Argentina 1929.
- Silva Jonama, Mario. **Carta a Herbert** (Luis Turcios Lima). (Silva Jonama, 1/1965).
- Sosa, Marcelo. "Carta del 25 de septiembre de 1929". **El Trabajador Latinoamericano.** Nos. 24-25, noviembre de 1929. (Marcelo Sosa probablemente sea el seudónimo de Villagrán o Toledo)
- Turcios Lima, Luis Augusto. **Carta Abierta del Comandante Luis Augusto Turcios Lima a la Dirección del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre.** Guatemala C.A., 6 de Marzo de 1965.(Turcios, 1965).

Turcios Lima, Luis Augusto. **Nuestras Tareas Fundamentales en la Actual Situación Política y Nuestra Preparación Para su Inminente Cambio en el Futuro**. Guatemala, septiembre de 1966. (Turcios, 1966)

Villagrán, Luis y Alfredo Toledo. "Fragmentos de un informe." **Correspondencia Sudamericana** nos. 12, 13 y 14, 2a. época, mayo de 1929. (Fragmentos de un informe). (Primera parte del Informe presentado por Villagrán y Toledo, delegados de la FROG a la Conferencia Sindical Latinoamericana, Montevideo, Mayo de 1929).

Villagrán, Luis y Alfredo Toledo. "Guatemala en sus diversos aspectos." revista **El trabajador Latinoamericano**. (Organo oficial de la Confederación Sindical Latinoamericana, CSLA), año II, enero y febrero de 1930, Montevideo, Uruguay. (Parte final del Informe presentado por Villagrán y Toledo, delegados de la FROG a la Conferencia Sindical Latinoamericana. Montevideo, mayo de 1929) (FROG-Montevideo).

c. Entrevistas. ¹

Manuel Aguilar Mora. Dirigente del Trostkismo Mexicano desde la década de los sesenta. Hermano y Cuñado de David Aguilar Mora y Eunice Campirán, militantes del Partido Obrero Revolucionario (POR, trostkista) y del MR-13 desaparecidos en diciembre de 1965 y marzo de 1966. México D. F., noviembre de 1997. (MAM/F, 11/97).

Aura Marina Arriola. Militante del PGT en la década de los cincuenta y sesenta. Integrante del grupo inicial de la Nueva Organización Revolucionaria de Combate (NORC) y posteriormente militante del EGP así como de Octubre Revolucionario. México, diciembre de 1997. (AMA/F, 1/99)

Rodrigo Asturias Amado (*Gaspar Ilón*). Sobreviviente de la guerrilla de Concuá en 1962. Dirigente del Regional de Occidente de las FAR a principios de la década de los setenta. Comandante en Jefe de la Organización del Pueblo en Armas. Guatemala, marzo de 1998. (RAA/F, 3/98).

Carlos Cáceres Ruiz. Amigo y vecino de la familia Turcios en la ciudad de Guatemala en la década de los cincuenta. México, D.F. abril de 1998. (CCR/F, 4/98).

José Alberto Cardoza (*Mario Sánchez*). Vicesecretario de la Central General de Trabajadores de Guatemala (CGTG) y diputado al Congreso de la República por el PGT durante la década de la revolución. Miembro del comité central y la comisión política del PGT desde 1949 hasta 1978. Secretario General del PGT (Núcleo de Dirección) desde 1978 y en su calidad de tal, fundador de la URNG en febrerop de 1982. México D.F., agosto de 1997, octubre de 1997, noviembre de

¹ El breve resumen de las actividades de los entrevistados no agota todas sus actividades sino solamente aquellas por las cuales fueron entrevistados por el autor

1997, diciembre de 1997, febrero de 1998, abril de 1998. (C/F, 8/97; 10/97; 11/97; 12/97; 2/98; 4/98).

Mario René Chávez. Miembro del comité editorial del periódico *El Estudiante* en la década de los cincuenta, participante civil en el alzamiento militar del 13 de noviembre de 1960. Guatemala, marzo de 1998. (MRC/F, 3/98).

Yolanda Colom. Miembro del grupo juvenil cristiano *Cráter*. Dirigente del EGP hasta 1984. Miembro de Octubre Revolucionario hasta 1992. México D.F. marzo de 1996; junio de 1997 (YC/F, 3/96; 6/97).

Chumalia. Miembro de la *Resistencia Urbana* en el área marginal *La Limonada* y combatiente del FGEI en los años sesenta. Sobreviviente de la emboscada que terminó de desarticular a dicho frente en julio de 1967. Militante y combatiente de las FAR hasta 1975. México D.F. 1999 (Ch./F, 5/99)

Arturo Chur del Cid. Capitán del Ejército Guatemalteco, miembro del Estado Mayor Presidencial de Carlos Castillo Armas y participante activo en el alzamiento militar del 13 de noviembre de 1960 (CHC/F, 3/98).

Raúl Díaz Ramírez. Militante de la Juventud Patriótica del Trabajo desde 1954. Presidente del Frente Unido del Estudiantado Guatemalteco Organizado (FUEGO) en 1962. Militante del PGT en la Guatemala de los años sesenta. (RDR/F, 4/98).

José Manuel Fortuny. Secretario General del PGT entre 1949 y 1954. Representante del PGT en La Habana entre 1960 y 1969 y en la *Revista Internacional*, Praga, 1964-1969. Militante clandestino del PGT en Guatemala, 1971-1973. México D.F. Noviembre de 1997, febrero de 1998, abril de 1998, diciembre de 1998. (F/F, 11/97; 2/98; 4/98; 12/98).

Jorge Mario García Laguardia. Director del periódico estudiantil *El Estudiante* durante 1955 y 1956. Dirigente de los partidos socialdemócratas Unidad Revolucionaria Democrática (URD) y Frente Unido de la Revolución (FUR) durante las décadas de los sesenta y setenta. Guatemala, marzo de 1998. (GL/F, 3/98).

Adolfo Gilly. Miembro del *Buró Latinoamericano* de la IV Internacional (*posadista*) y cuadro del MR-13 en la década de los sesenta. México, diciembre de 1998. (AGI/F, 12/98).

Juan José González y González. Condiscipulo de Luis Augusto Turcios Lima en el Instituto Rafael Aqueche y en la Escuela Politécnica en la década de los cincuenta. Guatemala, marzo de 1998. (JJG/F, 3/98).

Alfredo Guerra Borges. Uno de los 41 fundadores del PGT en septiembre de 1949. Miembro del comité central y de la comisión política del PGT hasta febrero de 1966. México, D.F. Septiembre de 1997, febrero de 1999, junio de 1999 (AGB/F, 9/97; 2/99).

María Jerez de Fortuny. Secretaria General del Departamento Agrario Nacional durante el gobierno de Jacobo Arbenz Guzmán. Trabajadora del Instituto Nacional de la Reforma Agraria en La Habana, Cuba, en julio de 1960, lugar en donde tuvo oportunidad de conocer a Julio Roberto Cáceres, en ese momento jefe de personal del INRA. México D.F., mayo y diciembre de 1998 (MJF/F, 5/98, 12/98).

Carlos López García (*Pizarrón*). Militante de la JPT hasta 1962. Integrante del contingente de jóvenes que se entrenó en Cuba en 1962. Combatiente de la *Resistencia Urbana* y posteriormente del Frente Guerrillero Edgar Ibarra (FGEI) hasta su disolución en 1967. (CLG/F, 9/98).

Julio César Macías Mayora (*Cesar Montes*). Dirigente de la JPT y del FUEGO a fines de los cincuenta y principios de los sesenta. Combatiente de las FAR y su Comandante en Jefe durante 1966 y 1967. Combatiente de la NORC y jefe militar del contingente de dicha organización que ingresó al Ixcan en 1972. Comandante y miembro de la Dirección Nacional del EGP hasta 1979.

Guatemala, julio de 1997 y marzo de 1998. (CM/F, 7/97, 3/98, 5/99).

Mario Maldonado. Miembro de la JPT y del FUEGO a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta. Militante del PGT en la década de los sesenta hasta mediados de los setenta. Militante de las FAR desde 1979 hasta 1996. Guatemala, abril de 1998. (MM/F, 4/98).

Pedro Martínez. Uno de los coordinadores de los servicios médicos para las FAR a mediados de la década de los sesenta. Guatemala, marzo de 1998. (PM/F, 3/98).

Factor Méndez Doninelli. Miembro de la JPT y del FUEGO a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta. Dirigente de la JPT desde fines de la década de los sesenta hasta mediados de los setenta. Guatemala, marzo de 1998. (FMD/F, 3/98).

Gustavo Meoño (*Manolo*). Miembro del grupo juvenil cristiano *Cráter* en la década de los sesenta. Cuadro clandestino en el trabajo urbano de la NORC y después uno de los principales cuadros organizativos del EGP en la década de los setenta y los ochenta. Miembro del EGP y de su Dirección Nacional hasta 1994. Guatemala, marzo de 1998. (GM/F, 3/98).

Antonio Móbil. Militante del PGT desde fines de los años cincuenta hasta mediados de los setenta. Miembro del consejo de redacción del periódico estudiantil *El Estudiante* en su segunda época. Miembro del Consejo Editorial de la revista *Lanzas y Letras* en la década de los sesenta. Guatemala, marzo de 1998. (AM/F, 3/98).

Oscar Edmundo Palma. Uno de los 41 fundadores del PGT en septiembre de 1949. Miembro del comité central del PGT desde 1949 hasta febrero de 1966. Representante del PGT en La Habana entre 1964 y 1969. Militante del PGT hasta mediados de la década de los setenta. México, D.F. Febrero de 1998. (OEP F, 2 98).

Enrique Paz y Paz. Estudiante de Ingeniería a fines de los cincuenta y principios de los sesenta. Fundador y destacado integrante del Movimiento 12 de Abril, una de las tres organizaciones fundadoras de las FAR en diciembre de 1962. (EPP/F, 4/00).

Carlos Paz Tejada. Coronel del ejército guatemalteco. Jefe de las fuerzas armadas de Guatemala durante el gobierno de Juan José Arévalo. Participante como militar en retiro del alzamiento militar del 13 de noviembre de 1960. Jefe militar de la primera guerrilla revolucionaria de Guatemala ("la guerrilla de Concuá") en marzo de 1962. México D.F. enero y febrero de 1998. (PT/F, 1/98; 2/98).

Guillermo Paz Cárcamo (*el patojo Paz*). Integrante del contingente de jóvenes que se entrenó en Cuba en 1962. Militante de la JPT y combatiente de las FAR en la década de los sesenta. Información proporcionada por correo electrónico desde Costa Rica. (GPC/F, 99; 00).

Oscar Arturo Pérez. Dirigente de la JPT a principios de los años sesenta. Presidente del FUEGO en 1961. Militante de las FAR en la década de los sesenta y su representante en México entre 1968 y 1971. Información proporcionada a través de correo electrónico desde Turuku, Finlandia. 1998-1999. (OAP/F, 98; 99).

María del Rosario Ramírez, *Chiqui*. Militante de la JPT y del FUEGO en la década de los sesenta. Militante de las FAR en esa misma década y posteriormente combatiente de las FAR en el frente Feliciano Argueta de las FAR en la década de los ochenta. Comunicación a través de correo electrónico desde Toronto, Canadá (MRR/F, 98, 99).

Mario Robles Villatoro (*comandante Juan*). Dirigente de la JPT y del FUEGO a fines de los cincuenta y principios de los sesenta. Militante del PGT y de las FAR en la década de los sesenta. Combatiente y luego Comandante de las FAR, por tanto miembro de su dirección nacional, en las décadas de los setenta y los ochenta. Comandante del frente guerrillero "Tecún Umán" de las FAR en los primeros años de los ochenta. México, D.F. septiembre y octubre de 1997. (MRV/F, 9/97; 10/97; 5/99).

Julio Rodríguez Aldana. Presidente de la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU) de Guatemala (1956-1957), dirigente medio del Partido de Unificación Revolucionaria (PUR) desde 1959 y militante del PGT desde ese mismo año. Participante civil en Puerto Barrios durante el alzamiento militar del 13 de noviembre de 1960. Sobreviviente de la guerrilla de Concuá en 1962. Dirigente del PGT entre los años sesenta y los ochenta. México D.F. octubre de 1997. (JR/F, 10/97)

Carlos Sarti Castañeda. Hijo del teniente coronel Carlos Sarti Morales, militar muerto en un complot contra Castillo Armas en 1957. Militante de la JPT a principios de la década de los sesenta. Combatiente de las FAR y después de las FAR (revolucionarias) del PGT a fines de los sesenta. Guatemala, marzo de 1998. (CSC/F, 3/98)

Jorge Soto García (Comandante *Pablo Monsanto*). Combatiente del FGEI desde los 17 años. Integrante del contingente de jóvenes guatemaltecos que fue entrenado en Cuba en 1962. Capitán

del FGEI después FAR en 1967-1968, y máximo dirigente de las FAR desde 1968-1969. Comandante en Jefe de las FAR. (PM/F, 3/99).

Carlos Rafael Soto (*Vistahermosa*). Militante de la JPT en el segundo lustro de la década de los cincuenta. Miembro de la dirección de la resistencia armada urbana en la década de los sesenta en el esfuerzo de PGT-FAR. Representante del PGT en la Unión Internacional de Estudiantes en Budapest, Hungría hasta mediados de los sesenta. Militante del PGT hasta fines de los años sesenta. Guatemala, marzo de 1998. (CRS/F, 3/98).

Arturo Taracena Arriola. Miembro del grupo juvenil cristiano *Cráter* en la década de los sesenta. Cuadro clandestino en el trabajo urbano de la NORC entre 1969 y 1971. Integrante de la estructura de la NORC en México hasta diciembre de 1972.

Marco Antonio Villamar Contreras. Dirigente del Frente Popular Libertador y del Partido de Acción Revolucionaria durante la década de la revolución. Colaborador del Movimiento 26 de julio y hombre de confianza de Fidel Castro y Ernesto *C'he* Guevara en México D.F. entre 1955 y 1957. Dirigente nacional del PUR a partir de 1959. Guatemala, marzo de 1998. (MVC/F, 3/98).